

Jack Vance
LOS CHASCH

En esta novela, un hijo de una civilización avanzada, tiene un encuentro casual y sorprendente con una extraterrestre.



U BOLSILLO

Jack Vance
LOS WANNEK

Una expedición a través del planeta alienígena Tachai, en posesión de la muerte... a la vez la vida.



se

Jack Vance
LOS DIRDIR

Una novela de aventuras de la serie más emocionante del mejor autor de aventuras de ciencia ficción.



U BOLSILLO

Jack Vance
LOS PNUME

Un encuentro que nos introduce de lleno en el mundo de un planeta alienígena.



U BOLSILLO

CIENCIA FICCIÓN

Jack Vance

LOS CHASCH

Su obra maestra, un tapiz épico constantemente cambiante, lleno de exóticos paisajes y sorprendentes aventuras extraterrestres.



Cuando la nave terrestre *Explorador IV* alcanzó el planeta Tschai su tripulación no sabía lo que le esperaba. Tschai estaba tan lejos de la Tierra que la señal de socorro que los había traído hasta allí podía haber tardado siglos en alcanzarles. Fuera cual fuese el planeta que amenazaba, probablemente hacía mucho que se había producido.

Así que se establecieron en órbita en torno al planeta, y enviaron a un hombre llamado Adam Reith a explorar.

De pronto, un proyectil gris surgió del planeta, y la *Explorador IV* estalló en pedazos. La nave exploradora de Reith perdió el control y se estrelló en la superficie del planeta.

Solo y herido en aquel mundo alienígena, Reith se vio frente a peligros que ni siquiera podía llegar a imaginar. Pero Reith no era un hombre que se acobardara. En su búsqueda del origen de la llamada de socorro y de aquel traidor ataque, pronto iba a saber que aquel mundo estaba poblado por cuatro razas, y a conocer a la primera de ellos, los Chasch, y sus traicioneros primos los Chasch azules...



Jack Vance

Los Chasch

Ciclo de Tschai - 1

ePub r1.3

Piolin 25.10.2018

Título original: *City of the Chasch (Planet of Adventure, I)*

Jack Vance, 1968

Traducción: Domingo Santos

Editor digital: Piolin

ePub base r2.0



Prólogo

A un lado del *Explorador IV* llameaba una débil estrella vieja, Carina 4269; al otro flotaba un solo planeta, gris marrón bajo el denso manto de una atmósfera. La estrella se distinguía solamente por una curiosa tonalidad ambarina en su luz. El planeta era algo mayor que la Tierra, rodeado por un par de pequeñas lunas de rápidas órbitas. Una estrella K2 casi típica, un planeta sin nada digno de mencionar, pero para los hombres a bordo de la *Explorador IV* el sistema era una fuente de maravilla y fascinación.

En el puesto delantero de control estaban el comandante Marin, el oficial en jefe Deale y el segundo oficial Walgrave: tres hombres de apariencia similar, alertas, rápidos de movimientos, llevando el mismo tipo de pulcro uniforme blanco, y tan habituados a la compañía los unos de los otros que su despreocupada forma de hablar, la forma entre sarcástica y jocosa con que expresaban sus pensamientos, era casi idéntica. Escrutaban el planeta con sus sondascopios, binoculares de alta resolución capaces de ofrecer una ampliación enorme.

—A primera vista, un planeta habitable —comentó Walgrave—. Esas nubes son a buen seguro vapor de agua.

—Si un mundo emite señales —dijo el oficial jefe Deale—, suponemos casi automáticamente que está habitado. La habitabilidad es una consecuencia natural de la habitación.

El comandante Marin rió secamente.

—Tu lógica, normalmente irrefutable, tiene un fallo. En la actualidad nos hallamos a doscientos doce años luz de la Tierra. Recibimos las señales a doce años luz de distancia; en consecuencia, fueron radiadas hace doscientos años. Si lo recuerdas, se interrumpieron bruscamente. Puede que este mundo sea

habitabile; puede que esté habitado; puede que concurren las dos circunstancias. Pero no necesariamente.

Deale agitó lúgubrementemente la cabeza.

—Sobre esta base no podemos estar seguros ni siquiera de que la Tierra esté habitada. Las tenues evidencias de que disponemos...

Bip bip, hizo el comunicador.

—¡Hable! —indicó el comandante Marín. La voz de Dant, el ingeniero de comunicaciones, llenó la cabina.

—Estoy captando un campo fluctuante; creo que es artificial, pero no puedo sintonizarlo. Tal vez sea alguna especie de radar.

Marin frunció el ceño, se frotó la nariz con un nudillo.

—Enviaré los exploradores, luego retrocederemos fuera de alcance.

Marin pronunció una palabra código, dio órdenes a los exploradores Adam Reith y Paul Waunder.

—Tan rápido como sea posible; parece que hemos sido detectados. Cita en el eje del sistema, arriba, punto D como en Deneb.

—Correcto, señor. Eje del sistema, arriba, punto D como en Deneb. Denos tres minutos.

El comandante Marin se dirigió al macroscopio y empezó una ansiosa búsqueda por la superficie del planeta, cambiando a una docena de longitudes de onda.

—Hay una franja de perturbación a unos 3000 angstroms, nada importante. Los exploradores tendrán que hacer todo el trabajo por sí mismos.

—Me alegra no haber recibido nunca entrenamiento de explorador —observó el segundo oficial Walgrave—. De otro modo también hubiera podido ser enviado a la superficie de extraños y con toda posibilidad horribles planetas.

—Un explorador no es entrenado —dijo Deale—. Existe: medio acróbata, medio científico loco, medio escalador nocturno, medio...

—Hay varios medios de más.

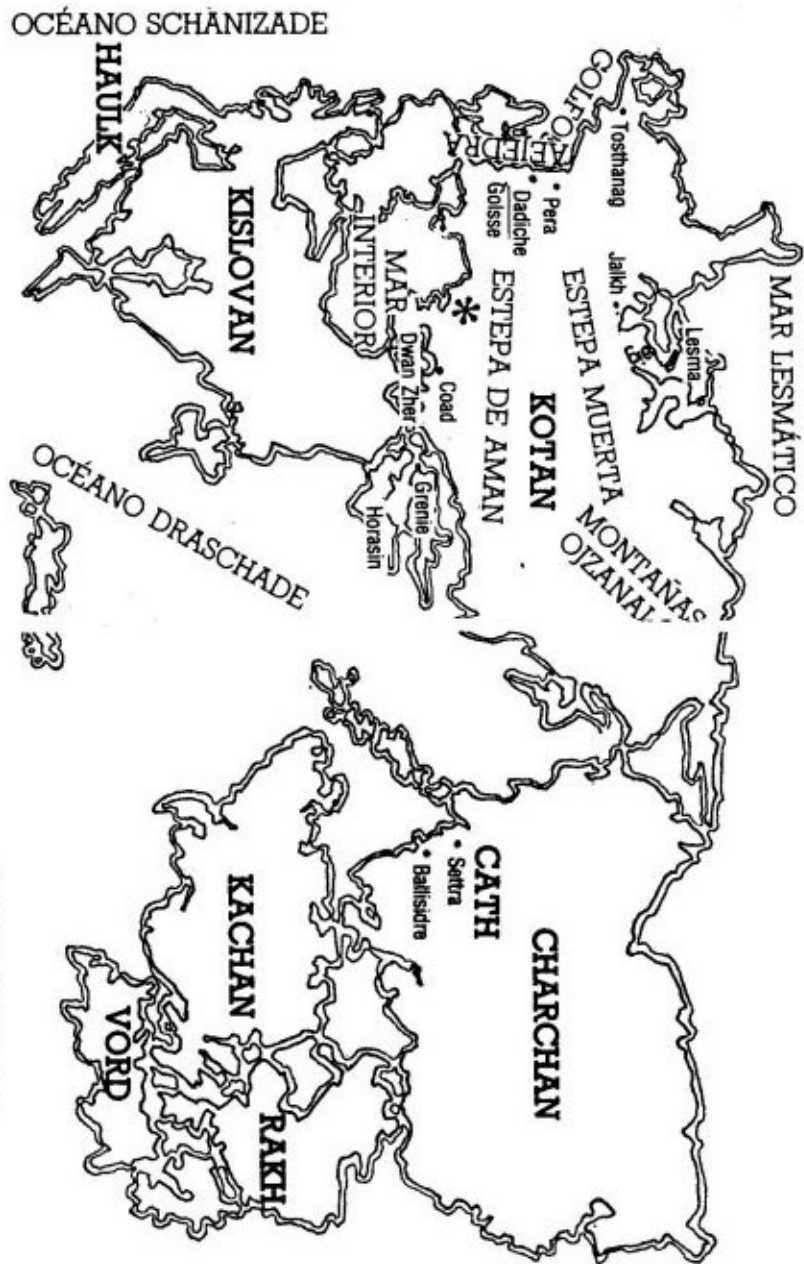
—Apenas bastan. Un explorador es un hombre al que le gusta el cambio.

Los exploradores a bordo de la *Explorador IV* eran Adam Reith y Paul Waunder. Ambos eran hombres de valor y de recursos. Cada uno dominaba varias habilidades; aquí terminaba su parecido. Reith era tres o cuatro centímetros más alto que la media, con pelo oscuro, una amplia frente, pómulos prominentes y mejillas más bien hundidas, donde se marcaba de tanto en tanto la tensión de un músculo. Waunder era compacto, avanzando a buen paso hacia la

calvicie, rubio, con rasgos demasiado vulgares como para ser descritos. Waunder tenía uno o dos años más que su compañero; Reith, sin embargo, era superior en grado, y estaba al mando nominal de la lanzadera de exploración: una nave en miniatura de diez metros de largo que viajaba sujeta bajo la popa de la *Explorador*.

En menos de dos minutos estaban a bordo de la lanzadera. Waunder se dirigió a los controles; Reith selló la escotilla, pulsó el botón de desamarraje. La lanzadera se apartó del enorme casco negro. Reith ocupó su asiento, y mientras efectuaba esa acción captó un destello de movimiento en el límite de su ángulo visual. Divisó un proyectil gris surgiendo del planeta, luego sus ojos fueron cegados por un enorme resplandor blanco-púrpura. Hubo una tremenda sacudida y un crujido, y una violenta aceleración cuando Waunder accionó convulsivamente la palanca de aceleración, y la lanzadera partió en una curva descendente hacia el planeta.

Allá donde había estado la *Explorador* derivaba ahora un curioso objeto: el morro y la popa de una nave espacial, unidos por algunos restos metálicos, con un enorme vacío en medio a través del cual brillaba el viejo sol amarillo de Carina 4269. Junto con la tripulación y los técnicos, el comandante Marin, el oficial jefe Deale y el segundo oficial Walgrave no eran más que flotantes átomos de carbono, oxígeno e hidrógeno, con sus personalidades, tics de comportamiento y socarrona jovialidad convertidos en meros recuerdos.



T S C H A I
 * Lugar donde se estrelló la astronave

1

La lanzadera, golpeada antes que propulsada por la onda de choque, cayó con la popa por delante hacia el planeta gris y marrón, con Adan Reith y Paul Waunder golpeando de mampara en mampara dentro de la cabina de control.

Reith, consciente a medias, consiguió agarrarse a una de ellas. Izándose hasta el panel, pulsó el mando de estabilización. En vez de un suave zumbido sonó un silbido y un golpeteo; de todos modos, el alocado movimiento rotatorio fue cesando poco a poco.

Reith y Waunder consiguieron encajarse en sus asientos y atarse.

—¿Has visto lo que yo he visto? —preguntó Reith.

—Un torpedo.

Reith asintió.

—El planeta está habitado.

—Los habitantes distan mucho de ser cordiales. Ésa fue una recepción más bien brusca.

—Estamos a mucha distancia de casa. —Reith contempló la hilera de diales que no señalaban nada y luces indicadoras apagadas—. Parece que no funciona nada. Vamos a estrellarnos, a menos que hagamos algunas reparaciones de emergencia. —Cojeó hacia popa, al compartimiento del motor, para descubrir que una célula de energía de reserva, mal almacenada, se había estrellado contra una caja de conexiones, creando un caótico amasijo de conductores fundidos, cristales rotos y compuestos carbonizados.

—Puedo arreglarlo —le dijo Reith a Waunder, que había acudido tras él a inspeccionar el desastre—. En un par de meses, con suerte. Contando con que los repuestos estén intactos.

—Dos meses me parece un poco largo —murmuró Waunder—. Diría que tenemos dos horas antes de que alcancemos la atmósfera.

—Al trabajo, pues.

Una hora y media más tarde retrocedían unos pasos y contemplaban con duda e insatisfacción el resultado de sus esfuerzos.

—Con suerte podremos aterrizar de una sola pieza —dijo Reith lúgubrementemente—. Ve delante y dale un poco de energía a los elevadores; veré qué ocurre.

Pasó un minuto. Los propulsores zumbaron; Reith sintió la presión de la deceleración. Esperando que las improvisaciones resistieran al menos un tiempo, fue a la parte delantera de la nave y ocupó de nuevo su sitio.

—¿Cómo se ven las cosas?

—A corto plazo, no demasiado malas. Alcanzaremos la atmósfera en una media hora, un poco por debajo de la velocidad crítica. Podemos efectuar un aterrizaje suave... espero. Los pronósticos a largo plazo... no tan buenos. Quienquiera que sea el que golpeó la nave con un torpedo puede estar siguiendo nuestro descenso por radar. ¿Entonces qué?

—Nada bueno —dijo Reith.

El planeta bajo ellos crecía a ojos vista; un mundo más oscuro y nuboso que la Tierra, bañado por una luz entre dorada y tostada. Ahora podían ver continentes y océanos, nubes, tormentas: el paisaje de un mundo maduro.

La atmósfera gemía en torno al vehículo; el indicador de la temperatura subía rápidamente hacia la señal roja.

Reith aumentó cuidadosamente el nivel de energía a través de los precariamente reparados circuitos. La nave disminuyó su velocidad, la aguja indicadora osciló, empezó a descender hacia un nivel más tranquilizador. Hubo una suave detonación en la sala de motores, y la nave empezó a descender de nuevo en caída libre.

—Ahí vamos otra vez —dijo Reith—. Bien, ahora todo es cuestión de los frenos aerodinámicos. Será mejor que nos sujetemos a los arneses de eyección. —Extendió los alerones laterales, los elevadores y el timón, y la lanzadera silbó al adoptar una trayectoria oblicua—. ¿Qué señala el analizador de atmósferas? —preguntó.

Waunder leyó los distintos índices del analizador.

—Respirable. Cercana a la normal de la Tierra.

—Eso es un pequeño alivio.

Ahora, mirando a través de los sondascopios, podían observar más detalles. Bajo ellos se abría una extensa llanura o una estepa, señalada aquí y allá por un

relieve bajo y algo de vegetación.

—Ninguna señal de civilización —dijo Waunder—. No debajo de nosotros, al menos. Quizá más adelante, en el horizonte... esos puntos grises...

—Si podemos conseguir que la nave aterrice, si nadie nos molesta mientras reconstruimos el sistema de control, todo irá bien... Pero esos alerones no están diseñados para un aterrizaje a gran velocidad en terreno abrupto. Será mejor que intentemos descender lo máximo posible y eyectarnos en el último minuto.

—De acuerdo —dijo Waunder. Señaló hacia un punto determinado—. Eso parece como un bosque... al menos vegetación de algún tipo. El punto ideal para estrellarse.

—Adelante.

La lanzadera picó de morro; el paisaje se amplió. Las frondas de un bosque negro y húmedo se alzaron en el aire ante ellos.

—A la cuenta de tres, eyección —dijo Reith. Aplicó deceleración máxima—. Uno... dos... tres. ¡Eyección!

Las portillas eyectoras se abrieron; los asientos salieron disparados; el aire abofeteó a Reith. ¿Pero dónde estaba Waunder? Su arnés se había enredado, o su asiento no había sido eyectado correctamente, y ahora su compañero se balanceaba violenta e impotentemente colgado fuera de la nave. El paracaídas de Reith se abrió, frenando su velocidad con un fuerte tirón y haciéndole balancearse en el aire como un péndulo. En su descenso golpeó contra la negra y reluciente rama de un árbol. El golpe lo aturdió; colgó al extremo de las cuerdas de su paracaídas. La lanzadera siguió abriéndose camino entre los árboles, y se detuvo finalmente clavando el morro en un pantano. En ella, Paul Waunder colgaba inmóvil de su arnés.

Hubo un silencio roto tan sólo por el crujir del caliente metal y un débil silbido procedente de algún lado debajo de la nave.

Reith se agitó, pateó débilmente. El movimiento creó un lancinante dolor en sus hombros y pecho; desistió y colgó flácido.

El suelo estaba unos quince metros más abajo. La luz del sol, como había observado antes, parecía más apagada y amarilla que la del sol de la Tierra, y las sombras tenían tonalidades ambarinas. El aire estaba cargado con el aroma de resinas y aceites no familiares; estaba atrapado por un árbol de lustrosas ramas negras y quebradizo follaje negro que producía un sonido estrepitoso cuando se movía. Podía ver a lo largo del camino abierto por la lanzadera hasta el pantano, donde se había inmovilizado en una posición casi horizontal, con Waunder

colgando cabeza abajo de la escotilla de eyección, el rostro apenas a unos centímetros del lodo. Si el aparato se hundía un poco se ahogaría... en caso de que aún estuviera vivo. Reith luchó frenéticamente para librarse de su propio arnés. El dolor le hizo sentirse enfermo y mareado; no tenía fuerza en las manos, y cuando alzó los brazos sonaron ominosos crujidos en sus hombros. Se veía impotente para soltarse, y mucho menos para acudir en ayuda de Waunder. ¿Estaba muerto? Reith no podía asegurarlo. Creyó ver que se agitaba ligeramente.

Reith observó con intensidad. Waunder se hundía lentamente en el pantano. En el asiento eyector había una unidad de supervivencia con armas y herramientas. Con sus huesos rotos no podía alzar los brazos para alcanzar las hebillas. Si se soltaba simplemente de las cuerdas caería y se mataría sin remedio. Con el omoplato roto, con la clavícula rota o no, tenía que abrir el asiento eyector, sacar el cuchillo y el rollo de cuerda.

Hubo un sonido, no demasiado distante, de madera golpeando contra madera. Reith desistió de sus esfuerzos y se dejó colgar, inmóvil. Un grupo de hombres armados con espadines fantásticamente largos y flexibles y pesadas catapultas de mano avanzaban suavemente, casi furtivamente, a sus pies.

Reith los contempló estupefacto, sospechando una alucinación. El cosmos parecía sentir predilección hacia las razas bípedas, más o menos antropoides; pero éstos eran auténticos hombres: gente de rasgos bruscos y recios, piel color miel, pelo rubio, castaño o grisáceo, y poblados bigotes colgantes. Llevaban complicados atuendos: pantalones sueltos de tela a franjas marrones y negras, camisas rojo oscuro o azul oscuro, chalecos de tiras de metal entrelazadas, cortas capas negras. Sus sombreros eran de piel negra, con las alas dobladas hacia abajo en las orejas y hacia arriba en la frente, con un emblema de plata de diez centímetros de ancho en la parte frontal de la alta corona que formaban sobre sus cabezas. Reith los observó desconcertado. Guerreros bárbaros, una partida vagabunda de degolladores: ¡pero auténticos hombres pese a todo, allí en aquel mundo desconocido a más de doscientos años luz de la Tierra!

Los guerreros pasaron cautelosamente bajo él, silenciosos y furtivos. Se detuvieron en las sombras para escrutar la lanzadera; luego el jefe, un guerrero más joven que el resto, apenas un muchacho y sin bigote, salió al abierto y examinó el cielo. Tres hombres más viejos, con los sombreros rematados por globos de cristal rosa y azul, se le unieron, y examinaron también el cielo con

gran cuidado. Luego el más joven hizo una seña a los demás, y todos se acercaron a la nave.

Paul Waunder alzó una mano en el más débil de los saludos. Uno de los hombres con los globos de cristal levantó rápidamente su catapulta, pero el joven aulló una furiosa orden y el hombre se apartó hoscamente a un lado. Uno de los guerreros cortó las cuerdas del paracaídas, dejando que Waunder cayera al suelo.

El joven ladró otras órdenes; Waunder fue alzado y transportado a una zona seca.

Entonces el joven se volvió para investigar la nave espacial. Trepó osadamente a su casco y miró dentro a través de las portillas de eyección.

Los hombres más viejos con los globos azules y rosas retrocedieron a las sombras, murmurando malhumoradamente tras sus caídos bigotes y contemplando a Waunder con miradas intensas. Uno de ellos llevó bruscamente su mano hacia el emblema de su sombrero como si el objeto se hubiera movido o producido algún ruido. Entonces, inmediatamente, como estimulado por el contacto, saltó sobre Waunder, extrajo su espadín, lo dejó caer con un movimiento centelleante. Ante la horrorizada mirada de Reith, la cabeza de Paul Waunder rodó libre de su torso, y su sangre chorreó sobre el negro suelo.

El joven pareció haber captado la acción y se volvió. Lanzó un furioso grito, saltó al suelo, avanzó sobre el asesino. Extrajo su propio espadín, lo agitó, y el flexible extremo zumbó y cortó el emblema del sombrero del hombre, arrancándoselo. El joven lo recogió y, extrayendo un corto cuchillo de su bota, melló salvajemente la blanda plata, luego lo arrojó a los pies del asesino con un barbotar de amargas palabras. El asesino, acobardado, recogió el emblema y se retiró hoscamente a un lado.

Se oyó un retumbante sonido procedente de una gran distancia. Los guerreros emitieron un suave ulular, ya fuera como respuesta ceremonial o como temor o advertencia mutua, y se retiraron rápidamente al bosque.

Apareció una aeronave volando a poca altura, que primero flotó, luego se posó: una plataforma, una especie de almadía flotante de veinte metros de largo por ocho de ancho, controlada desde algo parecido a un adornado belvedere en la popa. Delante y detrás, grandes linternas se balanceaban colgadas de retorcidas columnas; las defensas estaban protegidas por recias balaustradas. Inclínados sobre esas balaustradas, empujándose y dándose codazos, había dos docenas de pasajeros, en inminente peligro, o así parecía, de caer al suelo.

Reith contempló con aturdida fascinación cómo el aparato aterrizaba al lado

de la lanzadera. Los pasajeros saltaron rápidamente al suelo: individuos de dos tipos, humanos y no humanos, aunque esta distinción no era instantáneamente obvia. Las criaturas no humanas —Chasch Azules, como sabría más tarde Reith — caminaban sobre cortas y recias piernas, avanzando con un rígido balanceo. El individuo típico era recio y fuerte, escamoso como un pangolín con escamas azules y puntiagudas. Su torso tenía forma de cuña, con hombreras exoesqueletales de quitina que se curvaban sobre un caparazón dorsal. El cráneo terminaba en una punta ósea; su recia frente formaba como una visera sobre sus cuencas orbitales, sus brillantes ojos metálicos y sus complicados orificios nasales. Los hombres eran tan similares a los Chasch Azules como lo permitían la reproducción, los artificios y el manierismo. Eran bajos, musculosos, con macizas piernas; sus rostros eran toscos y casi sin mandíbula, con los rasgos comprimidos. Llevaban lo que parecían ser falsos cráneos terminados en punta y formando como una cresta sobre sus frentes; y sus chaquetillas y pantalones estaban adornados con escamas.

Los Chasch y los Hombres-Chasch corrieron hacia la lanzadera, comunicándose entre sí con aflautados gritos glóticos. Algunos treparon al casco y miraron al interior, mientras otros investigaban la cabeza y el torso de Paul Waunder, que recogieron y llevaron a bordo de la plataforma.

Desde el belvedere de control llegó un grito de alarma. Chasch Azules y Hombres-Chasch alzaron la vista al cielo, luego se apresuraron a empujar la plataforma bajo los árboles, ocultándola de la vista. Una vez más, el pequeño claro quedó desierto.

Pasaron unos minutos. Reith cerró los ojos y pensó en la espantosa pesadilla de la que esperaba despertar de un momento a otro, seguro, a bordo de la *Explorador*.

Un resonar de motores le sacó de su ensoñación. Otro vehículo descendía del cielo: una aeronave que, como la almadía, había sido construida con muy poca consideración hacia la eficiencia aerodinámica. Tenía tres cubiertas, una rotonda central, balcones de cobre y madera negra, una proa formando voluta, cúpulas de observación, portillas para armas, un alerón vertical que exhibía una insignia dorada y negra. La nave flotó en el aire mientras los ocupantes de sus cubiertas dedicaban a la nave espacial una minuciosa inspección. Algunos de ellos no eran humanos, sino criaturas altas y de largos miembros, sin pelo, pálidas como el pergamino, con semblantes austeros y actitudes lánguidas y elegantes. Otros, aparentemente subordinados, eran hombres, aunque mostraban los mismos

alargados brazos, piernas y torso, el mismo rostro ovinamente alargado, el cráneo sin pelo, las actitudes cuidadosamente controladas. Ambas razas llevaban elaborados atuendos de cintas, volantes, fajas. Más tarde Reith sabría que los no humanos eran llamados Dirdir, y sus subordinados Hombres-Dirdir. En aquel momento, aturdido aún por la inmensidad de su desastre, observó la espléndida aeronave Dirdir tan sólo con desinteresada admiración. Sin embargo, en su mente se infiltró el pensamiento de que aquella gente pálida o bien sus predecesores habían sido quienes habían destruido la *Explorador IV*, y evidentemente ambas habían rastreado la llegada de la lanzadera.

Dirdir y Hombres-Dirdir escrutaban la nave espacial con concentrado interés. Uno de ellos llamó la atención de los demás hacia la huella dejada por la plataforma Chasch, y el descubrimiento causó una atmósfera instantánea de emergencia. Casi al mismo tiempo, del bosque empezaron a brotar lanzas de energía blanco-púrpura; Dirdir y Hombres-Dirdir cayeron retorciéndose. Chasch y Hombres-Chasch salieron a la carga, los Chasch disparando armas de mano, los Hombres-Chasch corriendo para arrojar garfios contra la nave.

Los Dirdir descargaron sus propias armas de mano, que exudaban una descarga violeta y arabescos de plasma naranja; Chasch y Hombres-Chasch fueron consumidos en un resplandor púrpura y naranja. La nave Dirdir se alzó, y se vio retenida por los garfios. Los Hombres-Dirdir cortaron las cuerdas con cuchillos, las quemaron con pistolas de energía; la nave quedó libre, alzando un coro de gritos decepcionados de los Chasch.

A unos treinta metros encima del pantano, los Dirdir giraron una serie de quemadores pesados a plasma hacia el bosque y abrieron, quemándolos, una serie de irregulares senderos; pero no consiguieron destruir la almadía desde la cual los Chasch estaban apuntando ahora sus propios grandes morteros. El primer proyectil Chasch falló. El segundo golpeó la nave bajo el casco; giró sobre sí misma a causa del impacto, luego ascendió como un dardo cielo arriba, oscilando, zigzagueando como un insecto herido, por unos momentos boca abajo, luego de nuevo boca arriba, luego de lado, escupiendo a los Dirdir y Hombres-Dirdir de sus cubiertas, puntos negros cayendo en el cielo color pizarra. La nave escoró hacia el sur, luego hacia el este, y finalmente se perdió de vista.

Chasch y Hombres-Chasch salieron del bosque para contemplar la desaparición de la nave Dirdir. La almadía se deslizó de nuevo hacia el claro, flotó encima de la lanzadera. Fueron arrojados garfios; la nave espacial fue

alzada del pantano. Chasch y Hombres-Chasch subieron a bordo de la plataforma; se elevó en el aire, ligeramente escorada, con la lanzadera espacial colgando debajo.

Pasó el tiempo. Reith pendía de su arnés, apenas consciente. El sol se ocultó detrás de los árboles; las sombras empezaron a enseñorearse del paisaje.

Reaparecieron los bárbaros. Se dirigieron al claro, efectuaron una inspección rápida, miraron al cielo, luego se fueron. Reith lanzó un ronco grito para llamar su atención. Los guerreros aferraron sus catapultas, pero el joven hizo un furioso gesto para contenerlos. Dio órdenes; dos hombres treparon al árbol, cortaron las cuerdas del paracaídas, dejando el asiento eyector y el equipo de supervivencia de Reith balanceándose entre las ramas.

Reith fue bajado hasta el suelo, no demasiado gentilmente, y estuvo a punto de perder el sentido ante el roce de los huesos en su hombro. Unas formas se inclinaron sobre él, hablando con secas consonantes y amplias vocales. Fue alzado, colocado en unas parihuelas; sintió la oscilación y el golpeteo de unos pasos; luego se desvaneció o se quedó dormido.

2

Reith despertó al resplandor de una fogata y al murmullo de voces. Sobre su cabeza se extendía un dosel de oscuridad a ambos lados de un cielo lleno de extrañas estrellas. La pesadilla era real. Aspecto a aspecto, sensación a sensación, Reith fue recuperando la consciencia de sí mismo y de su condición. Estaba tendido sobre un camastro de cañas entretejidas que exudaban un olor agrio, medio vegetal, medio humano. Le habían quitado la camisa; una especie de arnés blanco comprimía sus hombros y proporcionaba sostén a sus huesos rotos. Alzó dolorosamente la cabeza y miró a su alrededor. Estaba tendido en una especie de cobertizo abierto por los lados formado por cuatro postes metálicos sosteniendo un techo de tela. Otra paradoja, pensó Reith. Los postes de metal indicaban un alto nivel de tecnología; las armas y modales de la gente eran puramente bárbaros. Reith intentó mirar hacia el fuego, pero el esfuerzo fue demasiado y se dejó caer hacia atrás.

El campamento estaba en terreno abierto; el bosque había sido dejado atrás: eso era evidente por las estrellas. Se preguntó acerca de su asiento eyector y su unidad de supervivencia. Asiento y unidad habían sido dejados allá colgando, se recordó tristemente. Sólo quedaban él y sus recursos innatos en los que confiar... una cualidad ligeramente aumentada por su entrenamiento forzado como explorador, algunos de cuyos aspectos había considerado en otro tiempo excesivamente pedantes. Había asimilado enormes cantidades de ciencias básicas, lingüística y teoría de la comunicación, astronáutica, tecnología del espacio y de la energía, biométrica, meteorología, geología, toxicología. Mucho de aquello era teórico; además, había sido entrenado en técnicas prácticas de supervivencia de todo tipo: armamento, ataque y defensa, nutrición de emergencia, ropas y albergue, mecánica de propulsión espacial, reparación electrónica e improvisación. Si no resultaba muerto de improviso, como lo había

sido Paul Waunder, sobreviviría... ¿pero para qué? Sus posibilidades de regresar a la Tierra podían considerarse como infinitesimales... lo cual hacía que el interés intrínseco de aquel planeta fuera de lo menos estimulante.

Una sombra cruzó su rostro; Reith vio al joven que había salvado su vida. Tras mirar a su alrededor en la oscuridad, el joven se arrodilló y le tendió un cuenco de una especie de gachas.

—Muchas gracias —dijo Reith—. Pero no creo que pueda comer; el entablillado me oprime demasiado.

El joven se inclinó hacia delante, hablando con una voz más bien seca. Reith pensó que su rostro era demasiado grave e intenso para un muchacho que no podía tener más de dieciséis años.

Con gran esfuerzo, se alzó sobre un codo y tomó las gachas. El joven se levantó, retrocedió algunos pasos, y se quedó observando mientras Reith intentaba comer sin ayuda. Luego se volvió y llamó con voz ronca. Una niña apareció corriendo. Se inclinó, tomó el bol, y empezó a dar de comer a Reith con ansioso cuidado.

El joven observó unos momentos, evidentemente intrigado por Reith, y Reith no estaba menos perplejo que él. ¡Hombres y mujeres, en un mundo a doscientos doce años luz de la Tierra! ¿Evolución paralela? ¡Increíble! Cucharada a cucharada, las gachas pasaron a su boca. La niña, de unos ocho años, llevaba una especie de pijama casi en harapos, no demasiado limpio. Media docena de hombres de la tribu aparecieron y miraron; hubo gruñidos de conversación, que el joven ignoró.

El bol estaba vacío; la niña llevó una jarra de cerveza ácida a la boca de Reith. Éste bebió porque esto era lo que se esperaba que hiciera, aunque el brebaje le hizo fruncir los labios.

—Gracias —dijo a la niña, que le devolvió una sonrisa de desconfianza y se marchó a toda prisa.

Reith se dejó caer de nuevo en el camastro. El joven le dijo algo con una voz brusca: evidentemente una pregunta.

—Lo siento —dijo Reith—. No comprendo. Pero no te irrites conmigo; necesito todos los amigos que pueda conseguir.

El joven no dijo nada más, y finalmente se fue. Reith se acomodó de espaldas en su camastro e intentó dormir. La fogata menguó; la actividad en el campamento se fue reduciendo.

Desde muy lejos llegó una débil llamada, algo entre un aullar y un

tembloroso ulular, que al cabo de unos momentos fue respondida por otra, y por otra, hasta convertirse en un canto casi musical de centenares de voces. Alzándose una vez más sobre un codo, Reith vio que las dos lunas, de idéntico diámetro aparente, la una rosa, la otra azul pálido, habían aparecido por el este.

Un momento más tarde una nueva voz, ésta más cercana, se unió al lejano ulular. Reith escuchó maravillado: era sin la menor duda una voz de mujer. Otras voces se unieron a la primera, canturreando una endecha sin palabras que, unida al lejano sonido, producía un impresionante coloquio.

Finalmente, el canto se detuvo; el campamento quedó en silencio. Reith se fue amodorrando, y finalmente se quedó dormido.

Por la mañana, Reith pudo observar mejor el campamento. Se hallaba en una oquedad del terreno entre un par de las bajas y anchas colinas que se extendían una tras otra hacia el este. Allí habían decidido instalarse los miembros de la tribu, por razones que a Reith no se le hicieron evidentes de momento. Cada mañana cuatro jóvenes guerreros llevando largas capas marrones montaban en pequeñas motocicletas eléctricas y partían en direcciones opuestas a través de la estepa. Cada mañana volvían para dar su informe detallado a Traz Onmale, el joven jefe. Cada mañana era elevada una gran cometa, llevando a un niño de ocho o nueve años, cuya función era evidentemente la de vigía. A última hora de la tarde el viento solía cesar, haciendo caer la cometa con mayor o menor suavidad. Normalmente el niño se salía de aquello sin nada más grave que un chichón, aunque los hombres que manejaban los hilos parecían preocupados principalmente por la seguridad de la cometa: un dispositivo hecho con cuatro alas de membrana negra tensadas sobre un armazón de palos de madera.

Cada mañana, desde detrás de la colina del este, sonaba un terrible clamor, que persistía durante al menos media hora. El tumulto, supo finalmente Reith, procedía de la horda de animales de muchas patas de los que la tribu se proveía de carne. Cada mañana la matarife de la tribu, una mujer de metro ochenta de altura y músculos en consonancia, acudía a la horda con un cuchillo y un hacha de carnicero, para agenciarse tres o cuatro patas para las necesidades del día. Ocasionalmente cortaba un poco de carne del lomo de un animal, o abría sus barrigas para extraer algún órgano interno. Los animales protestaban poco ante la amputación de sus patas, que se regeneraban espontáneamente con gran

rapidez, pero se quejaban prodigiosamente cuando eran tocadas otras partes de sus cuerpos.

Mientras los huesos de Reith se soldaban de nuevo, sus únicos contactos fueron con las mujeres, un grupo más bien mustio, y con Traz Onmale, que pasaba gran parte de las mañanas con Reith, hablando, inspeccionando sus ropas, enseñándole el idioma Kruthe. Éste era muy regular sintácticamente, pero resultaba difícil por su gran cantidad de tiempos, modos y aspectos. Mucho después de que Reith fuera capaz de expresarse, Traz Onmale, a la típica manera de su edad, seguía aún corrigiéndole e indicándole nuevas sofisticaciones del uso del lenguaje. El planeta, supo Reith, se llamaba Tschai; las lunas eran Az y Braz. Los miembros de la tribu se llamaban a sí mismo Kruthe u «Hombres Emblema», por las insignias de plata, cobre, piedra y madera que llevaban en sus sombreros. El status de un hombre era establecido por su emblema, que era reconocido en sí mismo como una entidad semidivina con un nombre, una historia detallada, una idiosincrasia y un rango. No era exagerado decir que, en vez de ser el hombre que lo llevaba el que controlaba el emblema, era este último el que controlaba al hombre, puesto que le daba su nombre y su reputación, y definía su papel tribal. El emblema más dignificado era el Onmale, llevado por Traz, que antes de adoptar el emblema había sido un muchacho normal en la tribu. El Onmale era la encarnación de la sabiduría, la habilidad, la resolución y la indefinible *virtu* Kruthe. Un hombre podía heredar un emblema, tomar posesión de él tras matar a su anterior poseedor, o fabricarse un nuevo emblema. En este último caso, el nuevo emblema no contenía ninguna personalidad o *virtu* hasta que había participado en hazañas notables y adquirido así un status. Cuando un emblema cambiaba de manos, el nuevo propietario asumía, lo quisiera o no, la personalidad del emblema. Algunos emblemas eran mutuamente antagonistas, y un hombre que entraba en posesión de uno de éstos se convertía inmediatamente en el enemigo del poseedor del otro. Algunos emblemas tenían miles de años de antigüedad, con complejas historias; algunos eran aciagos y llevaban consigo la predestinación de su destino; otros impulsaban a su portador a la valentía o a alguna especie de frenesí destructor. Reith estaba seguro de que su percepción de las personalidades simbólicas era pálida y gris comparada con la intensidad de la comprensión de los propios Kruthe. Sin su emblema, el hombre de la tribu era un hombre sin rostro, sin prestigio ni función. Eso era lo que Reith no tardó en comprender acerca de sí

mismo: no era más que un siervo o una mujer, dos palabras que en el idioma Kruthe eran una sola.

Curiosamente, o así se lo parecía a Reith, los Hombres Emblema creían que él procedía de una región remota de Tschai. En vez de respetarle por su presencia a bordo de la nave espacial, lo consideraban un subordinado de alguna raza no humana desconocida para ellos, del mismo modo que los Hombres-Chasch eran subordinados de los Chasch Azules, o los Hombres-Dirdir de los Dirdir.

Cuando Reith oyó por primera vez a Traz Onmale expresar este punto de vista, rechazó indignado la idea.

—Procedo de la Tierra, un planeta lejano; y no somos gobernados por nadie.

—¿Quién construyó la nave espacial, entonces? —preguntó Traz Onmale con voz escéptica.

—Los hombres, naturalmente. Los hombres de la Tierra.

Traz Onmale agitó dubitativo la cabeza.

—¿Cómo puede haber hombres tan lejos de Tschai?

Reith lanzó una risotada de amarga diversión.

—Yo mismo me he estado haciendo la misma pregunta: ¿cómo pudieron llegar los hombres a Tschai?

—El origen de los hombres es bien conocido —dijo Traz Onmale con voz fría—. Se nos enseña tan pronto como aprendemos a hablar. ¿Tú no has recibido la misma instrucción?

—En la Tierra creemos que los hombres evolucionaron de un proto-homínido, que a su vez derivaba de un mamífero más antiguo; y así hacia atrás, hasta las primeras células.

Traz Onmale miró furtivamente a las mujeres que trabajaban cerca de allí. Les hizo una brusca seña.

—Marchaos, estamos hablando de asuntos de hombres.

Las mujeres se alejaron haciendo chasquear sus lenguas, y Traz Onmale contempló disgustado su marcha.

—La locura va a extenderse por todo el campamento. Los magos se sentirán irritados. Tengo que explicarte el auténtico origen de los hombres. Has visto las lunas. La luna rosa es Az, morada de los bendecidos. La luna azul es Braz, un lugar de tormento, donde es enviada la gente malvada y *kruthsh'geir*^[1] después de su muerte. Hace mucho tiempo las lunas chocaron; miles de personas fueron

arrojadas de ellas y cayeron sobre Tschai. Ahora todos deseamos regresar a Az, buenos y malos a la vez. Pero los Juzgadores, que derivan su sabiduría de los globos que llevan, separan a los hombres buenos de los malos y los envían a sus destinos apropiados.

—Interesante —dijo Reith—. ¿Qué hay de los Chasch y los Dirdir?

—No son hombres. Llegaron a Tschai desde más allá de las estrellas, del mismo modo que los Wannek^[2]; los Hombres-Chasch y los Hombres-Dirdir son híbridos impuros. Los Pnume y los Phung fueron vomitados por las grutas septentrionales. Los matamos a todos con celo. —Miró a Reith de soslayo, las cejas severamente fruncidas—. Si tú procedes de un mundo distinto a Tschai, entonces no puedes ser un hombre, y debo ordenar que te maten.

—Eso parece más bien un poco fuerte —dijo Reith—. Después de todo, yo no os he hecho ningún daño.

Traz Onmale hizo un gesto para indicar que el argumento carecía de importancia.

—Me reservo mi juicio hasta más tarde.

Reith se dedicó a ejercitar sus envarados miembros y a estudiar diligentemente el idioma. Los Kruthe, supo, no tenían un hábitat fijo, sino que vagaban por la enorme estepa de Aman, que se extendía por todo el sur del continente conocido como Kotan. No sabían mucho de las condiciones existentes en otros lugares de Tschai. Había otros continentes: Kislovan al sur; Charchan, Kachan y Rakh al otro lado del mundo. Otras tribus nómadas merodeaban por la estepa; en los pantanos y bosques al sur vivían ogros y caníbales, con una enorme variedad de poderes sobrenaturales. Los Chasch Azules estaban establecidos en el extremo oeste de Kotan; los Dirdir, que preferían un clima frío, vivían en Haulk, una península que se extendía al sur y al oeste de Kislovan, y en la costa nordeste de Charchan.

Otra raza alienígena, los Wannek, se había establecido también en Tschai, pero los Hombres Emblema sabían muy poco de ella. Nativa de Tschai había una extraña raza conocida como los Pnume, así como sus locos parientes, los Phung, respecto a los cuales los Kruthe se mostraban reacios a hablar, bajando sus voces y mirando por encima de sus hombros cuando lo hacían.

Pasó el tiempo; días de extraños acontecimientos, noches de desesperación y añoranza de la Tierra. Los huesos de Reith empezaron a soldarse de nuevo, y nadie le impidió que explorara el campamento.

Se habían erigido como unas cincuenta chozas en la ladera de la colina al abrigo del viento, con los techos tocándose unos a otros de modo que desde el aire el conjunto pareciera un accidente más del terreno. Más allá de las chozas había un conjunto de enormes carretas a motor, camufladas bajo lonas enceradas. Reith se sintió sorprendido por el tamaño de los vehículos, y los hubiera examinado más de cerca de no ser por el grupo de cetrinos chiquillos que le seguían a todas partes, atentos a sus menores movimientos. Captaban intuitivamente su cualidad de extranjero y se sentían fascinados por ella. Los guerreros, en cambio, lo ignoraban; un hombre sin emblema era poco más que un fantasma.

En el extremo más alejado del campamento Reith descubrió una enorme máquina montada sobre una carreta: una catapulta gigante con un brazo de casi veinte metros de largo. ¿Una máquina de asedio? En un lado había pintado un disco rosa, en el otro un disco azul: referencia, supuso, a las lunas Az y Braz.

Pasaron los días, las semanas, un mes. Reith no podía comprender la inactividad de la tribu. Eran nómadas; ¿por qué permanecían tanto tiempo en este campamento en particular? Cada día partían los cuatro exploradores, mientras sobre sus cabezas derivaba la cometa negra, alzándose y descendiendo en el aire mientras las piernas de su pequeño jinete colgaban y se agitaban como las de un muñeco. Los guerreros estaban claramente nerviosos, y ocupaban su tiempo practicando el uso de las armas. Ésas eran de tres tipos: un largo y flexible espadín con un filo cortante y un extremo punzante, como la cola de una raya; una catapulta de mano, que utilizaba la energía de cables elásticos para lanzar cortas flechas empenachadas; un escudo triangular, de unos treinta centímetros de largo y veinte de ancho en la base, con agudos ángulos y bordes afilados como una navaja, que servía adicionalmente como arma para golpear y cortar.

Reith fue atendido primero por la niña de ocho años, luego por una pequeña y encorvada vieja con un rostro como una pasa, luego por una muchacha que, de no ser por su eterno aire triste, hubiera parecido atractiva. Tendría quizá dieciocho años, sus rasgos eran regulares, y su pelo rubio estaba normalmente lleno de paja y briznas de hierba. Iba siempre descalza, y llevaba tan sólo una especie de túnica de burda tela tejida a mano.

Un día, mientras Reith estaba sentado en un banco, la muchacha pasó junto a él. Reith la sujetó por la cintura y la hizo sentarse sobre sus rodillas. Olía a

retama y a helecho y a musgo de las estepas, y había también un ligero olor ácido a lana. La muchacha preguntó, con una voz ronca y alarmada:

—¿Qué es lo que quieres de mí? —E intentó levantarse, aunque sin demasiado entusiasmo.

Reith encontró reconfortante su cálido peso.

—Para empezar, quitarte todo esto que llevas en el pelo... no te muevas. — Ella se relajó, mirando a Reith un poco de soslayo: desconcertada, inquieta, sumisa. Reith peinó sus cabellos, primero con sus dedos, luego con un trozo de madera. La muchacha permanecía sentada, quieta.

—Ya está —dijo finalmente Reith—. Ahora tienes mejor aspecto.

La muchacha seguía sentada, como sumida en un sueño. Finalmente se agitó, se puso en pie.

—Tengo que irme —dijo con voz apresurada—. Alguien puede ver. —Pero dudó. Reith fue a atraerla de nuevo hacia sus rodillas, pero dominó su impulso y dejó que se marchara.

Al día siguiente la muchacha pasó de nuevo ante él, y esta vez su pelo estaba peinado y limpio. Se detuvo para mirar por encima de su hombro, y Reith pudo recordar la misma mirada, la misma actitud, en un centenar de ocasiones en la Tierra, y el pensamiento le hizo sentirse enfermo de melancolía. En su hogar, la muchacha hubiera sido calificada como hermosa; aquí en la estepa de Aman, apenas se era consciente de tales asuntos... Tendió su mano; la muchacha se le acercó, como atraída contra su voluntad, lo cual era indudablemente el caso, puesto que sabía las costumbres de su tribu. Reith puso las manos sobre sus hombros, luego en torno a su cintura, y la besó. Ella pareció desconcertada. Sonriendo, Reith preguntó:

—¿Nadie te había hecho esto antes?

—No. Pero es agradable. Hazlo de nuevo.

Reith lanzó un profundo suspiro. Bien... ¿por qué no? Oyó un ruido de pasos a sus espaldas: un golpe lo lanzó de bruces contra el suelo, seguido por una retahíla de palabras demasiado rápidas como para que pudiera entenderlas. Un pie calzado con una bota se clavó en sus costillas, enviando oleadas de dolor a través de su semicurado hombro.

El hombre avanzó hacia la atemorizada muchacha, que permanecía de pie con los puños apretados contra su boca. La golpeó, la pateó, la empujó por todo el campamento, maldiciendo y barbotando insultos:

—... Obscenas intimidaciones con un esclavo extranjero; ¿es ésa la forma en

que velas por la pureza de la raza?

—¿Esclavo? —Reith se levantó del suelo del cobertizo. La palabra resonó en su mente. ¿Esclavo?

La muchacha echó a correr, ocultándose bajo uno de los enormes carros. Traz Onmale apareció para averiguar a qué era debida toda aquella conmoción. El guerrero, un fornido hombre de aproximadamente la misma edad que Reith, señaló a éste con un tembloroso dedo.

—¡Es una maldición, un mal presagio! ¿Acaso no fue predicho todo eso? ¡Es intolerable que se pavonee entre nuestras mujeres! ¡Tiene que ser muerto, o castrado!

Traz Onmale miró dubitativo a Reith.

—No parece que haya hecho mucho daño.

—¡No lo parece, por supuesto! ¡Pero solamente porque dio la casualidad de que yo pasaba por aquí! Con tanta energía para el ardor, ¿por qué no lo ponemos a trabajar? ¿Debemos llenar su barriga mientras él se sienta cómodamente sobre almohadones? ¡Castrémoslo y enviémoslo a trabajar con las mujeres!

Traz Onmale asintió reluciente, y Reith, con una punzada en el corazón, pensó en su unidad de supervivencia colgando del árbol, con sus medicamentos, su transcom, su sondoscopio, su célula de energía y, muy especialmente, sus armas. Para él, en estos momentos, era como si todo aquello se hubiera quedado a bordo de la *Explorador IV*.

Traz Onmale hizo llamar a la matarife.

—Trae un cuchillo afilado. El esclavo tiene que ser apaciguado.

—¡Espera! —jadeó Reith—. ¿Es ésta la forma de tratar a un extranjero? ¿Acaso no tenéis tradiciones de hospitalidad?

—No —dijo Traz Onmale—. No las tenemos. Somos los Kruthe, animados por la fuerza de nuestros Emblemas.

—Este hombre me golpeó —protestó Reith—. ¿Acaso es un cobarde? ¿Luchará conmigo? ¿Qué ocurrirá si tomo su emblema? ¿No me ganaré su lugar en la tribu?

—El emblema en sí es el lugar —admitió Traz Onmale—. Este hombre Osom es el vehículo para el emblema Vaduz. Sin el Vaduz no sería mejor que tú. Pero si el Vaduz está contento con Osom, como debe ser, nunca podrás arrebatárselo.

—Puedo intentarlo.

—Es concebible. Pero has llegado demasiado tarde; aquí está la matarife.

Coopera, por favor: desvístete.

Reith dirigió una horrorizada mirada a la mujer, cuyos hombros eran más amplios que los suyos y varios centímetros más gruesos, y que avanzaba hacia él con una sonrisa de oreja a oreja.

—Aún hay tiempo —murmuró Reith—. Mucho tiempo. —Se volvió hacia Osom Vaduz, que desenvainó su espadín con un agudo chillar de acero contra duro cuero. Pero Reith se había aproximado ya a él, dentro de los dos metros de alcance de la hoja. Osom Vaduz intentó recular; Reith atrapó su brazo, que era tan duro como el acero; en su condición actual, Osom Vaduz era con mucho el más fuerte de los dos. Dio a su brazo un poderoso tirón para arrojar a Reith al suelo. Reith siguió el movimiento al tiempo que giraba sobre sí mismo, haciendo perder el equilibrio a su contrincante. Empujó con el hombro, y Osom Vaduz pivotó por encima de su cadera y se estrelló contra el suelo. Reith le lanzó una patada a la cabeza y clavó su talón en la garganta del hombre, aplastando su laringe. Mientras Osom Vaduz se contorsionaba en su agonía, el sombrero cayó de su cabeza; Reith fue a recogerlo, pero el Mago Jefe se lo arrebató.

Con voz potente, Reith reclamó a Traz Onmale:

—He luchado por el emblema. Es mío.

—¡De ninguna de las maneras! —exclamó apasionadamente el mago—. Ésta no es nuestra ley. ¡Tú eres un esclavo, y un esclavo seguirás siendo!

—¿Debo matarte a ti también? —preguntó Reith, avanzando ominosamente unos pasos.

—¡Ya basta! —exclamó perentoriamente Onmale—. Ya ha habido suficientes muertes. ¡No más!

—¿Qué hay del emblema? —preguntó Reith—. ¿No estás de acuerdo en que es mío?

—Debo pensarlo —declaró el joven—. Mientras tanto, ya basta de esto. Mujer matarife, llévate el cuerpo a la pira. ¿Dónde están los Juzgadores? Que vengan y juzguen a ese Osom que llevaba el Vaduz. ¡Emblemas, preparad la máquina!

Reith se retiró a un lado. Unos minutos más tarde se acercó a Traz Onmale.

—Si lo deseas, abandonaré la tribu y me marcharé solo.

—Conocerás mis deseos cuando sean formulados —declaró el joven, con la absoluta decisión que le confería el Onmale—. Recuerda, tú eres mi esclavo; yo ordené que se detuvieran las hojas que iban a matarte. Si intentas escapar, serás rastreado, capturado y azotado. Mientras tanto, ve a recoger forraje.

Reith tuvo la impresión de que Traz Onmale se esforzaba en dar una apariencia de severidad, quizá para desviar la atención —tanto la suya como la de los demás— de la desagradable orden que había dado a la matarife y que él, por implicación, había rescindido.

Durante todo un día el desmembrado cuerpo de Osom, que había llevado el emblema Vaduz, se consumió dentro de un horno metálico especial, y el viento esparció un horrible hedor por todo el campamento. Los guerreros descubrieron la monstruosa catapulta, pusieron en marcha el motor y la trasladaron al centro del campamento.

El sol se hundió tras un banco de purpúreas nubes gráficas; el crepúsculo era una áspera mezcla de marrones y carmesíes. El cadáver de Osom había sido consumido; el fuego estaba reducido a cenizas. Con toda la tribu acucillada en murmurantes hileras, el Mago Jefe meció las cenizas con sangre de animales para formar una especie de torta, que fue metida en una caja y colocada al extremo del largo brazo.

Los magos miraron hacia el este, donde ahora se alzaba Az la luna rosa, casi llena. El Mago Jefe la invocó con resonante voz:

—¡Az! ¡Los Juzgadores han juzgado a un hombre y lo han encontrado bueno! Es Osom; llevaba el Vaduz. ¡Prepárate, Az! ¡Te enviamos a Osom!

Los guerreros en la catapulta accionaron una palanca. El gran brazo giró en el cielo, apuntando; los cables elásticos se tensaron. La caja con las cenizas de Osom fue depositada en el canal; el brazo fue apuntado a Az. La tribu emitió un canturreo, que ascendió hasta convertirse en un lamento gutural. El mago exclamó:

—¡Enviadlo a Az!

La catapulta emitió un intenso ¡*tunggg-vack!* La caja partió demasiado rápida como para ser vista. Un momento más tarde, muy arriba en el cielo, apareció un estallido de fuego blanco; y los espectadores lanzaron un grito de exaltación.

Durante otra media hora los miembros de la tribu permanecieron contemplando Az. ¿Envidiaban a Osom, se preguntó Reith, que presumiblemente estaba ahora gozando en el palacio de Vaduz en Az? Observó las oscuras formas de los reunidos, retardando el momento de ir a su camastro, hasta que, con una lúgubre sonrisa, se dio cuenta de que en realidad estaba intentando localizar a la muchacha que había ocasionado todo aquel asunto.

Al día siguiente Reith fue enviado a recoger forraje, un tipo de hojas de aspecto recio rematadas por una gota cerosa de color rojo oscuro. Lejos de odiar el trabajo, Reith se sintió contento de poder escapar de la monotonía del campamento.

Las onduladas colinas se extendían hasta tan lejos como el ojo podía alcanzar, picos alternos ámbar y negro bajo el ventoso cielo de Tschai. Reith miró al sur, a la negra línea del bosque, donde su asiento eyector colgaba aún del árbol, o al menos eso esperaba. Dentro de poco le pediría a Traz Onmale que lo condujera al lugar... Alguien estaba observándole. Se volvió en redondo, pero no vio nada.

Cautelosamente, observando con el rabillo del ojo, se puso a trabajar, recogiendo hojas, llenando los dos cestos que llevaba a los extremos de una pértiga para apoyar sobre los hombros. Empezó a descender hacia una hondonada, donde crecían unos matorrales bajos con hojas parecidas a llamas rojas y azules. Vio el atisbo de una blusa gris. Era la muchacha, fingiendo no verle. Reith descendió para encontrarse con ella, y se detuvieron frente a frente, ella medio sonriente, medio temerosa, retorciendo torpemente los dedos de sus manos.

Reith avanzó, se detuvo ante ella, y tomó delicadamente sus manos.

—Si nos vemos, si somos amigos, tendremos problemas.

La muchacha asintió.

—Lo sé... ¿Es cierto que procedes de otro mundo?

—Sí.

—¿Y cómo es?

—Es difícil describirlo.

—Los magos son estúpidos, ¿verdad? La gente muerta no va a Az.

—A mí también me resulta difícil creerlo.

Ella se le acercó más.

—Hazlo de nuevo.

Reith la besó. Luego la tomó por los hombros y la hizo retroceder unos pasos.

—No podemos amarnos. Tú serías desgraciada, te pegarían de nuevo...

Ella se encogió de hombros.

—No me importa. Desearía poder ir contigo de vuelta a la Tierra.

—A mí también me gustaría que pudiéramos —dijo Reith.

—Hazlo de nuevo —suplicó la muchacha—. Sólo otra vez... —De pronto

jadeó, mirando por encima del hombro de Reith. Éste se dio la vuelta, captando el asomo de un movimiento. Hubo un silbido, un golpe, un impresionante jadeo de dolor. La muchacha cayó de rodillas, se derrumbó hacia un lado, aferrando la emplumada flecha enterrada en su pecho. Reith lanzó un ronco grito, miró alocado hacia uno y otro lado.

La línea del horizonte era limpia; no se veía a nadie. Reith se inclinó sobre la muchacha. Los labios de ella se agitaron, pero no pudo oír sus palabras. Lanzó un suspiro, y su cuerpo se relajó.

Reith permaneció inmóvil contemplando el cuerpo, sintiendo que la rabia anulaba todos los pensamientos racionales en su mente. La tomó en sus brazos, la alzó —pesaba menos de lo que esperaba—, y la llevó de vuelta al campamento, aturdido y tambaleante. Fue directo a la choza de Traz Onmale.

El joven permanecía sentado en un taburete, sujetando un espadín, cuya fina y larga hoja curvaba sombríamente a uno y otro lado. Reith depositó el cuerpo de la muchacha en el suelo tan suavemente como fue capaz. Traz Onmale miró el cadáver, luego a Reith, con ojos de pedernal. Reith dijo:

—Me encontré con la muchacha mientras recogía forraje. Estábamos hablando... y la flecha la alcanzó. Fue un asesinato. Puede que la flecha estuviera destinada a mí.

Traz Onmale miró la flecha, tocó las plumas. Algunos guerreros estaban empezando a reunirse a su alrededor. Traz Onmale fue mirando todos los rostros.

—¿Dónde está Jad Piluna?

Hubo murmullos, una voz ronca, avisos. Jad Piluna se aproximó. Reith lo había visto en anteriores ocasiones: un hombre osado y astuto, con un rostro encendido y una curiosa boca en forma de V que le daba, quizá involuntariamente, un constante aire de insolencia. No cabía duda: era el asesino.

Traz Onmale tendió su mano.

—Muéstrame tu catapulta.

Jad Piluna se la lanzó, un gesto casualmente irrespetuoso, y Traz Onmale le dirigió una furiosa mirada. Estudió la catapulta, comprobó la uña disparadora y la película de grasa que normalmente aplicaban los guerreros después de utilizar sus armas. Dijo:

—La grasa tiene señales; hoy has disparado esta catapulta. La flecha — señaló el cuerpo de la muchacha— tiene las tres franjas negras del Piluna. Tú la mataste.

Jad Piluna crispó la boca, la V se hizo más ancha y de trazo más fino.

—Mi intención era matar al hombre. Es un esclavo y un hereje. Ella no era mejor.

—¿Quién eres tú para decidir? ¿Acaso llevas el Onmale?

—No. Pero mantengo que fue un accidente. No es un crimen matar a un hereje.

El Mago Jefe avanzó unos pasos.

—El asunto de herejía intencionada es crucial. Esta persona —señaló a Reith— es claramente un híbrido; supongo que un Hombre-Dirdir y un Pnumekin. Por razones desconocidas se ha unido a los Hombres Emblema y ahora difunde la herejía. ¿Cree que somos tan estúpidos como para no darnos cuenta? ¡Está muy equivocado! Sobornó a la muchacha; la condujo al mal camino; la convirtió en algo sin valor. Así pues, cuando...

Traz Onmale, desplegando de nuevo una decisión sorprendente en un muchacho tan joven, lo interrumpió con brusquedad.

—Ya basta. Estás diciendo tonterías. El Piluna es conocido como un emblema de oscuras acciones. Jad, el portador, tiene que rendir cuentas, y el Piluna debe ser refrenado.

—Proclamo mi inocencia —dijo Jad Piluna, indiferente—. Me someto a la justicia de las lunas.

Traz Onmale frunció los ojos, colérico.

—No importa la justicia de las lunas. Yo haré justicia.

Jad Piluna lo miró sin mostrar preocupación.

—Al Onmale no le está permitido luchar.

Traz Onmale miró hacia el grupo.

—¿No hay aquí ningún noble emblema que dome al asesino Piluna?

Ninguno de los guerreros respondió. Jad Piluna asintió con satisfacción.

—Los emblemas permanecen al margen. Tu llamada no ha tenido efecto. Pero has calumniado a Piluna; has empleado la palabra «asesino». Exijo la reivindicación de las lunas.

Con voz controlada, Traz Onmale dijo:

—Traed el disco.

El Mago Jefe partió, y regresó con una caja tallada en un único y enorme hueso. Se volvió hacia Jad Piluna.

—¿A qué luna apelas en busca de justicia?

—Pido reivindicación a Az, la luna de la virtud y de la paz. Pido que Az demuestre mi derecho.

—Muy bien —dijo Traz Onmale—. Insto a Braz, la luna del Infierno, a que te reclame para sí.

El Mago Jefe rebuscó en la caja, extrajo un disco, rosa por un lado, azul por el otro.

—¡Apartaos, todos! —Lanzó el disco al aire. Giró, volteó, pareció flotar y deslizarse, y aterrizó con el lado rosa arriba.

—¡Az, luna de la virtud, ha decidido inocencia! —proclamó el mago—. Braz no ha visto causa para intervenir.

Reith lanzó un gruñido de hosca burla. Se volvió hacia Traz Onmale.

—Apelo al juicio de las lunas.

—¿Juicio acerca de qué? —preguntó el Mago Jefe—. ¡Por supuesto no tu herejía! ¡Eso es demostrable!

—Pido que la luna Az me conceda el emblema Vaduz, a fin de que yo pueda castigar al asesino Jad.

Traz Onmale lanzó a Reith una sorprendida mirada.

—Imposible —exclamó indignado el Mago Jefe—; ¿cómo puede un esclavo llevar un emblema?

Traz Onmale bajó la vista hacia el patético cuerpo de la muchacha, e hizo un seco gesto al mago.

—Lo libero de su esclavitud. Lanza el disco a las lunas.

El Jefe Mago se inmovilizó, curiosamente envarado y reluctante.

—¿Es eso juicioso? El emblema Vaduz...

—... está muy lejos de ser el más noble de los emblemas. Lanza.

El mago miró a Jad Piluna, como pidiendo su opinión.

—Lanza —dijo Jad Piluna—. Si las lunas le conceden el emblema, será para que yo pueda cortarlo a pedazos. Siempre he despreciado los rasgos de Vaduz.

El mago dudó, estudiando primero la alta y musculosa figura de Jad Piluna, luego a Reith, igualmente alto pero más delgado y menos robusto, y aún no en posesión de todo su vigor.

El Mago Jefe, hombre cauteloso, pensó en contemporizar.

—El disco está descargado de su fuerza; no podemos obtener de él más juicios.

—Tonterías —dijo Reith—. El disco está controlado, o al menos eso es lo que tú dices, por la fuerza de las lunas. ¿Cómo puede estar descargado el disco? ¡Lánzalo!

—¡Lanza el disco! —ordenó Traz Onmale.

—Entonces debes elegir Braz, puesto que eres malvado y hereje.

—He apelado a Az, que puede rechazarme si así lo quiere.

El mago se encogió de hombros.

—Como deseas. Usaré un nuevo disco.

—¡No! —exclamó Reith—. El mismo disco.

Traz Onmale se irguió en su asiento y se inclinó hacia delante, sintiendo despertada nuevamente su atención.

—Utiliza el mismo disco. ¡Lanza!

Con un gesto furioso, el Mago Jefe recogió el disco y lo lanzó alto y girante en el aire. Como antes, osciló, pareció flotar, planeó, y cayó con la cara rosa arriba.

—¡Az señala su favor al extranjero! —declaró Traz Onmale—. ¡Traed el emblema Vaduz!

El Mago Jefe fue a su choza y regresó con él. Traz Onmale se lo tendió a Reith.

—Ahora llevas el Vaduz: eres un Hombre Emblema. ¿Desafías a Jad Piluna?

—Lo desafío.

Traz Onmale se volvió a Jad Piluna.

—¿Estás preparado para defender tu emblema?

—Ahora mismo. —Jad Piluna extrajo con un gesto rápido su espadín, e hizo un floreo por encima de su cabeza.

—Una espada y un escudo para el nuevo Vaduz —dijo Traz Onmale.

Reith tomó el espadín que se le tendía. Lo sopesó, hizo silbar la hoja hacia uno y otro lado. Nunca había manejado una espada tan flexible, y había manejado muchas, puesto que la esgrima era un elemento más de su entrenamiento. Un arma sorprendente en ciertos aspectos, inútil para la lucha a corta distancia. Los guerreros que luchaban con ella lo hacían manteniendo la distancia de su oponente, agitando la espada, cortando, pinchando, alzando y bajando la hoja, pero utilizando relativamente poco los pies. El afilado escudo triangular para el brazo izquierdo también era extraño. Agitó la hoja hacia delante y hacia atrás, observando con el rabillo del ojo a Jad Piluna, que permanecía indolentemente a un lado.

Intentar luchar con el hombre a su propio estilo equivalía a un suicidio, pensó Reith.

—¡Atención! —exclamó Traz Onmale—. Vaduz desafía a Piluna. Cuarenta y uno de tales encuentros se han producido ya anteriormente. Piluna ha

humillado a Vaduz en treinta y cuatro ocasiones. Ahora vuelve a producirse la confrontación. Emblemas, saludaos.

Jad Piluna saltó inmediatamente; Reith paró sin ninguna dificultad, y lanzó un tajo con su propia hoja: un golpe que Jad Piluna desvió con su cuchillo-escudo. Mientras hacía esto Reith saltó hacia delante y golpeó con la punta de su escudo, alcanzando en el pecho a Jad Piluna: una herida insignificante, pero suficiente para destruir la confianza de Piluna. Con los ojos desorbitados por la ira, el rojo de su rostro casi febril, Jad retrocedió de un salto, luego se lanzó a un furioso ataque, abrumando a Reith con su superior fuerza y habilidad técnica. Reith se vio obligado a limitarse a la defensa, evitando ser alcanzado por la rápida hoja, sin pensar en un contraataque. Su hombro le lanzó un ominoso aviso y empezó a arder; jadeaba falto de aliento. La hoja contraria trazó un surco en su muslo, luego en su bíceps izquierdo; más confiado, exultante, Jad Piluna presionó en su ataque, esperando que Reith cayera de espaldas y entonces hacerlo pedazos. Pero Reith se lanzó hacia delante, apartó con un golpe de su escudo la hoja contraria, lanzó un tajo contra la cabeza de Jad Piluna, y le torció el sombrero, estando a punto de arrebatárselo. Jad Piluna retrocedió unos pasos para volver a colocarlo bien, pero Reith saltó de nuevo hacia delante, dentro de una confortable distancia de lucha con el espadín. Golpeó con el escudo, apuntó de nuevo al sombrero de Jad Piluna, se lo arrebató de la cabeza, y con él el emblema Piluna. Reith dejó caer el escudo y recogió el sombrero. Jad, despojado de su Piluna, retrocedió desconcertado, su rostro enmarcado por rizos castaños. Saltó; Reith lanzó el sombrero, atrapando el espadín contrario con las partes laterales del ala que cubrían las orejas.

Se lanzó a fondo con su propio espadín, traspasando el hombro de Jad.

Jad liberó frenéticamente su espadín, retrocedió un paso más, ansioso por obtener más espacio, pero Reith, jadeando y sudando, siguió presionando.

—Te he arrebatado el emblema Piluna, que te ha rechazado con disgusto. Tú, el asesino, vas a morir.

Jad lanzó un grito inarticulado y se lanzó de nuevo al ataque. Reith agitó otra vez el sombrero para atrapar el espadín en las alas. Se lanzó a fondo y ensartó a Jad, el hasta entonces portador del Piluna, en el abdomen. Jad golpeó hacia abajo con su escudo, haciendo soltar a Reith el espadín. Por un grotesco momento permaneció mirando a Reith con horror y acusación, la hoja asomando de su cuerpo. Se la arrancó, la echó a un lado, avanzó hacia Reith, que se inclinó para recoger el escudo que había tirado antes al suelo. Mientras Jad cargaba, Reith

recuperó el escudo y lo lanzó contra su rostro. La punta del arma protectora golpeó la boca de Jad y se clavó, como una fantástica lengua de metal. Las rodillas de Jad cedieron; se derrumbó al suelo, agitando y retorciendo los dedos de sus manos.

Reith, jadeando intensamente, dejó caer el sombrero con el emblema Piluna en el polvo y se apoyó en el poste sustentador de una de las chozas.

No se oía el menor sonido en todo el campamento.

Finalmente, Traz Onmale dijo:

—Vaduz ha vencido a Piluna. El emblema recupera su lustre. ¿Dónde están los Juzgadores? Que vengan a juzgar a Jad Piluna.

Los tres magos avanzaron, mirando primero intensamente al reciente cadáver, luego a Traz Onmale, y al fin, de soslayo, a Reith.

—Juzgad —ordenó Traz Onmale con su dura voz de viejo—. ¡Y aseguraos de que juzgáis correctamente!

Los magos consultaron en voz baja entre sí; luego el Mago Jefe tomó la palabra:

—El juicio es difícil. Jad vivió una vida de héroe. Sirvió al Piluna con distinción.

—Mató a una muchacha.

—Por una buena causa: ¡Estaba manchada por la herejía, por el comercio de su cuerpo con un híbrido impuro! ¿Qué otro hombre religioso no hubiera hecho lo mismo?

—Actuó más allá de su competencia. Os invito a que lo juzguéis malvado. Ponedlo en la pira. Cuando aparezca Braz, arrojad las cenizas del malvado al infierno.

—Así sea —murmuró el Mago Jefe.

Traz Onmale entró en su choza.

Reith se quedó solo en medio del campamento. Los guerreros hablaban intranquilos en pequeños grupos, mirando con desagrado hacia él. Era última hora de la tarde; un banco de pesadas nubes oscureció el sol. Hubo el relampagueo de purpúreos rayos, el ronco retumbar de los truenos. Las mujeres corrieron apresuradamente aquí y allá, cubriendo los montones de forraje y las vasijas de cereales. Los guerreros se apresuraron a tensar las cuerdas que sujetaban las lonas encima de los grandes carromatos.

Reith bajó la vista al cuerpo de la muchacha, que nadie parecía interesado en retirar. Permitir que el cadáver yaciera toda la noche allí fuera en medio de la

lluvia y el viento era impensable. La pira estaba ya prendida, lista para recibir el cuerpo de Jad. Reith alzó el cuerpo de la muchacha, lo llevó hasta la pira e, ignorando las quejas de las viejas mujeres que atendían al fuego, introdujo el cuerpo en el horno con tanta gracia y compostura como le fue posible.

Con las primeras gotas de lluvia, Reith se dirigió al cobertizo de almacenamiento que había sido dejado para su uso.

Fuera, la lluvia se había convertido en un auténtico diluvio. Empapadas mujeres erigieron un tosco refugio sobre la pira y siguieron alimentando las llamas con madera.

Alguien penetró en el cobertizo. Reith retrocedió a las sombras, luego la luz del fuego brilló en el rostro de Traz Onmale. Parecía sombrío, deprimido.

—Reith Vaduz, ¿dónde estás?

Reith avanzó. Traz Onmale le miró, agitó lúgubrementemente la cabeza.

—Desde que llegaste a la tribu, todo ha ido mal. Discusiones, iras, muertes. Los exploradores regresan solamente con noticias de una estepa vacía. Piluna ha resultado manchado. Los magos discuten contra Onmale. ¿Quién eres, para traernos tales maldiciones?

—Soy lo que te he dicho que soy —respondió Reith—: un hombre de la Tierra.

—Herejía —dijo Traz Onmale, sin calor—. Los Hombres Emblema son la lluvia caída de Az. Eso al menos es lo que dicen los magos.

Reith meditó unos instantes, luego dijo:

—Cuando las ideas se hallan en contradicción, como aquí, normalmente las ideas más poderosas son las que vencen. A veces esto es malo, a veces bueno. La sociedad de los Emblemas me parece mala para mí. Un cambio sería para mejor. Sois gobernados por sacerdotes que...

—No —dijo con decisión el joven—. Onmale gobierna la tribu. Yo llevo ese emblema; habla a través de mi boca.

—Hasta cierto punto. Los sacerdotes son lo bastante listos como para hacer que las cosas vayan a su manera.

—¿Qué es lo que pretendes? ¿Deseas destruirnos?

—Por supuesto que no. No deseo destruir a nadie... a menos que resulte necesario para mi propia supervivencia.

El joven dejó escapar un profundo suspiro.

—Me siento confuso. Estás equivocado... o los que están equivocados son los magos.

—Los magos son los que están equivocados. La historia humana en la Tierra posee un pasado de diez mil años.

Traz Onmale se echó a reír.

—En una ocasión, antes de que yo llevara el Onmale, la tribu penetró en las ruinas de la antigua Carcegus y allí capturó a un Pnumekin. Los magos lo torturaron para conseguir sus conocimientos, pero habló solamente para maldecir cada minuto de los cincuenta y dos mil años que los hombres llevaban viviendo en Tschai... Cincuenta y dos mil años contra tus diez mil. Todo es muy extraño.

—Muy extraño, realmente.

Traz Onmale se puso en pie, alzó la vista hacia el cielo, donde el viento nocturno arrastraba las nubes como si fueran un rebaño.

—He estado observando las lunas —dijo con un hilo de voz—. Los magos también las observan. Los portentos son desfavorables; creo que está a punto de producirse una conjunción. Si Az cubre a Braz, todo irá bien. Pero si es Braz quien cubre a Az, entonces alguien nuevo llevará el Onmale.

—¿Y tú?

—Debo actuar de acuerdo con la sabiduría del Onmale, y dejar que las cosas se produzcan como deben producirse. —Y Traz Onmale abandonó el cobertizo.

La tormenta rugió por toda la estepa: una noche, un día, una segunda noche. Por la mañana del segundo día, el sol se alzó en un límpido y ventoso cielo. Los exploradores salieron como de costumbre, para regresar excitados al mediodía. Hubo una explosión instantánea de actividad. Las lonas fueron dobladas, las chozas desmontadas y empaquetadas en fardos. Las mujeres cargaron los carros; los guerreros frotaron sus caballos saltadores con aceite, los ensillaron, aseguraron las riendas en sus sensitivos palpos frontales. Reith se acercó a Traz Onmale.

—¿Qué ocurre?

—Ha sido avistada por fin una caravana procedente del este. Vamos a atacarla a lo largo del río Ioba. Como Vaduz, tienes que cabalgar con nosotros y compartir el botín.

Ordenó que le fuera entregado un caballo saltador; Reith montó excitado el hediondo animal. Saltó ante el peso no familiar, agitando el muñón que era su cola. Reith tiró de las riendas; el caballo saltador se tensó y partió al galope hacia la estepa, mientras Reith se aferraba desesperadamente para no ser arrojado.

Desde atrás le llegó un rugir de risas: era la burla de los expertos ante las tribulaciones de un pie tierno.

Reith consiguió finalmente controlar el caballo saltador y hacerlo regresar. Unos minutos más tarde el grupo partía hacia el nordeste, con los negros animales de largo cuello saltando y espumeando, los guerreros inclinados hacia adelante en sus sillas, las rodillas dobladas hacia arriba, los sombreros de piel negra azotando los lados de sus cabezas; Reith no pudo impedir el sentir un arcaico estremecimiento participando en aquella salvaje cabalgada.

Durante una hora los Hombres Emblema recorrieron la estepa, inclinándose sobre el cuello de sus monturas cuando cabalgaban al descubierto. La ininterrumpida sucesión de colinas se hacía cada vez más llana; delante se abría una enorme extensión manchada de sombras y colores apagados. La tropa hizo un alto en una colina mientras los guerreros señalaban aquí y allá. Traz Onmale dio órdenes. Reith acercó su montura y se tensó para escuchar.

—... el camino del sur hasta el vado. Aguardaremos en la Espesura del Tordo. Los Ilanth se dirigirán primero al vado; enviarán exploradores a los bosques de Zad y de la Colina Blanca. Entonces atacaremos el centro y nos apoderaremos de los carromatos de los tesoros. ¿Está todo claro? ¡Entonces, adelante hacia la Espesura del Tordo!

Los Emblemas se lanzaron colina abajo, hacia una lejana líneas de altos árboles y un grupo de aislados riscos que dominaban el río Ioba. Se ocultaron al abrigo de un profundo bosque.

Pasó el tiempo. Empezó a sonar un débil retumbar a lo lejos, y la caravana apareció. A varios cientos de metros delante de ella cabalgaban tres espléndidos guerreros de piel amarilla, llevando negros cascos coronados por cráneos humanos desprovistos de su mandíbula inferior. Sus monturas eran similares a los caballos saltadores, pero más grandes y de apariencia más blanda; llevaban armas portátiles y cortas espadas, con rifles de cañón corto cruzados sobre sus piernas.

A partir de entonces, desde el punto de vista de los Emblemas, todo empezó a ir mal. Los Ilanth no cruzaron el río, sino que aguardaron a la caravana mientras vigilaban. Los enormes carromatos a motor, con ruedas de casi dos metros, llegaron bamboleándose a la orilla del río, cargados hasta una altura sorprendente con fardos, cajas y en algunos casos jaulas en las que se apiñaban hombres y mujeres.

El jefe de la caravana era un hombre cauteloso. Antes de que los carromatos

alcanzaran los riscos, estacionó los cañones montados sobre ruedas que los acompañaban para cubrir todas las posibles vías de aproximación, luego envió a los Iланth a explorar la orilla opuesta.

En la Espesura del Tordo, los guerreros Emblema maldijeron y echaron humo.

—¡Riquezas, riquezas! ¡Todo tipo de mercancías! ¡Sesenta carromatos de primera! Pero es un suicidio intentar un ataque.

—Cierto. ¡Los lanzaarena nos derribarían como pájaros!

—¿Para eso hemos estado aguardando tres tediosos meses en las colinas de Walgram? ¿Tan mala es nuestra suerte?

—Los presagios eran malos; la noche pasada miré a la bendita Az; la vi golpear contra las nubes: una clara advertencia.

—¡Nada funciona bien, todos nuestros intentos son un completo fracaso! Nos hallamos bajo la influencia de Braz.

—De Braz... o de la labor del brujo de pelo negro que mató a Jad Piluna.

—¡Cierto! ¡Y ha venido para hacer fracasar la incursión, cuando siempre hemos tenido éxito!

Y las hoscas miradas empezaron a volverse hacia Reith, que intentaba pasar desapercibido.

Los jefes guerreros conferenciaron.

—No podemos intentar nada; sembraríamos el campo de guerreros muertos y ahogaríamos nuestros Emblemas en el río Ioba.

—Bien, entonces... ¿debemos seguirles y atacar por la noche?

—No. Están demasiado bien custodiados. El jefe es Baojian; ¡no corre riesgos! ¡Qué Braz se lleve su alma!

—Así pues... ¡tres meses perdidos para nada!

—Mejor para nada que para el desastre. Volvamos al campamento. Las mujeres lo tienen todo empaquetado, así que podemos irnos al este, a Meraghan.

—¡Al este, más indigentes que cuando fuimos al oeste! ¡Qué maldita suerte!

—¡Los presagios, los presagios! ¡Todos están contra nosotros!

—Volvamos al campamento; aquí no tenemos nada que hacer.

Los guerreros dieron media vuelta y, sin echar una mirada atrás, lanzaron al galope a sus caballos saltadores a través de la estepa.

A primera hora de la tarde, tristes y amargados, llegaron de vuelta al campamento. Las mujeres, que lo tenían todo empaquetado, fueron maldecidas

por su negligencia. ¿Por qué las ollas no estaban hirviendo? ¿Por que no había preparadas jarras de cerveza?

Las mujeres gruñeron y maldijeron a su vez, tan sólo para ser apaleadas. Entre todos, finalmente, descargaron de las carretas lo necesario para comer y beber.

Traz Onmale permanecía aparte y pensativo, mientras Reith era ostensiblemente ignorado. Los guerreros comieron copiosamente, sin dejar de gruñir, y luego, saciados y exhaustos, se tendieron al lado del fuego.

Az había salido ya, pero ahora la luna azul, Braz, surcaba el cielo en ángulo, dirigiéndose directamente hacia el curso de Az. Los magos fueron los primeros en observarlo, y se apresuraron a señalarlo con temerosa premonición.

Las lunas convergieron; parecía como si fueran a chocar. Los guerreros lanzaron guturales gritos de terror. Pero Braz pasó por delante del disco rosa, eclipsándolo completamente. El Mago Jefe lanzó un loco aullido al cielo:

—¡Qué así sea! ¡Qué así sea!

Traz Onmale se volvió y salió lentamente de las sombras. Reith estaba por casualidad allí.

—¿Qué es todo este tumulto? —preguntó.

—¿No lo has visto? Braz ha superado a Az. Mañana debo partir a Az para expiar nuestros errores. Sin duda tu también deberás ir. A Braz.

—¿Quieres decir por medio del fuego y la catapulta?

—Sí. Soy afortunado por haber llevado el Onmale durante todo el tiempo que lo he hecho. El portador que lo llevó antes que yo no tenía ni la mitad de mi edad cuando fue enviado a Az.

—¿Crees que ese ritual posee algún valor práctico?

Traz Onmale dudó. Luego:

—Eso es lo que esperan; pedirán que me degüelle en el fuego. Debo obedecer.

—Mejor que nos vayamos ahora —dijo Reith—. Dormirán como troncos. Cuando despierten estaremos muy lejos de aquí.

—¿Qué? ¿Nosotros dos? ¿Dónde iremos?

—No lo sé. ¿No hay por aquí ningún lugar donde la gente viva sin matarse?

—Quizá sí exista ese lugar. Pero no en la estepa de Aman.

—Si pudiéramos recuperar la lanzadera, y si dispusiera del tiempo necesario para repararla, podríamos abandonar Tschai y regresar a la Tierra.

—Imposible. Los Chasch se apoderaron de la nave. Está perdida para

siempre para ti.

—Eso es lo que temo. De todos modos, será mejor que nos vayamos ahora antes de ser asesinados mañana.

Traz Onmale permanecía de pie, mirando fijamente a las lunas.

—Onmale me ordena que me quede. No puedo pervertir el Onmale. Nunca ha huido; siempre ha cumplido con su deber hasta la muerte.

—El deber no incluye el suicidio inútil —dijo Reith. Hizo un repentino movimiento, cogió el sombrero de Traz Onmale, arrancó el emblema. Traz emitió un quejido casi de dolor físico, luego miró fijamente a Reith.

—¿Qué haces? ¡Tocar el Onmale representa la muerte!

—Ya no eres Traz Onmale; ahora eres simplemente Traz.

El joven pareció encogerse, disminuir en estatura.

—Muy bien —dijo con voz marchita—. No me importa morir. —Miró al campamento a su alrededor—. Debemos irnos a pie. Si intentamos ensillar unos caballos saltadores, gritarán y harán rechinar sus cuernos. Espera aquí. Tomaré capas y un poco de comida. —Se alejó, dejando a Reith con el emblema del Onmale.

Lo miró a la luz de las lunas, y el emblema pareció devolverle la mirada, transmitiéndole órdenes imperativas. Reith cavó un agujero en el suelo, dejó caer el Onmale en él. Pareció estremecerse, lanzar un inaudible chillido de angustia; cubrió el resplandeciente emblema, sintiéndose atormentado y culpable, y cuando volvió a alzarse en pie sus manos temblaban y estaban húmedas, y el sudor descendía por su espalda.

Pasó el tiempo: ¿Una hora? ¿Dos horas? Reith fue incapaz de estimarlo. Desde su llegada a Tschai su sentido del tiempo se había vuelto errático.

Las lunas se deslizaron declinando en el cielo; la medianoche se acercó, pasó; los sonidos nocturnos se apoderaron de la estepa: el débil aullido en tono alto de las jaurías nocturnas, un gran y ahogado eructo. En el campamento, los fuegos se convirtieron en brasas; el murmullo de las voces cesó.

El joven apareció silencioso detrás de él.

—Estoy listo. Aquí está tu capa y un paquete con comida.

Reith se dio cuenta de que hablaba con una nueva voz, menos segura de sí misma, menos brusca. Su sombrero negro parecía extrañamente desnudo. Miró a las manos de Reith y brevemente en torno al cobertizo, pero no hizo ninguna pregunta relativa al Onmale.

Se deslizaron hacia el norte, treparon la colina para proseguir por su cresta.

—Seremos más visibles para las jaurías nocturnas —murmuró Traz—, pero los merodeadores se mantienen en las sombras de los pantanos.

—Si podemos alcanzar el bosque, y el árbol donde espero que siga colgando aún mi arnés, estaremos considerablemente más seguros. Luego... —Hizo una pausa. El futuro era una extensión vacía.

Ganaron la cresta de la colina y se detuvieron un momento para descansar. Las altas lunas arrojaban una luz pálida sobre la estepa, llenando los huecos de oscuridad. Desde no muy lejos al norte les llegó una serie de prolongados gemidos.

—Abajo —susurró Traz—. Tiéndete en el suelo. Las jaurías están corriendo por ahí.

Permanecieron tendidos sin moverse durante quince minutos. Los fantasmagóricos gritos sonaron de nuevo, hacia el este.

—Ven —dijo Traz—. Están trazando círculos en torno al campamento, con la esperanza de arrebatarnos algún niño.

Echaron a andar hacia el sur, subiendo y bajando, evitando los oscuros pantanos tanto como les era posible.

—La noche está ya muy avanzada —dijo Traz—. Cuando salga la luz los Emblemas nos rastrearán. Si alcanzamos el río podemos perderles. Si nos cogen los hombres de las marismas, nuestro destino será igual de malo, o peor.

Caminaron durante dos horas. El cielo oriental empezó a mostrar una amarillenta luz acuosa, estriada con nubes negras, y ante ellos se alzó el bosque. Traz miró hacia atrás, en la dirección de la que habían venido.

—El campamento va a alzarse. Las mujeres encenderán los fuegos. Pronto los magos irán en busca del Onmale. Es decir, en mi busca. Puesto que no me encontrarán, el campamento se convertirá en una confusión. Habrá maldiciones y gritos: mucha irritación. Los Emblemas correrán a sus caballos saltadores y se lanzarán al galope. —Una vez más, Traz observó el horizonte—. Pronto estarán aquí.

Siguieron andando, y alcanzaron el límite del bosque, oscuro y húmedo aún y sumido en las sombras de la noche. Traz dudó, mirando al interior del bosque, luego a la estepa.

—¿Está muy lejos el pantano? —preguntó Reith.

—No mucho. Un par de kilómetros quizá. Pero huelo a un berl.

Reith husmeó el aire y detectó un hedor ácido.

—Puede que sólo sea el rastro que ha dejado —dijo Traz con voz ronca—.

Los Emblemas estarán aquí dentro de muy pocos minutos. Será mejor que intentemos alcanzar el río.

—¡Primero el arnés de eyección!

Traz se alzó ostensiblemente de hombros y se metió en el bosque. Reith se volvió para echar una última mirada por encima de su hombro. En el límite de su visión aparecieron unos presurosos puntos negros. No dudó en seguirle los talones a Traz, que avanzaba con grandes precauciones, deteniéndose para escuchar y oisquear el aire. En su fiebre de impaciencia, Reith le dio prisa. Traz aceleró el paso, y finalmente casi estaban corriendo sobre la alfombra de putrescentes hojas. Muy atrás, Reith creyó oír una sucesión de salvajes aullidos. Traz se detuvo en seco.

—Aquí está el árbol. —Señaló hacia arriba—. ¿Es eso lo que buscas?

—Sí —dijo Reith, con un alivio que brotaba de lo más profundo de su corazón—. Temía que pudiera haber desaparecido.

Traz trepó al árbol, bajó el asiento. Reith abrió el compartimiento, extrajo su pistola, la besó con alivio, se la metió en el cinturón.

—Apresúrate —dijo Traz ansiosamente—. Oigo a los Emblemas; no están muy lejos.

Reith tomó la mochila de la unidad de supervivencia, se la echó al hombro.

—Vámonos. Ahora nos seguirán a su propio riesgo.

Traz abrió camino rodeando el pantano, procurando ocultar las huellas de su paso, volviendo atrás, saltando por encima de una charca de negro barro de más de cinco metros de ancho con ayuda de una colgante rama, trepando a otro árbol y dejando que se curvara bajo su peso para llevarlo a veinte metros de distancia, al lado opuesto de unos densos matorrales. Reith siguió cada una de sus maniobras. Las voces de los guerreros Emblema eran ahora claramente audibles.

Traz y Reith alcanzaron el borde del río, una lenta corriente de aguas negroamarronadas. Traz encontró una especie de balsa natural formada por maderas flotantes, lianas, humus, todo ello aglutinado por cañas verdes. La empujó a la corriente. Luego él y Reith se ocultaron en un cercano grupo de cañas. Pasaron cinco minutos; aparecieron cuatro Hombres Emblema chapoteando en el lodo, siguiendo su rastro, luego otra docena, con las catapultas preparadas. Corrieron hasta la orilla del río, señalaron las marcas allá donde Traz había arrastrado la balsa, escrutaron la superficie del río. La masa de vegetación flotante había derivado casi doscientos metros corriente abajo y era arrastrada por un remolino hacia la orilla opuesta. Los Emblemas lanzaron gritos de furia,

se dieron la vuelta y echaron a correr a toda velocidad por entre el lodo y los matorrales, siguiendo la orilla hacia la derivante balsa.

—Rápido —susurró Traz—. No vamos a mantenerlos engañados mucho tiempo. Volverán sobre sus pasos.

Traz y Reith echaron a correr de nuevo desandando el camino, cruzando el pantano y metiéndose una vez más en el bosque, con los gritos y llamadas llegándoles primero desde lejos, luego interrumpiéndose, luego aproximándose de nuevo en furiosa exultación.

—Han descubierto nuestro rastro otra vez —jadeó Traz—. Vendrán con caballos saltadores; nunca podremos... —Se interrumpió en seco, alzó una mano, y Reith se dio cuenta de nuevo del intenso hedor agridulce—. El berl —susurró Traz—. Por aquí... subamos a este árbol, aprisa.

Con la unidad de supervivencia colgando a su espalda, Reith siguió al joven que trepaba por las aceitosas ramas verdes de un árbol.

—Más arriba —dijo Traz—. El animal puede dar saltos enormes.

Apareció el berl: un ágil monstruo amarronado con una maligna cabeza de jabalí hendida por una enorme boca. De su cuello brotaban un par de largos brazos terminados en grandes manos córneas que mantenía por encima de su cabeza. Parecía estar pendiente de las llamadas de los guerreros, y no dedicó a Traz y Reith más que una rápida mirada hacia las alturas. Reith pensó que nunca antes había visto tanta maldad reunida en un rostro.

—Es ridículo. No es más que un animal...

La criatura desapareció en el bosque; un momento más tarde los sonidos de la persecución se interrumpieron bruscamente.

—Han olido al berl —dijo Traz—. Aprovechemos la ocasión.

Bajaron del árbol y huyeron hacia el norte. Desde atrás les llegaron gritos de horror, un gruñido gutural, el rechinar de mandíbulas.

—Estamos a salvo de los Emblemas —dijo Traz con voz hueca—. *Los que sobrevivan huirán.* —Clavó en Reith unos turbados ojos—. Cuando vuelvan al campamento no habrá Onmale. ¿Qué ocurrirá? ¿Morirá la tribu?

—No lo creo —dijo Reith—. Los magos sabrán qué hacer.

Finalmente salieron del bosque. La estepa se extendía llana y vacía, bañada por una aromática luz color miel. Reith preguntó:

—¿Qué hay al oeste de nosotros?

—El Aman Occidental y el país de los Viejos Chasch. Luego los altos de Jang. Más allá están los Chasch Azules y el golfo de Aesda.

—¿Y al sur?

—Las marismas. Allá viven los hombres de las marismas, en balsas. Son distintos de nosotros: gente pequeña y amarilla con ojos blancos. Crueles y astutos como los Chasch Azules.

—¿No tienen ciudades?

—No. Las ciudades están allí —Traz hizo un gesto vago hacia el norte—, todas en ruinas. Hay viejas ciudades por todas partes en las estepas. Están encantadas, y los Phung viven entre sus ruinas.

Reith hizo más preguntas relativas a la geografía y a la vida de Tschai, descubriendo que los conocimientos de Traz eran muy incompletos. Los Dirdir y los Hombres-Dirdir vivían más allá del mar; dónde, no era muy seguro. Había tres tipos de Chasch: los Viejos Chasch, los decadentes restos de una raza en su tiempo poderosa, y ahora concentrados en torno a los altos de Jang; los Chasch Verdes, nómadas de la Estepa Muerta; y los Chasch Azules. Traz detestaba a todos los Chasch indiscriminadamente, aunque nunca había visto a los Viejos Chasch.

—Los Verdes son terribles: ¡demonios! Se mantienen confinados en la Estepa Muerta. Los Emblemas se mantienen en el sur, excepto para incursiones y pillaje de caravanas. La caravana que renunciamos a atacar había hecho un rodeo hacia el sur para evitar a los Verdes.

—¿Adonde iba?

—Probablemente a Pera, o quizá a Jalkh en el mar Lesmático. Lo más seguro a Pera. Las caravanas norte-sur comercian entre Jalkh y Mazuún. Las caravanas este-oeste se mueven entre Pera y Coad.

—¿En esas ciudades viven hombres?

Traz se encogió de hombros.

—Difícilmente puede llamárselas ciudades. Son puros asentamientos. Pero sé muy poco de ellas, solamente lo que he oído decir a los magos. ¿Tienes hambre? Yo sí. Comamos un poco.

Se sentaron en un tronco caído y comieron unos trozos de pastel de gachas y bebieron de unos pellejos de cerveza. Traz señaló hacia un arbustos de los que crecían pequeños glóbulos blancos.

—Nunca nos moriremos de hambre mientras crezcan plantas del peregrino... ¿Y ves esos otros arbustos negros? Son *watak*. Sus raíces almacenan como cuatro litros de savia. Si no bebes otra cosa más que *watak* terminas quedándote sordo, pero para períodos cortos no representa ningún peligro.

Reith abrió su unidad de supervivencia.

—Puedo extraer agua del suelo con esta película, o convertir el agua del mar en agua potable con este purificador... Eso de ahí son píldoras alimenticias, suficientes para un mes... Esto es una célula de energía... Un equipo médico... Cuchillo, brújula, sondoscopio... Transcom... —Reith examinó el transcom con un repentino estremecimiento de interés.

—¿Para qué sirve? —preguntó Traz.

—Es la mitad de un sistema de comunicación. Había otro en la unidad de Paul Waunder, que quedó en la nave espacial. Puedo radiar una señal que provoque una respuesta automática del otro equipo y me dé su localización. — Reith pulsó el botón *Búsqueda*. La aguja de una brújula se orientó hacia el noroeste; un contador parpadeó un 9'8 en blanco y un 2 en rojo—. El otro equipo, y presumiblemente la lanzadera, está a 9'8 veces 10 al cuadrado, o sea a 980 kilómetros al noroeste.

—Eso corresponde a los dominios de los Chasch Azules. Ya lo sabíamos.

Reith miró hacia el noroeste, pensativo.

—No deseamos ir al sur a las marismas, ni tampoco volver al bosque. ¿Qué hay al este, más allá de las estepas?

—No lo sé. Creo que el océano Draschade. Pero está muy lejos.

—¿Es de ahí de donde vienen las caravanas?

—Coa está en un golfo que conecta con el Draschade. En medio está la estepa de Aman, los Hombres Emblema y también otras tribus: los Luchadores de Cometas, los Hachas Locas, los Tótems de los Berls, los Amarillos-Negros y otras más allá de mi conocimiento.

Reith meditó. Su nave espacial había sido llevada por los Chasch Azules al noroeste. En consecuencia, el noroeste parecía la dirección más razonable hacia la que encaminarse.

Traz permanecía sentado dormitando, la barbilla hundida en su pecho. Mientras llevaba el Onmale había demostrado una energía irrefrenable; ahora, con el alma del emblema separada de la suya, se había vuelto melancólico y pensativo, mucho más reservado de lo que Reith consideraba natural.

Los párpados de Reith se cerraban también por el cansancio: la luz del sol era cálida, el lugar parecía seguro... ¿Y si el berl regresaba? Reith se obligó a permanecer despierto. Mientras Traz dormía, acondicionó su unidad.

3

Traz despertó. Dirigió a Reith una mirada casi de disculpa y se puso rápidamente en pie.

Reith se levantó también; echaron a andar: de mutuo acuerdo, sin ninguna palabra, hacia el noroeste. Era mediada la mañana, con el sol convertido en un disco de cobre semiempañado en el cielo color pizarra. El aire era agradablemente fresco, y por primera vez desde su llegada a Tschai Reith se sintió animado. Su cuerpo estaba en buenas condiciones físicas de nuevo, había recuperado su equipo, sabía la dirección general de la lanzadera: era un enorme avance con relación a su situación anterior.

Avanzaron a buen ritmo por la estepa. El bosque se convirtió en una mancha imprecisa a sus espaldas; excepto eso, el horizonte estaba completamente vacío. Tras su comida del mediodía durmieron un poco; luego, al despertar a última hora de la tarde, prosiguieron su marcha hacia el noroeste.

El sol se hundió en un banco de nubes bajas, poniendo reflejos de encaje cobrizo a sus partes superiores. No había ningún abrigo en la estepa; sin nada mejor que hacer, siguieron caminando.

La noche era tranquila y silenciosa; muy lejos al este oyeron los aullidos de las jaurías nocturnas, pero no fueron molestados.

Al día siguiente terminaron la comida y el agua que había proporcionado Traz, y empezaron a subsistir a base de las vainas de la planta del peregrino y el agua extraída de las raíces de los *watak*: las primeras blandas, la segunda ácida.

Por la mañana del tercer día vieron un punto blanco derivando en el cielo occidental. Traz se arrojó de bruces al suelo detrás de unos bajos arbustos e indicó a Reith que hiciera lo mismo.

—¡Dirdir! ¡Están cazando!

Reith extrajo su sondascopio y lo apuntó hacia el objeto. Con los codos apoyados en el suelo, accionó el zoom hasta conseguir cincuenta diámetros de aumento, en cuyo momento la vibración del aire empezó a confundir la imagen. Vio un largo casco plano parecido al de un bote, lleno de postes inclinados como mástiles y extrañas volutas: adornos estéticos, al parecer, antes que utilitarios. Encima del casco había cuatro formas pálidas, inidentificables como Dirdir u Hombres-Dirdir. La aeronave seguía un rumbo aproximadamente paralelo al de ellos, desplazado varios kilómetros al oeste. Reith se preguntó los motivos de la tensión de Traz. Inquirió:

—¿Qué es lo que cazan?

—Hombres.

—¿Por deporte?

—Por deporte. Y también para procurarse comida. Comen carne humana.

—Me gustaría poder disponer de esta nave —murmuró Reith. Se puso en pie, ignorando las frenéticas protestas de Traz. Pero la aeronave Dirdir desapareció rumbo al norte. Traz se relajó, pero siguió escrutando el cielo.

—A veces vuelan alto y miran desde allí hasta que descubren algún guerrero solitario. Entonces se dejan caer como un ave de presa para capturar al hombre con el lazo o atacarlo con espadas eléctricas.

Siguieron caminando, siempre hacia el norte y el oeste. Al atardecer, Traz volvió a mostrarse intranquilo, por razones que Reith no pudo discernir, aunque había como una cualidad peculiarmente extraña en el paisaje. El sol, oscurecido por la bruma, era pequeño y apagado y arrojaba una luz lívida sobre la enormidad de la estepa. No se podía ver nada excepto sus propias sombras alargadas tras ellos, pero a medida que andaban Traz no dejaba de mirar hacia uno y otro lado, deteniéndose a veces para escrutar el camino por el que habían venido. Finalmente, Reith preguntó:

—¿Qué es lo que buscas?

—Algo nos está siguiendo.

—¿Oh? —Reith se volvió para mirar hacia atrás—. ¿Cómo lo sabes?

—Es una sensación que tengo.

—¿Qué puede ser?

—Los Pnumekin, que viajan sin ser vistos. O tal vez las jaurías nocturnas.

—Los Pnumekin. Son hombres, ¿no?

—Hombres, en un cierto sentido. Son los espías, los correos, de los Pnume. Algunos dicen que hay túneles por debajo de toda la estepa, con entradas

secretas... ¡quizá incluso bajo estos mismos arbustos!

Reith examinó los arbustos hacia los que Traz había dirigido su atención, pero parecían completamente normales.

—¿Pueden causarnos algún daño?

—No a menos que los Pnume nos quieran muertos. ¿Quién sabe lo que quieren los Pnume? Lo más probable es que las jaurías nocturnas hayan salido temprano hoy.

Reith tomó su sondoscopio. Examinó la estepa, sin descubrir nada.

—Esta noche —dijo Traz— será mejor que encendamos un fuego.

El sol se puso con una melancólica exhibición de púrpuras y malvas y marrones. Traz y Reith recogieron un montón de ramas de los matorrales y encendieron un fuego.

Los instintos de Traz habían sido certeros. A medida que iba oscureciendo empezaron a sonar suaves aullidos al este, que fueron respondidos por un grito al norte y otro al sur. Traz montó su catapulta.

—No le tienen miedo al fuego —le dijo a Reith—. Pero evitan la luz para que no les delate... Algunos dicen que son una especie de animales Pnume.

Las jaurías nocturnas los rodearon, moviéndose justo más allá del límite de la luz, mostrándose como oscuras formas, con algún que otro destello ocasional de un par de ojos blancos.

Traz mantenía su catapulta preparada. Reith extrajo su pistola y su célula de energía. La primera disparaba pequeñas agujas explosivas, y era infalible a una distancia de cincuenta metros. La célula era un dispositivo con múltiples finalidades. En un extremo un cristal emitía o bien un rayo o un haz de luz simplemente pulsando un botón. Un enchufe permitía recargar en ella el sondoscopio y el transcom. Al otro lado un disparador arrojaba un auténtico chorro de energía en bruto, pero eso drenaba terriblemente la carga disponible para usos futuros, y Reith consideraba la célula de energía como un arma únicamente de último recurso.

Con las jaurías nocturnas dando vueltas en torno al fuego, mantuvo ambas armas listas para ser utilizadas, dispuesto a no malgastar una carga a menos que fuera absolutamente necesario. Una forma se acercó demasiado; Traz disparó su catapulta. La flecha dio en el blanco; la negra forma dio un tremendo salto, lanzando un agudo aullido.

Traz tensó de nuevo la catapulta, y echó más leña al fuego. Las formas se movían inquietas, luego empezaron a dar vueltas sobre sí mismas.

—Pronto atacarán —dijo Traz lúgubremente—. Ya estamos muertos. Un grupo de seis hombres pueden mantener a raya a las jaurías nocturnas; cinco hombres resultan casi siempre muertos.

Reith cogió reluctantemente la célula de energía. Aguardó.

Las jaurías nocturnas danzaban y giraban cada vez más cerca. Reith tomó puntería, pulsó el disparador, hizo girar el haz barriendo medio círculo. Los animales supervivientes chillaron horrorizados. Reith dio una vuelta en torno al fuego para completar el trabajo, pero las jaurías nocturnas habían desaparecido, y ahora podían oírse los lamentos de los animales en la distancia.

Traz y Reith se turnaron para dormir. Los dos pensaron haber mantenido una atenta vigilancia, pero por la mañana, cuando fueron a mirar los cadáveres, descubrieron que habían sido retirados.

—Son criaturas muy hábiles —dijo Traz con voz maravillada—. Algunos dicen que hablan con los Pnume y les informan de todo lo que ocurre en la estepa.

—¿Y qué entonces? ¿Qué hacen los Pnume con la información?

Traz se alzó dubitativo de hombros.

—Cuando ocurre algo terrible, cabe suponer que los Pnume tienen algo que ver con ello.

Reith miró a su alrededor, preguntándose dónde podían ocultarse los Pnume o los Pnumekin, o incluso las jaurías nocturnas. La estepa se abría uniformemente en todas direcciones, imprecisa al débil resplandor sepia del amanecer.

Comieron para desayunar vainas de plantas del peregrino y bebieron savia de *watak*. Luego iniciaron una vez más su marcha hacia el noroeste.

A última hora de la tarde vieron ante ellos un enorme amasijo de cascotes grises que Traz identificó como una ciudad en ruinas, donde se hallarían a salvo de las jaurías nocturnas si aceptaban el riesgo de tropezar con bandidos, Chasch Verdes o Phung. A petición de Reith, Traz describió a esos últimos: una extraña especie solitaria parecida a los Pnume, sólo que más altos y caracterizados por una loca habilidad que los hacía más terribles aún que los Chasch Verdes.

A medida que se acercaban a las ruinas, Traz empezó a contar siniestras historias acerca de los Phung y sus macabras costumbres.

—De todos modos, puede que las ruinas estén vacías. Debemos acercarnos con cautela.

—¿Quién construyó esas antiguas ciudades? —preguntó Reith.

Traz se encogió de hombros.

—Nadie lo sabe. Quizá los Viejos Chasch; quizá los Chasch Azules. Quizá los Hombres Grises, aunque en realidad nadie cree eso último.

Reith hizo balance de lo que sabía de las razas de Tschai y sus asociados humanos. Estaban los Dirdir y los Hombres-Dirdir; los Viejos Chasch, los Chasch Verdes, los Chasch Azules y los Hombres-Chasch; los Pnume y sus derivados humanos, los Pnumekin; los hombres amarillos de las marismas, las distintas tribus de nómadas, los fabulosos «Hombres Dorados», y ahora los «Hombres Grises».

—También están los Wannek y los Hombres-Wannek —dijo Traz—. Al otro lado de Tschai.

—¿Qué trajo a todas estas razas a Tschai? —preguntó Reith... una pregunta retórica, puesto que sabía que Traz no tenía ninguna respuesta; y Traz se limitó a alzarse de hombros.

Llegaron al montón de desordenados cascotes, losas de cemento arrancadas, trozos de cristal: los alrededores de la ciudad.

Traz se detuvo en seco, escuchó, inclinó intranquilo la cabeza, preparó su catapulta. Reith, mirando en torno, no pudo ver nada amenazador; avanzó lentamente, hasta el corazón de las ruinas. Las viejas estructuras, en su tiempo lujosos salones y grandes palacios, estaban desmoronadas, roídas, asomando solamente algunas columnas blancas, pedestales que se alzaban hacia el oscuro cielo de Tschai. Entre ellos había plataformas y plazas de piedra y cemento azotados por el viento.

En la plaza central burbujeaba una fuente alimentada por algún manantial o pozo subterráneo. Traz se acercó a ella con gran circunspección.

—¿Cómo puede ser que no haya ningún Phung? —murmuró—. Es imposible... —y escrutó con gran cuidado las ruinas en torno a la plaza. Reith probó el agua, luego bebió. Traz, por su parte, retrocedió—. Aquí ha estado un Phung —dijo.

Reith no pudo ver ninguna prueba de aquello.

—¿Cómo lo sabes?

Traz se encogió desconfiadamente de hombros, reluctantante de hablar de un asunto tan obvio. Su atención estaba dirigida a otro asunto más urgente; miró aprensivo al cielo a todo su alrededor, captando algo por debajo del umbral de percepción de Reith. De pronto señaló:

—¡La nave Dirdir!

Buscaron refugio bajo una losa de cemento que formaba como una cornisa; un momento más tarde la nave sobrevoló el lugar tan cerca que pudieron oír el silbido del aire de sus propulsores.

La nave trazó un gran círculo y terminó deteniéndose, flotando a unos doscientos metros de altura sobre la plaza.

—Es extraño —susurró Traz—. Es casi como si supieran que estamos aquí.

—Puede que estén rastreando el terreno con una pantalla a infrarrojos —murmuró Reith—. En la Tierra podemos detectar a un hombre por el calor residual de las huellas de sus pies.

La nave flotó hacia el oeste, luego ganó velocidad y desapareció. Traz y Reith regresaron a la plaza. Reith bebió más agua, gozando de su fría claridad después de tres días de savia de *watak*. Traz prefirió cazar los grandes insectos parecidos a escarabajos que vivían entre los escombros: los despojó de sus caparazones con un hábil movimiento de sus dedos y los comió con deleite. Reith no se sentía lo bastante hambriento como para unírsele.

El sol se hundió tras las rotas columnas y los desmoronados arcos; una neblina color melocotón flotaba sobre la estepa, y Traz la consideró como el presagio de un cambio en el tiempo. Temeroso de la lluvia, Reith deseaba refugiarse bajo una losa, pero Traz no quiso ni oír hablar de ello.

—¡Los Phung! ¡Nos detectarían por el olor!

Seleccionó un pedestal que se alzaba a una decena de metros encima de una desmoronada escalera como un lugar seguro para pasar la noche. Reith miró lúgubrementemente a un banco de nubes que avanzaba desde el sur, pero no protestó. Entre los dos llevaron varias brazadas de hojas y ramillas para que les sirvieran de lecho.

El sol se hundió tras el horizonte; la antigua ciudad se volvió irreal. Un hombre apareció en la plaza, avanzando cansinamente. Se dirigió a la fuente y bebió con avidez.

Reith extrajo su sondoscopio. El hombre era alto, delgado, con largas piernas y brazos, una afilada cabeza completamente calva, ojos redondos, una nariz pequeña parecida a un botón, diminutas orejas. Llevaba los harapos de unas ropas que en su tiempo habían sido elegantes, rosa y azul y negro; sobre su cabeza llevaba un extravagante tocado de borlas rosadas y cintas negras.

—Un Hombre-Dirdir —susurro Traz, y, preparando su catapulta, tomó puntería.

—¡Espera! —protestó Reith—. ¿Qué vas a hacer?

—Matarlo, por supuesto.

—¡No está haciéndonos ningún daño! ¿Por qué no perdonarle la vida al pobre diablo?

—No nos hace ningún daño porque no tiene oportunidad —gruñó Traz, pero dejó a un lado su catapulta. El Hombre-Dirdir, apartándose de la fuente, miró con cautela a su alrededor.

—Parece como perdido —murmuró Reith—. Me pregunto si la nave Dirdir no lo estaría buscando. ¿Puede tratarse de un fugitivo?

Traz se encogió de hombros.

—Tal vez. ¿Quién sabe?

El Hombre-Dirdir cruzó débilmente la plaza y buscó refugio a tan sólo unos metros del pie del pedestal, donde se envolvió en sus harapientas ropas y se acurrucó. Traz gruñó algo para sí mismo y se echó en su lecho de ramas y hojas y pareció quedarse instantáneamente dormido. Reith contempló la vieja ciudad a su alrededor y se interrogó acerca de su extraordinario destino... Az apareció por el este, resplandeciendo a través de la bruma con un color rosa pálido que envió una extraña luz a las antiguas avenidas. El espectáculo era fascinante y fantasmagórico: una escena irreal, la materia de la que están hechos los sueños. Luego Braz se alzó en el cielo; las rotas columnas y desmoronadas estructuras arrojaron sombras dobles. Una forma en particular, al final de una avenida, parecía una estatua pensativa. Reith se preguntó cómo no habría reparado en ella antes. Era una figura con la forma de un hombre, muy delgado y de casi dos metros de estatura, con las piernas ligeramente separadas, la cabeza inclinada en intensa concentración, una mano bajo la barbilla, la otra a la espalda. La cabeza estaba cubierta por un sombrero flexible de colgante ala; una capa caía de sus hombros; las piernas parecían metidas en botas. Reith miró más intensamente. ¿Una estatua? ¿Por qué no se movía?

Reith tomó su sondascopio. El rostro de la criatura estaba sumido en las sombras; pero, ajustando el foco, el zoom y la luminosidad, Reith consiguió divisar su larga y delgada forma. Los rasgos, mitad humanos, mitad insectoides, estaban congelados en una mueca; mientras Reith observaba, la parte correspondiente a la boca se movió lentamente, hacia adelante y hacia atrás... La criatura se movió, dando un único paso hacia delante, luego inmovilizándose de nuevo. Tendió un largo brazo en un gesto casi amenazador, cuya finalidad escapó a Reith. Traz se había despertado. Siguió su mirada.

—¡Un Phung! —exclamó.

La criatura se volvió como si hubiera oído el sonido, y dio dos largos pasos hacia un lado.

—Están locos —susurró Traz—. Son demonios locos.

El Hombre-Dirdir no se había dado cuenta todavía de la presencia del Phung. Se envolvió apretadamente en su capa, intentando ponerse más cómodo. El Phung hizo un gesto de alegre sorpresa y dio tres largas zancadas que lo situaron en un lugar a sólo dos metros del Hombre-Dirdir, que aún seguía tironeando de su capa. El Phung miró hacia abajo, de nuevo inmóvil. Se inclinó, tomó varios pequeños guijarros. Tendiendo un largo brazo sobre el Hombre-Dirdir, dejó caer uno.

El Hombre-Dirdir se estremeció asustado, aún sin ver al Phung, y volvió a acomodarse. Reith hizo una mueca y gritó:

—¡Hey!

Traz siseó, consternado. El efecto sobre el Phung fue cómico. Dio un gran salto hacia atrás, se volvió para mirar hacia el pedestal, los brazos abiertos en extravagante sorpresa. El Hombre-Dirdir, de rodillas, descubrió al Phung y fue incapaz de moverse, paralizado por el horror.

—¿Por qué has hecho eso? —exclamó Traz—. ¡Se hubiera contentado con el Hombre-Dirdir!

—Dispárale con tu catapulta —dijo Reith.

—Las flechas no le alcanzan, las espadas no le hieren.

—Apunta a la cabeza.

Traz emitió un sonido de desesperación, pero preparó su catapulta, apuntó y disparó. La flecha partió velozmente hacia el pálido rostro. En el último segundo, la cabeza se echó a un lado, y la flecha se estrelló contra un puntal de piedra.

El Phung cogió una roca, la hizo oscilar al extremo de su largo brazo, y la arrojó con tremenda fuerza. Traz y Reith se echaron de bruces al suelo; la roca se hizo pedazos tras ellos. Reith no perdió más tiempo y apuntó con su pistola a la criatura. Pulsó el botón; hubo un clic, un siseo; la aguja se enterró en el tórax del Phung, estalló. El Phung dio un salto en el aire, emitió un lastimoso quejido y se derrumbó como un fardo.

Traz clavó sus dedos en el hombro de Reith.

—¡Mata al Hombre-Dirdir, rápido! ¡Antes de que huya!

Reith bajó del pedestal. El Hombre-Dirdir extrajo su espada, aparentemente la única arma que llevaba. Reith guardó la pistola en su funda, alzó una mano.

—Guarda tu espada; no tenemos ninguna razón para luchar.

El Hombre-Dirdir, desconcertado, retrocedió un paso.

—¿Por qué has matado al Phung?

—Iba a matarte a ti; ¿por qué otra razón?

—¡Pero somos desconocidos! Y vosotros —el Hombre-Dirdir frunció los ojos en la oscuridad— sois subhombres. ¿Pensáis matarme vosotros mismos? Si es así...

—No —dijo Reith—. Solamente deseo información; luego, al menos en lo que a mí respecta, puedes seguir tu camino.

El Hombre-Dirdir hizo una mueca.

—Estás tan loco como el Phung. ¿Pero por qué debería persuadirte yo de lo contrario? —Avanzó un par de pasos para examinar a Reith y Traz desde más cerca—. ¿Vivís aquí?

—No; estamos de paso.

—Entonces ¿no sabéis ningún lugar decente en el que yo pueda pasar la noche?

Reith señaló el pedestal.

—Sube hasta aquí arriba, como hemos hecho nosotros.

El Hombre-Dirdir hizo chasquear irritadamente los dedos.

—Esto no me gusta nada, nada en absoluto. Además, puede que llueva. —Volvió la vista hacia la losa de cemento bajo la que se había resguardado, luego al cadáver del Phung—. Sois una pareja servicial: dóciles e inteligentes. Como podéis ver, estoy cansado y debo descansar. Puesto que estáis ahí, me gustaría que montarais guardia mientras duermo.

—¡Mata a ese bruto nauseabundo! —murmuró apasionadamente Traz.

El Hombre-Dirdir se echó a reír: un extraño sonido jadeante.

—¡Eso es más propio de un subhombre! —Se dirigió a Reith—. Tú eres el sorprendente. No puedo situar tu tipo. ¿Algún híbrido extraño? ¿De qué región procedes?

Reith había decidido que cuanto menos atención atrajera mejor; no tenía intención de hablar más de su origen terrestre. Pero Traz, picado por el tono condescendiente del Hombre-Dirdir, exclamó:

—¡No procede de ninguna región! ¡Procede de la Tierra, un mundo muy lejano! ¡El hogar de los auténticos hombres como yo! ¡Tú eres el fenómeno!

El Hombre-Dirdir agitó la cabeza con reproche.

—Una pareja de locos. Bien, ¿qué se puede esperar?

Reith, descontento por las palabras de Traz, se apresuró a cambiar de tema.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Acaso la nave Dirdir estaba buscándote?

—Sí, me temo que sí. No me encontraron, tuve buen cuidado de ocultarme.

—¿Eres un fugitivo?

—Exacto.

—¿Cuál es tu crimen?

—No importa; vosotros no lo comprenderíais; se halla más allá de vuestras capacidades.

Más divertido que irritado, Reith se volvió al pedestal.

—Quiero dormir. Si pretendes vivir hasta mañana, te sugiero que te subas fuera del alcance de los Phung.

—Tu solicitud me desconcierta —fue la única observación del Hombre-Dirdir.

Reith no respondió. Él y Traz volvieron a su pedestal, y el Hombre-Dirdir trepó torpemente a otro cercano.

Pasó la noche. Las nubes se amontonaron pesadamente sobre ellos, pero no dejaron caer lluvia. El amanecer llegó imperceptiblemente, iluminando la escena con un color de agua sucia. El pedestal del Hombre-Dirdir estaba vacío. Reith supuso que había seguido su camino. El y Traz descendieron a la plaza, hicieron un pequeño fuego para despejar el helor. El Hombre-Dirdir apareció al otro lado de la plaza.

Al no observar ningún signo de hostilidad, se acercó paso a paso, y finalmente se detuvo a unos prudentes quince metros, un arlequín de largos y desmañados miembros vestido con harapos. Traz frunció el ceño y removió el fuego. Pero Reith le dirigió un cortés saludo.

—Únete a nosotros, si no te importa.

—¡Un error! —murmuró Traz—. ¡Esa criatura va a causarnos algún daño! Son hipócritas y arrogantes y aduladoras; y antropófagas.

Reith había olvidado esa última característica, y lanzó al Hombre-Dirdir una mirada escrutadora.

Hubo un período de silencio. Luego el Hombre-Dirdir dijo tentativamente:

—Cuanto más estudio tu conducta, tus ropas, tu equipo, más desconcertado me siento. ¿De dónde pretendes que eres originario?

—No pretendo nada —dijo Reith—. ¿Y en cuanto a ti?

—No hay ningún secreto. Soy Ankhe at afram Anacho; nací hombre en Zumberwal en la Provincia Catorce. Ahora, declarado criminal y fugitivo, no soy

de mayor importancia que vosotros, y tampoco tengo pretensiones. De modo que aquí estamos, tres mugrientos vagabundos reunidos en torno a un fuego.

Traz gruñó para sí mismo. Reith, en cambio, encontró que la frivolidad del Hombre-Dirdir era relajante.

—¿Cuál fue tu crimen? —preguntó.

—Os resultaría difícil de entender. En esencia, traté con desprecio los emolumentos de un tal Enze Edo Ezdo-wirram, el cual llamó la atención de la Primera Raza sobre mí. Yo creí en mi ingeniosidad y me negué a enmendarme. Repetí mi ofensa original. Finalmente, en un espasmo de irritación, arrojé a Enze Edo fuera de su silla a más de un kilómetro encima de la estepa. —Ankhe at afram Anacho hizo un gesto de cómico fatalismo—. De una u otra manera eludí a los Derogadores; y así estoy ahora aquí, sin planes ni recursos excepto mi... — y aquí utilizó una palabra intraducible, que englobaba las ideas de una intrínseca superioridad y un impulso intelectual junto con la inevitabilidad de la buena suerte como consecuencia de esas cualidades.

Traz lanzó un bufido y se marchó a cazar su desayuno. Anacho lo observó con abierto interés y finalmente se le unió, corriendo con su desgarrado paso. Los dos hombres fueron de aquí para allá entre los escombros, atrapando y comiendo insectos con delectación. Reith se contentó con un puñado de plantas del peregrino.

El Hombre-Dirdir, apaciguada su hambre, volvió a examinar las ropas y el equipo de Reith.

—Creo que el muchacho dijo «la Tierra», un lejano planeta. —Tabaleó su nariz en forma de botón con un blanco dedo—. Casi me sentiría inclinado a creerte si no tuvieras exactamente la apariencia de un subhumano, lo cual hace que la idea sea absurda.

Traz, con un tono levemente altivo, dijo:

—La Tierra es el lugar de origen de los hombres. Nosotros somos auténticos hombres. Tú eres el fenómeno.

Anacho lanzó a Traz una intrigada mirada.

—¿Qué es eso, el credo de un nuevo culto subhumano? Bueno, no me importa.

—Ilumínanos entonces —dijo Reith con voz melosa—. ¿Cómo llegaron los hombres a Tschai?

Anacho hizo un gesto desenvuelto.

—La historia es bien conocida y muy clara. En Sibol, el mundo natal, el

Gran Pez puso un huevo. Flotó hasta la orilla de Remura y embarrancó en la playa. Una mitad rodó a la luz y produjo los Dirdir. La otra mitad rodó a la sombra y produjo los Hombres-Dirdir.

—Interesante —dijo Reith—. ¿Pero qué hay con los Hombres-Chasch? ¿Qué hay con Traz? ¿Y conmigo?

—La explicación no tiene nada de misterioso; me sorprende que lo preguntes. Hace cincuenta mil años los Dirdir se trasladaron de Sibol a Tschai. Durante los años siguientes los Viejos Chasch capturaron algunos Hombres-Dirdir. Otros fueron tomados por los Pnume; y más tarde otros por los Wannek. Ésos se convirtieron en los Hombres-Chasch, los Pnumekin y los Hombres-Wannek. Fugitivos, criminales, recalcitrantes y fenómenos biológicos ocultos en las marismas se unieron entre sí y dieron como resultado los subhombres. Y aquí los tienes a todos.

Traz miró a Reith.

—Háblale a este estúpido de la Tierra; sácalo de su ignorancia.

Reith se limitó a reír.

Anacho le miró de nuevo con desconcierto.

—Queda fuera de toda duda que tú eres un tipo único. ¿Adónde vais?

Reith señaló hacia el noroeste.

—A Pera.

—La Ciudad de las Almas Perdidas, más allá de la Estepa Muerta... Nunca llegaréis. Los Chasch Verdes merodean por la Estepa Muerta.

—¿No hay ninguna forma de evitarlos?

Anacho se encogió de hombros.

—Las caravanas van a Pera.

—¿Dónde está la ruta de las caravanas?

—Hacia el norte, a no mucha distancia.

—Entonces viajaremos con una caravana.

—Podéis ser capturados y vendidos como esclavos. Los jefes de las caravanas poseen fama de no tener escrúpulos. ¿Por qué estáis tan ansiosos por llegar a Pera?

—Por bastantes razones. ¿Cuáles son tus planes?

—No tengo ninguno. Soy tan vagabundo como vosotros. Si no tenéis inconveniente viajaré en vuestra compañía.

—Como quieras —dijo Reith, ignorando el disgusto siseo de Traz.

Echaron a andar hacia el norte, con el Hombre-Dirdir charlotteando

inconsecuentemente de una forma que Reith encontró divertida y ocasionalmente edificante y Traz pretendió ignorar. Al mediodía llegaron a una cadena de bajas colinas. Traz abatió con su catapulta a un rumiante con el aspecto de un jamelgo. Encendieron fuego, asaron al animal sobre un espetón y comieron hasta saciarse. Reith preguntó al Hombre-Dirdir:

—¿Es cierto que coméis carne humana?

—Por supuesto. A menudo es la más tierna de las carnes. Pero no tenéis que temer nada; al contrario que los Chasch, los Dirdir y los Hombres-Dirdir no son unos glotones compulsivos.

Ascendieron por la cadena de colinas, cubiertas de bosquecillos bajos de follaje azul y gris suave, con árboles cargados de rollizos frutos rojos que Traz señaló como venenosos. Finalmente llegaron a la otra vertiente, desde la que podía contemplarse la Estepa Muerta: una extensión llana y gris, desprovista de vida excepto algunos matojos de aulagas y plantas del peregrino. Abajo, casi a sus pies, había un sendero marcado por dos anchas roderas. Procedía del sudeste, rodeaba la base de las colinas, y a unos cinco kilómetros al nordeste serpenteaba por entre un amontonamiento rocoso que se alzaba cerca de la base de las colinas como un conjunto de dólmenes. El sendero proseguía luego hacia el noroeste, perdiéndose en la estepa. Un segundo sendero avanzaba hacia el sur a través de un paso entre las colinas, mientras que un tercero giraba hacia el nordeste.

Traz examinó las formaciones rocosas con los ojos fruncidos y señaló algo.

—Mira allá con tu instrumento.

Reith extrajo su sondoscopio, escrutó las rocas.

—¿Qué es lo que ves? —preguntó Traz.

—Edificios. No muchos... ni siquiera un poblado. Entre las rocas, emplazamientos de artillería.

—Debe tratarse del Depósito de Kazabir —murmuró Traz—, donde las caravanas transfieren su carga. Las armas las protegen contra los Chasch Verdes.

El Hombre-Dirdir hizo un gesto de excitación.

—Puede que incluso haya alguna especie de posada. ¡Venid! Estoy ansioso por bañarme. ¡Nunca en mi vida había conocido tanta suciedad!

—¿Y cómo pagaremos? —preguntó Reith—. No tenemos dinero ni artículos de cambio.

—No os preocupéis —declaró el Hombre-Dirdir—. Tengo sequins suficientes para todos. Nosotros, los de la Segunda Raza, no somos ingratos, y

me habéis servido bien. Incluso el muchacho tomará una cena decente, probablemente por primera vez en su vida.

Traz frunció el ceño y preparó una orgullosa respuesta; luego, observando la expresión divertida de Reith, consiguió esbozar una reluctante sonrisa.

—Sería mejor que nos fuéramos de aquí; éste es un lugar peligroso, que ofrece todas las ventajas a los Chasch Verdes. ¿Veis esas huellas? Suben hasta aquí para espiar las caravanas. —Señaló hacia el sur, donde el horizonte estaba marcado por una irregular línea gris—. En estos momentos se está acercando una caravana.

—En ese caso —dijo Anacho—, será mejor que nos apresuremos a ir a la posada para acomodarnos antes de que la caravana llegue. No deseo pasar otra noche entre la aulaga.

El claro aire de Tschai, la extensión de los horizontes, hacía difícil juzgar las distancias; cuando los tres hombres habían descendido de las colinas, la caravana estaba ya en el sendero: una hilera de sesenta o setenta grandes vehículos, tan altos que parecían inestables, bamboleándose y rechinando sobre sus seis ruedas de tres metros de diámetro. Algunos iban impulsados a motor, otros eran tirados por enormes animales grises de cabezas pequeñas que parecían tener solamente ojos y hocico.

El trío se apartó a un lado y observó pasar la caravana. Los tres exploradores Ilanth de vanguardia, orgullosos como caballeros, montaban caballos saltadores: hombres altos, de anchas espaldas, estrechos de cadera y con rasgos angulosos. Su piel era amarilla radiante; su pelo color ala de cuervo, atado a rígidas plumas, brillaba con laca. Llevaban cascos puntiagudos coronados con cráneos humanos sin mandíbula inferior, y la pluma de su pelo se alzaba enhiesta en la parte de atrás del cráneo. Iban armados con una espada larga y flexible como las de los Emblemas, un par de pistolas al cinto, dos dagas en su bota derecha. Se limitaron a arrojar desde lo alto de sus enormes caballos saltadores una mirada de desinterés a los tres viajeros, sin emprender ninguna otra acción.

Los grandes carromatos pasaron a continuación. Algunos estaban cargados hasta los topes con paquetes y fardos; otros llevaban jaulas donde se mezclaban indiscriminadamente niños de pálidos rostros con hombres y mujeres jóvenes. Uno de cada seis vehículos era una pieza de artillería sobre ruedas, con su correspondiente dotación de hombres de piel gris con chaquetillas negras y cascos de cuero negro. Los cañones eran tubos cortos de ancha boca que disparaban proyectiles aparentemente por medio de un campo propulsor. Otras

piezas de artillería, de boca más estrecha, iban montadas sobre una especie de tanques, y Reith supuso que eran lanzallamas.

—Es la caravana que vimos en el vado del Ioba —dijo Reith a Traz.

Traz asintió lúgubrementemente.

—Si la hubiéramos capturado es posible que yo siguiera llevando el Onmale... Pero no lo lamento. Nunca llevé encima un peso tan grande como el Onmale. Por la noche me susurraba cosas.

Una docena de los carromatos llevaban pabellones de tres pisos de madera teñida de negro, con cúpulas, balcones y barandas a la sombra. Reith los contempló con envidia. ¡Aquella era la forma de viajar confortablemente por las estepas de Tschai! Un carromato particularmente pesado transportaba una casa con enrejadas ventanas y puertas claveteadas con hierro. La parte frontal estaba cerrada por una densa tela metálica: de hecho, era una jaula. Allí, mirando hacia delante, había una mujer joven, de una belleza tan extraordinaria que parecía poseer una vitalidad propia, como el emblema del Onmale. Era esbelta, con la piel del color de las dunas de arena. Su pelo oscuro rozaba sus hombros; sus ojos tenían el color castaño dorado del topacio. Llevaba un pequeño gorro de color rojo rosado, una túnica rojo mate, pantalones de lino blanco, arrugados y algo manchados. Mientras el carromato pasaba bamboleándose junto a ellos, miró brevemente a los tres viajeros. Por un instante sus ojos se cruzaron con los de Reith, y éste se sintió impresionado por la melancolía de su expresión. El carromato pasó de largo. En una puerta abierta en la parte de atrás había de pie una mujer alta, de rasgos gélidos y brillantes ojos, con un pelo castaño grisáceo de un par de centímetros de largo y enhiesto como las cerdas de un cepillo. Reith, atraída su curiosidad, pidió información a Anacho, pero éste no pudo decirle nada. El Hombre-Dirdir no sabía ni opinaba nada al respecto.

El trío siguió a la caravana hasta más allá de las fortificadas prominencias rocosas, al recinto de una especie de fortaleza arenosa. El jefe de la caravana, un viejo pequeño e intensamente activo, alineó los vehículos en tres hileras: los carromatos de carga cerca del almacén, luego los que transportaban a los esclavos, y finalmente la artillería sobre ruedas apuntando hacia la estepa.

Al otro lado del recinto estaba la posada, una estructura de dos plantas de tierra compactada adosada contra las rocas. La taberna, la cocina y el salón principal ocupaban el piso inferior; en el segundo había una hilera de pequeñas habitaciones que se abrían a un porche. Los tres viajeros encontraron al posadero en el salón: un hombre robusto que llevaba unas botas negras y un delantal

marrón, con la piel tan gris como las cenizas de la madera. Con las cejas alzadas, miró primero a Traz con su atuendo de nómada, luego a Anacho con sus ropas Dirdir en otro tiempo elegantes, y luego a Reith, con sus pantalones y su chaqueta estilo terrestre de recia tela, pero no puso ninguna dificultad en conseguirles acomodo y aceptó proporcionarles también ropas nuevas.

Las habitaciones tenían dos metros y medio de ancho por tres de largo. Había una cama de tiras de cuero sujetas a un armazón de madera, con un delgado colchón de paja, una mesa con una jofaina y una jarra de agua. Tras el viaje cruzando la estepa, parecía casi un lujo. Reith se lavó, se afeitó con la navaja de su equipo de supervivencia, se puso sus nuevas ropas que esperaba consiguieran hacerle pasar más desapercibido: unos pantalones amplios de lona gris amarronada, una camisa de tela blanca hecha a mano, una chaqueta negra de manga corta. Salió al porche y miró a su alrededor. ¡Qué remota parecía su antigua vida en la Tierra! Comparada con la sorprendente multiplicidad de Tschai, la vieja existencia carecía de emociones y color... aunque no por ello era menos deseable. Reith se vio obligado a admitir que su desolación inicial había cedido un poco. Su nueva vida, con toda su precariedad, contenía interés y aventura. Miró al otro lado del recinto, hacia el carromato con la casa cercada con barrotes y tela metálica. La muchacha era una prisionera: eso era evidente. ¿Cuál era su destino que la hacía exhibir tal angustia?

Intentó identificar el carromato, pero entre todo aquel amontonamiento no pudo encontrar sus formas picudas y angulares. No importaba, se dijo a sí mismo. Ya tenía suficientes problemas sin investigar el destino de una muchacha esclava a la que había visto apenas durante cinco segundos. Volvió a su habitación.

Se metió algunos artículos de su unidad de supervivencia en el bolsillo; ocultó el resto bajo el lavamanos. Bajó al salón principal y encontró a Traz sentado rígidamente en un banco a un lado. Como respuesta a la pregunta de Reith, admitió que nunca antes había estado en un lugar así y que no deseaba ser tomado por un estúpido. Reith se echó a reír y le dio una palmada en el hombro, y Traz consiguió esbozar una dolorida sonrisa.

Anacho apareció, con menos apariencia de Hombre-Dirdir con su atuendo de la estepa. Los tres se dirigieron al comedor, donde les fue servida una comida a base de pan y una espesa sopa oscura, cuyos ingredientes Reith no se atrevió a inquirir.

Tras la comida, Anacho contempló a Reith con ojos especulativamente

entrecerrados.

—¿Piensas todavía en ir a Pera?

—Sí.

—Es conocida como la Ciudad de las Almas Perdidas.

—Eso tengo entendido.

—Es una hipérbole, por supuesto —observó alegremente Anacho—. «Alma» es un concepto susceptible a discusión. La teología Dirdir es sutil; no discute el concepto de alma, excepto para observar que... No, mejor no confundirte. Pero volviendo a Pera, la «Ciudad de las Almas Perdidas», ése es el destino de la caravana. Prefiero cabalgar antes que andar; sugiero pues que contratemos el transporte mejor y más confortable que el jefe de la caravana pueda proporcionarnos.

—Una excelente idea —dijo Reith—. Sin embargo, yo...

Anacho agitó un dedo en el aire.

—No te preocupes por nada; por el momento al menos, me siento bien dispuesto hacia ti y el muchacho; sois amables y respetuosos; no queréis ir más allá de vuestro status; en consecuencia...

Traz, respirando pesadamente, se puso en pie.

—¡Yo he llevado el Onmale! ¿Puedes entender eso? Cuando abandoné el campamento, ¿crees que olvidé tomar algunos sequins? —Depositó con un golpe sordo una larga bolsa sobre la mesa—. ¡No dependemos de tu indulgencia, Hombre-Dirdir!

—Como quieras —dijo Anacho, lanzando una desconcertada mirada a Reith.

—Puesto que yo no tengo sequins —dijo Reith—, acepto de buen grado lo que me ofrezcáis cualquiera de los dos.

El salón había ido llenándose gradualmente con gente de la caravana: conductores y guardias, los tres exploradores Ilanth, el jefe de la caravana, otros. Todos pidieron comida y bebida. Tan pronto como el jefe de la caravana hubo comido, Anacho, Traz y Reith se le acercaron y solicitaron ser llevados a Pera.

—Siempre que no tengáis prisa —dijo el hombre—. Aguardaremos aquí hasta que llegue la caravana de Aig-Hedajha procedente del norte, luego iremos hasta Golsse; si tenéis prisa podéis hacer otros arreglos.

Reith hubiera preferido viajar rápidamente: ¿qué podía estarle ocurriendo a su lanzadera? Pero sin ninguna otra forma de transporte disponible, tuvo que refrenar su impaciencia.

Había otros que también estaban impacientes. Dos mujeres vestidas con

largas túnicas negras y calzando zapatos rojos se acercaron a la mesa. Reith había visto antes a una de ellas, mirando desde la parte de atrás de un carromato. La otra era más delgada pero también más alta, con una piel más macilenta, casi cadavérica. La mujer alta habló con una voz crujiente que reflejaba una ira reprimida, o quizá un antagonismo crónico.

—Sir Baojian, ¿cuánto debemos esperar aquí? El conductor del carromato dice que pueden ser cinco días.

—Cinco días es una buena estimación.

—¡Pero esto es imposible! ¡No llegaremos a tiempo al Seminario!

Baojian, el jefe de la caravana, habló con una voz profesionalmente átona:

—Aguardaremos a la caravana que se dirige hacia el sur, para intercambiar artículos. Partiremos inmediatamente después.

—¡No podemos aguardar tanto! Debemos llegar a Fasm para asuntos de gran importancia.

—Te aseguro, vieja Madre, que te conduciré a tu Seminario tan rápido como me sea posible.

—¡No lo bastante rápido! ¡Tienes que llevarnos inmediatamente! —Esta vez la que estalló fue su compañera, la mujer robusta de marmóreas mejillas que Reith había visto antes.

—Imposible, me temo —dijo seca y llanamente Baojian—. ¿Hay alguna otra cosa que deseéis discutir?

Las dos mujeres se dieron la vuelta sin responder y se dirigieron a una mesa al lado de la pared.

Reith no pudo reprimir su curiosidad.

—¿Quiénes son?

—Sacerdotisas del Misterio Femenino. ¿No conoces el culto? Están por todas partes. ¿De qué parte de Tschai vienes?

—Un lugar muy remoto —dijo Reith—. ¿Quién es la joven que mantienen en la jaula? ¿Alguna sacerdotisa?

Baojian se puso en pie.

—Es una esclava de Charchan, o al menos eso supongo. La llevan a Fasm para sus ritos trienales. No es algo que me incumba. Yo conduzco caravanas; hago el trayecto entre Coad en el Dwan hasta Tosthanag en el océano Schanizade. A quién conduzco, hasta dónde, con qué propósito... —Se alzó de hombros, frunció los labios—. Sacerdotisas o esclavos, Hombres-Dirdir,

nómadas o híbridos inclasificables: todos son lo mismo para mí. —Les dirigió una fría sonrisa y se marchó.

Los tres regresaron a su mesa.

Anacho inspeccionó a Reith con el ceño pensativamente fruncido.

—Curioso, realmente curioso.

—¿Qué es curioso?

—Tu extraño equipo, tan excelente como el material Dirdir. Tus ropas, de un corte desconocido en Tschai. Tu peculiar ignorancia y tu igualmente peculiar competencia. Casi parece como si fueras lo que afirmas ser: un hombre de un mundo lejano. Absurdo, por supuesto.

—Yo no he afirmado nada de eso —dijo Reith.

—El muchacho lo hizo.

—Entonces la cuestión es entre tú y él. —Reith se volvió para observar a las sacerdotisas, que rumiaban sus problemas sobre sendos bols de sopa. Ahora se les habían unido otras dos sacerdotisas, con la muchacha cautiva entre ellas. Las dos primeras informaron de su conversación con el jefe de la caravana, acompañando sus palabras de gruñidos, agitar de brazos y hoscas miradas por encima del hombro. La muchacha permanecía sentada con aire abatido, las manos sobre el regazo, hasta que una de las sacerdotisas le dio un codazo y le señaló el bol de sopa, y empezó a comer maquinalmente. Reith no podía apartar los ojos de ella. Era un esclava, pensó con una repentina excitación; ¿la llevaban las sacerdotisas para venderla? Casi seguro que no. Aquella muchacha de extraordinaria belleza estaba destinada a alguna extraordinaria finalidad. Reith suspiró, volvió su mirada hacia otro lado, y observó que otras personas —principalmente los Ilanth— no se mostraban menos fascinados que él. Los vio observándola, atusándose el bigote, murmurando y riendo, con una vulgaridad tan lasciva que Reith se sintió irritado. ¿Acaso no se daban cuenta de que la muchacha se enfrentaba a un destino trágico?

Las sacerdotisas se pusieron en pie. Miraron truculentamente en todas direcciones, y condujeron a la muchacha fuera de la estancia. Durante un tiempo caminaron arriba y abajo por el recinto, con la muchacha a su lado, tirando de ella ocasionalmente cuando retardaba el paso. Los exploradores Ilanth salieron también, acuclillándose junto a la pared de la posada. Habían cambiado sus cascos de guerra con los cráneos humanos por sombreros cuadrados de suave terciopelo marrón, y cada uno se había pegado un lunar bermellón en su amarillenta mejilla. Comían frutos secos, escupiendo las cáscaras al polvo y sin

apartar ni un momento sus ojos de la muchacha. Se cruzaron pullas, una tímida apuesta, y finalmente uno se encogió de pie. Echó a andar cruzando el recinto y, acelerando el paso, fue detrás de las sacerdotisas. Le dijo algo a la muchacha, que lo miró inexpresivamente. Las sacerdotisas se detuvieron y se volvieron en redondo. La más alta alzó un brazo, con el dedo índice apuntando al cielo, y pronunció una agria reconvención. El Ilanth, sonriendo insolentemente, se mantuvo en su sitio. No se dio cuenta de la robusta sacerdotisa que se le acercó por un lado y le lanzó un estudiado golpe a la sien. El Ilanth se derrumbó al suelo, pero se levantó de nuevo casi instantáneamente, escupiendo maldiciones. La sacerdotisa, sonriendo, avanzó unos pasos. El Ilanth intentó golpearla con el puño. Ella lo aferró con un abrazo de oso, golpeó su cabeza contra la de él, lo alzó, tensó sus músculos abdominales, y lo lanzó a lo lejos. Avanzó unos pasos más, pateó al hombre, y las demás se le unieron. El Ilanth, rodeado de sacerdotisas, consiguió finalmente alejarse arrastrándose y ponerse en pie. Les gritó maldiciones, le escupió al rostro a la primera sacerdotisa, y luego, retirándose rápidamente, regresó junto a sus burlones camaradas.

Las sacerdotisas, sin dejar de echar miradas ocasionales hacia los Ilanth, siguieron andando. El sol descendió hacia su ocaso, arrojando largas sombras en el recinto. De las colinas llegó un grupo de gente harapienta, de estatura algo inferior a la media, pieles blancas, pelo castaño amarillento, perfiles angulosos, ojos pequeños y rasgados. Los hombres empezaron a hacer sonar gongs, mientras las mujeres bailaban una curiosa danza sincopada, saltando hacia adelante y hacia atrás con la rapidez de insectos. Unos niños de aspecto marchito, llevando solamente una especie de mantones, avanzaron por entre los viajeros con bols en la mano, pidiendo monedas. Por todo el recinto los viajeros estaban aireando sábanas y mantas, agitando los cuadrados naranjas, amarillos, marrones y sienas al aire procedente de las colinas. Las sacerdotisas y la muchacha esclava se retiraron a su carromato-casa con su tela metálica.

El sol se ocultó tras las colinas. El crepúsculo se asentó sobre el albergue; el recinto quedó en silencio. Empezaron a encenderse pálidas luces en los carromatos-vivienda. La estepa más allá de las rocas apenas podía verse, orlada por una débil aureola color ciruela.

Reith comió para cenar un bol de aromático goulash, una rebanada de pan de prieta miga y un poco de mermelada. Traz fue a observar a unos jugadores; Anacho no se veía por ninguna parte. Reith salió al recinto, alzó la vista hacia las estrellas. En algún lugar entre las poco familiares constelaciones debía hallarse

una débil y minúscula Cefeo, al otro lado del Sol desde aquel punto. Cefeo, una constelación indistinguible, nunca podía ser identificada a ojo desnudo. El Sol, a 212 años luz, debía ser invisible: una estrella de magnitud diez o doce. Sintiendo deprimido, Reith apartó su mirada del cielo.

Las sacerdotisas estaban sentadas fuera de su carromato, murmurando entre sí. La muchacha esclava permanecía dentro de la jaula. Atraído casi contra su voluntad, Reith dio la vuelta al recinto, se acercó por detrás del carro, miró al interior de la jaula.

—Muchacha —llamó—. Muchacha.

Ella se volvió y le miró, pero no dijo nada.

—Ven aquí —dijo Reith—, donde pueda hablarte.

Lentamente, ella cruzó la jaula y se le quedó mirando.

—¿Qué van a hacer contigo? —preguntó Reith.

—No lo sé. —Su voz era ronca y suave—. Me arrebataron de mi casa en Cath; me llevaron a la nave y me metieron en una jaula.

—¿Por qué?

—Porque soy hermosa. O eso dicen... Silencio. Nos han oído hablar. Escóndete.

Reith, acobardado, se dejó caer de rodillas. La muchacha permaneció de pie sujetando la tela metálica, mirando desde la jaula. Una de las sacerdotisas inspeccionó al interior de la jaula y, al no ver nada sospechoso, regresó junto a sus hermanas.

La muchacha llamó suavemente a Reith.

—Se ha ido.

Reith se puso en pie, sintiéndose estúpido.

—¿Deseas verte libre de esta jaula?

—¡Por supuesto! —Su voz era casi indignada—. ¡No deseo formar parte de su rito! ¡Me odian! ¡Porque son tan feas! —Miró fijamente a Reith, lo estudió a la parpadeante luz de una ventana próxima—. Te vi antes, de pie junto al sendero.

—Sí. Yo también reparé en ti.

Ella volvió la cabeza.

—Vienen de nuevo. Será mejor que te vayas.

Reith se alejó. Desde el otro lado del recinto observó a las sacerdotisas empujar a la muchacha al interior del carromato-casa. Luego regresó al salón principal de la posada. Durante un tiempo observó jugar a la gente. Jugaban al

ajedrez, con un tablero de cuarenta y nueve cuadrados con siete piezas a cada lado; a un juego con discos y un cierto número de fichas numeradas, muy complicado; a varios juegos de cartas. Había una jarra de cerveza al lado de cada mano; las mujeres de las tribus de las colinas iban de un lado a otro de la estancia, pidiendo; hubo algunos altercados, sin ninguna consecuencia seria. Un hombre de la caravana sacó una flauta, otro un laúd, otro extrajo sonoras notas bajas de un largo tubo de cristal; juntos interpretaron una música que Reith encontró fascinante tan sólo por lo extraño de su estructura melódica. Traz y el Hombre-Dirdir se habían retirado a sus habitaciones hacía rato; Reith no tardó mucho en imitarles.

4

Reith despertó con una sensación de peligro inminente que, por un espacio de tiempo, no fue capaz de definir. Luego comprendió su fuente: procedía de la muchacha y de las Sacerdotisas del Misterio Femenino. Permaneció tendido, frunciéndole el ceño al yeso del techo. Era una solemne estupidez complicarse la vida con asuntos que se hallaban más allá de su comprensión. ¿Qué podía conseguir, después de todo?

Bajó al salón principal, comió un plato de gachas servido por una de las desaliñadas hijas del posadero, luego salió y se sentó en un banco, deseoso de captar un atisbo de la cautiva muchacha.

Aparecieron las sacerdotisas, camino de la posada con la muchacha en medio, sin mirar ni a derecha ni a izquierda.

Media hora más tarde volvieron a salir, y fueron a hablar con uno de los pequeños hombres de las colinas, que sonrió y asintió obsequiosamente, con los ojos brillando con fascinada admiración.

Los Ilanth salieron del salón principal. Lanzaron miradas de reojo hacia las sacerdotisas, que se volvieron concupiscentes cuando se clavaron en la muchacha, luego cruzaron el recinto, desataron sus caballos saltadores y empezaron a librarlos de las excrecencias córneas que se formaban en su cuero verde grisáceo.

Las sacerdotisas terminaron su discusión con el hombre de las colinas y echaron a andar hacia la estepa, yendo de un lado para otro frente a los promontorios rocosos, con la muchacha siempre unos pasos más atrás, con honda exasperación de las sacerdotisas. Los Ilanth no las perdían de vista, murmurando entre sí.

Traz salió y se sentó al lado de Reith. Señaló hacia la estepa.

—Los Chasch Verdes están cerca: un grupo grande.

Reith no pudo ver nada.

—¿Cómo lo sabes?

—Huelo el humo de sus fuegos.

—Yo no huelo nada —dijo Reith.

Traz se encogió de hombros.

—Es un grupo de tres o cuatrocientos.

—Hummm. ¿Cómo lo sabes?

—Por la fuerza del viento y el olor del humo. Un grupo pequeño hace menos humo que un grupo grande. Éste es el humo de unos trescientos Chasch Verdes.

Reith alzó las manos, derrotado.

Los Ilanth montaron en sus caballos saltadores y avanzaron hasta el amparo de las rocas, donde se detuvieron. Anacho apareció junto a Reith y Traz y dejó escapar una seca risa.

—Van a importunar a las sacerdotisas.

Reith se puso en pie, deseoso de observar lo que ocurría. Los Ilanth aguardaron hasta que las sacerdotisas aparecieron a su lado, entonces se lanzaron al galope. Las sacerdotisas retrocedieron alarmadas; los Ilanth, graznando y aullando, agarraron a la muchacha, la echaron sobre una silla, y partieron hacia las colinas. Las sacerdotisas se quedaron contemplando su marcha, consternadas; luego, chillando roncamente, corrieron de vuelta al recinto. Acudieron a Baojian, el jefe de la caravana, y señalaron frenéticamente con dedos temblorosos.

—¡Las bestias amarillas han raptado a la doncella de Cath!

—Sólo para divertirse un poco —dijo Baojian conciliadoramente—. La devolverán cuando hayan terminado con ella.

—¡Inutilizable para nuestros propósitos! ¡Cuándo hemos viajado hasta tan lejos y soportado tanto! ¡Es una terrible tragedia! ¡Soy una Gran Madre del Seminario de Fasm! ¡Y tú ni siquiera vas a ayudar!

El jefe de la caravana escupió al polvo.

—Yo no ayudo a nadie. Yo mantengo el orden en la caravana, conduzco mis carros, y no tengo tiempo para nada más.

—¡Eres un hombre vil! ¿Acaso esos brutos no se hallan bajo tus órdenes? ¡Contrólalos!

—Yo solamente controlo mi caravana. El suceso ocurrió en la estepa.

—Oh, ¿qué podemos hacer? ¡Hemos sido despojadas! ¡Ya no habrá Rito de Clarificación!

Reith se había instalado ya en la silla de un caballo saltador y galopaba por la

estepa. Había sido activado por un impulso mucho más allá del nivel de su mente consciente; incluso mientras su montura lo llevaba con sus prodigiosos saltos a través de la estepa se maravilló de los reflejos que le habían hecho actuar apartándose del jefe de la caravana y montando en un caballo saltador. «Lo que está hecho está hecho», se consoló a sí mismo con una cierta satisfacción amarga; parecía que el triste sino de una hermosa muchacha esclava había pasado por encima de sus propios infortunios.

Los Iланth no habían ido lejos: habían subido por un pequeño valle hasta una pequeña zona plana y arenosa bajo una escarpada pared rocosa. La muchacha estaba acurrucada, con la espalda fuertemente apretada contra la piedra, como si intentara buscar refugio en ella; los Iланth apenas acababan de atar sus caballos saltadores cuando llegó Reith.

—¿Qué quieres? —preguntó uno rudamente—. Lárgate; vamos a probar la calidad de esta chica de Cath.

Otro lanzó una ronca risotada.

—¡Necesitará instrucciones para los Misterios Femeninos!

Reith sacó su pistola.

—Mataré a cualquiera de vosotros, o a todos, con el máximo placer. —Hizo un gesto a la muchacha—. Ven.

Ella miró alocadamente a su alrededor, como si no supiera en qué dirección echar a correr.

Los Iланth permanecían silenciosos, con sus negros bigotes caídos. Lentamente, la muchacha subió al caballo de Reith, delante de éste; Reith hizo dar media vuelta al animal y lo guió valle abajo. Ella lo miró con una expresión inescrutable, empezó a decir algo, luego calló. Tras ellos, los Iланth montaron en sus propios caballos y regresaron al galope, pasando junto a ellos entre maldiciones, gritos y alaridos.

Las sacerdotisas permanecían inmóviles a la entrada del recinto, mirando hacia la estepa. Reith detuvo el caballo y estudió las cuatro figuras vestidas de negro, que al momento empezaron a hacer perentorias señales.

—¿Cuánto te han pagado? —preguntó frenéticamente la muchacha.

—Nada —dijo Reith—. Acudí por mi propia voluntad.

—Llévame a casa —suplicó la muchacha—. ¡Llévame de vuelta a Cath! Mi padre te pagará mucho más... ¡cualquier cosa que le pidas!

Reith señaló a una moviente línea negra en el horizonte.

—Sospecho que éstos son Chasch Verdes. Será mejor que volvamos a la

posada.

—¡Las mujeres me cogerán de nuevo! ¡Me pondrán en la jaula! —La voz de la muchacha se quebró; su compostura, o quizá fuera apatía, empezó a desintegrarse—. ¡Me odian, quieren hacerme lo peor! —Señaló—. ¡Ya vienen! ¡Déjame ir!

—¿Sola? ¿A la estepa?

—¡Lo prefiero!

—No les dejaré que te cojan —dijo Reith. Se encaminó lentamente hacia el recinto. Las sacerdotisas habían avanzado y aguardaban ahora en el paso entre las prominencias rocosas.

—¡Oh, hombre noble! —exclamó la Gran Madre—. ¡Ha sido una gran hazaña! ¿No la han profanado?

—Eso no es de tu incumbencia —dijo Reith.

—¿Qué significa eso? ¿No es de nuestra incumbencia? ¿Cómo puedes decir esto?

—Ella es ahora propiedad mía. Se la arrebaté a los tres guerreros. Si tienes algo que reclamar ve a ellos, no a mí. Siempre me quedo con lo que consigo.

Las sacerdotisas rieron a grandes voces.

—¡Ridículo gallo de pelea! ¡Devuélvenos nuestra propiedad o vas a verte en problemas! ¡Somos Sacerdotisas del Misterio Femenino!

—Seréis sacerdotisas muertas si interferís conmigo o con mi propiedad —dijo Reith. Siguió cabalgando, pasando junto a ellas, hacia el recinto, dejando a las sacerdotisas con la vista clavada en su espalda. Desmontó, ayudó a bajar a la muchacha, y entonces comprendió por qué su instinto lo había enviado en persecución de los Ilanth, pese a todas las advertencias de su buen juicio.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

Ella reflexionó, como si Reith le hubiera preguntado la más desconcertante de las adivinanzas, y finalmente respondió con desconfianza:

—Mi padre es el señor del Palacio de Jade Azul. —Luego añadió—: Somos de la casta de los Aegis. Algunas veces soy anunciada como Flor de Jade Azul, y en ocasiones menos protocolarias como Flor de Belleza, o Flor de Cath... Mi nombre de flor es Ylin-Ylan.

—Todo eso es más bien complicado —murmuró Reith, y la muchacha asintió, como si ella también considerara el asunto muy profundo—. ¿Cómo te llaman tus amigos?

—Eso depende de su casta. ¿Eres noble?

—Sí, por supuesto —dijo Reith, no viendo ninguna razón para reconocer lo contrario.

—¿Tienes intención de hacerme tu esclava? Si es así, no resultará adecuado que uses mi nombre de amigo.

—Nunca he tenido ningún esclavo —dijo Reith—. La tentación es grande, pero... creo que mejor usaré tu nombre de amigo.

—Puedes llamarme la Flor de Cath, que es un nombre de amigo formal, o, si lo deseas, mi nombre de flor, Ylin-Ylan.

—Eso bastará, por el momento al menos. —Observó el recinto y luego, tomando a la muchacha del brazo, la condujo hasta el salón principal de la posada, y allí hasta una mesa en la pared del fondo. Luego estudió a la muchacha, Ylin-Ylan, la Flor de Belleza, la Flor de Cath.

—No sé qué demonios hacer contigo.

Fuera en el recinto, las sacerdotisas estaban discutiendo con el jefe de la caravana, que escuchaba grave y educadamente.

—Puede que el problema se me escape de las manos —dijo Reith—. No estoy demasiado seguro de mis derechos legales.

Traz acudió a reunirse con ellos. Observó con desaprobación a la muchacha.

—¿Qué es lo que pretendes hacer con ella?

—Veré de llevarla de vuelta a su casa, si es que puedo.

—Si lo haces, obtendrás lo que quieras —le dijo ansiosamente la muchacha—. Soy la hija de una casa notable. Mi padre te construirá un palacio.

Ante aquello la desaprobación de Traz disminuyó, y miró hacia el este como viendo ya el viaje.

—No es imposible —dijo.

—Para mí sí lo es —dijo Reith—. Tengo que ir en busca de mi espacionave. Si deseas llevarla tú a Cath, hazlo, y consigue así una nueva vida.

Traz miró dubitativo a las sacerdotisas.

—Sin guerreros ni armas, ¿cómo puedo llevar a alguien como ella a través de las estepas? Seremos esclavizados o muertos a la primera ocasión.

Baojian, el jefe de la caravana, entró en la estancia y se acercó a ellos. Habló con una voz carente de entonación.

—Las sacerdotisas me piden que respalde su petición, cosa que no voy a hacer, puesto que la transferencia de propiedad ocurrió fuera de la caravana. De todos modos, he aceptado plantear la pregunta: ¿cuáles son tus intenciones respecto a la muchacha?

—Eso no es asunto de ellas —dijo Reith—. La muchacha es ahora propiedad mía. Si desean alguna compensación, deben pedírsela a los Ilanth. Yo no tengo ningún asunto con ellos.

—Ésta es una afirmación razonable —observó Baojian—. Las sacerdotisas lo comprenden, aunque protestan por su desgracia. Me siento inclinado a aceptar que han sido expoliadas.

Reith estudió si el rostro del jefe de la caravana seguía siendo impasible.

—Solamente estoy pensando en términos de derechos de propiedad y de la seguridad de la transferencia —declaró Baojian—. Las sacerdotisas han sufrido una gran pérdida. Para su rito se necesita una cierta clase de muchacha; han tenido mucho trabajo para procurarse una participante idónea, tan sólo para perderla en el último minuto. ¿Qué te parece si te pagaran un derecho de recuperación... digamos la mitad del precio de una mujer de características comparables?

Reith agitó negativamente la cabeza.

—Puede que hayan sufrido una pérdida, pero eso no es de mi incumbencia. Después de todo, ni siquiera han venido a alegrarse con la muchacha por la recuperación de su libertad.

—Sospecho que no están de humor para alegrías, ni siquiera en una ocasión tan festiva —observó Baojian—. Bien, les comunicaré tus observaciones. Indudablemente tomarán otras medidas.

—Espero que la situación no afecte las condiciones de nuestro viaje.

—Por supuesto que no —declaró enfáticamente el jefe de la caravana—. Prohíbo terminantemente el robo y la violencia. La seguridad es mi máximo lema en el negocio. —Hizo una inclinación de cabeza y se fue.

Reith se volvió a Traz y Anacho, que había acudido a unirse al grupo.

—Bien, ¿y ahora qué?

—Es como si ya estuvieras muerto —dijo Traz lúgubrementemente—. Las sacerdotisas son brujas. Tuvimos a varias de ellas entre los Emblemas. Las matamos, y las cosas fueron a mejor.

Anacho inspeccionó a la Flor de Cath con la misma fría indiferencia que habría usado con un animal.

—Es una Yao Dorada, una estirpe extremadamente antigua; híbridos de los Primeros Cobrizos y los Primeros Blancos. Hace ciento cincuenta años se volvieron arrogantes y construyeron algunos mecanismos avanzados. Los Dirdir les dieron una buena lección.

—¿Hace ciento cincuenta años? ¿Cuánto dura un año en Tschai?

—Cuatrocientos ochenta y ocho días, aunque no veo la relación que pueda tener esto con el asunto.

Reith calculó. Ciento cincuenta años de Tschai eran el equivalente a aproximadamente doscientos doce años de la Tierra. ¿Coincidencia? ¿O habían enviado los antepasados de la Flor aquel mensaje por radio que lo había traído a él a Tschai?

La Flor de Cath estaba mirando a Anacho con aborrecimiento.

—¡Tú eres un Hombre-Dirdir! —dijo con voz ronca.

—Del Sexto Estado: disto mucho de ser un Inmaculado.

La muchacha se volvió hacia Reith.

—¡Ellos torpedearon Settra y Balisidre; querían destruirnos, por envidia!

—«Envidia» no es la palabra adecuada —dijo Anacho—. Vuestra gente estaba jugando con fuerzas prohibidas, cosas que están más allá de tu comprensión.

—¿Qué ocurrió después? —preguntó Reith.

—Nada —dijo Ylin-Ylan—. Nuestras ciudades fueron destruidas, y los receptónos y el Palacio de las Artes, y las Tramas de Oro... los tesoros de miles de años, ¿es de extrañar que odiamos a los Dirdir? ¡Más que a los Pnume, más que a los Chasch, más que a los Wannek!

—Anacho se encogió de hombros.

—Yo no tuve nada que ver con la eliminación de los Yao.

—¡Pero lo defiendes! ¡En el fondo es lo mismo!

—Hablemos de alguna otra cosa —sugirió Reith—. Después de todo, eso ocurrió hace doscientos doce años.

—¡Hace tan sólo ciento cincuenta! —le corrigió la Flor de Cath.

—Cierto. Bien, volvamos a ti. ¿No te gustaría cambiarte de ropas?

—Sí. He llevado éstas desde que esas innombrables mujeres me secuestraron en mi jardín. Y me gustaría bañarme. Me daban sólo el agua suficiente para beber...

Reith montó guardia mientras la muchacha se aseaba, luego le tendió unas ropas de la estepa, que no hacían distinción entre hombres y mujeres. Finalmente salió, aún húmeda, llevando unos pantalones grises y una túnica color tostado, y bajaron de nuevo al salón principal, y salieron al recinto, para descubrir una atmósfera de urgente excitación causada por los Chasch Verdes, que se habían aproximado a menos de un par de kilómetros del recinto. Había hombres en las

piezas de artillería entre las rocas; Baojian estaba conduciendo sus piezas a las distintas aberturas para cubrir todos los flancos.

Los Chasch Verdes no parecían querer atacar inmediatamente. Trajeron sus propios carromatos, los alinearon en una larga hilera, y erigieron un centenar de altas tiendas negras.

Baojian tironeó irritado de su barbilla.

—La caravana norte-sur no se unirá jamás a nosotros con los nómadas tan cerca. Cuando sus exploradores vean el campamento regresarán con el aviso. Preveo un retraso.

La Gran Madre lanzó una indignada exclamación.

—¡El Rito se celebrará sin nosotras! ¿Tenemos que enfrentarnos con impedimentos a cada instante?

Baojian alzó las manos implorando razón.

—¿Acaso no puedes ver la imposibilidad de abandonar el recinto? ¡Vamos a vernos obligados a luchar! ¡Tendremos que hacerlo lo queramos o no!

—¡Envía a las sacerdotisas a danzar su «Rito» delante de los Chasch! —gritó alguien.

—Ahórrales el suplicio a los pobres Chasch —se burló otra voz. Las sacerdotisas se retiraron, furiosas.

El anochecer cubrió la estepa. Los Chasch Verdes encendieron una línea de fogatas, ante las cuales podían verse pasar sus altas siluetas. De tanto en tanto parecían detenerse y mirar hacia el recinto.

—Son una raza telepática —dijo Traz a Reith—; saben lo que piensan los demás. A veces parecen leer los pensamientos de los hombres... yo dudo que lo hagan, pero... ¿quién sabe?

En el comedor fue servida una frugal cena de sopa y lentejas, a media luz para impedir que los Chasch pudieran descubrir las siluetas de aquellos que estaban de guardia. A un lado, algunos hombres jugaban. Los Ilanth bebían alcohol, y empezaron a mostrarse rudos y pendencieros, hasta que el posadero les advirtió que en su establecimiento seguía una política similar a la del jefe de la caravana, y que si deseaban pendencia deberían ir fuera a la estepa. Los tres se apaciguaron en su mesa, los sombreros echados de medio lado sobre sus amarillentos rostros.

El salón principal empezó a vaciarse. Reith llevó a Ylin-Ylan la Flor de Belleza a una habitación al lado de la suya.

—Cierra tu puerta por dentro —le dijo—. No salgas hasta mañana. Si

alguien intenta abrir la puerta, golpea la pared para despertarme.

Ella lo miró a través del umbral con una expresión inescrutable, y Reith pensó que nunca había visto una mirada más atractiva. La muchacha preguntó:

—Entonces, ¿realmente no pretendes hacerme tu esclava?

—No.

La puerta se cerró, el cerrojo interior resonó en su sitio. Reith fue a su propia habitación.

Pasó la noche. Al día siguiente, con los Chasch Verdes aún acampados ante el recinto, no había nada que hacer excepto esperar.

Reith, con la Flor de Cath a su lado, inspeccionó con interés los cañones de la caravana, los denominados «lanzaarena». Supo que las armas arrojaban efectivamente arena, cargando electrostáticamente cada grano, acelerándolo violentamente hasta casi la velocidad de la luz y aumentando la masa de cada grano un millar de veces. Esos granos de arena, al golpear un objeto sólido, penetraban en él, liberando su energía en forma de explosión. Las armas, supo Reith, eran equipo Wannek anticuado, y estaban grabadas con escritura Wannek: hileras de rectángulos de diferentes formas y tamaños.

Volvió a la posada, y encontró a Traz y Anacho discutiendo acerca de la naturaleza de los Phung. Traz afirmaba que eran criaturas generadas por los Pnumekin a partir de los cadáveres de los Pnume.

—¿Has visto alguna vez a una pareja de Phung? ¿O a un niño Phung? No. Siempre van solos. Están demasiado locos, demasiado desesperados, para procrear.

Anacho agitó sus dedos en un gesto de indulgente suficiencia.

—Los Pnume también son solitarios, y se reproducen de una forma peculiar. Peculiar para los hombres y los subhombres, debo decir, porque el sistema parece encajar con los Pnume admirablemente. Son una raza persistente. ¿Sabes que poseen registros de más de un millón de años?

—Eso he oído —admitió Traz hoscamente.

—Antes de que llegaran los Chasch —dijo Anacho—, los Pnume gobernaban en todas partes. Vivían en poblados de pequeños domos, pero toda huella de esos poblados ha desaparecido. Ahora moran en cuevas y pasadizos bajo las viejas ciudades, y sus vidas son un misterio. Incluso los Dirdir consideran que trae mala suerte molestar a un Pnume.

—Entonces, ¿los Chasch llegaron a Tschai antes que los Dirdir? —inquirió Reith.

—Es bien sabido —dijo Anacho—. Sólo un hombre de una provincia aislada... o de un mundo lejano, ignoraría el hecho. —Lanzó a Reith una mirada interrogadora—. Pero los primeros invasores fueron de hecho los Viejos Chasch, hará un centenar de miles de años. Diez mil años más tarde llegaron los Chasch Azules, procedentes de un planeta colonizado en una era anterior por los viajeros espaciales Chasch. Las dos razas Chasch lucharon por el dominio de Tschai, y apelaron a los Chasch Verdes como tropas de choque.

»Hace sesenta mil años llegaron los Dirdir. Los Chasch sufrieron grandes pérdidas hasta que los Dirdir llegaron en tan gran número que se volvieron vulnerables, a partir de cuyo momento se estableció un equilibrio. Las razas siguen siendo enemigas, con pocos intercambios entre ellas.

»En un tiempo comparativamente reciente, hace diez mil años, estalló una guerra espacial entre los Dirdir y los Wannek, y se extendió hasta Tschai, donde los Wannek construyeron fuertes en Rakh y en el sur de Kachan. Pero ahora la lucha es escasa, excepto alguna que otra escaramuza y emboscada. Cada raza teme a las otras dos y anhela la hora en que pueda eliminarlas y conseguir la supremacía. Los Pnume son neutrales y no toman parte en las guerras, aunque observan con interés y toman notas para su historia.

—¿Y qué hay de los hombres? —preguntó Reith con circunspección—. ¿Cuándo llegaron a Tschai?

La mirada de reojo que le lanzó Anacho era sardónica.

—Puesto que afirmas conocer el mundo donde se originaron los hombres, debes poseer ya esa información.

Reith rechazó la provocación y no hizo ningún comentario.

—Los hombres —dijo el Hombre-Dirdir a su manera más didáctica— se originaron en Sibol y vinieron a Tschai con los Dirdir. Los hombres son tan plásticos como la cera, y algunos se metamorfosearon, primero en hombres de las marismas, luego, hace veinte mil años, en este tipo —señaló a Traz—. Otros, esclavizados, se convirtieron en Hombres-Chasch, Pnumekin, incluso Hombres-Wannek. Hay docenas de híbridos y razas extrañas. Existen multitud de variedades incluso entre los Hombres-Dirdir. Los Inmaculados son casi Dirdir puros. Otros exhiben menos refinamiento. Éste es el entorno que rodeó mi propia desafección: exigí prerrogativas que me fueron negadas, pero que adopté pese a todo...

Anacho siguió hablando, describiendo sus dificultades, pero la atención de Reith no estaba con él. Resultaba claro, al menos para Reith, cómo habían

llegado los hombres a Tschai. Los Dirdir conocían el viaje espacial desde hacía más de setenta mil años. Durante este tiempo habían visitado evidentemente la Tierra, dos veces al menos. En la primera ocasión habían capturado una tribu de proto-mongoloides; en la segunda ocasión —hacia veinte mil años, según Anacho— habían recogido un cargamento de proto-caucasianos. Esos dos grupos, bajo las especiales condiciones de Tschai, habían mutado, se habían especializado, habían vuelto a mutar, habían vuelto a especializarse, hasta producir la sorprendente diversidad de tipos humanos que podían hallarse en el planeta.

En conclusión: los Dirdir sabían indudablemente de la existencia de la Tierra y de su población humana, pero quizá lo consideraban como un planeta todavía salvaje. Nada iba a ganarse poniendo al descubierto que la Tierra era ahora un planeta que efectuaba viajes espaciales; de hecho, el que Reith comunicara este hecho podía traer consigo verdaderas calamidades. La lanzadera no llevaba en su interior ningún indicio que apuntara a la Tierra, excepto posiblemente el cuerpo de Paul Waunder. En cualquier caso, los Dirdir habían perdido la posesión de la nave en beneficio de los Chasch Azules.

Sin embargo, quedaba una pregunta por responder: ¿quién había disparado el torpedo que había destruido la *Explorador IV*?

Dos horas antes del amanecer los Chasch Verdes levantaron el campamento. Los carromatos de altas ruedas se desplegaron en un amplio círculo; los guerreros, montados en monstruosos caballos saltadores, se lanzaron al galope; luego, a una señal imperceptible —quizá telepática, reflexionó Reith—, el grupo formó una larga línea y se retiró hacia el este. Los exploradores Ilanth partieron y siguieron a los Chasch a una discreta distancia. Por la mañana regresaron para informar que el grupo parecía dirigirse hacia el norte.

A última hora de la tarde llegó la caravana de Aig-Hedajha, cargada de pieles, maderas aromáticas, musgos, cajas de encurtidos y condimentos.

Baojian, el jefe de la caravana, llevó sus carromatos a la estepa para efectuar los intercambios y las operaciones comerciales. Se instalaron una serie de grúas entre las dos caravanas, pasando mercancías de un lado para otro; los porteadores y los conductores se afanaban, desnudos hasta la cintura, con el sudor chorreando por sus espaldas hasta sus amplios pantalones de tela gruesa.

Una hora antes del ocaso el intercambio de mercancías había terminado, y

fueron avisados los pasajeros que se hallaban en el salón principal de la posada. Reith, Traz, Anacho y la Flor de Cath se dirigieron a la estepa cruzando el recinto. No se veía por ninguna parte a las sacerdotisas; Reith supuso que estaban ya en su carromato-casa.

Pasaron junto a los amontonamientos rocosos en dirección a la caravana. Hubo un repentino movimiento; unos brazos sujetaron a Reith con una presa de oso, y se sintió estrujado contra un cuerpo fofo que respiraba pesadamente. Se debatió; los dos rodaron por el suelo. La Gran Madre lo sujetó con sus enormes piernas. Otra sacerdotisa agarró a la Flor de Cath y la arrastró torpemente hacia la caravana. Reith permanecía abrumado en masas de músculos y carne. Una mano apretó su garganta; la sangre se acumuló en sus arterias, notó que sus ojos se desorbitaban. Consiguió liberar un brazo, clavó unos rígidos dedos en el rostro de la Gran Madre, sintió que oprimía algo húmedo. La mujer jadeó y resolló; Reith encontró su nariz, aferró, apretó, retorció; la mujer lanzó un alarido y pateó; Reith se sintió libre.

Un Ilanth estaba rebuscando en su bolsa; Traz estaba tendido, flácido, en el suelo; Anacho se defendía fríamente de las espadas de los otros dos Ilanth. La gran Madre intentó aferrar a Reith por las piernas; pateó furioso, se liberó, hizo una finta hacia un lado cuando el Ilanth que investigaba sus pertenencias alzó la vista y esgrimió un cuchillo hacia él. Reith lanzó un puñetazo contra la barbilla amarillo limón; el hombre se derrumbó. Reith saltó a la espalda de uno de los Ilanth que estaban atacando al Hombre-Dirdir, lo hizo caer, y Anacho lo ensartó hábilmente. Reith se echó a un lado para evitar el golpe del tercer Ilanth, agarró el tendido brazo, arrojó al hombre dando una voltereta por encima de su hombro. El Hombre-Dirdir, de pie a su lado, volvió a manejar la espada, cortando limpiamente el amarillo cuello. El Ilanth que quedaba emprendió presuroso la huida.

Traz se puso trabajosamente en pie, sujetándose la cabeza. La Gran Madre estaba subiendo en aquellos momentos los peldaños del carromato-casa.

En su vida se había sentido Reith tan furioso. Recogió su mochila y se dirigió hacia donde estaba Baojian, el jefe de la caravana, dando instrucciones a los pasajeros.

—¡He sido atacado! —rugió Reith—. ¡Supongo que lo habrás visto! ¡Las sacerdotisas se han llevado por la fuerza a la muchacha de Cath a su casa y la retienen prisionera!

—Sí —dijo Baojian—. Vi algo de eso.

—¡Bien, entonces ejerce tu autoridad! ¡Haz cumplir tus normas contra la violencia!

Baojian agitó severamente la cabeza.

—El suceso tuvo lugar en esa parte de la estepa entre el recinto y la caravana, donde yo no tengo ninguna responsabilidad respecto al mantenimiento del orden. Parece que las sacerdotisas han recuperado su propiedad de la misma manera en que la perdieron. No tienes ninguna razón de queja.

—¿Qué? —rugió Reith—. ¿Vas a permitirles que usen a una persona inocente en su Misterio Femenino?

Baojian alzó las manos.

—No tengo elección. No puedo encargarme del orden en la estepa; ni pretendo intentarlo.

Reith lo fulminó con una mirada de furia y desprecio, luego se volvió para examinar el carromato-casa de las sacerdotisas.

—Debo prevenirte contra cualquier conducta desordenada mientras seas un pasajero —dijo Baojian—. Soy muy severo con la disciplina de la caravana.

Por un momento, Reith no encontró palabras para responderle. Finalmente murmuró:

—Entonces, ¿no te preocupan las fechorías?

—¿Fechorías? —Baojian se echó a reír sin alegría—. En Tschai esta palabra no tiene ningún significado. Las cosas existen... o no existen. Si una persona se adhiere a algún otro sistema de conducta terminará rápidamente de existir... o se volverá loca como un Phung. Ahora permíteme que te muestre tu compartimiento, puesto que vamos a partir inmediatamente. Quiero avanzar unas cuantas leguas esta noche, antes de que vuelvan los Chasch Verdes. Parece que por el momento vamos a poder disponer solamente de un explorador.

5

A Reith, Traz y Anacho les fueron asignados compartimientos en uno de los carromatos-barracones, compuestos cada uno de ellos por una hamaca y un pequeño armario. Cuatro carromatos más adelante estaba el carromato-casa de las sacerdotisas. Durante toda la noche avanzaron sobre sus enormes ruedas, con todas las luces apagadas.

Incapaz de pensar en ningún plan de rescate realizable, Reith se fue a su hamaca, y se hundió en un sueño casi hipnótico a causa del movimiento del carromato.

Poco después de que el descolorido sol hubiera salido de entre el grisor, la caravana se detuvo. Todo el mundo pasó por el carromato de provisiones para recoger una torta coronada con carne caliente y una jarra de cerveza. Una bruma baja remolineaba en torno a ellos; los pequeños ruidos de la caravana parecían acentuar aún más el enorme silencio de la estepa. Los colores parecían haber desaparecido: solamente existía el pizarra del cielo, el apagado gris marrón de la estepa, el aguado lechoso de la bruma. No se observaba ningún signo de vida en el carromato-casa; las sacerdotisas no aparecieron, y a la Flor de Cath no se le permitió salir a la jaula de la parte delantera.

Reith fue al encuentro del jefe de la caravana.

—¿Está muy lejos el Seminario? ¿Cuándo llegaremos a él?

El jefe de la caravana masticó su torta de carne mientras meditaba.

—Esta noche acamparemos junto al otero Slugah. Otro día hasta el depósito de Zadno, luego a la mañana siguiente llegaremos al cruce de Fasm. Muy justo para las sacerdotisas; temen que lleguemos tarde a su Rito.

—¿En qué consiste su «Rito»? ¿Qué ocurre en él? —Baojian se encogió de hombros.

—Sólo puedo hablar de rumores. Las sacerdotisas son un grupo selecto, y odian a los hombres, o al menos eso me han dicho, con un fervor anormal. El sentimiento se extiende a todos los aspectos de las relaciones normales hombre-mujer, e incluye también a las mujeres que estimulan las conductas eróticas. El Rito parece purgar esas intensas emociones; y me han dicho que las sacerdotisas se ven presas de un auténtico frenesí durante esas solemnidades.

—Entonces, dos días y medio.

—Dos días y medio hasta el cruce de Fasm.

La caravana avanzaba por la estepa, siguiendo un rumbo paralelo a las colinas que se erguían, ahora altas, ahora bajas, al sur. Ocasionalmente se abrían barrancos y hendiduras entre las colinas, ocasionalmente había bosquecillos o matorrales de espinosa vegetación. Reith, que examinaba el paisaje con su sondoscopio, podía divisar criaturas observándoles desde las sombras: supuso que eran Phung, o posiblemente Pnume.

Su atención estaba fijada en su mayor parte en el carromato-casa. Durante todo el día no mostró el menor signo de vida o movimiento, y por la noche solamente se pudo divisar la mas tenue de las luces. Ocasionalmente, Reith saltaba del gran carromato en el que viajaba para caminar durante un cierto tiempo al lado de la caravana. Cada vez que se aproximaba al carromato-casa uno de los servidores de las piezas de artillería que avanzaban cerca extraía y montaba rápidamente su arma. Evidentemente, Baojian había dado órdenes tajantes de que las sacerdotisas no fueran molestadas.

Anacho intentó desviar hacia otro lado sus inquietudes.

—¿Por qué te preocupas por esa mujer en particular? Ni siquiera te has dignado echar una mirada a los tres grupos de esclavos que hay un poco más adelante. La gente vive y muere por todas partes, y a ti no parece importarte. ¿Qué tienes que decir de las víctimas de los Viejos Chasch y sus juegos? ¿Qué de los nómadas caníbales que crían hombres y mujeres en las regiones medias del Kislovan del mismo modo que otras tribus crían ganado de engorde? ¿Qué de los Dirdir y Hombres-Dirdir que se pudren en las mazmorras de los Chasch Azules? Ignoras todo eso; te has sentido alucinado por esa polilla de la arena: ¡estás fascinado por esa mujer y sus grotescas tribulaciones!

Reith consiguió esbozar una sonrisa.

—Un hombre no puede hacerlo todo. Empezaré salvando a esa mujer del

Rito... si puedo.

Una hora más tarde, Traz hizo una protesta similar.

—¿Y qué me dices de tu nave espacial? ¿Vas a abandonar tus planes? Si interfieres con las sacerdotisas, van a matarte o a mutilarte.

A lo cual Reith se limitó a asentir pacientemente, admitiendo la justicia de las observaciones de Traz, pero sin permitirse ser persuadido por ellas.

A finales del segundo día las colinas empezaron a mostrarse rocosas y abruptas, y de tanto en tanto la estepa se veía rota por formaciones de rocas.

Al anochecer la caravana llegó al depósito de Zadno, un pequeño recinto para caravanas excavado en la cara de una de las formaciones rocosas, donde se detuvieron para descargar una serie de artículos y cargar cristales de roca y losas de malaquita. Baojian instaló los carromatos pegados a las rocas, con las piezas de artillería mirando a la estepa. Reith, al pasar junto al carromato-casa de las sacerdotisas, se sintió galvanizado por un apagado gemido, el impresionante lamento que podía emitir una persona estando dormida. Traz, casi presa del pánico, sujetó su brazo.

—¿No te das cuenta de que estás siendo vigilado a cada instante? ¡El jefe está esperando que causes algún alboroto!

Reith exhibió una sonrisa lobuna mientras miraba hacia el conjunto de la caravana.

—¡Voy a causar un alboroto, no lo dudes! ¡Y recuerda, quiero que tú te mantengas al margen! ¡Me ocurra lo que me ocurra, tú sigue tu camino!

Traz le lanzó una mirada de reproche e indignación.

—¿Crees que voy a quedarme a un lado? ¿Acaso no somos camaradas?

—Sí. Pero...

—No hay más que decir —afirmó Traz, con algo más que un asomo del antiguo Onmale en su voz.

Reith alzó las manos, se alejó del carromato-casa y se adentró en la estepa. El tiempo se estaba acabando. Tenía que actuar, pero... ¿cuándo? ¿Durante la noche? ¿Durante el viaje al cruce de Fasm? ¿Después de que las sacerdotisas abandonaran la caravana?

Actuar ahora era atraer el desastre sobre su persona.

Y lo mismo sería durante la noche, o a la mañana siguiente, cuando las sacerdotisas, sabiendo que podía efectuar un acto desesperado, estarían más vigilantes que nunca.

¿Entonces en el cruce de Fasm, después de que hubieran abandonado la

protección del jefe de la caravana? Aquello iba a ser una incógnita. Presumiblemente habrían tomado las correspondientes medidas para protegerse.

El crepúsculo dio paso a la noche; de la estepa llegaban sonidos amenazadores. Reith fue a su compartimiento, se tendió en su hamaca. No pudo dormir; no deseaba dormir. Saltó al suelo.

Las lunas estaban en el cielo. Az colgaba a medio camino del horizonte hacia el este, y no tardó en desaparecer tras unas lomas. Braz, baja en el este, lanzaba un melancólico resplandor sobre el paisaje. El depósito estaba casi completamente a oscuras, excepto unas cuantas luces de guardia: allí no había ninguna posada con un ruidoso salón para reunirse todos. Dentro del carromato-casa las luces oscilaban mientras sus ocupantes se movían de un lado para otro, más activas de lo habitual, o al menos eso parecía. Repentinamente las luces se apagaron; la casa quedó a oscuras.

Reith, intranquilo y sin poder dormir, rodeó el carromato. ¿Un ruido? Se detuvo un seco, escrutando la oscuridad. Había algo allí delante. El sonido se produjo de nuevo: el roce de un vehículo moviéndose. Abandonando toda cautela, Reith corrió hacia delante. Se detuvo en seco. Muy cerca de él le llegó el sonido de voces susurradas. Había alguien casi allí mismo, una masa negra en medio de las sombras. Hubo un repentino movimiento, algo golpeó a Reith en la cabeza. Danzaron luces en su cerebro, el mundo empezó a girar...

El mismo ruido de roce que había oído antes le hizo recobrar el conocimiento: crujido-roce, crujido-roce. Desde un lugar subconsciente de su memoria le llegó el conocimiento de haber sido transportado, alzado, depositado... Se dio cuenta de que algo lo sujetaba; no podía mover ni brazos ni piernas. Bajo él había una superficie dura que oscilaba y daba brincos: el suelo de un pequeño carromato. Sobre su cabeza veía el cielo nocturno, con crestas y valles desfilando a ambos lados. Evidentemente el carromato avanzaba por un sendero irregular entre las colinas. Reith se tensó, intentando mover los brazos. Estaban atados con toscas cuerdas. El esfuerzo le produjo dolorosos calambres. Se relajó, apretando los dientes. Desde la parte delantera llegaba una apagada conversación; alguien volvió la vista hacia él. Reith se mantuvo inmóvil, fingiendo estar inconsciente; la forma oscura se volvió de nuevo hacia delante. Una sacerdotisa, sin duda. ¿Por qué estaba atado, por qué no le habían matado al momento?

Reith creyó saberlo.

Se tensó de nuevo contra sus ligaduras, pero otra vez no consiguió nada más que infligirse dolor. Cualquiera que lo había atado lo había hecho muy apresuradamente. Solamente le había sido quitada la espada; su bolsa estaba todavía unida a su cinturón.

El carromato dio un gran bote; Reith se sintió sacudido, y aquello le dio una idea. Se retorció, arrastrándose hacia la parte trasera del carromato, sudando ante el temor de que alguien pudiera volverse a mirarle. Alcanzó el borde de la plataforma; el carromato dio un nuevo brinco, y Reith saltó fuera. El carromato siguió adelante, hundiéndose en la oscuridad. Ignorando sus magulladuras, Reith se retorció, giró sobre sí mismo, rodó fuera del sendero, cayendo por una rocosa pendiente hasta sombras profundas. Se quedó allí completamente inmóvil, temeroso de que su caída hubiera sido notada. El chirrido-roce del carromato había desaparecido; la noche estaba silenciosa excepto el ronco susurro del viento.

Reith se tensó, se curvó, consiguió ponerse de rodillas. Tanteando en la oscuridad, encontró el borde afilado de una roca y empezó a frotar contra él sus ligaduras. El proceso era interminable. Sus muñecas empezaron a despellejarse y a sangrar; su cabeza pulsaba; se sentía abrumado por una curiosa sensación de irrealidad, una pesadillesca identificación con la oscuridad y las rocas, como si todo ello compartiera la misma consciencia elemental. Con un esfuerzo, aclaró su mente, siguió frotando sus ligaduras. Finalmente las cuerdas se partieron; sus brazos quedaron libres.

Por un momento permaneció sentado, flexionando sus dedos, desentumeciendo sus músculos. Luego se inclinó para liberar sus piernas, una operación enloquecedoramente tediosa en la oscuridad.

Finalmente se puso en pie, tambaleándose, y tuvo que apoyarse en una roca para sostenerse. Braz se asomó por el borde superior de la montaña, llenando el valle con una luz tremendamente pálida. Reith subió dolorido la ladera y finalmente alcanzó el camino. Miró a uno y otro lado del sendero. Atrás estaba el depósito de Zadno; delante, a una distancia desconocida, el carromato seguía su marcha, chirriando y crujiendo, quizá más rápidamente ahora que las sacerdotisas habrían descubierto su ausencia. En el carromato, casi con toda seguridad, iba Ylin-Ylan. Reith echó a andar en su persecución, saltando y cojeando, tan rápido como le era posible. Según Baojian, el cruce de Fasm estaba a otro medio día de caravana, y el Seminario a una distancia desconocida

del cruce. Aquel sendero de montaña era evidentemente un camino más corto y directo.

El sendero empezó a ascender, torciendo hacia un paso entre las colinas. Reith siguió andando, jadeando en busca de aliento. No tenía ninguna esperanza de alcanzar el carromato, que avanzaba a un paso constante al ritmo de las ocho suaves patas de los animales de tiro. Alcanzó el paso y se detuvo para descansar, luego echó a andar de nuevo, descendiendo hacia una altiplanicie boscosa, indistinta a la luz azul tinta de Braz. Los árboles eran maravillosamente extraños, con troncos de un resplandeciente color blanco alzándose en espirales, girando sobre sí mismos una y otra vez, enredándose a veces en las espirales de los otros árboles más próximos. El follaje era de un color negro intenso, y cada árbol estaba rematado por una bola más o menos llena de depresiones y vagamente luminosa.

Del bosque llegaban sonidos: crujidos, lamentos de una cualidad tan humana que Reith se detuvo a menudo en su marcha, llevando la mano a la bolsa de su cinto, palpando la tranquilizadora forma de su célula de energía.

Braz se hundió en el bosque; el follaje relumbró aquí y allá, los contrastes de luz y sombra se movieron entre los árboles al ritmo de los pasos de Reith.

Caminó, trotó, corrió, volvió de nuevo al paso de marcha. Una enorme criatura pálida se deslizó suavemente por el aire sobre su cabeza. Parecía tan frágil como una polilla, con grandes alas blandas y una redonda cabeza de bebé. En otro momento Reith creyó oír graves voces hablando, a no mucha distancia. Cuando se detuvo para escuchar, no había nada que oír. Siguió adelante, luchando contra la convicción de que avanzaba en medio de un sueño, a través de un interminable paisaje mental, con las piernas llevándole hacia atrás en vez de hacia delante.

El sendero empezó a subir de forma empinada, trazó una curva cruzando una estrecha garganta. Hubo un tiempo en que una alta pared de piedra había cerrado la abertura; ahora yacía en ruinas a un lado. Un alto portal formando arco se mantenía aún en pie, y el camino pasaba por debajo de él. Reith se detuvo en seco, alertado por un cosquilleo bajo la capa más superficial de su mente. Todo aquello era demasiado inocente, o lo parecía al menos.

Reith lanzó una piedra a través de la abertura. No hubo ninguna respuesta, ninguna reacción. Abandonó el sendero y, con gran cuidado, cruzó la pared en ruinas, apretándose contra la pared de la garganta. Al cabo de un centenar de

metros volvió al camino. Miró hacia atrás, pero si realmente existía algún peligro en el portal no podía detectarse en la oscuridad.

Siguió adelante. Cada pocos minutos se paraba a escuchar. Las paredes de la garganta se ensancharon y disminuyeron en altura, el cielo pareció acercarse, las constelaciones de Tschai iluminaron las grises rocas de las laderas.

Delante: ¿un resplandor en el cielo? Un murmullo, un sonido medio estridente, medio bronco. Reith echó a correr. El camino ascendió, rodeó un peñasco. Reith se detuvo, mirando hacia abajo, a una escena tan extraña y alocada como el propio Tschai.

El Seminario del Misterio Femenino ocupaba una zona llana de irregulares dimensiones rodeada de riscos y despeñaderos. Un enorme edificio de piedra de cuatro plantas se alzaba en mitad de una hondonada, entre un par de riscos. A todo su alrededor había cobertizos de madera y juncos, corrales y chozas, edificios anexos, establos y comederos. Directamente debajo de Reith brotaba de la ladera una plataforma, con un edificio de dos plantas, rodeándola en los lados y en la parte de atrás.

Las celebraciones estaban en su apogeo. Las llamas de varias docenas de hogueras lanzaban luces rojas, bermellones y anaranjadas sobre un par de centenares de mujeres que se movían en trance de un lado para otro, medio danzando, medio saltando, en un estado de auténtico frenesí. Excepto unos pantalones negros y unas botas negras iban desnudas, incluso con el pelo de sus cabezas afeitado. Muchas no tenían pechos, exhibiendo a cambio un par de feas cicatrices rojas: esas mujeres, las más activas, no paraban ni un momento, con sus cuerpos brillando de aceite y sudor. Otras permanecían sentadas en bancos, con aspecto atontado, descansando o exaltadas más allá del mero frenesí. Más abajo de la plataforma, en una hilera de jaulas bajas, había acucillados una docena de hombres desnudos. Esos hombres eran quienes producían el ronco canto que Reith había oído desde las colinas. Cuando alguno de ellos se debilitaba, brotaban chorros de llamas del suelo bajo sus pies, e inmediatamente reanudaba su canto a voz en grito. Las llamas eran controladas desde un cuadro de mandos frente a las jaulas; ante él estaba sentada una mujer completamente vestida de negro, y era ella quien orquestaba el demoníaco rugir. Aquí estaría yo cantando, pensó Reith, de no haber conseguido saltar del carromato.

Uno de los cantantes se derrumbó. Los chorros de llamas sólo consiguieron que se retorciera en la jaula. Fue sacado de ella a rastras; le echaron una bolsa de transparente membrana sobre su cabeza, y la ataron fuertemente a su cuello; fue

arrojado a un pesebre a un lado. Otro cantante fue metido en la jaula: un hombre joven y fuerte, con los ojos brillantes de odio. Se negó a cantar, y sufrió los chorros de fuego en furioso silencio. Una sacerdotisa avanzó y le arrojó al rostro una vaharada de humo; inmediatamente empezó a cantar con los demás.

¡Cómo odiaban a los hombres!, pensó Reith. Una troupe de cómicos apareció en escena... altos y flacos hombres-payaso con la piel pintada de blanco y las cejas pintadas muy altas y muy negras. Reith los observó con horrorizada fascinación saltar y efectuar cabriolas y rebajarse y envilecerse con gran celo, mientras las sacerdotisas reían y gritaban alegremente.

Cuando los hombres-payaso se retiraron apareció un mimo; llevaba una peluca de largo pelo rubio y una máscara con enormes ojos y una sonriente boca roja que simulaban una hermosa mujer. Reith pensó: ¡No solamente odian a los hombres, sino también el amor y la juventud y la belleza!

Mientras el mimo efectuaba su escandaloso número fue descorrida una cortina en la parte de atrás, revelando a un enorme cretino desnudo, con el cuerpo y miembros muy velludos, en un estado de intensa excitación erótica. Luchó por conseguir entrar en una jaula de delgados barrotes de cristal, pero era incapaz de manejar el complicado cerrojo. En un rincón de la jaula había una muchacha vestida con una túnica de fina gasa: la Flor de Cath.

El andrógino mimo terminó su curiosa actuación. Los cantantes recibieron instrucciones de iniciar una nueva canción, un suave y ronco ulular, y las sacerdotisas se apiñaron en torno al estrado donde estaba la jaula, atentas a los esfuerzos del torpe bruto.

Reith se había apartado ya de su puesto de observación. Manteniéndose en las sombras, trazó un círculo descendiendo hacia la parte de atrás de la plataforma.

Pasó junto al cobertizo donde descansaban los hombres-payaso. Cerca, un conjunto de pequeñas jaulas albergaban dos docenas de hombres jóvenes, aparentemente destinados a los cantos. Estaban custodiados por una vieja y arrugada mujer con un fusil casi tan grande como ella.

De la parte delantera llegó un ávido murmullo. Aparentemente el bruto había conseguido abrir el cerrojo de la jaula. Sin ninguna consideración hacia la galantería, Reith se dejó caer detrás de la vieja, la derribó de un golpe, echó a correr a lo largo de la hilera de jaulas, abriendo las puertas. Los hombres salieron en confusión al pasillo, mientras la troupe de hombres-payaso observaban consternados.

—Tomad el fusil —dijo Reith a los hombres recién liberados—. Soltad a los cantantes.

Saltó a la plataforma. El bruto había entrado en la jaula y estaba haciendo jirones la túnica de gasa de la muchacha. Reith apuntó su pistola, lanzó una aguja explosiva a la enorme espalda. Se oyó un apagado ¡*thump!*... el bruto se estremeció, pareció deshincharse. Se alzó de puntillas, giró sobre sí mismo y cayó muerto. Ylin Ylan, la Flor de Cath, miró con ojos desorbitados a su alrededor y vio a Reith. Éste le hizo un gesto; la muchacha salió torpemente de la jaula y cruzó el estrado.

Las sacerdotisas lanzaron gritos de furia, luego de temor, porque alguno de los hombres liberados, llevando el fusil, empezó a disparar una y otra vez contra las espectadoras. Otros soltaron a los cantantes. El joven más recientemente enjaulado cargó contra la sacerdotisa en el panel de control. La agarró, la arrastró hasta la vacía jaula, la encerró dentro; luego, regresando a la consola, pulsó el mando de la válvula del fuego, y la sacerdotisa empezó a ulular con voz de contralto. Otro de los ex cautivos tomó una antorcha y prendió fuego a uno de los cobertizos; otros agarraron palos y se lanzaron contra las enloquecidas concelebrantes.

Reith condujo a la sollozante muchacha alejándola del tumulto, agarrando de pasada una capa, que echó sobre sus hombros.

Las sacerdotisas intentaban huir... colina arriba, bajando hacia el camino del este. Algunas intentaban ocultar sus semidesnudos cuerpos bajo los cobertizos, solamente para ser arrastradas de nuevo fuera por los pies y eliminadas a golpes.

Reith condujo a la muchacha hacia el camino principal que avanzaba al este. Un carromato apareció procedente de los establos, conducido frenéticamente por cuatro sacerdotisas. Entre ellas, alta y dominante, destacaba la Gran Madre. Mientras Reith observaba, un hombre saltó a la parte trasera del carromato, agarró a la Gran Madre, e intentó estrangularla con sus manos desnudas. Ella alzó sus enormes brazos, lo arrojó contra el piso, y empezó a patear su cabeza. Reith saltó tras ella y le dio un tremendo empujón; la mujer cayó del carromato. Reith se volvió hacia las otras sacerdotisas: las tres habían viajado con la caravana.

—¡Fuera! ¡Al suelo!

—¡Seremos asesinadas! ¡Los hombres son seres locos! ¡Están matando a la Gran Madre!

Reith se volvió para mirar: cuatro hombres habían rodeado a la Gran Madre,

que se debatía impotente, rugiendo como un oso. Una de las sacerdotisas, aprovechando la distracción de Reith, intentó acuchillarle. Reith la arrojó al suelo, y las otras dos no tardaron en seguir su mismo camino. Hizo subir a la muchacha a su lado y condujo el carromato al camino del este, hacia el cruce de Fasm.

Ylin-Ylan la Flor de Cath se acurrucó contra él, exhausta, incapaz de reaccionar. Reith, golpeado, arañado, más allá de las emociones, permanecía envarado en su asiento. El cielo tras ellos empezó a enrojecer; las llamas ascendieron hacia el negro cielo.

6

Una hora después del amanecer alcanzaron el cruce de Fasm: tres lúgubres estructuras de ladrillos de tierra cocida al borde de la estepa, con sus altas paredes puntuadas por oscuras ventanas de lo más pequeño y estrecho que Reith hubiera visto nunca, y rodeadas por una empalizada de maderos. La puerta estaba cerrada; Reith detuvo el carromato, golpeó y llamó, sin ningún efecto. La pareja, agotada por el cansancio y el torpor subsiguiente a la extrema emoción, decidió aguardar hasta que la gente de la encrucijada estuviera dispuesta a abrir las puertas.

Investigando la parte posterior del carromato, Reith encontró, entre otros efectos, dos pequeños saquitos conteniendo sequins, en un número que no pudo ni siquiera estimar.

—Así que ahora somos poseedores de las riquezas de las sacerdotisas —le dijo a la Flor de Cath—. Suficiente, me atrevería a pensar, para pagar tu camino de vuelta a casa.

La voz de la muchacha sonó desconcertada.

—¿Vas a entregarme los sequins y a enviarme a casa sin pedir nada a cambio?

—Nada —dijo Reith con un suspiro.

—La broma del Hombre-Dirdir parece real —dijo la muchacha severamente—. Actúas como si procedieras realmente de un lejano mundo —y se apartó a medias de él.

Reith miró a través de la estepa, sonriendo algo tristemente. Suponiendo lo improbable, es decir que fuera capaz de regresar a la Tierra, ¿se contentaría con quedarse en ella, con vivir su vida allí sin regresar nunca a Tschai? No, probablemente no, meditó. Era imposible predecir cuál iba a ser la política de la Tierra, pero él mismo no se sentiría jamás contento mientras los Dirdir, los

Chasch y los Wannek explotaban a los hombres y los utilizaban como despreciables subordinados. La situación era como una afrenta personal. Con voz medio ausente, preguntó a Ylin-Ylan:

—¿Qué es lo que piensa tu gente de los Hombres-Dirdir, los Hombres-Chasch y los otros?

Ella frunció el ceño, perpleja, y por alguna razón oscura para Reith pareció irritada.

—¿Qué es lo que hay que pensar? Existen. Cuando no nos molestan, los ignoramos. ¿Por qué hablas de los Hombres-Dirdir? ¡Estábamos hablando de ti y de mí!

Reith la miró. Ella lo contempló con una pasiva expectación. Reith inspiró profundamente, se acercó más a ella, y entonces la puerta del recinto se abrió y un hombre miró desde allá. Era bajo y rechoncho, con gruesas piernas y largos brazos; su rostro exhibía una nariz larga y torcida, con piel y pelo color plomo: evidentemente un Gris.

—¿Quiénes sois? Éste es un carromato del Seminario. La noche pasada las llamas iluminaron el cielo. ¿Se trataba del Rito? Las sacerdotisas son de lo más extraño durante el Rito.

Reith dio una respuesta evasiva y condujo el carromato al interior del recinto.

Desayunaron té, infusión de hierbas y pan duro, y volvieron al carromato para esperar la llegada de la caravana. El humor de primera hora de la mañana había pasado; ambos se sentían laxos y poco comunicativos. Reith dejó el asiento delantero a Ylin-Ylan y se tendió en el fondo del carromato. Ambos se quedaron adormecidos a la cálida luz del sol.

Al mediodía la caravana ya estaba a la vista: una larga línea de grises y negros. El explorador Ilanth superviviente y un joven de redondo y ceñudo rostro promovido a este puesto desde artillero fueron los primeros en llegar al cruce, tras lo cual, haciendo dar media vuelta a sus caballos saltadores, regresaron a la caravana. Los altos carromatos tirados por animales de almohadilladas patas llegaron finalmente, con los conductores envueltos en voluminosas capas y sus delgados rostros cubiertos por sombreros de anchas alas. Luego llegaron los carromatos-vivienda con los pasajeros sentados a la entrada de sus cubículos. Traz saludó a Reith con evidente placer; Anacho, el

Hombre-Dirdir, hizo un alado gesto con los dedos que posiblemente no significara nada.

—Estábamos seguros de que habías sido secuestrado o muerto —dijo Traz a Reith—. Buscamos por las colinas, salimos a la estepa, pero no hallamos nada. Hoy estábamos dispuestos a ir a buscarte al Seminario.

—¿«Estábamos»? —inquirió Reith.

—El Hombre-Dirdir y yo. No es un tipo tan malo como puede parecer a primera vista.

—El Seminario ya no existe —dijo Reith.

Baojian apareció, se detuvo en seco al ver a Reith y a Ylin-Ylan, pero no hizo ninguna pregunta. Reith, que sospechaba a medias que Baojian había facilitado la marcha de las sacerdotisas del depósito de Zadno, no ofreció ninguna información. Baojian les asignó dos compartimientos, y aceptó el carromato de las sacerdotisas como pago del pasaje hasta Pera.

Fueron descargados algunos bultos, otros fueron cargados en los carromatos, y la caravana prosiguió hacia el nordeste.

Pasaron los días: días tranquilos y monótonos de avanzar traqueteante por la estepa. Durante un período de tiempo rodearon un enorme y poco profundo lago de lodosas aguas, luego cruzaron con grandes precauciones unas marismas llenas de enormes juncos blancos y articulados. El explorador descubrió una emboscada tendida por una tribu de hombres enanos de las marismas, que huyeron inmediatamente entre los juncos antes de que la artillería de la caravana llegara a tiro.

En tres ocasiones un aparato Dirdir sobrevoló la caravana a baja altura, y Anacho se ocultó en su compartimiento. En otra ocasión una plataforma de los Chasch Azules hizo lo mismo.

Reith hubiera gozado del viaje si no se hubiera sentido tan ansioso respecto a su lanzadera. Estaba también el problema de Ylin-Ylan, la Flor de Cath. Una vez alcanzara Pera, la caravana regresaría a Coad sobre el Dwan Zher, donde la muchacha podría tomar pasaje a bordo de un barco hacia Cath. Reith supuso que ése sería el plan de la muchacha, aunque ella no hablaba en absoluto del asunto y de hecho su actitud era un tanto fría, ante el desconcierto de Reith.

Así fueron transcurriendo los días, y la caravana siguió avanzando hacia el norte, bajo los cielos pizarrosos de Tschai. En dos ocasiones el atardecer se vio quebrado por sendas tormentas, pero en su mayor parte el tiempo fue bueno. Cruzaron un oscuro bosque, y al día siguiente siguieron un antiguo camino que

cruzaba una enorme y negra ciénaga cubierta de plantas burbuja e insectos burbuja que adoptaban la forma de las plantas burbuja. La ciénaga era el hábitat de numerosas y fascinantes criaturas: cosas sin alas del tamaño de sapos que se propulsaban cruzando el aire mediante la vibración de colas parecidas a abanicos; criaturas más grandes, mitad arañas, mitad murciélagos, que merodeaban anclándose mediante los hilos que exudaban y cabalgaban en la brisa extendiendo unas alas parecidas a una cometa.

En el depósito de la Montaña de los Vientos se encontraron con una caravana que se dirigía a Magalash, al sur, más allá de las colinas, en el golfo de Hedajha. En dos ocasiones fueron avistados pequeños grupos de Chasch Verdes, pero en ninguna atacaron. El jefe de la caravana afirmó que eran grupos de apareamiento camino de una zona de procreación al norte de la Estepa Muerta. En otra ocasión un grupo de nómadas se detuvo para observarles pasar: hombres y mujeres altos con los rostros pintados de azul. Traz los identificó como caníbales y afirmó que las mujeres luchaban en la batalla al mismo nivel que los hombres. Dos veces pasaron cerca de ciudades en ruinas; en una ocasión se desviaron hacia el sur para entregar sustancias aromáticas, esencias y madera de ánfir a una ciudad de Viejos Chasch que Reith encontró particularmente fascinante. Había miríadas de bajos domos blancos medio ocultos bajo el follaje, con jardines por todas partes. El aire tenía un frescor peculiar, exudado por altos árboles amarillos verdosos, no muy distintos de los álamos, conocidos como adaraks. Reith supo que eran cultivados a la vez por los Viejos Chasch y por los Chasch Azules por la limpidez que daban al aire.

La caravana hizo un alto en una zona oval cubierta por una densa y corta hierba, y Biojan llamó inmediatamente a todo el personal de la caravana a su alrededor.

—Esto es Golsse, un ciudad de los Viejos Chasch. No abandonéis las intermediaciones, o podéis veros sometidos a los trucos de los Viejos Chasch. Puede que sean simples travesuras, como atraparos en un laberinto o administraros una esencia que haga que exudéis un terrible hedor durante semanas. Pero si se excitan, o se sienten particularmente graciosos, los trucos pueden llegar a ser crueles e incluso fatales. En una ocasión atontaron a uno de mis conductores con una esencia y le injertaron nuevos rasgos a su rostro, así como una enorme barba gris. Recordadlo: bajo ninguna circunstancia salgáis de este óvalo, ni siquiera aunque los Chasch os animen a hacerlo u os tienten de alguna forma. Son una raza vieja y decadente; no tienen piedad y piensan

solamente en sus olores y esencias y en sus bromas. De modo que estáis advertidos: manteneos dentro del óvalo, no paseéis por los jardines, no importa cómo os seduzcan, y si valoráis en algo vuestras vidas y vuestra cordura no entréis en los domos de los Viejos Chasch.

No dijo nada más.

Los artículos fueron cargados en las bajas carretillas a motor Chasch, manejadas por unos cuantos Hombres-Chasch de aspecto decaído: más pequeños y quizá no tan evolucionados como los Hombres-Chasch Azules que Reith había visto antes. Eran delgados y de hombros hundidos, con arrugados rostros grises, frentes abultadas, bocas fruncidas en forma de pequeños botones sobre casi inexistentes barbillas. Como los Hombres-Chasch Azules, llevaban un falso cráneo que sobresalía sobre sus ojos y se alzaba formando una punta. Su comportamiento era furtivo y apresurado, no hablaban con nadie de la caravana, y tenían ojos solamente para su trabajo. Finalmente aparecieron cuatro Viejos Chasch. Caminaron directamente hacia el carromato-vivienda; Reith pudo verles de cerca, y le recordaron grandes lepismas grotescamente dotados de piernas y brazos semihumanos. Su piel era como satinado marfil, casi imperceptiblemente escamosa; parecían frágiles, casi disecados; tenían ojos como pequeñas cuentas plateadas, que se movían independientemente y no dejaban de mirar a uno y otro lado. Reith los observó con gran interés; ellos captaron su mirada y se detuvieron para devolvérsela. Asintieron suavemente y le dedicaron afables gestos, a los que Reith respondió educadamente. Le inspeccionaron un momento más con sus brillantes ojos plateados, luego prosiguieron su camino.

Baojian no perdió tiempo en Golsse. Tan pronto como hubo recargado sus carromatos con cajas de productos químicos y tintes, balas de telas de encaje, frutos secos en tarros y pasteles, dispuso la caravana en orden de marcha y partieron de nuevo hacia el norte, prefiriendo pasar la noche al abierto en la estepa que arriesgarse a los caprichos de los Viejos Chasch.

La estepa era una extensión herbosa y vacía, llana como el sobre de una mesa. De pie en el carromato-vivienda, Reith podía contemplar una treintena de kilómetros con ayuda de su sondoscopio, y así pudo descubrir un gran grupo de Chasch Verdes antes incluso que los exploradores. Se lo notificó a Baojian, el cual ordenó inmediatamente la caravana en un anillo defensivo con la artillería dominando toda el área circundante. Los Chasch Verdes cabalgaban en sus enormes animales, exhibiendo estandartes amarillos y negros al extremo de sus lanzas, lo cual indicaba truculencia y belicosidad.

—Acaban de bajar del norte —le dijo Traz a Reith—. Eso es lo que significan los estandartes. Se atiborran de platijas y de angbut; su sangre se espesa, y eso los vuelve irritables. Cuando ostentan estandartes amarillos y negros incluso los Emblemas se retiran antes que enfrentarse a ellos en la batalla.

Con o sin estandartes amarillos y negros, los guerreros Verdes no molestaron a la caravana, sino que se detuvieron a más de un kilómetro. Reith los estudió a través de su sondoscopio, para descubrir a unas criaturas completamente distintas de los Viejos Chasch. Éstos tenían entre dos metros y dos metros y medio de altura, eran recios y de gruesos miembros, sus escamas estaban claramente definidas y relucían con un brillo verde metálico. Sus rostros eran pequeños, ceñudos, malignamente feos bajo el enorme saliente de sus cráneos. Llevaban toscos delantales de cuero y correajes de los que colgaban espadas, picas de batalla y catapultas similares a las de los Emblemas. Criaturas temibles en combate cuerpo a cuerpo, pensó Reith. Permanecieron sentados en sus sillas estudiando la caravana durante unos buenos cinco minutos, luego dieron media vuelta y se encaminaron hacia el este.

La caravana volvió a formarse en orden de marcha y prosiguió su camino. Traz se sintió desconcertado por la prudencia de los Chasch Verdes.

—Cuando exhiben el amarillo y el negro se comportan alocadamente. Quizá preparen alguna emboscada desde detrás de un bosque.

Baojian sospechaba una estratagema similar, y mantuvo a sus exploradores muy avanzados durante los siguientes días. Por la noche no se tomaron precauciones especiales, puesto que los Chasch Verdes eran torpes en la oscuridad y en general no eran más que masas gruñentes y roncantes hasta el despuntar del día.

Pera estaba ante ellos: el destino de la caravana. El transcom de Reith especificaba un vector de cien kilómetros al oeste hasta su transcom gemelo. Hizo algunas preguntas al jefe de la caravana, que le informó que la ciudad Dadiche de los Chasch Azules estaba ubicada en aquella localización.

—Evítales; son tortuosos, sutiles como los Viejos Chasch, salvajes como los Verdes.

—¿No comercian con los hombres?

—Hay un comercio considerable; de hecho, Pera es un depósito para comerciar con los Chasch Azules, y las operaciones son llevadas por una casta

de comerciantes que operan más allá de Pera; sólo ellos tienen acceso a Dadiche. De todos los Chasch, considero que los Azules son los más detestables. Los Viejos Chasch no son una gente amistosa, pero son maliciosos antes que malvados. A veces, por supuesto, el efecto es el mismo, del mismo modo que una tormenta —señaló hacia el oeste, donde grandes masas de negras nubes estaban arracimándose en el cielo— puede empaparnos más que si nos sumergiéramos en el océano.

—En Pera, ¿darás media vuelta y regresarás directamente a Coad en el Dwan Zher?

—Dentro de tres días.

—Entonces la princesa Ylin-Ylan regresará contigo y tomará allí un barco hacia Cath.

—¿Puede pagar?

—Por supuesto.

—Entonces no hay ninguna dificultad. ¿Y tú? Supongo que también querrás ir a Cath.

—No. Seguramente me quedaré en Pera.

Baojian dirigió a Reith una penetrante mirada, agitó secamente la cabeza.

—Los Yao Dorados de Cath son una gente estimable. Pero en Tschai nunca puede predecirse nada excepto los problemas. Los Chasch Verdes están siguiéndonos los talones. Es un milagro que no hayan atacado. Empiezo a confiar en que podamos alcanzar Pera sin ningún incidente.

Baojian se equivocaba. Con Pera —una ciudad de arruinados edificios y derribados monumentos rodeando una ciudadela central, muy parecida a otras junto a las que habían pasado— ya a la vista, los Chasch Verdes atacaron desde el este. Coincidiendo con el ataque estalló la tormenta. Los relámpagos se estrellaron contra la estepa; al sur, negras rachas de lluvia barrieron el suelo.

Baojian decidió que Pera no ofrecía refugio y ordenó la caravana en un círculo defensivo. Apenas a tiempo: esta vez los Chasch Verdes no mostraron ni indecisión ni cautela. Inclutados sobre sus enormes animales, aparecieron a la carga, pendientes solamente de romper el anillo de carromatos.

Los cañones de la caravana lanzaron su curioso eructo gorgoteante, apenas audible entre los truenos; y la lluvia hacía que el manejo efectivo de las armas fuera difícil. Los Chasch Verdes, quizá coordinados telepáticamente, avanzaron en grupo; algunos fueron golpeados por el chorro de arena y muertos; algunos resultaron aplastados bajo sus derribadas monturas. Por unos momentos hubo

una terrible confusión, luego nuevas filas avanzaron sobre los cuerpos de sus compañeros. Los artilleros dispararon de nuevo frenéticamente a través de la lluvia, con los relámpagos y los truenos proporcionando un ensordecedor acompañamiento a la batalla.

Los Chasch Verdes caían con más rapidez de lo que podían avanzar, y cambiaron de táctica. Aquellos que se habían visto desmontados, agazapados tras sus caballos saltadores, accionaron sus catapultas; la primera lluvia de flechas mató a tres artilleros. Los guerreros montados cargaron de nuevo, con la esperanza de alcanzar el círculo por puro impulso. De nuevo fueron rechazados, con los cañones que habían quedado sin servidores manejados ahora por conductores, y de nuevo hubo una lluvia de flechas, y más artilleros cayeron de las plataformas de las armas.

Los Chasch Verdes cargaron por tercera vez, con sus monturas saltando y caracoleando. Tras ellos, los relámpagos parecían romper el negro cielo, y los truenos eran un incesante rumor de fondo a los gritos y chillidos y maldiciones de la batalla. Los Chasch Verdes estaban sufriendo terribles pérdidas, el suelo hormigueaba de gimientes formas, pero otros seguían avanzando, y finalmente los cañones estuvieron al alcance de las espadas de los Chasch Verdes.

El resultado de la batalla estaba ya fuera de toda duda. Reith sujetó la mano de la Flor de Cath, hizo una seña a Traz. Los tres echaron a correr hacia la ciudad, siguiendo a toda una hilera de fugitivos presas del pánico que brotaban de los carromatos-vivienda, seguidos ahora por los conductores y artilleros supervivientes. La caravana fue abandonada.

Gritando su triunfo, los Chasch Verdes se lanzaron tras los fugitivos, decapitando y tasajeando hombros y espaldas. Un guerrero de llameantes ojos se lanzó tras Reith, Ylin-Ylan y Traz. Reith tenía su pistola preparada, pero dudaba en malgastar la preciosa munición, y esquivó el silbante golpe de la espada. El caballo saltador, al frenar, resbaló en la húmeda hierba; el guerrero fue proyectado de lado de su silla, aullando. Reith corrió hacia delante, alzó su espadín Emblema y golpeó con él el recio cuello, cortando tendones, venas y arterias. El guerrero pateó y se agitó, negándose a morir; los tres no aguardaron a que lo hiciera. Reith recogió la espada del Chasch Verde, que estaba burdamente forjada de una sola hoja de acero tan alta como él mismo y ancha como su brazo. Era demasiado pesada y larga para serle útil; la arrojó a un lado. Los tres siguieron corriendo bajo la lluvia, que ahora caía en una cortina tan densa que oscurecía la visión. De tanto en tanto podía verse algún Chasch Verde como un

agitado fantasma; ocasionalmente podían verse también las frenéticas formas de los fugitivos, corriendo desesperadamente, inclinadas bajo la lluvia, intentando alcanzar las ruinas de Pera.

Con las ropas empapadas, con el suelo chapoteando bajo sus pies, los tres alcanzaron finalmente un montón de losas desmoronadas de cemento que señalaban la periferia de Pera, y se consideraron algo más a salvo de los Chasch Verdes. Buscaron refugio bajo un saliente de cemento y se quedaron allá, temblando y miserables, mientras la lluvia seguía trenzando una cortina ante sus rostros. Traz dijo filosóficamente:

—Al menos estamos en Pera, donde queríamos llegar.

—Muy poco gloriosamente —dijo Reith—, pero vivos.

—Ahora, ¿qué crees que debemos hacer?

Reith rebuscó en su bolsa, extrajo su transcom, comprobó el vector del indicador.

—Señala a Dadiche, a treinta kilómetros al oeste. Supongo que iré allí.

Traz resopló desaprobadoramente.

—Los Chasch Azules no van a recibirte amistosamente.

La muchacha de Cath se reclinó de pronto contra la pared, hundió el rostro entre las manos, y se echó a llorar: la primera vez que Reith la veía dar rienda suelta a sus emociones. Tentativamente, palmeó su hombro.

—¿Qué te ocurre? ¿Aparte de sentirte helada, hambrienta y terriblemente asustada?

—Nunca volveré a mi casa en Cath. ¡Nunca! Lo sé.

—¡Por supuesto que lo harás! ¡Habrá otras caravanas!

La muchacha, claramente no convencida, se secó los ojos y contempló el descorazonador paisaje. La lluvia estaba empezando a disminuir. Los relámpagos derivaban hacia el este; los truenos se convertían en un rumor lejano. Algunos minutos más tarde, las nubes se abrieron y la luz del sol emergió oblicua entre la lluvia para resplandecer en la húmeda piedra y en los charcos. Los tres, aún empapados, salieron de su refugio, casi para chocar contra un hombre pequeño envuelto en una antigua capa de cuero y que iba cargado con una gavilla de ramas. Saltó hacia atrás, alarmado, dejó caer su gavilla, se inclinó rápidamente para recogerla, y se preparaba ya a salir corriendo cuando Reith lo sujetó por su capa.

—¡Espera! ¡No tan aprisa! ¡Dinos dónde podemos conseguir comida y un techo!

El rostro del hombre se relajó lentamente. Miró circunspecto a los tres desde debajo de unas espesas cejas, luego tiró con gran dignidad de su capa para librarla de la presa de Reith.

—Comida y un techo: cosas difíciles de encontrar; sólo trabajando. ¿Podéis pagar?

—Sí, podemos pagar.

El hombre se lo pensó.

—Entonces dispongo de una comfortable morada con tres aberturas... — Agitó reluctantemente la cabeza—. Pero será mejor que vayáis a la Posada de la Estepa Muerta. Si os alojo, los Gnashters se embolsarán mi beneficio y no me quedará nada.

—¿La Posada de la Estepa Muerta es la mejor de Pera?

—Sí, ofrece un espléndido alojamiento. Los Gnashters os pedirán un buen dinero, pero eso es lo que debemos pagar por nuestra seguridad. En Pera nadie puede robar ni violar excepto Naga Goho y los Gnashters; y eso es una ventaja. Imaginaos lo que ocurriría si todo el mundo gozara de esa licencia.

—Entonces, ¿Naga Goho es el gobernante de Pera?

—Sí, puede decirse de este modo. —Señaló hacia una enorme estructura de bloques y losas en la prominencia central de la ciudad—. Allí está su palacio, en la ciudadela, y allí vive con sus Gnashters. Pero no diré más; después de todo, ellos echaron a los Phung fuera del norte de Pera; hay comercio con Dadiche; los bandidos evitan la ciudad; las cosas podrían ser peores.

—Entiendo —dijo Reith—. Bien, ¿dónde podemos encontrar la posada?

—Hacia allá, al pie de la colina: en la terminal de caravanas.

7

La Posada de la Estepa Muerta era la estructura más grandiosa que Reith había visto nunca en las ruinas de una ciudad: un largo edificio con un complicado conjunto de techos y gabletes construido en la colina central de Pera. Como en todas las posadas de Tschai, había una enorme sala común llena de mesas con caballetes, pero en vez de toscos bancos la Posada de la Estepa Muerta alardeaba de espléndidas sillas de respaldo alto de negra madera tallada. Tres candelabros de cristal coloreado y hierro negro iluminaban la estancia; en las paredes colgaba un cierto número de máscaras de terracota muy antiguas: rostros fantásticamente semihumanos.

Las mesas estaban atestadas con fugitivos de la caravana; un apetitoso olor flotaba en el aire. Reith empezó a sentirse algo más animado. Aquí al menos había algunas pequeñas concesiones a la comodidad y al estilo.

El posadero era un hombre bajito y regordete con una cuidada barba roja y protuberantes ojos castaño rojizos. Sus manos no dejaban de moverse y sus pies se agitaban hacia delante y hacia atrás como si la prisa dominara completamente su vida. Ante la petición de alojamiento de Reith, agitó desesperado las manos.

—¿Acaso no lo habéis oído? Los demonios verdes han destruido la caravana de Baojian. Aquí están los supervivientes, y debo encontrarles acomodo. Algunos no pueden pagar; ¿qué opináis de eso? Pero tengo órdenes de Naga Goho de procurarles alojamiento pese a todo.

—Nosotros también estábamos en la caravana —dijo Reith—. Sin embargo, podemos pagar.

El posadero pareció más optimista.

—Os buscaré una habitación para los tres; tendréis que arreglaros con eso. Una advertencia. —Miró rápidamente por encima de su hombro—. Sed discretos. Ha habido cambios en Pera.

Los tres fueron conducidos a un cubículo de aceptable limpieza; dentro habían sido instalados tres camastros. La posada no podía proporcionar ropas secas; con sus atuendos aún mojados, los tres descendieron al salón principal, donde descubrieron a Anacho, el Hombre-Dirdir, que había llegado una hora antes. A un lado, contemplando pensativamente el fuego, estaba Baojian.

Para cenar les fueron servidos grandes bols de estofado y rodajas de pan duro. Mientras comían entraron siete hombres, que contemplaron truculentamente el salón en todas direcciones. Eran todos hombres fuertes de recia osamenta, un poco entrados en carnes, de piel enrojecida por el buen vivir. Seis de ellos llevaban túnicas de un rojo apagado, estilizado calzado de piel negra y lascivos gorros con colgantes abalorios. Gnashters, pensó Reith. El séptimo, que llevaba una especie de sobretodo bordado, era evidentemente Naga Goho: un hombre alto y delgado, con una cabeza lobuna peculiarmente ancha. Se dirigió a una estancia que se había vuelto repentinamente silenciosa.

—¡Bienvenidos todos, bienvenidos todos a Pera! Como habréis podido observar, tenemos una ciudad ordenada y feliz. Las leyes son cumplidas a rajatabla. Cobramos un impuesto por estancia. Si alguien carece de fondos debe contribuir con su trabajo al beneficio común. Así pues... ¿hay alguna pregunta o queja?

Miró a su alrededor, pero nadie dijo nada. Los Gnashters empezaron a circular entre la gente, recogiendo monedas. A regañadientes, Reith pagó un impuesto de nueve sequins por él, Traz y la Flor de Cath. Nadie de los presentes pareció encontrar la exacción irrazonable. Tan generalizada era la falta de disciplina social, decidió Reith, que la explotación de la ventaja era algo que todo el mundo daba por sentado.

Naga Goho observó la presencia de la Flor de Cath y se puso rígido, atusándose el bigote. Hizo una seña al posadero, que se apresuró a acercarse. Ambos hombres mantuvieron un murmurante coloquio, sin que Naga Goho apartara los ojos de Ylin-Ylan.

El posadero cruzó la estancia y murmuró al oído de Reith:

—Naga Goho ha reparado en la mujer. —Señaló a la Flor—. Desea conocer su status. ¿Es una esclava? ¿Una hija? ¿Una esposa?

Reith miró de reojo a Ylin-Ylan, sin encontrar una respuesta inmediata; había visto ya envararse a la muchacha. Si declaraba que era una mujer sola e independiente, iba a ponerla a merced de Naga Goho. Si proclamaba que era suya, sin duda provocaría una indignada refutación. Dijo:

—Soy su escolta. Se halla bajo mi protección.

El posadero frunció los labios, se encogió de hombros y regresó a informar a Naga Goho, que hizo un breve signo cortés con la cabeza y dirigió su atención a otro lado. Poco después se marchó.

Reith descubrió que su pequeña habitación proporcionaba una inquietante promiscuidad con la Flor de Cath. La muchacha permanecía sentada en su camastro, sujetándose desconsolada las rodillas.

—Anímate —dijo Reith—. Las cosas no están tan mal como eso.

Ella agitó tristemente la cabeza.

—Estoy perdida entre bárbaros: no soy más que un guijarro arrojado a los abismos de Tembara, en el que nadie piensa.

—Tonterías —exclamó Reith—. Vas a viajar de vuelta a casa con la próxima caravana que abandone Pera.

Ylin-Ylan no se mostró convencida.

—En casa darán a otra el nombre de Flor de Cath; ella tomará mi flor en el Banquete de la Estación. Los príncipes pedirán a las muchachas que pronuncien sus nombres, y yo no estaré allí. Nadie me lo pedirá, nadie sabrá mis nombres.

—Dime a mí tus nombres entonces —dijo Reith—. Me encantará oírlos.

La Flor se volvió para mirarle.

—¿Lo dices de veras? ¿Realmente lo dices de veras?

Reith se sintió desconcertado por la intensidad de su voz.

—Por supuesto.

La muchacha dirigió una rápida mirada a Traz, que estaba ocupado en arreglar su camastro.

—Sal fuera —susurró al oído de Reith, y se puso apresuradamente en pie.

Reith la siguió al balcón. Durante un cierto tiempo permanecieron juntos inclinados sobre la barandilla, sus codos tocándose, mirando a la ciudad en ruinas. Az estaba alta entre desgarradas nubes; abajo había unas pocas luces; desde algún lugar les llegó un melancólico canto, el tañir de un plectro. La Flor habló con una voz ronca y presurosa:

—Mi flor es el Ylin-Ylan, y esto ya lo sabes; mi nombre de flor. Pero éste es un nombre utilizado solamente en reuniones y fiestas. —Lo miró conteniendo el aliento, tan cerca de él que Reith podía oler el aroma a la vez ácido y dulce de su persona.

—¿Tienes otros nombres también? —preguntó Reith con voz ronca.

—Sí. —La muchacha suspiró y se arrimó más a Reith, que notó que empezaba a faltarle el aliento—. ¿Por qué no lo preguntaste antes? Hubieras debido saber que te los diría.

—Bien —dijo Reith—; entonces, ¿cuáles son tus nombres?

—Mi nombre de corte es Shar Zarin —murmuró gravemente la muchacha. Dudó, luego, inclinando la cabeza sobre el hombro de él (porque Reith tenía un brazo en torno a su talle) dijo—: Mi nombre de niña era Zozi, pero solamente mi padre me llama así.

—Nombre de flor, nombre de corte, nombre de niña... ¿Qué otros nombres tienes?

—Mi nombre de amigo, mi nombre secreto y... otro. ¿Quieres oír mi nombre de amigo? Si te lo digo, entonces seremos amigos, y tú deberás decirme también tu nombre de amigo.

—Naturalmente —dijo Reith—. Naturalmente.

—Derl.

Reith besó el rostro de ella, vuelto hacia el suyo.

—Mi nombre de pila es Adam.

—¿Es tu nombre de amigo?

—Sí... supongo que puede decirse así.

—¿Tienes un nombre secreto?

—No. No que yo sepa.

Ella dejó escapar una pequeña risa nerviosa.

—Quizá esté bien así. Porque si yo te lo pidiera, y tú me lo dieras, entonces yo conocería tu alma secreta, y entonces... —Miró a Reith, conteniendo el aliento—. Tienes que poseer un nombre secreto; uno que solamente tú conoces. Yo lo tengo.

Fascinado, Reith echó por la borda todas las precauciones.

—¿Cuál es el tuyo?

Ella alzó su boca hasta el oído de él.

—L'lae. Es una ninfa que vive en las nubes sobre el monte Daramthissa y ama al dios-estrella Ktan. —Le miró fijamente, expectante, fundiéndose, y Reith la besó fervientemente. Ella suspiró—. Cuando estemos solos, debes llamarme L'lae, y yo te llamaré Ktan, y ese será tu nombre secreto.

Reith se echó a reír.

—Si tú lo quieres.

—Aguardaremos aquí, y pronto habrá una caravana que partirá hacia el este: cruzando la estepa hasta Coad, donde podremos atravesar el Draschade hasta Vervode, en Cath.

Reith puso una mano sobre su boca.

—Debo ir a Dadiche.

—¿Dadiche? ¿La ciudad de los Chasch Azules? ¿Todavía sigues tan obsesionado? ¿Pero por qué?

Reith alzó los ojos, miró al cielo nocturno como si deseara acumular fuerza de las estrellas, aunque ninguna de las visibles podía ser el Sol... ¿Qué podía decir? Si le contaba la verdad, la muchacha pensaría que estaba loco, pese a que habían sido sus antepasados los que habían enviado las señales a la Tierra.

De modo que dudó, disgustado ante su propia blandura de espíritu. La Flor de Cath —Ylin-Ylan, Shar Zarin, Zozi, Derl, L'lae, según las circunstancias sociales— apoyó las manos en sus hombros y miró directamente a su rostro.

—Puesto que te conozco por Ktan y tú me conoces por L'lae, tu mente es mi mente, tu placer es mi placer. Así que... ¿qué es lo que te empuja a Dadiche?

Reith inspiró profundamente.

—Vine a Kotan en una nave espacial. Los Chasch Azules casi me mataron, y se llevaron la nave espacial a Dadiche, o al menos eso supongo. Debo recuperarla.

La Flor de Cath se mostró asombrada.

—¿Pero dónde aprendiste a pilotar una nave espacial? No eres un Hombre-Dirdir ni un Hombre-Wannek... ¿O lo eres?

—No, por supuesto que no. No más que tú. Fui instruido.

—Todo esto es un misterio tan enorme. —Sus manos se crisparon en los hombros de él—. Y... si fueras capaz de recuperar la nave espacial, ¿qué harías entonces?

—En primer lugar, llevarte de vuelta a Cath.

Ahora los dedos se clavaron en sus hombros, los ojos escrutaron en la oscuridad.

—¿Y luego qué? ¿Regresarías a tu propio país?

—Sí.

—¿Tienes mujer... una esposa?

—Oh, no. En absoluto.

—¿Alguien que conozca tu nombre secreto?

—Nunca tuve nombre secreto hasta que tú me diste uno.

La muchacha retiró las manos de sus hombros e, inclinándose sobre la barandilla, contempló melancólicamente la antigua Pera.

—Si vas a Dadiche, te olerán y te matarán.

—¿Me «olerán»? ¿Qué quieres decir?

Ella le lanzó una rápida mirada.

—¡Eres un enigma! ¡Sabes tanto y a la vez tan poco! ¡Una llega a pensar que procedes de la más remota isla de Tschai! ¡Los Chasch Azules huelen con tanta agudeza como nosotros podemos ver!

—De todos modos, tengo que intentarlo.

—No lo comprendo —dijo ella con voz apagada—. Te he dicho mi nombre; te he ofrecido lo que es más precioso para mí; y ni siquiera te conmueves. No alteras tu forma de pensar.

Reith la tomó en sus brazos. Ella se envaró, luego, lentamente, fue relajándose.

—Estoy conmovido —dijo Reith—. Mucho. Pero debo ir a Dadiche... tanto por tu bien como por el mío.

—¿Por mi bien? ¿Para ser llevada de vuelta a Cath?

—Eso y más. ¿Sois felices de sentirnos dominados por los Dirdir y los Chasch y los Wannek, sin mencionar a los Pnume?

—No lo sé... Nunca he pensado en ello. Los hombres son fenómenos, elaboraciones, o al menos eso nos han dicho siempre. Aunque el rey loco Hopsin insistía en que los hombres procedían de un lejano planeta. Les envió un mensaje pidiéndoles ayuda, que por supuesto nunca llegó. Eso fue hace ciento cincuenta años.

—Es mucho tiempo para esperar —dijo Reith. La besó de nuevo; ella le dejó hacer apáticamente. El fervor había desaparecido.

—Me siento... extraña —murmuró—. No sé cómo.

Permanecieron apoyados en la barandilla, escuchando los sonidos de la posada: las apagadas risas del salón principal, las protestas de los niños, las regañinas de las madres. La Flor de Cath dijo:

—Creo que me iré a la cama.

Reith la retuvo un instante.

—Derl.

—¿Sí?

—Cuando vuelva de Dadiche...

—Nunca volverás de Dadiche. Los Chasch Azules te tomarán para sus

juegos... Ahora voy a intentar dormir y olvidar que estoy viva.

Regresó al cubículo. Reith permaneció fuera en el balcón, primero maldiciéndose a sí mismo, luego preguntándose cómo podría haber actuado de otra forma... a menos que hubiera estado compuesto de otra cosa distinta a carne y sangre.

Mañana, pues: Dadiche, para averiguar de una vez por todas la forma que adoptaría su futuro.

8

Pasó la noche; llegó la mañana; primero una tonalidad sepia, luego un pálido color amarillento, luego la aparición de Carina 4269. Desde las cocinas empezó a alzarse el humo de los fuegos, el ruido de los cacharros. Reith bajó al salón principal, donde encontró a Anacho, el Hombre-Dirdir, sentado ante una taza de té. Reith se le unió, y una muchacha de la cocina le trajo té también para él.

—¿Qué sabes de Dadiche? —preguntó al Hombre-Dirdir.

Anacho calentó sus largos dedos pálidos colocándolos en torno a la taza.

—La ciudad es relativamente antigua: veinte mil años o así. Es el principal espaciopuerto Chasch, aunque mantienen pocas comunicaciones con su mundo natal, Godag. Al sur de Dadiche hay fábricas y plantas técnicas, e incluso puede detectarse algún pequeño comercio entre Dirdir y Chasch, aunque ambas partes fingen lo contrario. ¿Qué es lo que buscas en Dadiche? —Y clavó sus ojos de búho, azul acuosos, en Reith.

Reith reflexionó. No ganaba nada confiando en Anacho, al que seguía considerando como un elemento incógnita. Finalmente dijo:

—Los Chasch me arrebataron algo de gran valor para mí. Quiero recuperarlo, si es posible.

—Interesante —dijo Anacho, con una entonación sardónica en su voz—. Me siento curioso. ¿Qué pueden haberle arrebatado los Chasch a un subhombre para que éste viaje un millar de leguas para recuperarlo? ¿Y cómo espera recuperarlo, o incluso encontrarlo de nuevo?

—Puedo encontrarlo. El problema es lo que ocurra después.

—Me intrigas —dijo el Hombre Dirdir—. ¿Qué propones hacer primero?

—Necesito información. Quiero saber si las personas como tú y yo podemos entrar en Dadiche y marcharnos luego sin problemas.

—Yo no —dijo Anacho—. Me olerían como el Hombre-Dirdir que soy. Poseen narices de una sorprendente particularidad. La comida que tomas envía esencias a tu piel; los Chasch pueden identificarlas, y separar a los Dirdir de los Wannek, los hombres de las marismas de los hombres de las estepas, los ricos de los pobres; sin mencionar las variaciones causadas por las enfermedades, la suciedad, los ungüentos, las aguas y una docena de otras condiciones. Pueden oler el aire salado de los pulmones de un hombre si ha estado cerca del océano; pueden detectar el ozono de un hombre que ha bajado de las alturas. Captan si estás hambriento, irritado o temeroso; pueden definir tu edad, tu sexo, el color de tu piel. Sus narices les proporcionan toda una dimensión de percepción.

Reith permaneció sentado reflexivamente.

Anacho se puso en pie, se dirigió a una mesa cercana donde permanecían sentados tres hombres vestidos con toscas ropas: hombres de pieles cerúleas blanco grisáceas, pelo castaño claro, grandes ojos blandos. Respondieron deferentemente a las preguntas de Anacho; éste regresó junto a Reith.

—Ésos tres son ganaderos; visitan regularmente Dadiche. La zona al oeste de Pera es segura; los Chasch Verdes evitan las armas de la ciudad. Nadie nos molestará por el camino...

—¿«Nos»? ¿Vas a venir?

—¿Por qué no? Nunca he visto Dadiche ni sus jardines exteriores. Podemos alquilar un par de caballos saltadores y acercarnos hasta un par de kilómetros de distancia. Los Chasch raras veces abandonan la ciudad, o eso al menos me han dicho los ganaderos.

—Bien —dijo Reith—. Hablaré con Traz; él puede quedarse haciendo compañía a la muchacha.

En el corral en la parte trasera de la posada, Reith y el Hombre-Dirdir contrataron caballos saltadores de una raza de altas y flexibles patas desconocida para Reith. El mozo de la cuadra ensilló los animales, metió los travesaños de guía en los agujeros en el cráneo de los animales, y con ello hizo que chillaran y azotaran el aire con sus palpos. Fueron sujetadas las riendas, Reith y Anacho subieron a las sillas; los corceles dieron furiosos saltos de costado, luego partieron al galope hacia el camino.

Cruzaron el centro de Pera, donde, a lo largo y ancho de una zona considerable, la gente había construido todo tipo de moradas a partir de los

casco y los trozos de cemento. La población era mayor de lo que Reith había esperado, alcanzando quizá los cuatro o cinco mil. Y arriba, en la cima de la antigua ciudadela, dominando todo lo demás, estaba la enorme y tosca mansión donde vivía Naga Goho y su séquito de Gnashters.

Al llegar a la plaza central, Reith y Anacho se detuvieron en seco ante la visión de un despliegue de horribles objetos. Al lado de un enorme patíbulo había una serie de tocones de desollar manchados de sangre. Unos puntiagudos postes mantenían en el aire a un par de hombres empalados. De una grúa colgaba una pequeña jaula; dentro había acurrucada una criatura desnuda ennegrecida por el sol, apenas reconocible como un hombre. Un Gnashter permanecía tranquilamente sentado en las inmediaciones, un hombre joven y mofletudo vestido con una chaquetilla rojo oscuro y una falda escocesa negra hasta la altura de las rodillas: el uniforme de los Gnashters. Reith tiró de las riendas del caballo saltador y, señalando la jaula, preguntó al Gnashter:

—¿Qué crimen ha cometido?

—Recalcitrancia, cuando Naga Goho pidió a su hija para su servicio.

—¿Cuánto tiempo lleva colgado ahí?

El Gnashter le lanzó una indiferente mirada.

—Todavía durará otros tres días. La lluvia lo ha refrescado; está lleno de agua.

—¿Y éstos? —Reith señaló a los cuerpos empalados.

—Defraudadores. Alguna gente impenitente rechina los dientes ante la idea de entregar unas monedas de sus riquezas a Naga Goho.

Anacho tiró a Reith del brazo.

—Vámonos.

Reith se dio la vuelta: era imposible arreglar todas las cosas que estaban mal en aquel terrible planeta. Pero al lanzar por encima de su hombro una última mirada a la ruina encerrada dentro de la jaula sintió una oleada de vergüenza. De todos modos... ¿qué opciones tenía? Meterse con Naga Goho podía conducirle fácilmente a la pérdida de su vida, sin el menor beneficio para nadie. Si conseguía recuperar su lanzadera y regresar a la Tierra, la suerte de todos los hombres en Tschai mejoraría enormemente. Reith se lo repitió a sí mismo una y otra vez, e intentó olvidar la escena que acababa de presenciar.

Más allá de Pera había un gran número de irregulares campos cultivados, donde mujeres y muchachas atendían todo tipo de cosechas. Carros cargados con comida y productos de granja avanzaban hacia el oeste a lo largo del camino que

conducía a Dadiche: un comercio sorprendente para Reith, que no esperaba unos intercambios tan formalizados.

Los dos hombres cabalgaron durante una quincena de kilómetros en dirección a una baja cordillera de grises colinas. Allá donde el camino ascendía por un barranco de empinadas paredes, una puerta cortaba el camino, y se vieron obligados a esperar mientras un par de Gnashers inspeccionaban un carro lleno de cajas de coles de aspecto pulposo, luego cobraban el correspondiente peaje. Reith y Anacho pagaron un sequin cada uno para cruzar la puerta.

—Naga Goho desaprovecha muy pocas ocasiones de obtener beneficios —gruñó Reith—. ¿Qué demonios hará con sus riquezas?

El Hombre-Dirdir se encogió de hombros.

—¿Qué hace todo el mundo con sus riquezas?

El camino serpenteaba hacia arriba y cruzaba un desfiladero. Más allá se extendían las tierras de los Chasch Azules: una región boscosa atravesada por docenas de pequeños ríos, que se estancaban en innumerables charcas. Había centenares de tipos distintos de árboles: rojas palmas con hojas como plumas, verdes coníferas, árboles con troncos negros y ramas de las que colgaban blancos globos; y muchas plantaciones de adaraks. Todo el paisaje era un inmenso jardín, atendido con meticuloso cuidado.

Más abajo estaba Dadiche: bajos y planos domos y curvadas superficies blancas, medio sumergidas en follaje. El tamaño y la población de la ciudad era imposible de estimar; no había diferenciación entre ciudad y parque. Reith se vio obligado a admitir que los Chasch Azules vivían en agradables condiciones.

El Hombre-Dirdir, sometido a otros preceptos estéticos, habló con condescendencia.

—Típico de la mentalidad de los Chasch: informe, caótica, tortuosa. ¿Has visto alguna ciudad Dirdir? ¡Realmente noble! ¡Una visión que hace que el corazón se te pare! Esta semibucólica chapucería —Anacho hizo un gesto burlón— refleja el capricho de los Chasch Azules. No tan flácido y decadente como el de los Viejos Chasch, por supuesto (¿recuerdas Golsse?), pero los Viejos Chasch llevan moribundos veinte mil años... ¿Qué estás haciendo? ¿Qué es este instrumento?

Reith, incapaz de hallar un método de utilizar discretamente su transcom, lo había sacado y estaba leyendo sus indicadores.

—Es un dispositivo que señala una dirección y una distancia de casi seis kilómetros. —Miró siguiendo la dirección de la aguja—. La línea cruza esa

estructura grande con el domo alto. —Señaló—. La distancia es la correcta.

Anacho estaba contemplando el transcom con lúgubre fascinación.

—¿Dónde conseguiste este instrumento? Nunca antes había visto ese tipo de artesanía. Y esas indicaciones: ¡no son ni Dirdir, ni Chasch, ni Wannek! ¿Hay algún lejano rincón en Tschai donde los subhombres fabrican artículos de esta calidad? ¡Estoy sorprendido! ¡Siempre había creído que los subhombres eran incapaces de cualquier actividad más complicada que la agricultura!

—Anacho, amigo mío, aún te queda mucho por aprender —dijo Reith—. Puede que el proceso signifique un gran shock para ti.

Anacho se masajeó la mandíbula inferior y se echó el suave casco negro sobre su frente.

—Eres tan misterioso como un Pnume.

Reith extrajo el sondoscopio de su bolsa e inspeccionó el paisaje. Siguió el curso del camino, colina abajo, cruzando una plantación de árboles en forma de llama con enormes hojas verdes y púrpuras, luego un muro que no había visto anteriormente y que con toda evidencia protegía Dadiche de los Chasch Verdes. El camino cruzaba un portal en aquel muro y penetraba en la ciudad. A intervalos a lo largo del camino había carros que penetraban en Dadiche cargados de comestibles, y salían con cajas de productos manufacturados.

Anacho inspeccionó el sondoscopio, emitió un sonido de irritado desconcierto, pero contuvo cualquier comentario.

—No tiene ningún sentido seguir el camino —dijo Reith—; sin embargo, si cabalgamos siguiendo la cresta un par o tres de kilómetros, podremos echarle otro vistazo a ese gran edificio.

Anacho no puso ninguna objeción; cabalgaron en dirección al sur durante casi tres kilómetros, y luego Reith tomó una nueva lectura del transcom. La línea de visión cruzaba la misma enorme estructura con el domo. Reith asintió, seguro ya.

—En este edificio hay artículos que eran míos y me fueron arrebatados, y que deseo recuperar.

Los labios del Hombre-Dirdir se curvaron en una sonrisa.

—Muy bien... ¿pero cómo? No puedes entrar cabalgando en Dadiche, llamar a la puerta de ese edificio, y gritar: «¡Devolvedme mis objetos!». Te vas a sentir decepcionado. Dudo también que seas un ladrón lo suficientemente hábil como para engañar a los Chasch. Así pues, ¿qué piensas hacer?

Reith miró pensativamente hacia el gran domo blanco.

—Primero, un reconocimiento desde más cerca. Necesito mirar el interior de ese edificio. Porque lo que más deseo puede que no esté allí.

Anacho agitó la cabeza en un suave reproche.

—Hablas en acertijos. Primero declaras que tus artículos están ahí, luego que puede que no estén ahí después de todo.

Reith simplemente se echó a reír, aparentando una confianza mayor de la que sentía. Ahora que estaba cerca de Dadiche, y presumiblemente de la lanzadera, la tarea de recobrar su posesión parecía animadora.

—Creo que ya basta por hoy. Volvamos a Pera.

Cabalaron, botando y bamboleándose en los caballos saltadores, de regreso al camino, donde hicieron una pausa para observar a los carros que pasaban resonantes por su lado. Algunos iban propulsados a motor, otros por animales de tiro de lenta andadura. Los que iban a Dadiche llevaban alimentos: melones, cajas de aves muertas y desplumadas, balas de una especie de seda blanca tejida por los insectos de las marismas, redes llenas de purpúreas entrañas de animales.

—Esos carros entran en Dadiche —dijo Reith—. Iré con ellos. ¿Por qué debería haber alguna dificultad?

El Hombre-Dirdir agitó lúgubrementemente la cabeza.

—Los Chasch Azules son impredecibles. Puede que te encuentres de pronto realizando trucos para divertirlos. Trucos como caminar sobre inestables troncos encima de pozos llenos de inmundicias o escorpiones de ojos blancos. Y si mantienes el equilibrio, los Chasch calentarán los troncos, o harán pasar electricidad por ellos, de modo que saltes y hagas trucos desesperados. O quizá te encuentres dentro de un laberinto de cristal con un atormentado Phung. O puede que te venden los ojos y te metan en un anfiteatro con un ciclodón, también con los ojos vendados. O, si fueras un Dirdir o un Hombre-Dirdir, podrías ser puesto a resolver problemas lógicos para evitar desagradables castigos. Su ingeniosidad no tiene límites.

Reith frunció el ceño a la ciudad.

—¿Los hombres de los carros corren todos esos riesgos?

—Tienen permiso para ir y venir sin ser molestados, a menos que violen alguna ordenanza.

—Entonces iré como carrero.

Anacho asintió.

—La obvia estratagema. Sugiero que esta noche te desembaraces de todas tus ropas, te frotes concienzudamente con barro sucio, permanezcas un rato junto

al humo de huesos quemándose, caminos bastante sobre estiércol, y comas panibales, rampos y cosas ahumadas, todo lo cual permeará tu cuerpo con sus olores y eliminará la grasa de tu piel. Luego vístete de piel para afuera con ropas usadas de carrero. Y como última precaución, nunca pases junto a un Chasch Azul con el viento en su dirección, y contén el aliento allá donde uno de ellos pueda detectar el olor de tus dientes o tu respiración.

Reith consiguió esbozar una sonrisa que no tenía nada de alegre.

—El plan suena menos realizable a cada minuto que pasa. Pero no me importa morir. Tengo demasiadas responsabilidades. Como el devolver a la muchacha a Cath.

—¡Bah! —resopló Anacho—. Eres una víctima del sentimentalismo. Esa chica es una fuente de problemas, vanidosa y preocupada solamente por sí misma. ¡Abandónala a su destino!

—Si no fuera vanidosa, sospecharía que era estúpida —afirmó Reith con pasión.

Anacho se besó la punta de los dedos: un gesto de fervor mediterráneo.

—¡Cuando dices «belleza» debes referirte a las mujeres de mi raza! ¡Ah! ¡Criaturas elegantes, pálidas como la nieve, con sus cráneos desnudos relucientes como espejos! Tan próximas a los Dirdir que los propios Dirdir se sienten atraídos por ellas... A cada cual sus gustos. La muchacha de Cath nunca podrá ser otra cosa más que una fuente de tribulaciones. Esas mujeres arrastran consigo el desastre como una nube arrastra la lluvia; ¡piensa en las veces que has tenido que luchar por ella!

Reith se encogió de hombros y espoleó el caballo saltador para que se pusiera en movimiento; partieron hacia el este siguiendo la carretera, adentrándose en la estepa, hacia el montón de ruinas blanco grisáceas que era Pera.

A última hora de la tarde entraron en la arruinada ciudad. Devolvieron los caballos saltadores a los establos, cruzaron la plaza hasta la larga posada semisubterránea, con el bajo sol iluminando sus espaldas.

El salón principal estaba medio lleno de gente tomando una cena temprana. Ni Traz ni la Flor de Cath estaban allí, ni tampoco en el pequeño cubículo de su habitación en el segundo piso. Reith regresó abajo y buscó al posadero.

—¿Dónde están mi amigos, el joven y la muchacha de Cath? No los

encuentro por aquí.

El posadero exhibió un rostro compungido, miró hacia todas partes excepto a los ojos de Reith.

—Tendrías que saber dónde está; ¿cómo podría estar en otro lugar? En cuanto al joven, se puso irrazonablemente furioso cuando vinieron a llevársela. Los Gnashters le abrieron la cabeza y se lo llevaron consigo a rastras para ser colgado.

—¿Cuánto tiempo hace que ocurrió todo esto? —preguntó Reith, con una voz precisa y controlada.

—No hace mucho. Aún debe estar pataleando. El chico fue un estúpido. Una muchacha como ésa es una flagrante provocación; no tenía derecho a defenderla.

—¿Se llevaron la muchacha a la torre?

—Eso supongo. ¿Pero a mí qué me importa? Naga Goho hace lo que quiere; suyo es el poder en Pera.

Reith regresó junto a Anacho, le tendió su bolsa, reteniendo solamente sus armas.

—Cuida de mis pertenencias. Si no vuelvo, consérvalas.

—¿Tienes intención de correr algún nuevo peligro? —preguntó Anacho, con sorpresa y desaprobación—. ¿Qué hay de tu objetivo?

—Puede esperar —dijo Reith, corriendo ya hacia la ciudadela.

9

La luz del sol poniente brillaba aún en las plataformas de piedra y bloques de monta que rodeaban el patíbulo. Los colores contenían esa curiosa plenitud de todos los colores en Tschai: incluso los marrones y grises, los opacos ocres, los sienas de todos aquellos que habían acudido a ver la ejecución impartían una sensación de rica esencia. Las chaquetillas rojo oscuro de los Gnashters resplandecían intensamente; eran seis. Dos estaban junto a la cuerda del patíbulo; dos sostenían a Traz, que permanecía de pie sobre inseguras piernas, la cabeza baja, un hilillo de sangre descendiendo por su frente. Uno estaba negligentemente recostado contra un poste, la mano apoyada en el disparador de su catapulta; el último estaba dirigiéndose a un apático grupo reunido ante el patíbulo.

—¡Por orden de Naga Goho, este furioso criminal que se ha atrevido a usar la violencia contra los Gnashters debe ser colgado!

El nudo fue colocado ceremoniosamente en torno al cuello de Traz. Éste alzó la cabeza, lanzó una vidriosa mirada a la gente reunida ante él. Si vio a Reith, no hizo el menor signo de haberle reconocido.

—¡Qué el incidente y sus consecuencias enseñen obediencia a todos!

Reith se dirigió hacia un lado del patíbulo. No había tiempo para melindres ni delicadezas... si de hecho esas cosas habían existido alguna vez en Tschai. Los Gnashters junto a la cuerda lo vieron acercarse, pero su actitud era tan casual que no le prestaron la menor atención y se volvieron esperando la señal. Reith deslizó el cuchillo buscando el corazón del primero, que dejó escapar un ronco croar de sorpresa. El segundo volvió la vista; Reith cortó su garganta de un tajo, luego lanzó el cuchillo hendiendo la frente del Gnashter que permanecía de pie junto al poste. En un instante los seis se habían convertido en tres. Reith saltó hacia delante con la espada en la mano y derribó al hombre que había

hecho la proclama, pero ahora los dos que sujetaban a Traz, sacando sus hojas, se lanzaron contra Reith, rugiendo su ultraje. Reith retrocedió, apuntó su catapulta Emblema, derribó al primero; el segundo, ahora el único superviviente de los seis, se detuvo en seco. Reith lo atacó, arrancó la espada de su mano, lo derribó con un golpe en la sien. Liberó el nudo del cuello de Traz, lo pasó por el cuello del caído Gnashter, lo cerró, señaló a dos de los hombres que había delante del grupo de fascinados espectadores.

—Vosotros, tirad; tirad de la cuerda. Vamos a colgar al Gnashter, no al joven. —Al ver que dudaban, gritó—: ¡Tirad os digo; obedecedme! ¡Vamos a mostrarle a Naga Goho quién gobierna en Pera! ¡Arriba con el Gnashter!

Los hombres saltaron hacia la cuerda; el Gnashter fue izado en el aire, pateando y agitando los brazos. Reith corrió hacia la grúa. Desató la cuerda que mantenía suspendida la jaula, la bajó al suelo, abrió la tapa superior. El desgraciado que había en su interior, agazapado en el angosto espacio, alzó la vista con temerosa expectación, luego con una imposible esperanza. Intentó levantarse, pero estaba demasiado débil. Reith se inclinó y lo ayudó. Hizo una seña a los dos hombres que habían tirado de la cuerda.

—Tomad a este hombre y al joven y llevadlos a la posada; ved que cuiden de ellos. Ya no necesitáis temer más a los Gnashters. Tomad las armas de los hombres muertos; ¡si aparecen más Gnashters, matadlos! ¿Habéis comprendido? ¡Ya no hará más Gnashters en Pera, no más impuestos, no más ahorcamientos, no más Naga Goho!

Desconfiadamente, los hombres tomaron las armas, luego se volvieron para mirar hacia la ciudadela.

Reith aguardó solamente el tiempo suficiente para ver cómo Traz y el hombre de la jaula eran llevados hacia la posada, luego se volvió y echó a correr colina arriba hacia el palacio provisional de Naga Goho.

Un muro de cascotes apilados bloqueaba el camino, cerrando una especie de patio. Había una docena de Gnashters sentados en largas mesas, bebiendo cerveza y comiendo aves asadas en largos espetones. Reith miró a derecha e izquierda, luego se deslizó a lo largo del muro.

La ladera de la colina se convertía bruscamente en un precipicio; Reith se apretó contra la pared, aferrándose a las protuberancias y huecos entre los bloques. Llegó a una abertura: una ventana cruzada por barras de hierro. Miró cautelosamente dentro, sin ver otra cosa más que oscuridad. Más adelante había otra ventana más grande, pero el camino hasta allí era peligroso, sobre un

precipicio de más de veinte metros. Reith dudó, luego siguió avanzando, moviéndose con una dolorosa lentitud, colgado de los irregulares bordes y huecos con las puntas de sus dedos. Era casi invisible a la declinante luz del atardecer, apenas una mancha en el muro. Abajo se extendía la vieja Pera, con sus amarillentas luces empezando a parpadear entre las ruinas. Reith alcanzó la ventana, que estaba protegida por un enrejado de juncos trenzados. Miró a su través: era un dormitorio. En una cama había la silueta de alguien durmiendo... una mujer. ¿Durmiendo? Escrutó en la penumbra. Las manos estaban alzadas como en súplica, las piernas muy abiertas, el cuerpo completamente inmóvil. La mujer estaba muerta.

Reith arrancó la reja, penetró en la estancia. La mujer había sido golpeada en la cabeza y luego estrangulada; su boca estaba abierta, su lengua asomaba grotescamente hinchada. Viva debía haber sido agraciada, o al menos eso conjeturó Reith. Muerta, era una deprimente visión.

Llegó hasta la puerta en tres largas zancadas, miró a un jardín interior. De un porche al otro lado llegaba un murmullo de voces.

Reith se deslizó por el patio interior, miró desde el porche a una especie de comedor adornado con tapices amarillos, rojos y negros. El suelo estaba cubierto por alfombras; el mobiliario consistía en pesadas sillas, una mesa de madera ennegrecida por la edad. Bajo un gran candelabro que arrojaba una luz amarillenta estaba sentado Naga Goho, cenando, con una espléndida capa de piel echada hacia atrás sobre sus hombros. Al otro lado de la habitación estaba sentada la Flor de Cath, con la cabeza baja, el pelo caído sobre su rostro. Tenía las manos unidas sobre su regazo; Reith vio que sus muñecas estaban atadas con tiras de cuero. Naga Goho comía con una exagerada delicadeza, llevándose los trozos a su boca con un estudiado gesto de sus dedos índice y pulgar. Hablaba mientras comía, y al tiempo que hablaba esgrimía un látigo corto en un gesto de siniestra diversión.

La Flor permanecía sentada inmóvil, sin alzar en ningún momento los ojos de su regazo. Reith observó y escuchó por unos instantes, una parte de él tan inexorablemente obcecada como un tiburón, otra asqueada y horrorizada, otra más sardónicamente divertida ante la grotesca sorpresa que le aguardaba a Naga Goho.

Se deslizó silenciosamente dentro de la habitación. Ylin-Ylan alzó la vista, el rostro completamente inexpresivo. Reith le hizo una seña para que guardara

silencio, pero Naga Goho captó algo en los ojos de la muchacha y se volvió en su silla. Saltó en pie, la capa de piel resbaló de sus hombros y cayó al suelo.

—¡Hey! —exclamó, sorprendido—. ¡Una rata en el palacio! —Corrió en busca de su espada, que colgaba en su funda del respaldo de la silla; Reith llegó primero y, sin dignarse a extraer su propia hoja, golpeó a Naga Goho con su puño y lo envió, brazos y piernas abiertos, sobre la mesa. Naga Goho, un hombre fuerte y rápido, dio un brusco giro y estuvo de nuevo en pie. Reith saltó tras él. Y entonces se dio cuenta de que Naga Goho era tan experto en la lucha cuerpo a cuerpo al estilo de Tschai como Reith lo era en las intrincadas técnicas de la Tierra. Para confundir a Naga Goho, Reith empezó a lanzarle ganchos de izquierda al rostro. Cuando Naga Goho intentó sujetar el brazo izquierdo de Reith, para intentar derribarle o rompérselo, éste dio un paso adelante y golpeó a su contrincante en el cuello y rostro. Naga Goho, desesperado, intentó una terrible patada, pero Reith estaba preparado; agarrando su pie, tiró hacia arriba, lo retorció y lo empujó con la intención de romperle el tobillo. Naga Goho cayó de espaldas. Reith lanzó una patada a su cabeza, y un instante más tarde Naga Goho yacía tendido con los brazos atados a la espalda y un trapo metido en la boca.

Reith liberó a Ylin-Ylan, que cerró los ojos. Estaba tan pálida, tan exhausta, que Reith pensó que iba a desvanecerse. Pero se mantuvo en pie, limitándose a reclinarsse sollozando contra el pecho de Reith. Éste la abrazó por unos instantes, acariciando su cabeza; luego dijo:

—Tenemos que salir de aquí. Hasta ahora hemos tenido buena suerte; puede que no dure. Hay una docena o más de sus hombres abajo.

Reith ató una cuerda en torno al cuello de Naga Goho y tiró secamente.

—En pie; rápido.

Naga Goho siguió tendido, mirándole furioso, produciendo irritados sonidos a través de su mordaza. Reith tomó el látigo y azotó la mejilla del hombre.

—En pie. —Tiró de la cuerda. El jefe prisionero se puso en pie.

Con Naga Goho cojeando dolorosamente, cruzaron un pasillo iluminado por una humeante antorcha, y penetraron en el patio donde los Gnashters permanecían sentados ante sus jarras de cerveza. Reith tendió la cuerda a la Flor.

—Sigue caminando. No te apresures. No prestes atención a los hombres. Conduce a Goho camino abajo.

Ylin-Ylan, tomando la cuerda, caminó cruzando el camino, tirando de Naga Goho. Los Gnashters se volvieron en sus bancos, contemplando incrédulos.

Naga Goho produjo urgentes y roncosp sonidos; los Gnashters se pusieron vacilantes en pie. Uno de ellos avanzó lentamente unos pasos. Reith surgió al patio esgrimiendo la catapulta.

—Atrás; a vuestros asientos.

Mientras dudaban, se deslizó cruzando el patio. Ylin-Ylan y Naga Goho estaban empezando a bajar la colina. Reith dijo a los Gnashters:

—Naga Goho está acabado. Vosotros también. Cuando bajéis la colina, será mejor que dejéis atrás vuestras armas. —Se hundió en la oscuridad—. No vengáis tras nosotros. —Aguardó. De arriba llegó un furioso balbuceo de conversaciones. Dos de los Gnashters avanzaron hacia la abertura. Reith apareció en ella, derribó al primero con la catapulta, retrocedió de nuevo a la oscuridad. Dentro del patio, mientras Reith colocaba una nueva flecha en la canal, se produjo un absoluto silencio. Reith miró. Todos permanecían en el extremo más alejado del patio, contemplando el cadáver de su compañero. Reith se volvió, echó a correr sendero abajo, donde la Flor se debatía por controlar a Naga Goho, que tiraba de la cuerda de su cuello, intentando atraerla para poder caer sobre ella, quizá conseguir que perdiera el sentido. Reith agarró la cuerda y arrastró a buen paso a Naga Goho, tambaleándose y cojeando, hacia el pie de la colina.

Az y Braz cabalgaban por el cielo oriental; los blancos bloques de la vieja Pera parecían resplandecer con una tenue luz interior.

En la plaza se había reunido toda una multitud, atraída por los rumores y las alocadas noticias, preparada para huir entre las ruinas en caso de que los Gnashters bajaran del palacio con intenciones agresivas. Al ver solamente a Reith, la muchacha y el cojeante Naga Goho, lanzaron exclamaciones de sorpresa y se acercaron paso a paso.

Reith se detuvo, contempló el círculo de rostros, pálidos a la luz de la luna. Dio un tirón a la cuerda, sonrió a la multitud.

—Bien, aquí tenéis a Naga Goho. Ya no es el jefe. Ha cometido un crimen de más. ¿Qué debemos hacer con él?

La multitud se agitó inquieta, con la vista clavada primero en el palacio, luego en Reith y Naga Goho, que permanecía de pie mirándoles con ojos llameantes, prometiendo una terrible venganza. Una voz de mujer, baja, ronca, temblorosa de rabia, dijo:

—Desollémoslo. Desollemos a la maldita bestia.

—Empalémoslo —murmuró un hombre viejo—. Él empaló a mi hijo:

¡dejemos que sienta el palo en su carne!

—¡Las llamas! —chilló otra voz—. ¡Asémoslo a fuego lento!

—Nadie pide clemencia —observó Reith. Se volvió a Naga Goho—. Tu tiempo ha llegado. —Le quitó la mordaza—. ¿Tienes algo que decir?

Naga Goho no consiguió encontrar palabras, limitándose a emitir extraños sonidos ahogados desde la parte de atrás de su boca.

—Concedámosle un fin rápido... aunque probablemente se merezca algo peor —dijo Reith a la multitud—. Tú... tú... tú. —Señaló—. Bajad al Gnashter. Esta cuerda servirá para Naga Goho.

Cinco minutos más tarde, con la oscura forma pateando aún a la luz de la luna, Reith se dirigió a la multitud:

—Soy un recién llegado a Pera. Pero me resulta claro, como debe resultaros claro a vosotros, que la ciudad necesita un gobierno responsable. ¡Contemplad cómo Naga Goho y un puñado de matones brutalizaron a toda la ciudad! ¡Sois hombres! ¿Por qué actuar como animales? Mañana debéis reuniros para seleccionar a cinco hombres experimentados para vuestro Consejo de Ancianos. Dejadles que elijan a un jefe para que gobierne durante, digamos, un año, sometido a la aprobación del consejo, el cual será quien juzgará a los criminales e impondrá las penas. Luego deberéis organizar una milicia, una tropa de guerreros armados para luchar contra los Chasch Verdes, quizá perseguirles y destruirles. ¡Somos hombres! ¡No lo olvidéis nunca! —Miró hacia la ciudadela—. Diez u once Gnashters siguen aún en el palacio. Mañana vuestro Consejo puede decidir qué hacer con ellos. Es posible que intenten escapar. Sugiero que sea apostada una guardia: veinte hombres a lo largo del sendero deberían ser suficientes. —Reith señaló a un hombre alto con una negra barba—. Tú pareces robusto. Ocúpate de ello. Quedas nombrado capitán. Elige dos docenas de hombres, o más, y monta la guardia. Ahora tengo que ir a ver a mi amigo.

Reith y la Flor echaron a andar hacia la Posada de la Estepa Muerta. Mientras se alejaban oyeron al hombre de la barba negra decir:

—Muy bien; durante muchos meses hemos estado actuando como unos pusilánimes. Ahora vamos a hacerlo mejor. Veinte hombres con armas: ¿quién da un paso adelante? Naga Goho escapó simplemente ahorcado; démosles a los Gnashters algo mejor...

Ylin-Ylan tomó la mano de Reith y la besó.

—Gracias, Adam Reith.

Reith rodeó su cintura con un brazo; ella se detuvo, se reclinó contra él, y de

nuevo empezó a sollozar, de simple cansancio y agotamiento nervioso. Reith besó su frente; luego, cuando ella alzó el rostro, su boca, pese a todas sus buenas intenciones.

Finalmente llegaron a la posada. Traz estaba dormido en una habitación. A su lado estaba sentado Anacho, el Hombre-Dirdir. Reith preguntó:

—¿Cómo se encuentra?

—Bastante bien —dijo Anacho con voz áspera—. He lavado su cabeza. Sólo es una herida, no hay fractura. Estará en pie mañana.

Reith regresó al salón principal. La Flor de Cath no se veía por ninguna parte. Reith comió pensativamente un bol de estofado y subió a la habitación en el segundo piso, donde la encontró aguardándole.

—Todavía tengo mi último nombre —dijo ella—, mi nombre más secreto, para decírselo solamente a mi amante. Si te acercas más...

Reith se inclinó ligeramente, y ella le susurró el nombre en su oído.

10

A la mañana siguiente Reith visitó el depósito de transporte en el extremo sur de la ciudad: un lugar de plataformas y cajas donde se amontonaban los productos de la región. Los carros iban de un lado para otro en las zonas de carga, los conductores maldecían y sudaban buscando las mejores posiciones, despreciando el polvo, los olores, las protestas de los animales, las quejas de los cazadores y los agricultores cuyas mercancías se veían constantemente amenazadas por los tambaleantes carros.

Algunos de los carros llevaban dos conductores, o un conductor y un ayudante; otros eran manejados por un solo hombre. Reith se acercó a uno de esos últimos.

—¿Vas hoy a Dadiche?

El carrero, un hombre bajo y delgado con unos ojos negros en un rostro que parecía todo él nariz y estrecha frente, agitó la cabeza, suspicaz.

—Ajá.

—Cuando llegas a Dadiche, ¿cuál es el procedimiento?

—Para empezar, no voy a llegar nunca si pierdo el tiempo hablando.

—No te preocupes; te *pagaré* lo que valga tu charla. ¿Qué es lo que haces?

—Conduzco hasta el muelle de descarga; los descargadores vacían el carro; el encargado me entrega el recibo; paso la barrera y recibo los sequins o un vale, según cobre en dinero o en carga. Si he de recibir carga, tomo mi vale y lo llevé a la fábrica o al almacén correspondiente, cargo, y luego emprendo el camino de vuelta a Pera.

—Así pues... ¿no hay restricciones respecto a los lugares donde puedes ir dentro de Dadiche?

—Por supuesto que hay restricciones. No les gusta ver los carros a lo largo de la orilla del río, entre los jardines. No desean ver a la gente al sur de la

ciudad, cerca de la pista de carreras, donde grupos de Dirdir tiran de sus carros, o al menos eso se dice.

—En todos los demás lugares, ¿no hay regulaciones?

El conductor miró de reojo a Reith por encima del impresionante pico de su nariz.

—¿Por qué haces estas preguntas?

—Quiero ir contigo a Dadiche y volver.

—Imposible. No tienes licencia.

—Tú me proporcionarás esa licencia.

—Entiendo. Supongo que estarás dispuesto a pagar.

—Una suma razonable. ¿Cuánto vas a pedir?

—Diez sequins. Otros cinco sequins por la licencia.

—¡Demasiado! Diez sequins por todo, o doce si conduces hasta donde yo te diga.

—¡Bah! ¿Me tomas por un estúpido? ¡Igual me pides que te conduzca hasta la península de Fargon!

—No hay ningún peligro de ello. Muy poca distancia dentro de Dadiche, la suficiente para ir a echarle una ojeada a algo que me interesa.

—Hecho por quince sequins; ni un céntimo menos.

—Oh, muy bien —dijo Reith—. Pero me proporcionarás ropa de carrero.

—De acuerdo, y te daré también unas cuantas instrucciones: no laves nada de metal que hayas llevado antes; retiene un aroma que los alarma. Tira todas tus ropas, frótate con barro y sécate con hojas de annel, y mastica annel para disimular tu aliento. Y tienes que hacer todo esto inmediatamente, porque cargo y parto dentro de media hora.

Reith hizo todo lo indicado, aunque su piel empezó a hormiguearle al pegajoso contacto de las viejas y bastas ropas del conductor y el sombrero de paja y fieltro. Emmink, como dijo llamarse el carrero, lo registró para asegurarse de que Reith no llevaba armas, las cuales estaban prohibidas dentro de la ciudad. Clavó con un imperdible una placa de cristal blanco en el hombro de Reith.

—Esto es la licencia. Cuando pases la puerta, di tu número, así: «¡Ochenta-y-seis!». Luego no digas nada más, y no bajes del carro. Si te huelen como un extraño no podré hacer nada por ayudarte, así que no me mires.

Reith, ya intranquilo, no se sintió muy animado con esas observaciones.

El carro emprendió el camino hacia el oeste, en dirección a las grises colinas, llevando una carga de aves desplumadas, cuyos amarillos picos y abiertos ojos

mueritos se alternaban con las hileras de también amarillas patas, formando un esquema macabro.

Emmink era un hombre taciturno y poco comunicativo; no mostró el menor interés en los motivos de la visita de Reith, y Reith, tras algunos intentos de conversación, decidió guardar silencio.

El carro trepó camino arriba, con los generadores a torsión de cada una de sus ruedas gimiendo y zumbando. Penetraron en el paso que Emmink denominó puerto de Belbal, y ante ellos se abrió Dadiche: una escena de extraña y en cierto modo amenazadora belleza. La intranquilidad de Reith se hizo más intensa. Pese a sus sucias ropas, no tenía la impresión de parecerse a los demás conductores, y su única esperanza era oler como un carrero. ¿Y Emmink? ¿Podía confiarse en él? Reith lo estudió disimuladamente: un hombre pequeño y reseco, con una piel del color del cuero hervido, todo él nariz y frente estrecha, y una pequeña boca fruncida. Un hombre como Anacho, como Traz, como él, en último término derivado de la cepa de la Tierra, meditó Reith. ¡Qué diluida, qué tenue era ahora la esencia terrestre! Emmink se había convertido en un hombre de Tschai, con su alma condicionada por el paisaje de Tschai, por la luz ámbar del sol, por el cielo metálico, los suaves e intensos colores. Reith no confiaba en la lealtad de Emmink más allá de la longitud de su brazo, si es que podía confiar hasta tan lejos. Contemplando la extensión de Dadiche, preguntó:

—¿Dónde descargas lo que llevas?

Emmink tardó en responder, como si estuviera buscando alguna razón plausible para eludir la respuesta. A regañadientes, dijo:

—Allá donde consigo el mejor precio. Puede ser el Mercado del Norte o el Mercado del Río. Puede ser el Bazar Bonte.

—Entiendo —dijo Reith. Señaló hacia la gran estructura blanca que había localizado el día antes—. ¿Qué es ese edificio de ahí?

Emmink dejó que sus estrechos hombros se alzaran en un ligero movimiento de desinterés.

—No es asunto mío. Yo compro, transporto y vendo; más allá de eso no me preocupa nada.

—Entiendo... Bien, deseo ir un poco más allá de ese edificio.

Emmink lanzó un gruñido.

—Eso se aparta de mi ruta habitual.

—No me importa si lo hace. Para eso te pago.

Emmink gruñó de nuevo, y por un momento guardó silencio. Luego dijo:

—Primero al Mercado del Norte, para asegurar la venta de mis aves, luego al Bazar Bonte. Por el camino pasaré junto al edificio.

Descendieron la colina, cruzaron un terreno desnudo donde se amontonaban las basuras y los cascotes, luego penetraron en un jardín de plumosos arbustos verdes y moteadas cicadáceas blancas y negras. Ante ellos se alzaba el muro que rodeaba Dadiche, una estructura de diez metros de altura construida de un material sintético de aspecto lustroso. Los carros de Pera cruzaban por la puerta, sometándose al escrutinio de un grupo de Hombres-Chasch con pantalones púrpura, camisas verdes y altos sombreros cónicos de fieltro negro. Llevaban armas al costado y largas y finas varillas, que clavaban profundamente en las cargas de los nuevos carros.

—¿Cuál es la razón de esto? —preguntó Reith, mientras los Hombres-Chasch, no sin cierta complacencia, ensartaban una y otra vez la carga del carro que tenían delante.

—Así impiden que los Chasch Verdes puedan introducirse subrepticamente en la ciudad. Hace cuarenta años, un centenar de Chasch Verdes entraron en Dadiche ocultos en la carga; hubo una gran matanza antes de que todos los Chasch Verdes fueran muertos. ¡Oh, los Chasch Azules y los Chasch Verdes son mortales enemigos! ¡A los unos les encanta ver la sangre de los otros!

—¿Qué debo decir si me hacen alguna pregunta? —quiso saber Reith.

Emmink se encogió de hombros.

—Eso es asunto tuyo. Si me preguntan a mí, les diré que me has pagado para que te llevara a Dadiche. ¿Acaso no es la verdad? Entonces tú deberás decir tu verdad, si te atreves... Grita tu número cuando yo grite el mío.

Reith le dedicó una hosca sonrisa pero no dijo nada.

El camino estaba despejado; Emmink condujo cruzando el portal y se detuvo encima de un triángulo rojo.

—¡Cuarenta-y-cinco! —gritó.

—¡Ochenta-y-seis! —gritó Reith.

Los Hombres Chasch avanzaron unos pasos, clavaron sus varillas en el amontonamiento de aves desplumadas, mientras otro daba la vuelta el torno al carro: un hombre fornido de arqueadas piernas y rasgos hundidos en el centro de su rostro, tan carente de barbilla como Emmink pero con una pequeña nariz en forma de botón y una frente baja que parecía más grotesca aún con el falso cráneo que se alzaba formando un cono hasta unos cinco centímetros o más por encima de su cráneo normal. Su piel era correosa, y teñida de azul por algo que

podía ser un cosmético. Sus dedos eran cortos y rollizos, sus pies anchos. En opinión de Reith se desviaba de la forma humana, tal como él la conocía, considerablemente más que Anacho el Hombre-Dirdir. El guardia miró indiferente a Emmink y Reith, retrocedió unos pasos, e hizo un gesto con el brazo. Emmink empujó hacia delante la palanca de la marcha y el carro avanzó hacia una amplia avenida. Emmink se volvió hacia Reith con una ácida sonrisa.

—Has tenido suerte de que ninguno de los capitanes Chasch Azules estuviera a mano. Hubieran olido tu sudor. Casi yo puedo olerlo. Cuando un hombre tiene miedo, suda. Si quieres pasar por un carrero, necesitas más sangre fría.

—Eso es pedir mucho —dijo Reith—. Haré lo que pueda.

El carro penetró en Dadiche. Podían verse Chasch Azules en los jardines, podando árboles, retirando piedras, moviéndose suavemente en las sombras que rodeaban sus villas de redondos techos. Ocasionalmente Reith captó olores de un jardín o una artesa: emanaciones ácidas, pungentes, especiadas, aromas de ámbar quemado, jarabe de musgo, fermentos anómalos, inquietantes en su elusividad: ¿eran repulsivos o exquisitamente deliciosos?

El camino proseguía entre las villas durante un par de kilómetros o tres. Los Chasch Azules no se preocupaban demasiado por lo que Reith consideraba una preocupación normal por la intimidad; y sus villas parecían espaciadas sin ninguna planificación a lo largo del camino. Ocasionalmente podían verse Hombres-Chasch y Mujeres-Chasch dedicados a labores humildes; Reith apenas pudo ver a Hombres-Chasch en compañía de Chasch Azules; siempre trabajaban separadamente, y cuando por azar debían permanecer juntos físicamente, cada uno ignoraba al otro como si no existiera.

Emmink no hizo ningún comentario ni observación. Reith expresó su sorpresa ante la aparente indiferencia de los Chasch Azules respecto a los carros. Emmink lanzó un bufido de ácido regocijo.

—¡No te dejes engañar! Si los consideras despreocupados respecto a los carros, ¡simplemente salta de uno de ellos y camina al interior de una de las villas! Te verás ensartado en menos de un parpadeo y llevado a uno de sus gimnasios antes de que te des cuenta para demostrarte algunos de sus juegos. ¡Oh, son astutos, astutos, astutos! ¡Tan crueles como burlones! ¡Despiadados y perversos! ¿Has oído hablar del truco que le hicieron al pobre Phosfer Ajan el carrero? Bajó de su carro para cumplir con una imperiosa necesidad de la naturaleza: una loca estupidez, por supuesto. ¿Qué podía esperar excepto

resentimiento? De modo que Phosfer Ajan, con los pies atados, fue colocado en un depósito lleno de pútridas inmundicias que le llegaban hasta la barbilla. En el fondo había una válvula. Cuando la porquería se volvía demasiado caliente, Phosfer Ajan tenía que zambullirse hasta el fondo y cerrar la válvula, tras lo cual la hediondez empezaba a enfriarse terriblemente, y Phosfer tenía que zambullirse y volver a abrirla, y así sucesivamente, mientras la porquería que lo rodeaba lo helaba y lo hacía arder alternativamente. Sin embargo, aguantó; se zambulló y se zambulló estoicamente, y al cuarto día le permitieron regresar a su carro a fin de que pudiera llevar su relato a Pera. Como puedes suponer, adaptan sus juegos a cada ocasión, y en conjunto constituyen el grupo de humoristas más llenos de recursos que jamás se haya conocido. —Emmink volvió a Reith una calculadora mirada—. ¿Qué problemas planeas causarles? Puedo predecir con bastante exactitud la forma en que van a responder.

—No pretendo causarles ningún problema —dijo Reith—. Simplemente me siento curioso, y quiero conocer cómo viven los Chasch Azules.

—Viven como unos jocosos maníacos, desde el punto de vista de aquellos que pretenden irritarlos. He oído que una de sus diversiones favoritas consiste en hacerles travesuras a un robusto Chasch Verde y a un Phung emplumado, juntos, por supuesto. Luego, si tienen la suerte de capturar a un Dirdir y a un Pnume, les obligan a representar vulgares farsas antiguas. Todo ello en bien de la diversión, por supuesto; lo que más odian los Chasch Azules es el aburrimiento.

—Me pregunto por qué al final todo eso no desemboca en una buena guerra —meditó Reith—. ¿Acaso los Dirdir no son mucho más poderosos que los Chasch Azules?

—Por supuesto que lo son; y sus ciudades son enormes, o al menos eso he oído. Pero los Chasch poseen torpedos y minas listos para destruir todas las ciudades Dirdir en caso de ataque. Es una situación común: cada uno es lo suficientemente fuerte como para eliminar al otro; en consecuencia, ninguno de los dos se atreve a ir más lejos de pequeñas bromas sin importancia... Oh, bueno, mientras ellos me ignoren a mí, yo voy a hacer lo mismo con ellos... Ahí delante está el Mercado del Norte. Observa que los Chasch Azules están aquí por todas partes. Les gusta regatear, aunque prefieren engañar. Debes guardar silencio. No hagas ninguna señal, no asientas ni te agites. De otro modo proclamarán que les he vendido a un precio que les ha arruinado.

Emmink dirigió su carro a una zona abierta protegida por un enorme parasol. Entonces empezó el más frenético de los regateos que Reith hubiera visto nunca.

Un Chasch Azul se acercó, examinó los cuerpos de las aves y croó una oferta, que Emmink declinó con un ultrajado grito. Durante algunos minutos se lanzaron insultos el uno al otro, no ahorrándose ninguna palabra, hasta que finalmente el Chasch Azul hizo un furioso gesto de disgusto y fue a buscar sus aves a otro carro.

Emmink lanzó a Reith un guiño malicioso.

—De tanto en tanto mantengo el precio alto, solamente para excitar a los Azules. Así descubro también a qué nivel se fijarán los precios de venta. Ahora probaremos el Bazar Bonte.

Reith fue a recordarle a Emmink lo del enorme edificio ovalado, luego se lo pensó mejor. El listo Emmink no había olvidado nada. Hizo dar la vuelta al carro, condujo a lo largo de un camino que avanzaba hacia el sur medio kilómetro tierra adentro a partir del río, con jardines y villas entre medio. A la izquierda había pequeños domos y cobertizos entre árboles de disperso follaje, zonas de tierra donde jugaban niños pequeños: los hogares de los Hombres-Chasch. Emmink dijo, lanzando una ojeada a Reith:

—Aquí está el principio de los Chasch Azules; o al menos así me fue explicado por un Hombre-Chasch con cuidadosos detalles.

—¿Cómo?

—Los Hombres-Chasch creen que en cada uno de ellos crece un homúnculo que se desarrolla a lo largo de su vida y es liberado después de su muerte, para convertirse en un Chasch completo. Eso al menos es lo que enseñan los Chasch Azules; ¿no es grotesco?

—Ésa es mi opinión —respondió Reith—. ¿Acaso los Hombres-Chasch no han visto nunca cadáveres humanos? ¿O niños Chasch Azules?

—Sin duda. Pero proporcionan explicaciones para cada discrepancia y desacuerdo. Esto es lo que desean creer: ¿de qué otro modo pueden justificar su servilismo a los Chasch?

Emmink quizá fuera un individuo mucho más profundo de lo que sugería su apariencia, pensó Reith.

—¿Creen también que los Dirdir se originan de los Hombres-Dirdir? ¿O los Wannek de los Hombres-Wannek?

—Es probable que lo crean. —Emmink se encogió de hombros—. Quizá sí... Ahora mira: ahí delante está tu edificio.

El amontonamiento de viviendas de los Hombres-Chasch había quedado atrás, oculto por una cortina de árboles verde pálido con enormes flores

amarronadas. El carro estaba rodeando el núcleo central de la ciudad.

Junto a una avenida había edificios públicos o administrativos, sostenidos por esbeltos arcos, con techos formando las más distintas curvas. En el lado opuesto se alzaba la gran estructura que contenía la nave espacial, o eso creía Reith. Era tan grande como un campo de fútbol, con bajas paredes y un enorme techo semiesférico; un *tour de force* arquitectónico, desde todos los ángulos.

La función del edificio no era evidente. Había pocas entradas, y ninguna abertura grande ni facilidades para el transporte pesado. Reith decidió finalmente que estaban avanzando a lo largo de la parte trasera del edificio.

En el Bazar Bonte, Emmink vendió sus aves en una atmósfera de furioso regateo, mientras Reith se mantenía a un lado y contra el viento ante los compradores Chasch Azules.

Emmink no se mostró totalmente complacido con la transacción. Al volver al carro tras la descarga, gruñó:

—Hubiera debido conseguir otros veinte sequins; las aves eran de primera. ¿Pero cómo demonios hacerle comprender eso al Azul? Estaba observándote e intentando olerte, la forma en que te mantenías con la cabeza baja e intentabas pasar desapercibido despertaría sospechas incluso en una vieja Mujer-Chasch. En justicia, tienes que reembolsarme de esta pérdida.

—Me cuesta creer que consiguiera engañarte —dijo Reith—. Vamos; regresemos.

—¿Y mis veinte sequins de pérdida?

—Olvídalos; son imaginarios. Mira; los Azules están observándonos.

Emmink subió apresuradamente al asiento del conductor y puso en marcha el carro. Al parecer por pura perversidad, empezó a regresar por el mismo camino por el que había venido. Reith dijo severamente:

—Conduce por el camino del este, ante la parte frontal del gran edificio; ¡no más trucos!

—Siempre he ido por el oeste —se quejó Emmink—. ¿Por qué debería cambiar ahora?

—Si sabes lo que es mejor para ti...

—¡Ja!, ¿amenazas? ¿En medio de Dadiche? ¿Cuándo todo lo que necesito es hacerle señas a un Azul...?

—Sería la última seña que hicieras en tu vida.

—¿Qué hay de mis veinte sequins?

—Ya has conseguido quince de mí, además de tu beneficio. ¡Ya basta con

tus quejas! Conduce tal como te digo o te retorceré el pescuezo.

Gimiendo, protestando, lanzando rencorosas miradas de soslayo, Emmink obedeció.

El edificio blanco se erguía ante ellos. El camino avanzaba paralelo a la parte frontal a una distancia de setenta y cinco metros, con una franja de jardín intermedia. Un camino de acceso se desviaba de la avenida principal y avanzaba hasta el edificio, rodeándolo. Conducir por el camino del acceso los hubiera hecho extremadamente sospechosos, de modo que prosiguieron por la avenida principal en compañía de los otros carros y carromatos y unos cuantos vehículos más pequeños conducidos por Chasch Azules. Reith miraba ansiosamente a la fachada. Tres enormes puertas rompían la uniformidad de la pared delantera. La de la izquierda y la del centro estaban cerradas; la de la derecha estaba abierta de par en par. Cuando pasaron por delante Reith miró a su interior y pudo ver la enorme maquinaria, el resplandor del metal al rojo, el casco de una plataforma similar a la que había alzado la lanzadera del pantano.

Reith se volvió a Emmink.

—¡Este edificio es una factoría donde construyen las aeronaves y las espacionaves!

—Sí, por supuesto —gruñó Emmink.

—Te lo pregunté; ¿por qué no me lo dijiste?

—No me pagaste para darte información. No doy nada por nada.

—Da una vuelta al edificio.

—Tendré que cobrarte cinco sequins extra.

—Dos. Y ninguna queja, o te haré saltar los dientes.

Maldiciendo para sí mismo, Emmink hizo que el carro diera otra vuelta a la factoría. Reith preguntó:

—¿Has visto alguna vez lo que hay dentro de las puertas del centro o de la izquierda del edificio?

—Oh, sí; varias veces.

—¿Qué es lo que hay?

—¿Cuánto vale esa información?

—No mucho. Tendré que verlo por mí mismo.

—¿Un sequin?

Reith asintió secamente.

—A veces los otros portales están abiertos de par en par. En el centro construyen secciones de espacionaves, que luego son sacadas y llevadas a otros

lugares para ser ensambladas. En la parte de la izquierda construyen espacionaves más pequeñas, cuando son necesitadas. Últimamente ha habido poco trabajo; a los Chasch Azules no les gusta el viaje espacial.

—¿Les has visto traer aquí naves espaciales para reparar? ¿Hace algunos meses?

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—La información te costará dinero —dijo Reith. Emmink mostró unos grandes dientes amarillos en una sonrisa de sardónica apreciación, y no dijo nada más.

Empezaron a pasar junto a la fachada delantera una segunda vez.

—Lentamente —ordenó Reith, puesto que Emmink había empujado la palanca de la velocidad fuertemente hacia delante y el destartado carro avanzaba a toda marcha por la avenida.

Emmink obedeció a regañadientes.

—Si vamos demasiado lentos pensarán que somos curiosos, y nos harán preguntas acerca de por qué miramos y tendemos nuestros cuellos.

Reith observó con atención a lo largo del camino adyacente al edificio, por el que caminaban algunos Chasch Azules y un número ligeramente superior de Hombres-Chasch.

—Salte del camino —dijo Reith a Emmink—. Para el carro uno o dos minutos.

Emmink inició su protesta habitual, pero Reith tiró hacia atrás de la palanca y el carro se detuvo. Emmink miró furioso a Reith, sin hablar.

—Baja —dijo Reith—. Revisa tus ruedas, o comprueba tu célula de energía. Haz algo que te mantenga ocupado. —Saltó al suelo, se quedó de pie mirando hacia la gran factoría, pues ésta parecía ser la naturaleza del edificio. El portal de la derecha estaba tentadoramente abierto. Tan cerca, y sin embargo tan lejos... ¡Si tan sólo se atreviera a cruzar los setenta y cinco metros que lo separaban del portal y mirar dentro!

¿Y luego qué? Supongamos que veía su lanzadera. Seguramente no se hallaría en condiciones operativas; había muchas posibilidades de que los técnicos Chasch Azules hubieran desmantelado al menos parcialmente el mecanismo. Deberían formar un asombrado grupo, pensó Reith. La tecnología, la ingeniería, todo el diseño en sí, deberían parecerles extraños y poco familiares. La presencia de un cuerpo humano aún los desconcertaría más. La situación no era en modo alguno halagüeña. La nave estaba posiblemente allí

dentro, en desmanteladas condiciones de no utilización. O tal vez no. Si estaba allí, no tenía ni la más remota idea de cómo entrar en posesión de ella. Si no estaba en el edificio, si lo único que había allí era el transcom de Paul Waunder, entonces debería revisar todos sus esquemas de pensamiento y hacer nuevos planes... Pero por el momento el primer paso era mirar dentro de la factoría. Parecía sencillo. Tan sólo necesitaba caminar setenta y cinco metros y echar una ojeada... pero no se atrevía. Si al menos llevara algún disfraz que pudiera engañar a los Chasch Azules... que le diera la apariencia de un Hombre-Chasch. Olvídalo, pensó Reith. Con sus rasgos, no se parecía a un Hombre-Chasch en absoluto.

Aquellas reflexiones le habían ocupado durante muy poco tiempo: apenas un minuto, pero Emmink estaba empezando a dar claras muestras de nerviosismo. Reith decidió pedir su consejo.

—Emmink, supongamos que desearas saber si un objeto determinado, por ejemplo una espacionave pequeña, está dentro de ese edificio. ¿Cómo te las arreglarías?

Emmink soltó un bufido.

—Nunca se me ocurriría tamaña insensatez. Volvería a ocupar mi lugar en el carro y me marcharía mientras aún conservaba mi salud y mi cordura.

—¿No puedes pensar en algún pretexto que pueda llevarnos al interior del edificio?

—Ninguno en absoluto. ¡Estás soñando!

—¿O un poco más cerca, pasado ese portal abierto?

—¡No, no! ¡Por supuesto que no!

Reith estudió anhelante el edificio y el portal abierto. Tan cerca, y sin embargo tan lejos... Se sintió furioso consigo mismo, con las intolerables circunstancias, con los Chasch Azules, con Emmink, con el planeta Tschai. Setenta y cinco metros: medio minuto a lo sumo. Dijo secamente a Emmink:

—Espera aquí. —Y echó a andar a largas zancadas cruzando la zona ajardinada.

Emmink lanzó una ronca llamada:

—¡Ven aquí, vuelve! ¿Estás loco?

Pero Reith se limitó a apresurar el paso. En el camino contiguo al edificio había algunos Hombres-Chasch, aparentemente trabajadores de la factoría, que no le prestaron la menor atención. Reith alcanzó el sendero. El portal abierto estaba a diez pasos de distancia. Tres Chasch Azules salieron por él. El corazón

de Reith empezó a latir fuertemente; sus manos estaban húmedas. Los Chasch Azules olerían su sudor; ¿iban a reconocerlo como el olor del miedo? Pareció como si, preocupados por sus propios asuntos, no le prestaran la más mínima atención. Con la cabeza baja, el sombrero de caída ala echado sobre su rostro, Reith pasó apresurado junto a ellos. Luego, cuando estaba tan sólo a siete metros del portal, los tres se volvieron en redondo como activados por el mismo estímulo. Uno de ellos habló con una voz glogloteante, formando las palabras con órganos que no tenían nada que ver con las cuerdas vocales.

—¡Hombre! ¿Adonde vas?

Reith se detuvo y respondió con la explicación que había pensado mientras cruzaba desde la avenida principal:

—Vengo a buscar la chatarra.

—¿Qué chatarra?

—Junto al portal, en una caja; al menos, eso me dijeron.

—¡Jah...! —Un sonido jadeante, que Reith fue incapaz de interpretar—. ¡No hay chatarra!

Uno de los otros murmuró suavemente algo, y los tres emitieron un silbido, el análogo para los Chasch Azules de la risa humana.

—Chatarra, ¿eh? No en la factoría. Allá: ¿ves ese otro edificio? ¡Allá está la chatarra!

—¡Gracias! —dijo Reith—. Pero echaré un vistazo. —Dio los últimos pasos que lo separaban del abierto portal, miró hacia un gran espacio lleno de murmurante maquinaria y que olía a aceite y metal y ozono. Cerca de él había los componentes de una plataforma en proceso de fabricación. Chasch Azules y Hombres-Chasch trabajaban conjuntamente, sin ninguna distinción obvia de casta. Por las paredes, como en cualquier fábrica o taller terrestre, había bancos, armarios para herramientas y estantes. En el centro podía verse una sección cilíndrica de lo que parecía ser una espacionave de mediano tamaño. Más allá, apenas visible, había una forma familiar: la lanzadera en la que Reith había llegado a Tschai.

No pudo detectar ningún daño en el casco. Si la maquinaria había sido desmantelada, no había ninguna evidencia de ello. Pero había una buena distancia entre él y la nave, y tan sólo tuvo tiempo de echarle una mirada rápida. Tras él los tres Chasch Azules seguían observándole, con sus enormes cabezas azules escamosas medio inclinadas, como si escucharan. En realidad, se dio

cuenta Reith, estaban oliéndole. Parecieron repentinamente excitados, repentinamente interesados, y empezaron a caminar lentamente hacia él.

—¡Hombre! —dijo uno de ellos, con su recia y extraña voz—. ¡Escucha! Vuelve aquí. Aquí no hay chatarra.

—Hueles a miedo de hombre —dijo otro—. Hueles a extrañas sustancias.

—Una enfermedad —respondió Reith.

—Hueles como un hombre vestido de forma extraña que encontramos junto a una extraña espacionave —dijo otro—; hay algo falso en ti.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó el tercero del grupo—. ¿Para quién espías?

—Para nadie; soy carrero, y debo regresar a Pera.

—Pera es un nido de espías; quizá haya llegado el momento de hacer una criba con su población.

—¿Dónde está tu carro? No habrás venido a pie.

Reith empezó a alejarse.

—Mi carro está ahí en la avenida. —Señaló, luego miró consternado. Emmink y el carro habían desaparecido. Se volvió a los tres Chasch Azules—. ¡Mi carro! ¡Me lo han robado! ¿Quién puede haberlo hecho? —Y con un gesto de apresurada despedida hacia los desconcertados Chasch, echó a correr por la zona ajardinada que separaba los dos caminos. Tras un macizo de algodonosas plantas blancas y plumas gris verdosas, se detuvo para echar una mirada atrás, y lo que vio no le tranquilizó en lo más mínimo. Uno de los Chasch Azules había echado a correr unos pocos pasos tras él, y estaba apuntando una especie de instrumento hacia todos lados por entre las plantas. Otro estaba hablando con gran urgencia por un micrófono de mano. El tercero se había dirigido al portal y estaba mirando hacia la lanzadera, como si quisiera comprobar su presencia.

—La he fastidiado —murmuró Reith para sí mismo—. He dejado que todo el asunto se me caiga encima. —Fue a seguir su camino, pero se detuvo un instante más para observar a un pelotón de Hombres-Chasch, con uniformes púrpuras y grises, avanzar por el camino contiguo a la factoría montados en largas motocicletas bajas. Los Chasch Azules les dieron tensas instrucciones, señalando hacia la zona ajardinada. Reith no aguardó más. Echó a correr hacia la avenida, y cuando un carro cargado con cestos vacíos pasó junto a él, saltó, se agarró a la parte trasera, se izó, y se arrastró detrás de una pila de cestos, sin llamar la atención a su conductor.

Tras él aparecieron media docena de motocicletas a gran velocidad. Pasaron

junto al carro con un furioso zumbido de propulsión eléctrica. ¿Para establecer un bloqueo? ¿O para reforzar a los guardias en las puertas principales?

Probablemente para ambas cosas, pensó Reith. La aventura, como había predicho Emmink, iba a terminar en un fracaso. Reith dudaba de que los Chasch Azules lo emplearan en sus infames juegos; probablemente preferirían extraerle información. ¿Y luego? En el mejor de los casos, la libertad de acción de Reith iba a verse anulada. En el peor de ellos... Pero no valía la pena pensar ahora en esas cosas. El carro estaba avanzando a buena velocidad, pero Reith sabía que no tenía ninguna posibilidad de cruzar la puerta. Cerca del Mercado del Norte, saltó al suelo, e inmediatamente buscó refugio tras una larga y baja estructura de poroso cemento blanco: un almacén o un cobertizo para guardar cosas. Puesto que desde allí no podía ver nada, trepó por la pared y se subió al techo. Desde allí podía ver toda la avenida principal hasta la puerta, y sus temores quedaron ampliamente justificados: un buen número de policías de seguridad con uniformes grises y púrpuras copaban el portal, inspeccionando con gran cuidado el tráfico. Si Reith quería salir de la ciudad tendría que elegir otra ruta. ¿El río? Para eso debería aguardar hasta la noche y entonces flotar corriente abajo sin ser visto. Pero Dadiche se extendía a lo largo de una treintena de kilómetros o más por la orilla del río, con otras villas y jardines de los Chasch Azules más allá. Además, Reith no sabía nada de las criaturas que moraban en el río. Si eran tan malignas como otras formas de la vida de Tschai, no deseaba saber nada de ellas.

Un débil zumbido atrajo la atención de Reith. Alzó la vista, y se sorprendió al ver un aerodeslizador, a no más de cien metros de distancia, avanzando lentamente por el aire. Los pasajeros eran Chasch Azules, y llevaban unos peculiares cascos que parecían enormes antenas insectoides. Reith estuvo seguro al principio de que había sido visto; luego estuvo seguro de que las antenas eran alguna especie de amplificadores olfativos: un equipo utilizado para rastrearle.

El aerodeslizador siguió avanzando sin cambiar de rumbo. Reith dejó escapar el aliento. Aparentemente, su aprensión había sido infundada. ¿Qué eran las altas antenas? ¿Atuendos ceremoniales? ¿Adornos? Puede que nunca llegue a saberlo, se dijo a sí mismo. Registró el cielo en busca de otros aerodeslizadores, pero no pudo ver ninguno. Alzándose de rodillas, miró de nuevo a su alrededor. Un poco a su izquierda, tras una pantalla de los omnipresentes árboles adarak, estaba el Mercado del Norte: altos parasoles de cemento, discos suspendidos, mamparas de cristal; figuras moviéndose en ropas negras, azul oscuro, rojo oscuro; escamas resplandeciendo con un azul metálico. La brisa, soplando del

norte, le traía un complicado aroma de especias, de materias vegetales, de carne cocida, fermentada, adobada, de levaduras y pasteles.

A la derecha estaban las viviendas de los Hombres-Chasch, esparcidas entre los jardines. Más allá, apoyado contra el muro, había un amplio edificio escudado por altos árboles negros. Si Reith podía trepar a la parte superior de ese edificio, tal vez pudiera saltar el muro. Miró hacia el cielo. El atardecer sería el mejor momento para aquella aventura; dentro de un par de horas o tres como máximo.

Reith descendió del techo y se detuvo un momento, pensando. Los Chasch Azules, tan sensibles a los olores; ¿no iban a ser capaces de rastrearle por su olor, como los perros? No era una teoría irrazonable, y si era así, no tenía tiempo que perder.

Encontró dos trozos cortos de madera, los ató a sus zapatos y, dando largas zancadas, se alejó cuidadosamente cruzando el jardín.

Llevaba caminados solamente cincuenta metros cuando oyó ruidos a sus espaldas, e instantáneamente se puso a cubierto. Mirando por entre los arbustos, vio que su suposición había sido no solamente exacta, sino oportuna. Junto al cobertizo aparecieron tres Hombres-Chasch, guardias de seguridad con sus uniformes púrpura y gris, con un par de Chasch Azules, uno de los cuales llevaba un detector conectado a un generador y de ahí a una máscara que cubría su orificio nasal. El Chasch Azul, paseando el detector por el suelo al extremo de su larga pértiga, olisqueaba sin dificultad las huellas de Reith. En la parte de atrás del edificio, el Chasch Azul pareció confuso, pero finalmente descubrió huellas de que Reith había subido al techo. Todos retrocedieron rápidamente, con la creencia aparente de que Reith seguía aún en el techo.

Desde su punto de observación a cincuenta metros de distancia, Reith no pudo reprimir una risita, preguntándose lo que pensarían los Chasch Azules cuando no descubrieran a Reith en el techo y no hallaran ninguna huella perceptible de su partida. Luego, aún sobre sus protecciones de madera, siguió cruzando los jardines hacia el muro.

Se acercó con grandes precauciones hacia el gran edificio y se detuvo tras un alto árbol para revisar la situación. El edificio era oscuro y de aspecto lúgubre, y aparentemente estaba desocupado. Como Reith había supuesto, el techo estaba muy cerca de la parte superior del muro.

Reith miró hacia la ciudad. Podían verse más aerodeslizadores, al menos una docena. Volaban bajos por encima de la zona que acababa de cruzar, arrastrando

negros cilindros al extremo de cables: casi con toda seguridad detectores olfativos. Si uno de ellos pasaba por encima de su cabeza o a favor del viento, cualquiera que fuese el olor distintivo que exudaba Reith sería detectado. Era pues importante que se pusiera con toda rapidez a cubierto, y el sombrío edificio contra el muro parecía el único refugio práctico: si estaba desocupado.

Reith observó durante algunos minutos más. No pudo discernir ningún movimiento en su interior. Escuchó, pero no oyó ningún sonido. No se atrevía aún a acercarse. Por otra parte, mirando hacia los aerodeslizadores por encima de su hombro, se dio cuenta de que no se atrevía tampoco a quedarse. Decidiéndose, dio un tentativo paso hacia delante... luego, al oír sonidos a sus espaldas, saltó de cabeza al refugio.

Captó el resonar rítmico de un gong. Por la parte de arriba del camino se acercaba una procesión de Hombres-Chasch ataviados de gris y blanco. En medio de ella, sobre un catafalco llevado por cuatro portadores, había un cadáver envuelto en tela blanca; detrás avanzaban una serie de Hombres-Chasch y Mujeres-Chasch gimiendo y salmodiando. El edificio era un mausoleo o una funeraria, pensó Reith; su sombrío aspecto era el adecuado.

Los golpes de gong se hicieron más espaciados. El grupo se detuvo bajo el arco de entrada del edificio. El gong enmudeció. El catafalco avanzó en medio de un absoluto silencio y fue colocado en el porche. El cortejo retrocedió y aguardó. El gong emitió una sola nota.

Una puerta se abrió lentamente, una hendidura que parecía dar paso a un vacío infinito. Un intenso rayo dorado cayó oblicuamente sobre el cadáver. Procedentes de la derecha y la izquierda aparecieron un par de Chasch Azules, llevando unos corrajes ceremoniales de cintas de cuero, remaches, placas y ribetes dorados. Se acercaron al cadáver, retiraron el sudario para exponer el rostro y el falso cráneo, luego se echaron a un lado. Una cortina descendió para ocultar al difunto.

Transcurrieron unos momentos. El rayo de luz dorada se convirtió en un resplandor; hubo un repentino sonido como un lamento, como el producido por una cuerda de un arpa al romperse. La cortina se alzó. El difunto permanecía tendido como antes, pero el falso cráneo estaba hendido, y el verdadero también. Sobre el frío cerebro estaba sentado un minúsculo Chasch Azul, mirando directamente al cortejo.

El gong dejó oír once exultantes golpes; los Chasch Azules gritaron:

—¡La elevación se ha producido! ¡Un hombre ha trascendido su primera

vida! ¡Compartid la beatitud! ¡Inhalad el jubilante olor! ¡El hombre, Zugel Edgz, ha entregado su alma a este delicioso pequeño! ¿Puede haber mayor felicidad? ¡A través de la diligencia, por la aplicación de los principios aprobados, la misma gloria puede llegar a todos vosotros!

—En mi primera vida yo fui el hombre Sagaza Oso... —dijo uno.

—Yo fui la mujer Diseun Furwg... —dijo el otro. Y a coro:

—... y así todos los demás. ¡Partid con alegría! El pequeño Zugel Edgz debe ser untado con el bálsamo de la salud; el vacío cuerpo humano regresará a la tierra. ¡Dentro de dos semanas podréis visitar a vuestro querido Zugel Edgz!

El cortejo, ya no triste, regresó por el sendero a los golpes rápidos del gong y se perdió de vista. El catafalco con el cadáver y el pequeño Chasch de enormes ojos se deslizó dentro del edificio. Los Chasch Azules lo siguieron, y la puerta se cerró.

Reith rió suavemente, y reprimió rápidamente su risa cuando un aerodeslizador pasó alarmantemente cerca. Arrastrándose entre el follaje, se acercó a la funeraria. No se veía a nadie, ni Chasch ni Hombre-Chasch; se deslizó hasta la parte de atrás del edificio, que casi tocaba el muro.

Casi a ras de suelo había una abertura en forma de arco. Reith se deslizó junto a ella, escuchó, oyó un ahogado rumor de maquinaria, y se estremeció ante el pensamiento del macabro trabajo que debía estarse realizando. Miró hacia la oscuridad, para ver lo que parecía ser un almacén, un lugar donde dejar los objetos desechados. A lo largo de estanterías se alineaban botes, jarras, montones de ropas viejas, una serie de polvorientos mecanismos de inimaginable finalidad. La estancia estaba descuidada, y aparentemente era usada muy poco. Reith echó una última mirada hacia el cielo y se deslizó al interior del edificio.

La habitación se comunicaba con otra a través de un amplio y bajo arco. Más allá había otra estancia, y otra, y otra, todas ellas iluminadas por una luz enfermiza procedente de paneles en el techo. Reith se contentó con ocultarse tras una estantería y aguardar.

Pasó una hora, dos horas. Reith empezó a sentirse intranquilo, y se aventuró a una cautelosa exploración. En una sala lateral encontró un tonel conteniendo falsos cráneos, cada uno de ellos con una etiqueta y una serie de caracteres. Tomó uno, se lo probó. Parecía encajar; Reith despegó y tiró la etiqueta. De un montón de ropas seleccionó una vieja capa y se la echó por encima, cerrándola bajo la barbilla. Desde una cierta distancia, y siempre que no fuera examinado muy atentamente, podía ser tomado por un Hombre-Chasch.

La luz al otro lado de las ventanas disminuyó de pronto; Reith miró y vio que el sol se había ocultado tras una capa de nubes. Los árboles adarak se agitaban sobre un fondo de luz acuosa. Reith salió, escrutó el cielo: por el momento no se veían aerodeslizadores. Buscó un árbol adecuado y empezó a trepar. La corteza era una pulpa deslizante, que hacía su proyecto más difícil de lo que había anticipado. Finalmente, pegajoso de aromática savia, sudando bajo sus hediondas ropas, alcanzó el techo de la funeraria.

Se agazapó, miró hacia Dadiche. Los aparatos volantes habían desaparecido; el cielo había adquirido una tonalidad gris amarronada con la llegada del crepúsculo.

Reith se dirigió al borde trasero del tejado, miró al otro lado del muro. La parte superior estaba a unos dos metros de distancia; plana, con unas protuberancias de treinta centímetros de largo sobresaliendo cada quince metros aproximadamente. ¿Dispositivos de alarma? Reith no podía imaginar otra finalidad. Al otro lado había una caída de ocho a diez metros, aún sujetándose con las manos al borde antes de dejarse caer. Reith consideró las posibilidades de llegar abajo sin ningún hueso roto o tendón distendido: dos sobre tres, según el suelo que hubiera debajo. Con una cuerda, el descenso no ofrecería ningún problema. En el sótano de la funeraria no había visto cuerdas, pero había gran cantidad de viejas ropas que podían ser anudadas juntas. Pero primero tenía que considerar: ¿qué ocurriría cuando alcanzara la parte superior de la pared?

Para saberlo, Reith se quitó la capa. Avanzó a lo largo del techo hasta situarse cerca de uno de los salientes, y agitó la capa hacia afuera y por encima de las protuberancias.

El resultado fue instantáneo y estremecedor. De las protuberancias a ambos lados brotaron lanzas de fuego blanco, que perforaron la capa y prendieron al momento la tela. Reith la retiró a toda prisa, pateó el fuego para apagarlo, y miró apresuradamente a uno y otro lado del muro. Indudablemente, en algún lugar se había desencadenado una alarma. ¿Debía correr el riesgo de saltar el muro, huyendo a través del terreno desnudo al otro lado? Las posibilidades, muy malas en cualquier caso, serían inexistentes si era atrapado en terreno abierto. Corrió hacia el árbol, descendió mucho más rápidamente de lo que había ascendido. Sobre la ciudad estaban apareciendo ya aerodeslizadores. Reith oyó un lejano y extraño silbido que crispó sus nervios... Corrió, con la capa azotando tras él, de vuelta bajo los árboles. Un destello de agua llamó su atención: un pequeño estanque, lleno de pálidas plantas acuáticas de color blancuzco. Arroja a un

lado su capa y su falso cráneo, Reith saltó al agua, se sumergió hasta la nariz, y aguardó.

Pasaron los minutos. Un pelotón de guardias de seguridad montados sobre motocicletas eléctricas pasó a toda velocidad. Dos aeroplaneadores arrastrando detectores olfativos cruzaron sobre su cabeza, uno a su derecha, el otro a su izquierda. Desaparecieron hacia el este; evidentemente, los Chasch Azules pensaban que había cruzado el muro, que estaba ya fuera de la ciudad. Si éste era el caso, si decidían que había escapado a las montañas, sus posibilidades se verían muy mejoradas... De pronto se dio cuenta de que algo se movía en el fondo del estanque. Parecía muscular, y avanzaba con una finalidad definida. ¿Una anguila? ¿Una serpiente de agua? ¿Un tentáculo? Saltó fuera del estanque. A tres metros de distancia, algo agitó la superficie del agua y emitió un sonido parecido a un bufido de disgusto.

Reith recogió la capa y el falso cráneo y se alejó, chorreante, de la funeraria.

Llegó a un pequeño sendero que serpenteaba entre las casitas de los Hombres-Chasch. De noche parecían cerradas, secretas, celosas de su intimidad. Las ventanas eran pequeñas, y ninguna estaba a menos de dos metros y medio del suelo. Algunas derramaban una oscilante luz amarilla, como procedente de una lámpara, lo cual sorprendió a Reith. Seguramente una raza tan capaz técnicamente como los Chasch Azules podía proveer a sus ciudades de iluminación nucleónica... Otra paradoja de Tschai.

Sus húmedas ropas no solamente le picaban sino que hedían abominablemente... una situación que servía a las mil maravillas para ocultar su propio olor, pensó Reith. Se colocó el falso cráneo sobre la cabeza, se echó la capa en torno a los hombros. Caminando lentamente y con las piernas rígidas, prosiguió hacia la puerta.

El cielo estaba oscuro; ni Az ni Braz estaban en él, y los arrabales de Dadiche conocían tan sólo la más casual de las iluminaciones. Aparecieron dos Hombres-Chasch. Reith bajó la barbilla, hundió los hombros, siguió caminando estoicamente. Los dos pasaron sin apenas dirigirle una mirada.

Algo más animado, Reith alcanzó el paseo central, con la puerta a doscientos metros de distancia. Una serie de altas lámparas arrojaban un resplandor amarillento al portal. Se veían tres guardias vestidos de púrpura y gris, pero parecían cansados y poco interesados en su cometido, y Reith reafirmó su creencia de que los Chasch Azules pensaban que había abandonado la ciudad.

Desgraciadamente, pensó, los Chasch Azules estaban equivocados.

Consideró la posibilidad de cruzar el portal a la carrera, hundiéndose al otro lado en la oscuridad. Los aerodeslizadores estarían inmediatamente tras él, junto con pelotones de guardias con motocicletas eléctricas. Y con aquellas hediondas ropas no tenía ningún lugar donde ocultarse... a menos que se librara de todas ellas y caminara desnudo por la noche.

Reith lanzó un bajo gruñido de desaprobación... Su atención fue atraída por una taberna en los sótanos de un alto edificio. De las bajas ventanas brotaba una parpadeante luz roja y amarilla, roncadas conversaciones, algún ocasional estallido de estentórea risa. Aparecieron tres Hombres-Chasch, tambaleándose; Reith se volvió de espaldas y miró por la ventana a un tenebroso interior, iluminado tan sólo por el fuego de la chimenea y unas cuantas lámparas amarillentas. Una docena de Hombres-Chasch, con los rostros fruncidos y retorcidos bajo sus grotescos falsos cráneos, permanecían sentados ante jarras de gres llenas de licor, intercambiando bromas atrevidas con un pequeño grupo de Mujeres-Chasch. Esas últimas llevaban vestidos negros y verdes y adornaban sus falsos cráneos con cintas y lentejuelas. Una escena descorazonadora, pensó Reith; pero señalaba la humanidad esencial de los Hombres-Chasch. Allí estaban los ingredientes universales de la celebración: la bebida vigorizadora, las grises mujeres, la camaradería. La versión Hombres-Chasch parecía sin embargo algo más triste y apagada... Otro par de Hombres-Chasch pasaron junto a Reith sin prestarle la menor atención. Hasta ahora el disfraz había sido efectivo, aunque Reith no estaba seguro de poder pasar un examen más detenido. Caminó lentamente hacia la puerta, hasta que estuvo apenas a unos cincuenta metros de distancia. No se atrevió a acercarse más. Se ocultó en una estrecha abertura entre dos edificios y se instaló lo más cómodamente que pudo para observar la puerta.

La noche fue avanzando. El aire se volvió silencioso y frío, y Reith empezó a captar los olores de los jardines de Dadiche.

Se quedó adormilado. Cuando despertó Az había aparecido tras una línea de adaraks que parecían centinelas. Reith cambió de posición, gruñó, se masajeó el cuello, frunciendo la nariz ante el olor de sus aún húmedas ropas.

En la puerta, dos de los guardias de seguridad habían desaparecido. El tercero daba la impresión de haberse quedado dormido de pie. En las cabinas, los vigilantes contemplaban sentados, con aire aburrido, el vacío campo. Reith se acomodó como mejor pudo en su nicho.

El este empezó a palidecer con las primeras luces del alba; la ciudad cobró vida. El relevo llegó al portal. Reith observó cómo el grupo entrante y el saliente

intercambiaban información.

Una hora más tarde empezaron a llegar los carros de Pera. El primero, arrastrado por un par de grandes animales de tiro, llevaba barrilitos de condimentos y carne en adobo, y olía con tanta intensidad que Reith se sintió avergonzado de su propio olor. En el asiento del conductor iban dos personas: Emmink, más taciturno que nunca, y Traz.

—¡Cuarenta-y-tres! —gritó Emmink. Y Traz—: ¡Ciento-y-uno! —Los guardias se acercaron, contaron los barriles, inspeccionaron el carro, luego ordenaron a Emmink que siguiera adelante.

Cuando el carro pasó por su lado, Reith emergió de su escondite y echó a andar a su lado.

—Traz —llamó.

Traz bajó la vista y lanzó una ahogada exclamación de alegría.

—Sabía que estarías vivo.

—Apenas. ¿Tengo el aspecto de un Hombre-Chasch?

—No demasiado. Mantén la capa sobre tu barbilla y nariz. Cuando regresemos del mercado, métete debajo del animal de la derecha, junto a la pata delantera derecha.

Reith se desvió y se ocultó bajo una protección que lo escudaba de miradas indiscretas, y observó como el carro proseguía su marcha hacia el mercado.

Regresó una hora más tarde, avanzando lentamente. Emmink lo conducía por el lado de la derecha del camino. Pasó junto a Reith; este emergió de su escondite. El carro se detuvo; Traz bajó para comprobar que los barriles ahora vacíos estuvieran bien atados, bloqueando así la vista desde atrás.

Reith corrió hacia delante, se agachó bajo la bestia de tiro. Entre la primera y la segunda pata derechas colgaba un gran pliegue de piel del animal. Entre la barriga y esa piel habían sido atadas cinco tiras de cuero formando una especie de angosta hamaca, en la que se metió Reith. El carro siguió su marcha; Reith no podía ver nada excepto el vientre gris del animal, el danzante repliegue y las primeras dos patas.

El carro se detuvo en la puerta. Oyó voces, vio las puntiagudas sandalias rojas de los guardias de seguridad. Tras una angustiada pausa, el carro siguió su marcha en dirección a las colinas que rodeaban la ciudad.

Reith pudo ver las piedras del camino, alguna que otra ocasional mancha de vegetación, las poderosas patas del animal, su colgante pliegue de piel que oscilaba de un lado para otro a cada paso, golpeándole el costado.

Finalmente, el carro se detuvo. Traz miró por debajo del animal.

—Puedes salir... no hay nadie mirando.

Con un alivio casi loco, Reith se extrajo de debajo de la bestia. Se arrancó el falso cráneo, lo arrojó a un canal, se quitó la capa, la hedionda chaqueta, la camisa, y subió a la parte de atrás del carro, donde se derrumbó contra un barril.

Traz volvió a ocupar su sitio al lado de Emmink, y el carro se puso de nuevo en marcha. Traz volvió preocupado la vista.

—¿Estás enfermo? ¿O herido?

—No. Cansado. Pero vivo... gracias a ti. Y a Emmink también, por lo que parece.

Traz lanzó a Emmink una ceñuda mirada.

—No ha sido de demasiada ayuda. He necesitado amenazarle, producirle algún que otro arañazo.

—Entiendo —dijo Reith. Clavó una mirada crítica en los hundidos hombros del carrero—. Yo mismo tengo una o dos cosas que discutir con él.

Los hombros se estremecieron. Emmink se volvió en redondo en su asiento, con su delgado rostro hendido por una sonrisa que mostró todos sus amarillentos dientes.

—Recuerda, señor, que te ayudé y te instruí, antes incluso de conocer el alto rango al que habías sido promovido.

—¿Alto rango? —murmuró Reith—. ¿Qué alto rango?

—El consejo de Pera te ha nombrado jefe ejecutivo de la ciudad —dijo Traz. Y añadió con tono dubitativo—: Sí, supongo que debe ser un alto rango de algún tipo.

11

Reith no sentía la menor inclinación hacia gobernar Pera. Aquella ocupación agotaría sus energías, destruiría su paciencia, restringiría sus planes y no le proporcionaría ninguna ventaja personal. Además, intentaría gobernar en términos de la filosofía social de la Tierra. Consideró la población de Pera: un grupo heterogéneo. Fugitivos, criminales, bandidos, fenómenos, híbridos, indescriptibles. ¿Qué sabrían aquellos pobres desechos de equidad, procedimientos jurídicos, dignidad humana e ideal de progreso?

Como mínimo, un desafío.

¿Y qué pasaría con la nave espacial, con sus esperanzas de regresar a la Tierra? Sus aventuras en Dadiche solamente habían verificado la localización de la lanzadera. Indudablemente los Chasch Azules se mostrarían divertidos e interesados si les exigía la devolución de su propiedad. ¿Qué podía proponerles a cambio? No podía prometerles la asistencia militar de la Tierra en su lucha contra los Dirdir o los Wannek, que eran a todas luces los adversarios actuales de los Chasch Azules. ¿Podía obligarles de alguna manera? No tenía nada que pudiera utilizar como palanca, ninguna fuerza que pudiera aplicar.

Otro asunto: los Chasch Azules no sabían de su existencia. Indudablemente se harían preguntas acerca de su identidad, de su lugar de origen. Tschai era enorme, con regiones remotas donde los hombres podían haber producido casi cualquier cosa. Era posible que los Chasch Azules estuvieran en aquellos mismos momentos consultando ansiosamente sus mapas.

Mientras Reith reflexionaba en todo aquello, el carro ascendía las colinas, cruzaba el puerto de Belbal, iniciaba el descenso a la estepa. La luz del sol calentaba la piel de Reith; el viento de la estepa alejaba el hedor. Empezó a amodorrarse, y finalmente se quedó dormido.

Despertó para descubrir que el carro avanzaba rebotando por el antiguo pavimento de las calles de Pera. Penetraron en la plaza central en la base de la ciudadela. Cuando pasaron junto al patíbulo Reith vio ocho nuevos cuerpos colgando: Gnashers, con sus uniformes hechos jirones convirtiéndolos en una patética imitación de sí mismos. Traz explicó lo que había ocurrido con su voz más indiferente:

—Finalmente decidieron bajar de la ciudadela, y eso hicieron, agitando las manos y riendo, como si todo el asunto hubiera sido una farsa. ¡Lo indignados que se mostraron cuando la milicia los agarró y los colgó! ¡Estaban muertos antes de que dejaran de quejarse!

—Así que ahora el palacio está vacío —dijo Reith, mirando a la gran masa de piedra.

—Supongo que elegirás vivir allí.

La voz de Traz contenía una débil nota de desaprobación. Reith sonrió. La influencia del Onmale persistía, y ocasionalmente se manifestaba de forma espontánea.

—No —dijo Reith—. Naga Goho vivió allí. Si me trasladara al palacio, la gente pensaría que éramos una nueva estirpe de Gohos.

—Es un magnífico palacio —dijo Traz, ahora dubitativo—. Contiene muchos objetos interesantes... —Lanzó una interrogadora mirada a Reith—. Al parecer, has decidido gobernar Pera.

—Sí —dijo Reith—. Al parecer, lo he hecho.

En la Posada de la Estepa Muerta, Reith se frotó vigorosamente con aceite, arena suave y cenizas tamizadas. Se enjuagó con agua limpia y repitió el proceso, pensando que el jabón iba a ser una de las primeras innovaciones que iba a traer a la gente de Pera, y a Tschai en general. ¿Era posible que una sustancia tan relativamente sencilla como el jabón fuera desconocida en Tschai? Le preguntaría a Derl, Ylin-Ylan, cual fuera su nombre, si el jabón era conocido en Cath.

Bien frotado, afeitado, con ropas limpias y unas nuevas sandalias de piel suave, Reith comió gachas y estofado en el salón principal. Era evidente un cambio en la atmósfera. El personal de la posada lo trataba con un respeto exagerado; los demás ocupantes de la estancia hablaban en voz baja, mirándole de soslayo.

Reith observó a un grupo de hombres fuera, murmurando entre sí y mirando de tanto en tanto al interior de la posada. Cuando terminó de comer, entraron y se situaron en hilera ante él.

Reith los examinó, reconociendo a algunos que habían estado presentes en la ejecución de Naga Goho. Uno de ellos era delgado y amarillo, con ardientes ojos negros: un hombre de las marismas, supuso Reith. Otro parecía ser una mezcla de Hombre-Chasch y Gris. Otro era típicamente Gris, de mediana altura, calvo, con una piel que parecía cartón piedra, un colgajo carnoso por nariz y relucientes y protuberantes ojos. El cuarto era un anciano de una de las tribus nómadas, apuesto a su desmañada y curtida manera; el quinto era bajo y con forma de barril, con unos brazos que colgaban hasta casi sus rodillas, una derivación imposible de calcular. El viejo de las estepas había sido designado portavoz. Habló con voz ronca.

—Somos el Comité de los Cinco, formado de acuerdo con tus recomendaciones. Hemos sostenido una larga discusión. Puesto que tú nos has sido de gran ayuda en la destrucción de Naga Goho y los Gnashers, deseamos nombrarte jefe de Pera.

—Sometido a nuestro control y consejo —añadió el Hombre-Chasch-Gris.

Reith aún no había llegado a una decisión definitiva e irrevocable. Inclinandose hacia atrás en su silla, observó al comité, y se dijo que raras veces había visto a un grupo tan heterogéneo, si es que lo había visto alguna vez.

—No es tan sencillo como eso —dijo finalmente—. Puede que no estéis dispuestos a cooperar conmigo. No voy a aceptar el trabajo a menos que me garanticéis esa cooperación.

—¿Cooperación para qué? —preguntó el Gris.

—Para cambiar cosas. Efectuar una serie de cambios importantes, extremos.

Los miembros del comité lo examinaron cautelosamente.

—Somos gente conservadora —murmuró el Hombre-Chasch-Gris—. La vida es dura; no podemos permitirnos el correr el riesgo de experimentar.

El viejo nómada sorprendió a todos con una seca y crujiente carcajada.

—¡Experimentos! ¡Deberíamos darles la bienvenida! ¡Cualquier cambio solamente podrá ser a mejor! ¡Oigamos lo que propone este hombre!

—Muy bien —aceptó el Hombre-Chasch-Gris—. No nos hará ningún daño escuchar; no nos hemos comprometido a nada.

—Soy de la opinión de este hombre —dijo Reith, señalando al viejo nómada—. Pera es un montón de ruinas. La gente aquí apenas es algo más que fugitivos.

No tienen orgullo ni autorrespeto; viven en madrigueras, son sucios e ignorantes, van vestidos con harapos. Y lo que es peor, nada de eso parece importarles.

El comité parpadeó, sorprendido. El viejo nómada lanzó una nueva carcajada seca; el Hombre-Chasch-Gris frunció el ceño. Los otros parecían dubitativos. Se retiraron unos pasos y murmuraron entre ellos, luego se volvieron nuevamente a Reith.

—¿Puedes explicarnos con detalle lo que te propones hacer?

Reith agitó la cabeza.

—Aún no he pensado en el asunto. Para ser sinceros, soy un hombre civilizado; fui educado y entrenado en circunstancias civilizadas. Sé lo que los hombres pueden conseguir. Es una gran prueba... mayor quizá de lo que vosotros podéis llegar a imaginar. La gente de Pera son hombres; insisto en que vivan como hombres.

—Sí, sí —exclamó el hombre de las marismas—. ¿Pero cómo? ¿De qué forma?

—Bueno, en primer lugar, querré una milicia, disciplinada y bien entrenada, para mantener el orden y para proteger la ciudad y las caravanas de los Chasch Verdes. También organizaré escuelas y un hospital; luego una fundición, almacenes, un mercado. Mientras tanto animaré a la gente a que construya casas y limpie los alrededores.

Los hombres del comité se agitaron inquietos, mirándose de reojo los unos a los otros y luego a Reith. El viejo nómada gruñó:

—Somos hombres, por supuesto; ¿quién lo ha negado? Y puesto que somos hombres, debemos vivir en consonancia. No deseamos ser Dirdir. Basta con que sobrevivamos.

—Los Chasch Azules no nos permitirán nunca tales pretensiones —dijo el Gris—. Nos toleran en Pera únicamente porque nos mantenemos en nuestro lugar.

—Pero también porque les proporcionamos algunas de las cosas que desean —afirmó el hombre bajo—. Compran baratos nuestros productos.

—Nunca es sabio irritar a aquellos que se hallan en el poder —argumentó el Gris. Reith alzó una mano.

—Habéis oído mi programa. Si no pensáis cooperar de buen grado... seleccionad a otro jefe.

El viejo nómada clavó una interrogadora mirada en Reith, luego se llevó a los demás aparte. Hubo una acalorada discusión. Finalmente, regresaron.

—Aceptamos tus condiciones. Serás nuestro jefe.

Reith, que había esperado que el comité decidiera lo contrario, lanzó un pequeño suspiro.

—Muy bien, que así sea. Os advierto, voy a exigirlos mucho. Trabajaréis más duro de lo que jamás hayáis trabajado en vuestras vidas... en vuestro propio beneficio. O al menos eso espero.

Estuvo hablando durante una hora con el comité, explicándoles lo que esperaba conseguir, y consiguió despertar su interés, incluso un cauteloso entusiasmo.

A última hora de la tarde, Reith, con Anacho y tres de los miembros del comité, fueron a explorar el hasta entonces palacio de Naga Goho.

Ascendieron por el serpenteante sendero, con la lúgubre masa de manpostería irguiéndose sobre ellos. Cruzaron el húmedo patio y penetraron en el salón principal. Naga Goho era un apasionado de las posesiones: los pesados bancos y la mesa, las alfombras, los tapices, las lámparas de trípode, las bandejas y urnas, todo estaba cubierto ya por una fina capa de polvo.

Junto al salón había dormitorios que olían a sábanas sucias y a ungüentos aromáticos. El cadáver de la concubina de Naga Goho yacía allá donde Reith lo había encontrado la otra vez. El grupo se alejó rápidamente.

Al otro lado del salón había salas de almacenamiento llenas con grandes cantidades de botín: balas de telas, rollos de pieles, trozos de maderas raras, herramientas, armas, artículos diversos, lingotes de metales raros, frascos de esencias, libros escritos con puntos marrones y grises sobre papel negro, que Anacho identificó como manuales Wannek. Una alcoba contenía un arcón medio lleno de sequins. Dos cofres más pequeños estaban llenos de joyas, adornos, abalorios, bisutería: el botín de una urraca. Los hombres del comité seleccionaron armas de acero con empuñaduras y guardas de filigrana para ellos; Traz y Anacho hicieron lo mismo. Traz, tras una incierta mirada a Reith, eligió también una fina capa ocre bordada en oro, botas de suave piel negra, un casco de fino acero delicadamente trabajado que cubría hasta la nuca.

Reith localizó varias docenas de pistolas de energía con las células de carga agotadas. Esas células, según Anacho, podían ser recargadas con las células de energía que llevaban los carros: un hecho que evidentemente Naga Goho desconocía.

El sol estaba bajo en el horizonte occidental cuando partieron del siniestro palacio. Mientras cruzaban el patio, Reith observó una puerta recia y baja

encajada en un hueco de la pared. La abrió, revelando un tramo de empinadas escaleras de piedra que descendían a la oscuridad. Les azotó una vaharada de humedad, putrefacción, inmundicias orgánicas... y algo más: unos efluvios almizcleños que pusieron de punta los pelos de la nuca de Reith.

—Mazmorras —dijo Anacho lacónicamente—. Escuchad.

Un débil murmullo crujiente brotó de abajo. En la parte interior, junto a la puerta, Reith encontró una lámpara, pero no consiguió encenderla. Anacho golpeó la parte superior del bulbo, y se produjo una blanquecina radiación.

—Un dispositivo Dirdir —dijo.

El grupo descendió las escaleras, preparado para cualquier cosa, y se detuvo en una amplia cámara de alto techo abovedado. Traz, sujetando a Reith por el brazo, señaló; Reith vio una sombra negra deslizándose suavemente en la oscuridad del fondo.

—Pnume —murmuró Anacho, encajando los hombros—. Infestan los lugares en ruinas de Tschai, como los gusanos la madera vieja.

Una lámpara en lo alto arrojaba una débil luz, revelando jaulas en torno a la periferia de la cámara. En algunas de ellas había huesos, en otras montones de carne putrefacta, en otras criaturas vivas que producían los sonidos que el grupo había escuchado.

—Agua, agua —gemían las harapientas figuras—. ¡Dadnos agua!

Reith acercó la lámpara.

—Hombres-Chasch.

Llenó bols de un depósito a un lado de la cámara y los llevó a las jaulas.

Los Hombres-Chasch bebieron ávidamente y clamaron pidiendo más. Reith se la trajo.

En el extremo más alejado de la cámara había otra jaula más pesada conteniendo un par de enormes figuras inmóviles con enormes cráneos cónicos.

—Chasch Verdes —susurró Traz—. ¿Qué pretendía hacer Naga Goho con éstos?

—Observa —dijo Anacho—: miran en una única dirección, la dirección de su horda. Son telépatas.

Reith llenó otros dos cuencos de agua, los depositó en la jaula de los Chasch Verdes. Las criaturas se acercaron pesadamente, los tomaron y los vaciaron de un golpe.

Reith volvió junto a los Hombres-Chasch.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí?

—Mucho, mucho tiempo —croó uno de los cautivos—. No puedo contarlo.

—¿Por qué fuisteis enjaulados?

—¡Por pura crueldad! ¡Porque éramos Hombres-Chasch!

Reith se volvió hacia los hombres del comité.

—¿Sabíais vosotros que estaban aquí?

—¡No! Naga Goho hacía lo que quería.

Reith recorrió los cerrojos de las jaulas, abrió las puertas.

—Salid; sois libres. Los hombres que os capturaron están muertos.

Los Hombres-Chasch se arrastraron temerosamente fuera de las jaulas. Se dirigieron al depósito y bebieron más agua. Reith se volvió para examinar a los Chasch Verdes.

—Muy extraño. Realmente muy extraño.

—Tal vez Goho los utilizara como indicadores —sugirió Anacho—. Así podía saber en cualquier momento la dirección de su horda.

—¿Nadie puede hablar con ellos?

—No hablan; transmiten pensamientos.

Reith se volvió hacia los hombres del comité.

—Enviad a una docena de hombres para transportar las jaulas a la plaza.

—Bah —murmuró Bruntego, el Gris—. Es mejor matar a esas horribles bestias. ¡Y matar también a los Hombres-Chasch!

Reith le lanzó una intensa mirada.

—¡Nosotros no somos Gnashters! ¡Matamos solamente por necesidad! En cuanto a los Hombres-Chasch, dejadles que vuelvan a su servilismo o que se queden aquí como hombres libres, lo que elijan.

Bruntego lanzó un hosco gruñido.

—Si no los matamos, ellos nos matarán a nosotros.

Reith no respondió. Volvió la lámpara hacia los lugares más remotos de la mazmorra, para descubrir solamente húmedas paredes de piedra. No pudo averiguar cómo el Pnume había abandonado la cámara, ni consiguió que los Hombres-Chasch le proporcionaran alguna información coherente.

—¡Aparecían, silenciosos como demonios, para mirarnos, sin una palabra, sin siquiera darnos un poco de agua!

—Extrañas criaturas —rumió Reith.

—¡Son los seres más extraños de Tschai! —exclamaron los Hombres-Chasch, temblando ante la emoción de su recién recobrada libertad—. ¡Deberían ser extirpados del planeta!

—Al igual que los Dirdir, los Wannek y los Chasch —dijo Reith, sonriendo.

—No, los Chasch no. Nosotros somos Chasch, ¿acaso no lo sabes?

—¡Bah! —dijo Reith, bruscamente irritado—. Quitaos esas ridículas cabezas falsas. —Dio un paso adelante, les arrancó los cómicos cascos—. ¡Sois hombres y nada más! ¿Por qué permitís que los Chasch os conviertan en sus víctimas?

Los Hombres-Chasch guardaron silencio, mirando temerosamente a las jaulas, como si esperaran un nuevo encarcelamiento.

—Vamos —dijo Reith bruscamente—. Salgamos de aquí.

Pasó una semana. Sin nada mejor que hacer, Reith se dedicó intensamente a su trabajo. Seleccionó a un grupo de hombres y mujeres jóvenes de entre los más obviamente inteligentes, a los que pudiera enseñar y que pudieran enseñar a los demás. Formó una milicia cívica, delegando en este caso la autoridad en Baojian, el antiguo jefe de caravana. Con la ayuda de Anacho y Tostig, el viejo nómada, redactó el borrador de un intento de código legal. Explicó una y otra vez los beneficios que se derivarían de sus innovaciones, despertando una gran variedad de respuestas: interés, aprensión, sonrisas dudosas, entusiasmo, y a menudo nada excepto una absoluta incomprensión. Aprendió que el organizar un gobierno era algo más que simplemente dar órdenes; fue requerido para estar en todas partes a la vez. Y siempre, en lo más profundo de su mente, estaba la aprensión: ¿qué estaban planeando los Chasch Azules? No podía creer que hubieran abandonado tan fácilmente sus esfuerzos por capturarlo. Estaba más allá de toda duda el que empleaban espías. En consecuencia, debían estar informados de lo que ocurría en Pera, y en consecuencia no se daban mucha prisa. Pero más tarde o más temprano acudirían en su busca. Un hombre normalmente prudente huiría al instante de Pera. Reith, por una gran variedad de razones, se sentía reacio a huir.

Los Hombres-Chasch de las mazmorras no mostraban demasiado interés en regresar a Dadiche. Reith supuso que eran fugitivos de la justicia de los Chasch. Los guerreros Chasch Verdes eran un problema. Reith no podía decidirse a matarlos, pero la opinión popular se pondría en contra suya si los liberaba. Como un compromiso entre las dos soluciones, su jaula fuera instalada en la plaza, y las criaturas sirvieron como espectáculo para la gente de Pera. Los Chasch Verdes ignoraban aquella atención, y seguían con la vista firmemente fija al norte, unidos telepáticamente —o al menos eso decía Anacho— con su horda.

El principal solaz de Reith era la Flor de Cath, aunque la muchacha le intrigaba. No podía captar su estado de ánimo. Durante el largo viaje con la caravana se había mostrado melancólica, lejana, en cierto modo altiva. Luego se había vuelto gentil y amante, aunque a veces estaba como ausente. Reith la encontraba más atrayente que nunca, llena de un centenar de dulces sorpresas. Pero su melancolía persistía. Añoranza, decidió Reith; casi con toda seguridad anhelaba volver a su hogar en Cath. Con una docena de otras preocupaciones ante él, Reith fue posponiendo el día en que tendría que cumplir con los anhelos de Derl.

Los tres Hombres-Chasch, supo finalmente Reith, no eran ciudadanos de Dadiche, sino que procedían de Saaba, una ciudad al sur. Una tarde, en el salón principal de la posada, atacaron a Reith por lo que consideraban como sus «extravagantes ambiciones».

—¡Deseas rebajar a las razas superiores, pero lo único que conseguirás será el fracaso! Los subhombres son incapaces de mantener una civilización.

—No sabéis de lo que estáis hablando —dijo Reith, divertido por su vehemencia.

—Por supuesto que lo sabemos; ¿acaso los Hombres-Chasch no somos el estadio larval de los Chasch Azules? ¿Quién puede saberlo mejor?

—Cualquiera con unas ciertas nociones de biología.

Los Hombres-Chasch hicieron frenéticos gestos.

—Tú no eres más que un subhombre, y estás celoso de una raza más avanzada.

—En Dadiche vi la casa de los muertos, la funeraria o como quiera que lo llaméis vosotros —dijo Reith—. Vi al Chasch Azul abrir el cráneo del Hombre-Chasch muerto y depositar a un pequeño Chasch Azul sobre su frío cerebro. Os engañan; os hacen creer eso para asegurarse vuestro servilismo. Sin duda los Dirdir utilizan otra técnica similar con los Hombres-Dirdir, aunque dudo que los Hombres-Dirdir esperen convertirse en auténticos Dirdir. —Miró a Anacho, sentado en la misma mesa—. ¿Y bien?

La voz de Anacho tembló ligeramente.

—Los Hombres-Dirdir no esperamos convertirnos en Dirdir; eso es superstición. Ellos son el Sol; nosotros somos la Sombra; pero ambos surgimos del mismo Huevo Primigenio. Los Dirdir son la forma más alta de la vida cósmica; los Hombres-Dirdir solamente podemos emularlos, y eso es lo que

hacemos, con orgullo. ¿Qué otra raza ha producido tanta gloria, ha conseguido tanta magnificencia?

—La raza de los hombres —dijo Reith.

El rostro de Anacho se crispó en una sonrisa burlona.

—¿En Cath? Comedores de lotos. ¿Los Merribs? Artesanos vagabundos. Los Dirdir son los únicos que ocupan un lugar prominente en Tschai.

—¡No, no, no! —gritaron simultáneamente los Hombres-Chasch—. Los subhombres son los desechos de los Hombres-Chasch. Algunos se convierten en clientes de los Dirdir. Los auténticos hombres proceden de Zoór, el mundo Chasch.

Anacho se volvió, disgustado. Reith dijo:

—Éste no es el caso, aunque no espero que me creáis. Los dos estáis equivocados.

Anacho, el Hombre-Dirdir, habló con una voz elaboradamente casual.

—Eres tan categórico; me desconciertas. Tal vez puedas iluminarnos un poco más.

—Quizá pueda —dijo Reith—. Pero por el momento no tengo intención de hacerlo.

—¿Por qué no? —insistió Anacho—. Esa iluminación podría ser útil para todos nosotros.

—Conoces tan bien los hechos como yo mismo —dijo Reith—. Extrae tus propias deducciones.

—¿Qué hechos? —estallaron los Hombres-Chasch—. ¿Qué deducciones?

—¿Acaso no están claras? Los Hombres-Chasch se hallan en servidumbre, exactamente del mismo modo que los Hombres-Dirdir. Los hombres no son biológicamente compatibles con ninguna de las dos razas, ni con los Wannek ni con los Pnume. Evidentemente, los hombres no se originaron en Tschai. La deducción es que fueron traídos aquí como esclavos, hace mucho tiempo, desde el mundo de los hombres.

Los Hombres-Chasch gruñeron; Anacho alzó los ojos y estudió el techo. Los hombres de Pera sentados a la mesa suspiraron.

Siguieron hablando, y la conversación se volvió excitada y vehemente a medida que transcurría la tarde. Los Hombres-Chasch se dirigieron a un rincón y siguieron discutiendo entre ellos, dos contra uno.

A la mañana siguiente los tres Hombres-Chasch abandonaron Pera en dirección a Dadiche, precisamente en el carro de Emmink. Reith los contempló

marcharse con aprensión. Indudablemente informarían de sus actividades y de sus doctrinas radicales. Los Chasch Azules no lo aprobarían. La existencia, reflexionó Reith, se había vuelto extremadamente compleja. El futuro parecía tenebroso, incluso siniestro. Consideró una vez más la posibilidad de una huida. Pero la perspectiva seguía sin ser atractiva.

Durante la tarde Reith observó los primeros entrenamientos de la nueva milicia: seis pelotones de cincuenta hombres cada uno, armados de la más diversa forma con catapultas, espadas, machetes cortos, y llevando una gran variedad de atuendos: pantalones, batas, albornoces, faldas cortas, harapos y ropas de pieles. Algunos llevaban barba, otros el cráneo afeitado y pintado; el pelo de algunos colgaba hasta sus hombros. Reith pensó que nunca había visto un espectáculo tan deprimente. Observó con entremezclada diversión y desesperación mientras tropezaban y chocaban unos con otros, con una torpeza inigualable, en su intento de realizar los ejercicios que había ordenado. Los seis tenientes, que no mostraban un excesivo entusiasmo, sudaban y maldecían, daban órdenes más o menos al azar, mientras el aplomo de Baojian se veía duramente puesto a prueba.

Reith retiró finalmente a dos tenientes del grupo y nombró a dos nuevos hombres de las filas. Se subió a un carro, llamó a los hombres a su alrededor.

—¡No lo estáis haciendo bien! ¿No comprendéis para qué estáis aquí? ¡Para aprender a protegeros a vosotros mismos! —Miró de un hosco rostro a otro, luego señaló a un hombre que había estado murmurándole algo a su compañero —. ¡Tú! ¿Qué estás diciendo? ¡Dilo en voz alta!

—Digo que este marchar y desfilar es una tontería, una pérdida de energías; ¿qué beneficio puede sacarse de todo esto?

—El beneficio es éste: aprendéis a obedecer órdenes, de una forma rápida y efectiva. Aprendéis a funcionar como un conjunto. Veinte hombres actuando conjuntamente son más fuertes que un centenar de hombres yendo cada cual por su lado. En una batalla el líder hace los planes; los guerreros disciplinados llevan adelante esos planes. Sin disciplina, los planes son inútiles y las batallas se pierden. ¿Comprendes ahora?

—Bah. ¿Cómo pueden los hombres ganar batallas? Los Chasch Azules tienen armas energéticas y plataformas de guerra. Nosotros tenemos unos cuantos lanzaarena. Los Chasch Verdes son indomables; nos matarán como hormigas. Es más sencillo esconderse entre las ruinas. Así es como han vivido siempre los hombres en Pera.

—Las condiciones son distintas —dijo Reith—. Si no quieres hacer el trabajo de un hombre, siempre puedes hacer el trabajo de una mujer y llevar ropas de mujer. Elige. —Aguardó, pero el disidente se limitó a mirarle con ojos iracundos y a agitar los pies.

Reith bajó del carro y dio una serie de órdenes. Algunos hombres fueron enviados a la ciudadela a buscar rollos de tela y piel. Otros trajeron tijeras y navajas; los hombres de la milicia, pese a las protestas, fueron obligados a afeitarse. Mientras tanto, las mujeres de la ciudad se habían reunido y puesto a cortar y coser uniformes: largas túnicas blancas sin mangas con un rayo negro bordado en el pecho. Los cabos y sargentos llevaban hombreras negras; los tenientes llevaban en sus uniformes mangas cortas rojas.

Al día siguiente la milicia, con sus nuevos atuendos, hizo nuevamente su instrucción, y en esta ocasión lo hicieron notablemente mejor... incluso, pensó Reith, con una cierta desenvoltura.

Por la mañana del tercer día después de la partida de los Hombres-Chasch, las dudas de Reith quedaron resueltas. Una gran plataforma, de veinte metros de largo por diez de ancho, apareció deslizándose sobre la estepa. Voló trazando un lento círculo en torno a Pera, luego se posó en la plaza, directamente delante de la Posada de la Estepa Muerta. Una docena de fornidos Hombres-Chasch —guardias de Seguridad con pantalones grises y chaquetillas púrpuras— saltaron al suelo y se mantuvieron firmes con las manos apoyadas en sus armas. Seis Chasch Azules permanecían de pie en la cubierta de la plataforma, mirando en torno a la plaza desde debajo de sus prominentes arcos ciliares. Aquellos Chasch Azules parecían ser personajes especiales; llevaban ligeros trajes de filigrana de plata, altos morriones de plata, cazoletas de plata protegiendo las articulaciones de sus brazos y piernas.

Los Chasch Azules hablaron brevemente con los Hombres-Chasch; dos de esos últimos se dirigieron a la puerta de la posada y llamaron al posadero.

—Un hombre llamado Reith se ha erigido en vuestro jefe. Tráelo; el Señor Chasch quiere hablarle.

El posadero, medio asustado, medio burlón, adoptó una actitud obsequiosa.

—Está ocupado en estos momentos; tendréis que esperar a que llegue.

—¡Notifícaselo! ¡Aprisa!

Reith recibió lúgubramente el aviso, pero no se sorprendió. Permaneció sentado unos momentos, pensando; luego, con un profundo suspiro, tomó una decisión que, para bien o para mal, iba a alterar las vidas de todos los hombres

de Pera, y quizá de todos los hombres en Tschai. Se volvió a Traz, le dio una serie de órdenes, luego bajó lentamente al salón principal de la posada.

—Dile a los Chasch que hablaré con ellos aquí dentro.

El posadero transmitió el mensaje a los Hombres-Chasch, los cuales a su vez se lo comunicaron a los Chasch Azules.

La respuesta fue una serie de sonidos guturales. Los Chasch Azules bajaron al suelo, se acercaron a la posada, y se detuvieron formando una resplandeciente línea plateada ante ella. Los Hombres-Chasch entraron. Uno de ellos ladró:

—¿Quién es el hombre que se dice el jefe? ¿Dónde está? ¡Qué levante la mano!

Reith los apartó a un lado y salió de la posada. Se enfrentó a los Chasch Azules, que lo miraron siniestramente. Reith examinó fascinado los rostros alienígenas: ojos como pequeñas cuentas de metal brillando bajo la sombra de su prominencia cefálica, el complejo dispositivo nasal, el morrión de plata y la armadura de filigrana. Por el momento no parecían ni astutos, ni caprichosos ni extravagantes, ni cruelmente burlones; su aspecto era simplemente amenazador.

Reith se enfrentó a ellos, los brazos doblados sobre su pecho. Aguardó, cambiando mirada por mirada.

Uno de los Chasch Azules llevaba un morrión con una cresta más alta que los demás. Habló con la estrangulada voz glótica típica de su raza.

—¿Qué haces tú aquí en Pera?

—Soy el jefe electo.

—Tú eres el hombre que efectuó una visita no autorizada a Dadiche, que visitó el Centro Técnico.

Reith no respondió.

—Bien, ¿qué tienes que decir? —exigió el Chasch Azul—. No niegas la acusación; tu olor es característico. De alguna manera entraste y saliste de Dadiche; y efectuaste investigaciones furtivas. ¿Por qué?

—Porque nunca había visitado Dadiche antes —dijo Reith—. Vosotros estáis ahora visitando Pera sin ninguna autorización expresa; de todos modos, sois bienvenidos, siempre que respetéis nuestras leyes. Me gustaría pensar que los hombres de Pera pudieran visitar Dadiche bajo las mismas bases.

Los Hombres-Chasch lanzaron roncadas risitas; los Chasch Azules miraron a Reith sombríamente impresionados. El portavoz dijo:

—Has estado difundiendo una falsa doctrina y persuadiendo a los hombres de Pera a que se dejaran engañar por ella. ¿De dónde derivas esas ideas?

—Las ideas no son ninguna falsa doctrina ni engañan a nadie. Son evidentes por sí mismas.

—Tienes que venir con nosotros a Dadiche —dijo el Chasch Azul— y aclarar un cierto número de peculiares circunstancias. Sube a la plataforma.

Sonriendo, Reith negó con la cabeza.

—Si tienes alguna pregunta que hacer, hazla ahora. Luego yo te haré mis preguntas.

El Chasch Azul hizo una seña a los guardias Hombres-Chasch. Ésos avanzaron con la intención de sujetar a Reith. Éste dio un paso atrás, miró hacia las ventanas superiores. Una nube de flechas de catapulta llovió sobre el lugar, atravesando las frentes y los cuellos de los Hombres-Chasch. Pero las flechas dirigidas a los Chasch Azules fueron desviadas por un campo de fuerza, y los Chasch Azules permanecieron incólumes. Fueron a empuñar sus propias armas, pero antes de que pudieran apuntar y disparar Reith desdobló sus brazos. Sujetaba en su mano la célula de energía. Con un rápido barrido de su brazo quemó las cabezas y los hombros de los seis Chasch Azules. Los cuerpos saltaron en el aire a causa de algún reflejo particular, luego se derrumbaron al suelo con un múltiple ruido sordo, donde quedaron tendidos cubiertos por glóbulos de plata fundida.

El silencio era completo. Lo espectadores parecían estar conteniendo la respiración. Todos se volvieron para apartar sus ojos de los cadáveres y mirar a Reith; luego, como movidos por un mismo presentimiento, todos se volvieron para mirar hacia Dadiche.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —susurró Bruntego el Gris—. Estamos perdidos. Nos darán como alimento a sus flores rojas.

—Exactamente —dijo Reith—, a menos que tomemos medidas para impedirselo. —Hizo una seña a Traz; recogieron las armas y el resto del equipo de los descabezados Chasch Azules y de los Hombres-Chasch; luego Reith ordenó que los cuerpos fueran retirados y enterrados.

Se dirigió hacia la plataforma, subió a ella. Los controles —un amontonamiento de pedales, palancas y brazos flexibles— estaban más allá de su comprensión. Anacho el Hombre-Dirdir subió para echar un vistazo a la plataforma. Reith preguntó:

—¿Sabes cómo funciona esta cosa?

Anacho soltó un gruñido despectivo.

—Por supuesto. Se basa en el antiguo Sistema Daidne.

Reith miró a lo largo de la plataforma.

—¿Qué son esos tubos? ¿Cañones energéticos Chasch?

—Sí. Obsoletos, por supuesto, comparados con las armas Dirdir.

—¿Cuál es su alcance?

—No mucha distancia. Son tubos de poca energía.

—Supongamos que montamos cuatro o cinco lanzaarena en la plataforma. Dispondríamos de un considerable poder de fuego.

Anacho asintió brevemente.

—Burdo y chapucero, pero realizable.

Por la tarde del día siguiente, un par de plataformas volaron altas sobre Pera y regresaron a Dadiche sin tomar tierra. A la mañana siguiente una columna de carromatos procedentes de Dadiche bajaron del puerto de Belbal, conduciendo a doscientos Hombres-Chasch y un centenar de oficiales Chasch Azules. Sobre ellos planeaban cuatro plataformas, con artilleros Chasch Azules.

Los carromatos se detuvieron a un kilómetro de Pera; las tropas se desplegaron en cuatro compañías, que se separaron y avanzaron hacia Pera desde sus cuatro lados, mientras las plataformas flotaban sobre ellas.

Reith dividió la milicia en dos escuadrones, y los envió infiltrándose por entre las ruinas hasta los arrabales de la ciudad al sur y al este, donde las tropas Chasch establecerían el primer contacto.

La milicia aguardó hasta que los Hombres-Chasch y los Chasch Azules, avanzando con grandes precauciones, se hubieron adentrado un centenar de metros en la ciudad. Surgieron bruscamente de sus escondites, disparando todos al unísono sus armas: catapultas, lanzaarena, pistolas del arsenal de Goho, las tomadas de los cadáveres de los Chasch.

El fuego se concentró sobre los Chasch Azules, y de éstos dos tercios murieron en los primeros cinco minutos, junto con la mitad de los Hombres-Chasch. Los que quedaron vivos dudaron, luego se retiraron hacia la estepa.

Las plataformas que los sobrevolaban picaron y empezaron a barrer las ruinas con sus rayos. La milicia volvió a ponerse a cubierto mientras las plataformas descendían aún más.

Muy arriba en el cielo apareció otra plataforma: la que Reith había armado con varios lanzaarena y luego había llevado a ocho kilómetros estepa adentro y había ocultado bajo matorrales. Descendió suavemente sobre las plataformas

Chasch, más abajo, cada vez más abajo... Los hombres en los lanzaarena y los rayos energéticos abrieron fuego. Las cuatro plataformas cayeron como piedras. Entonces la plataforma cruzó la ciudad y abrió fuego sobre las dos compañías que estaban penetrando por los sectores norte y este, mientras la milicia abría fuego desde los flancos. Las tropas Chasch se retiraron con grandes pérdidas. Atosigadas por el bombardeo desde el aire, rompieron filas y huyeron por la estepa en un desorden total, perseguidas por las milicias de Pera.

12

Reith conferenció con sus lugartenientes, enfebrecidos por la victoria.

—Hoy hemos vencido porque no nos habían tomado en serio. Pero en cualquier momento pueden lanzar contra nosotros una fuerza abrumadora. Sospecho que esta noche organizarán una fuerte expedición de guerra: todas sus plataformas, todas sus tropas. Y mañana se lanzarán contra nosotros para castigarnos. ¿No suena como algo razonable?

Nadie disintió.

—Puesto que las hostilidades son inevitables, lo mejor es que seamos nosotros quienes tomemos la iniciativa e intentemos preparar algunas sorpresas para los Chasch. Tienen una pobre opinión de los hombres, de modo que podemos causarles algún daño. Eso significa llevar nuestra potencia de fuego hasta allá donde más pueda dolerles.

Bruntego el Gris se estremeció y se llevó las manos al rostro.

—Poseen un millar de soldados Hombres-Chasch, y más. Poseen plataformas aéreas y armas energéticas... mientras que nosotros solamente somos hombres, armados en su mayor parte con catapultas.

—Las catapultas matan a un hombre tanto como un rayo de energía — comentó Reith.

—¡Pero las plataformas, los proyectiles, el poder y la inteligencia de los Chasch Azules! Nos destruirán completamente y reducirán Pera a un cráter.

Tostig, el viejo nómada, era de otra opinión.

—En el pasado les hemos servido demasiado bien, y a muy buen precio. ¿Por qué deberían privarse de todo ello, sólo por dar un golpe espectacular?

—¡Porque así es como actúan los Chasch Azules!

Tostig agitó negativamente la cabeza.

—Los Viejos Chasch quizá. Los Chasch Azules no. Preferirán sitiarnos, dejar que nos muramos de hambre, y luego llevarse a nuestros líderes a Dadiche para castigarlos.

—Razonable —admitió Anacho—. ¿Pero podemos esperar que los Chasch Azules se comporten razonablemente? Todos los Chasch están medio locos.

—¡Por esta razón —dijo Reith— debemos devolverles capricho por capricho!

Bruntego, el Gris, adoptó un aire orgulloso.

—El capricho es la única cualidad en la que podemos compararnos a los Chasch Azules.

La discusión prosiguió; fueron hechas y debatidas varias proposiciones, y finalmente se llegó a un tenso acuerdo. Fueron enviados mensajeros a alertar a la población. Entre algunas protestas y quejas, mujeres, niños, ancianos y no cooperativos fueron metidos en carros y enviados en mitad de la noche a una garganta perdida a treinta kilómetros al sur, donde establecerían un campamento temporal.

La milicia se reunió con todas sus armas, luego avanzó en plena noche hacia el puerto de Belbal.

Reith, Traz y Anacho se quedaron en Pera. La jaula que contenía a los guerreros Chasch Verdes había sido envuelta en tela y cargada a bordo de la plataforma. Al amanecer Anacho hizo elevarse la plataforma y la orientó hacia donde miraban los Chasch Verdes: al nor-nordeste. Recorrieron treinta kilómetros, luego otros treinta; entonces Traz, que permanecía sentado observando a los Chasch Verdes a través de un agujero en la tela, exclamó:

—¡Están volviéndose, girando hacia... hacia el oeste!

Anacho desvió la plataforma hacia el oeste, y unos minutos más tarde descubrían un campamento de Chasch Verdes en un bosquecillo de herbosos árboles junto a un pantano.

—No nos acerquemos demasiado —dijo Reith, examinando el campamento a través de su sondoscopio—. Basta con saber que están aquí. Volvamos al puerto de Belbal.

La plataforma regresó al sur, rozando casi los acantilados que miraban hacia el oeste, hacia el océano Schanizade. Pasaron por encima del puerto de Belbal y se posaron en un punto de observación que dominaba tanto Dadiche como Pera.

Pasaron dos horas. Reith fue poniéndose cada vez más nervioso. Sus planes se basaban en hipótesis y suposiciones racionales; los Chasch eran una raza

notablemente caprichosa. Entonces, para alivio de Reith, de Dadiche brotó una larga columna negra. Mirando por su sondascopio, Reith vio un centenar de carros cargados con Chasch Azules y Hombres-Chasch, junto con muchos otros llevando armas y cajas de equipo.

—Esta vez —dijo Reith— nos han tomado en serio. —Escrutó el cielo—. No hay plataformas visibles. Indudablemente enviarán alguna muy arriba, como mínimo, para reconocimiento... Ya es hora de empezar a moverse. Estarán en el puerto de Belbal dentro de media hora.

Hicieron descender la plataforma hasta la estepa, y se posaron a varios kilómetros al sur del camino. Trasladaron la jaula al suelo, luego quitaron la tela que la cubría. Los monstruosos guerreros verdes saltaron en pie para mirar a su alrededor.

Reith soltó el cerrojo, lo corrió, y se retiró a la plataforma, que Anacho hizo elevar inmediatamente en el aire. Los Chasch Verdes saltaron fuera con ensordecedores aullidos de triunfo, y se pusieron en pie como unos gigantes. Alzaron sus metálicos ojos hacia la plataforma y alzaron los brazos en gestos de odio. Volviéndose rápidamente hacia el norte, emprendieron la marcha a toda velocidad a través de la estepa, con el largo y elástico paso de los Chasch Verdes.

Los carros de Dadiche llegaron al puerto de Belbal. Los Chasch Verdes se detuvieron bruscamente, miraron asombrados, luego corrieron hacia unos densos matorrales y permanecieron allí inmóviles, casi invisibles.

Los grandes carros empezaron a descender por el camino, hasta que la hilera de vehículos se extendió a lo largo de más de un kilómetro.

Anacho hizo deslizar la plataforma a lo largo de un oscuro barranco, casi hasta la cadena de colinas, y la posó. Reith escrutó el cielo en busca de plataformas, luego miró hacia el este. Los Chasch Verdes, entre los matorrales, eran invisibles. Las fuerzas de Dadiche eran una oruga amenazadora arrastrándose hacia las ruinas de la antigua Pera.

A sesenta kilómetros al norte estaban acampados los Chasch Verdes.

Reith regresó a la plataforma.

—Hemos hecho lo que hemos podido. Ahora... a esperar.

La expedición de Chasch Azules se acercaba a Pera, y se escindió en cuatro compañías como había hecho antes, rodeando las abandonadas ruinas. Los rayos energéticos fueron apuntados a los lugares sospechosos; los exploradores avanzaron cubiertos por las armas. Alcanzaron el primer amontonamiento de

bloques de cemento y, al no recibir ningún fuego, se detuvieron para reagruparse y seleccionar nuevos objetivos.

Media hora más tarde los exploradores salían de la ciudad, conduciendo ante ellos a los pocos que, por testarudez o simple inercia, habían elegido quedarse en Pera.

Pasaron otros quince minutos mientras esas personas eran interrogadas. Hubo un periodo de indecisión mientras los líderes de los Chasch Azules discutían entre sí. Evidentemente, la ciudad vacía era algo inesperado para ellos, y planteaba un desconcertante dilema.

Las compañías que habían rodeado la ciudad regresaron a la fuerza principal; empezaron a replegarse hacia Dadiche, hoscas y desconsoladas.

Reith escrutó las extensiones al norte en busca de algún movimiento. Si era válida la teoría de la comunicación telepática entre los Chasch Verdes, si odiaban a los Chasch Azules tan furiosamente como se decía, deberían aparecer en escena en cualquier momento. Pero la estepa se extendía hacia el norte lúgubre y vacía y desprovista de movimiento.

Las fuerzas de los Chasch Azules regresaban hacia el puerto de Belbal. De los oscuros matorrales, de detrás de los troncos de los escasos árboles, de los matojos de plantas del peregrino, aparentemente de la nada, brotó una horda de Chasch Verdes. Reith no pudo concebir cómo tantos guerreros, cabalgando gigantescos caballos saltadores, habían podido llegar hasta allí sin ser detectados. Se lanzaron a la carrera contra la columna, trazando arcos de tres metros con sus espadas. Las armas pesadas de los carros no tuvieron tiempo de ser preparadas; los Chasch Verdes cargaron contra ellas, dejando un rastro de carnicería.

Reith apartó la vista, estremecido. Subió a la plataforma.

—Crucemos las montañas, volvamos con los nuestros.

La plataforma se unió a la milicia en el punto de cita previsto, un barranco a un kilómetro al sur del puerto de Belbal. La milicia empezó a descender la colina, manteniéndose a cubierto en los árboles y arbustos y matorrales. Reith se quedó en la plataforma, escrutando el cielo con el sondascopio, temeroso de las plataformas de reconocimiento de los Chasch Azules. Mientras observaba, una veintena de plataformas se alzaron de Dadiche para volar a toda velocidad hacia el este: aparentemente, refuerzos para la castigada expedición de guerra. Reith

las observó desaparecer tras el puerto de Belbal. Volviendo el sondoscopio hacia Dadiche, captó un destello de uniformes blancos bajo sus muros.

—Adelante —dijo a Anacho—. Es ahora o nunca.

La plataforma se deslizó hacia la puerta principal de Dadiche, acercándose más y más. Los guardias, suponiendo que la plataforma era una de las suyas, estiraron los cuellos, perplejos. Reith, tensándose, pulsó el disparador del lanzaarena delantero. El camino al interior de Dadiche estaba expedito. La milicia de Pera penetró en la ciudad.

Saltando de la plataforma, Reith envió a dos pelotones a apoderarse del depósito de naves. Otro pelotón se quedó en el portal con la mayor parte de los lanzaarena y armas energéticas. Dos pelotones fueron enviados a patrullar la ciudad y reforzar la ocupación.

Estos últimos dos pelotones, tan feroces y despiadados como cualquier otro habitante de Tschai, se dispersaron por la medio desierta ciudad, matando a todos los Chasch Azules y Hombres-Chasch, e incluso Mujeres-Chasch, que les ofrecieran resistencia. La disciplina de dos días se evaporó rápidamente; un centenar de generaciones de resentimiento estallaron en derramamiento de sangre y masacre.

Reith, con Anacho, Traz y otros seis, condujo la plataforma hasta el Centro Técnico. Las puertas estaban cerradas; el edificio parecía vacío. La plataforma se posó junto al portal del centro; los lanzaarena derribaron las puertas. Reith, incapaz de contener su ansiedad, corrió al interior del edificio.

Allí, como la otra vez: la forma familiar de la lanzadera.

Reith se acercó, con el corazón desbocado en su pecho. El casco había sido abierto; los motores, los acumuladores, el conversor todo había sido extirpado. La nave era un cascarón vacío.

La perspectiva de encontrar la lanzadera en condiciones casi operativas había sido un sueño imposible. Reith lo había sabido desde un principio. Pero el irracional optimismo había persistido.

Ahora, el irracional optimismo y toda esperanza de regresar a la Tierra debían ser echados a un lado. La lanzadera había sido desventrada. Los motores desmantelados, el tanque de combustible abierto, el exquisito equilibrio de las fuerzas roto.

Reith se dio cuenta de que Anacho estaba de pie a su lado, hombro contra hombro.

—Ésta no es una nave espacial de los Chasch Azules —dijo Anacho

reflexivamente—. Y tampoco es Dirdir, ni Wannek.

Reith se reclinó contra un banco de trabajo, sintiendo que todo vigor escapaba de su mente.

—Cierto.

—Está construida con gran habilidad; demuestra un diseño refinado — murmuró Anacho—. ¿Dónde fue construida?

—En la Tierra —dijo Reith.

—¿La Tierra?

—El planeta de los hombres.

Anacho se dio media vuelta, su calvo rostro de arlequín tenso y convulsionado, los axiomas de toda su existencia despedazados.

—Un concepto interesante —murmuró por encima del hombro.

Reith revisó sombríamente la nave espacial, pero no halló nada que pudiera interesarle. Finalmente regresó al exterior, donde recibió un informe del pelotón que custodiaba el portal. Los restos del ejército de los Chasch Azules habían sido avistados descendiendo la colina, en número suficiente como para sugerir que finalmente habían vencido a los Chasch Verdes.

Los pelotones que habían sido enviados a patrullar la ciudad estaban completamente fuera de control y no podían ser llamados. Dos pelotones custodiaban el campo de aterrizaje, dejando solamente un pelotón en el portal... algo más de cien hombres.

Se preparó una emboscada. El portal fue devuelto a algo parecido a la normalidad. Tres hombres disfrazados como Hombres-Chasch se apostaron en la garita.

Los restos de la expedición de guerra se acercaron al portal. No observaron nada anormal y empezaron a entrar en la ciudad. Los lanzaarena y las armas energéticas abrieron fuego; la columna desapareció. Los supervivientes estaban demasiado asombrados y desconcertados para resistirse. Unos cuantos echaron a correr alocadamente hacia los parques, perseguidos por aullantes hombres con uniformes blancos; otros se quedaron apiñados en un atontado grupo para ser pasivamente masacrados.

Las plataformas tuvieron algo más de suerte. Observando la debacle, regresaron al cielo. Los hombres de la milicia, no familiarizados con la artillería de los Chasch Azules, dispararon de la mejor manera que supieron, y más por suerte que por habilidad destruyeron cuatro plataformas. Las otras se elevaron a

gran altitud, trazaron desconcertados círculos durante cinco minutos, luego partieron hacia el sur: hacia Saaba, Dkekme, Audsch.

Hubo algunos otros conatos de lucha durante todo el resto de la tarde, allá donde la milicia de Pera se encontraba con Chasch Azules que intentaban defenderse por todos los medios. El resto —viejos, mujeres, pequeños— fueron masacrados. Reith intercedió con un cierto éxito por los Hombres-Chasch y Mujeres-Chasch, salvándolos a todos excepto a los guardias de seguridad vestidos de púrpura y gris, que compartieron el destino de sus amos.

Los restantes Hombres-Chasch y Mujeres-Chasch, arrojando a un lado sus falsos cráneos, se reunieron formando una lúgubre multitud en la avenida principal.

Al atardecer, la milicia, saciada de muertes, cargada de botín y poco deseosa de merodear por la ciudad después del oscurecer, se reunió junto al portal. Se encendieron fuegos, se preparó la cena, y todos comieron.

Reith, sintiendo piedad por los miserables Hombres-Chasch, cuyo mundo se había derrumbado de una forma tan repentina, fue hacia donde estaban sentados en un melancólico grupo, con las mujeres llorando suavemente a los muertos.

Un individuo robusto se dirigió a él de forma truculenta.

—¿Qué os proponéis hacer con nosotros?

—Nada —dijo Reith—. Destruimos a los Chasch Azules porque ellos nos atacaron. Vosotros sois hombres; en tanto no nos causéis ningún daño, nosotros no os haremos ninguno.

El Hombre-Chasch lanzó un gruñido.

—Ya habéis hecho daño a muchos de nosotros.

—Porque vosotros elegisteis luchar con los Chasch en contra de los hombres, lo cual es innatural.

El Hombre-Chasch frunció el ceño.

—¿Qué hay de innatural en ello? Somos Hombres-Chasch, la primera fase del gran ciclo.

—Tonterías —dijo Reith—. No sois más Chasch que ese Hombre-Dirdir que hay aquí es un Dirdir. Ambos sois hombres. Los Chasch y los Dirdir os han esclavizado, han explotado vuestra vida. ¡Ya es hora de que sepáis la verdad!

Las Mujeres-Chasch interrumpieron sus llantos, los Hombres-Chasch volvieron sus inexpresivos rostros hacia Reith.

—En lo que a mí respecta —dijo Reith—, podéis vivir como os apetezca. La ciudad de Dadiche es vuestra... hasta que regresen los Chasch Azules.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó el Hombre-Chasch con voz temblorosa.

—Exactamente lo que he dicho. Mañana nosotros volveremos a Pera. Dadiche es vuestra.

—Todo esto está muy bien, pero... ¿qué ocurrirá cuando vuelvan los Chasch Azules, como seguramente harán, de Saaba, de Dkekme, del Lzizaudre?

—¡Matadlos, arrojadlos fuera! ¡Dadiche es ahora una ciudad de los hombres! Y si no creéis que los Chasch Azules os engañaban, id a mirar a la casa de los muertos junto al muro. Se os ha dicho que sois larvas, que los pequeños Chasch Azules germinan en vuestros cerebros. Id a examinar los cerebros de los Hombres-Chasch muertos. No encontraréis pequeños Chasch Azules... solamente cerebros de hombres.

»En lo que a nosotros respecta, podéis volver a vuestras casas. La única prohibición que decreto se refiere a vuestros falsos cráneos. Si los seguís llevando consideraremos que no sois hombres sino Chasch Azules, y actuaremos en consecuencia.

Reith regresó a su propio campamento; desconfiados, como si no pudieran creer en las afirmaciones de Reith, los hasta entonces Hombres-Chasch se deslizaron en la oscuridad hacia sus hogares.

—Escuché lo que dijiste —señaló Anacho a Reith—. ¡No sabes nada respecto a los Dirdir y a los Hombres Dir-dir! ¡Aunque tus teorías fueran válidas, nosotros debemos seguir siendo Hombres-Dirdir! Reconocemos la excelencia, la superlatividad; aspiramos a emular lo inefable... un ideal imposible, puesto que la Sombra nunca puede eclipsar al Sol, y los hombres nunca pueden superar a los Dirdir.

—Para ser un hombre inteligente —restalló Reith— eres extremadamente obstinado y poco imaginativo. Estoy seguro de que algún día reconocerás tu error; hasta entonces, cree lo que quieras.

13

El campamento despertó antes del amanecer. Los carros cargados con el botín partieron hacia el oeste, negros contra el sombrío cielo.

En Dadiche, los Hombres-Chasch, particularmente calvos y enanescos sin sus falsos cráneos, recogieron los cadáveres, los transportaron hasta un enorme pozo, y los enterraron. Una veintena de Chasch Azules fueron descubiertos en su escondite. Saciada ya la sed de sangre de los habitantes de Pera, fueron encerrados en una empalizada, desde donde contemplaron con asombrados ojos el ir y venir de los hombres.

Reith estaba preocupado por la posibilidad de un contraataque de las ciudades de los Chasch Azules en el sur. Anacho lo tranquilizó.

—No tienen estómago suficiente para luchar. Amenazan las ciudades Dirdir con torpedos, pero únicamente para evitar la guerra. Nunca desafían a nadie; se sienten satisfechos viviendo en sus jardines. Pueden enviar a los Hombres-Chasch a importunarnos, pero sospecho que no harán ni siquiera eso, a menos que los amenacemos directamente.

—Quizá sí. —Reith fue a soltar a los Chasch Azules cautivos—. Id a las ciudades del sur —les dijo—. Informad a los Chasch Azules de Saaba y Dkekme que si nos molestan los destruiremos.

—Es un largo camino —croaron los Chasch Azules—. ¿Debemos ir a pie? ¡Danos una de las plataformas!

—¡Caminad! ¡No os debemos nada!

Los Chasch Azules partieron.

Aún no totalmente convencido de que los Chasch Azules no buscaran venganza, Reith ordenó que fueran montadas armas en las nueve plataformas capturadas en el depósito de Dadiche, y las envió a zonas ocultas entre las colinas.

Al día siguiente, en compañía de Traz, Anacho y Derl, exploró Dadiche de una forma mucho más reposada. En el Centro Técnico, examinó una vez más el cascarón de su lanzadera, pensando en el sueño de su posible reparación.

—Si dispusiera de todos los elementos de este taller —dijo—, y contara con la ayuda de una veintena de expertos técnicos, quizá fuera capaz de construir un nuevo sistema impulsor. Aunque puede que sea más práctico intentar adaptar un motor Chasch a la nave... pero entonces habría problemas de control... Mejor construir toda una nueva nave.

Derl frunció el ceño a la inmóvil lanzadera.

—¿Tan ansioso estás, pues, de abandonar Tschai? Ni siquiera has visitado aún Cath. Si lo hicieras, puede que nunca desearas partir.

—Es posible —dijo Reith—. Pero tú nunca has visitado la Tierra. Puede que si lo hicieras no desearas volver a Tschai.

—Debe ser un mundo muy extraño —murmuró la Flor de Cath—. ¿Hay mujeres hermosas en la Tierra?

—Algunas —respondió Reith. Tomó su mano—. Pero también hay mujeres hermosas en Tschai. El nombre de una de ellas es... —y le susurró un nombre en su oído.

Enrojeciendo, ella llevó una mano a la boca de él.

—Chist. ¡Los otros podrían oírlo!



JACK VANCE (28 de agosto de 1916 – 26 de mayo del 2009) fue un escritor norteamericano que cultivó la ciencia ficción, la fantasía e incluso la novela de misterio, usando en este último género distintos seudónimos (John Holbrook Vance [11 novelas], Ellery Queen [3 novelas] y uso en una única ocasión los siguientes: Alan Wade, Peter Held, John van See, y Jay Kavanse). Entre sus obras más destacadas se puede mencionar Los Príncipes Demonio y Alastor en el campo de la ciencia ficción, La Tierra moribunda en el de la fantasía y *The Man in the Cage* en el del misterio. Vance ganó el *World Fantasy Award for Life Achievement* (Premio Mundial de fantasía a la trayectoria vital) en 1984. *The Science Fiction and Fantasy Writers of America* le nombraron su 14º Gran Maestro en 1997 y el Salón de la Fama de la Ciencia Ficción le incluyó entre sus miembros en 2001. Entre los premios a obras individuales se incluyen: 3 Premios Hugo (en 1963 por Hombres y Dragones [*The Dragon Masters*], en 1970 por El último castillo [*The Last Castle*] y en 2010 por sus memorias *This is Me, Jack Vance!*), 1 Nebula (de nuevo por El último castillo), 1 Júpiter por Las diecisiete vírgenes y 1 Edgar (el equivalente al Nébulas en la categoría de misterio) por su debut en el género con *The Man in the Cage*.

El estilo de Jack Vance se caracteriza por la riqueza y la viveza de los mundos por él imaginados. Otras constantes en su bibliografía son los viajes y los barcos

(antes de establecerse como escritor profesional fue un competente miembro de la marina mercante; junto con las familias de sus amigos Frank Herbert y Poul Anderson construyeron un yate para navegar por el delta de Sacramento) y la música (era un gran aficionado a la corneta y al ukelele y tocaba la armónica con notable habilidad). Otro aspecto destacado es que, por lo general, en sus novelas hay pocas referencias a guerras y conflictos armados (notables excepciones son *Dragones y hombres* y la serie *Lyonese*). Lo más habitual es que sus protagonistas se vean envueltos en conflictos de baja intensidad con razas alienígenas. Estos conflictos se centran en casi toda su obra de Ciencia Ficción en aspectos políticos, culturales y sociales.

Entre los autores actuales influenciados por Vance cabe destacar a Dan Simmons (cuya serie *Las crónicas de Hyperion* contiene mucho ecos de la obra de aquél, como reconoce el propio autor en uno de los últimos libros de la serie), Matt Hughes (en varias de sus obras como *Fools Errant* o *The Spiral Labyrinth*) y George R. R. Martin (sobre todo en la serie *Canción de Fuego y Hielo*), por solo mencionar algunos ejemplos. Es que como escribió *The New York Times* Jack Vance «una de las voces mas distintivas e infravaloradas de la literatura americana».

Notas

[1] Palabra intraducible; aproximadamente: un hombre que ha desafiado y profanado su emblema, y en consecuencia ha pervertido su destino. <<

[2] Siguiendo los criterios de la *Vance Integral Edition*, se ha decidido respetar el criterio del autor y sustituir el nombre Wankh por Wannek a lo largo de la tetralogía (N. del E. D.). <<

CIENCIA FICCIÓN

Jack Vance

LOS WANNEK

Una búsqueda a través del planeta
alienígena Tschai, en persecución
de la libertad... o de la muerte.



Varado en el planeta Tschai tras ser destruida la nave que lo había llevado allí, Adam Reith acepta conducir una expedición para devolver a la princesa Ylin Ylan, la Flor de Cath, a su tierra natal al otro lado del globo. Monstruos terrestres y marinos lo aguardan en su periplo, junto con seres humanos y alienígenas dispuestos a robarles, matarles o esclavizarles. Porque Tschai es un antiguo planeta, donde cuatro poderosas razas alienígenas luchan por la supremacía, mientras que los seres humanos son tratados como peones. Nada va a ser fácil para Reith en este viaje. Pero el planeta de la muchacha es inmensamente rico, y su país es tecnológicamente sofisticado. Si Reith tiene alguna posibilidad de regresar alguna vez a la Tierra, ¿dónde puede conseguirla mejor que en Cath? Por supuesto, si puede llegar hasta allí...



Jack Vance

Los Wannek

Ciclo de Tschai 2

ePub r1.2

Insaciable 08.08.13

Título original: *The Wannek (Planet of Adventure, II)*

Jack Vance, 1969

Traducción: Domingo Santos

Portada: Antoni Garcés

Retoque de portada: Piolin y orhi

Editor digital: Insaciable

ePub base r1.0



NOTA DEL EDITOR DIGITAL

Cuando en 1999, más de 300 voluntarios iniciaron a través de internet (y coordinados por el propio autor) la creación de la *The Vance Integral Edition* (una edición limitada en tapa dura de 44 volúmenes con sus obras completas) una de las decisiones que se tomó fue respetar los deseos del autor tanto en las versiones de los textos a publicar como en los títulos.

Como en algún momento de su vida Mr. Vance descubrió cuál era el significado que en el inglés de la Commonwealth se había atribuido a la palabra *wank* éste decidió modificar el nombre de la raza que da título a éste volumen por Wannek. Este editor ha decidido por tanto respetar este deseo.

Prólogo

A doscientos doce años luz de la Tierra flotan la humosa estrella amarilla Carina 4269 y su único planeta Tschai. Al acudir a investigar la fuente de unas señales de radio recibidas en la Tierra, la nave *Explorador IV* fue destruida. Su único superviviente, el explorador estelar Adam Reith, fue rescatado, maltrecho, por Traz Onmale, joven jefe de los nómadas Emblemas.

Desde un principio, la más urgente finalidad de Adam Reith fue regresar a la Tierra, con la noticia de la existencia de Tschai y su extraño conglomerado de razas. En su búsqueda de una espacionave para tal fin se le unieron primero Traz, luego un tal Ankhe at afram Anacho, un Hombre-Dirdir fugitivo.

Reith no tardó en saber que Tschai había sido escenario de antiguas guerras entre tres razas extraplanetarias: los Dirdir, los Chasch y los Wannek. En la actualidad existía un incierto punto muerto, en el que cada raza mantenía su área de influencia, con las vastas tierras interiores abandonadas a los nómadas, fugitivos, bandidos, señores feudales y otras comunidades más o menos civilizadas. Indígenas de Tschai eran los solitarios Phung, y los Pnume, una raza furtiva que vivía en cavernas, túneles y pasadizos bajo las ciudades en ruinas que jalonaban el paisaje del planeta.

Cada una de las razas alienígenas había adoptado o esclavizado a los hombres, los cuales, a lo largo de miles de años, habían evolucionado hacia la correspondiente raza anfitriona, de tal modo que ahora existían los Hombres-Dirdir, los Hombres-Chasch, los Hombres-Wannek y los Pnumekin, además de las otras y más obvias poblaciones humanas.

Reith se sintió desde un principio maravillado ante la presencia de hombres en Tschai. Una tarde, en la posada del recinto para caravanas de la Estepa Muerta, el Hombre-Dirdir Anacho aclaró el asunto:

—Antes de que llegaran los Chasch, los Pnume gobernaban en todas partes.

Vivían en poblados de pequeños domos, pero toda huella de esos poblados ha desaparecido. Ahora moran en cuevas y pasadizos bajo las viejas ciudades, y sus vidas son un misterio. Incluso los Dirdir consideran que trae mala suerte molestar a un Pnume.

—Entonces, ¿los Chasch llegaron a Tschai antes que los Dirdir? —inquirió Reith.

—Es bien sabido —dijo Anacho, maravillándose de la ignorancia de Reith—. Sólo un hombre de una provincia aislada... o de un mundo lejano, ignoraría el hecho. —Lanzó a Reith una mirada interrogadora—. Pero los primeros invasores fueron de hecho los Viejos Chasch, hará un centenar de miles de años. Diez mil años más tarde llegaron los Chasch Azules, procedentes de un planeta colonizado en una era anterior por los viajeros espaciales Chasch. Las dos razas Chasch lucharon por el dominio de Tschai, y apelaron a los Chasch Verdes como tropas de choque.

»Hace sesenta mil años llegaron los Dirdir. Los Chasch sufrieron grandes pérdidas hasta que los Dirdir llegaron en tan gran número que se volvieron vulnerables, a partir de cuyo momento se estableció un equilibrio. Las razas siguen siendo enemigas, con pocos intercambios entre ellas.

»En un tiempo comparativamente reciente, hace diez mil años, estalló una guerra espacial entre los Dirdir y los Wannek, y se extendió hasta Tschai, donde los Wannek construyeron fuertes en Rakh y en el sur de Kachan. Pero ahora la lucha es escasa, excepto alguna que otra escaramuza y emboscada. Cada raza teme a las otras dos y anhela la hora en que pueda eliminarlas y conseguir la supremacía. Los Pnume son neutrales y no toman parte en las guerras, aunque observan con interés y toman notas para su historia.

—¿Y qué hay de los hombres? —preguntó Reith con circunspección—. ¿Cuándo llegaron a Tschai?

—Los hombres —dijo el Hombre-Dirdir a su manera más didáctica— se originaron en Sibol y vinieron a Tschai con los Dirdir. Los hombres son tan plásticos como la cera, y algunos se metamorfosearon, primero en hombres de las marismas, luego, hace veinte mil años, en este tipo. —Y aquí Anacho señaló a Traz, que le devolvió una fulgurante mirada—. Otros, esclavizados, se convirtieron en Hombres-Chasch, Pnumekin, incluso Hombres-Wannek. Hay docenas de híbridos y razas extrañas. Existen multitud de variedades incluso

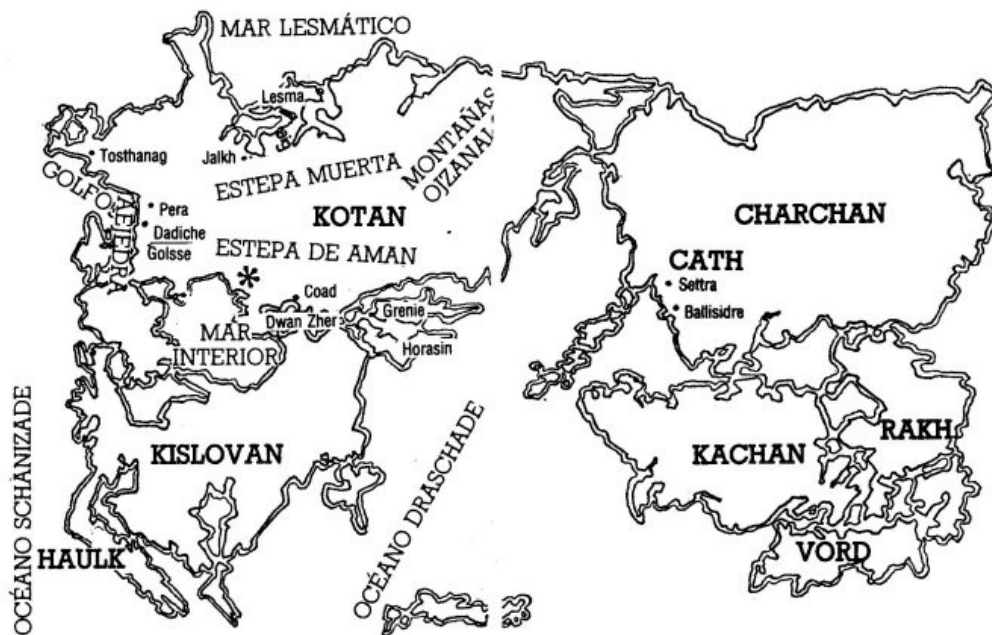
entre los Hombres-Dirdir. Los Inmaculados son casi Dirdir puros. Otros exhiben menos refinamiento. Éste es el entorno que rodeó mi propia desafección: exigí prerrogativas que me fueron negadas, pero que adopté pese a todo...

Anacho siguió hablando, describiendo sus dificultades, pero la atención de Reith no estaba con él. Ahora resultaba claro cómo habían llegado los hombres a Tschai. Los Dirdir conocían el viaje espacial desde hacía más de setenta mil años. Durante este tiempo habían visitado evidentemente la Tierra, dos veces al menos. En la primera ocasión habían capturado una tribu de proto-mongoloides: la naturaleza aparente de los hombres de las marismas a los que había aludido Anacho. En la segunda ocasión —hacía veinte mil años, según Anacho— habían recogido un cargamento de proto-caucasianos. Esos dos grupos, bajo las especiales condiciones de Tschai, habían mutado, se habían especializado, habían vuelto a mutar, habían vuelto a especializarse, hasta producir la sorprendente diversidad de tipos humanos que podían hallarse en el planeta.

Acompañando la caravana que cruzaba la Estepa Muerta iban tres Sacerdotisas del Misterio Femenino y su cautiva: la Flor de Cath, por utilizar su nombre formal, o Ylin Ylan, su nombre de flor, o Derl, su nombre de amigo. Era una muchacha de notable belleza, de mediana estatura, exquisitamente formada si bien algo delgada, con un negro cabello que caía hasta sus hombros y una tez cremosa. Su rostro, en reposo, era pensativo, casi melancólico, como si sus aventuras le hubieran dado ocasión de desaliento, lo cual era posible. Reith se había sentido fascinado por ella a la primera mirada; a la segunda, había entrado en trance. Tomó a la muchacha bajo su protección y prometió cuidar de devolverla sana y salva a su hogar.

Así supo que desde Cath se habían originado las señales de radio que habían atraído a la *Explorador IV* a Tschai. Dos ciudades de Cath, Settra y Ballisidre, habían sido devastadas por torpedos, aparentemente como consecuencia de las señales de radio. Un torpedo había destruido a la *Explorador IV*. ¿Quién había lanzado los torpedos: qué personas, qué raza? Nadie sabía nada.

Reith confiaba en hallar en Cath las facilidades necesarias para construir una pequeña espacionave. Tras conseguir una plataforma volante en Pera, la Ciudad de las Almas Perdidas, Reith partió hacia el este, acompañado por Traz, Anacho el Hombre-Dirdir, y la Flor de Cath.



T S C H A I

* Lugar donde se estrelló la astronave

1

A tres mil kilómetros al este de Pera, sobre el corazón de la Estepa Muerta, la plataforma se estremeció, voló suavemente durante unos instantes, luego se estremeció de nuevo y osciló de una forma ominosa. Adam Reith miró alarmado hacia popa, luego echó a correr hacia el belvedere de control. Alzó la tapa de bronce, llena de volutas, del alojamiento, y miró entre los arabescos, adornos florales y sonrientes rostros infantiles que ocultaban casi maliciosamente el motor.^[1] Ankhe at afram Anacho, el Hombre-Dirdir, se le unió casi inmediatamente.

—¿Sabes qué es lo que ocurre? —preguntó Reith.

Anacho frunció su pálida nariz y murmuró algo acerca de un «anticuado cacharro Chasch» y «esa loca expedición en la que nos hemos metido». Reith, acostumbrado a las debilidades del Hombre-Dirdir, se dio cuenta de que era demasiado vanidoso como para admitir su ignorancia, demasiado desdeñoso para reconocer que unos conocimientos tan básicos se le escapaban.

La plataforma se estremeció de nuevo. Simultáneamente, les llegaron una serie de pequeños ruidos raspantes procedentes de una caja de madera negra situada a un lado del compartimiento del motor. Anacho le dio un imperioso golpe con los nudillos. Los gruñidos y estremecimientos cesaron.

—Corrosión —dijo Anacho—. La acción electromórfica a lo largo de un centenar de años o más. Creo que este motor es una copia del fracasado Heizakim Bursa, que los Dirdir abandonaron hará doscientos años.

—¿Podemos repararlo?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Apenas me atrevo a ponerle la mano encima.

Siguieron escuchando. El motor siguió funcionando sin ninguna otra pausa. Finalmente Reith bajó la tapa. Los dos hombres regresaron a proa.

Traz permanecía acurrucado en un rincón tras haber pasado toda la noche de guardia. En el asiento con su crujiente acolchado verde bajo la adornada linterna de proa se hallaba la Flor de Cath, con las piernas cruzadas, la cabeza apoyada en sus antebrazos, mirando hacia el este, hacia Cath. Llevaba así horas, el pelo flotando al viento, sin decirle nada a nadie. Reith encontraba su conducta desconcertante. En Pera no había dejado de sentir añoranza por Cath; no podía hablar de ninguna otra cosa excepto de la gracia y las comodidades del Palacio del Jade Azul, de la gratitud de su padre si Reith simplemente la devolvía a casa. Había descrito maravillosas fiestas, extravagancias, excursiones acuáticas, máscaras de acuerdo con la vuelta correspondiente del «rondó». («¿“Rondo”? ¿Qué significa “rondó”?», preguntó Reith. Ylin Ylan, la Flor de Cath, rió excitadamente. «¡Simplemente es la forma en que son las cosas y cómo se desarrollan! Todo el mundo debe saber y los listos anticipar: ¡por eso son listos! ¡Oh, es todo tan divertido!») Ahora que habían emprendido realmente el viaje a Cath, el humor de la Flor había cambiado. Se había vuelto pensativa, remota, y eludía todas las preguntas relativas a la fuente de su abstracción. Reith se encogió de hombros y se volvió. Su intimidad había llegado a un final: peor para los dos, se dijo a sí mismo. De todos modos, la pregunta seguía royéndole: ¿por qué? Su finalidad al volar a Cath era doble: primero, cumplir con la promesa que le había hecho a la muchacha; segundo, descubrir, o al menos eso esperaba, una base técnica que le permitiera la construcción de una nave espacial, no importaba lo pequeña o tosca que fuera. Si podía conseguir la cooperación del Señor del Jade Azul, mejor que mejor. De hecho, esta colaboración era una necesidad.

La ruta hasta Cath cruzaba la Estepa Muerta, al sur de las montañas Ojzanalai, luego hacia el nordeste a lo largo de la Estepa de Lok Lu, cruzando el Zhaarken o Páramo Salvaje, sobrevolando el estrecho de Achenkin hasta la ciudad de Nerv, luego al sur bajando por la costa de Charchan hasta Cath. Para la plataforma, fallar en cualquier punto del viaje antes de Nerv significaba el desastre. Como para subrayar este hecho, la plataforma sufrió una breve y única sacudida, luego siguió volando uniformemente.

Pasaron los días. Bajo ellos se deslizaba la Estepa Muerta, parda y gris a la lánguida luz de Carina 4269. Al atardecer cruzaron el gran río Yatl, y durante toda la noche volaron bajo la luna rosa Az y la luna azul Braz. Por la mañana

aparecieron una serie de colinas bajas al norte, que fueron agrandándose poco a poco y creciendo en altura hasta convertirse en las Ojzanalai.

A media mañana aterrizaron en un pequeño lago para volver a llenar los tanques de agua. Traz se sentía intranquilo.

—Los Chasch Verdes están cerca. —Señaló a un bosque, a un par de kilómetros al sur—. Ocultos ahí, observándonos.

Antes de que los tanques estuvieran llenos, una horda de cuarenta Chasch Verdes, montados en caballos saltadores, surgieron del bosque. Ylin Ylan se mostró perversamente lenta en subir a la plataforma. Reith casi la izó a bordo; Anacho tiró de la palanca de elevación... quizá con demasiada brusquedad. El motor rateó; la plataforma cabeceó y osciló.

Reith corrió a popa, alzó la tapa del motor, puñeó la caja negra. El rateo cesó; la plataforma se alzó sólo unos metros por delante de los galopantes guerreros y sus espadas de tres metros. Los caballos saltadores se detuvieron, los guerreros apuntaron sus catapultas, y el aire se llenó de largas flechas de hierro. Pero la plataforma estaba ya a más de cien metros de altura; una o dos de las flechas golpearon contra el casco al límite de su trayectoria y cayeron.

La plataforma, estremeciéndose espasmódicamente, se desvió hacia el este. Los Chasch Verdes partieron en su persecución; la plataforma, rateando, balanceándose, estremeciéndose y ocasionalmente picando de proa, fue dejándolos gradualmente atrás.

El movimiento empezó a hacerse intolerable. Reith golpeó la caja negra de nuevo, sin conseguir ningún efecto aparente esta vez.

—Vamos a tener que repararla —le dijo a Anacho.

—Podemos intentarlo. Pero antes debemos aterrizar.

—¿En la estepa? ¿Con esos Chasch Verdes detrás nuestro?

—No podemos seguir en el aire.

Traz señaló hacia el norte, a una sucesión de colinas que morían en una serie de aislados oteros.

—Mejor que nos posemos sobre uno de esos montes de cima plana.

Anacho condujo la plataforma hacia el norte, provocando oscilaciones aún más alarmantes; la proa empezó a girar como un excéntrico juguete.

—¡Aguanta! —gritó Reith.

—Dudo que podamos alcanzar ese primer otero —murmuró Anacho.

—¡Intenta el siguiente! —chilló Traz. Reith vio que el segundo de los oteros, con escarpadas paredes verticales, era claramente mejor que el primero... si la plataforma podía mantenerse en el aire hasta allí.

Anacho redujo la velocidad a un mero planeo. La plataforma se bamboleó cruzando el espacio hacia el segundo otero y se posó. La ausencia de movimiento fue como el silencio tras el ruido.

Los viajeros descendieron de la plataforma, con los músculos rígidos por la tensión. Reith miró en torno, disgustado: era difícil imaginar un lugar más desolado que aquél, a ciento cincuenta metros por encima del centro de la Estepa Muerta. Demasiado para sus esperanzas de un billete tranquilo hasta Cath.

Traz se acercó al borde del otero y miró por encima del farallón.

—Puede que podamos bajar.

La unidad de supervivencia que Reith había recuperado de la estrellada lanzadera incluía una pistola de proyectiles, una célula de energía, un telescopio electrónico, un cuchillo, antisépticos, un espejo, trescientos metros de fuerte cuerda.

—Podemos bajar —dijo Reith—. Pero yo preferiría volar. —Se volvió hacia Anacho, que examinaba lúgubrementemente la plataforma—. ¿Crees que podemos repararla?

Anacho se frotó sus largas y blancas manos, disgustado.

—Tienes que darte cuenta de que mi entrenamiento en estos asuntos no es muy completo.

—Muéstreme qué va mal —dijo Reith—. Puede que yo consiga arreglarlo.

El rostro de bufón de Anacho pareció hacerse aún más largo. Reith era la refutación viviente de sus más queridos axiomas. Según la ortodoxia de la doctrina Dirdir, los Dirdir y los Hombres-Dirdir habían evolucionado juntos en un mismo huevo primigenio en el mundo natal Dirdir de Sibol; los únicos hombres auténticos eran los Hombres-Dirdir; todos los demás eran fenómenos. Anacho encontraba difícil reconciliar la competencia de Reith con sus preconcepciones, y su actitud era un curioso compuesto de envidiosa desaprobación, renuente admiración y hosca lealtad. Ahora, en vez de permitir que Reith demostrara sus cualidades en otro aspecto, se apresuró a popa de la plataforma y metió su largo y pálido rostro de payaso en la abertura del motor.

La superficie del otero estaba completamente desprovista de vegetación con

pequeños canales de erosión aquí y allá, medio llenos de gruesa arena. Ylin Ylan vagó melancólicamente de un lado para otro. Llevaba los pantalones y la blusa grises de los moradores de la estepa, con una chaquetilla de terciopelo negro; su calzado, negro también, era el primero en hollar las irregulares rocas grises del otero, pensó Reith... Traz estaba mirando hacia el oeste. Reith se le unió en el borde de la roca. Estudió la deprimente estepa, pero no vio nada.

—Los Chasch Verdes —dijo Traz—. Saben que estamos aquí.

Reith escrutó de nuevo la estepa, desde las negras y bajas colinas al norte hasta la bruma del sur. No pudo ver ningún asomo de movimiento, ninguna columna de polvo. Extrajo su sondoscopio, un fotomultiplicador binocular, y examinó nuevamente el paisaje gris amarronado. Entonces vio los saltarines puntos negros, como pulgas.

—Están ahí fuera, sí.

Traz asintió sin gran interés. Reith sonrió, divertido como siempre por la sombría sabiduría del muchacho. Se dirigió a la plataforma.

—¿Cómo van las reparaciones?

La respuesta de Anacho fue un irritado movimiento de brazos y hombros.

—Míralo por ti mismo.

Reith se inclinó y observó la caja negra, que Anacho había abierto, dejando al descubierto una intrincada masa de pequeños componentes.

—El tiempo y la corrosión han hecho su trabajo —dijo Anacho—. Espero poder introducir metal nuevo aquí y aquí. —Señaló—. Lo cual constituye un problema importante, sin herramientas adecuadas.

—Entonces, ¿no podremos seguir el viaje esta noche?

—Quizá mañana al mediodía.

Reith dio un rodeo por la periferia del otero, una distancia de trescientos o cuatrocientos metros, y se sintió algo tranquilizado. Las paredes eran verticales por todas partes, con amontonamientos de rocas en su base, llena de grietas y oquedades. No parecía haber ningún método sencillo de escalar las paredes, y dudaba de que los Chasch Verdes se tomaran tanto trabajo por el placer trivial de masacrar a unos cuantos hombres.

El viejo sol ambarino brillaba bajo en el oeste; las sombras de Reith, Traz e Ylin Ylan se tendían largas cruzando la parte superior del otero. La muchacha dejó de contemplar hacia el este. Miró a Traz y Reith por un momento, luego,

lentamente, casi de forma reluctante, cruzó la arenosa superficie y se reunió con ellos.

—¿Qué es lo que estáis mirando?

Reith señaló. Los Chasch Verdes a lomos de sus caballos saltadores eran visibles ahora a ojo desnudo: oscuras motas brincando en saltos que parecían capaces de descoyuntar los huesos.

Ylin Ylan inspiró profundamente.

—¿Vienen a por nosotros?

—Imagino que sí.

—¿Podemos luchar contra ellos? ¿Y nuestras armas?

—Tenemos los lanzaarena^[2] en la plataforma. Si suben al otero después del anochecer pueden causar algún daño. Durante el día no necesitamos preocuparnos.

Los labios de Ylin Ylan temblaron. Cuando habló, su voz fue casi inaudible.

—Si alguna vez regreso a Cath, me ocultaré en la gruta más alejada del jardín del Jade Azul y nunca más apareceré. Si regreso alguna vez.

Reith pasó un brazo en torno a su cintura: estaba rígida y reacia.

—Por supuesto que regresarás, y reanudarás tu vida allá donde la dejaste.

—No. Puede que ya haya alguna otra Flor de Cath; habrá sido bien recibida... siempre que haya elegido otra flor distinta al Ylin Ylan para su bouquet.

El pesimismo de la muchacha desconcertó a Reith. Había soportado con estoicismo todas las pruebas anteriores; ahora, con perspectivas de regresar a casa, se había vuelto taciturna. Reith lanzó un profundo suspiro y se alejó.

Los Chasch Verdes estaban ya a menos de un par de kilómetros de distancia. Reith y Traz retrocedieron para no llamar la atención en caso de que los Chasch no se hubieran dado cuenta de su presencia allí. La esperanza se disolvió muy pronto. Los Chasch Verdes llegaron a la carrera a la base del otero, desmontaron y se quedaron contemplando la pared del farallón. Reith, mirando por encima del borde, contó cuarenta y tres criaturas. Su altura iba de los dos metros a los dos metros y medio, fornidos y de recios miembros, con escamas verde metálico parecidas a las de un pangolín. Bajo la protuberancia frontal de su cráneo sus rostros eran pequeños y, a los ojos de Reith, como el rostro de un insecto feroz visto bajo una lente de aumento. Llevaban delantales de cuero y arneses en los

hombros; iban armados con espadas que, como todas las espadas de Tschai, parecían largas y poco manejables, y éstas, de dos y medio y tres metros de largo, aún más. Algunos de ellos iban armados con catapultas; Reith se echó hacia atrás para evitar alguna flecha. Miró a su alrededor en busca de rocas que dejar caer por la pared del otero, pero no encontró ninguna.

Algunos de los Chasch cabalgaron rodeando el otero, examinando sus paredes. Traz corrió a lo largo de su periferia, manteniéndolos vigilados.

Todos regresaron al grupo principal, donde se quedaron murmurando y rezongando. Reith tuvo la impresión de que no se sentían muy entusiasmados a escalar la pared del otero. Montaron el campamento, ataron sus caballos saltadores, y les metieron trozos de una sustancia oscura y pegajosa en sus pálidas fauces. Encendieron tres fuegos, sobre los que hirvieron trozos de la misma sustancia con la que habían alimentado a los caballos saltadores, y finalmente se sentaron sobre pequeños montículos en forma de sapo y devoraron alegremente el contenido de sus calderos. El sol disminuyó en intensidad tras la neblina occidental y desapareció. Un crepúsculo ocre invadió la estepa. Anacho bajó de la plataforma y observó a los Chasch Verdes.

—Zants Inferiores —murmuró—. ¿Ves las protuberancias a cada lado de sus cabezas? Así se distinguen de los Grandes Zants y las demás hordas. Ésos no revisten gran importancia.

—A mí me parecen lo bastante importantes —dijo Reith.

De pronto Traz se agitó y señaló. De una de las hendiduras entre dos prominencias rocosas apareció de pronto una alta y oscura sombra.

—¡Un Phung!

Reith miró a través del sondoscopio y vio que la sombra era efectivamente un Phung. De dónde había surgido era ya otro asunto.

Tenía casi dos metros y medio de altura, y cubierto con su amplio y blando sombrero negro y su capa también negra parecía una gigantesca langosta con toga magistral.

Reith estudió su rostro, observando los lentos movimientos de las placas quitinosas en torno a la parte inferior de la cara. Miraba a los Chasch Verdes con una meditativa indiferencia mientras éstos permanecían inclinados sobre sus calderos a menos de diez metros de distancia.

—Están locos —susurró Traz con los ojos brillantes—. ¡Mira, va a hacer

alguno de sus trucos!

El Phung bajó sus largos y delgados brazos, alzó una roca de regular tamaño y la lanzó por el aire en una alta curva. La roca cayó entre los Chasch, golpeando a uno de ellos en su robusta espalda.

Los Chasch Verdes saltaron como movidos por resortes, mirando con ojos furiosos hacia la parte superior del otero. El Phung se mantuvo inmóvil, perdido entre las sombras. El Chasch que había sido golpeado estaba tendido boca abajo en el suelo, agitando brazos y piernas de una forma convulsivamente natatoria.

El Phung alzó hábilmente otra roca de respetables dimensiones y la lanzó alta por el aire, pero esta vez los Chasch vieron el movimiento. Lanzando chillidos de furia, agarraron sus espadas y se lanzaron contra él. El Phung dio un tranquilo paso hacia un lado; luego, con un majestuoso floreo de su capa, arrancó una espada de manos de sus enemigos y la esgrimió como si fuera un palillo para los dientes, volteándola, sajando, pinchando, cortando alocadamente con ella, al parecer sin plan ni dirección. Los Chasch se dispersaron; algunos quedaron tendidos en el suelo, y el Phung siguió saltando de un lado para otro, cortando y pinchando sin discriminación: los Chasch Verdes, el fuego, el aire, como un juguete mecánico fuera de control.

Tomando mil precauciones, los Chasch Verdes volvieron al ataque, agitando en todas direcciones sus hojas. El Phung arrojó su espada, y en un momento fue hecho trizas. La cabeza voló separada del torso y aterrizó en el suelo a tres metros de uno de los fuegos, con el blando sombrero negro aún en su sitio. Reith observó la escena a través del sondoscopio. La cabeza parecía consciente y absolutamente despreocupada. Los ojos contemplaban el fuego; las placas de su boca seguían moviéndose lentamente.

—Vivirá durante días, hasta que se seque —dijo Traz con voz ronca—. Se irá endureciendo gradualmente.

Los Chasch no prestaron mayor atención a la criatura, sino que ensillaron inmediatamente sus caballos saltadores. Cargaron sus cosas, y cinco minutos más tarde se habían hundido en las sombras. La cabeza del Phung siguió rumiando ante las vacilantes llamas.

2

Durante un tiempo los tres hombres permanecieron observando la estepa desde el borde del precipicio. Traz y Anacho iniciaron una discusión acerca de la naturaleza de los Phung. Traz afirmaba que eran el producto de una unión innatural entre los Pnumekin y los cadáveres de los Pnume.

—El semen penetra en la carne en descomposición como un gusano en la madera, y finalmente rompe la piel y surge como un joven Phung, no muy diferente de un miembro calvo de las jaurías de la noche.

—¡Una idiotez absoluta, muchacho! —dijo Anacho con divertida condescendencia—. Seguramente se reproducen como los Pnume: un proceso sorprendente en sí, si lo que he oído al respecto es cierto.

Traz, no menos orgulloso que el Hombre-Dirdir, se volvió incisivo.

—¿Cómo puedes hablar con tanta seguridad? ¿Has observado el proceso? ¿Has visto a un Phung con otros de su especie, o cuidando de uno de sus pequeños? —Hizo una mueca burlona—. ¡No! ¡Siempre van solos, están demasiado locos para procrear!

Anacho agitó un dedo en un gesto irritantemente didáctico.

—Los Pnume raramente son vistos en grupos; de hecho, raramente los vemos solos tampoco. Y sin embargo se reproducen, a su manera peculiar. Las generalizaciones apresuradas suelen ser sospechosas. La verdad es que tras muchos y largos años en Tschai, seguimos sabiendo muy poco tanto de los Phung como de los Pnume.

Traz dejó escapar un gruñido inarticulado, demasiado sensato como para no aceptar lo convincente de la lógica de Anacho, demasiado orgulloso como para abandonar abyectamente su punto de vista. Y Anacho, a su vez, no hizo ningún intento de aprovechar aquella ventaja inicial. A su debido tiempo, pensó Reith, era posible que aprendieran a respetarse mutuamente.

Por la mañana Anacho volvió a trastear con el motor, mientras los otros temblaban al frío aire que soplaba del norte. Traz predijo lúgubrementemente lluvia, y de hecho el cielo empezó a cubrirse y la niebla descendió sobre las cimas de las colinas al norte.

Finalmente Anacho arrojó con disgusto las herramientas a un lado.

—He hecho lo que he podido. La plataforma volará, pero no hasta muy lejos.

—¿Hasta cuán lejos, según tu opinión? —preguntó Reith, dándose cuenta de que Ylin Ylan se había vuelto para escuchar—. ¿Hasta Cath?

Anacho agitó las manos, haciendo que sus dedos aletearan en una intraducible gesticulación Dirdir.

—Imposible llegar hasta Cath por la ruta que tú habías proyectado. El motor está convirtiéndose en polvo.

Ylin Ylan miró hacia otro lado, estudió sus crispadas manos.

—Volando hacia el sur, puede que alcancemos Coad sobre el Dwan Zher —prosiguió Anacho—, y allí tomar pasaje para cruzar el Draschade. Esa ruta es más larga y más lenta... pero es concebible que por ella llegemos hasta Cath.

—Parece que no tenemos elección —dijo Reith.

Durante un cierto tiempo siguieron hacia el sur el curso del enorme río Nabiga, viajando tan sólo a unos pocos metros por encima de la superficie, de modo que las placas repulsoras sufrieran la menor tensión posible. El Nabiga giró luego hacia el oeste, marcando el límite natural entre la Estepa Muerta y la Estepa de Amán, y la plataforma siguió hacia el sur cruzando una región inhóspita de lúgubres bosques, pantanos y marismas; y un día más tarde volvieron a la estepa. En una ocasión vieron una caravana en la distancia: una hilera de carromatos de altas ruedas y bamboleantes carrosvivienda; otra vez pasaron sobre una banda de nómadas que llevaban sobre sus hombros rojos fetiches de plumas y se lanzaron al galope por la estepa con la intención de interceptarlos, sólo para verse distanciados gradualmente.

A última hora de la tarde ascendieron dificultosamente un amontonamiento de colinas marrones y negras. La plataforma se estremeció y osciló; la caja negra emitió ominosos sonidos raspantes. Reith volaba bajo, a veces rozando incluso las copas de los negros helechos arborescentes. La plataforma se deslizó coronando la cima de las elevaciones, y tropezó de frente con un campamento de cabrioleantes criaturas vestidas con voluminosas ropas blancas, aparentemente

hombres. Echaron a correr y se arrojaron al suelo, luego chillaron ultrajados y dispararon sus mosquetones contra la plataforma, cuya errante trayectoria ofrecía un blanco difícil.

Volaron durante toda la noche sobre un denso bosque, y por la mañana el paisaje seguía siendo el mismo: una prieta alfombra negra, verde y marrón cubriendo la Estepa de Amán hasta el límite de la visión, aunque Traz declaró que la estepa terminaba en las colinas, y que debajo de ellos lo que se deslizaba ahora era el Gran Bosque de Daduz. Anacho le contradijo condescendentemente y, desplegando un mapa, señaló varias indicaciones topográficas con su largo dedo blanco para demostrar su punto de vista.

El cuadrado rostro de Traz se volvió testarudo y hosco.

—Éste es el Gran Bosque de Daduz: en dos ocasiones, llevando el Onmale con los Emblemas,^[3] conduje a la tribu hasta aquí en busca de hierbas y tintes.

Anacho apartó el mapa a un lado.

—Eso no cambia nada —observó—. Estepa o bosque, tiene que ser atravesado. —Miró hacia popa cuando el motor emitió un ruido desacostumbrado—. Creo que lograremos llegar a las afueras de Coad, ni un kilómetro más, y cuando alcemos la tapa no encontraremos otra cosa que un montón de herrumbre.

—¿Pero alcanzaremos Coad? —preguntó Ylin Ylan con voz incolora.

—Eso creo. Solamente faltan trescientos kilómetros. Ylin Ylan pareció momentáneamente alegre.

—¡Qué diferente de antes —exclamó—, cuando llegué a Coad cautiva de las sacerdotisas! —El pensamiento pareció deprimirla, y quedó pensativa una vez más.

Se acercaba la noche. Coad estaba todavía a ciento cincuenta kilómetros de distancia. El bosque se había reducido a una sucesión de inmensos árboles negros y dorados, con extensiones intermedias de hierba en las que pastaban hordas de achaparrados animales de seis patas con relucientes colmillos y cuernos. Aterrizar de noche era difícilmente realizable, y a Reith no le importaba llegar a Coad a la mañana siguiente, en lo cual Anacho era de la misma opinión. Detuvieron el movimiento de la plataforma, la ataron a la copa de un árbol, y flotaron sobre sus repulsores para pasar la noche.

Tras la cena, la Flor de Cath se dirigió a su cabina en la parte de atrás del

salón; Traz, tras estudiar el cielo y escuchar los sonidos de los animales a sus pies, se envolvió en sus ropas y se tendió sobre uno de los divanes.

Reith se reclinó contra la barandilla observando cómo la luna rosa, Az, alcanzaba el cenit justo en el mismo momento en que la luna azul, Braz, surgía de detrás del follaje de un alto y lejano árbol.

Anacho se situó a su lado.

—Bien, ¿cuáles son tus pensamientos para mañana?

—No sé nada de Coad. Supongo que lo mejor será preguntar acerca de los medios de transporte disponibles para cruzar el Draschade.

—¿Sigues con la intención de acompañar a la mujer hasta Cath?

—Por supuesto —dijo Reith, ligeramente sorprendido.

Anacho silbó entre dientes.

—Lo único que tienes que hacer es meter a la mujer de Cath en un barco; no necesitas ir tú mismo.

—Cierto. Pero no tengo ninguna intención de quedarme en Coad.

—¿Por qué no? Es una ciudad que incluso los Hombres-Dirdir visitan de tanto en tanto. Si tienes el dinero necesario puedes comprar cualquier cosa en Coad.

—¿Incluso una espacionave?

—Difícil... Parece que persistes en tu obsesión.

Reith se echó a reír.

—Llámalo como quieras.

—Admito mi perplejidad —prosiguió Anacho—. La explicación más plausible, y la que te animo a que aceptes, es que eres un amnésico, y que te has fabricado subconscientemente una fábula para explicar tu propia existencia. La cual, por supuesto, crees fervientemente que es cierta.

—Razonable —admitió Reith.

—Pero quedan aún una o dos circunstancias extrañas —prosiguió pensativo Anacho—. Los notables artilugios que llevas contigo: tu telescopio electrónico, tu arma de energía, otros adminículos. No puedo identificar su artesanía, aunque es equivalente a la del buen equipamiento Dirdir. Supongo que debe proceder del planeta natal Wannek; ¿estoy en lo cierto?

—Siendo como soy un amnésico, ¿cómo quieres que lo sepa?

Anacho lanzó una seca risita.

—¿Y sigues con la intención de ir a Cath?

—Por supuesto. ¿Y tú, qué piensas hacer?

Anacho se encogió de hombros.

—Un lugar es tan bueno como cualquier otro, desde mi punto de vista. Pero dudo que te des cuenta de lo que te espera en Cath.

—No sé nada de Cath —dijo Reith—, excepto lo que he oído. Al parecer, la gente de allá es civilizada.

Anacho se alzó nuevamente de hombros, esta vez condescendiente.

—Son Yao: una raza fervientemente adicta al ritual y a la extravagancia y propensa a los excesos de temperamento. Puede que encuentres difícil adaptarte a lo intrincado de la sociedad de Cath.

Reith frunció el ceño.

—Espero que no sea necesario. La muchacha me ha prometido la gratitud de su padre, lo cual tiene que simplificar el asunto.

—Formalmente, existirá esa gratitud. De eso estoy seguro.

—¿Formalmente? ¿No realmente?

—El hecho de que tú y la muchacha hayáis establecido un arreglo erótico constituye, por supuesto, una complicación.

Reith sonrió ácidamente.

—El «arreglo erótico» ha seguido su curso y ha desaparecido en el horizonte desde hace tiempo. —Miró hacia las cabinas—. Francamente, no comprendo a la muchacha. Parece realmente alterada por la perspectiva de regresar a su casa.

Anacho escrutó la oscuridad.

—¿Tan ingenuo eres? Evidentemente teme el momento en que deba respaldarnos a los tres ante la sociedad de Cath. Se hubiera sentido terriblemente contenta si la hubieras enviado a su casa sola.

Reith lanzó una amarga carcajada.

—En Pera cantaba una canción muy distinta. No dejaba de suplicarme que volviéramos a Cath.

—Entonces la posibilidad era remota. Ahora tiene que enfrentarse a la realidad.

—¡Pero esto es absurdo! Traz es como es. Tú eres un Hombre-Dirdir, de lo cual no tienes por qué avergonzarte...

—No hay dificultad en ninguno de estos casos —afirmó el Hombre-Dirdir

con un elegante floreo de sus dedos—. Nuestros papeles son inmutables. Tu caso es diferente; y puede que fuera mejor para todos que enviases a la muchacha a su casa por su cuenta.

Reith contempló el mar de copas de árboles iluminado por la luz de las lunas. La opinión, asumiendo su validez, distaba mucho de ser lúcida, y presentaba también un dilema. Evitar Cath era renunciar a su mejor posibilidad de conseguir una nave espacial. La única alternativa entonces sería robar una, de los Dirdir, o de los Wanek, o, y esa era la perspectiva menos atrayente de todas, a los Chasch Azules: en resumen, una perspectiva capaz de ponerle a uno nervioso...

—¿Por qué tengo que ser yo menos aceptable que tú o Traz? ¿Debido al «arreglo erótico»?

—Por supuesto que no. Los Yao se preocupan más por la teoría que por la práctica. Me sorprende esa falta de discernimiento por tu parte.

—Culpa de ello a mi amnesia —dijo Reith.

Anacho se encogió de hombros.

—En primer lugar, y posiblemente debido a tu «amnesia», no tienes ninguna cualidad, ningún papel, ningún lugar en el «rondó» de Cath. Como inclasificable, constituyes una distracción, un animal zizyl en medio de un salón de baile. En segundo lugar, y más importante, están tus actitudes, que no encajan con el buen tono en el Cath contemporáneo.

—¿Te refieres con ello a mi «obsesión»?

—Desgraciadamente, es algo similar a un movimiento histórico que distinguió un ciclo anterior del «rondó» —dijo Anacho—. Hace ciento cincuenta años^[4], una camarilla de Hombres-Dirdir fueron expulsados de las academias de Eliasir y Anismna por el crimen de promulgar fantasías. Introdujeron sus creencias en Cath, y estimularon una moda tendenciosa: la Sociedad de los Anhelantes Refluxivos, o el «culto». Sus artículos de fe desafiaban el hecho establecido. Se afirmaba que todos los hombres, Hombres-Dirdir y subhombres eran inmigrantes de un lejano planeta en la constelación de Clari: un paraíso donde las esperanzas de la humanidad se habían visto realizadas. El entusiasmo hacia el «culto» galvanizó Cath; se construyó un radiotransmisor y se proyectaron señales hacia Clari. Toda esa actividad fue detectada en algún lugar; alguien envió torpedos que devastaron Settra y Ballisidre. Normalmente se hace responsable de ello a los Dirdir, pero esto es absurdo; ¿por qué iban a tomarse

todos esos problemas? Te aseguro que se hallan demasiado distanciados de todas estas cosas, se sienten demasiado poco interesados.

»Fueran quienes fuesen los agentes, el destino se cumplió. Settra y Ballisidre fueron arrasadas. El «culto» quedó desacreditado; los Hombres-Dirdir fueron expulsados; el «rondó» volvió a la ortodoxia. Incluso ahora la mención del «culto» es considerada una vulgaridad, y aquí llegamos a tu caso. A todas luces, tú has conocido y asimilado el dogma del «culto»; se manifiesta claramente en tus actitudes, tus actos, tus metas. Pareces incapaz de distinguir los hechos de la fantasía. Si me permites que te lo exponga claramente, te hallas tan desorientado en este aspecto como para sugerir que sufres desórdenes psíquicos.

Reith cerró la boca reprimiendo una alocada risa; aquello no haría más que reforzar las dudas de Anacho respecto a su cordura. Una docena de observaciones brotaron a la punta de su lengua; las refrenó. Finalmente dijo:

—Sea como sea, aprecio tu franqueza.

—No tiene importancia —dijo serenamente el Hombre-Dirdir—. Espero haber aclarado la naturaleza de las aprensiones de la muchacha.

—Sí —dijo Reith—. Como tú, ella me considera un lunático.

El Hombre-Dirdir miró la luna rosa, Az, y parpadeó.

—Mientras se mantuvo fuera del «rondó», en Pera y en los demás lugares, se permitió algunas concesiones. Pero ahora el regreso a Cath es inminente... —No dijo nada más, y se dirigió a su camastro en el salón.

Reith se dirigió al puesto de vigía de proa, bajo la gran linterna delantera. Un frío soplo de viento abofeteó su rostro; la plataforma derivaba lánguidamente atada a la copa del árbol. Del suelo llegó un furtivo crujir de pasos. Reith escuchó; se detuvieron, luego siguieron adelante y se desvanecieron bajo los árboles. Reith alzó la vista hacia el cielo donde la rosada Az y la azul Braz se perseguían. Miró hacia atrás, hacia donde dormían sus camaradas: un joven perteneciente a los nómadas Emblemas, un hombre con rostro de payaso que había evolucionado hacia una raza de desmañados alienígenas, y una hermosa muchacha Yao que le creía loco. A sus pies sonaron nuevos rumores de pisadas. Quizá sí que estuviera realmente loco...

Por la mañana Reith había recobrado su ecuanimidad, y fue capaz incluso de

hallar un cierto humor grotesco en la situación. No se le había ocurrido ninguna buena razón para cambiar sus planes, y la plataforma aérea siguió su renqueante camino hacia el sur como antes. El bosque se redujo a matorrales y dejó paso a aisladas plantaciones y terrenos de pastos, cabañas, torres de vigía contra la aproximación de nómadas, algún camino ocasional lleno de rodadas. La plataforma desplegó una inestabilidad aún más acusada, con una irritante tendencia de caer de popa. A media mañana surgió ante ellos una línea de bajas colinas, y la plataforma se negó a ascender los menos de cien metros necesarios para rebasarlas. Afortunadamente apareció un paso, que la plataforma cruzó bamboleándose con menos de tres metros de margen.

Ante ellos se abrían el Dwan Zher y Coad: una compacta ciudad con apariencia de una asentada antigüedad. Las casas estaban construidas con maderos castigados por la intemperie, y mostraban enormes y picudos techos con una multitud de pronunciados gabletes, excéntricas cornisas, buhardillas y altas chimeneas. Había ancladas una docena de embarcaciones, y otras tantas estaban amarradas al otro lado del puerto, frente a la hilera de oficinas de los consignatarios. Al norte de la ciudad estaba la terminal de caravanas, junto a un largo recinto rodeado de hostelerías, tabernas y almacenes. El recinto parecía un lugar adecuado para posar la plataforma; Reith dudaba de que pudiera sostenerse en el aire otros diez kilómetros.

La plataforma cayó primero de popa; los repulsores lanzaron un tartajoso gruñido y callaron con una significativa sensación de algo definitivo.

—Bien —dijo Reith—, me alegro de que hayamos podido llegar.

El grupo tomó su escaso equipaje, desembarcó, y dejó la plataforma allá donde había aterrizado.

Al final del recinto Anacho hizo algunas indagaciones con un mercader de estiércol y recibió la indicación de que el Gran Continental era la mejor de las hostelerías de la ciudad.

Coad era una ciudad activa. A lo largo de las atestadas calles, a la luz ambarina del sol o fuera de ella, se movían hombres y mujeres de muchas clases y colores: isleños amarillos e isleños negros; comerciantes de cortezas horasianas envueltos en ropas grises; caucasoides como Traz de la Estepa de Aman; Hombres-Dirdir e híbridos de Hombres-Dirdir; sieps enanos de las laderas orientales de las Ojzanalai que tocaban música por las calles; algunos

hombres blancos de planos rostros del lejano sur de Kislovan. Los nativos, o tans, eran una gente amable de zorruno rostro con anchos y relucientes pómulos, barbillas puntiagudas, pelo rojizo o castaño oscuro cortado en flequillo en las orejas y frente. Sus ropas habituales eran pantalones hasta las rodillas, chaquetillas bordadas, redondos sombreros negros en forma de tarta. Eran numerosos los palanquines, conducidos por hombres bajos y robustos con narices curiosamente largas y recio pelo negro en punta: al parecer una raza aparte. Reith no los vio dedicarse a ninguna otra ocupación. Más tarde supo que eran nativos de Grenie, en la embocadura del Dwan Zher.

Reith creyó captar el atisbo de un Dirdir en un balcón, pero no pudo estar seguro. En una ocasión Traz sujetó su brazo y le señaló a un par de delgados hombres con unos anchos pantalones negros, negras capas de cuello alto que los envolvían completamente excepto sus rostros, y blandos sombreros cilíndricos negros con anchas alas: misteriosas e intrigantes caricaturas.

—¡Pnumekin! —siseó Traz con algo en su voz entre el shock y el ultraje—. ¡Míralos! ¡Caminan entre los demás sin mirar a los lados, y sus mentes están llenas de extraños pensamientos!

Llegaron a la hostelería, un edificio de tres plantas de construcción irregular, con un café en la terraza frontal, un restaurante en una glorieta en la parte de atrás, y balcones dominando la calle. Un empleado en una ventanilla tomó su dinero y les distribuyó una serie de extravagantes llaves de hierro negro tan grandes como sus manos, dándoles las instrucciones necesarias acerca de cómo encontrar sus habitaciones.

—Hemos hecho un largo y polvoriento viaje —dijo Anacho—. Necesitamos bañarnos con ungüentos de buena calidad, ropas limpias, y luego queremos cenar.

—Será como ordenan.

Una hora más tarde, limpios y tonificados, los cuatro se reunieron en el vestíbulo de la planta baja. Allá fueron abordados por un hombre de pelo y ojos negros que exhibía un fruncido rostro melancólico. Se dirigió a ellos con voz muy suave:

—¿Sois recién llegados a Coad?

Anacho, instantáneamente suspicaz, retrocedió.

—En absoluto. Somos bien conocidos aquí y no necesitamos nada.

—Represento a la Cofradía de Tomadores de Esclavos, y ésta es mi honesta opinión sobre vuestro grupo. La muchacha vale su buen dinero, el joven algo menos. Generalmente los Hombres-Dirdir se consideran carentes de valor excepto para servidumbres administrativas, para las cuales no tenemos demanda. Puede que seas calificado como un recogedor de caracoles o un cascador de nueces, lo cual no representa un gran valor. Este hombre, sea lo que sea, parece capaz de efectuar trabajos duros, por lo que puede ser vendido al precio estándar. Teniendo todo esto en cuenta, vuestro seguro será de diez sequins a la semana.

—¿Seguro contra qué? —preguntó Reith.

—Contra ser tomados como esclavos y vendidos —murmuró el agente—. Hay una intensa demanda de trabajadores competentes. ¡Pero por diez sequins a la semana —declaró triunfante— podréis pasear por las calles de Coad de noche y de día, tan seguros como si el demonio Harasthy estuviera perchado sobre vuestros hombros! En caso de que seáis secuestrados por algún comerciante no autorizado, la Cofradía ordenará instantáneamente que seáis puestos en libertad.

Reith retrocedió un paso, medio divertido, medio disgustado. Anacho dijo con su voz más nasal:

—Muéstrame tus credenciales.

—¿Credenciales? —preguntó el hombre, dejando colgar su mandíbula.

—Muéstranos un documento, una autorización, una patente. ¿Qué? ¿No tienes nada de eso? ¿Nos tomas por idiotas? ¡Lárgate inmediatamente de aquí!

El hombre se alejó hoscamente. Reith preguntó:

—¿Era realmente un fraude?

—Uno nunca sabe, pero hay que trazar una línea en alguna parte. Vamos a comer algo; después de semanas de legumbres al vapor y plantas del peregrino se me ha abierto el apetito.

Se sentaron en el comedor: de hecho una amplia glorieta al aire libre con un techo de cristal que dejaba pasar una pálida luz marfileña. Sus paredes estaban formadas por negras enredaderas; en las esquinas había helechos púrpura y azul pálido. El día era suave; el extremo de la estancia se abría a una vista sobre el Dwan Zher y a un grupo de cúmulos rizados por el viento allá en el horizonte.

El salón estaba medio lleno; quizá dos docenas de personas cenaban ante una colección de bandejas y bols de madera negra y arcilla roja, hablando en voz baja, observando a la gente de otras mesas con disimulada curiosidad. Traz miró

intranquilo a uno y otro lado, con las cejas desaprobadoramente alzadas ante tanto lujo: indudablemente aquél era su primer encuentro con lo que debía parecerle una acumulación de complicado esnobismo, reflexionó Reith.

Observó que Ylin Ylan contemplaba la estancia como sorprendida por lo que veía. Casi inmediatamente desvió los ojos hacia un lado, como incómoda o azarada. Reith siguió la dirección de su mirada, pero no vio nada fuera de lo normal. Decidió no preguntarle la causa de su turbación, puesto que no deseaba recibir una fría respuesta. Y Reith sonrió incómodo. ¡Vaya situación: casi como si ella estuviera cultivando un positivo desagrado hacia él! Perfectamente comprensible, por supuesto, si la explicación de Anacho era correcta. Su desconcierto respecto a la agitación de la muchacha había sido resuelto por el sardónico Hombre-Dirdir.

—Observa al tipo de aquella mesa del fondo —murmuró Anacho—. El de la chaqueta verde y púrpura.

Reith volvió la cabeza y vio a un agraciado joven con el pelo cuidadosamente peinado y un denso bigote sorprendentemente dorado. Llevaba ropas elegantes, algo arrugadas y muy usadas: una chaqueta de suaves tiras de piel, teñidas alternativamente de verde y púrpura, pantalones de plisada tela amarilla, sujetos en las rodillas y los tobillos por broches en forma de fantásticos insectos. Ligeramente inclinado sobre su cabeza llevaba un gorro cuadrado de suave piel de pelo, orlando con pendientes de cuentas de oro de cinco centímetros de largo; un extravagante *gardenez* de filigrana de oro cubría el puente de su nariz. Anacho murmuró:

—Obsérvalo bien. Se dará cuenta de nuestra presencia. Verá a la chica.

—¿Pero quién es?

Anacho se retorció irritantemente las puntas de los dedos.

—¿Su nombre? Lo desconozco. Su status: alto, según su propia opinión al menos. Es un caballero Yao.

Reith dirigió su atención a Ylin Ylan, que estaba observando al joven caballero con el rabillo del ojo. ¡Era milagrosa la forma en que había cambiado su humor! Había recuperado su viveza, aunque obviamente se retorció en el nerviosismo y la incertidumbre. Lanzó una breve mirada a Reith, y enrojeció al descubrir los ojos del hombre fijos en ella. Inclino la cabeza y se apresuró a servirse los entremeses: uvas grises, galletitas, insectos marinos ahumados,

escamas de helechos adobadas. Reith observó al caballero, que estaba cenando sin demasiado entusiasmo un negro pastel de semillas y un plato de escabeche, con la mirada fija en el mar. Se alzó tristemente de hombros, como descorazonado por sus propios pensamientos, y cambió de postura. Vio a la Flor de Cath, que fingía estar absorta en su comida. El caballero se inclinó hacia delante, claramente sorprendido. Saltó en pie con una tal exuberancia que casi volcó su mesa. Cruzó en tres largas zancadas el comedor y se dejó caer sobre una rodilla, con un profundo saludo que hizo que su capa barrierá el rostro de Traz.

—¡Princesa del Jade Azul! Vuestro servidor Dordolio. Mi misión se ha visto cumplida.

La Flor inclinó la cabeza con la exacta dosis de contención y complacida sorpresa. Reith admiró su aplomo.

—Es agradable —murmuró la muchacha— encontrar por casualidad, en una tierra tan lejana, a un caballero de Cath.

—¡«Casualidad» no es la palabra! Soy uno de la docena de caballeros que partimos en vuestra busca, para ganar la recompensa prometida por vuestro padre y para honrar a nuestros respectivos palacios. ¡Por las barbas del Primer Diablo Pnume, ha recaído sobre mí el honor de encontraros!

—Entonces habéis estado buscando exhaustivamente, ¿no? —dijo Anacho con su voz más suave.

Dordolio se envaró, examinó rápidamente a Anacho, Reith y Traz, y efectuó tres meticulosas inclinaciones de cabeza. La Flor hizo un alegre gesto con la mano hacia ellos, como si los tres hombres fueran sus compañeros casuales en una excursión campestre.

—Mis leales escuderos: me han sido de una ayuda incalculable. De no ser por ellos, dudo que en estos momentos estuviera viva.

—En ese caso —declaró el caballero—, pueden contar para siempre con la protección de Dordolio, Oro y Cornalina. Pueden utilizar mi nombre de campaña, Alutrin Estrelladeoro. —Hizo un saludo que los incluía a los tres, luego chasqueó los dedos en dirección a la camarera—. Una silla, por favor. Cenaré en esta mesa.

La camarera trajo sin demasiadas ceremonias una silla hasta allí; Dordolio se sentó y centró su atención en la Flor.

—¿Cuáles han sido vuestras aventuras? Supongo que habrán constituido una auténtica prueba. Sin embargo, parecéis tan lozana como siempre, como si vuestras penalidades no os hubieran hecho mella.

La Flor se echó a reír.

—¿Con estas ropas de la estepa? Aún no he podido cambiarme, voy a tener que comprar docenas de cosas fundamentales antes de permitir os que me miréis.

Dordolio echó una ojeada a sus ropas grises, hizo un gesto negligente.

—No había notado nada. Sois como siempre. Pero, si lo deseáis, saldremos de compras juntos; los bazares de Coad son fascinantes.

—¡Estupendo! Habladme de vos. ¿Decís que mi padre emitió un decreto?

—Sí, y prometió una recompensa. Los más galantes respondieron. Seguimos vuestro rastro hasta Spang, donde supimos quiénes os habían secuestrado: las Sacerdotisas del Misterio Femenino. Muchos os dieron por perdida, pero yo no. ¡Mi perseverancia se ha visto recompensada! ¡Regresaremos en triunfo a Settra!

Ylin Ylan dirigió una sonrisa más bien críptica a Reith.

—Por supuesto, estoy ansiosa por volver a casa. ¡Qué suerte haberos encontrado aquí en Coad!

—Una suerte notable —dijo secamente Reith—. Hace apenas una hora que hemos llegado procedentes de Pera.

—¿Pera? No conozco ese lugar.

—Está al oeste de la Estepa Muerta.

Dordolio clavó en él una opaca mirada, luego se volvió de nuevo a la Flor.

—¡Cuántas penalidades debéis haber sufrido! ¡Pero ahora estáis bajo la protección de Dordolio! Regresaremos inmediatamente a Settra.

Cenaron. Dordolio e Ylin Ylan no dejaron de hablar con gran animación. Traz, preocupado por los pocos familiares utensilios de mesa, no dejó de lanzarles hoscas miradas, como si sospechara estar haciendo el ridículo. Anacho no les prestaba atención. Reith comió en silencio. Finalmente Dordolio se echó hacia atrás en su silla.

—Ahora vayamos a lo práctico: el paquebote *Yazilissa* está amarrado en el puerto, y dentro de poco parte hacia Vervodei. Es una triste tarea tener que despedirnos de vuestros camaradas, todos ellos buena gente, estoy seguro, pero debemos disponer inmediatamente vuestro regreso a casa.

—Ocurre que todos nosotros vamos a Cath —dijo Reith con voz suave.

Dordolio clavó en él una fría mirada interrogadora, como si Reith hablara un idioma incomprensible.

Se levantó, ayudó a Ylin Ylan a ponerse en pie; los dos se dirigieron hacia la terraza más allá de la glorieta. La camarera trajo la cuenta.

—Son cinco comidas: cinco sequins, por favor.

—¿Cinco?

—El Yao comió en su mesa.

Reith sacó cinco sequins de su bolsa. Anacho lo observaba divertido.

—La presencia del Yao es, de hecho, una ventaja; no vas a llamar tanto la atención a tu llegada a Settra.

—Quizá —dijo Reith—. Por otra parte, esperaba la gratitud del padre de la muchacha. Necesito todos los amigos que pueda conseguir.

—A veces los acontecimientos despliegan una vitalidad propia —observó Anacho—. Los teólogos Dirdir hacen observaciones interesantes al respecto. Recuerdo un análisis de coincidencias... hecho, incidentalmente, no por un Dirdir sino por un Hombre-Dirdir Inmaculado...

Mientras Anacho seguía hablando, Traz salió a la terraza para observar los tejados de Coad; Dordolio e Ylin Ylan pasaron junto a él caminando lentamente, ignorando su presencia. Hirviendo de indignación, Traz regresó junto a Reith y Anacho.

—El dandy Yao le está pidiendo que nos despida. Ella se refiere a nosotros como nómadas... «toscos pero honrados y dignos de confianza».

—No importa —dijo Reith—. Su destino no es el nuestro.

—¡Tú has hecho que prácticamente lo sea! Hubiéramos podido quedarnos tranquilamente en Pera, o dirigirnos a las Islas Afortunadas; en cambio... —alzó disgustado los brazos.

—Las cosas no están ocurriendo como yo esperaba —admitió Reith—. Sin embargo, ¿quién sabe? Puede que sea mejor así. Anacho lo cree, al menos. ¿Te importaría ir a decirle que por favor venga un instante?

Traz fue a cumplir el encargo, y regresó casi inmediatamente.

—¡Ella y el Yao han salido a comprar lo que llaman un atuendo adecuado! ¡Esto es una farsa! ¡Yo he llevado ropas de la estepa durante toda mi vida! Constituyen un atuendo adecuado y útil.

—Por supuesto —dijo Reith—. Bien, dejémosles que hagan lo que quieran.

Quizá sea conveniente que nosotros cambiemos también un poco nuestra apariencia.

El bazar estaba en la zona de los muelles; allá, Reith, Anacho y Traz se procuraron nuevas ropas de material y corte menos toscos: camisas de suave y ligero lino, chaquetillas de manga corta, anchos pantalones bombachos negros, zapatos de suave piel gris.

Los muelles estaban a unos pocos pasos; se dirigieron a ellos para inspeccionar las embarcaciones, y el *Yazilissa* llamó inmediatamente su atención: un barco de tres palos de más de treinta metros de largo, con un alto castillo de popa lleno de ventanas para los pasajeros y una hilera de cabinas en el entrepuente. El muelle estaba lleno de mercancías, y los fardos y cajas eran alzados hasta cubierta y bajados a las calas.

Subieron la pasarela y encontraron al sobrecargo, quien les confirmó que el *Yazilissa* alzaría velas dentro de tres días, tocando los puertos de Grenie y Horasin, luego pondría rumbo a Pag Choda, las Islas de las Nubes, Tusa Tula y el capo Gaiz en la costa oeste de Kachan, y finalmente a Vervodei en Cath: un viaje de sesenta o setenta días.

Reith le preguntó si había pasaje, y supo que todos los camarotes de primera clase estaban reservados hasta Tusa Tula, y todas las cabinas menos una del entrepuente también. Sin embargo, había sitio ilimitado en las acomodaciones de cubierta, las cuales, según el sobrecargo, no eran demasiado incómodas excepto durante las lluvias ecuatoriales. Admitió, de todos modos, que esas lluvias eran frecuentes.

—No me gusta —dijo Reith—. Al menos desearíamos cuatro cabinas de segunda clase.

—Desgraciadamente no puedo complacerles a menos que se produzca alguna anulación, lo cual siempre es posible.

—Muy bien. Me llamo Adam Reith. Puede localizarme en el Gran Hotel Continental.

El sobrecargo le miró con sorpresa.

—¿Adam Reith? Pero si usted y su grupo están ya en la lista de pasajeros.

—Me temo que no —dijo Reith—. Acabamos de llegar a Coad esta mañana.

—Pero hace apenas una hora, quizá menos incluso, un par de Yao subieron a bordo: un caballero y una mujer noble. Hicieron reservas a nombre de «Adam Reith»; la gran suite del castillo de popa, es decir, dos camarotes con un salón privado, y pasaje de cubierta para tres. Les pedí un depósito, y me dijeron que Adam Reith vendría a bordo para pagar los pasajes, que suben dos mil trescientos sequins. ¿Es usted Adam Reith?

—Soy Adam Reith, pero no tengo ninguna intención de pagar dos mil trescientos sequins. En lo que a mí respecta, puede cancelar las reservas.

—¿Qué clase de broma es ésta? —exclamó el sobrecargo—. No me gustan las frivolidades.

—Y a mí aún me gusta menos cruzar el océano Draschade bajo la lluvia —dijo Reith—. Si tiene alguna reclamación que hacer, diríjase al Yao.

—Eso es lo mismo que perder el tiempo —gruñó el sobrecargo—. Bien, que así sea. Si se conforma usted con algo menos de lujo, pruebe en el *Vargaz* ése de ahí al lado. Parte dentro de uno o dos días para Cath, y sin duda encontrará sitio en él.

—Gracias por su ayuda. —Reith y sus compañeros volvieron al muelle y se encaminaron al *Vargaz* un barco de forma redondeada con alta popa y un largo bauprés, ostensiblemente torcido. Sus dos mástiles sostenían un par de velas latinas que colgaban flácidas mientras los marineros las remendaban con trozos de lona nueva.

Reith inspeccionó dubitativo la nave, luego se encogió de hombros y subió a bordo. A la sombra del castillo de popa había dos hombres sentados ante una mesa llena de papeles, plumas, sellos, cintas y una jarra de vino. El más imponente de los dos era un hombre fornido, desnudo hasta la cintura, que exhibía un pecho repleto de recio vello negro. Tenía la piel oscura y unos rasgos pequeños y duros en un rostro redondo e impassible. El otro hombre era delgado, casi frágil, y llevaba una chilaba blanca suelta y una chaqueta del mismo color amarillo que su piel. Un largo bigote caía tristemente de las comisuras de su boca; llevaba una cimitarra al cinto. Un par de ostensibles rufianes, pensó Reith.

—¿Qué desea, señor? —preguntó el hombre fornido.

—Transporte hasta Cath con el máximo de comodidades posibles —dijo Reith.

—Lo que pide es bastante poco. —El hombre se puso en pie—. Le mostraré

lo que tengo disponible.

Finalmente Reith pagó un depósito por dos cabinas pequeñas para Anacho e Ylin Ylan, y un camarote más grande que él podía compartir con Traz. No eran muy aireados, ni espaciosos, ni demasiado limpios, pero Reith pensó que podían haber sido peores.

—¿Cuándo parte el barco? —preguntó al fornido capitán.

—Mañana al mediodía, con la marea. Es preferible que estén a bordo a media mañana; mi barco es puntual.

Los tres regresaron por las atestadas calles de Coad hasta el hotel. Ni la Flor ni Dordolio estaban allí. A última hora de la tarde regresaron en un palanquín, seguidos por tres porteadores cargados de paquetes. Dordolio bajó, ayudó a Ylin Ylan a hacer lo mismo, y entraron en el hotel seguidos por los porteadores y el jefe de varas del palanquín.

Ylin Ylan llevaba una graciosa túnica de seda verde oscuro, con un corpiño azul oscuro. Un encantador gorrito de redecilla de aspecto cristalino sujetaba su pelo. Vaciló al ver a Reith, se volvió a Dordolio y le dijo unas palabras. Dordolio tironeó su extraordinario bigote dorado y se dirigió hacia donde estaba Reith con Anacho y Traz.

—Todo está arreglado —dijo Dordolio—. He reservado pasajes para todos a bordo del *Yazilissa*, un barco de excelente reputación.

—Me temo que has incurrido en gastos innecesarios —dijo Reith educadamente—. Yo he tomado otras disposiciones.

Dordolio dio un paso atrás, perplejo.

—¡Pero tendrías que haberme consultado!

—No puedo imaginar por qué —dijo Reith.

—¿Qué barco has elegido? —preguntó Dordolio.

—El *Vargaz*.

—¿El *Vargaz*? ¡Bah! Una cochiguera flotante. Jamás viajaría en el *Vargaz*.

—No necesitas hacerlo: tú viajas en el *Yazilissa*.

Dordolio tironeó de su bigote.

—La Princesa del Jade Azul también prefiere viajar a bordo del *Yazilissa*, en el mejor camarote disponible.

—Eres un hombre extremadamente generoso —dijo Reith—, reservando pasaje de lujo para un grupo tan grande.

—De hecho, hice todo lo que pude —admitió Dordolio—. Puesto que tú estás a cargo de los fondos del grupo, el sobrecargo te pasará la cuenta.

—En absoluto —dijo Reith—. Te recuerdo que ya he reservado pasaje a bordo del *Vargaz*.

Dordolio silbó malhumorado entre dientes.

—Ésta es una situación insufrible.

Los porteadores y el jefe de varas del palanquín se acercaron e hicieron a Reith una inclinación de cabeza.

—Aquí están nuestras cuentas —dijeron.

Reith alzó las cejas. ¿Acaso la ligereza de Dordolio no tenía límites?

—Por supuesto, tenéis derecho a cobrarlas. Al que contrató vuestros servicios. —Se puso en pie. Se dirigió a la habitación de Ylin Ylan, llamó a la puerta. Oyó un sonido de movimiento dentro; la muchacha atisbo por la mirilla. La parte superior de la puerta se abrió una rendija.

—¿Puedo entrar? —preguntó Reith.

—Estoy vistiéndome.

—Esto no representó ninguna diferencia antes.

La puerta se abrió; Ylin Ylan se echó a un lado, un tanto mustia. Reith entró. Había paquetes por todas partes, algunos abiertos y revelando ropas y pieles, zapatillas, corpiños bordados, tocados de filigrana. Reith miró sorprendido a su alrededor.

—Tu amigo es extravagantemente generoso.

La Flor fue a decir algo, luego se mordió los labios.

—Estas pocas cosas son necesidades para el viaje a casa. No tengo intención de llegar a Vervodei como una fregona. —Lo dijo con una altivez que Reith no había oído nunca antes—. Todo esto será considerado como gastos de viaje. Por favor, presenta la cuenta a mi padre, y él te reembolsará satisfactoriamente.

—Me pones en una difícil situación —dijo Reith—, en la que inevitablemente voy a perder mi dignidad. Si pago, soy un patán y un imbécil; si no lo hago, soy un tacaño sin corazón. Creo que hubieras podido manejar la situación con un poco más de tacto.

—La cuestión del tacto no apareció en ningún momento —dijo la Flor—. Yo deseaba esos artículos. Los encargué y dije que los trajeran aquí.

Reith hizo una mueca.

—No voy a discutir el tema. He subido solamente para decirte esto: he reservado pasaje a Cath a bordo del *Vargaz* que parte mañana. Es un barco sencillo y sin lujos; necesitarás ropas sencillas y sin lujos.

La Flor se lo quedó mirando desconcertada.

—¡Pero si el Noble Oro y Cornalina ya reservó pasaje a bordo del *Yazilissa*!

—Si él quiere viajar a bordo del *Yazilissa*, es completamente libre de hacerlo, si es que puede pagar su pasaje, por supuesto. Precisamente acabo de notificarle que no voy a pagar ni sus paseos en palanquín, ni su pasaje a Cath, ni

—Reith hizo un gesto hacia los paquetes— esas espléndidas prendas que a todas luces te animó a seleccionar.

Ylin Ylan enrojeció furiosamente.

—Nunca imaginé llegar a descubrir toda tu mezquindad.

—La alternativa es peor. Dordolio...

—Ése es su nombre de amigo —dijo Ylin Ylan con una voz llena de sobreentendidos—. Será mejor que utilices su nombre de campaña, o su nombre formal: Noble Oro y Cornalina.

—Sea como sea, el *Vargaz* parte mañana. Puedes subir a bordo o quedarte en Coad, como desees.

Reith regresó al salón de abajo. Los porteadores y el jefe de varas del palanquín se habían ido. Dordolio estaba de pie en el porche delantero. Los enojados adornos que realzaban sus pantalones a la altura de las rodillas habían desaparecido.

3

El *Vargaz* ancho de manga, con su alta y afilada proa, hundida parte central y elevado castillo de popa, se balanceaba tranquilamente sujeto por sus amarras junto al muelle. Como todas las cosas en Tschai, su aspecto era exagerado, con cada una de sus características espectacularmente realzada. La curva del casco era excesiva, el bauprés parecía querer horadar el cielo, las velas no eran más que un puro remiendo.

La Flor de Cath acompañó en silencio a Reith, Traz y Anacho el Hombre-Dirdir a bordo del *Vargaz* con un porteador tras ellos llevando su equipaje en un carretón de mano.

Media hora más tarde Dordolio apareció en el muelle. Estudió el *Vargaz* durante uno o dos minutos, luego subió la pasarela. Habló brevemente con el capitán, arrojó una bolsa sobre la mesa. El capitán frunció el ceño, mirando de soslayo bajo sus densas cejas negras, meditando. Abrió la bolsa, contó los sequins y los consideró insuficientes, y lo dijo. Dordolio llevó reluciente la mano a su bolsillo, encontró la suma requerida, y el capitán señaló con el pulgar hacia el castillo de popa.

Dordolio dio un tirón a su bigote, alzó los ojos hacia el cielo. Fue a la pasarela e hizo una seña a un par de porteadores, que subieron su equipaje a bordo. Luego, con una formal inclinación de cabeza hacia la Flor de Cath, fue a apoyarse en la barandilla en la parte más alejada del barco, contemplando sombríamente al otro lado del Dwan Zher.

Otros cinco pasajeros subieron a bordo: un mercader bajito y gordo con un caftán gris oscuro y un sombrero alto y cilíndrico; un hombre de las Islas de las Nubes, con su esposa y dos hijas: unas muchachitas vivaces y frágiles, de pálida piel y pelo anaranjado.

Una hora antes del mediodía el *Vargaz* desplegó las velas, recogió las

amarras y empezó a apartarse del muelle. Los tejados de Coad se convirtieron en oscuros prismas amarrados esparcidos a lo largo de la colina. La tripulación tensó las velas, recogió las cuerdas, luego puso al descubierto un rudimentario cañón, que fue arrastrado hasta la proa.

—¿Qué es lo que temen? ¿Piratas? —preguntó Reith a Anacho.

—Una precaución. Mientras vean un cañón, los piratas se mantendrán a distancia. No tenemos nada que temer: raras veces son vistos en el Draschade. Un problema más importante es el reavituallamiento. Pero el capitán parece un hombre acostumbrado a vivir bien, lo cual es un signo optimista.

El barco avanzó a buena marcha durante toda la brumosa tarde. El Dwan Zher estaba tranquilo y mostraba un resplandor perlino. La línea de la costa desapareció al norte; no se veían otras embarcaciones por ninguna parte. Llegó el ocaso: un lánguido despliegue de ocre y marrones oscuros, y con él una fría brisa que hizo que el agua se agitara en pequeñas olitas en torno a la alta y afilada proa.

La comida de la noche fue sencilla pero apetitosa: lonchas de carne seca muy especiada, una ensalada de verduras crudas, paté de insectos, escabeche, suave vino blanco servido en garrafones de cristal verde. Los pasajeros comieron en medio de un prudente silencio; en Tschai los desconocidos eran objeto de instintiva sospecha. El capitán no tenía tales inhibiciones. Comió y bebió abundantemente, y regaló a sus compañeros de mesa con bromas, reminiscencias de anteriores viajes, divertidas suposiciones acerca de los propósitos del viaje de cada pasajero: una actuación que gradualmente descongeló la atmósfera. Ylin Ylan comió poco. No dejaba de mirar a las dos muchachas de pelo naranja, cada vez más consciente del enorme atractivo de su fragilidad. Dordolio permanecía sentado algo apartado de los demás, prestando poca atención a la conversación del capitán, pero mirando de tanto en tanto de soslayo a las dos muchachas y atusándose el bigote. Después de la cena llevó a Ylin Ylan hacia proa, donde contemplaron las fosforescentes anguilas marinas que se apartaban como saetas ante la aproximación de la nave. Los otros se sentaron en bancos a lo largo de la alta popa, manteniendo circunspectas conversaciones mientras la rosa Az y la azul Braz surgían del horizonte, la una inmediatamente después de la otra para enviar un par de reflejos al agua.

Uno a uno, los pasajeros fueron retirándose a sus cabinas, y finalmente el

barco quedó al cuidado del timonel y del vigía.

Los días fueron pasando lentamente: frías mañanas de nacarada bruma pegada al mar; mediodías con Carina 4269 ardiendo en el cielo; tardes cobrizas; noches tranquilas.

El *Vargaz* tocó brevemente dos pequeños puertos en la costa de Horasin: poblados sumergidos en el follaje de gigantescos árboles gris verdosos. El *Vargaz* descargó pieles y utensilios de metal, cargó a bordo fardos de nueces, tarros de frutas en conserva, tablones de hermosa madera rosada y negra.

El *Vargaz* se alejó de Horasin y enfiló hacia el océano Draschade, poniendo rumbo al este a lo largo del ecuador, tanto para aprovechar la contracorriente como para evitar las desfavorables condiciones atmosféricas al norte y al sur.

Los vientos eran inconstantes; el *Vargaz* se bamboleaba perezosamente en un mar apenas ondulado.

Los pasajeros se distraían de las formas más diversas. Las muchachas del pelo naranja, Heizari y Edwe, jugaban a los tejos, e incordiaron a Traz hasta que éste se les unió finalmente.

Reith enseñó al grupo una variante del juego, el tejo de cubierta, especial para ser jugado en la cubierta de un barco, y la idea fue acogida con entusiasmo. Palo Barba, el padre de las muchachas, se presentó como maestro de esgrima, y él y Dordolio practicaban la espada durante una hora o así cada día, Dordolio desnudo hasta la cintura y con una cinta negra sujetando su pelo. Dordolio manejaba la espada dando fuertes golpes en cubierta con los pies y lanzando sincopadas exclamaciones. Palo Barba era menos espectacular en su exhibición, pero ponía un gran énfasis en las posturas tradicionales. Reith observaba ocasionalmente sus confrontaciones, y en una ocasión aceptó la invitación de Palo Barba de cruzar sus espadas. Reith encontró las hojas algo largas y demasiado flexibles, pero se comportó honorablemente. Observó que Dordolio efectuaba observaciones críticas a Ylin Ylan, y más tarde Traz, que había oído lo que decían, le informó de que Dordolio había calificado su técnica como «ingenua y excéntrica».

Reith se limitó a encogerse de hombros y sonrió. Dordolio era un hombre al que Reith había juzgado ya imposible de poder tomar en serio.

En dos ocasiones fueron avistadas otras velas en la distancia; en una ocasión, un largo barco negro a motor cambió de rumbo de una forma siniestra.

Reith inspeccionó la embarcación con su sondoscopio. Una docena de hombres altos de piel amarilla llevando complicados turbantes negros estaban de pie en cubierta observando el *Vargaz*. Reith informó de todo ello al capitán, que se limitó a hacer un gesto casual con la cabeza.

—Piratas. No nos molestarán: demasiado riesgo.

El barco pasó a más de un kilómetro al sur, luego viró y desapareció hacia el sudoeste.

Dos días más tarde apareció una isla al frente: un promontorio montañoso cuya parte delantera estaba tapizada de altos árboles.

—Gozed —dijo el capitán, en respuesta a la pregunta de Reith—. Nos quedaremos aproximadamente un día. ¿No ha estado nunca en Gozed?

—Nunca.

—Pues le espera una sorpresa. O quizá, por otra parte... —aquí el capitán inspeccionó atentamente a Reith— ...puede que no. No puedo decirlo, puesto que las costumbres de su tierra natal me son desconocidas. ¿Y desconocidas tal vez para usted mismo? Tengo entendido que es amnésico.

Reith hizo un gesto como de disculpa.

—Nunca discuto las opiniones de los demás acerca de mí mismo.

—Una extraña costumbre —declaró alegremente el capitán—. Pese a que lo he intentado, no puedo llegar a decidir cuál es su país natal. Es usted un completo extraño para mí.

—Digamos que soy un vagabundo —dijo Reith—. Un nómada, si lo prefiere.

—Para un vagabundo, es usted a veces sorprendentemente ignorante. Bien, de todos modos, ahí delante tenemos Gozed.

La isla fue creciendo, recortada contra el cielo. Reith miró a través del sondoscopio y pudo ver una zona en la parte delantera de la orilla donde los árboles habían sido desprovistos de sus hojas y convertidos en algo parecido a retorcidos postes, cada uno de los cuales sostenía una, dos o tres redondas chozas. El suelo debajo de ellos era desnuda arena gris, limpia de restos marinos y cuidadosamente rastrillada. Anacho el Hombre-Dirdir inspeccionó el poblado a través del sondoscopio.

—Más o menos lo que había esperado.

—¿Conoces Gozed? El capitán ha hecho que el lugar suene casi como un misterio.

—No hay ningún misterio. La gente de la isla es muy religiosa; adoran a los escorpiones de mar nativos de las aguas que rodean la isla. Son tan grandes o más que un hombre, o al menos eso me han dicho.

—¿Por qué mantienen sus chozas tan altas?

—Por la noche los escorpiones salen del mar para reproducirse, lo cual hacen poniendo sus huevos en un animal huésped, a menudo una mujer que es abandonada en la playa con esa finalidad. Los huevos eclosionan, y la «Madre de los Dioses» es devorada por las larvas. En los últimos estadios, cuando el dolor y el éxtasis religioso producen un curioso estado psicológico en la «Madre», echa a correr por la playa y termina arrojándose por sí misma al mar.

—Una religión más bien inquietante.

El Hombre-Dirdir asintió.

—De todos modos, parece convenir perfectamente a los habitantes de Gozed. Hubieran podido cambiarla en cualquier momento que hubieran querido. Los subhombres son notoriamente susceptibles a aberraciones de este tipo.

Reith no pudo evitar una sonrisa, y Anacho lo examinó con sorpresa.

—¿Puedo preguntarte la fuente de tu regocijo?

—Se me ocurre que las relaciones de los Hombres-Dirdir con respecto a los Dirdir no son demasiado distintas a las de la gente de Gozed con respecto a sus escorpiones.

—No consigo ver la analogía —declaró Anacho, algo rígidamente.

—Es la simplicidad misma: ambos son víctimas de seres no humanos que utilizan a los hombres para sus necesidades particulares.

—¡Bah! —murmuró Anacho—. En muchos aspectos eres el más equivocado de todos los hombres vivos. —Se dirigió bruscamente a popa, y se quedó allí contemplando el mar. Las presiones estaban actuando sobre el subconsciente de Anacho, pensó Reith, haciéndole sentirse inseguro.

El *Vargaz* avanzó con precaución hacia la playa, giró tras una prominencia rocosa incrustada de percebes, y echó el ancla. El capitán fue a la orilla con una chalupa; los pasajeros lo vieron hablar con un grupo de hombres de piel blanca y rostro severo, totalmente desnudos excepto unas sandalias y unas redecillas sujetando hacia atrás su largo pelo color hierro.

Se llegó a un acuerdo; el capitán volvió al *Vargaz*. Media hora más tarde un par de barcazas partieron de la orilla y se acercaron al barco. Se preparó la grúa de carga; se izaron balas de fibras e hilos; otras balas y cajas fueron bajadas a las barcazas. Dos horas más tarde de la llegada a Gozed el *Vargaz* largó velas, recogió el ancla y partió cruzando el Draschade.

Tras la cena los pasajeros se sentaron en la cubierta delantera del castillo de popa con una linterna oscilando sobre sus cabezas, y la charla derivó hacia los habitantes de Gozed y su religión. Val Dal Barba, la esposa de Palo Barba, madre de Eizari y Edwe, creía que el ritual era injusto.

—¿Por qué ha de haber solamente «Madres de los Dioses»? ¿Por qué esos hombres de pétreos rostros no bajan a la playa y se convierten en «Padres de los Dioses»?

El capitán dejó escapar una risita.

—Parece como si todos los honores fueran reservados a las damas.

—Las cosas nunca serían así en Murgen —declaró vehementemente el mercader—. Pagamos apreciables diezmos a los sacerdotes, y ellos aceptan toda la responsabilidad de apaciguar a Bisme; de este modo nosotros no tenemos problemas.

—Un sistema tan razonable como cualquier otro —admitió Palo Barba—. Este año nosotros nos hemos suscrito a la Gnosis Pansogmática, una religión con mucha virtud.

—A mí me gusta mucho más que el Tutelanismo —dijo Edwe—. Simplemente recitas la letanía, y ya tienes bastante para todo el resto de la jornada.

—El Tutelanismo era un terrible aburrimiento —estuvo de acuerdo Heizari—. ¡Había que aprendérselo todo de memoria! ¿Y recuerdas esa horrible Convocación de las Almas, donde los sacerdotes se mostraban tan familiares? A mí me gusta mucho más la Gnosis Pansogmática.

Dordolio lanzó una risita indulgente.

—Preferís no tener que involucraros mucho. Yo mismo me inclino en esa dirección. La doctrina Yao, por supuesto, es en cierto modo un sincretismo; o mejor dicho, en el transcurso del «rondó», todos los aspectos del Inefable reciben la oportunidad de manifestarse, de modo que, a medida que nos movemos con el ciclo, experimentamos toda la teopatía.

Anacho, aún dolido por las comparaciones de Reith, se volvió hacia él.

—Y bien, ¿qué tiene que decir al respecto Adam Reith, el erudito etnólogo? ¿Con qué genialidades teosóficas puede contribuir?

—Con ninguna —dijo Reith—. Con muy pocas, en cualquier caso. Se me ocurre que el hombre y su religión son una sola y única cosa. Lo desconocido existe. Cada hombre proyecta sobre el vacío la forma de su propia y particular visión del mundo. Adorna su creación con sus deseos y actitudes personales. El hombre religioso que explica su caso está en esencia explicándose a sí mismo. Cuando un fanático es contradicho siente una traición hacia su propia existencia; reacciona violentamente.

—¡Interesante! —exclamó el gordo mercader—. ¿Y el ateo?

—No proyecta ninguna imagen sobre ese vacío. Acepta los misterios cósmicos como cosas en sí mismas; no siente ninguna necesidad de colgar una máscara más o menos humana sobre ellos. Aparte esto, la correlación entre un hombre y la forma en que moldea lo desconocido para poder manipularlo mejor es exacta.

El capitán alzó su vaso de vino contra la luz de la linterna y dio un largo sorbo.

—Tal vez tenga usted razón en esto, pero nadie cambiará nunca por sí mismo sobre tales bases. He conocido a una multitud de pueblos. He caminado bajo las espiras Dirdir, cruzado los jardines de los Chasch Azules y los castillos de los Wannek. Conozco a esa gente y a los hombres que se mueven a su alrededor. He viajado a seis continentes de Tschai; he entablado relación con un millar de hombres, acariciado a un millar de mujeres, matado a un millar de enemigos; conozco a los Yao, los Bintah, los Walalukian, los Shemolei, en una mano, y en la otra los nómadas de las estepas, los hombres de las marismas, los isleños, los caníbales de Rakh y Kislovan; veo diferencias; veo identidades. Todos intentan extraer un máximo de ventajas de la existencia, y finalmente todos mueren. Ninguno parece ser mejor que los demás al respecto. ¿Mi propio dios? ¡El buen viejo Vargaz! ¡Por supuesto! Como insiste Adam Reith, él es yo. Cuando el *Vargaz* gruñe y gime bajo los embates de una tormenta, yo me estremezco y rechino los dientes. Cuando nos deslizamos quietamente sobre las negras aguas bajo las lunas rosa y azul, toco el laúd, llevo una cinta roja en torno a mi frente, bebo vino. Yo y el *Vargaz* nos servimos mutuamente, y el día que el *Vargaz* se

hunda en las profundidades, yo me hundiré con él.

—¡Bravo! —exclamó Palo Barba, el maestro de esgrima, que también había bebido mucho vino—. ¿Sabe?, éste es también mi credo. —Extrajo su espada, la mantuvo en alto de modo que la luz de la linterna se reflejó trazando destellos arriba y abajo en la hoja—. ¡Lo que el *Vargaz* es para el capitán, es la espada para mí!

—¡Padre! —exclamó su hija Edwe—. ¡Y durante todo este tiempo pensamos que eras un razonable Pansogmático!

—Por favor —suplicó Val Dal Barba—, baja el acero antes de que te excites y le cortes una oreja a alguien.

—¿Quién? ¿Yo? ¿Un espadachín veterano? ¿Cómo puedes imaginar algo así? Está bien, como tú quieras. Cambiaré el acero por otro vaso de vino.

La charla prosiguió. Dordolio se acercó tambaleante a Reith. Al cabo de un momento dijo, con voz llena de jocosa condescendencia:

—Qué sorpresa encontrar a un nómada tan erudito en la disquisición, tan capaz de hacer esas sutiles distinciones.

Reith le sonrió a Traz.

—Los nómadas no tienen por qué ser necesariamente unos bufones.

—Me desconcertáis —declaró Dordolio—. ¿Cuál es exactamente vuestra estepa nativa? ¿Vuestra tribu?

—Mi estepa está muy lejos; mi tribu se halla diseminada en todas direcciones.

Dordolio tironeó pensativo de su bigote.

—El Hombre-Dirdir cree que sois un amnésico. Según la Princesa del Jade Azul, habéis dicho que sois un hombre de otro mundo. El muchacho nómada, que es quien mejor os conoce, no dice nada. Admito que mi curiosidad puede resultar un poco impertinente.

—Esa cualidad significa una mente activa —dijo Reith.

—Sí, sí. Dejadme preguntaros algo que admito libremente que puede ser una cuestión absurda. —Dordolio examinó cautelosamente a Reith con el rabillo del ojo—. ¿Os consideras a vos mismo como un nativo de otro planeta?

Reith se echó a reír mientras buscaba una respuesta. Finalmente dijo:

—Existen cuatro posibilidades. Si de hecho procediera de otro mundo, podría responder sí o no. Si no procediera de otro mundo, podría responder

también sí o no. El primer caso me traería problemas. El segundo heriría mi autorrespeto. El tercero es una locura. El cuarto representa la única situación que tú no considerarías una anomalía. La pregunta, pues, como tú mismo admites, plantea una cuestión absurda.

Dordolio tiró furiosamente de su bigote.

—¿Acaso sois, por alguna casualidad, miembro del «culto»?

—Probablemente no. ¿Qué «culto» es éste?

—Los Anhelantes Refluxivos que remontaron el ciclo para destruir dos de nuestras más hermosas ciudades.

—Pero tenía entendido que fue un agente desconocido el que torpedeó las ciudades.

—No importa; el «culto» instigó el ataque; ellos fueron la causa.

Reith agitó la cabeza.

—¡Incomprensible! Un enemigo destruye vuestras ciudades, y vuestra amargura se dirige no contra el cruel enemigo sino contra un posiblemente sincero y preocupado grupo de vuestra propia gente. Yo llamaría a esto una transferencia emotiva.

Dordolio inspeccionó fríamente a Reith.

—Vuestros análisis bordean a veces la mordacidad.

Reith se echó a reír.

—Dejemos eso. No sé nada acerca de vuestro «culto». En cuanto a mi lugar de origen, prefiero ser amnésico.

—Un curioso lapsus, cuando en otros asuntos parecéis ser tan enfático en vuestras opiniones.

—Me pregunto por qué te tomas tanto interés en este extremo —murmuró Reith—. Por ejemplo, ¿qué dirías si afirmara que soy originario de un mundo muy lejano?

Dordolio frunció los labios, parpadeó a la linterna.

—No he llevado mis pensamientos hasta tan lejos. Está bien, no proseguiremos con este tema. Para empezar, la idea misma es estremecedora: ¡un antiguo mundo de hombres!

—¿Estremecedora? ¿Por qué?

Dordolio rió intranquilo.

—Hay un lado oscuro en la humanidad, que es como una piedra clavada en

el humus. La parte superior, expuesta al sol y al aire, está limpia; giradla y mirad debajo, y veréis lodo y correteantes insectos... Nosotros los Yao sabemos esto muy bien; nada pondrá fin al *awaile*. ¡Pero dejemos de hablar de esto! —Los hombros de Dordolio se estremecieron, y volvió a su tono de voz ligeramente condescendiente—. Habéis decidido ir a Cath; ¿qué pensáis hacer allí?

—No lo sé. Tengo que vivir en algún lugar; ¿por qué no en Cath?

—No es tan simple para un extranjero —dijo Dordolio—. Es difícil afiliarse a un palacio.

—Es sorprendente que seas tú quien diga eso. La Flor de Cath afirma que su padre nos dará la bienvenida al Palacio del Jade Azul.

—Os ofrecerá necesariamente su cortesía formal, pero no podréis residir en el Palacio del Jade Azul, del mismo modo que no podríais hacerlo en el fondo del Draschade aunque los peces os invitaran a nadar con ellos.

—¿Qué me lo impediría?

Dordolio se encogió de hombros.

—A nadie le gusta verse puesto en ridículo. El comportamiento es la definición de la vida. ¿Qué sabe un nómada de comportamientos?

Reith no tenía nada que decir al respecto.

—Hay un millar de detalles en la conducta de un caballero —afirmó Dordolio—. En la escuela aprendemos grados de comportamiento, signos, configuraciones del habla, en los cuales admito una cierta deficiencia. Se nos enseña comportamiento con la espada, los principios del duelo, genealogía, heráldica; aprendemos las exquisiteces del atuendo y un centenar de otros detalles. Quizá vos consideréis esas materias demasiado arbitrarias.

Fue Anacho el Hombre-Dirdir, de pie cerca de ellos, quien respondió:

—Triviales es una palabra más ajustada.

Reith esperó una helada respuesta, al menos una mirada, pero Dordolio se limitó a alzarse indiferente de hombros.

—Bien, ¿acaso vuestra vida es más significativa? ¿O la del mercader, o la del maestro de esgrima? ¡Nunca olvidéis que los Yao son una raza pesimista! El *awaile* es siempre una amenaza; quizá seamos más sombríos de lo que parecemos. Conscientes de la inutilidad esencial de la existencia, exaltamos el pequeño destello de vitalidad que tenemos a nuestra disposición; extraemos todo el aroma posible de cada incidente, insistiendo en una formalidad apropiada.

¿Trivialidad? ¿Decadencia? ¿Quién puede hacer algo mejor?

—Todo esto está muy bien —dijo Reith—. ¿Pero por qué sentirse satisfechos con el pesimismo? ¿Por qué no expandir vuestros horizontes? Más aún, parece que aceptáis la destrucción de vuestras ciudades con una sorprendente indiferencia. La venganza no es la más noble de las actividades, pero el sometimiento es peor.

—Bah —murmuró Dordolio—. ¿Cómo puede comprender un bárbaro el desastre y sus consecuencias? Gran número de Refluxivos se refugiaron en el *awaile*; los actos y las expiaciones mantenían en efervescencia nuestro país. No había energía para ninguna otra cosa. Si vos fuerais de buena casta, atravesaría vuestro corazón por atreveros a formular contra nosotros una acusación tan tosca.

Reith se echó a reír.

—Puesto que mi baja casta me protege del castigo, déjame formular otra pregunta: ¿qué es el *awaile*?

Dordolio alzó sus manos en el aire.

—¡Un bárbaro y, además, amnésico! ¡No puedo seguir hablando con alguien como vos! Preguntádselo al Hombre-Dirdir; es lo bastante locuaz como para poder responderos. —Y se alejó a grandes zancadas, lleno de rabia.

—Un irracional despliegue de emociones —murmuró Reith—. Me pregunto cuál habrá sido mi acusación.

—La vergüenza —dijo Anacho—. Los Yao son tan sensibles a la vergüenza como los ojos a la arena. Misteriosos enemigos destruyeron sus ciudades; sospechan de los Dirdir, pero no se atreven a acusarles, y deben soportar la impotente rabia y la vergüenza. Ése es su atributo típico, y los predispone al *awaile*.

—¿Qué es...?

—El asesinato. La persona afligida, la que siente en su carne la vergüenza, mata a tantas personas como es capaz, de cualquier sexo, edad o grado de relación. Luego, cuando es incapaz de seguir matando, se somete y se vuelve apático. Su castigo es terrible y altamente espectacular, e ilumina a toda la población, que se apiña en el lugar del castigo. Cada ejecución tiene su estilo particular, y es esencialmente una espectacular exhibición de dolor, de la que goza posiblemente hasta la víctima. La institución permea toda la vida de Cath.

Sobre esta base, los Dirdir consideran a todos los subhombres locos.

Reith lanzó un gruñido.

—Así pues, si visitamos Cath, nos arriesgamos a ser asesinados insensatamente.

—Es un riesgo pequeño. Después de todo, esos actos no son acontecimientos ordinarios. —Anacho miró a su alrededor—. Pero parece que se está haciendo tarde. —Le deseó buenas noches a Reith, y se encaminó a su cabina.

Reith se quedó junto a la barandilla, contemplando el agua. Tras el derramamiento de sangre en Pera, Cath le había parecido que sería el cielo, un entorno civilizado donde tal vez pudiera conseguir una nave espacial. La perspectiva ahora le parecía más remota que nunca.

Alguien se apoyó en la barandilla a su lado: Heizari, la mayor de las dos hijas de Palo Barba.

—Tienes un aire muy melancólico. ¿Qué es lo que te preocupa?

Reith bajó la vista hacia el pálido óvalo enmarcado en su cabellera naranja del rostro de la muchacha: un rostro abierto, que en estos momentos reflejaba una inocente —¿o quizá no tan inocente?— coquetería. Reith contuvo las primeras palabras que acudieron a sus labios. La muchacha era innegablemente atractiva.

—¿Cómo es que no estás ya en la cama con tu hermana Edwe?

—Oh, por una razón muy sencilla. Ella tampoco está en la cama. En estos momentos está sentada con tu amigo Traz en la cubierta de atrás, seduciéndole y provocándole, pinchándole y atormentándole. Es mucho más inclinada al flirteo que yo.

Pobre Traz, pensó Reith. Preguntó:

—¿Qué hay de tu padre y tu madre? ¿A ellos no les preocupa?

—¿Y por qué habría de hacerlo? Cuando eran jóvenes, ellos también lo hicieron, tan ardientemente como cualquiera; ¿acaso no tenían derecho?

—Sí, supongo que sí. Pero las costumbres varían, ya lo sabes.

—¿Y tú? ¿Cuáles son las costumbres de los tuyos?

—Ambiguas y más bien complicadas —dijo Reith—. Hay una gran cantidad de variaciones.

—Éste es el caso también de los habitantes de las Islas de las Nubes —dijo Heizari, acercándosele un poco más—. Nosotros no nos enamoramos

automáticamente, en absoluto. Pero en algunas ocasiones una persona se siente presa de un determinado estado de ánimo, lo cual creo es una consecuencia de la ley natural.

—Indiscutible. —Reith obedeció a un impulso y besó el provocativo rostro—. De todos modos, no tengo ninguna intención de enemistarme con tu padre, ley natural o no. Es un experto espadachín.

—No sientas temor por este lado. Si quieres cerciorarte, estoy segura de que aún está despierto.

—Bueno, no sé exactamente qué debería preguntarle —dijo Reith—. Claro que, considerando todo el asunto...

—Los dos echaron a andar hacia proa y subieron los tallados peldaños que conducían a la bodega de proa, y contemplaron el mar en dirección al sur. Az colgaba baja en el oeste, trazando una línea de prismas amatista a lo largo del agua. Una muchacha de pelo naranja, una luna púrpura, un barco de cuento de hadas en un remoto océano: ¿cambiaría todo aquello por un billete de regreso a la Tierra? La respuesta tenía que ser sí. Y sin embargo, ¿por qué renegar de los atractivos del momento? Reith besó a la muchacha algo más ardientemente que antes, y en aquel momento, de entre las sombras del cabrestante del ancla, una persona hasta entonces invisible saltó en pie y se alejó con un desesperado apresuramiento. Reith reconoció a la sesgada luz de la luna a Ylin Ylan, la Flor de Cath... Su ardor se vio apagado; miró con aire miserable a popa. Y sin embargo, ¿por qué sentirse culpable? Hacía ya tiempo que ella había dejado bien claro que sus relaciones de antes habían terminado. Reith se volvió de nuevo hacia Heizari, la muchacha de pelo naranja.

4

El día amaneció con una ausencia total de viento. El sol se alzó en un cielo que parecía un huevo de pájaro: beige y gris paloma en el horizonte, gris pálido y azul en el cenit.

El desayuno, como siempre, consistió en pan de miga dura, pescado salado, frutas en conserva y té ácido. Los pasajeros permanecieron sentados en silencio, cada uno de ellos ocupado con sus pensamientos matutinos.

La Flor de Cath llegó tarde. Entró discretamente en el salón y ocupó su lugar con una educada sonrisa a derecha e izquierda, y comió en una especie de ensoñación. Dordolio la observó perplejo.

El capitán metió la cabeza en el salón desde cubierta.

—Un día tranquilo. Esta noche nubes y truenos. ¿Mañana? No hay forma de saberlo. ¡El tiempo habitual!

Reith se obligó irritablemente a seguir su conducta habitual. No había razón para los celos: él no había cambiado; era Ylin Ylan quien lo había hecho. Incluso en el estadio más intenso de sus relaciones ella había mantenido constantemente una parte de sí misma secreta: ¿una *persona* representada por otro de sus muchos nombres? Reith la obligó a salir de su mente.

Ylin Ylan no malgastó su tiempo en el salón: salió a cubierta, donde se le reunió inmediatamente Dordolio. Inclutados sobre la barandilla, Ylin Ylan se puso a hablar con gran urgencia, mientras Dordolio tironeaba de su bigote y ocasionalmente intercalaba una o dos palabras. Un marinero apostado en el *alcázar* lanzó de pronto una llamada y señaló al agua. Reith saltó hacia la escotilla y vio una oscura forma flotando, con una cabeza y unos hombros estrechos, inquietantemente humanoide; la criatura surgió, desapareció bajo la superficie. Reith se volvió hacia Anacho.

—¿Qué era eso?

—Un Pnume.

—¿Tan lejos de tierra firme?

—¿Por qué no? Son muy parecidos a los Phung. ¿Quién puede obligar a un Phung a dar cuenta de sus acciones?

—¿Pero qué hace aquí fuera, en medio del océano?

—Quizá flotar por la noche en la superficie, contemplando el discurrir de las dos lunas.

Transcurrió la mañana. Traz y las dos muchachas jugaban a los tejos. El mercader estaba enfrascado en un libro encuadernado en piel. Palo Barba y Dordolio practicaron un poco de esgrima, Dordolio espectacular como siempre, agitando su hoja en el aire, haciendo resonar los pies, moviendo mucho los brazos.

Palo Barba terminó cansándose del ejercicio. Dordolio se quedó allí, agitando su hoja. Ylin Ylan apareció y se sentó sobre la escotilla. Dordolio se volvió hacia Reith.

—Vamos, nómada, tomad vuestra hoja; mostradme las habilidades de vuestra estepa nativa.

Reith se puso en guardia instantáneamente.

—Son muy pocas; además, estoy falto de práctica. Quizá otro día.

—Vamos, vamos —exclamó Dordolio, con los ojos brillantes—. He oído relatos de vuestras habilidades. No podéis negaros a demostrar vuestra técnica.

—Deberás disculparme; no me siento inclinado a ello.

—¡Sí, Adam Reith! —dijo de pronto Ylin Ylan—. ¡Hazlo, o nos decepcionarás a todos!

Reith volvió la cabeza, examinó a la Flor durante un largo momento. Su rostro, crispado y tenso y tembloroso por las emociones, no era el rostro de la muchacha que había conocido en Pera. De alguna forma se había producido un cambio; estaba contemplando el rostro de una desconocida.

Reith devolvió su atención a Dordolio, que evidentemente había sido incitado por la Flor de Cath. Fuera lo que fuese lo que planeaban, no era en absoluto en su beneficio.

Palo Barba intervino.

—Vamos —le dijo a Dordolio—, deja tranquilo a este hombre. Haré unos cuantos pases más contigo; así tendrás todo el ejercicio que necesitas.

—Quiero medirme con este hombre —declaró Dordolio—. Sus actitudes son exasperantes; creo que necesita un buen correctivo.

—Si lo que pretendes es iniciar una pelea —dijo fríamente Palo Barba—, esto es por supuesto asunto tuyo.

—No se trata de ninguna pelea —declaró Dordolio con voz resonante, casi nasal—. Digamos más bien una demostración. El tipo este parece confundir la casta de Cath con el vulgo. Existe una diferencia significativa, y quiero dejárselo bien claro.

Reith se puso cansadamente en pie.

—Muy bien. ¿Qué tienes en mente para tu demostración?

—Florete, espada, lo que queráis. Puesto que sois un ignorante en lo que a reglas caballerescas se refiere, no habrá ninguna; un simple «adelante» bastará.

—¿Y un «alto»?

Dordolio sonrió debajo de su bigote.

—Según dicten las circunstancias.

—Muy bien. —Reith se volvió hacia Palo Barba—. ¿Me permite examinar sus armas, por favor?

—Por supuesto.

Palo Barba abrió su estuche. Reith seleccionó un par de hojas cortas y ligeras.

Dordolio contempló las armas con una clara expresión de desagrado.

—¡Armas de niños, para el entrenamiento de muchachitos!

Reith alzó una de las hojas, la probó, tasajeó el aire con ella.

—Para mí es perfecta. Claro que si no te satisface, puedes usar cualquier otra hoja que te complazca más.

A regañadientes, Dordolio tomó la ligera arma.

—No tiene vida; carece de movimiento y flexibilidad...

Reith alzó su espada, y de un golpe inclinó el sombrero de Dordolio sobre sus ojos.

—Pero responde a todas las exigencias de quien la maneja, como puedes ver.

Dordolio se enderezó el sombrero sin hacer ningún comentario, dobló los puños de su blusa de seda blanca.

—¿Estáis preparado?

—Cuado tú digas.

Dordolio alzó su arma en un saludo ridículo, luego la inclinó a derecha e izquierda, hacia los espectadores. Reith retrocedió unos pasos.

—Creí que habíamos decidido dejar de lado las ceremonias.

Dordolio se limitó a hacer una mueca con las comisuras de su boca. Exhibió los dientes en una sonrisa lobuna, y se lanzó a uno de sus habituales ataques, acompañado de un abundante juego de pies. Reith paró sin ninguna dificultad, hizo una finta que desequilibró a Dordolio, y dio un tajo a una de las hebillas que sujetaban los pantalones de su contrincante.

Dordolio dio un salto atrás y atacó de nuevo, con su sonrisa burlona reemplazada ahora por otra siniestra. Atacó violentamente la defensa de Reith, pinchando aquí y allá, sondeando, probando; Reith reaccionó blandamente. Dordolio fintó, apartó de un golpe la hoja de Reith, se lanzó a fondo. Pero Reith ya había saltado a un lado; la hoja del caballero Yao solamente encontró aire. Reith lanzó un golpe preciso y, esta vez, la cinta de la hebilla cedió y se partió.

Dordolio retrocedió con el ceño fruncido. Reith avanzó, lanzó un tajo a la otra hebilla, y los pantalones de Dordolio se deslizaron cintura abajo.

Dordolio se retiró a un lado, el rostro púrpura. Arrojó la espada al suelo.

—¡Ésos son juegos ridículos! ¡Tomad una auténtica espada!

—Utiliza cualquier espada que prefieras. Yo sigo quedándome con ésta. Pero antes te sugiero que tomes las medidas necesarias para sujetar tus pantalones; de otro modo el asunto va a resultar más bien embarazoso, tanto para ti como para mí.

Dordolio inclinó la cabeza en un gélido saludo. Se apartó un poco del grupo, se ató los pantalones a su cintura con una correa.

—Estoy listo. Puesto que insistís, y puesto que mis propósitos son daros una lección, utilizaré el arma con la que estoy acostumbrado.

—Como prefieras.

Dordolio tomó su larga y flexible hoja, hizo un floreo con ella en torno a su cabeza, haciéndola cantar en el aire, y luego, con una inclinación de cabeza a Reith, se lanzó al ataque. La flexible punta barrió de derecha a izquierda; Reith se echó a un lado y casualmente, casi como por accidente, palmeó la mejilla de Dordolio con la parte plana de su hoja.

Dordolio parpadeó y se lanzó a un furioso ataque. Reith cedió terreno; Dordolio siguió avanzando, pateando el suelo con los pies, lanzando estocadas,

hendiendo, atacando desde todos lados. Reith fue parando sus golpes, y en un momento determinado palmeó la otra mejilla de Dordolio. Luego retrocedió un poco.

—Yo estoy sin aliento; ¿quizá ya hayas tenido suficiente ejercicio por hoy?

Dordolio lo miró con furia, las aletas de su nariz distendidas, su pecho subiéndolo y bajándolo afanosamente. Se volvió, miró hacia el mar. Inspiró profundamente y se dio la vuelta.

—Sí —dijo con voz apagada—. Ya nos hemos ejercitado bastante. —Bajó la vista hacia su enojado estoque, y por un momento pareció que iba a arrojarlo al mar. En vez de ello, volvió a meterlo en su funda, hizo una inclinación de cabeza hacia Reith—. Vuestra esgrima es excelente. Me siento en deuda por la demostración.

Palo Barba avanzó unos pasos.

—Bien hablado; ¡un auténtico caballero de Cath! Ya basta de hojas y metal; tomemos un buen vaso de vino matutino.

Dordolio volvió a hacer una inclinación de cabeza.

—Disculpadme unos instantes. —Se dirigió a su cabina. La Flor de Cath permanecía sentada, como tallada en piedra.

Heizari trajo a Reith un vaso de vino.

—Tengo una idea maravillosa.

—¿Cuál es?

—Abandona el barco en Wyness; ven a la Colina de los Huertos y ayuda a mi padre con su academia de esgrima. Será una vida sencilla, sin preocupaciones ni temores.

—La perspectiva es agradable —admitió Reith—, y me gustaría seguirla... pero tengo otras responsabilidades.

—¡Déjalas a un lado! ¿Son tan importantes las responsabilidades cuando uno tiene tan sólo una vida que vivir? Pero no respondas. —Apoyó una mano sobre la boca de Reith—. Sé lo que vas a decir. Eres un hombre extraño, Adam Reith, tan taciturno y tan alegre a la vez.

—Yo no me considero extraño. Tschai es extraño; yo soy completamente vulgar.

—¡Por supuesto que no! —rió Heizari—. Tschai es... —hizo un gesto vago—. A veces es terrible... ¿pero extraño? No conozco ningún otro lugar. —Se

puso en pie—. Bueno, te traeré un poco más de vino, y quizá yo beba un poco también. En un día tan tranquilo, ¿qué otra cosa se puede hacer?

El capitán pasaba por allí cerca; se detuvo.

—Disfrutar de la calma mientras se puede; los vientos se acercan. Miren al norte.

En el horizonte colgaba un banco de negras nubes; el mar debajo de ellas resplandecía como cobre. Mientras miraban, un soplo de aire cruzó el mar, curiosamente frío. Las velas del *Vargaz* restallaron; los aparejos chirriaron.

Dordolio salió de su cabina. Se había cambiado de ropas; ahora llevaba un atuendo marrón oscuro, zapatos negros de terciopelo, un puntiagudo sombrero también de terciopelo negro. Buscaba a Ylin Ylan; ¿dónde estaba? En el extremo de la proa, reclinada sobre la barandilla, contemplando el mar. Dordolio dudó, luego se dio lentamente la vuelta. Palo Barba le tendió un vaso de vino; Dordolio se sentó en silencio bajo la gran linterna de latón.

El banco de nubes rodaba hacia el sur, lanzando destellos de luz púrpura, y el lejano retumbar de un trueno alcanzó el *Vargaz*.

Las velas triangulares fueron recogidas; el barco siguió avanzando lentamente, con sólo un pequeño foque de tormenta desplegado.

El atardecer se convirtió en una escena casi sobrenatural, con un sol marrón oscuro brillando apenas tras las negras nubes. La Flor de Cath regresó de proa: se detuvo, completamente desnuda, mirando hacia todos lados, ante los sorprendidos rostros de los pasajeros.

Llevaba una pistola de dardos en una mano, una daga en la otra. Su rostro exhibía una sonrisa peculiarmente fija; Reith, que había reconocido aquel rostro bajo las más diversas circunstancias, jamás lo hubiera reconocido. Dordolio, lanzando un grito inarticulado, corrió hacia ella.

La Flor de Cath apuntó la pistola hacia él; Dordolio se echó a un lado; el dardo pasó silbando junto a su cabeza. Ylin Ylan volvió a mirar a su alrededor; buscaba a Heizari. La descubrió y avanzó hacia ella, con la pistola nuevamente preparada. Heizari dejó escapar un grito de miedo y echó a correr tras el palo mayor. Un relámpago saltó de una nube a otra; Dordolio saltó, a su resplandor púrpura, hacia la Flor; ella le lanzó un tajo con la daga; Dordolio retrocedió tambaleándose; de su cuello brotaba sangre. La Flor apuntó la pistola de dardos; Dordolio se dejó caer de bruces tras la escotilla. Heizari echó a correr hacia el

castillo de proa; la Flor la persiguió. Un marinero emergió en aquel momento del castillo... y se quedó petrificado. La Flor le lanzó un tajo al sorprendido rostro; el hombre cayó hacia atrás, rodando por las escaleras.

Heizari se había ocultado tras el trinquete. Un relámpago hendió el aire; el trueno le siguió casi inmediatamente.

La Flor rodeó el palo, agitando diestramente la hoja; la muchacha con el pelo naranja se aferró al costado y vaciló hacia delante, con una enorme sorpresa pintada en su rostro. La Flor apuntó la pistola de dardos, pero Palo Barba estaba ya allí y le dio un golpe seco al arma, enviándola resonando contra la cubierta. La Flor le lanzó un tajo con la daga, luego otro a Reith, que estaba intentando también sujetarla; trepó por la escalerilla de la bodega de proa, se subió al bauprés.

El barco se alzó sobre las olas y volvió a caer; el bauprés pareció elevarse y luego hundirse. El sol se hundió en el océano; la Flor se volvió para contemplarlo, sujetándose al estay del trinquete con una mano.

—¡Vuelve aquí, vuelve! —llamó Reith.

La muchacha se giró y le miró, con rostro remoto.

—¡Derl! —llamó Reith—. ¡Ylin Ylan! —Ella no dio ninguna muestra de haber oído. Reith apeló a sus otros nombres—: ¡Flor de Jade Azul! —Luego su nombre de corte—: ¡Shan Zarin!

Ella se limitó a dirigirle una triste sonrisa.

Reith intentó ablandarla. Utilizó su nombre de niña:

—Zozi... Zozi... baja de ahí.

El rostro de la muchacha cambió. Se acercó más al estay, sujetándose fuertemente a él.

—¡Zozi! ¿Por qué no me hablas? Baja, sé buena chica.

Pero la mente de ella estaba muy lejos, allá donde estaba ocultándose el sol.

Reith apeló a su nombre secreto.

—¡L'lae! ¡Ven, ven conmigo! ¡Es Ktan quien te llama, L'lae!

Ella agitó de nuevo la cabeza, sin apartar los ojos del mar.

Reith la llamó por su último nombre, aunque sonó extraño en sus labios: su nombre de amor. La llamó, pero el trueno ahogó el sonido de su voz, y la muchacha no le oyó. El sol era un pequeño segmento hundiéndose en el mar, reflejando apagados colores. La Flor se soltó del estay, pareció dar un paso, y

cayó hacia un repentino surtidor de espuma. Por un instante Reith creyó ver la espiral de su oscuro pelo, luego desapareció.

Más tarde, ya entrada la noche, con el *Vargaz* trepando las empinadas laderas y hundiéndose en los profundos valles de las olas, Reith hizo una pregunta a Ankhe at afram Anacho, el Hombre-Dirdir.

—¿Crees que perdió la razón? ¿O se trató realmente del *awaile*?

—Fue el *awaile*. El refugio contra la vergüenza.

—Pero... —Reith fue a decir algo, pero no pudo hacer más que un gesto inarticulado.

—Dedicaste tus atenciones a la muchacha de la Isla de las Nubes. Su campeón se puso en ridículo. Su futuro se abrió a la humillación. Nos hubiera matado a todos si hubiera podido.

—Lo encuentro incomprensible —murmuró Reith.

—Naturalmente. Tú no eres un Yao. Para la Princesa del Jade Azul, las presiones fueron demasiado grandes. Ha sido afortunada. En Settra, hubiera sido castigada en una espectacular sesión de tortura pública.

Reith se marchó tambaleándose de la cubierta. La linterna de latón crujía en sus balanceos. Miró el agitado mar. En algún lugar, muy lejos y muy profundo, un blanco cuerpo flotaba en la oscuridad.

5

Los vientos soplaron inconstantes durante toda la noche: ráfagas, suspiros, tornados, soplos. El amanecer trajo consigo una brusca calma, y el sol mostró al *Vargaz* balanceándose en un agitado mar.

Al mediodía una terrible borrasca lanzó al barco directamente hacia el sur como un juguete, hendiendo el espumoso mar con la proa. Los pasajeros se mantuvieron en el salón. Heizari, vendada y pálida, no salió de la cabina que compartía con Edwe. Reith permaneció sentado a su lado durante una hora. La muchacha no sabía hablar de otra cosa que de su terrible experiencia.

—¿Pero por qué haría algo tan terrible?

—Al parecer los Yao son propensos a tales actos.

—Ya he oído eso; pero incluso la locura tiene una razón.

—El Hombre-Dirdir dice que se vio abrumada por la vergüenza.

—¡Qué estupidez! ¿Una persona tan hermosa como ella? ¿Qué pudo haber hecho para que la afectara tanto?

—No me atrevo a especular —murmuró Reith.

Las olas se convirtieron en gigantescas colinas que alzaban al *Vargaz* empujando su redondo casco, burbujeando y crujiendo, bajando sus largas laderas. Finalmente, una mañana, el sol brilló en un cielo marrón claro libre de nubes. La marejada persistió un día más, luego cedió gradualmente, y el barco desplegó todas sus velas ante una alegre brisa del oeste.

Tres días más tarde una lejana isla negra surgió al sur, y el capitán informó que se trataba de un refugio de corsarios; mantuvo una atenta vigilancia desde el palo mayor hasta que la isla se desvaneció en la oscuridad del anochecer.

Los días fueron pasando sin nada que los distinguiera los unos de los otros: días curiosamente antisépticos dominados por lo incierto del futuro. Reith empezó a ponerse nerviosamente intranquilo. ¡Qué lejanos parecían los

acontecimientos de Pera, una época tan inocente y desprovista de complicaciones! Por aquel entonces, Cath había parecido un paraíso de civilizada seguridad, con Reith convencido de que el Señor del Jade Azul facilitaría sus planes a través de la gratitud. ¡Qué absurda esperanza!

El barco se acercaba a la costa de Kachan, donde el capitán esperaba aprovechar las corrientes que fluían hacia el norte para penetrar en el Parapán.

Una mañana, al salir a cubierta, Reith descubrió una isla de aspecto notable a estribor: un lugar no demasiado extenso, menos de medio kilómetro de diámetro, rodeado en el mismo borde del agua por un muro de cristal negro de treinta metros de altura. Al otro lado se alzaban una docena de enormes edificios de distintas alturas y proporciones carentes de gracia.

Anacho el Hombre-Dirdir se detuvo de pie a su lado, con los estrechos hombros hundidos y el largo rostro malhumorado.

—Estás contemplando la fortaleza de una raza maligna: los Wannek.

—¿Maligna? ¿Porque están en guerra con los Dirdir?

—Porque no quieren poner fin a la guerra. ¿Qué beneficio ofrece esa confrontación ni a los Dirdir ni a los Wannek? Los Dirdir ofrecen cesar las hostilidades; los Wannek se niegan. ¡Son un pueblo duro e inescrutable!

—Naturalmente, desconozco los raíces del conflicto —dijo Reith—. ¿Por qué el muro en torno a la isla?

—Para mantener alejados a los Pnume, que infestan Tschai como las ratas. Los Wannek no son una gente sociable. De hecho... mira bajo la superficie.

Reith escrutó el agua y vio una oscura silueta de apariencia humana deslizándose junto a la nave a una profundidad de tres o cuatro metros, con una estructura metálica fijada a su cintura y avanzando sin efectuar aparentemente ningún movimiento. La silueta hizo de pronto como una contorsión, se deslizó hacia un lado y desapareció en la oscuridad del agua.

—Los Wannek son una raza anfibia, que utilizan propulsores eléctricos para sus deportes bajo el agua.

Reith tomó una vez más el sondoscopio. Las torres de los Wannek, como los muros, eran de cristal negro. Las redondas ventanas eran discos más negros que la negrura; una serie de balcones y galerías de frágil y retorcido cristal se convertían en pasarelas que conducían a otras estructuras más alejadas. Reith captó un movimiento: ¿un par de Wannek? Amplió el alcance y vio que eran

hombres —Hombres-Wannek, sin la menor duda—, con pieles tan blancas como la harina y negros pellejos colgando de unos cráneos casi planos. Sus rostros parecían lisos, con rígidos rasgos taciturnos; llevaban lo que parecían ser trajes negros de una sola pieza, con anchos cinturones de piel negra de los que colgaban pequeños accesorios, herramientas, instrumentos. Cuando entraban en el edificio, volvieron sus miradas hacia el *Vargaz*, y por un instante Reith pudo ver completamente sus rostros. Apartó de golpe el sondoscopio.

Anacho lo miró sorprendido.

—¿Qué ocurre?

—Vi dos Hombres-Wannek... Incluso tú, un extraño fenómeno de mutación, pareces normal comparado con ellos.

Anacho dejó escapar una sardónica risa.

—De hecho, no son muy distintos de los subhombres típicos.

Reith no discutió aquello; en primer lugar, no podía definir la cualidad exacta que había visto tras aquellos rígidos rostros blancos. Miró de nuevo, pero los Hombres-Wannek habían desaparecido. Dordolio había salido a cubierta y ahora contemplaba fascinado el sondoscopio.

—¿Qué instrumento es ése?

—Un dispositivo óptico electrónico —dijo Reith sin el menor énfasis.

—Nunca había visto nada parecido. —Miró a Anacho—. ¿Es una máquina Dirdir?

Anacho hizo un gesto inconclusivo.

—Creo que no.

Dordolio lanzó a Reith una mirada llena de desconcierto.

—¿Es Chasch o Wannek? —Observó el estuche—. ¿Qué escritura es ésta?

Anacho se encogió de hombros.

—Ninguna que yo pueda leer.

—¿Puedes leerla tú? —preguntó Dordolio a Reith.

—Sí, creo que sí. —Animado por un repentino y malévolos impulso, leyó:

Agencia Federal del Espacio
División de Equipo e Instrumentos
Telescopio Binocular a Fotomultiplicación Mark XI
Ix-1000x No proyectivo, inoperable en oscuridad total
DAE 1202 K 20022

Utilizar únicamente cargas de energía Tipo D5. En luz escasa, conectar el compensador de luz. No mirar directamente al sol o a cualquier otra fuente de iluminación intensa; si el protector automático falla, pueden producirse daños oculares.

Dordolio no consiguió apartar la vista del instrumento.

—¿Qué idioma es ése?

—Uno de los muchos dialectos humanos —dijo Reith.

—¿Pero de qué región? En Tschai hay hombres por todas partes, pero según tengo entendido todos ellos hablan el mismo idioma.

—Antes que ponerlos a ambos en una situación difícil, prefiero no decir nada —indicó Reith—. Seguid pensando en mí como en un amnésico.

—¿Nos tomas por estúpidos? —gruñó Dordolio—. ¿Acaso somos niños para que nuestras preguntas sean contestadas con evasivas?

—A veces —dijo Anacho, hablándole al aire— forma parte de la sabiduría el mantener un mito. Demasiados conocimientos pueden convertirse en una carga.

Dordolio se mordisqueó el bigote. Miró con el rabillo del ojo el sondoscopio, luego se dio la vuelta y se alejó bruscamente.

Ante ellos habían aparecido otras tres islas, alzándose agrestes sobre el mar, cada una de ellas con su muro y su núcleo de excéntricos edificios negros. Una sombra se extendía en el horizonte más allá: la tierra firme de Kachan.

A medida que transcurría la tarde la sombra fue adquiriendo densidad y detalle, convirtiéndose en un hacinamiento de montañas que se alzaban del mar. El *Vargaz* las costó hacia el norte, casi refugiado en sus sombras, con negros milanos de caídas alas trazando círculos en torno a los mástiles y emitiendo gritos que eran casi lamentos y haciendo chasquear sus mandíbulas. A última hora de la tarde las montañas desaparecieron para dejar paso a una bahía de estrecha embocadura. Una indescriptible ciudad ocupaba la orilla sur; en un promontorio al norte se alzaba una fortaleza Wannek, como una excrescencia de indisciplinados cristales negros. Un espacio-puerto ocupaba la llanura al este, y en él eran visibles un cierto número de naves espaciales de distintos tamaños y estilos.

Reith estudió a través del sondoscopio el paisaje y la ladera montañosa que

descendía por el este hasta el espaciopuerto. *Interesante*, musitó, *realmente interesante*.

El capitán identificó el puerto como Ao Hidis, uno de los más importantes centros Wannek.

—No tenía intención de ir hasta tan al sur, pero puesto que estamos aquí, intentaré vender mis pieles y las maderas de Grenie; luego llevaré los productos químicos de los Wannek a Cath. Una advertencia para aquellos de ustedes que pretendan desembarcar. Hay dos ciudades aquí: Ao Hidis propiamente dicha, que es una ciudad humana, y otra de nombre impronunciable que es una ciudad Wannek. En la ciudad humana hay diversos tipos de gente, incluidos los Lokhar, pero principalmente Negros y Púrpuras. No se mezclan entre sí: solamente reconocen a los de su propia especie. Pueden andar sin temor por las calles, pueden comprar en cualquier tienda o puesto que tenga la parte frontal abierta. No entren en ninguna tienda cerrada ni taberna, ya sea Negra o Púrpura; lo más probable es que no vuelvan a salir de ella. No hay burdeles públicos. Si compran algo en una tienda Negra, no se detengan en una tienda Púrpura con los artículos que han comprado en la otra; serán mirados con malos ojos y quizá incluso insultados, y hasta es probable que, en algunos casos, atacados. Lo mismo a la inversa. En cuanto a la ciudad Wannek, no hay nada que hacer en ella excepto mirar a los Wannek, a lo cual no parecen poner ningún impedimento. Teniendo en cuenta todo esto, se trata de un puerto más bien poco interesante, con pocas diversiones en tierra firme.

El *Vargaz* se acercó a un muelle en el que ondeaba un pequeño banderín púrpura.

—En mi última visita hice tratos con los Púrpuras —le dijo el capitán a Reith, que permanecía en la cubierta de popa—. Fueron honestos conmigo y sus precios resultaron interesantes; no veo ninguna razón para cambiar.

El *Vargaz* fue amarrado junto al muelle por estibadores Púrpuras: hombres con rostros redondos en cabezas redondas con una tez color ciruela. En el muelle Negro contiguo los Negros les miraron con abierta hostilidad. Eran fisionómicamente similares a los Púrpuras, pero con pieles grises sorprendentemente moteadas en negro.

—Nadie sabe la causa de ello —observó el capitán, refiriéndose a la disparidad de color—. La misma madre puede producir un hijo Púrpura y otro

Negro. Algunos culpan de ello a la dieta; otros a los medicamentos; otros afirman que se trata de una enfermedad que ataca a las glándulas de los pigmentos en los óvulos de la madre. Pero nacen Negros y nacen Púrpuras; y cada uno de ellos llama a los otros parias. Cuando se unen Negros y Púrpuras, la unión es estéril, o al menos eso se dice. La noción misma de esas uniones horroriza a las dos razas; es casi como emparejarse con las jaurías de la noche.

—¿Y el Hombre-Dirdir? —preguntó Reith—. ¿Va a ser molestado?

—Bah. Los Wannek no se preocupan de tales trivialidades. Los Chasch Azules son conocidos por su sádica malicia. La implacabilidad de los Dirdir es impredecible. Pero según mi experiencia, los Wannek son la gente más indiferente y remota de Tschai, y raras veces buscan problemas a los hombres. Quizá mantengan su maldad en secreto, como los Pnume; nadie lo sabe. Los Hombres-Wannek son de un tipo distinto, fríos como espectros, y no es prudente cruzarse con ellos. Bien, ya hemos amarrado. ¿Va a bajar a tierra? Recuerde mis advertencias: Ao Hidis es una ciudad dura. Ignore tanto a los Negros como a los Púrpuras; no hable con nadie; no interfiera con nada. En mi última visita perdí a un marinero que compró un chal en una tienda Negra, luego bebió unos vasos de vino en un tenderete Púrpura. Volvió al barco casi sin poder sostenerse sobre sus piernas, con espuma brotando de su nariz.

Anacho prefirió quedarse a bordo del *Vargaz*. Reith bajó a tierra con Traz. Una vez cruzado el muelle, se encontraron en una pintoresca calle pavimentada con losas de esquistos de mica. A ambos lados había casas toscamente construidas con piedra y madera, rodeadas de desperdicios. Arriba y abajo pasaban vehículos a motor de un tipo que Reith no había visto nunca antes; supuso que eran de fabricación Wannek.

Junto a la orilla, hacia el norte, se alzaban las torres Wannek. En esta dirección se hallaba también el espacio-puerto.

No parecía haber transportes públicos, de modo que Reith y Traz emprendieron el camino a pie. Las toscas casas fueron sustituidas por otras moradas más pretenciosas, y finalmente llegaron a una plaza rodeada por todos lados por tiendas y puestos al aire libre. La mitad de la gente era Negra, la otra mitad Púrpura; ninguno de ellos parecía reparar en la presencia de los otros. Los Negros acudían a las tiendas Negras; los Púrpuras compraban en los puestos Púrpuras. Negros y Púrpuras se empujaban al pasar, sin aparentar darse cuenta

de ello ni pedir disculpas. El aborrecimiento colgaba en el aire como un hedor.

Reith y Traz cruzaron la plaza y siguieron hacia el norte a lo largo de una carretera de cemento, y finalmente llegaron a una verja de altos barrotes de cristal que rodeaba el espaciopuerto. Reith se detuvo y examinó el lugar.

—Por supuesto, no soy ningún ladrón —le dijo a Traz—. ¡Pero observa esa pequeña espacionave de ahí! De buen grado la confiscaría a su actual propietario.

—Es una nave Wannek —señaló Traz con aire pesimista—. No sabrías cómo controlarla.

Reith asintió con la cabeza.

—Cierto. Pero si dispusiera de un poco de tiempo... una semana o así... podría aprender. Las naves espaciales son necesariamente muy parecidas entre sí.

—¡Piensa en cosas prácticas! —le advirtió Traz. Reith ocultó una sonrisa. Ocasionalmente, Traz volvía a la rígida personalidad del Onmale, el casi vital emblema que llevaba consigo cuando se conocieron. El joven agitó dubitativo la cabeza.

—¿Crees que unos vehículos valiosos como éstos van a ser dejados sin vigilancia, listos para volar al espacio? ¡Es impensable!

—Sin embargo, no parece haber nadie a bordo de esa pequeña nave —argumentó Reith—. Incluso las de carga parecen estar vacías. ¿Por qué debería haber vigilancia? ¿Quién desearía robar una, excepto alguien como yo?

—Bien, supongamos que consigues penetrar en la nave; ¿entonces qué? —preguntó Traz—. Antes de que puedas comprender cómo manejarla, te habrán descubierto y matado.

—Nadie niega que el proyecto es arriesgado —reconoció Reith.

Volvieron al puerto, y el *Vargaz* una vez estuvieron nuevamente a bordo, pareció un paraíso de normalidad.

Durante toda la noche fueron descargadas mercancías y otras cargadas en su lugar. Por la mañana, con todos los pasajeros y miembros de la tripulación a bordo, el *Vargaz* soltó amarras, izó sus velas, y se deslizó de vuelta al océano Draschade.

El *Vargaz* navegó hacia el norte al amparo de la desolada costa de Kachan. A lo

largo del primer día pasaron junto a una docena de fortalezas Wannek, que aparecían por la proa y no tardaban en desaparecer entre la bruma a popa. En el segundo día el *Vargaz* pasó frente a tres grandes fiordos. Del último de ellos surgió una galera a motor, cuya hélice dejaba una amplia estela a popa. El capitán envió inmediatamente a dos hombres al cañón. La galera se situó detrás de la popa del barco, paralela a su rumbo; el capitán hizo quitar las lonas que protegían la pieza, poniéndola bien en evidencia. La galera varió de rumbo y se dirigió mar adentro, y los gritos y abucheos de los marineros del *Vargaz* resonaron entre las olas.

Una semana más tarde, Dragan, la primera de las Islas de las Nubes, apareció a babor. Al día siguiente el barco penetró en el puerto de Wyness; allí desembarcaron Palo Barba, su esposa y sus dos hijas de pelo naranja. Traz contempló pensativo su marcha. Edwe se volvió y agitó su mano en un gesto de despedida; luego la familia se perdió de vista entre las sedas amarillas y las capas de lino blanco de la gente que llenaba los muelles.

El barco permaneció dos días en Wyness, descargando, tomando nuevas mercancías y procurándose velas nuevas; luego fueron largadas amarras y el *Vargaz* puso nuevamente rumbo al mar.

Con un fuerte viento del este, el *Vargaz* cruzó sin dificultades el estrecho del Parapán. Pasó un día y una noche y otro día, y la atmósfera a bordo se hizo tensa, con toda la tripulación mirando hacia el este, intentando localizar las alturas de Charchan. Llegó el atardecer; el sol se hundió en una melancólica mezcla de marrones y grises y naranjas oscuros. La cena fue una bandeja de frutos secos y pescado en salmuera, que nadie comió, prefiriendo todos permanecer en la borda. Llegó la noche; el viento disminuyó; uno a uno, los pasajeros fueron retirándose a sus cabinas. Reith siguió en cubierta, meditando sobre las circunstancias de su vida. Pasó el tiempo. Desde popa le llegó un gruñir de órdenes; la vela mayor crujió al ser arriada, y el *Vargaz* se puso al paio. Reith fue a la barandilla. En medio de la oscuridad divisó una hilera de lejanas luces: la costa de Cath.

6

El amanecer reveló una costa baja, negra contra el cielo color sepia. La vela mayor fue izada de nuevo a la brisa matutina; el *Vargaz* penetró lentamente en el puerto de Vervodei.

El sol se alzó para revelar el rostro de la durmiente ciudad. Al norte, una serie de altos edificios de planas fachadas dominaban el puerto; al sur se desplegaban una serie de depósitos y almacenes.

El *Vargaz* echó el ancha; las velas chasquearon en los mástiles al ser arriadas. Se acercó un bote con cabos de amarraje, y el *Vargaz* fue arrastrado de popa hacia el muelle. Los oficiales de puerto subieron a bordo, consultaron con el capitán, intercambiaron saludos con Dordolio, y se fueron. El viaje había terminado.

Reith dijo adiós al capitán y, con Traz y Anacho, bajó a tierra. En el muelle se les acercó Dordolio.

—Debo despedirme de vosotros —dijo con voz intrascendente—. Parto inmediatamente hacia Settra.

Preguntándose qué se ocultaba tras la mente de Dordolio, Reith inquirió:

—¿El Palacio del Jade Azul se halla en Settra?

—Sí, por supuesto. —Dordolio se tironeó el bigote—. No tenéis que preocuparos por ese asunto: yo mismo transmitiré todas las noticias necesarias al Señor del Jade Azul.

—Sin embargo, desconoces la mayor parte de esas noticias —dijo Reith—. De hecho, lo desconoces casi todo.

—Vuestra información no representará un gran consuelo para él —dijo Dordolio rígidamente.

—Quizá no. Pero no dudo que se sentirá interesado en conocerla.

Dordolio agitó la cabeza con triste exasperación.

—¡Quijotesco! ¡No sabéis nada del ceremonial! ¿Acaso esperaréis simplemente llegar delante del Señor y soltarle todo vuestro relato? ¡Absurdo! Y vuestras ropas: ¡inadecuadas! Sin mencionar al marmóreo Hombre-Dirdir y al muchacho nómada.

—Confiamos en la cortesía y la tolerancia del Señor del Jade Azul —dijo Reith.

—Bah —murmuró Dordolio—. No tenéis vergüenza. —Pero no se movió de allí, contemplando la calle con el ceño fruncido—. Entonces, ¿tenéis realmente intención de visitar Settra?

—Naturalmente.

—Aceptad mi consejo. Deteneos esta noche en uno de los albergues de aquí... el Dulvan es el más adecuado... y mañana o al día siguiente acudid a una tienda de ropas para caballero de una cierta reputación y poneos en sus manos. Luego, convenientemente ataviados, id a Settra. El Albergue de los Viajeros en el Oval os proporcionará una adecuada acomodación. Bajo esas circunstancias, quizá podáis hacerme un servicio. No sé cómo, pero al parecer he extraviado mis fondos, y me sentiría muy agradecido si me prestarais un centenar de sequins para efectuar mi viaje a Settra.

—Por supuesto —dijo Reith—. Pero creo que sería más conveniente que fuéramos a Settra todos juntos.

Dordolio hizo un gesto irritado.

—Tengo un poco de prisa. Y vuestros preparativos tomarán un cierto tiempo.

—En absoluto —dijo Reith—. Estamos listos para partir en este mismo momento. Muéstranos el camino.

Dordolio examinó a Reith de la cabeza a los pies, sin ocultar su desagrado.

—Lo menos que puedo hacer, para nuestra mutua conveniencia, es procurar que vayáis vestidos con ropas respetables. Venid conmigo. —Y echó a andar por la explanada hacia el centro de la ciudad. Reith, Traz y Anacho le siguieron.

—¿Por qué tenemos que soportar su arrogancia? —murmuró indignado Traz.

—Los Yao son una gente mercurial —dijo Anacho—. Hay que aceptarlos como son.

Fuera de los muelles, la ciudad adquiría su auténtico carácter. Amplia, en cierto modo severa, con calles flanqueadas por edificios de planas fachadas hechas de ladrillos vitrificados bajo inclinados tejados de tejas marrones. Por

todas partes era evidente una elegante dilapidación. La actividad de Coad estaba aquí ausente; las pocas personas que se veían iban de un lado para otro con una discreta reserva. Algunas llevaban complicados atuendos, camisas de lino blanco, corbatas anudadas en complejos nudos y lazos. Otras, aparentemente de inferior status, llevaban pantalones sueltos verdes o tostados y chaquetas y blusas de varios colores apagados.

Dordolio les condujo hasta una tienda de enorme escaparate donde había varias docenas de hombres y mujeres sentados, cosiendo. Hizo una seña a los tres hombres que le seguían y entró en la tienda. Reith, Anacho y Traz entraron tras él, y aguardaron mientras Dordolio hablaba enérgicamente con el viejo y calvo propietario.

Dordolio se acercó a Reith.

—He descrito vuestras necesidades; el sastre os proporcionará ropas de su almacén de confección a un precio asequible.

Tres jóvenes pálidos se acercaron a ellos, llevando sendas hileras de perchas con ropas ya confeccionadas. El propietario efectuó una rápida selección y les tendió algunas a Reith, Traz y Anacho.

—Creo que éstas servirán adecuadamente a los caballeros. Si queréis cambiaros ahora mismo, podéis disponer de nuestros vestidos.

Reith inspeccionó críticamente las ropas. La tela parecía un tanto basta; los colores algo crudos. Miró a Anacho, cuya reflexiva sonrisa reforzó sus propias suposiciones. Clavando los ojos en Dordolio, dijo:

—Tus propias ropas parecen un tanto ajadas. ¿Por qué no pruebas este traje para ti?

Dordolio retrocedió y alzó las cejas más de la cuenta.

—Estoy satisfecho con lo que llevo.

Reith dejó a un lado el atuendo que acababa de recibir.

—No lo encuentro adecuado para mí —le dijo al sastre—. Muéstrame tu catálogo, o lo que tengas como tal.

—Como deseéis, señor.

Reith, con Anacho observándole gravemente, examinó un centenar o así de dibujos a color. Señaló un traje de corte conservador en azul oscuro.

—¿Qué tal éste?

Dordolio emitió un sonido de impaciencia.

—Es el atuendo que llevaría un campesino rico en los funerales de un amigo íntimo. Reith señaló otro dibujo.

—¿Y éste?

—Menos apropiado todavía: la ropa de casa de un filósofo viejo para su propiedad en medio del campo.

—Hummm. Muy bien. Entonces —le dijo al sastre—, muéstrame las ropas adecuadas que llevaría un filósofo más o menos joven de impecable buen gusto en una visita casual a la ciudad.

Dordolio lanzó un bufido. Fue a decir algo, pero se lo pensó mejor y se retiró. El sastre dio órdenes a sus ayudantes. Reith miró a Anacho con el ceño fruncido.

—Para este caballero, las ropas de viaje de un dignatario de un alto castillo —dijo. Y señalando a Traz—: Y para él un traje sencillo para un joven caballero.

Aparecieron nuevas ropas, escandalosamente distintas de las encargadas por Dordolio. Los tres se cambiaron; el sastre hizo algunos pequeños retoques mientras Dordolio permanecía a un lado, tironeando de su bigote. Finalmente no pudo reprimir un comentario.

—Unas ropas elegantes, sin duda. Pero, ¿son adecuadas? Desconcertaréis a la gente cuando vuestra conducta no encaje con vuestra apariencia.

—¿Hubieras preferido que visitáramos Settra vestidos como patanes? —dijo despectivamente Anacho—. Las ropas que seleccionaste para nosotros no tenían nada de halagador hacia nuestras personas.

—¿Y eso qué importa? —exclamó Dordolio con voz fuerte—. Un Hombre-Dirdir fugitivo, un muchacho nómada y un individuo misterioso: ¿no es un absurdo vestir a gente así con ropas nobles?

Reith se echó a reír; Anacho agitó sus dedos; Traz lanzó a Dordolio una mirada de infinita irritación. Reith pagó la cuenta.

—Bien —murmuró Dordolio—, ahora vayamos al aeropuerto. Puesto que queréis lo mejor, podemos alquilar un vehículo aéreo.

—No tan aprisa —dijo Reith—. Como siempre, has calculado mal. Tiene que haber algún otro medio menos ostentoso de llegar a Settra.

—Naturalmente —dijo Dordolio, sin poder ocultar su ironía—. Pero la gente que viste como señores debe actuar como señores.

—Somos señores modestos —dijo Reith. Se dirigió al sastre—. ¿Cómo

viajáis vosotros normalmente a Settra?

—Yo soy un hombre de poca estima o «lugar»^[5]; utilizo los transportes públicos.

Reith se volvió hacia Dordolio.

—Si tienes intención de viajar en un vehículo aéreo privado, aquí es donde nos separamos.

—Encantado; si me adelantáis quinientos sequins.

Reith negó con la cabeza.

—Me temo que no.

—Entonces yo también deberé utilizar el transporte público.

Cuando salieron a la calle, Dordolio se mostró algo más cordial.

—Descubriréis que los Yao dan gran importancia a la coherencia y armonía de los atributos. Vais vestidos como personas de calidad, de modo que no dudo que os comportaréis en consonancia. Las cosas suelen ajustarse por sí mismas.

En la terminal, Dordolio tomó asientos de primera clase; poco después un largo vehículo llegó junto a la plataforma, deslizándose sobre dos grandes ruedas por una ranura cónica de un riel de cemento. Los cuatro hombres penetraron en un compartimiento y se sentaron en asientos recubiertos de peluche rojo. El vehículo se puso en marcha con un gruñido y una sacudida, y partió hacia la campiña de Cath.

Reith encontró el vehículo intrigante, incluso un poco desconcertante. Los motores eran pequeños, potentes y de diseño sofisticado; ¿por qué entonces el vehículo en sí estaba tan rudimentariamente construido? Las ruedas —cuando alcanzaba la máxima velocidad, quizá unos cien kilómetros por hora— rodaban sobre cojines de aire, a veces con una sedosa suavidad, hasta que las ruedas entraban de nuevo en contacto con la ranura de cemento, en cuyos momentos el vehículo se estremecía y vibraba de una forma abominable. Los Yao, reflexionó Reith, parecían ser buenos teóricos, pero evidentemente eran malos ingenieros.

El vehículo atravesó una antigua zona cultivada, más civilizada que cualquier otra cosa que Reith había visto hasta entonces en Tschai. Había algo de neblina en el aire, tiñendo el sempiterno amarillo de la luz del sol; las sombras eran más negras que el negro. El vehículo cruzó bosquecillos, plantaciones de nudosos árboles de negras flores, parques y haciendas, poblados en los que solamente la mitad de las casas parecían estar habitadas. Tras ascender a una

pantanosas mesetas, el vehículo giró hacia el este sobre marismas y colinas de disgregada piedra calcárea. Reith creyó discernir castillos en ruinas en la distancia.

—Un país de fantasmas —dijo Dordolio—. Esto son los páramos de Audan; ¿habéis oído hablar de ellos?

—Nunca —dijo Reith.

—Una región desolada, como podéis ver. Un refugio para los fuera de la ley, incluso para algún que otro ocasional Phung. Cuando se ha hecho oscuro, los aullidos de las jaurías de la noche...

El vehículo descendió de los páramos de Audan a una región de gran encanto. Por todas partes había estanques y cursos de agua, dominados por enormes árboles negros, marrones y color orín. Altas casas con inclinados gabletes y elaborados balcones se erguían en pequeñas islas. Dordolio señaló hacia el este.

—¿Veis allá abajo, esa enorme mansión al borde del bosque? Oro y Cornalina: el palacio de mi estirpe. Detrás, pero no podéis verlo, se halla Halmeur, un barrio limítrofe de Settra.

El vehículo penetró en un bosque y emergió al otro lado a una región llena de dispersas granjas, con los domos y espiras de Settra alzándose en el cielo allá al fondo. Unos pocos minutos más tarde entraron en una terminal y el vehículo se detuvo. Los pasajeros salieron a una terraza.

—Ahora debo dejaros —dijo Dordolio—. Si cruzáis el Oval hallaréis el Albergue de los Viajeros, que os recomiendo y a dónde enviaré un mensajero con la suma que os debo. —Hizo una pausa y carraspeó—. Si los hados del destino hacen que volvamos a encontrarnos... por ejemplo si pensáis seguir adelante con vuestra quimérica ambición de haceros recibir por el Señor del Jade Azul... puede que sea conveniente para nuestros mutuos propósitos el que no nos reconozcamos los unos a los otros.

—No veo ninguna razón por la que ninguno de los dos deseemos hacer eso —dijo educadamente Reith.

Dordolio le miró secamente, luego hizo un saludo formal.

—Os deseo buena fortuna. —Echó a andar cruzando la plaza, aumentando el largo de sus zancadas a medida que caminaba.

Reith se volvió a Traz y Anacho.

—Vosotros dos id al Albergue de los Viajeros y arreglad el hospedaje. Yo voy al Palacio del Jade Azul. Con un poco de suerte llegaré antes que Dordolio, que parece tener una prisa muy peculiar.

Se dirigió a una hilera de triciclos motorizados, subió al primero.

—Al Palacio del Jade Azul, a toda velocidad —le dijo al conductor.

El motor se puso en marcha y el triciclo partió hacia el sur, cruzando edificios de ladrillo vitrificado y oscuros paneles de cristal, luego un distrito de pequeñas casitas de madera, luego un gran mercado al aire libre, un escenario tan abigarrado y multicolor como cualquier otro de los que había observado en Cath. Girando en ángulo recto, el triciclo enfiló un antiguo puente de piedra, cruzó un portal en un muro de piedra y penetró en una amplia plaza circular. A su alrededor había tenderetes, en su mayor parte desocupados y llenos de mercancías; en el centro una corta rampa conducía a una plataforma circular, en cuya parte posterior había varias hileras de asientos. Una estructura rectangular ocupaba la parte delantera de la plataforma, y sus dimensiones le resultaron a Reith mórbidamente sugerentes.

—¿Qué es este lugar? —preguntó al conductor, que le lanzó una mirada de ligera sorpresa.

—El Círculo, sede de la Comunidad Patética, como puede ver. ¿Es usted extranjero en Settra?

—Sí.

El conductor consultó una especie de horario impreso en cartulina amarilla.

—La próxima celebración tendrá lugar este ivensdía: será traído un diecinueve para clarificar su horrible desesperación. ¡Imagine, un diecinueve! ¡El mejor tanteo desde los veintidós del Señor Wis de la Ágata de Cristal!

—¿Quiere decir que mató a diecinueve?

—Por supuesto, ¿qué otra cosa podría ser? Cuatro eran niños, pero aún así es toda una proeza en estos días, en los que la gente parece desconfiar del *awaile*. Toda Settra acudirá a presenciar la expiación. Si está usted aún en la ciudad, no encontrará nada mejor para el provecho de su alma.

—Es probable que sí. ¿Falta mucho para el Palacio del Jade Azul?

—Cruzar Dalmere y llegar.

—Tengo prisa —dijo Reith—. Tan rápido como sea posible.

—Naturalmente, señor, pero si tengo un accidente o hiero a alguien, me

sentiré extraordinariamente avergonzado, hasta lo más profundo de mi alma, y no quiero correr un riesgo de tanta responsabilidad.

—Es comprensible.

El triciclo enfiló un amplio bulevar, haciendo auténticas cabriolas para evitar los baches. Enormes árboles de negros troncos y follaje marrón y verde púrpura formaban como una especie de palio sobre la calzada; a ambos lados, rodeadas por oscuros jardines, se divisaban mansiones de la más extraordinaria arquitectura. El conductor señaló hacia delante.

—Allí en la colina: el Palacio del Jade Azul. ¿Por qué entrada, señor? — Inspeccionó irónicamente a Reith.

—La entrada principal —dijo Reith—. ¿Cuál si no?

—Como diga su señoría. Aunque la mayor parte de los que acuden a la entrada principal no llegan en triciclo a motor.

El vehículo ascendió la colina y se detuvo ante una puerta cochera. Reith pagó la carrera y descendió a una alfombra de seda apresuradamente depositada bajo sus pies por dos lacayos. Reith cruzó resueltamente un arco, para encontrarse en una estancia panelada con espejos. Una miriada de prismas de cristal colgaban tintineantes de cadenas de plata. Un mayordomo con una espléndida librea de terciopelo rojo oscuro hizo una profunda reverencia.

—Su señoría está en casa. ¿Deseáis descansar o tomar un cordial, aunque mi Señor Cizante aguarda impaciente el privilegio de recibirlos?

—Le veré inmediatamente; soy Adam Reith.

—¿Señor de qué dominio?

—Dile al Señor Cizante que traigo importante información.

El mayordomo miró inseguro a Reith, y su rostro se retorció en una docena de sutiles emociones. Reith se dio cuenta de que había cometido ya una serie de incorrecciones. *No importa, pensó, el Señor del Jade Azul tendrá que comprender.*

El mayordomo hizo una seña, un poco menos obsequioso que antes.

—Tened la bondad de venir por aquí.

Reith fue conducido a un pequeño patio interior donde murmuraba una cascada de luminoso líquido verde.

Pasaron dos minutos. Un hombre joven vestido con pantalones verdes y un elegante chaleco apareció. Su rostro era pálido como la cera, como si nunca

hubiera visto la luz del sol; sus ojos eran sombríos y melancólicos; bajo un sombrero de cuatro puntas de suave terciopelo verde su pelo tenía el color del ala de cuervo: un hombre notablemente agraciado, que de alguna manera emanaba un aura a la vez de laxitud y competencia. Examinó a Reith con un interés crítico y habló con voz seca.

—Señor, ¿afirmáis poseer información para el Señor del Jade Azul?

—Sí. ¿Sois vos?

—Soy su ayudante. Podéis transmitirme vuestra información con toda confianza.

—Traigo noticias relativas al destino de su hija —dijo Reith—. Preferiría hablar directamente con el Señor del Jade Rojo.

El ayudante hizo un curioso gesto con la mano, como si hacheara algo, y desapareció. Regresó al cabo de pocos momentos.

—¿Vuestro nombre, señor?

—Adam Reith.

—Seguidme, por favor.

Llevó a Reith hasta una habitación revestida de madera barnizada de un color marfileño, iluminada por una docena de prismas luminosos. Al fondo había un hombre de pie, de aspecto frágil y con el ceño fruncido, vestido con un extravagante traje de ocho piezas de seda negra y púrpura. Tenía un rostro redondo, y su pelo oscuro caía a mechones sobre su frente; sus ojos eran también oscuros, muy separados, con una tendencia a mirar de soslayo. *El rostro de un hombre receloso y reservado*, pensó Reith. El Señor del Jade Azul examinó al terrestre con los labios fruncidos.

—Señor Cizante —dijo el ayudante—, os traigo al caballero Adam Reith, hasta ahora desconocido, que pasando por azar se ha sentido complacido de saber que vos estabais por las intermediaciones.

Hubo un silencio expectante. Reith se dio cuenta de que las circunstancias exigían una respuesta ritual.

—Me siento complacido, naturalmente, de hallar al Señor Cizante en su residencia —dijo—. Hace solamente una hora que he llegado de Kotan.

La boca de Cizante se apretó más, convirtiéndose en una delgada línea, y Reith supo inmediatamente que acababa de hacer una observación inadecuada.

—Por supuesto —dijo Cizante con voz tensa—. ¿Tenéis noticias relativas a

la Dama Shar Zarin?

Aquél era el nombre de corte de la Flor. Reith respondió con una voz tan fría como la de Cizante.

—Sí. Puedo ofreceros un detallado informe de sus experiencias, y de su infortunada muerte.

El Señor del Jade Azul miró hacia el techo y habló sin bajar los ojos.

—Evidentemente venís a reclamar la recompensa.

El mayordomo entró en la habitación, le susurró algo al ayudante, y éste le murmuró discretamente algo al Señor Cizante.

—¡Curioso! —exclamó Cizante—. Uno de los retoños de los Oro y Cornalina, un tal Dordolio, acude también aquí, evidentemente a reclamar la recompensa.

—Despedidlo —dijo Reith—. Su conocimiento del asunto es superficial, como podréis comprobar.

—¿Mi hija está muerta?

—Lamento deciros que se ahogó arrojándose ella misma al agua, tras un ataque psicótico.

Las cejas del Señor se alzaron más secamente que antes.

—¿Cedió al *awaile*?

—Supongo que sí.

—¿Cuándo y dónde ocurrió eso?

—Hace tres semanas, a bordo del buque *Vargaz* a medio cruzar el Draschade.

El Señor Cizante se dejó caer en una silla. Reith aguardó una invitación a hacer lo mismo, pero finalmente decidió sentarse por su cuenta. El Señor Cizante habló con voz seca:

—Evidentemente sufrió una profunda humillación.

—No sabría decirlo. Yo la ayudé a escapar de las Sacerdotisas del Misterio Femenino; a partir de entonces estuvo segura bajo mi protección. Se sentía ansiosa por regresar a Cath y me urgió a acompañarla, asegurándose vuestra amistad y gratitud. Pero tan pronto como iniciamos nuestro viaje hacia el este se volvió melancólica y, como os he dicho, a medio cruzar el Draschade se arrojó por la borda.

Mientras Reith hablaba, el rostro de Cizante fue pasando por una serie de

fases y grados de las más diversas emociones.

—Así pues —dijo con voz crispada—, ahora, con mi hija muerta, tras circunstancias que no quiero imaginar, venís aquí a toda prisa a reclamar vuestra recompensa.

—Entonces no sabía nada de esa «recompensa», ni lo sé ahora —dijo fríamente Reith—. Vine a Cath por varias razones, la menos importante de las cuales era conoceros. Os hallo contrario a lo que yo considero una conducta cortés y civilizada, así que me marché. —Reith hizo una seca inclinación de cabeza y se dirigió hacia la puerta. Al llegar a ella se volvió—. Si deseáis saber más detalles relativos a vuestra hija, consultad a Dordolio, al que hallamos, al límite de sus recursos económicos, en Coad.

Reith abandonó la habitación. El sibilante murmullo del Señor del Jade Azul llegó hasta sus oídos:

—Sois un grosero.

En el vestíbulo aguardó al mayordomo, que le dedicó la más imperceptible de sus sonrisas y señaló hacia un pasillo pintado de rojo y azul, apenas iluminado.

—Por aquí, señor.

Reith no le prestó atención. Se dirigió al vestíbulo principal, y salió por donde había entrado.

7

Reith regresó caminando al Oval, meditando sobre la ciudad de Settra y el curioso temperamento de su gente. Se vio obligado a admitir que el plan de conseguir una pequeña nave espacial, que allá en el lejano Pera le había parecido como mínimo realizable, parecía ahora impracticable. Había esperado gratitud y amistad del Señor del Jade Azul; había encontrado hostilidad. En cuanto a las habilidades técnicas de los Yao, se sentía inclinado al pesimismo, y se dedicó a evaluar los vehículos que le cruzaban por la calle. Parecían funcionar satisfactoriamente, aunque daban la impresión de que lo primero que habían tenido en mente los diseñadores, antes que la eficiencia, había sido la originalidad y la elegancia. La energía era extraída de las células multiuso producidas por los Dir-dir; el acoplamiento no era en absoluto suave; una indicación, al menos desde el punto de vista de Reith, de descuido o incompetencia por parte de los ingenieros. No había dos iguales; cada uno parecía una construcción individualizada.

Casi con toda seguridad, reflexionó Reith, la tecnología Yao era inadecuada para sus propósitos. Sin acceso a componentes estándar, controles de calidad, circuitos integrados, formas estructurales, ordenadores, analizadores Fourier, generadores a macro-gauss, normas, sin mencionar personal técnico hábil y dedicado, la construcción incluso de la más tosca de las espacionaves se convertía en una tarea abrumadora, imposible ni siquiera dedicándole toda una vida... Llegó a un pequeño parque circular, umbrío bajo las enormes sillas de rugosa corteza negra y hojas apergaminadas. En el centro se alzaba un enorme monumento. Una docena de figuras masculinas, cada una de las cuales llevaba un instrumento o una herramienta, danzaban con una inquietante gracia ritual en torno a una forma femenina, que permanecía erguida con los brazos en alto y el rostro alzado en intensa emoción. Reith no pudo identificar su expresión.

¿Exultación? ¿Agonía? ¿Pesar? ¿Beatificación? Fuera cual fuese el caso, el monumento era inquietante, y arañaba las partes más profundas de su mente como un ratón la madera. El monumento parecía muy antiguo... ¿miles de años? Reith no podía estar seguro. Una niña pequeña y un muchachito algo mayor pasaron por su lado. Se detuvieron primero a estudiar a Reith, luego dedicaron una fascinada atención a las deslizantes figuras y sus macabros instrumentos. Reith, de un humor sombrío, siguió su camino y finalmente llegó al Albergue de los Viajeros. Ni Traz ni el Hombre-Dirdir estaban por allí. Sin embargo habían reservado habitaciones: una suite de cuatro estancias que daba al Oval.

Reith se bañó y se cambió de ropas. Cuando bajó al salón principal, el crepúsculo se había extendido sobre el Oval, que ahora estaba iluminado por un anillo de grandes globos luminosos con una gran variedad de colores pastel. Traz y Anacho aparecieron por el otro lado del Oval. Reith los observó con una hosca sonrisa. Eran básicamente antagónicos, como un gato y un perro; sin embargo, cuando las circunstancias los unían, se comportaban con una cautelosa camaradería.

Anacho y Traz, resultó, habían ido a parar por casualidad a una zona conocida como «el Mazo», donde los caballeros dirimían sus asuntos de honor. Durante el transcurso de la tarde habían contemplado tres lances: asuntos casi anodinos y sin derramamiento de sangre, informó Traz con un resoplido despectivo.

—Las ceremonias agotan sus energías —dijo Anacho—. Tras las reverencias y las formalidades, les queda poco tiempo para luchar.

—Me atrevería a decir que los Yao son más peculiares aún que los Hombres-Dirdir —dijo Reith.

—¡Ja! ¡Disiento de eso! Tan sólo conoces a un Hombre-Dirdir. Puedo mostrarte a un millar y confundirte totalmente. Pero vamos; el comedor está tras esa esquina. Si no otra cosa, al menos la cocina Yao es satisfactoria.

Los tres cenaron en un amplio salón con las paredes llenas de tapices. Como de costumbre, Reith no pudo identificar lo que comía, y no se molestó en averiguarlo. Había un guiso amarillento, levemente dulzón, con flotantes copos de corteza salada; lonchas de pálida carne aderezada con pétalos de flores; una verdura parecida al apio espolvoreada con alguna especia terriblemente picante; tortas con aroma a musgo y resina; moras negras con sabor a pantano;

transparente vino blanco que cosquilleaba en la boca.

Los tres tomaron un poco de licor después de la cena en la taberna contigua. La clientela incluía a varias personas no Yao, que parecían utilizar el lugar como punto de reunión. Uno de ellos, un hombre alto tocado con un bonete de piel y una evidente propensión a la bebida, miró a Reith directamente al rostro.

—Estoy equivocado, por supuesto. Por un momento pensé que eras Vect de Holangar; luego me dije a mí mismo: ¿dónde están sus tenazas? De modo que me dije no, es solamente otro de esos anomos que se deslizan al Albergue de los Viajeros con la esperanza de ver a los de su propia clase.

—Me gustaría ver a los de mi propia clase —dijo Reith—. Nada me complacería más.

—¿Y bien, no es ése el caso? ¿De qué tipo eres? No puedo ponerle ningún nombre a tu rostro.

—Soy un vagabundo de lejanas tierras.

—No más lejanas que las mías, que se hallan al final de la costa de Vord, donde el cabo del Terror hace retroceder al Schanizade. ¡He visto cosas, puedo asegurártelo! ¡Incursiones en el Arkady! ¡Batallas con la gente del mar! Recuerdo una ocasión en la que nos metimos en las montañas y destruimos a los bandidos... Por aquel entonces yo era joven y un gran soldado; ahora velo por la comodidad de los Yao y me gano con ello mi propia comodidad, y así la vida no resulta demasiado dura.

—Supongo que no. ¿Eres un técnico?

—No soy tan grande como eso. Inspecciono ruedas en el depósito de los vehículos de transporte público.

—¿Hay muchos técnicos extranjeros trabajando en Settra?

—Cierto. Cath es un lugar lo suficientemente confortable como para que puedas olvidarte de las extravagancias de los Yao.

—¿Qué hay acerca de los Hombres-Wannek? ¿Hay muchos de ellos en Settra?

—¿Trabajando? Nunca. Cuando estuve en Ao Zalil, al este del lago Falas, vi cómo eran las cosas. Los Hombres-Wannek no trabajan nunca, ni siquiera para los Wannek; ya se agotan bastante pronunciando los carillones Wannek. Aunque normalmente interpretan los acordes con la ayuda de pequeños y notables instrumentos.

—¿Quiénes trabajan entonces en las tiendas Wannek? ¿Negros y Púrpuras?

—¡Oh, no! Cualquiera de ellos podría verse obligado a manejar un artículo que hubiera tocado la mano del otro. Los Lokhar de tierra adentro son los que realizan la mayor parte del trabajo en las tiendas. Durante diez o veinte años, o incluso más, se afanan en ellas, y luego vuelven a sus poblados convertidos en hombres ricos. ¿Hombres-Wannek trabajando en las tiendas? ¡Vaya chiste! ¡Son tan orgullosos como los Hombres-Dirdir Inmaculados! Veo que tienes a tu lado a un Hombre-Dirdir esta noche.

—Sí, es mi camarada.

—¡Es extraño encontrar a un Hombre-Dirdir tan corriente! —se maravilló el viejo—. Solamente me he tropezado con tres antes de ahora, y los tres me trataron como el polvo de sus zapatos. —Vació su vaso, lo dejó sobre la mesa con un golpe seco—. Ahora tengo que irme; os deseo buenas noches a todos, incluso al Hombre-Dirdir.

El viejo se marchó. Casi con el mismo batir de la puerta penetró un hombre joven pálido y de pelo negro, vestido discretamente con finas ropas color azul oscuro. Había visto a aquel hombre en algún lugar, pensó Reith, y recientemente... ¿Dónde? El hombre caminó con lentitud, como sumido en sus pensamientos, a lo largo del pasillo que había libre junto a la pared. Fue a la barra, le sirvieron un vaso de un jarabe oscuro. Cuando se volvió, sus ojos se encontraron con los de Reith. Hizo una cortés inclinación de cabeza y, tras una momentánea vacilación, se acercó. Entonces lo reconoció Reith: era el joven y pálido ayudante de Cizante.

—Buenas noches —dijo el joven—. ¿Quizá me reconocéis? Soy Helsse de Isan, de la casa del Jade Azul. Creo que nos hemos visto hoy.

—Ciertamente, he tenido algunas palabras con tu amo.

Helsse dio un sorbo a su vaso, hizo un gesto de desagrado y lo depositó sobre la mesa.

—Vayamos a un lugar un poco más tranquilo donde podamos hablar.

Reith dijo unas palabras a Traz y Anacho, luego se volvió de nuevo a Helsse.

—Di dónde.

Helsse miró casualmente hacia la entrada principal, pero eligió salir por el restaurante. Mientras se marchaban, Reith captó con el rabillo del ojo a un hombre entrando en la taberna y mirando con ojos furiosos a su alrededor:

Dordolio.

Helsse pareció no haberlo visto.

—Cerca de aquí hay un pequeño cabaret, no muy distinguido, pero tan bueno como cualquier otro lugar para que podamos hablar un poco.

El cabaret era un local de techo bajo, iluminado con lámparas rojas y azules, con reservados pintados de azul rodeando una pista central. Un cierto número de músicos estaban sentados en una plataforma, y dos de ellos tocaban pequeños gongs y tambores, mientras un bailarín se retorció sinuosamente de un lado para otro. Helsse seleccionó un reservado cerca de la puerta, tan lejos de los músicos como era posible; los dos hombres se sentaron en almohadones azules, y Helsse pidió dos copas de «Tintura de Madera Silvestre», que les fueron traídas inmediatamente a la mesa.

El bailarín se fue, y los músicos iniciaron una nueva melodía con instrumentos similares al oboe, flauta, celo y tímpano. Reith escuchó por unos momentos, sorprendido por la raspante melodía que era casi un lamento, el repiquetear del tímpano, los repentinamente excitados arpeggios de la flauta.

Helsse se inclinó solícito hacia delante.

—¿No estáis familiarizado con la música Yao? Al menos ésa es la impresión que dais. Ésta es una de nuestras formas tradicionales: un lamento.

—Nunca la hubiera confundido con una composición alegre.

—Cuestión de apreciación. —Helsse empezó a enumerar una serie de formas musicales de optimismo decreciente—. No quiero dar a entender con esto que los Yao sean una gente melancólica; basta con asistir a uno de los bailes de temporada para apreciarlo.

—Dudo que sea invitado a ninguno de ellos —dijo Reith.

La orquesta inició otra melodía, una serie de acordes apasionados iniciados por cada instrumento en instantes distintos, terminando todos juntos en un sostenido trémolo. Por una extraña asociación de ideas, Reith pensó en el monumento en el parque circular.

—¿Tiene la música alguna conexión con vuestro ritual de expiación?

Helsse sonrió de una forma distante.

—He oído decir que el espíritu de la Comunción Patética permea la psique Yao.

—Interesante. —Reith guardó silencio unos momentos. Helsse no lo había

traído hasta allí para hablar de música.

—Espero que los sucesos de esta tarde no hayan representado para vos un gran inconveniente —dijo Helsse.

—Ninguno en absoluto, excepto una cierta irritación.

—¿Acaso no esperabais la recompensa?

—No sabía nada de ella. Esperaba la cortesía habitual, por supuesto. La recepción que me ofreció el Señor Cizante, vista en retrospectiva, parece de lo más notable.

Helsse asintió seriamente.

—Es un hombre notable. Pero en estos momentos se halla en una delicada posición. Inmediatamente después de vuestra partida se presentó el caballero Dordolio, denunciándoos como un intruso y reclamando la recompensa para él. Si he de ser sincero, acceder a ello representaría una situación embarazosa para el Señor Cizante, si tenemos en cuenta todas las consideraciones. Es posible que vos no sepáis que las casas del Jade Azul y del Oro y Cornalina son rivales. El Señor Cizante sospecha que Dordolio pueda utilizar la gratificación para humillar a la casa del Jade Azul, con consecuencias que en estos momentos nadie puede prever.

—¿Cuál fue exactamente la recompensa prometida por el Señor Cizante? —preguntó Reith.

—La emoción abrumó su habitual reserva —dijo Helsse—. Declaró: «Quienquiera que me devuelva a mi hija o me traiga noticias de ella podrá pedir lo que desee, y yo haré todo lo posible por cumplir sus deseos.» Unas palabras fuertes, como podéis ver, pronunciadas solamente para los oídos de la casa del Jade Azul, pero que se extendieron rápidamente.

—Parece —dijo Reith— que yo le haría un favor a Cizante aceptando su bondad.

—Eso es lo que queremos poner en claro —dijo Helsse cuidadosamente—. Dordolio ha hecho un cierto número de afirmaciones insolentes relativas a vos. Declara que sois un bárbaro supersticioso que intenta revivir el «culto». Si vuestra petición fuera que el Señor Cizante convirtiera su palacio en un templo y se uniera él también al «culto», puede que prefiriera los términos de Dordolio.

—¿Aunque yo hubiera sido el primero en aparecer en escena?

—Dordolio os acusa de traición, y está violentamente furioso. Pero dejando a

un lado todo esto, ¿qué pedís vos al Señor Cizante, a la luz de las circunstancias?

Reith meditó. Desgraciadamente, no podía permitirse el orgulloso lujo de rechazar aquello.

—No estoy seguro. Me gustaría obtener algún consejo desinteresado, pero no sé dónde encontrarlo.

—Probad conmigo —sugirió Helsse.

—No os veo en absoluto como parte desinteresada.

—Mucho más de lo que vos podéis llegar a imaginar.

Reith estudió aquel pálido y agraciado rostro, los negros ojos. Helsse era un hombre desconcertante, sobre todo por su impersonalidad, ni cordial ni frío. Hablaba con una ostensible sinceridad, pero no permitía que ninguna señal inconsciente revelara el estado de su yo interior.

La orquesta se había dispersado. Un hombre más bien obeso con una larga túnica marrón subió a la plataforma. Tras él se sentó una mujer de largo pelo negro llevando un laúd. El hombre inició un lamento ululante: medias palabras que Reith fue incapaz de captar.

—¿Otra melodía tradicional? —inquirió. Helsse se encogió de hombros.

—Un estilo especial de cantar. No deja de tener valor. Si todo el mundo se diera tanto trabajo como éste, habría mucho menos *awaile*.

Reith escuchó.

—Juzgadme inflexibles, todos vosotros —gemía el cantante—. He cometido un terrible crimen, y ello a causa de mi desesperación.

—De hecho —dijo Reith—, parece absurdo discutir mis mejores ventajas sobre el Señor Cizante con su propio ayudante.

—Oh, pero vuestras mejores ventajas no son necesariamente las desventajas del Señor Cizante —dijo Helsse—. Con Dordolio, el caso es distinto.

—El Señor Cizante no mostró hacia mí una gran cortesía —murmuró Reith—. No me siento en absoluto ansioso de hacerle un favor. Por otra parte, tampoco tengo intención de favorecer a Dordolio, que me llama bárbaro supersticioso.

—Es posible que el Señor Cizante se sintiera demasiado impresionado por vuestras noticias —sugirió Helsse—. En cuanto a la acusación de Dordolio, es evidentemente inexacta, y no vale la pena seguir tomándola en cuenta.

Reith sonrió.

—Dordolio me ha conocido durante un mes; ¿puedes discutir sus opiniones teniendo en cuenta el poco tiempo que me conoces tú?

Si esperaba desconcertar a Helsse, fracasó. La sonrisa del ayudante del Señor del Jade Azul fue suave.

—Normalmente acierto en mis apreciaciones.

—Supongamos que lo que yo pretendo es hacer públicas una serie de aparentemente alocadas afirmaciones: que Tschai es plano, que los dogmas del «culto» son correctos, que el hombre puede vivir bajo el agua... ¿cuál sería tu opinión?

Helsse meditó seriamente el asunto.

—Cada caso es distinto. Si vos me decís que Tschai es plano, evidentemente tendré que revisar mi anterior juicio. Si argumentáis lo relativo al credo del «culto», suspenderé la decisión y escucharé vuestras observaciones, porque se trata de un asunto de opinión y no existe ninguna prueba, al menos por lo que yo sé. Si insistís en que el hombre puede vivir bajo el agua, puede que me sienta inclinado a aceptar vuestra afirmación como una base de trabajo. Después de todo, los Pnume se sumergen, al igual que los Wannek; ¿por qué no los hombres, quizá con un equipo especial?

—Tschai no es plano —dijo Reith—. Los hombres pueden vivir bajo el agua durante cortos períodos de tiempo utilizando branquias artificiales. No sé nada del «culto» ni de sus doctrinas.

Helsse dio un sorbo a su copa de esencia. El cantante se había marchado; ahora apareció un grupo de bailarines: hombres con piernas y brazos envueltos con telas negras, desnudos desde la parte superior de las caderas hasta la caja torácica. Reith los contempló fascinado por un momento, luego apartó la vista.

—Danzas tradicionales —explicó Helsse— relativas a la Comunión Patética. Éste es el «Movimiento Precursor de los Oficiantes hacia el Expiador».

—Los «oficiantes», ¿con los torturadores?

—Son los que proporcionan los medios para una absoluta expiación. Muchos se convierten en héroes populares debido a sus apasionadas técnicas. —Se puso en pie—. Venid. Habéis dejado implícito un cierto interés hacia el «culto». Resulta que conozco la ubicación de su lugar de reunión, que no está muy lejos de aquí. Si os sentís interesado, os llevaré.

—Si la visita no es contraria a las leyes de Cath.

—No temáis por ello. Cath no posee leyes, solamente costumbres, lo cual parece convenir perfectamente a los Yao.

—Peculiar —dijo Reith—. ¿El asesinato no está prohibido?

—Ofende a las costumbres, al menos bajo ciertas circunstancias. De todos modos, los asesinos profesionales de la Cofradía y la Compañía de Servicios actúan sin ningún reproche público. En general, la gente de Cath hace lo que considera adecuado y sufre un mayor o menor oprobio. De modo que podéis visitar el «culto» e incurrir, como máximo, en invectivas.

Reith se puso en pie.

—Muy bien: condúceme.

Cruzaron el Oval, siguieron por una tortuosa callejuela hasta desembocar en una penumbrosa avenida. Las excéntricas siluetas de las casas del lado opuesto se recortaban contra el cielo, donde se alineaban a la vez Az y Braz. Helse llamó suavemente a una puerta que exhibía una pálida fosforescencia azul. Los dos hombres aguardaron en silencio. La puerta se abrió una rendija; un rostro de larga nariz atisbo por la abertura.

—Visitantes —dijo Helse—. ¿Podemos entrar?

—¿Sois asociados? Debo informaros que éste es el centro del distrito de la Sociedad de Anhelantes Refluxivos.

—No somos asociados. Este caballero es un extranjero que desea aprender algo del «culto».

—Es bienvenido y tú también, puesto que parece que no te preocupa el «lugar».

—Nada en absoluto.

—Lo cual te señala como el más alto entre los altos o el más bajo entre los bajos. Entrad. Tenemos poca diversión que ofrecer... convicciones, unas cuantas teorías, unos pocos hechos. —El Refluxivo apartó una cortina—. Entrad.

Helse y Reith penetraron en una amplia habitación de techo bajo. A un lado, casi perdidos entre tanto espacio vacío, había dos hombres y dos mujeres sentados, bebiendo té en tazas de hierro.

El Refluxivo hizo un gesto medio obsequioso, medio sardónico.

—Ya estamos; contemplad por vosotros mismos el horrible «culto». ¿Habéis visto alguna vez algo menos estrepitoso?

—El «culto» —dijo Helse, con un tono sentencioso de voz— es despreciado

no por la apariencia de sus lugares de reunión, sino por sus provocativas afirmaciones.

—Afirmaciones... ¡bah! —declaró el Refluxivo con voz irritantemente quejumbrosa—. Los demás nos persiguen, pero somos los elegidos del conocimiento.

—¿Qué es exactamente lo que sabéis? —preguntó Reith.

—Sabemos que los hombres no son originarios de Tschai.

—¿Cómo podéis saber esto? —exclamó Helsse—. La historia humana se hunde en las tinieblas.

—Es una Verdad intuitiva. También estamos convencidos de que algún día los Magos Humanos devolverán su semilla al Mundo Natal. ¡Y entonces, qué alegría! El Mundo Natal es un lugar de bondad, con aire que ensancha los pulmones como el más dulce de los vinos de Iphthal. En el Mundo Natal hay montañas de oro coronadas con ópalos y bosques de ensueño. La muerte es un accidente extraño, no un destino ineludible; todos los hombres viven con la paz y la alegría como compañeras, con deliciosas viandas por todas partes para comer y dulces néctares para beber.

—Una visión deliciosa —dijo Helsse—, ¿pero no crees que es un tanto hipotética? ¿O más exactamente un dogma institucional?

—Es posible —declaró el testarudo Refluxivo—. De todos modos, un dogma no tiene porque ser necesariamente falso. Existen verdades reveladas, y he aquí una: ¡la revelada imagen del Mundo Natal! —Señaló hacia un globo planetario de un metro de diámetro que colgaba al nivel de los ojos.

Reith se acercó al globo y lo inspeccionó, inclinando la cabeza hacia uno y otro lado, intentando identificar las líneas de las costas, descubriendo aquí una sorprendente similitud, allá una absoluta disparidad. Helsse se detuvo a su lado.

—¿Qué os evoca esto? —Su voz era fría y tranquila.

—Nada en particular.

Helsse emitió un suave gruñido de alivio mezclado quizá con una cierta decepción, o al menos eso creyó Reith.

Una de las mujeres alzó su obeso cuerpo del banco donde estaba sentada y avanzó hacia ellos.

—¿Por qué no os unís a la Sociedad? —insinuó—. Necesitamos nuevos rostros, nueva sangre, para aumentar la nueva e incontenible marea. ¿No nos

ayudaréis a establecer contacto con el Mundo Natal?

Reith se echó a reír.

—¿Hay algún método práctico?

—¡Por supuesto! ¡La telepatía! De hecho, no disponemos de otro recurso.

—¿Por qué no una nave espacial?

La mujer pareció desconcertada y miró a Reith con ojos fruncidos, como intentando adivinar si hablaba en serio.

—¿Cómo podríamos conseguir alguna?

—¿No hay ninguna en venta? ¿Ni siquiera una pequeña?

—Nunca he oído de un caso así.

—Ni yo —fue el frío comentario de Helsse.

—Y además, ¿qué haríamos con ella? —preguntó la mujer casi brutalmente—. El Mundo Natal se halla situado en la constelación de Clan, pero el espacio es enorme; derivaríamos eternamente.

—Los problemas son grandes —admitió Reith—. De todos modos, suponiendo que vuestras premisas sean correctas...

—¿Suponer? ¿Premisas? —inquirió la mujer gruesa con voz impresionada—. Más bien revelación.

—Es posible. Pero el misticismo no es un enfoque práctico al viaje espacial. Supongamos que, por uno u otro medio, os halláis al mando de una nave espacial: entonces os resultará muy fácil verificar las bases de vuestras creencias. Todo lo que tenéis que hacer es dirigiros hacia la constelación de Clari, deteniéndoos a intervalos adecuados para monitorizar la zona en busca de señales de radio. Más pronto o más tarde, si el Mundo Natal existe, un instrumento adecuado detectará las señales.

—Interesante —dijo Helsse—. ¿Suponéis que ese mundo, si existe, se hallará tan adelantado como para propagar ese tipo de señales?

Reith se encogió de hombros.

—Puesto que suponemos la existencia del mundo, ¿por qué no debemos suponer la existencia de señales?

Helsse no tenía nada que decir al respecto. El Refluxivo declaró:

—Ingenioso pero superficial. ¿Cómo, por ejemplo, conseguiríamos una nave espacial?

—Con fondos suficientes y la habilidad técnica necesaria, podéis construir

una nave pequeña.

—Para empezar —dijo el Refluxivo—, no disponemos de esos fondos.

—Ésa es la menor de las dificultades, o al menos eso me atrevo a creer —murmuró Helsse.

—La segunda posibilidad es comprar una nave pequeña a uno de los pueblos que ya practican la navegación espacial: los Dirdir, los Wannek, incluso quizá los Chasch Azules.

—De nuevo una cuestión de sequins —dijo el Refluxivo—. ¿Cuánto puede valer una nave espacial?

Reith miró a Helsse, que frunció los labios.

—Medio millón de sequins, si hubiera alguien dispuesto a vender una, lo cual dudo.

—La tercera posibilidad es la más directa —dijo Reith—. Una confiscación, pura y simple.

—¿Confiscación? ¿A quién? Aunque seamos miembros del «culto», todavía no somos unos lunáticos.

La mujer gruesa lanzó un resoplido desaprobador.

—Este hombre es un loco romántico.

—Te aceptaríamos de buen grado como asociado, pero tienes que descubrir una metodología ortodoxa —dijo suavemente el Refluxivo—. Ofrecemos clases de control del pensamiento y telepatía proyectiva dos veces por semana, el ilsdía y el azdía. Si quieres asistir...

—Me temo que eso sea imposible —dijo Reith—. Pero vuestro programa es interesante, y espero que os dé resultados fructíferos.

Helsse hizo un gesto cortés; los dos se fueron.

Caminaron en silencio a lo largo de la tranquila avenida. De pronto Helsse preguntó:

—¿Cuál es vuestra opinión ahora?

—La situación habla por sí misma —dijo Reith.

—¿Estáis convencido de que su doctrina no es plausible?

—Yo no iría tan lejos. Seguro que los científicos han encontrado lazos biológicos entre los Pnume, los Phung, las jaurías de la noche y otras criaturas indígenas. Los Chasch Azules, los Chasch Verdes y los Viejos Chasch también se hallan relacionados del mismo modo entre sí. Pero los Pnume, los Wannek,

los Chasch, los Dirdir y los Hombres son biológicamente distintos. ¿Qué te sugiere a ti todo esto?

—Admito que las circunstancias son desconcertantes. ¿Tenéis vos alguna explicación?

—Creo que se necesitan más hechos. Quizá los Refluxivos se conviertan en adeptos telépatas y nos sorprendan a todos.

Helsse siguió caminando en silencio. Doblaron una esquina. Reith hizo detenerse a su compañero.

—¡Quieto! —Aguardó.

Sonó un rumor de pasos apresurados; una forma oscura dobló la esquina. Reith agarró a la figura, le hizo dar la vuelta, aplicó un brazo en torno a su cuello formando tenaza. Helsse hizo un par de tentativos movimientos; sin confiar en nadie, Reith lo mantuvo en su campo de visión.

—Enciende una luz —dijo Reith—. Veamos a quién tenemos. O qué.

Helsse extrajo de su bolsillo un globo luminoso y lo mantuvo en alto. El cautivo se retorció, pateó, tiró. Reith apretó su presa y sintió el restallar de un hueso, pero la figura, agitándose, le hizo perder el equilibrio. Del invisible rostro brotó un silbido de triunfo; consiguió liberarse. Luego hubo un destello metálico, un jadeo de dolor.

Helsse volvió a alzar su globo de luz y sacó su daga de la espalda de la retorciente forma, mientras Reith se acercaba a su lado, la boca fruncida en un gesto de desaprobación.

—Eres rápido con la hoja.

Helsse se encogió de hombros.

—Él lleva agujas. —Dio la vuelta al cuerpo con el pie; sonó un pequeño tintineo cuando una aguja de cristal cayó contra el suelo de piedra.

Los dos hombres contemplaron curiosos el blanco rostro, medio oculto bajo el ala de un extravagantemente ancho sombrero negro.

—Se pone un sombrero como un Pnumekin —dijo Helsse—, y es tan pálido como un fantasma.

—O un Hombre-Wannek —dijo Reith.

—Pero creo que es distinto a ambos; en qué, no podría decirlo. Quizá sea un híbrido, una mezcla, lo cual se dice que es la mejor cualidad para el trabajo de espionaje.

Reith le quitó el sombrero, dejando al descubierto un cráneo completamente calvo. El rostro tenía huesos finos y músculos algo blandos; la nariz era fina y flexible y estaba rematada por una pequeña protuberancia. Sus ojos, medio abiertos, parecían negros. Acercándose más, Reith creyó ver que llevaba el cráneo afeitado.

Helsse miró inquieto a ambos lados de la calle.

—Vamos, tenemos que marcharnos aprisa, antes de que la patrulla lo encuentre y dé aviso.

—No tan aprisa —dijo Reith—. No hay nadie cerca. Mantén en alto la luz; aléjate un poco, allá donde puedas ver a ambos lados de la calle. —Helsse obedeció reluctantly, y Reith pudo observarlo con el rabillo del ojo mientras registraba el cadáver. Sus ropas desprendían un extraño olor almizcleño; Reith sintió que se le revolvía el estómago mientras rebuscaba aquí y allá. De un bolsillo interior de la capa tomó un fajo de papeles. Desprendió una blanda bolsa de piel que colgaba de su cinturón.

—¡Vamos! —siseó Helsse—. No debemos ser descubiertos; perderíamos todo «lugar».

Regresaron al Oval y al Albergue de los Viajeros. Se detuvieron en la arcada frente a la entrada del establecimiento.

—La velada fue interesante —dijo Reith—. Aprendí mucho.

—Desearía poder decir lo mismo —dijo Helsse—. ¿Qué tomasteis del hombre muerto?

Reith abrió la bolsa, que contenía un puñado de sequins. Luego desplegó el fajo de papeles, y los dos lo examinaron a la luz que les llegaba desde la posada, para descubrir una serie de hileras de una escritura peculiar: una sucesión de rectángulos de distintas formas y tamaños.

Helsse miró a Reith.

—¿Reconocéis esta escritura?

—No.

Helsse lanzó una corta risa parecida a un ladrido.

—Es Wannek.

—Hum. ¿Qué puede significar?

—Simplemente más misterio. Settra es una colmena de intrigas. Los espías están por todas partes.

—¿Y los dispositivos de espionaje? ¿Micrófonos? ¿Células visoras?

—Cabe suponerlo.

—Entonces podemos deducir que el salón de los Refluxivos se halla monitorizado... Quizá fui demasiado atrevido con mis consejos.

—Si el monitor era el hombre muerto, entonces vuestras palabras se han perdido. Pero permitidme que tome custodia de estas notas. Haré que las traduzcan; hay una colonia de Lokhar cerca, y algunos de ellos conocen bien el Wannek.

—Iremos juntos —dijo Reith—. ¿Te parece bien mañana?

—Estupendo —dijo hoscamente Helsse. Miró hacia el otro lado del Oval—. Para terminar: ¿qué debo decirle al Señor Cizante respecto a vuestra recompensa?

—No lo sé —respondió Reith—. Tendré una respuesta mañana.

—Puede que la situación se clarifique un poco antes —dijo Helsse—. Ahí está Dordolio.

Reith se volvió en redondo y descubrió a Dordolio avanzando a largas zancadas hacia él, seguido por dos afectados caballeros. Dordolio estaba claramente furioso. Se detuvo a un metro de Reith y, adelantando el mentón, restalló:

—¡Me habéis arruinado con vuestros trucos viciosos! ¿Acaso no tenéis vergüenza? —Se quitó el sombrero y lo arrojó al rostro de Reith. Reith se echó a un lado, y el sombrero planeó y fue a caer en medio del Oval.

Dordolio agitó un dedo ante el rostro de Reith; Reith retrocedió un paso.

—Vuestra muerte está asegurada —dijo Dordolio con voz ronca—. ¡Pero no por el honor de mi espada! ¡Asesinos de baja casta enterrarán vuestro cuerpo en excrementos de ganado! ¡Veinte parias apalearán vuestro cadáver! ¡Un perro arrastrará vuestra cabeza por las calles tirando de vuestra lengua!

Reith consiguió esbozar una débil sonrisa.

—Cizante arreglará lo mismo para vos, a petición mía. Es una recompensa tan buena como cualquier otra.

—Cizante. ¡Bah! Un corrompido advenedizo, un invertido gruñón. Del Jade Azul no va a quedar nada; ¡la caída de ese palacio culminará el «rondó»!

Helsse avanzó un paso.

—Antes de que sigáis con vuestras notables afirmaciones, sabed que yo

represento a la Casa del Jade Azul, y que me sentiré obligado a informar a su Excelencia el Señor Cizante de la sustancia de vuestros comentarios.

—¡No me vengáis con trivialidades! —restalló Dordolio. Hizo un gesto furioso a Reith—. ¡Recoged mi sombrero, o mañana esperad los Doce Toques!

—Una pequeña concesión —dijo Reith—, si eso me asegura vuestra partida. —Recogió el sombrero de Dordolio, lo sacudió un par de veces, se lo tendió—. Vuestro sombrero, que tirasteis a la plaza. —Rodeó a Dordolio y entró en el albergue. Dordolio lanzó una risita que era casi un croar, golpeó el sombrero contra su cadera y, haciendo una señal a sus camaradas, se alejó.

En el interior del albergue, Reith preguntó a Helsse:

—¿Qué son los «Doce Toques»?

—A intervalos, cada día, quizá cada dos días, un asesino pincha a su víctima con una varilla afilada. El doceavo toque es fatal; el hombre muere. Por acumulación de veneno, por una sola dosis final o por una sugestión mórbida, sólo la Cofradía de Asesinos lo sabe. Ahora tengo que regresar al Jade Azul. El Señor Cizante estará interesado en mi informe.

—¿Qué vas a decirle?

Helsse se limitó a reír.

—¡Vos, el más reservado de los hombres, preguntándome eso! De todos modos, Cizante oirá que vos estáis dispuesto a aceptar la recompensa, y que probablemente abandonaréis pronto Cath...

—¡Yo no he dicho nada de esto!

—Sin embargo, será uno de los elementos de mi informe.

8

Reith despertó a la pálida luz del sol filtrada por los gruesos cristales ambarinos de las ventanas. Permaneció tendido en la cama poco familiar, recogiendo los dispersos hilos de su existencia. Era difícil no sentir un profundo abatimiento. Cath, donde había esperado encontrar flexibilidad, esclarecimiento y quizá incluso cooperación, era un lugar apenas menos difícil que la estepa de Amán. Obviamente era una locura soñar en conseguir una nave espacial en Settra.

Reith se sentó en la cama. Había conocido el horror, el pesar, la desilusión, pero había habido también momentos de triunfo y esperanza, incluso unos pocos instantes espasmódicos de alegría. Si tenía que morir mañana —o dentro de doce días, tras doce «toques»—, había vivido ya una vida maravillosa. Muy bien pues, pondría su destino a prueba. Helse había predicho su partida de Cath; Helse había leído el futuro, o la personalidad de Reith, más exactamente que el propio Reith.

Mientras desayunaba con Traz y Anacho, les contó sus aventuras de la noche anterior. Anacho consideró inquietantes las circunstancias que rodeaban todo lo ocurrido.

—Ésta es una sociedad perturbada, constreñida por la formalidad del mismo modo que un huevo podrido se ve constreñido por su cáscara. Sea cual sea tu meta, y a veces pienso que tú eres el más evidente de todos los lunáticos, no podrás conseguirla aquí.

—Estoy de acuerdo.

—Entonces —dijo Traz—, ¿qué hacemos?

—Lo que planeo es peligroso, quizá una auténtica locura. Pero no veo otra alternativa. Pretendo pedirle dinero a Cizante; lo compartiremos. Luego creo que lo mejor será que nos separemos. Tú, Traz, lo mejor que puedes hacer es regresar a Wyness, donde podrás llevar una vida no peor que la que has llevado

hasta ahora. Quizá Anacho pueda hacer lo mismo. Ninguno de los dos sacaréis ningún provecho viniendo conmigo; me atrevería más bien a garantizaros lo contrario.

Anacho miró al otro lado de la plaza.

—Hasta ahora has conseguido sobrevivir, aunque sea precariamente. Me siento curioso por saber qué es lo que realmente pretendes. Con tu permiso, me uniré a tu expedición, que sospecho es a todas luces tan desesperada como quieres darnos a entender.

—Pretendo confiscar una espacionave Wannek del aeropuerto de Ao Hidis, o de algún otro lugar si parece más conveniente.

Anacho alzó sus manos en el aire.

—No me temía menos. —Empezó a enumerar un centenar de objeciones, que Reith no se molestó en contradecir.

—Todo eso es muy cierto; terminaré mis días en una mazmorra Wannek o en la barriga de algún componente de las jaurías nocturnas; sin embargo, eso es lo que voy a intentar. Os ruego encarecidamente a los dos que os dirijáis a las Islas de las Nubes y viváis de la mejor manera que os sea posible.

—Bah —se burló Anacho—. ¿Por qué no intentas algo más razonable, como exterminar a los Pnume o intentar enseñar a los Chasch a cantar?

—Tengo otras ambiciones.

—Sí, sí, tu lejano planeta, el hogar del hombre. Me siento tentado a ayudarte, aunque sea tan sólo para demostrar tu locura.

—En lo que a mí respecta —dijo Traz—, me gustaría ver ese lejano planeta. Sé que existe, porque vi la nave espacial en la que llegó Adam Reith.

Anacho examinó al joven con las cejas alzadas en evidente sorpresa.

—Nunca mencionaste esto antes.

—Nunca lo preguntaste.

—¿Cómo podía un absurdo así penetrar en mi mente?

—Una persona que llama absurdos a los hechos recibirá a menudo sorpresas —dijo Traz.

—Pero al menos ha organizado las relaciones cósmicas en categorías, lo cual lo sitúa aparte de los animales y los subhombres.

—Ya basta —intervino Reith—; dediquemos nuestras energías al trabajo, puesto que los dos parecéis inclinados al suicidio. Hoy buscamos información. Y

aquí está Helsse trayéndonos importantes noticias, o al menos así parece por su aspecto.

Helsse se les acercó y les dedicó un educado saludo.

—Ayer por la noche, como sin duda habréis imaginado, tuve mucho de que informar al Señor Cizante. Os pide que hagáis alguna petición razonable, que se sentirá contento de satisfacer. Recomienda que destruyamos los papeles tomados al espía, y me siento inclinado a estar de acuerdo con él. Si aceptáis, el Señor Cizante os otorgará mayores concesiones.

—¿De qué naturaleza?

—No las ha especificado, pero sospecho que tiene en mente una cierta relajación del protocolo respecto a vuestra presencia en el Palacio del Jade Azul.

—Estoy más interesado en los documentos que en el Señor Cizante. Si desea verme siempre puede acudir aquí al albergue.

Helsse dejó escapar una quebradiza risita.

—Vuestra respuesta no es una sorpresa. Si estáis preparado os conduciré al Ebron Sur, donde encontraremos a un Lokhar.

—¿No hay eruditos Yao que lean el lenguaje Wannek?

—Una tal ciencia sería completamente inútil.

—Hasta que alguien deseara traducir un documento.

Helsse hizo un gesto indiferente.

—En esta vuelta del «rondó», el utilitarismo es una filosofía extraña. El Señor Cizante, por ejemplo, encontraría vuestros argumentos no sólo incomprensibles, sino también desagradables.

—Puede que nunca tengamos oportunidad de discutir al respecto —dijo Reith tranquilamente.

Helsse había llegado en un medio de transporte extremadamente elegante: un carruaje azul con seis ruedas escarlatas y una profusión de festones dorados. El interior era como un lujoso salón, con un tapizado gris verdoso, una pálida moqueta gris, un techo en forma de arco cubierto de seda verde. Los asientos estaban mullidamente acolchados; a un lado, bajo las ventanillas de pálido cristal verde, un bufete ofrecía bandejas de golosinas. Helsse hizo subir a sus invitados con la mayor cortesía; hoy llevaba un traje verde pálido y gris, como haciendo juego con la decoración del carruaje.

Cuando todos estuvieron sentados, pulsó un botón para cerrar la portezuela y

replegar los escalones. Reith observó:

—Aunque desprecie el utilitarismo como doctrina, al parecer al Señor Cizante no le importa aprovecharse de sus aplicaciones.

—¿Os referís al mecanismo de cierre de las portezuelas? No es consciente de que exista. Siempre tiene a alguien a mano para que pulse el botón por él. Como otros de su clase, solamente toca los objetos para jugar o para obtener placer. ¿Lo encontráis extraño? No importa. Debéis aceptar la aristocracia Yao tal como es.

—Evidentemente tú no te consideras como un miembro de la aristocracia Yao.

Helsse se echó a reír.

—Hubiera sido más delicada la conjetura de que me gusta lo que hago. —Habló a través de una rejilla—: Al Mercado de Ebron Sur.

El carruaje se puso en movimiento. Helsse sirvió copas de jarabe e indicó las golosinas.

—Vais a visitar nuestro distrito comercial: de hecho, la fuente de nuestra riqueza, aunque es considerado vulgar discutirlo.

—Extraño —murmuró Anacho—. Los Dirdir, en su nivel más alto, no se muestran nunca tan arrogantes.

—Son una raza distinta —dijo Helsse—. ¿Superior? No estoy convencido. Los Wannek nunca estarían de acuerdo, en caso de que alguna vez se molestaran en examinar el concepto.

Anacho se alzó despectivamente de hombros, pero no dijo nada más.

El carruaje avanzó por una zona mercantil: el Mercado, luego por un distrito de pequeñas moradas de una maravillosa diversidad de estilos. Finalmente se detuvo ante un grupo de achaparradas torres cuadradas de ladrillo. Helsse señaló un cercano jardín donde había sentados una docena de hombres de apariencia espectacular. Llevaban camisas y pantalones blancos, y su pelo, largo y abundante, era también blanco, en sorprendente contraste con la lustrosa negrura de sus pieles.

—Los Lokhar —dijo Helsse—. Mecánicos emigrados de las tierras altas al norte del lago Falas en el Kislovan Central. Ésa no es su coloración natural: blanquean su pelo y tiñen su piel. Algunos dicen que los Wannek impulsaron en ellos esa costumbre hace miles de años para diferenciarlos de los Hombres-

Wannek, que naturalmente tienen la piel blanca y el pelo negro. En cualquier caso, van y vienen, trabajando allá donde obtienen unos mejores emolumentos, puesto que son una gente notablemente avariciosa. Algunos, después de trabajar en las tiendas y los talleres Wannek, han emigrado al norte, a Cath; algunos de ellos conocen algo del lenguaje Wannek, y ocasionalmente pueden descifrar el sentido de los documentos Wannek. Observad al hombre más viejo del fondo, el que está jugando con el niño; tiene la reputación de ser uno de los mejores expertos en lenguaje Wannek. Pedirá una suma exorbitante por sus esfuerzos, y a fin de evitar que pida sumas aún más exorbitantes en el futuro hay que regatear con él. Si tenéis la bondad de aguardar aquí, iré a hacer los arreglos necesarios.

—Un momento —dijo Reith—. A un nivel consciente estoy convencido de tu integridad, pero no puedo controlar mis instintivas sospechas. Hagamos los arreglos juntos.

—Como deseáis —dijo Helsse condescendentemente—. Enviaré al chófer a buscarle. —Habló por la rejilla.

—Si los arreglos ya han sido hechos con anterioridad —murmuró Anacho—, el acallar las sospechas de una persona ingenua es algo tan fácil como engañoso.

Helsse asintió juiciosamente.

—Creo poder apagar vuestras ansiedades.

Un momento más tarde, el anciano se acercó al carruaje.

—Subid, por favor —dijo Helsse.

El anciano metió su cabeza de blanca cabellera por la portezuela.

—Mi tiempo es valioso; ¿qué deseáis de mí?

—Un asunto que os beneficiará.

—Beneficio, ¿eh? Al menos puedo escuchar. —Entró en el carruaje y se sentó con un gruñido confortable. El aire adquirió un olor a pomada especiada y ligeramente rancia. Helsse se puso en pie ante él. Con una mirada de soslayo a Reith, dijo:

—Nuestro arreglo queda anulado. Prescinde de las instrucciones que recibiste de mí.

—¿Arreglo? ¿Instrucciones? ¿De qué estás hablando? Me confundes con otro. Yo soy Zarfo Detwiler. Helsse hizo un gesto desenvuelto.

—Eres a quien buscamos. Queremos que nos traduzcas un documento Wannek, la guía a un tesoro oculto. Tradúcelo correctamente, y compartirás el

botín.

—No, no, nada de eso. —Zarfo Detwiler agitó un negro dedo—. Compartiré el botín con placer; pero además quiero cien sequins, y ninguna recriminación si lo que traduzco no os satisface.

—Ninguna recriminación, de acuerdo. ¿Pero cien sequins para posiblemente nada? Ridículo. Mira: cinco sequins, y puedes comer todas las golosinas que quieras de esas espléndidas y caras muestras que tienes aquí.

—Eso último pienso hacerlo igualmente; ¿acaso no soy tu invitado? —Zarfo Detwiler se metió un puñado de golosinas en la boca—. Debes pensar que soy bobalicón para ofrecer cinco sequins. Solamente tres personas en Settra son capaces de decir cuál es la parte de arriba y cuál la de abajo en un ideograma Wannek. Y solamente yo puedo leer su significado, en virtud de los treinta años que he pasado en los talleres mecánicos de Ao Hidis.

El regateo prosiguió; Zarfo Detwiler aceptó finalmente cincuenta sequins y una participación de un diez por ciento del supuesto botín. Helsse hizo una seña a Reith, que extrajo los documentos.

Zarfo Detwiler tomó los papeles, entrecerró los ojos, frunció el ceño, se pasó los dedos por su blanca melena. Alzó la vista y dijo en tono grave:

—Os iluminaré acerca de las comunicaciones Wannek sin cobraros nada por ello. Los Wannek son una gente peculiar, totalmente única. Su cerebro trabaja a pulsos. Ven a pulsos, y piensan en pulsos. Su habla brota a pulsos, un carillón de muchas vibraciones que lleva en sí el significado de una frase. Cada ideograma es el equivalente de uno de esos carillones, lo cual quiere decir que es una unidad completa de significado. Por esta razón, leer el Wannek es tanto un asunto de adivinación como de lógica; uno debe enunciar todo un significado con cada ideograma. Ni siquiera los Hombres-Wannek aciertan siempre en ese significado. Veamos ahora este asunto que tenéis aquí... dejadme ver. Este primer carillón... hummm. ¿Observáis esta distorsión? Normalmente significa una equivalencia, una identidad. Un cuadrado con esta textura y con el sombreado a la derecha significa a veces «verdad» o «percepción verificada» o «situación» o quizá «la actual condición del cosmos». Esas marcas... no sé. Este sombreado de aquí... creo que se trata de una persona hablando. Puesto que está al fondo, está sintonizado en los acordes bajos, por lo que parece que... sí, este signo de aquí indica volición positiva. Esas otras marcas... hummm. Sí, son

organizadoras, que especifican el orden y énfasis de los demás elementos. No puedo comprenderlas; solamente puedo conjeturar el sentido total. Algo así como: «Deseo informar de que las condiciones son idénticas o no se ha producido ningún cambio» o «Una persona está ansiosa por especificar que el cosmos es estable». Algo así. ¿Estáis seguros de que esta información se refiere a un tesoro?

—Así nos fue vendida.

—Humm. —Zarfo tironeó de su larga y negra nariz—. Dejadme ver. Este segundo símbolo: ¿observáis esa sombra y ese asomo de un ángulo? Lo primero es «visión»; lo segundo «negación». No puedo leer los organizadores, pero puede que signifiquen «ceguera» o «invisibilidad»...

Zarfo prosiguió con sus elucubraciones, meditando sobre cada ideograma, señalando ocasionalmente un fragmento de significado pero reconociendo en su mayor parte su fracaso, y mostrándose más y más nervioso.

—Habéis sido engañados —dijo finalmente—. Estoy seguro de que no hay aquí ninguna mención de dinero ni tesoro. Parece decir, por todo lo que puedo deducir: «Deseo afirmar que las condiciones son las mismas.» Algo acerca de unos deseos, o esperanzas, o voliciones particulares. «Pronto veré al hombre dominante, el líder de nuestro grupo.» Algo desconocido. «El líder no es de ninguna ayuda» o quizá «se mantiene aparte». «El líder cambia lentamente, o se metamorfosea, en el enemigo.» O quizá «El líder cambia lentamente para convertirse en algo parecido al enemigo.» Un cambio de algún tipo... no puedo comprenderlo. «Solicito más dinero.» Algo acerca de la aparición de un recién llegado o un extranjero «de la mayor importancia». Y eso es todo.

Reith creyó captar una casi imperceptible relajación en la actitud de Helsse.

—Eso no nos ilumina mucho —dijo secamente el Yao—. Bien, has hecho todo lo que has podido. Aquí tienes tus veinte sequins.

—¡Veinte sequins! —rugió Zarfo Detwiler—. ¡El precio pactado fue cincuenta! ¿Cómo voy a poder comprarme mi pequeña pradera si soy engañado constantemente?

—Oh, muy bien; si prefieres mostrarte cicatero...

—¡Cicatero, por supuesto! La próxima vez leed vosotros mismos el mensaje.

—Hubiera podido hacerlo, teniendo en cuenta la ayuda que nos has prestado.

—Fuisteis engañados. Eso no es la guía a ningún tesoro.

—Aparentemente no. Bien, buenos días.

Reith siguió a Zarfo cuando éste se alejó del carruaje. Volvió un momento la vista a Helsse.

—Me quedaré aquí; quiero hablar un par de palabras con este caballero.

Helsse no se mostró muy complacido.

—Tenemos que discutir otro asunto. Es necesario que el Señor del Jade Azul reciba información.

—Esta tarde tendré una respuesta definitiva para ti.

Helsse asintió secamente.

—Como queráis.

El carruaje partió, dejando a Reith y al Lokhar de pie en medio de la calle.

—¿Hay alguna taberna cerca? Quizá podamos charlar un poco mientras bebemos algo.

—Soy un Lokhar —gruñó el anciano de piel negra—. No pudro mi cerebro y vacío mis bolsillos con alcohol; no antes del mediodía, al menos. De todos modos puedes invitarme a una hermosa salchicha de Zam o a una loncha de buen queso.

—Encantado.

Zarfo lo condujo a un local donde servían comidas; los dos hombres llevaron sus consumiciones a una mesa en la calle.

—Me siento sorprendido por tu habilidad para leer ideogramas —dijo Reith—. ¿Dónde aprendiste?

—En Ao Hidis. Trabajé como matricero con un viejo Lokhar que era un auténtico genio. Me enseñó a reconocer unos cuantos carillones, y me mostró dónde las sombras equivalían a la intensidad vibratoria, dónde la sonoridad igualaba a la forma, dónde los distintos componentes del acorde encajaban con la textura y la gradación. Tanto los carillones como los ideogramas son regulares y racionales, una vez has sintonizado el ojo y el oído. Pero la sincronización es difícil. —Zarfo dio un gran mordisco a su salchicha—. Es innecesario decir que los Hombres-Wannek desaniman tales aprendizajes; si sospechan que un Lokhar está estudiando, es despedido. Oh, son una gente muy hábil. Guardan celosamente su papel como intercesores entre los Wannek y el mundo de los hombres. Una gente astuta. Sus mujeres son extrañamente hermosas, como perlas negras, pero crueles y frías, y en absoluto propensas a las frivolidades.

—¿Pagan bien los Wannek?

—Como todo el mundo, tan poco como les es posible. Pero nos vemos obligados a hacer concesiones. Si los costes del trabajo suben, entonces tomarán esclavos, o entrenarán a Negros y Púrpuras, los unos o los otros. Entonces perderemos nuestros empleos y quizá también nuestra libertad. Así que trabajamos con ellos sin quejarnos demasiado, y buscamos empleos más provechosos en otro lugar una vez somos expertos.

—Es muy probable —dijo Reith— que el Yao Helsse, el del vestido gris y verde que ha iniciado el trato contigo, te pregunte de qué hemos hablado. Puede que incluso te ofrezca dinero.

Zarfo dio otro mordisco a su salchicha.

—Naturalmente le diré todo lo que quiera saber, si me paga lo suficiente.

—En ese caso —dijo Reith— nuestra conversación deberá limitarse a trivialidades, lo cual no reportará ningún provecho a ninguno de los dos.

Zarfo masticó pensativamente.

—¿Cuánto es el provecho que tienes en mente?

—Prefiero no especificar, puesto que entonces te limitarás a pedirle más a Helsse, o intentarás conseguir lo mismo de ambos.

Zarfo suspiró desanimado.

—Tienes una triste opinión de los Lokhar. Nuestra palabra es nuestro vínculo; una vez cerramos un trato, no lo deshacemos.

El regateo prosiguió, sobre unas bases más o menos cordiales, hasta que Zarfo aceptó la suma de veinte sequins para guardar la intimidad de la conversación tan segura como el escondite de su dinero, y Reith pagó la suma.

—Volvamos por un momento al mensaje Wannek —dijo Reith—. Había referencias a un «líder». ¿Había también indicios o pistas que permitieran identificarle?

Zarfo frunció los labios.

—Una nota grave indicando un alto linaje; otro marchamo honorífico que puede significar algo así como «una persona de excelente condición» o «de vuestra misma imagen» o «de vuestra clase». Es muy difícil. Un Wannek que lea el ideograma comprenderá un carillón, que estimulará en él una imagen visual completa en sus detalles esenciales. Un Wannek recibirá una imagen mental de la persona, pero para alguien como yo tan sólo hay siluetas. No puedo decirte

más.

—¿Trabajas en Settra?

—Sí. Un hombre de mi edad y pobre como yo: ¿no es una lástima? Pero estoy cerca de mi meta, y luego... de vuelta a Smargash, en Lokhara, donde podré comprarme un trozo de pradera, una esposa joven, un sillón confortable junto al hogar.

—¿Trabajabas en los talleres espaciales en Ao Hidis?

—Sí, por supuesto; fui transferido de los talleres de herramientas a los talleres de construcción, donde reparaba e instalaba purificadores de aire.

—Supongo que los mecánicos Lokhar deben ser muy hábiles.

—Oh, claro.

—¿Algunos mecánicos están especializados en la instalación de, digamos, controles e instrumentos?

—Naturalmente. Y en otros oficios más complejos también.

—¿Han emigrado algunos de esos mecánicos a Settra?

Zarfo clavó en Reith una mirada calculadora.

—¿Cuánto vale para ti esa información?

—Controla tu avaricia —dijo Reith—. Hoy no habrá más dinero. Otra salchicha, si quieres.

—Quizá más tarde. Ahora, volviendo a los mecánicos: en Smargash haz docenas, centenares, retirados después de toda una vida de trabajo.

—¿Pueden sentirse tentados a unirse a una aventura peligrosa?

—Sin duda, si el peligro es escaso y el beneficio alto. ¿Qué te propones?

Reith echó por la borda la prudencia.

—Supón que alguien quisiera confiscar una espacio-nave Wannek y volar con ella hacia un destino no especificado: ¿cuántos especialistas se necesitarían, y cuánto costaría contratarlos?

Zarfo, con gran alivio de Reith, no lo miró asombrado o desconcertado. Masticó por unos momentos el último trozo de su salchicha. Luego eructó y dijo:

—Supongo que me estás preguntando si una cosa así es realizable. A menudo ha sido discutida para pasar el rato, y de hecho las naves no están muy custodiadas. El proyecto es realizable. ¿Pero por qué puedes desear una espacionave? Yo no tengo ningún interés en visitar a los Dirdir en Sibol o en comprobar la infinitud del universo.

—No puedo hablar del destino.

—Bien, entonces, ¿cuánto dinero ofreces?

—Mis planes aún no han progresado hasta ese estadio. ¿Qué consideras tú adecuado?

—¿Por arriesgar la vida y la libertad? Yo no me movería por menos de cincuenta mil sequins.

Reith se puso en pie.

—Tú tienes tus cincuenta sequins; yo tengo mi información. Confío en ti para guardar mi secreto. Zarfo siguió sentado, reclinado en su asiento.

—Espera, no tan aprisa. Después de todo, soy viejo, y mi vida no vale tampoco tanto. ¿Treinta mil? ¿Veinte? ¿Diez?

—La cifra empieza a parecer asequible. ¿Cuánta tripulación necesitaríamos?

—Cuatro o cinco más, posiblemente seis. ¿Planeas un viaje largo?

—Tan pronto como estemos en el espacio revelaré nuestro destino. Diez mil sequins es tan sólo un pago preliminar. Aquéllos que vengan conmigo regresarán con riquezas más allá de todos sus sueños.

Zarfo se puso en pie.

—¿Cuándo tienes intención de irte?

—Tan pronto como sea posible. Otro asunto: Settra está llena de espías; es importante que no llamemos la atención.

Zarfo dejó escapar una seca risa.

—Y así esta mañana me habéis abordado con un enorme carruaje que vale miles de sequins. Ahora mismo hay un hombre que nos está observando.

—Ya he reparado en él. Pero me parece demasiado obvio para tratarse de un espía. Bien, ¿dónde volvemos a encontrarnos, y cuándo?

—Mañana, cuando suene la media mañana, en la tienda de Upas, el comerciante de especias del Mercado. Asegúrate de no ser seguido... Ese tipo de ahí tiene aspecto de ser un asesino, por el estilo de sus ropas.

En aquel momento el hombre se acercó a su mesa.

—¿Eres Adam Reith?

—Sí.

—Lamento informarte que la Compañía de Seguridad y Asesinatos ha aceptado un contrato a tu nombre: la Muerte de los Doce Toques. Ahora administraré la primera inoculación. ¿Tendrás la amabilidad de descubrir tu

brazo? Es tan sólo un pinchazo con este agujón.

Reith retrocedió un par de pasos.

—Ni lo sueñes.

—¡Lárgate! —dijo Zarfo Detwiler al asesino—. Este hombre vale para mí diez mil sequins vivo; muerto, nada.

El asesino ignoró a Zarfo. Dirigiéndose a Reith, dijo:

—Por favor, no hagas una exhibición indigna. El proceso se verá retrasado y resultará más doloroso para todos nosotros. De modo que...

—Lárgate, ¿no has oído mi advertencia? —rugió Zarfo. Alzó una silla y golpeó con ella al asesino, derribándolo al suelo. Pero Zarfo no se sintió satisfecho. Tomó el agujón, y lo clavó en la parte trasera del muslo del hombre, a través de sus pantalones de pana color ocre viejo.

—¡Alto! —gimió el asesino—. ¡Esta es la Inoculación Número Uno!

Zarfo tomó un puñado de agujones del maletín que llevaba.

—¡Y éstas —rugió— son las Número Dos al Doce! —Y clavando un pie en la garganta del hombre, fue pinchando sus retorcientes nalgas con todas ellas—. ¡Bien, ya está! ¿Quieres también la siguiente serie, los Números Trece a Veinticuatro?

—¡No, no, suéltame! ¡Ahora soy un hombre muerto!

—¡Y si no lo eres, eres un tramposo además de un asesino!

Algunos transeúntes se habían parado para observar. Una imponente matrona vestida de seda rosa avanzó unos pasos.

—¿Qué estás haciendo con ese pobre asesino, peludo negro? ¡Él solamente está cumpliendo con su obligación!

Zarfo tomó la hoja de trabajo del asesino, echó un vistazo a la relación de nombres.

—Hummm... parece que tu esposo es el siguiente en la lista.

La mujer miró con ojos asombrados al asesino, que se alejaba cojeando a toda prisa calle abajo.

—Es hora de que nos vayamos —dijo Reith.

Caminaron por estrechas callejuelas hasta detenerse en un pequeño cobertizo separado de la calle por un entramado de cañas.

—Estamos junto a la casa de los muertos —dijo Zarfo—. Nadie nos molestará aquí.

Reith entró, miró desconfiado los bancos de piedra que había a su alrededor, sobre uno de los cuales se apreciaba el bulto de un pequeño animal.

—Ahora —dijo Zarfo—, ¿quién es tu enemigo?

—Sospecho de un tal Dordolio —dijo Reith—. Pero no puedo estar seguro. Zarfo estudió de nuevo la hoja de trabajo.

—Bien, veamos. «Adam Reith, Albergue de los Viajeros. Contrato Número Dos Tres Cero Cinco, Estilo Dieciocho. Pagado por anticipado.» Fecha de hoy, con sobretasa de urgencia. Pagado por anticipado, ¿eh? Bien, vamos a probar un truco. Ven a mi casa.

Llevó a Reith hasta una de las torres de ladrillos, entró por una arcada. Sobre una mesa había un teléfono. Zarfo alzó el instrumento con dedos cautelosos.

—Póngame con la Compañía de Seguridad y Asesinatos.

—Estamos para atender a sus necesidades —respondió al cabo de un momento una voz grave.

—Me refiero al Contrato Número Dos Tres Cero Cinco —dijo Zarfo—, relativo a un tal Adam Reith. He de ir a pagarlo, pero no puedo encontrar el importe.

—Un momento, señor.

Hubo una pausa. Al cabo de un momento regresó la voz:

—El contrato fue pagado por anticipado, señor; y está previsto para ser ejecutado esta mañana.

—¿Por anticipado? Imposible. Yo no he pagado nada por anticipado. ¿Quién hizo el depósito?

—El nombre es Helsse Izam. Estoy seguro de que no hay ningún error, señor.

—Quizá no. Discutiré el asunto con la persona que pagó.

—Gracias, señor; a su servicio.

9

Reith regresó al Albergue de los Viajeros y entró con una cierta excitación al salón principal, donde encontró a Traz.

—¿Qué ha ocurrido, si es que ha ocurrido algo?

Traz, el más lúcido y decidido de los hombres, se tomaba las cosas con tranquilidad cuando se trataba de describir una atmósfera.

—El Yao... Helsse, ¿no es ése su nombre?, guardó silencio después de que tú abandonaras el carruaje. Quizá consideró que nosotros éramos una extraña compañía. Nos dijo que esta noche cenaríamos con el Señor del Jade Azul, y que vendría un poco antes para darnos las instrucciones pertinentes. Luego se marchó en su carruaje.

Una desconcertante secuencia de acontecimientos, reflexionó Reith. Un punto interesante: el contrato había especificado Doce Toques. Si su muerte era requerida con urgencia, un cuchillo, una bala, un rayo de energía, hubieran ido mucho mejor. ¿Pero la primera de doce inoculaciones? ¿Una truco para estimular su marcha?

—Están ocurriendo muchas cosas —le dijo a Traz—. Acontecimientos que no pretendo comprender.

—Cuanto antes abandonemos Settra, mejor —dijo sombríamente Traz.

—Estoy de acuerdo.

Apareció Anacho el Hombre-Dirdir, recién afeitado y espléndido en una nueva chaqueta negra de cuello alto, pantalones azul pálido, polainas escarlata y zapatos a la moda de retorcida punta. Reith llevó a los dos hombres a reservado discreto y les contó los acontecimientos del día.

—Así que ahora solamente necesitamos dinero, que espero sacarle esta noche a Cizante.

La tarde transcurrió lentamente. Al fin apareció Helsse, vestido con un

elegante traje de terciopelo color amarillo canario. Saludó cortésmente a todo el grupo.

—¿Habéis disfrutado de vuestra visita a Cath?

—Por supuesto —dijo Reith—. Nunca me he sentido tan relajado.

Helsse mantuvo su aplomo.

—Excelente. Ahora, con relación a esta noche, el Señor Cizante sospecha que vos y vuestros amigos podríais encontrar algo tediosa una cena formal. Así que ha recomendado un refrigerio casual y sin etiqueta a la hora que mejor os parezca: ahora mismo, si lo deseáis.

—Estamos listos —dijo Reith—. Pero, para prevenir cualquier malentendido, recuerda por favor que insistimos en una recepción digna. No tenemos ninguna intención de deslizarnos al palacio por la puerta de atrás.

Helsse hizo un gesto desenvueltamente explícito.

—Para una ocasión casual, el protocolo ha de ser también casual. Ésas son nuestras reglas.

—Entonces seré más específico —dijo Reith—. Nuestro «lugar» exige que utilicemos la puerta principal. Si el Señor Cizante pone objeciones, entonces tendrá que reunirse con nosotros en algún otro lugar: quizá en la taberna al otro lado del Oval.

Helsse dejó escapar una risa incrédula.

—¡Más bien preferiría ponerse un gorro de bufón y hacer cabriolas en una feria! —Agitó tristemente la cabeza—. Para evitar dificultades, utilizaremos la puerta principal; después de todo, ¿qué diferencia representa?

Reith se echó a reír.

—Especialmente cuando Cizante ha ordenado que pasemos por la entrada de la cocina y nada le impedirá suponer que es por allí por donde hemos entrado... Bien, es un compromiso justo. Vamos.

El viaje hasta el Palacio del Jade Azul fue hecho en un resplandeciente landó negro. Siguiendo las instrucciones de Helsse, subió hasta la puerta delantera. Helsse bajó y, tras echar una pensativa mirada a lo largo de la fachada del palacio, introdujo a los tres hombres cruzando el portal hasta el gran vestíbulo. Murmuró unas palabras a un lacayo, luego condujo a los visitantes subiendo un

tramo de bajas escaleras, hasta un pequeño salón verde y oro que dominaba el patio.

No se veía al Señor Cizante por ninguna parte.

—Sentaos, por favor —dijo afablemente Helsse—. El Señor Cizante estará con vosotros dentro de un momento. —Agitó la cabeza y salió de la estancia.

Pasaron algunos minutos, luego apareció el Señor Cizante. Llevaba una larga túnica blanca, calzado blanco, un gorro negro. Su rostro era altanero y pensativo; los miró uno a uno.

—¿Quién es el hombre con el que hablé la otra vez?

Helsse murmuró algo en su oído; se volvió hacia Reith.

—Ya veo. Bien, poneos cómodos. Helsse, ¿has ordenado un refrigerio adecuado?

—Por supuesto, vuestra Excelencia.

Entró un lacayo empujando una mesilla sobre ruedas, y ofreció bandejas de pastas, galletitas saladas, cubos de carne adobada, jarras de vino, frascos de esencias. Reith aceptó el vino; Traz una copa de jarabe. Anacho tomó una esencia de color verde; el Señor Cizante seleccionó una varilla de incienso y se puso a pasear de un lado para otro, agitándola en el aire.

—Tengo noticias negativas para vos —dijo bruscamente—. He decidido anular todas las ofertas que hice anteriormente. En pocas palabras, no esperéis ninguna recompensa de mí.

Reith dio un sorbo a su vino y se concedió tiempo para pensar.

—¿Estáis honrando las pretensiones de Dordolio?

—No pienso hablar más del asunto. Mi afirmación puede ser interpretada en su sentido más general.

—Yo no os he solicitado ninguna recompensa —dijo Reith—. Ayer vine aquí únicamente para transmitir las noticias acerca de vuestra hija.

El Señor Cizante mantuvo la varilla de incienso bajo su nariz.

—Las circunstancias ya no me interesan.

Anacho emitió inesperadamente algo muy parecido a una risa.

—¡Comprensible! ¡Saberlas os forzaría a honrar vuestra promesa!

—En absoluto —dijo el Señor Cizante—. Hice mis promesas únicamente para el personal del Jade Azul.

—¡Ja, ja! ¿Quién creará esto, ahora que habéis contratado asesinos contra mi

amigo?

El Señor Cizante inmovilizó la varilla de incienso y la dejó a un lado.

—¿Asesinos? ¿Qué es eso?

—Vuestro ayudante —Reith señaló a Helsse— estableció un contrato Tipo Dieciocho contra mí. Tengo intención de advertir a Dordolio; tener contacto con vos puede ser peligroso.

El Señor Cizante miró a Helsse con el ceño fruncido.

—¿De qué está hablando?

Helsse alzó irritantemente las cejas.

—Únicamente me limité a cumplir con mis funciones.

—¡Un celo erróneo! ¿Pretendes que el Jade Azul sea el hazmerreír de todo el mundo? Si esta sórdida historia empieza a circular... —Su voz se apagó bruscamente. Helsse se encogió de hombros y se sirvió un vaso de vino.

Reith se puso en pie.

—Creo que nuestro asunto ha llegado a su fin.

—Un momento —dijo secamente el Señor Cizante—. Dejadme considerar... Supongo que os daréis cuenta de que este pretendido asesinato no era más que una ficción.

Reith agitó lentamente la cabeza.

—Habéis usado demasiado a menudo la política de lanzar una de cal y otra de arena; me siento totalmente escéptico.

El Señor Cizante giró sobre sus talones y salió. La varilla de incienso cayó sobre la alfombra, donde empezó a quemar la fibra. Reith la recogió y la depositó sobre una bandeja.

—¿Por qué habéis hecho eso? —preguntó Helsse con sardónica sorpresa.

—Puedes buscar tú mismo la respuesta.

El Señor Cizante volvió a entrar. Hizo un gesto a Helsse, se retiró con él a un rincón, murmuraron unos momentos, luego salió de nuevo.

Helsse se volvió hacia Reith.

—El Señor Cizante me ha autorizado a pagaros una suma de diez mil sequins, con la condición de que partáis de Cath inmediatamente, regresando a Kotan con el primer barco que salga de Vervodei.

—La impertinencia del Señor Cizante es sorprendente —dijo Reith.

—¿Hasta dónde piensa llegar con su oferta? —preguntó Anacho

casualmente.

—No especificó ninguna suma determinada —admitió Helsse—. Tan sólo está interesado en vuestra partida, que facilitará en todos sus aspectos.

—Un millón de sequins, entonces —dijo Anacho—. Si debemos aceptar este trato indigno, al menos nos venderemos caros.

—Esto es demasiado —dijo Helsse—. Veinte mil sequins es más razonable.

—No lo bastante razonable —dijo Reith—. Necesitamos más, mucho más.

Helsse estudió a los tres hombres en silencio. Finalmente dijo:

—Para evitar perder el tiempo, anunciaré la suma máxima que el Señor Cizante está dispuesto a pagar: cincuenta mil sequins, lo cual personalmente considero generoso, y el transporte hasta Vervodei.

—Aceptamos —dijo Reith—. Supongo que es innecesario que te indique que tienes que cancelar tu contrato con la Compañía de Seguridad.

Helsse sonrió, y su sonrisa era trémula.

—Ya he recibido instrucciones al respecto. ¿Cuándo pensáis partir de Settra?

—Dentro de un día o así.

Con cincuenta tiras de sequins púrpuras en la bolsa, los tres hombres abandonaron el Palacio del Jade Azul y subieron al landó negro que les aguardaba. Helsse no les acompañó.

El landó se encaminó hacia el este en el crepúsculo color canela, bajo luminarias que aún no arrojaban casi ninguna iluminación. Al fondo los parques, palacios y casas de la ciudad mostraban racimos de luces indistintas, y en un gran jardín se estaba celebrando una fiesta.

El landó cruzó retumbando un puente de madera tallada iluminado por colgantes linternas y entró en un distrito de apiñados edificios de madera, con salones de té y cafés derramándose sobre la calle. Pasaron por una zona de tristes casas semiabandonadas, y finalmente llegaron al Oval.

Reith bajó del landó. Traz saltó de pronto ante él y se arrojó contra una oscura y silenciosa figura. Reith se echó al suelo al relumbre del metal, pero no consiguió escapar al violento destello blanco púrpura. Un ardiente golpe vibró en su cabeza; quedó tendido en el suelo medio conmocionado, mientras Traz forcejeaba con el asaltante. Anacho avanzó, apuntó su arma. La pequeña aguja

partió silbando, atravesó el hombro del atacante. La pistola cayó sobre los adoquines con un sonido metálico.

Reith se puso en pie, tambaleante. Un lado de su cabeza pulsaba como si hubiera recibido una quemadura; su olfato se llenó con el olor a ozono y a pelo chamuscado. Se dirigió con paso inseguro hacia el lugar donde Traz sujetaba a la encapuchada figura mientras Anacho le quitaba su portadocumentos y su daga. Reith le echó hacia atrás la capucha, poniendo al descubierto, ante su asombro, el rostro del Anhelante Refluxivo con el que había estado hablando la noche antes.

La gente que pasaba por el Oval, primero cautelosa ante la lucha, empezó a acercarse. Sonó el agudo pitido del silbato de una patrulla. El Refluxivo se debatió para liberarse.

—¡Soltadme; si me cogen, harán de mí un terrible ejemplo!

—¿Por qué has intentado matarme? —pregunto Reith.

—¿Necesitas preguntarme? ¡Déjame ir, te lo suplico!

—¿Por qué debería hacerlo? ¡Acabas de intentar asesinarme! Dejaremos que te cojan.

—¡No! ¡La Asociación saldrá perjudicada!

—Bien, entonces... ¿por qué intentaste matarme?

—¡Porque eres peligroso! ¡Puedes dividirnos! ¡Ya hay disensión! Algunas almas débiles no tienen fe; ¡quieren encontrar una espacionave y emprender el viaje! ¡Una locura! ¡El único camino es el ortodoxo! Eres un peligro; pensé que lo mejor era eliminar tu disidencia.

Reith inspiró profundamente, lleno de una brutal exasperación. La patrulla estaba ya casi encima de ellos. Dijo:

—Mañana abandonamos Settra; ¡te has tomado tantas molestias para nada!

—Dio al hombre un empujón que lo envió trastabillando y sollozando por el dolor de su hombro—. ¡Da las gracias a que somos hombres compasivos!

El Refluxivo desapareció en la oscuridad. La patrulla llegó: hombres altos vestidos con uniformes a rayas rojas y blancas y sujetando largas porras de incandescentes extremos.

—¿Qué ocurre?

—Un ladrón —dijo Reith—. Intentó robarnos; luego, al no conseguir sus propósitos, echó a correr hacia aquellos edificios —señaló al azar.

La patrulla echó a correr inmediatamente en la dirección indicada; Reith, Anacho y Traz penetraron en el albergue. Mientras cenaban, Reith les habló de su acuerdo con Zarfo Detwiler.

—Mañana, si todo sale bien, nos iremos de Settra.

—Justo a tiempo —observó hoscamente Anacho.

—Cierto. He sido espiado por los Wannek, perseguido por la nobleza, atacado por el «culto». Mis nervios no resistirían mucho más.

Un muchacho con una librea rojo oscuro se acercó a su mesa.

—¿Adam Reith?

—¿Quién pide por él? —preguntó cautelosamente Reith.

—Traigo un mensaje.

—Dámelo. —Reith rasgó el cierre del doblado papel, extrajo el significado de los floridos símbolos:

La Compañía de Seguridad os envía sus saludos. Sabed que, puesto que vos, Adam Reith, habéis atacado a un empleado autorizado en el inocente cumplimiento de sus deberes, expoliando su equipo e infligiéndole dolor e inconveniencia, exigimos de vos una indemnización de dieciocho mil sequins. Si esta suma no es satisfecha inmediatamente en nuestras oficinas principales, seréis muerto por una combinación de varios procesos. Vuestra pronta cooperación será apreciada. Por favor, no abandonéis Settra ni intentéis eludimos de ninguna forma, puesto que en tal caso las sanciones deberán ser aumentadas.

Reith arrojó la misiva sobre la mesa.

—Dordolio, los Wannek, el Señor Cizante, luego Helse, el «culto», la Compañía de Seguridad. ¿Queda alguien todavía?

—Creo que mañana puede ser demasiado tarde —comentó Traz—. ¿Por qué no nos vamos ahora?

10

A la mañana siguiente Reith se comunicó con el Palacio del Jade Azul a través de los curiosos teléfonos Yao, y consiguió hablar con Helsse.

—Supongo que, naturalmente, habrás cancelado el contrato con la Compañía de Seguridad.

—El contrato ha sido cancelado. Tengo entendido que ellos han decidido iniciar una acción independiente, a la cual por supuesto deberéis enfrentaros por vuestros propios medios.

—Exacto —dijo Reith—. Abandonamos Settra inmediatamente, y aceptamos la oferta de ayuda del Señor Cizante.

Helsse emitió un sonido que no comprometía a nada.

—¿Cuáles son vuestros planes?

—Esencialmente, salir vivos de Settra.

—Llegaré dentro de poco, y os llevaré a una estación de transporte público de las afueras. En Vervodei los barcos parten diariamente en todas direcciones, de modo que podréis conseguir sin duda un transporte que os convenga.

—Estaremos listos al mediodía, o antes.

Reith se encaminó a pie al Mercado, tomando todo tipo de precauciones, y llegó al lugar de la cita con la casi completa seguridad de no haber sido seguido. Zarfo estaba aguardándole, su blanco pelo encajado en un gorro tan negro como su rostro. Lo condujo inmediatamente al sótano de un establecimiento de bebidas. Se sentaron a una mesa de piedra; Zarfo hizo una seña al chico que hacía de camarero, y poco después tenían ante ellos pesadas jarras de piedra llenas de una cerveza casera muy amarga. Zarfo fue directamente al asunto:

—Antes de complicarme la vida con un asunto tan arriesgado, muéstrame el color de tu dinero.

Reith extrajo, sin hablar, diez tiras de los resplandecientes sequins púrpuras.

—¡Ajá! —exclamó Zarfo Detwiler con los ojos brillantes—. ¡Esto es auténtica belleza! ¿Son para mí? Los tomaré en custodia inmediatamente y los guardaré de todo peligro.

—¿Y quién te guardará a ti? —preguntó Reith.

—Tranquilo, muchacho —se burló Zarfo—. Si los camaradas no pueden confiar entre sí en el frío sótano de una cervecería, ¿qué harán ante la adversidad?

Reith devolvió el dinero a su bolsa.

—La adversidad está ya aquí. Los asesinos se muestran molestos por el asunto de ayer. En vez de tomar venganza sobre ti, me han amenazado a mí.

—Sí, son una gente irrazonable. Si piden dinero, desafíales. Un hombre siempre puede luchar por su vida.

—Me han advertido que no abandone Settra antes del momento en que decidan matarme. Sin embargo, tengo intención de marcharme tan pronto como me sea posible.

—Juicioso. —Zarfo dio un largo sorbo a su cerveza y dejó la jarra sobre la mesa con un golpe seco—. ¿Pero cómo piensas eludir a los asesinos? Naturalmente, estarán vigilando todos tus movimientos.

Reith se sobresaltó cuando se produjo un ruido a sus espaldas; se volvió, para descubrir solamente al muchacho que hacía de camarero y que acudía a llenar de nuevo la jarra de Zarfo. Zarfo se tironeó la nariz para disimular su sonrisa.

—Los asesinos son pertinaces, pero los eludiremos, de una u otra forma. Vuelve a tu hotel y ten todo preparado. Al mediodía me reuniré contigo, y veremos lo que puede hacerse.

—¿Al mediodía? ¿Tan tarde?

—¿Qué diferencia representan una o dos horas? Tengo que arreglar mis asuntos.

Reith regresó al albergue, donde Helsse había llegado ya en el landó negro. La atmósfera era tensa; al ver a Reith, Helsse saltó en pie.

—¡Queda poco tiempo, y hemos tenido que esperar! ¡Vámonos, apenas llegaremos para alcanzar el primer convoy de la tarde para Vervodei!

—¿Acaso no es eso lo que están esperando los asesinos? —preguntó Reith—. Me parece un plan muy poco imaginativo.

Helsse se alzó irritado de hombros.

—¿Acaso tenéis alguna idea mejor?

—Me gustaría encontrar una.

—¿Acaso el Señor Cizante no dispone de ningún vehículo aéreo? —preguntó Anacho.

—Está averiado.

—¿No hay ningún otro disponible?

—¿Para una finalidad como ésta? Diría más bien que no.

Pasaron cinco minutos. Helsse dijo suavemente:

—Cuanto más esperemos, menos tiempo os quedará. —Señaló hacia la ventana—. ¿Veis aquellos dos hombres con los sombreros redondos? Están aguardando a que salgáis. Ahora ya ni siquiera podemos utilizar el coche.

—Sal y di que se vayan —sugirió Reith. Helsse se echó a reír.

—¿Yo? Ni soñarlo.

Transcurrió otra media hora. Zarfo entró en tromba en el salón. Saludó al grupo con un gesto.

—¿Todo listo?

Reith señaló a los asesinos de pie al otro lado del Oval.

—Están aguardándonos.

—Detestables criaturas —dijo Zarfo—. Solamente en Cath son toleradas. —Miró de soslayo a Helsse—. ¿Por qué está él aquí?

Reith le explicó las circunstancias; Zarfo examinó el Oval.

—El coche negro con la cresta plata y azul... ¿es ése el vehículo en cuestión? Si es así, no hay nada más sencillo. Nos marcharemos en él.

—No es posible —dijo Helsse.

—¿Por qué no? —preguntó Reith.

—El Señor Cizante no quiere verse implicado en este asunto, y yo tampoco. En el mejor de los casos, la Compañía me incluiría a mí en el contrato.

Reith soltó una amarga carcajada.

—¿Cuándo fuiste tú quien la contrató en primer lugar? ¡Al coche, y condúcenos fuera de esta maldita ciudad de locos!

Tras un momento de incrédulo desdén, Helsse asintió secamente.

—Como deseáis.

El grupo abandonó la posada y se dirigió hacia el coche. Los asesinos se adelantaron.

—Tenemos entendido que vos, señor, sois Adam Reith.

—¿Y qué?

—¿Podemos preguntaros cuál es vuestro destino?

—El Palacio del Jade Azul.

—¿Correcto, señor? —dirigiéndose a Helsse.

—Correcto —dijo Helsse átonamente.

—¿Habéis comprendido nuestras reglas y el esquema de sanciones?

—Sí, por supuesto.

Los asesinos murmuraron algo entre sí, luego uno de ellos dijo:

—En este caso creemos que es aconsejable acompañaros.

—No hay sitio —dijo Helsse con voz fría.

Los asesinos no le prestaron atención. Uno de ellos fue a entrar en el landó. Zarfo lo empujó hacia atrás. El asesino miró por encima del hombro.

—Id con cuidado; soy un miembro de la Cofradía.

—Y yo soy un Lokhar. —Zarfo le dio un tremendo bofetón, que envió al hombre despatarrado al suelo. El segundo asesino lo contempló asombrado, sin acertar a moverse, luego fue en busca de su pistola. Anacho extrajo su propia arma, apretó el gatillo, y su dardo penetró en el pecho del hombre. El primer asesino intentó alejarse arrastrándose; Zarfo le lanzó una tremenda patada a la mandíbula; se derrumbó pesadamente y quedó inmóvil.

—Al coche —dijo Zarfo—. Es tiempo de irnos.

—Qué desastre —siseó Helsse—. Estoy arruinado.

—¡Fuera de Settra! —gritó Zarfo—. ¡Por el camino más discreto!

El landó emprendió la marcha por una serie de estrechas callejuelas, desembocó en una angosta carretera, y poco después se hallaba en pleno campo.

—¿Adonde nos llevas? —preguntó Reith.

—A Vervodei.

—¡Ridículo! —bufó Zarfo—. Dirígete al este. Llegaremos hasta el río Jinga y seguiremos su curso hasta Kabasas, en el Parapán.

Helsse intentó razonar:

—Al este todo está despoblado. El coche se detendrá. No disponemos de células de energía de repuesto.

—¡No importa!

—No os importará a vos. ¿Pero cómo volveré yo a Settra?

—¿Piensas hacerlo, después de lo que ha ocurrido? Helsse murmuró algo para sí mismo.

—Soy un hombre marcado. Me exigirán cincuenta mil sequins, que no puedo pagar... todo gracias a vuestras locas manipulaciones.

—Luego haz lo que quieras. Pero ahora sigue hacia el este hasta que el coche se pare o se acabe la carretera... sea lo que sea lo que ocurra primero.

Helsse hizo un gesto de fatalista desesperación.

La carretera discurría cruzando una extrañamente hermosa llanura con lentos riachuelos y estanques a ambos lados. Árboles de colgantes ramas negras sumergían sus hojas color tabaco en el agua. Reith no dejaba de mirar hacia atrás, pero no pudo descubrir ninguna señal de persecución. Settra se fundió en la distancia.

Helsse ya no parecía resentido, sino que observaba el camino ante ellos con una expresión que casi parecía expectante. Reith empezó a sentirse suspicaz.

—¡Alto un momento!

Helsse miró a su alrededor.

—¿Alto? ¿Por qué?

—¿Qué hay más adelante?

—Las montañas.

—¿Por qué está la carretera en tan buen estado? No parece haber mucho tráfico.

—¡Oh! —exclamó Zarfo—. ¡El campo de los locos en la montaña! ¡Debe estar ahí delante! Helsse consiguió esbozar una sonrisa.

—Me dijisteis que os llevara hasta el final de la carretera; no estipulasteis que debía evitar llevaros al asilo.

—Lo estipulo ahora —dijo Reith—. Por favor, no más errores inocentes de este tipo.

Helsse apretó los labios y se sumió una vez más en su aire taciturno. En un cruce, se desvió al sur. El terreno empezó a ascender. Reith preguntó:

—¿Dónde conduce esta carretera?

—A las viejas minas de mercurio, a las residencias de montaña, a unas cuantas granjas.

El vehículo penetró en un bosque lleno de colgante musgo negro, y la carretera empezó a subir más empinada que antes. El sol se ocultó tras una nube,

el bosque se volvió negro y húmedo, luego dio paso a una brumosa pradera.

Helsse echó una mirada a un indicador.

—Queda otra hora de energía.

Reith señaló las montañas que se erguían al frente.

—¿Qué hay más allá?

—Un lugar salvaje. La tribu Hoch Har, el lago de la Montaña Negra, las fuentes del Jinga. El camino no es ni seguro ni cómodo. Sin embargo, es una forma de salir de Cath.

Siguieron cruzando la pradera. De tanto en tanto se veían árboles de gruesos troncos, con hojas como bateas de setas amarillas.

El camino empeoraba por momentos, y en algunos lugares estaba bloqueado por ramas caídas. La cadena montañosa se alzaba al frente como un gran promontorio rocoso.

La carretera terminaba en una mina abandonada. Cuando llegaron allí, el indicador de energía alcanzó el cero. El vehículo se detuvo con un bufido y una sacudida; hubo silencio, roto solamente por el silbar del viento.

El grupo bajó del coche con sus escasas posesiones. La bruma se había disipado; el sol brillaba frío por entre nubes bajas, bañando el paisaje con una luz color miel.

Reith observó la ladera de la montaña, trazando un camino hasta la cima. Se volvió a Helsse.

—Bien, ¿qué piensas hacer? ¿Seguir hasta Kabasas, o regresar a Settra?

—Regresar a Settra, naturalmente. —Miró desconsolado al vehículo.

—¿A pie?

—Mejor que a pie hasta Kabasas.

—¿Qué hay de los asesinos?

—Correré el riesgo.

Reith extrajo su sondoscopio y estudió el camino por el que habían venido.

—Parece que no hay signos de persecución; puedes... —se detuvo, sorprendido por la expresión en el rostro de Helsse.

—¿Qué es este objeto? —preguntó Helsse.

Reith se lo explicó.

—Así pues, Dordolio dijo la verdad —murmuró Helsse con voz maravillada—. ¡No nos engañó!

—No sé lo que os dijo Dordolio —murmuró Reith, entre divertido e irritado —, excepto que éramos unos bárbaros. Adiós, y recuerdos de mi parte al Señor Cizante.

—Esperad un momento —dijo Helse, mirando indeciso hacia donde se hallaba Settra—. Puede que Kabasas sea más seguro, después de todo. Los asesinos seguramente me considerarán como vuestro cómplice. —Se volvió, evaluó la mole de la montaña, lanzó un lúgubre suspiro—. Pero es una locura total, por supuesto.

—Creo que es inútil decir que no estamos aquí por capricho nuestro —replicó Reith—. Bien, será mejor que nos pongamos en marcha.

Iniciaron la ascensión junto a los restos de la mina abandonada, observando por unos instantes el túnel, del que fluía un barrillo amarronado. Una serie de huellas de pisadas se introducían en el túnel. Eran de tamaño casi humano, con la forma de una jofaina o una calabaza, con tres indentaciones a unos cinco centímetros de la parte frontal que daban la impresión de dedos. Reith contempló las huellas y sintió que se le erizaba el vello de la nuca. Escuchó, pero del túnel no surgía ningún sonido.

—¿Qué tipo de huellas son ésas? —preguntó a Traz.

—Posiblemente las de un Phung descalzo... uno pequeño. Más probablemente un Pnume. Las huellas son frescas. Estaba observando nuestro avance.

—Sigamos; marchémonos inmediatamente de aquí —murmuró Reith.

Una hora más tarde alcanzaron la cima y se detuvieron para contemplar el panorama. El paisaje al oeste estaba sumergido en la bruma del ocaso, y Settra se destacaba como una mancha descolorida, como si fuera una pústula en la tierra. Muy al este brillaba el lago de la Montaña Negra.

Lo viajeros pasaron una fantasmagórica noche al borde de un bosque, sobresaltándose ante los lejanos ruidos: un débil e inquietante grito, un rap-rap-rap como arañazos contra un bloque de dura madera, el estremecedor ulular de las jaurías nocturnas.

Finalmente llegó el amanecer. El grupo desayunó lúgubrementemente plantas del peregrino, luego descendió por una especie de empalizada de basalto hasta el

fondo de un boscoso valle. Ante ellos se abría el lago de la Montaña Negra, tranquilo e inmóvil. Un bote de pesca cruzó el agua y finalmente desapareció tras un promontorio rocoso.

—Hoch Har —dijo Helse—. Antiguos enemigos de los Yao. Ahora permanecen tras las montañas. Traz señaló.

—Un camino.

Reith miró a su alrededor.

—No veo ningún camino.

—Pero está aquí, y huelo humo de madera a una distancia de unos cinco kilómetros.

Cinco minutos más tarde Traz hizo un brusco gesto.

—Se acercan varios hombres.

Reith escuchó; no pudo oír nada. Pero al cabo de poco tres hombres aparecieron ante ellos: hombres muy altos, de anchas cinturas, brazos y piernas delgados, llevando camisas de sucia fibra blanca y cortas capas del mismo tejido. Se detuvieron en seco a la vista de los viajeros, luego se dieron la vuelta y retrocedieron por donde habían venido, mirando ansiosamente por encima del hombro.

Al cabo de medio kilómetro el sendero abandonó la jungla y se curvó bordeando la pantanosa orilla del lago. El poblado de los Hoch Har se erguía sobre pilotes en el agua, con un largo muelle que penetraba en el lago y al que había amarrada una docena de barcas de fondo plano. En la orilla les esperaban una veintena de hombres con actitud de nerviosa truculencia, agitándose inquietos, con machetes y largos arcos preparados.

Los viajeros se aproximaron.

El más alto y robusto de los Hoch Har exclamó, con una voz ridículamente chillona:

—¿Quiénes sois?

—Viajeros camino de Kabasas.

Los Hoch Har les contemplaron incrédulos, luego dirigieron sus miradas hacia el sendero que conducía a las montañas.

—¿Dónde está el resto de vuestra banda?

—No hay ninguna banda; estamos solos. ¿Podéis vendernos un bote y algo de comida?

Los Hoch Har echaron a un lado sus armas.

—La comida es difícil de conseguir —gruñó el primer hombre—. Los botes son nuestra posesión más apreciada. ¿Qué podéis ofrecernos a cambio?

—Sólo unos pocos sequins.

—¿De qué nos sirven los sequins si tenemos que acudir a Cath para poder gastarlos?

Helsse murmuró algo al oído de Reith. Reith dijo a los Hoch Har:

—Muy bien, entonces proseguiremos nuestro camino. Tengo entendido que hay otros poblados en torno al lago.

—¿Qué? ¿Tienes intención de tratar con miserables ladrones y estafadores? Esto es lo único que son esa gente. Bien, para librarte de tu propia estupidez, estamos dispuestos a perjudicarnos y llegar a un trato contigo.

Finalmente Reith pagó doscientos sequins por un bote en bastante buenas condiciones y lo que el jefe Hock Har afirmó enfáticamente que eran provisiones suficientes para llevarlos a todos ellos hasta Kabasas: cajas de pescado seco, sacos de tubérculos, rollos de corteza a la pimienta, frutos frescos y en conserva. Otros treinta sequins garantizaron los servicios, como guía, de un tal Tsutso, un hombre joven con rostro de luna llena, bastante robusto y con una afable sonrisa llena de enormes dientes. Tsutso declaró que las primeras etapas de su viaje serían las más difíciles:

—Primero, los rápidos; luego la Gran Pendiente, tras la cual el viaje ya no es más que dejarse llevar corriente abajo hasta Kabasas.

Al mediodía, con la pequeña vela desplegada, el bote partió del poblado Hoch Har, y durante toda la tarde navegó hacia el sur por las negras aguas en dirección a un par de riscos que señalaban la desembocadura del lago y la cabecera del río Jinga. Al atardecer el bote pasó entre los riscos, cada uno coronado por un montón de ruinas, negras contra el cielo marrón ceniza. Bajo el risco de la derecha había una pequeña ensenada con una playa; Reith quiso acampar allí aquella noche, pero Tsutso no quiso ni oír hablar de ello.

—Los castillos están encantados. A medianoche los fantasmas de los antiguos Tschai merodean por los caminos. ¿Deseas que resultemos todos mancillados?

—Siempre que los fantasmas se mantengan en las inmediaciones del castillo, ¿quién nos impide utilizar la ensenada?

Tsutso lanzó a Reith una mirada interrogadora y mantuvo el bote en mitad de la corriente entre las ruinas opuestas. A un par de kilómetros corriente abajo el Jinga se hendía a ambos lados de una islita rocosa, hacia la cual apuntó Tsutso el bote.

—Aquí nada procedente del bosque puede molestarnos.

Los viajeros cenaron, se tendieron alrededor de la fogata, y no fueron turbados por otra cosa más que por los silbidos y trinos de los habitantes del bosque y, en una ocasión, desde muy lejos, por los lamentos de las jaurías nocturnas.

Al día siguiente recorrieron quince kilómetros de violentos rápidos, durante los cuales Tsutso se ganó diez veces lo que le habían pagado, según estimó Reith. A su alrededor el bosque se había reducido a agrupaciones de arbustos espinosos; las orillas empezaron a mostrarse desoladas, y al poco un extraño sonido empezó a oírse al frente: un rugir sibilante que lo invadía todo.

—La Pendiente —explicó Tsutso. El río desaparecía de pronto a un centenar de metros más adelante. Antes de que Reith o los otros pudieran protestar, el bote había llegado al borde.

—Todo el mundo alerta —dijo Tsutso—; esto es la Pendiente. ¡Agarraos fuerte!

El rugir del agua casi ahogó su voz. El bote estaba deslizándose por una oscura garganta; las paredes de roca pasaban a su lado a una tremenda velocidad. El río en sí era una negra y temblorosa superficie, orlada de espuma estática con relación al bote. Los viajeros se agacharon tanto como les fue posible, ignorando la condescendiente sonrisa de Tsutso. Durante varios minutos prosiguió el descenso, y finalmente se hundieron en un campo de espuma y flotaron en medio de tranquilas aguas.

Las paredes se alzaban a pico hasta una altura de treinta metros: piedra arenisca marrón incrustada con bolas de negros arbustos. Tsutso llevó el bote hasta una pequeña playa de guijarros.

—Aquí os dejo.

—¿Aquí? ¿En el fondo de este cañón? —preguntó sorprendido Reith.

Tsutso señaló un sendero que ascendía serpenteante una ladera.

—El poblado está a ocho kilómetros de distancia.

—En ese caso —dijo Reith—, adiós y muchas gracias.

Tsutso hizo un gesto indulgente.

—No ha sido nada. Los Hoch Har somos gente generosa, excepto en lo que a los Yao se refiere. Si hubierais sido Yao, las cosas no hubieran ido tan bien.

Reith miró a Helse, que no dijo nada.

—¿Los Yao son vuestros enemigos?

—Nuestros antiguos perseguidores, que destruyeron el imperio de los Hoch Har. Ahora ellos se mantienen a su lado de la montaña, lo cual está bien para ellos, y nosotros podemos oler a un Yao como si fuera un pescado podrido. —Saltó ágilmente a la orilla—. Las marismas están al frente. A menos que os perdáis o llaméis la atención de la gente de las marismas, es como si estuvierais ya en Kabasas. —Hizo un gesto final de despedida, y echó a andar sendero arriba.

El bote derivaba en medio de una penumbra sepia, con el cielo allá arriba convertido en una aguada cinta de seda. Pasó la tarde, y las paredes del cañón fueron abriéndose lentamente. Al anochecer los viajeros acamparon en una pequeña playa, y pasaron la noche en un silencio casi fantasmal.

Al día siguiente el río desembocó en un amplio valle alfombrado por una alta hierba amarillenta. Las colinas cedieron; la vegetación junto a la orilla se hizo fuerte y densa y poblada con pequeñas criaturas mitad arañas, mitad monos, que chillaban e hipaban y lanzaban chorros de líquidos ponzoñosos contra el bote. El río recibió las aguas de varios tributarios; se hizo ancho y apacible. Al día siguiente las orillas se poblaron de árboles de notable altura, alzándose en una gran variedad de siluetas contra el cielo color marrón humo, y al mediodía el bote flotaba con jungla a ambos lados. La vela colgaba flácida; el aire estaba saturado de olores a madera húmeda y descomposición. Las saltarinas criaturas arborícolas se mantenían en las ramas altas; por entre las penumbras de abajo se deslizaban mariposas con alas que parecían de gasa, insectos colgando de pálidas burbujas, criaturas parecidas a pájaros que parecían sostenerse sobre cuatro blandas alas. En una ocasión los viajeros oyeron fuertes gruñidos y ruido de pateos, en otra ocasión un feroz silbido seguido de una sucesión de estridentes chillidos, todo ello procedente de fuentes invisibles.

El Jinga fue ensanchándose poco a poco hasta convertirse en una plácida

corriente que fluía en torno a docenas de pequeñas islas, cada una de ellas repleta de frondas, plumas, formas arbóreas en abanico. En una ocasión, con el rabillo del ojo, Reith captó un atisbo de algo que parecía ser una canoa con tres jóvenes tocados con plumas, pero cuando se volvió solamente vio una isla, y nunca pudo estar seguro de qué era exactamente lo que había visto. A última hora del día un sinuoso animal de veinte patas nadó tras ellos, pero a quince metros del bote pareció perder su interés y se sumergió.

Al anoecer los viajeros acamparon en la playa de una pequeña isla. Media hora más tarde Traz empezó a ponerse intranquilo y, dando un codazo a Reith, señaló hacia la maleza. Oyeron un ruido furtivo y luego captaron un olor viscoso. Un instante más tarde el animal que había nadado tras el bote se lanzó contra ellos chillando. Reith disparó una de sus agujas explosivas al hocico del animal; empezó a dar vueltas en círculo, con la cabeza completamente volada, con un peculiar cojeo ondulante, antes de volver al agua y sumergirse en ella.

El grupo se sentó de nuevo, intranquilo, en torno al fuego. Helsse observó a Reith devolver la pistola a su bolsa, y no pudo reprimir su curiosidad.

—¿Puedo preguntaros dónde obtuvisteis esta arma?

—He aprendido que la sinceridad crea problemas —dijo Reith—. Tu amigo Dordolio cree que soy un lunático; Anacho el Hombre-Dirdir prefiere el término «amnésico». Así que... piensa lo que quieras.

Helsse murmuró, como para sí mismo:

—Qué extrañas historias podríamos contar todos, si de hecho la sinceridad fuera la regla.

Zarfo se echó a reír a carcajadas.

—¿Sinceridad? ¿Quién la necesita? Puedo contar las historias más sorprendentes con tal de que alguien esté dispuesto a escucharlas.

—Sin duda —dijo Helsse—, pero las personas con metas desesperadas deben mantener bien guardados sus secretos.

Traz, que sentía un profundo desagrado hacia Helsse, le miró de soslayo con algo muy parecido a una risa burlona.

—¿A quién te refieres? No tengo ni secretos ni metas desesperadas.

—Debe tratarse del Hombre-Dirdir —dijo Zarfo, con un marrullero guiño.

Anacho agitó negativamente la cabeza.

—¿Secretos? No. Tan sólo reticencias. ¿Metas desesperadas? Viajo con

Adam Reith puesto que no tengo nada mejor que hacer. Soy un desheredado entre los subhombres. No tengo absolutamente ninguna meta, excepto sobrevivir.

—Yo tengo un secreto —dijo Zarfo—: la localización de mi pobre puñado de sequins. ¿Mis metas? Igualmente modestas: unas pocas hectáreas de pradera junto a un río al sur de Smargash, una cabaña bajo los árboles, una doncella limpia que hierva mi té. Os las recomiendo también para vosotros.

Helsse, mirando fijamente el fuego, sonrió.

—Todos mis pensamientos, lo quiera o no, son un secreto. En cuanto a mis metas... si regreso a Settra y de alguna manera consigo apaciguar a la Compañía de Seguridad, me sentiré satisfecho.

Reith alzó la vista hacia donde las nubes estaban ocultando las estrellas.

—Yo me sentiré satisfecho si consigo permanecer seco esta noche.

El grupo llevó el bote a la orilla, lo volvió boca abajo y, con la vela, hizo un refugio. Muy pronto empezó a llover, extinguiendo el fuego y formando charcos que penetraban en pequeños riachuelos bajo la embarcación.

Finalmente amaneció: un amanecer deslustrado y lluvioso. Al mediodía las nubes aclararon, y los viajeros echaron el bote nuevamente al agua, cargaron en él las provisiones y siguieron su viaje hacia el sur.

El Jinga siguió ensanchándose hasta que sus orillas no fueron más que manchas oscuras. Transcurrió la tarde; el anochecer fue un enorme caos de negros, oros y marrones. Dejándose arrastrar por la corriente en la cada vez mayor oscuridad, los viajeros buscaron un lugar donde tomar tierra. La orilla era terriblemente pantanosa, pero al final, cuando ya el purpúreo ocaso se volvía noche, encontraron un promontorio arenoso bajo el cual se dispusieron a pasar la noche.

Al día siguiente penetraron en las marismas. El Jinga, dividido en una docena de canales, avanzaba indolente entre islas de juncos, y los viajeros pasaron una incómoda noche en el bote. Al atardecer del día siguiente llegaron a una especie de dique inclinado de esquisto gris que, alzándose y bajando, creaba una cadena de rocosas islas cruzando la marisma. En algún tiempo enormemente remoto, alguno de los pueblos del viejo Tschai habían usado las islas para sostener una calzada elevada, ahora reducida a desmoronados montones de negro cemento. Acamparon en la mayor de las islas, cenando pescado seco y

lentejas algo pasadas que les habían proporcionado los Hoch Har.

Traz se sentía intranquilo. Dio la vuelta a la isla, trepó a la parte más alta, miró a ambos lados de la línea del antiguo puente. Reith, inquieto por las aprensiones de Traz, se le acercó.

—¿Ves algo?

—Nada.

Reith miró a su alrededor. El agua reflejaba el malva oscuro del cielo, las formas de las cercanas islas. Volvieron junto al fuego, y Reith decidió que montaran guardias. Despertó al amanecer, e instantáneamente se preguntó por qué no había sido llamado al llegar su turno. Sacudió a Traz, que había montado la primera guardia.

—Anoche, ¿a quién llamaste?

—A Helsse.

—No me llamó a mí. Y el bote no está.

—Y Helsse tampoco —dijo Traz. Reith lo comprobó.

Traz señaló hacia la isla más próxima, a unos cuarenta metros.

—Allí está el bote. Parece que Helsse fue a dar un pequeño paseo nocturno.

Reith se dirigió al borde del agua y llamó:

¡Helsse! ¡Helsse!

No hubo ninguna respuesta. Helsse no era visible por ningún lado.

Reith consideró la distancia al bote. El agua era lisa y opaca como pizarra. Reith agitó la cabeza. El bote tan cerca, tan obvio: ¿un cebo? Sacó de su bolsa un rollo de cuerda, un componente original de su unidad de supervivencia, y ató una piedra a uno de sus extremos. Lanzó la piedra hacia el bote. Hizo corto. La recogió arrastrándola por el agua. Por un momento la cuerda se tensó y se agitó ante la presencia de algo fuerte y vivo.

Reith hizo una mueca. Lanzó de nuevo la piedra, y ahora cayó dentro del bote. Tiró; el bote se acercó cruzando el agua.

Reith fue con Traz a la isla vecina, donde no encontraron ninguna huella de Helsse. Pero bajo un saliente rocoso descubrieron un agujero que penetraba en plano inclinado al interior de la isla. Traz acercó su cabeza a la abertura, escuchó, olisqueó, e hizo un gesto para que Reith hiciera lo mismo. Reith captó un débil olor pegajoso, como el de las lombrices. Llamó con voz apagada al interior del agujero:

¡Helsse! —Y de nuevo, más fuerte—: ¡Helsse! —Sin el menor efecto.

Regresaron junto a sus compañeros.

—Parece que los Pnume han hecho una de las suyas —dijo Reith en voz baja.

Desayunaron en silencio, aguardaron una inquieta hora. Luego cargaron lentamente el bote y partieron de la isla. Reith siguió examinando hacia atrás con el sondoscopio hasta que la isla quedó fuera de su vista.

11

Los canales del Jinga se juntaron; la marisma se convirtió en una jungla. Frondas y lianas colgaban sobre la negra agua; mariposas gigantes revoloteaban como fantasmas. El estrato superior del bosque formaba un entorno único: cintas rosa y amarillo pálido se retorcían en el aire como anguilas; velludos globos negros con seis largos brazos blancos oscilaban ágilmente de rama en rama. En una ocasión, muy lejos, Reith divisó un conglomerado de grandes chozas edificadas en las ramas altas de los árboles, y un poco más tarde el bote pasó bajo un puente de ramas y burdas cuerdas. Tres humanoides desnudos cruzaron el puente cuando el bote se acercaba: cuerpos delgados y frágiles y piel color pergamino. Al observar el bote, se detuvieron impresionados, luego echaron a correr por el puente y desaparecieron entre el follaje.

Durante una semana navegaron a vela y a remo a un ritmo irregular, mientras el Jinga seguía haciéndose más y más ancho. Un día pasaron junto a una canoa en la cual un hombre pescaba con caña; al día siguiente vieron un poblado en la orilla; al otro fueron cruzados por un bote a motor. La siguiente noche se detuvieron en una ciudad y durmieron en una posada a la orilla del río, construida sobre pilotes encima del agua.

Navegaron aun otros dos días corriente abajo, con un buen viento de popa. El Jinga era ahora amplio y profundo, y el viento alzaba olas de buen tamaño. La navegación empezó a convertirse en un problema. Al llegar a otra ciudad vieron un barco fluvial que se preparaba para partir río abajo; abandonaron el bote y tomaron pasaje para Kabasas sobre el Parapán.

Viajaron en el barco fluvial durante tres días, gozando del confort de las hamacas y la comida fresca. Al mediodía del cuarto día, con el Jinga tan ancho que no podía verse la otra orilla, los domos azules de Kabasas aparecieron sobre tierra firme al oeste.

Kabasas, al igual que Coad, servía como depósito comercial para las extensas tierras interiores, y al igual que Coad parecía hervir con intrigas. Las tiendas y los almacenes se alineaban a lo largo de los muelles; detrás había hileras de edificios llenos de arcos y columnas ascendiendo por las laderas de las colinas, beiges y grises y blancos y azules oscuros. Una de las paredes de cada uno de los edificios, por razones que nunca quedaron claras para Reith, se inclinaba o bien hacia dentro o hacia fuera, dando a la ciudad una apariencia curiosamente irregular, que no era en absoluto disonante respecto a la conducta de sus moradores. Esos eran una gente delgada y alerta, con flotante pelo castaño, amplios pómulos y ardientes ojos negros. Las mujeres eran notablemente hermosas, y Zarfo advirtió a todos:

—Si valoráis vuestras vidas, no miréis a las mujeres. ¡No les prestéis ninguna atención, aunque ellas os provoquen e inciten! Juegan a un extraño juego aquí en Kabasas. A cualquier asomo de admiración lanzan un grito furioso, y un centenar de otras mujeres, gritando y maldiciendo, se lanzan a acuchillar al atrevido.

—Hummm —dijo Reith—. ¿Y los hombres?

—Os salvarán si pueden, y apalizarán a las mujeres, lo cual parece satisfacer a ambas partes. De hecho, así es como se hacen la corte. Un hombre que desee a una mujer empezará por golpearla. Nadie pensará en interferir en el asunto. Si la mujer está de acuerdo, acudirá de nuevo a él. Cuando él se prepare para golpearla de nuevo, se le abandonará completamente. Éstas son las dolorosas reglas de la galantería entre los Kabs.

—Parece un tanto extraño —dijo Reith.

—Exactamente. Extraño y perverso. Así son los asuntos en Kabasas. Durante nuestra estancia será mejor que confiéis en mi consejo. Primero, lo mejor será queelijamos la Posada del Dragón Marino como base de operaciones.

—No vamos a estar aquí tanto tiempo como eso. ¿Por qué no ir directamente al muelle y encontrar un barco que nos haga cruzar el Parapán?

Zarfo dio un tirón a su larga y negra nariz.

—¡Las cosas no son nunca tan fáciles! ¿Y por qué privarnos de una estancia en la Posada del Dragón Marino? Quizá una o dos semanas...

—Naturalmente, tú pagarás tu estancia.

Las blancas cejas de Zarfo se curvaron desmayadamente.

—Como sabes bien, soy un hombre pobre. Cada uno de los sequins que he ganado representa grandes esfuerzos. En una aventura conjunta de este tipo creí que la regla iba a ser la más franca generosidad.

—Esta noche nos quedaremos en la Posada del Dragón Marino —dijo Reith—. Mañana abandonaremos Kabasas.

Zafo gruñó decepcionado.

—No está en mí discutir tus deseos. Hummm. Tal como veo el asunto, tus planes son llegar a Smargash, reclutar a un equipo de técnicos, y luego continuar a Ao Hidis.

—Correcto.

—¡Entonces discreción! Sugiero que tomemos un barco hasta Zara cruzando el Parapán y luego subamos el río Ish. ¿No has perdido tu dinero?

—Definitivamente no.

—Cuida bien de él. Los ladrones de Kabasas son hábiles; utilizan lazos que alcanzan hasta los diez metros. —Señaló—. ¿Ves esa estructura justo encima de la playa? ¡La Posada del Dragón Marino!

La Posada del Dragón Marino era realmente un gran establecimiento, con grandes salones y agradables dormitorios. El restaurante estaba decorado sugiriendo un jardín submarino, incluso las profundas grutas donde eran servidos los miembros de una secta local, que no podían realizar en público el acto de deglutir.

Reith pidió ropas nuevas a la tienda del establecimiento, y bajó al gran baño en la terraza inferior. Frotó vigorosamente todo su cuerpo, y fue rociado con tónicos y masajeado con puñados de fragante musgo. Se envolvió en una suave bata de lino blanco y regresó a su habitación.

En la cama había sentado un hombre con unas manchadas ropas azul oscuro. Reith lo miró y abrió mucho los ojos. Helsse le devolvió la mirada con una insondable expresión. No hizo ningún movimiento ni pronunció ningún sonido.

El silencio fue intenso.

Reith retrocedió lentamente hasta la galería exterior, con el corazón

latiéndole tan fuertemente como si hubiera visto un fantasma. Apareció Zarfo, de vuelta a su habitación, su blanco pelo flotando al viento.

Reith le hizo una seña.

—Ven, quiero mostrarte algo. —Condujo a Zarfo hasta la puerta, la abrió de par en par medio esperando encontrar la habitación vacía. Helsse estaba sentado en el mismo sitio que antes.

—¿Está loco? —susurró Zarfo—. Se queda ahí sentado y nos mira y parece que se burle de nosotros pero no dice nada.

—Helsse —dijo Reith—. ¿Qué haces aquí? ¿Qué te ha ocurrido?

Helsse se puso en pie. Reith y Zarfo retrocedieron involuntariamente. Helsse los miró con la más débil de las sonrisas. Avanzó hacia el balcón, salió fuera, descendió lentamente las escaleras. Volvió la cabeza; Reith y Zarfo pudieron ver el pálido óvalo de su rostro; luego, como una aparición, se esfumó.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Reith con voz ronca.

Zarfo agitó la cabeza, desconcertado por una vez.

—A los Pnume les encantan este tipo de bromas.

—¿Hubiéramos debido retenerlo?

—Hubiera podido quedarse, si él hubiera querido.

—Pero... dudo que esté cuerdo.

La única respuesta de Zarfo fue un alzarse de hombros.

Reith fue al borde de la galería, miró a la ciudad.

—¡Los Pnume saben incluso las habitaciones que ocupamos!

—Una persona que sigue la corriente del Jinga termina en Kabasas —dijo Zarfo ácidamente—. Si tiene dinero suficiente, acude a la Posada del Dragón Marino. No es una deducción intrincada. Aquí termina la omnisciencia de los Pnume.

Al día siguiente Zarfo salió solo, y al cabo de poco regresó con un hombre bajito de piel color caoba, que caminaba cojeando como si los zapatos le vinieran demasiado estrechos. Su rostro era curtido y lleno de costurones; unos pequeños ojos nerviosos miraban constantemente de soslayo más allá del afilado pico de su nariz.

—Y aquí —declaró Zarfo grandilocuentemente— te presento al Señor de los

Mares Dobagq Hrostilfe, una persona de gran sagacidad que nos lo arreglará todo.

Reith pensó que nunca en su vida había visto un mayor truhán.

—Hrostilfe está al mando del *Pibar* —explicó Zarfo—. Por una suma muy razonable nos llevará hasta nuestro destino, o sea a la otra costa del Vord.

—¿Cuánto pide por cruzar el Parapán? —preguntó Reith.

—Tan sólo cinco mil sequins, ¿no es increíble? —exclamó Zarfo.

Reith rió burlonamente. Se volvió hacia Zarfo:

—Ya no necesito más tu ayuda. Tú y tu amigo Hrostilfe podéis ir a intentar engañar a algún otro.

—¿Qué? —exclamó Zarfo—. ¿Después que he arriesgado mi vida en esa pendiente infernal y soportado todo tipo de penalidades?

Pero Reith se había alejado ya de ellos. Zarfo fue tras sus talones, un poco con las orejas gachas.

—Adam Reith, has cometido un serio error.

Reith asintió melancólicamente.

—Exacto. En vez de a un hombre honesto te contraté a ti.

Zarfo hirvió de indignación.

—¿Quién se atreve a decir que no soy honesto?

—Yo me atrevo. Hrostilfe estaría dispuesto a alquilar su barco por un centenar de sequins. Te ha pedido un precio de quinientos. Tú le has dicho: «¿Por qué no sacamos los dos un buen beneficio? Adam Reith es crédulo. Yo le daré el precio, y todo lo que pase de los mil sequins es mío.» Así que ya puedes irte.

Zarfo tironeó pensativo de su negra nariz.

—Me causas un terrible perjuicio. Precisamente acabo de discutirme con Hrostilfe, que ha admitido que intentaba engañarnos. Ofrece ahora su barco por... —Zarfo carraspeó— mil doscientos sequins.

—No pienso subir ni un sequin más de trescientos.

Zarfo alzó sus manos en el aire y se alejó. Poco después apareció el propio Hrostilfe con la súplica de que Reith se dignara inspeccionar el barco. Reith lo siguió hasta el *Pibar*: una embarcación de doce metros, accionada por un reactor electrostático. Hrostilfe hizo un comentario entre dolido e indignado:

—Es la nave más rápida que podrás encontrar. Tu precio es absurdo. ¿Qué

hay de mi habilidad, de mi preparación naval? ¿Te das cuenta del precio de la energía? El viaje agotará toda una célula de energía: cien sequins, un gasto que no puedo permitirme. Tienes que pagar adicionalmente la energía y también las provisiones. Soy un hombre generoso, pero no puedo financiarte.

Reith aceptó pagar aparte la energía y una cantidad razonable para provisiones, pero no la instalación de nuevos depósitos de agua, instrumentación extra para mal tiempo, fetiches de buena suerte para la proa; además, insistió en partir al día siguiente, a lo cual Hrostilfe respondió con una ácida risa.

—Eso le va a sentar como una patada en la barriga al viejo Lokhar. Contaba en haraganear una semana o más en el Dragón Marino.

—Puede quedarse tanto tiempo como quiera —dijo Reith—, siempre que pague él su estancia.

—Hay pocas posibilidades de eso —rió Hrostilfe—. Bien, ¿qué hacemos con las provisiones?

—Cómpralas. Muéstrame una cuenta detallada, y la revisaré con todo cuidado.

—Necesito un anticipo: cien sequins.

—¿Me tomas por un tonto? Recuerda: salimos mañana.

—El *Pibar* estará listo —dijo Hrostilfe con voz hosca.

Reith regresó a la Posada del Dragón Marino y encontró a Anacho en la terraza. Anacho señaló hacia una figura de pelo negro reclinada contra el dique.

—Ahí está: Helsse. Lo he llamado por su nombre. Fue como si no hubiera oído.

Helsse volvió la cabeza; su rostro era tan blanco como el de un muerto. Por unos momentos los observó, luego se volvió y se alejó caminando lentamente.

Los viajeros embarcaron al mediodía en el *Pibar*. Hrostilfe dedicó a sus pasajeros una jovial bienvenida. Reith miró escéptico a todos lados, preguntándose de qué modo creía Hrostilfe que había conseguido alguna ventaja sobre él.

—¿Dónde están las provisiones?

—En el salón principal.

Reith examinó cajas y paquetes, lo comprobó meticulosamente todo con la

relación que le entregó Hrostilfe, y tuvo que admitir que el capitán había conseguido buenos artículos a un precio no demasiado grande. ¿Pero por qué, se preguntó, no los había almacenado directamente en el pañol? Probó la puerta, y descubrió que estaba cerrada con llave.

Interesante, pensó Reith. Llamó a Hrostilfe:

—Será mejor almacenar los víveres en el pañol de proa, antes que las olas empiecen a balancearnos.

—¡Todo a su tiempo! —declaró Hrostilfe—. ¡Lo primero es lo primero! ¡Ahora lo más importante es que aprovechemos al máximo las corrientes matutinas!

—Pero eso sólo requiere un momento. Abre la puerta; lo haré yo mismo.

Hrostilfe hizo un gesto irritado.

—Soy el más meticulado de los marinos. Cada cosa se hará en su momento preciso.

Zarfo, que había acudido al salón, lanzó una mirada especulativa a la puerta del pañol. Reith murmuró:

—Muy bien, haz como quieras. —Zarfo fue a decir algo pero, captando la mirada de Reith, se encogió de hombros y contuvo su lengua.

Hrostilfe empezó a moverse cojeando de un lado para otro, haciendo que soltaran amarras, poniendo en marcha el propulsor, y finalmente subiendo al control. El barco salió a mar abierto.

Reith le dijo algo a Traz, y el joven se situó detrás de Hrostilfe y empezó a revisar su catapulta, comprobando el perfecto funcionamiento del mecanismo. Al cabo de un momento colocó una flecha en la ranura, armó el instrumento, y se lo colgó descuidadamente al cinto. Hrostilfe hizo una mueca.

—¡Cuidado, muchacho! ¡Ésa es una forma estúpida de llevar tu catapulta!

Traz pareció no oírle.

Reith, tras unas palabras con Zarfo y Anacho, se dirigió a proa. Prendió fuego a algunos trapos viejos y los situó junto al ventilador de proa, de modo que el humo se metiera en el pañol.

—¿Qué estupidez es ésa? —exclamó furioso Hrostilfe—. ¿Estás intentando incendiar el barco?

Reith prendió unos cuantos trapos más y los dejó caer por el ventilador. De abajo llegaron toses ahogadas, luego un murmullo de voces y pateos. Hrostilfe

llevó rápidamente una mano a su bolsa, pero observó la mirada de Traz clavada en él y su catapulta lista para disparar.

Reith se acercó con paso tranquilo. Traz dijo:

—Su arma está en su bolsa.

Hrostilfe permanecía rígido y tenso. Hizo un brusco movimiento, pero se detuvo en seco cuando Traz alzó velozmente la catapulta. Reith soltó su bolsa, se la tendió a Traz, retiró dos dagas y un pequeño puñal de diversas partes de la persona de Hrostilfe.

—Ve abajo —dijo—. Abre la puerta del pañol. Di a tus amigos que salgan, uno a uno.

Hrostilfe, con el rostro gris de furia, cojeó hacia abajo y, tras un intercambio de amenazas con Reith, abrió la puerta del pañol. Salieron seis rufianes, que fueron desarmados por Anacho y Zarfo y enviados a cubierta, donde Reith los arrojó por la borda.

Finalmente, el pañol quedó vacío excepto por el humo. Hrostilfe fue llevado a cubierta, donde se volvió todo miel y contemporización.

—¡Puedo explicarlo! ¡Es un ridículo malentendido! —Pero Reith se negó a escuchar, y Hrostilfe siguió el camino de sus compinches. Ya en el agua, agitó el puño y gritó obscenidades a los sonrientes rostros a bordo del *Pibar*, luego empezó a nadar hacia la orilla.

—Parece que nos hemos quedado sin navegante —dijo Reith—. ¿En qué dirección se halla Zara?

Zarfo se mostraba ahora muy sumiso. Señaló con un negro y nudoso dedo.

—Tiene que estar por ahí al frente. —Se volvió para contemplar las siete cabezas en el agua, a popa—. ¡Me resulta incomprensible esa avidez de los hombres hacia el dinero! ¡Ved a qué desastres conduce! —Y Zarfo hizo chasquear dogmáticamente la lengua—. Bien, un incidente desafortunado, que por suerte hemos dejado atrás. ¡Y ahora nosotros estamos al mando del *Pibar*! ¡Adelante: nos esperan Zara, el río Ish y Smargash!

12

Durante todo el primer día el Parapán se mantuvo sereno. El segundo día fue más movido, y el *Pibar* empezó a agitarse sobre las olas. Al tercer día una nube entre negra y amarronada cubrió todo el horizonte occidental, apuñalando el mar con una multitud de relámpagos. El viento empezó a soplar en enormes ráfagas; durante dos horas el *Pibar* se agitó y bamboleó; luego la tormenta pasó, y se hallaron de nuevo en clima benigno.

Al cuarto día Kachan apareció al frente. Reith maniobró el *Pibar* para ponerse al costado de una barca de pesca, y Zarfo preguntó la dirección de Zara. El pescador, un viejo hombre de piel aceitunada con anillos de acero en las orejas, señaló sin pronunciar palabra. El *Pibar* siguió adelante y entró en el estuario del Ish al anochecer. Las luces de Zara parpadeaban a lo largo de la costa occidental, pero ahora, sin ninguna razón para entrar en puerto, el *Pibar* empezó a remontar el Ish en dirección al sur.

La luna rosa Az brillaba en el agua; el *Pibar* siguió avanzando durante toda la noche. Por la mañana vieron que estaban en una región rica con hileras de bien cuidados árboles a lo largo de las orillas. Luego el paisaje empezó a volverse árido, y por un espacio de tiempo el río serpenteó por entre racimos de espiras de obsidiana. Al día siguiente vieron un grupo de hombres altos con negras capas en la orilla. Zarfo los identificó como miembros de la tribu de los Niss. Permanecieron inmóviles, observando el paso del *Pibar* corriente arriba.

—¡Tenemos que evitarlos! ¡Viven en agujeros como las jaurías de la noche, y hay gente que dice que son más implacables que ellas!

A última hora de la tarde el río se estrechó entre dunas de arena, y Zarfo insistió en que el *Pibar* fuera anclado en aguas profundas para pasar la noche.

—Delante hay bancos de arena y bajíos. Embarrancaríamos, e indudablemente los Niss nos han seguido. Nadie les impediría subir a bordo.

—¿No nos atacarán si echamos el ancla?

—No, temen las aguas profundas y nunca utilizan botes. Anclados, estamos tan seguros como si estuviéramos ya en Smargash.

La noche era clara, y Az y Braz surcaban el cielo del viejo Tschai. En la orilla, los Niss encendieron descaradamente sus fuegos y pusieron a hervir sus calderos, y más tarde empezaron a tocar una alocada música de violines y tambores. Los viajeros observaron durante horas las ágiles figuras enfundadas en sus capas negras danzar en torno a los fuegos, saltando, agitando las piernas, alzando las cabezas, bajándolas, girando con los brazos en jarras.

Por la mañana los Niss habían desaparecido. El *Pibar* cruzó los bajíos sin ningún incidente. A última hora de la tarde los viajeros llegaron a un poblado, protegido de los Niss por una línea de postes a cada uno de los cuales había encadenado un esqueleto envuelto en una podrida capa negra. Zarfo declaró que el poblado era el límite del tramo navegable, y que Smargash se hallaba aún a quinientos kilómetros al sur, a través de una región desértica llena de montañas y barrancos.

—A partir de aquí tendremos que viajar por caravana, siguiendo el viejo Camino de Sarsazm, hasta Hamil Zut bajo las mesetas de Lokhara. Esta noche haré averiguaciones y sabré qué es lo más ventajoso que podemos hacer.

Zarfo permaneció toda la noche en tierra, y regresó por la mañana con la noticia de que, tras el más furioso de los regateos, había cambiado el *Pibar* por pasajes de primera clase en caravana hasta Hamil Zut.

Reith hizo algunos cálculos. ¿Quinientos kilómetros? A doscientos sequins por persona, como máximo, eso representaba ochocientos para los cuatro. El *Pibar* valía al menos diez mil, incluso al más bajo de los precios. Miró a Zarfo, que le devolvió ingenuamente la mirada.

—¿Recuerdas las diferencias que tuvimos en Kabasas? —dijo Reith.

—Por supuesto —declaró Zarfo—. Aún hoy me siento angustiado por la injusticia de tus sospechas.

—Pues aquí tienes otro motivo de angustia. ¿Cuánto dinero extra pediste por el *Pibar*... y recibiste?

Zarfo esgrimió una incómoda mueca.

—Naturalmente, me había reservado la noticia para darte una alegre sorpresa.

—¿Cuánto?

—Tres mil sequins —murmuró Zarfo—. Ni más ni menos. Considero que es un precio justo aquí arriba. Dista mucho de ser una fortuna.

Reith decidió aceptar aquella suma como buena.

—¿Dónde está el dinero?

—Será pagado cuando desembarquemos.

—¿Y cuándo parte la caravana?

—Pronto... dentro de un día o así. Hay una posada que no está demasiado mal; podemos pasar la noche en tierra.

—Muy bien; bajemos y vayamos a cobrar el dinero.

No sin cierta sorpresa por parte de Reith, la bolsa que recibió Zarfo del posadero contenía exactamente tres mil sequins, y Zarfo exhibió una dolido sonrisa y, entrando en la taberna, pidió una jarra de cerveza.

Tres días más tarde la caravana inició su marcha hacia el sur: una hilera de doce carromatos a motor, cuatro de ellos con lanzaarenas. El Camino de Sarsazm los condujo a través de un impresionante paisaje: gargantas y grandes precipicios, el lecho de un antiguo mar, vistas de distantes montañas, rumorosos bosques de altos árboles y negros helechos. Ocasionalmente se veían algunos Niss, pero mantenían su distancia, y al atardecer del tercer día la caravana llegó a Hamil Zut, una pequeña y escuálida ciudad de un centenar de chozas de barro y una docena de tabernas.

Por la mañana Zarfo alquiló bestias de carga, equipo y un par de guías, y los viajeros emprendieron la marcha por el camino que conducía a las tierras altas de Lokhara.

—Es una región salvaje —les advirtió Zarfo—. A veces pueden verse animales peligrosos, así que estad preparados con vuestras armas.

El camino era empinado, el terreno a todas luces salvaje. En varias ocasiones vieron karyans, elusivas bestias grises que se deslizaban por entre las rocas, a veces erguidas sobre sus dos patas traseras, a veces apoyándose en todas seis. En otra ocasión se encontraron con un reptil con cabeza de tigre dándose un festín con la carcasa de un animal muerto, y pudieron pasar por su lado sin ser molestados.

Al tercer día de haber abandonado Hamil Zut los viajeros entraron en Lokhara, una gran llanura mesetaria; y a media tarde Smargash apareció al

frente. Zarfo le dijo a Reith:

—Se me ocurre, como sin duda se te habrá ocurrido a ti, que tu aventura es más bien delicada.

—Lo es.

—La gente de aquí no deja de tener algunas afinidades con los Wannek, y un extranjero puede abordar muy fácilmente a la gente equivocada.

—¿Y?

—Quizá será mejor que sea yo quien elija al personal.

—Por supuesto. Pero yo me encargaré del asunto del pago.

—Como quieras —gruñó Zarfo.

El paisaje a su alrededor era ahora próspero y bien irrigado, poblado de agradables granjas. Los hombres, como Zarfo, exhibían su piel tatuada o teñida de negro, con una cabellera completamente blanca. Las pieles de las mujeres, en contraste, eran tan blancas como la tiza, y su pelo era negro. Los niños mostraban cabellos blancos o negros según su sexo, pero sus pieles eran uniformemente del color del polvo en el que jugaban.

Un camino seguía la orilla de un río bajo viejos árboles majestuosos. A ambos lados había pequeñas casitas, cada una de ellas con su correspondiente jardín. Zarfo suspiró con un profundo sentimiento.

—Vedme aquí, el obrero emigrado que regresa a su hogar. ¿Pero dónde está mi fortuna? ¿Cómo puedo comprarme mi casita al lado del río? La pobreza me ha obligado a seguir extraños caminos; ¡he tenido que verme unido a un fanático con el corazón de piedra, que disfruta frustrando las esperanzas de un bondadoso viejo!

Reith no prestó atención a sus palabras, y finalmente entraron en Smargash.

13

Reith estaba sentado en el salón de la achaparrada casita cilíndrica que había alquilado, dominando la plaza de Smargash donde los jóvenes pasaban gran parte de su tiempo bailando.

Delante suyo, en otras tantas sillas de mimbre, se sentaban cinco hombres de Smargash con el pelo blanco, un grupo seleccionado de entre los veinte con los que Zarfo había contactado originalmente. Era media tarde; afuera en la plaza los bailarines saltaban y giraban a la música de una concertina, cascabeles y tambores.

Reith explicó tanto como se atrevió de su programa: no demasiado.

—Os halláis aquí porque podéis ayudarme en una aventura. Zarfo Detwiler os ha informado que hay implicada una gran suma de dinero; eso es cierto, aunque fracasemos. Si tenemos éxito, y creo que las posibilidades son favorables, recibiréis riquezas suficientes como para satisfacer a cualquiera de vosotros. Hay peligro, como cabe esperar, pero procuraremos reducirlo al mínimo. Si alguien prefiere no participar en una aventura de estas características, ahora es el momento de marcharse.

El más viejo del grupo, un tal Jag Jaganig, un experto en instalación y mantenimiento de sistemas de control dijo:

—Hasta el momento no podemos decir ni sí ni no. Ninguno de nosotros se negará nunca a llevar a su casa una bolsa de sequins, pero ninguno quiere tampoco arriesgarse a una empresa imposible con la esperanza de un hipotético beneficio.

—¿Deseáis más información? —Reith contempló sus rostros uno a uno—. Es natural. Pero no deseo revelar demasiado a los meramente curiosos. Si alguno de vosotros se siente definitivamente no dispuesto a participar en una aventura peligrosa pero en absoluto desesperada, por favor, que lo diga ahora.

Hubo una ligera agitación de inquietud, pero nadie dijo nada.

Reith aguardó unos instantes.

—Muy bien; ahora debéis prometer que mantendréis todo esto en secreto.

El grupo pronunció entonces el terrible juramento Lokhar. Zarfo, arrancando un pelo de cada cabeza, los retorció todos juntos formando una pequeña cuerda, a la que prendió fuego. Cada uno de los presentes inhaló su humo.

—Ahora estamos todos comprometidos y unidos como si fuéramos uno solo; si alguien traiciona ese juramento, los demás se encargarán de él.

Reith, impresionado por el ritual, no dudó más en ir al fondo del asunto.

—Conozco la situación exacta de una fuente de riqueza, en un lugar que no se halla en el planeta Tschai. Necesitamos una nave espacial y una tripulación para operarla. Propongo apoderarme de una de las naves del campo de Ao Hidis; vosotros seréis la tripulación. Para demostrar mi cordura y mi buena fe, pagaré a cada hombre, el día de la partida, cinco mil sequins. Si fracasamos en nuestro intento, cada hombre recibirá otros cinco mil sequins.

—Cada hombre superviviente —gruñó Jag Jaganig.

—Si tenemos éxito —prosiguió Reith—, diez mil sequins os parecerán una fruslería. En pocas palabras, ésa es la esencia del asunto.

Los Lokhar se agitaron escépticos en sus sillas. Jag Jaganig dijo:

—Obviamente tenemos aquí la base para una tripulación adecuada, al menos para una Zeno, o una Kud, o incluso una de las pequeñas Kadants. Pero enfrentarnos a los Wannek no es un asunto trivial.

—O peor aún, a los Hombres-Wannek —murmuró Zorofim.

—Por lo que recuerdo —murmuró Thadzei—, no hay una gran vigilancia. El plan, aunque arriesgado, parece factible... siempre que la nave que abordemos se halle en estado operativo.

—¡Ajá! —exclamó Belje—. ¡Ese «siempre que» es la clave del asunto!

Zarfo se echó a reír.

—Naturalmente, hay riesgo. ¿Acaso esperáis que os den dinero por nada?

—Nadie me impide esperar.

—Supongamos que la nave es nuestra —inquirió Jag Jaganig—. ¿Hay aún otros riesgos que superar?

—Ninguno.

—¿Quién pilotará la nave?

—Yo —dijo Reith.

—¿De qué tipo es esa «riqueza»? —preguntó Zorofim—. ¿Gemas? ¿Sequins? ¿Metales preciosos? ¿Antigüedades? ¿Esencias?

—No pienso entrar en mayores detalles al respecto, excepto garantizaros que ninguno de vosotros se sentirá decepcionado.

La discusión prosiguió, sometiendo cada aspecto de la aventura a ataque y análisis. Fueron consideradas, discutidas y rechazadas propuestas alternativas. Nadie parecía considerar el riesgo como algo abrumador, del mismo modo que nadie dudaba de la habilidad del grupo de manejar la nave. Pero nadie evidenciaba entusiasmo tampoco. Jag Jaganig centró la situación.

—Nos sentimos desconcertados —le dijo a Reith—. No comprendemos tus propósitos. Somos escépticos a los tesoros ilimitados.

—Aquí creo que debo decir algo —señaló Zarfo—. Adam Reith tiene sus defectos, no voy a negarlo. Es testarudo y difícil de manejar; es más astuto que un zut; es despiadado cuando algo se le opone. Pero es un hombre de palabra. Si afirma que existe un tesoro y que nosotros podemos echarle la mano encima, este aspecto del asunto puede darse por sentado.

Al cabo de unos momentos, Belje murmuró:

¡Desesperado, desesperado! ¿Quién desea conocer la verdad de las cajas negras?

—Desesperado no —respondió Thadzei—. Arriesgado sí, ¡y al diablo las cajas negras!

—Correré el riesgo —dijo Zorofim.

—Yo también —dijo Jag Jaganig—. ¿Quién vive eternamente?

Al final Belje capituló también y declaró que estaba dispuesto a seguir adelante.

—¿Cuándo partiremos?

—Tan pronto como sea posible —dijo Reith—. Cuanto más tiempo esperemos, más nervioso me pondré.

—Y mayores posibilidades hay de que alguien eche a correr con nuestro tesoro, ¿no? —exclamó Zarfo—. ¡Sería una triste pena!

—Danos tres días para arreglar nuestros asuntos —pidió Jag Jaganig.

—¿Y qué hay de los cinco mil sequins? —preguntó Thadzei—. ¿Por qué no distribuyes el dinero ahora, de modo que podamos usarlo?

Reith no dudó más allá de una décima de segundo.

—Puesto que vosotros confiáis en mí, yo confío en vosotros. —Pagó a cada uno de los maravillados Lokhar cincuenta sequins púrpuras, cada uno de ellos con un valor de cien.

—¡Excelente! —declaró Jag Jaganig—. ¡Recordad todos! ¡Absoluta discreción! Hay espías por todas partes. En particular desconfío de ese peculiar extranjero que hay en la posada y que viste como un Yao.

—¿Qué? —exclamó Reith—. ¿Un hombre joven, con el pelo oscuro, muy elegante?

—Esa persona exactamente. No deja ni un momento de mirar a los que bailan, sin pronunciar jamás una palabra.

Reith, Zarfo, Anacho y Traz entraron en la posada. En el salón en penumbra estaba sentado Helsse, con sus largas piernas envueltas en unos ajustados pantalones de sarga negros extendidas debajo de la mesa. Contemplaba con aire sombrío directamente al frente, al otro lado de la puerta, donde unos muchachos de piel negra y pelo blanco y unas muchachas de piel blanca y pelo negro danzaban a la cobriza luz del sol.

—¡Helsse! —dijo Reith.

Helsse ni siquiera desvió la mirada.

Reith se le acercó.

—¡Helsse!

Lentamente, Helsse volvió la cabeza; Reith miró a unos ojos que parecían lentes de negro cristal.

—Hablame —pidió Reith—. ¡Helsse! ¡Habla!

Helsse abrió la boca, emitió un croar que era como un lamento. Reith retrocedió. Helsse lo observó indiferentemente unos instantes, luego volvió a su inspección de los muchachos que bailaban y de las colinas débilmente entrevistas más allá.

Reith se reunió con sus compañeros, y Zarfo le sirvió una jarra de cerveza.

—¿Qué pasa con el Yao? ¿Está loco?

—No lo sé. Puede que esté fingiendo. O bajo control hipnótico. O drogado.

Zarfo dio un largo sorbo de su jarra, se secó la espuma que había manchado

su nariz.

—Si lo curamos, puede que el Yao considere que le hemos hecho un favor.

—Indudablemente —dijo Reith—. ¿Pero cómo?

—¿Por qué no llamar a un curandero Dugbo?

—¿Quiénes son éstos?

Zarfo señaló hacia el este con su dedo pulgar.

—Los Dugbo tienen un campamento allá en las afueras de la ciudad: son gente haragana que va vestida siempre con andrajos, dedicada al robo y al vicio, y a la música además. Adoran a los demonios, y sus curanderos realizan milagros.

—¿Y crees que los Dugbo pueden curar a Helsse? Zarfo vació su jarra.

—Si está fingiendo, te aseguro que no seguirá haciéndolo.

Reith se encogió de hombros.

—Durante un día o dos no tenemos nada mejor que hacer.

—Así es exactamente como pienso yo —dijo Zarfo.

El curandero Dugbo era un hombrecillo delgado, vestido con unos harapos marrones y botas de piel sin curtir. Sus ojos eran como luminosas avellanas, su pelo rojizo estaba recogido en tres grasientos moños. Una serie de pálidas cicatrices en su mejilla parecían agitarse y saltar mientras hablaba. No pareció sorprenderse de la petición de Reith, y estudió con una curiosidad clínica a Helsse, que permanecía sentado sardónicamente indiferente en una de las sillas de mimbre.

El curandero se acercó a Helsse, miró directamente a sus ojos, inspeccionó sus oídos, y asintió como si acabara de verificar una sospecha. Hizo una seña al gordo joven que le ayudaba, luego se acuclilló detrás de Helsse y le tocó aquí y allá, mientras el joven sostenía una botella de negra esencia bajo la nariz del Yao. Finalmente, Helsse se relajó pasivamente en su silla. El curandero prendió unos puñados de incienso y aventó los humos hacia el rostro de Helsse. Luego, mientras el joven tocaba una flauta nasal, se puso a cantar: palabras secretas, muy junto al oído de Helsse. Puso una masa de arcilla en la mano del Yao; Helsse empezó a modelar furiosamente la arcilla, y finalmente emitió un murmullo.

El curandero hizo una seña a Reith.

—Un simple caso de posesión. Observa: el demonio fluye por sus dedos a la arcilla. Habla con él si quieres. Sé gentil pero firme, y él te responderá.

—Helsse —dijo Reith—, describe tu asociación con Adam Reith.

Helsse habló con voz muy clara.

—Adam Reith vino a Settra. Había habido rumores y especulaciones, pero cuando él llegó todo fue diferente. Por una extraña casualidad acudió al Jade Azul, mi puesto de observación personal, y allí lo vi por primera vez. Después llegó Dordolio, y en su rabia acusó a Reith de ser uno de los miembros del «culto»: un hombre que decía de sí mismo que había venido del lejano Mundo Natal. Hablé con Adam Reith, pero solamente obtuve confusión. Para clarificar por aquiescencia, tercera de las Diez Técnicas, lo llevé al cuartel general del «culto», y recibí contradicciones. Un correo nuevo en Settra nos siguió. No pude conseguir una diversión dramática, sexta de las Técnicas. Adam Reith mató al correo y se apoderó de un mensaje de importancia desconocida; no me permitió inspeccionarlo; no pude insistir sin despertar sospechas. Lo llevé a un Lokhar, «clarificando por aquiescencia» de nuevo: resultó ser de nuevo una técnica equivocada. El Lokhar leyó profundamente en el mensaje. Ordené que Reith fuera asesinado. El intento fracasó. Reith y su grupo huyeron al sur. Recibí instrucciones de acompañarles y penetrar en sus motivaciones. Fuimos hacia el este hasta el río Jinga y por él, corriente abajo, en bote. En una isla... —Helsse lanzó un grito jadeante y se derrumbó hacia atrás, rígido y tembloroso.

El curandero aventó humo al rostro de Helsse y apretó su nariz.

—Regresa al estado de «calma», y a partir de este momento vuelve de nuevo a él cada vez que te sea apretada la nariz: es una orden absoluta. Ahora, responde a las preguntas que se te formulen.

—¿Por qué espías a Adam Reith? —preguntó Reith.

—Estoy obligado a hacerlo; además, me gusta ese trabajo.

—¿Por qué estás obligado?

—Todos los Hombres-Wannek tienen que servir al Destino.

—Oh. ¿Eres un Hombre-Wannek?

—Sí.

Y Reith se preguntó cómo podía haber llegado a pensar alguna vez otra cosa. Tsutso y los Hoch Har no habían sido engañados.

—Si hubierais sido Yao, las cosas no hubieran ido tan bien —había dicho Tsutso.

Reith miró lúgubrementemente a sus camaradas, luego se volvió de nuevo hacia Helsse.

—¿Por qué los Hombres-Wannek espían en Cath?

—Esperan la próxima vuelta del «rondó»; se protegen contra el renacimiento del «culto».

—¿Por qué?

—Es un asunto de estasis. Las condiciones son ahora óptimas. Cualquier cambio solamente puede ser para peor.

—Acompañaste a Adam Reith desde Settra hasta una isla en las marismas. ¿Qué ocurrió allí?

Helsse croó de nuevo y se volvió catatónico. El curandero apretó su nariz.

—¿Cómo viajaste hasta Kabasas? —preguntó Reith. Helsse volvió a quedar inerte. Reith apretó su nariz.

—Dinos por qué no puedes responder a esas preguntas.

Helsse no dijo nada. Parecía estar consciente. El curandero abanicó más humo a su rostro; Reith apretó su nariz y, cuando lo hizo, vio que los ojos de Helsse miraban en direcciones distintas. El curandero se puso en pie, empezó a recoger su equipo.

—Eso es todo. Está muerto.

Reith miró del curandero a Helsse y luego de nuevo al primero.

—¿A causa del interrogatorio?

—El humo permea la cabeza. A veces el sujeto vive; de hecho, a menudo. Éste murió rápidamente; tus preguntas quebraron su sensorium.

La tarde siguiente fue clara y ventosa, con nubes de polvo torbellineando por la pista de baile al aire libre. Una serie de hombres embozados con capas grises surgieron de entre el polvo y fueron penetrando en la casita alquilada. Dentro, las lámparas estaban graduadas al mínimo y los postigos de las ventanas cerrados; las conversaciones eran mantenidas en voz baja. Zarfo desplegó un viejo mapa sobre la mesa y señaló con un grueso dedo negro.

—Podemos viajar hacia abajo por la costa, pero todo éste es terreno Niss.

Podemos ir también hacia el este rodeando el Sharf hasta el lago Falas: un largo camino. O podemos ir directamente al sur, a través de las Regiones Perdidas, franquear los Infnets y bajar hasta Ao Hidis: la ruta más directa y lógica.

—¿Hay plataformas aéreas disponibles? —preguntó Reith.

Belje, el menos entusiasta de los aventureros, negó con la cabeza.

—Las condiciones ya no son las mismas que cuando yo era joven. Entonces hubiéramos podido seleccionar entre media docena. Ahora no hay ninguna. Hoy en día es difícil conseguir sequins y plataformas. De modo que, si queremos tener una de las dos cosas, tendremos que prescindir de la otra.

—¿Cómo viajaremos?

—Podemos llegar hasta Blalag en carronato a motor, y allí tal vez podamos alquilar algún tipo de transporte que nos permita cruzar los Infnets. Luego tendremos que ir a pie; los viejos caminos que conducían al sur han sido destruidos y olvidados hace mucho tiempo.

14

Desde Smargash hasta la vieja capital Lokhar, Blalag, había tres días de viaje a través de una ventosa llanura desolada. En Blalag los aventureros se refugiaron en una sucia posada, donde consiguieron apalabrar un transporte por carromato a motor hasta un asentamiento en las montañas, Derduk, muy adentro ya de los Infnets. El viaje ocupó la mayor parte de dos días bajo incómodas condiciones. En Derduk, el único acomodo que hallaron fue una destartalada cabaña que provocó gruñidos entre los Lokhar. Pero el propietario, un viejo pendenciero, les cocinó un gran estofado de caza con bayas silvestres, y los ánimos se remontaron.

A partir de Derduk la carretera que conducía al sur se había convertido en un camino en desuso. Al amanecer, el ahora menos animado grupo de aventureros emprendió el camino a pie. Viajaron todo el día a través de un paisaje de pináculos rocosos y campos de piedras y guijarros. Al anochecer, con un viento helado suspirando por entre las rocas, llegaron a un pequeño y negro lago de montaña en cuya orilla pasaron la noche. El día siguiente los condujo hasta el borde de una enorme garganta, y pasaron otro día buscando un camino que les condujera hasta el fondo. El grupo acampó en el arenoso lecho al lado del río Desidea, que avanzaba hacia el este para verterse en el lago Falas, y durante toda la noche se vieron acompañados por inquietantes lamentos y gritos casi humanos que resonaban en ecos y ecos por entre las rocas.

Por la mañana, en vez de intentar la cara sur del precipicio, siguieron el Desidea y finalmente encontraron una hendidura que los llevó hasta una alta sabana que se extendía hasta perderse de vista.

Los aventureros avanzaron durante dos días en dirección sur, alcanzando finalmente las últimas elevaciones de los Infnets al atardecer del segundo día. Ante ellos se abrió una enorme vista. Cuando llegó la noche aparecieron lejanas

luces.

—¡Ao Hidis! —exclamaron los Lokhar, con alivio y aprensión entremezclados.

Se habló mucho aquella noche, junto al minúsculo fuego de campaña, acerca de los Wannek y de los Hombres-Wannek. Los Lokhar se mostraron unánimes en detestar a los Hombres-Wannek:

—Ni siquiera los Hombres-Dirdir, con toda su erudición y su orgullo, se muestran tan celosos de sus prerrogativas —declaró Jag Jaganig.

Anacho lanzó una alegre carcajada.

—Desde el punto de vista de los Hombres-Dirdir, los Hombres-Wannek son escasamente superiores a cualquiera de las otras subrazas.

—Sin embargo, si hemos de creer a los muy truhanes, comprenden los carillones Wannek —dijo Zarfo—. Yo mismo me considero un hombre lleno de recursos y despierto; sin embargo, en veinticinco años, solamente he aprendido los acordes más sencillos para «sí», «no», «alto», «adelante», «cierto», «falso», «bueno», «malo». Debo descubrirme ante su logro.

—Bah —murmuró Zorofim—. Han nacido para eso; oyen carillones desde el primer instante de sus vidas; no es ningún logro.

—Pero sacan el mayor provecho de ello —dijo Belje, con algo parecido a la envidia en su voz—. Pensad; no trabajan en nada, no tienen responsabilidades excepto hacer de intermediarios entre los Wannek y el mundo de Tschai, y viven en el refinamiento y la opulencia.

—Pero pensemos en un hombre como Helse —dijo Reith con voz desconcertada—. Era un Hombre-Wannek que vivía como un espía. ¿Qué esperaba conseguir? ¿Qué intereses de los Wannek salvaguardaba en Cath?

—Intereses de los Wannek... ninguno. Pero recuerda que los Hombres-Wannek son opuestos al cambio, puesto que cualquier alteración de las circunstancias sólo puede traerle desventajas. Cuando un Lokhar empieza a comprender los carillones es despedido. En Cath... ¿quién sabe lo que temen? —Y Zarfo se calentó las manos en el fuego.

La noche transcurrió lentamente. Al amanecer Reith contempló Ao Hidis a través del sondoscopio, pero pudo ver muy poco a causa de la niebla.

Nerviosos por la tensión y la falta de sueño, el grupo emprendió de nuevo el camino a sur, manteniéndose tan a cubierto como era posible.

La ciudad empezó a hacerse lentamente visible; Reith localizó el muelle donde había descargado el *Vargaz* ¡parecía que hacía tanto tiempo! Siguió la carretera que conducía al norte, más allá del espaciopuerto. Desde las alturas la ciudad parecía tranquila, carente de vida; las negras torres de los Hombres-Wannek daban la impresión de colgar sobre el agua. En el espaciopuerto podían divisarse cinco naves espaciales.

Al mediodía el grupo alcanzó la cresta que dominaba la ciudad. Reith sacó de nuevo el sondoscopio y estudió con el mayor cuidado el espaciopuerto, que ahora se encontraba directamente bajo ellos. A la izquierda estaban los talleres de reparaciones, y cerca de ellos una enorme nave de carga en un evidente estado de reconstrucción, encajada en un andamiaje, con parte del costillar al aire y rodeada de elementos de su propia maquinaria. Otra nave, en un rincón del campo, parecía ser un cascarón vacío y abandonado. Las condiciones de los otros tres aparatos no eran evidentes, pero los Lokhar declararon que parecían todos operativos.

—Es un asunto de rutina —dijo Zorofim—. Cuando una nave debe someterse a reparaciones, es trasladada cerca de los talleres. Las naves en tránsito son aparcadas más lejos, en la Zona de Carga.

—Entonces parece que hay tres naves potencialmente aptas para nuestros propósitos.

Los Lokhar no eran tan categóricos.

—A veces algunas reparaciones pequeñas se realizan en la Zona de Carga —dijo Belje.

—Observa el furgón de reparaciones junto a la rampa de acceso —dijo Thadzei—. Lleva componentes y cajas que seguramente pertenecen a una de las tres naves de la Zona de Carga.

Se trataba de dos pequeñas naves de transporte de mercancías y una de pasajeros. Los Lokhar se inclinaban por las naves de carga, con las que se sentían más familiarizados. En cuanto a la nave de pasajeros, que Reith consideraba la más adecuada, los Lokhar se mostraron en desacuerdo: Zorofim y Thadzei declararon que era una nave estándar con un casco especializado; Jag Jaganig y Belje estaban igualmente seguros de que se trataba o bien de un nuevo diseño o de una elaborada modificación, y que en cualquiera de los dos casos iba a presentar a buen seguro dificultades.

Durante todo el día el grupo estudió el espaciopuerto, observando la actividad en los talleres y el tráfico a lo largo de la carretera. A media tarde un negro vehículo aéreo planeó y aterrizó al lado de la nave de pasajeros, que ahora quedó parcialmente fuera de la vista, pero al parecer se produjo alguna transferencia entre la nave y el vehículo aéreo. Un poco más tarde unos mecánicos Lokhar llevaron una caja de tubos de energía a la nave, lo cual según Zarfo era una señal segura de que el aparato estaba preparándose para partir.

El sol se hundió hacia el océano. Los hombres guardaron silencio, estudiando las naves que, a menos de medio kilómetro de distancia, parecían tentadoramente accesibles. Sin embargo, la cuestión estaba aún en pie: ¿Cuál de las tres naves en la Zona de Carga ofrecía el máximo de oportunidades de despegar con éxito? El consenso favoreció a las naves de carga: solamente Jag Jaganig se inclinó por la nave de pasajeros.

Los nervios de Reith estaban en tensión. Las siguientes horas iban a modelar su futuro, y había demasiadas variables que escapaban completamente de su control. Era extraño que las naves estuvieran tan descuidadamente custodiadas. Por otra parte, ¿quién había capaz de intentar el robo de una nave espacial? Probablemente nadie en los últimos mil años había intentado un acto parecido, si es que alguien lo había intentado alguna vez.

El crepúsculo se adueñó del paisaje; el grupo empezó a descender la ladera de la montaña. Algunos focos iluminaban el terreno junto a los almacenes, los talleres de reparaciones, el edificio de la parte de atrás de la Zona de Carga. El resto del campo permanecía sumido en una mayor o menor oscuridad, y las naves arrojaban largas sombras al otro lado de las luces.

Los hombres se arrastraron los últimos metros colina abajo, cruzaron una zona de oscuros charcos, y llegaron al límite del campo, donde aguardaron cinco minutos, observando y escuchando. Los almacenes no mostraban ninguna actividad; en los talleres seguían trabajando algunos hombres.

Reith, Zarfo y Thadzei se adelantaron para efectuar un reconocimiento. Agachados, corrieron hacia el casco abandonado, junto al que se ocultaron en las sombras.

De los talleres les llegaba el zumbido de maquinaria; desde la terminal, una voz llamó diciendo algo ininteligible. Los tres hombres aguardaron diez minutos. En la ciudad al otro lado del espaciopuerto empezaron a encenderse hileras de

luces; en el puerto las torres Wannek mostraron unos cuantos resplandores amarillentos.

Los talleres quedaron en silencio; los trabajadores aparecieron y se marcharon. Reith, Zarfo y Thadzei cruzaron el campo, manteniéndose en las alargadas sombras. Alcanzaron la primera de las pequeñas naves de carga y se detuvieron de nuevo para escuchar: no se produjo ningún sonido, ninguna alarma. Zarfo y Thadzei fueron a la compuerta de entrada, la abrieron y penetraron en la nave, mientras Reith montaba guardia fuera, con el corazón latiéndole alocadamente.

Pasaron diez interminables minutos. Del interior de la nave llegaban furtivos sonidos, y en una o dos ocasiones vio un destello de luz, que despertó en su interior el más intenso de los nerviosismos.

Finalmente, los dos Lokhar regresaron.

—No sirve —gruñó Zarfo—. No hay aire ni energía. Probemos la otra.

Cruzaron rápidamente las franjas de luz y sombra en dirección a la segunda nave de carga; como antes, Zarfo y Thadzei entraron mientras Reith se quedaba junto a la compuerta. Los Lokhar regresaron casi inmediatamente.

—En reparación —informó lúgubrementemente Zarfo—. De ahí salieron los componentes.

Se volvieron para contemplar la nave de pasajeros.

—No es un diseño estándar —gruñó Zarfo—. De todos modos, puede que los instrumentos y el manejo nos resulten familiares.

—Subamos y echemos una mirada —dijo Reith. Pero en aquel momento se encendió un foco al otro lado del campo. El primer pensamiento de Reith fue que habían sido descubiertos. Pero la luz avanzó hacia la nave de pasajeros, y apareció la baja forma de un vehículo moviéndose lentamente. El vehículo se detuvo al lado de la nave de pasajeros; de él descendió un cierto número de formas oscuras... Reith no pudo determinar cuántas. Entraron en la nave con un movimiento curiosamente brusco y pesado.

—Son Wannek —murmuró Zarfo—. Suben a bordo.

—Eso significa que la nave está lista para despegar —dijo Reith—. ¡Es una oportunidad que no podemos perdernos!

Zarfo agitó la cabeza.

—Una cosa es robar una nave vacía, otra apoderarse de ella con media

docena de Wannek dentro, y supongo que Hombres-Wannek también.

—¿Cómo sabes que hay Hombres-Wannek a bordo?

—Por las luces. Los Wannek proyectan pulsos de radiación y observan los reflejos.

A sus espaldas se produjo un débil ruido. Reith se dio la vuelta y encontró a Traz.

—Empezábamos a preocuparnos; hace mucho que os fuisteis.

—Vuelve atrás; trae a los otros. Si tenemos oportunidad, abordaremos la nave de pasajeros. Es la única disponible.

Traz desapareció en la oscuridad. Cinco minutos más tarde todo el grupo estaba reunido a la sombra de la nave de carga.

Transcurrió media hora. En la nave de pasajeros las formas se movían arriba y abajo por entre las luces, realizando actividades que estaban más allá de la comprensión de los nerviosos hombres. Murmuraron con voces roncas posibles líneas de acción. ¿Debían intentar asaltar la nave ahora? Casi seguro que iba a despegar de un momento a otro. Pero una acción así estaba irremediabilmente condenada al fracaso. El grupo decidió proseguir una línea de acción más conservadora, y regresar a las montañas para aguardar una ocasión más propicia. Cuando empezaban a retroceder, un cierto número de Wannek salieron de la nave y montaron en el vehículo, que abandonó el campo casi inmediatamente. Dentro de la nave seguían brillando luces. No se veía ninguna otra actividad.

—Vamos a echar un vistazo —dijo Reith. Cruzó corriendo el campo, seguido por los demás. Subieron la rampa de acceso, cruzaron la escotilla de entrada y se encontraron en la sala principal de la nave, que estaba desocupada.

—Todo el mundo a sus puestos —dijo Reith—. ¡Despegamos inmediatamente!

—Si podemos —gruñó Zorofim.

Traz gritó una advertencia; Reith se volvió a tiempo para ver a un solo Wannek que penetraba en la sala y les observaba con desconcertada desaprobación. Era una criatura negra algo más robusta que un hombre, con un torso masivo y una cabeza cuadrada en la que dos lentes negras, los ojos, palpitaban llameando a intervalos de medio segundo. Las piernas eran cortas; los pies palmeados; no llevaba armas ni nada parecido; de hecho no llevaba ropas ni correajes de ninguna clase. De un órgano sónico en la base del cráneo brotaron

cuatro carillones reverberantes que, teniendo en cuenta las circunstancias, sonaron comedidos y poco excitados. Reith dio un paso adelante y señaló un asiento para indicarle que debía sentarse allí. El Wannek permaneció de pie inmóvil, contemplando a los Lokhar que se habían diseminado en varias direcciones, comprobando motores, energía, provisiones, oxígeno. Finalmente el Wannek pareció comprender lo que estaba ocurriendo. Dio un paso hacia la compuerta de salida, pero Reith le cortó el camino y señaló de nuevo el asiento. El Wannek se inmovilizó ante él, enorme, las lentes de sus ojos destellando. El carillón sonó de nuevo, más perentorio esta vez.

Zarfo regresó a la sala.

—La nave está en buen orden. Pero es un modelo no familiar, como me temía.

—¿Podemos hacer que despegue?

—Tendremos que asegurarnos primero de lo que estamos haciendo. Puede que necesitemos algunos minutos, o quizá algunas horas.

—Entonces no podemos dejar marchar al Wannek.

—Lo cual es un fastidio —dijo Zarfo.

El Wannek intentó seguir avanzando; Reith lo empujó hacia atrás y extrajo su pistola. El Wannek emitió un fuerte carillón. Zarfo respondió con un sonido gorjeante. El Wannek retrocedió.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Reith.

—Me he limitado a emitir el sonido correspondiente a «peligro». Parece haberlo comprendido perfectamente.

—Me gustaría que se sentara; me pone nervioso de pie ahí.

—Los Wannek no se sientan casi nunca —dijo Zarfo, y se dirigió a cerrar la compuerta de entrada.

Pasó el tiempo. Desde varios lugares de la nave llegaban llamadas y exclamaciones de los Lokhar. A una seña de Reith, Traz se dirigió al domo de observación y observó el campo. El Wannek permanecía estólidamente de pie, al parecer sin saber qué decisión tomar.

La nave se estremeció; las luces parpadearon, se hicieron más débiles, volvieron a brillar. Zarfo se asomó a la sala.

—Hemos conseguido poner en marcha los motores. Ahora, si Thadzei puede desentrañar la configuración de los controles...

—El furgón de antes está volviendo —dijo Traz desde arriba—. Acaban de encender los focos para iluminar el campo.

Thadzei atravesó corriendo la sala, saltó a la consola de control. Miró a un lado y a otro, mientras Zarfo permanecía a su lado urgiéndole a que se apresurara. Reith dejó a Anacho custodiando al Wannek y se reunió con Traz en el domo de observación. El vehículo estaba frenando para detenerse al lado de la nave.

Zarfo señaló aquí y allá en el panel de control; Thadzei asintió dubitativo, dio un poco de presión. La nave se estremeció y osciló; Reith sintió la aceleración bajo sus pies. ¡Estaban partiendo de Tschai! Thadzei hizo algunos ajustes; la nave se inclinó de proa. Reith buscó un asidero; el Wannek perdió el equilibrio y cayó en el asiento, donde se quedó inmóvil. Desde todos lados de la nave llegaron las maldiciones de los Lokhar.

Reith se dirigió al puente y se detuvo al lado de Thadzei, que manejaba desesperado los controles, probando primero esto, luego aquello.

—¿No hay ningún piloto automático? —preguntó Reith.

—Tiene que haberlo en algún lugar. No encuentro el embrague. Ésos no son controles estándar, en absoluto.

—¿Sabes lo que estás haciendo?

—No.

Reith bajó la vista a la oscura superficie de Tschai.

—Mientras estemos yendo hacia arriba y no hacia abajo, todo va bien.

—Si dispusiera de una hora, de una sola hora —gimió Thadzei—. Podría rastrear los circuitos.

Jag Jaganig entró en la sala para lanzar una airada protesta. Thadzei, sin volverse, gruñó:

—¡Estoy haciendo todo lo que puedo!

—¡No es suficiente! ¡Vamos a estrellarnos!

—Todavía no —dijo Thadzei hoscamente—. Veo una palanca que aún no he probado. —Tiró de la palanca; la nave se deslizó alarmanamente de costado y se lanzó a gran velocidad hacia el este. Los Lokhar volvieron a lanzar gritos angustiados. Thadzei devolvió la palanca a su posición original. La nave se inmovilizó en una temblorosa estasis. Thadzei lanzó un gran suspiro y miró a todos lados en el panel.

—¡Nunca he visto ninguno como éste! Reith observó a través de la portilla pero no vio nada excepto oscuridad. Zarfo dijo con voz tranquila:

—Nuestra altitud no llega a los trescientos metros... Ahora es de doscientos ochenta...

Thadzei se afanó desesperadamente en los controles. La nave se inclinó de nuevo y voló hacia el este.

—¡Arriba, arriba! —exclamó Zarfo—. ¡Estamos perdiendo altura!

Thadzei hizo que la nave se detuviera de nuevo en el aire.

—Bien, entonces este interruptor debe activar seguramente los repulsores. — Lo accionó. De popa les llegó un siniestro crujido, una explosión ahogada. Los Lokhar gimieron lúgubrementemente. Zarfo siguió leyendo el altímetro:

—Ciento cincuenta... Ciento veinte... Cien... Cincuenta... Veinticinco...

Contacto: un chapoteo, un cabeceo y una oscilación, luego silencio. La nave estaba a flote, aparentemente sin haber sufrido daños, en una desconocida masa de agua. ¿El Parapán? ¿El Schanizade? Reith alzó las manos en fatalista desesperación. De nuevo en Tschai.

Saltó de vuelta a la sala principal. El Wannek permanecía inmóvil como una estatua. Fuera cuales fuesen sus emociones, no evidenciaba ninguna.

Reith se dirigió a la sala de motores, donde Jag Jaganig y Belje contemplaban desconsoladamente un panel medio fundido.

—Una sobrecarga —dijo Belje—. Seguro que los circuitos y las conexiones se han fundido.

—¿Podemos repararlo?

Belje dejó escapar un lúgubre sonido.

—Si hay repuestos y herramientas a bordo.

—Si nos dejan tiempo —dijo Jag Jaganig.

Reith regresó al salón principal. Se dejó caer en un asiento y miró torvamente al Wannek. El plan había tenido éxito... casi. Se reclinó en el asiento, abrumado por la fatiga. Los demás debían estar sintiendo lo mismo. No servía de nada intentar seguir adelante sin descansar antes un poco. Se puso en pie, reunió al grupo. Se estableció una guardia de dos hombres; los demás se dejaron caer en los distintos asientos para dormir un poco del mejor modo posible.

Pasó la noche. Az cruzó el cielo, seguida por Braz. El amanecer reveló una

plácida extensión que Zarfo identificó como el lago Falas.

—¿Y nunca ha servido para un propósito más útil!

Reith se dirigió a la parte más alta del casco y desde allí escrutó el horizonte con su sondoscopio. La brumosa agua se extendía al sur, este y oeste. Hacia el norte se divisaba una baja orilla hacia la que derivaba lentamente la nave, impulsada por una suave brisa del sur. Reith volvió a entrar en la nave. Los Lokhar habían desprendido un panel y estaban discutiendo los daños sin demasiado entusiasmo. Sus actitudes le dieron a Reith toda la información que necesitaba.

En el salón principal encontró a Anacho y Traz mordisqueando unas esferas de pasta negra encajadas en una especie de anillo de costra blanca que habían tomado de una alacena. Reith ofreció una de las esferas al Wannek, que no le prestó la menor atención. Reith comió una de las esferas, descubriendo que tenía un sabor muy parecido al queso. Zarfo se le unió al cabo de poco y confirmó lo que Reith ya había supuesto.

—Es imposible efectuar reparaciones. Toda una bancada de cristales ha quedado destruida. No hay repuestos a bordo.

Reith asintió tristemente.

—Lo que imaginé.

—¿Y ahora qué? —preguntó Zarfo.

—Tan pronto como el viento nos haya llevado a la orilla, desembarcaremos y regresaremos a Ao Hidis para intentarlo de nuevo.

Zarfo no pudo reprimir un gruñido.

—¿Y el Wannek?

—Tendremos que dejarle que siga su propio camino. Por supuesto, no tengo intención de asesinarle.

—Un error —resopló Anacho—. Lo mejor sería matar a la repulsiva bestia.

—Para tu información —dijo Zarfo—, la principal ciudadela Wannek, Ao Khaha, se halla situada en el lago Falas. No creo que esté muy lejos.

Reith volvió a salir a proa. La vegetación que poblaba la orilla estaba a menos de un kilómetro de distancia; más allá había terreno pantanoso. Tomar tierra en aquel lugar podía ser altamente embarazoso, y Reith se alegró de ver que el viento, cambiando de dirección, parecía estar empujando lentamente la nave hacia el oeste, quizá ayudada por una suave corriente. Siguiendo la línea de

la orilla con el sondascopio, Reith pudo distinguir un conjunto de irregulares promontorios a lo lejos, al oeste.

Desde atrás le llegó el sonido de unos gritos, seguido por el golpetear de pesados pasos. El Wannek salió de la nave, seguido por Anacho y Traz. El Wannek clavó la vista en Reith durante medio segundo, el tiempo suficiente para que su parpadeante visión registrara una imagen, luego se volvió en una lenta gradación para mirar el horizonte a su alrededor. Antes de que Reith pudiera impedirlo —caso de que hubiera sido capaz de ello—, el Wannek echó a correr con su peculiar paso bamboleante hasta el borde de la nave y se hundió en el agua. Reith tuvo un atisbo del mojado pelaje de su espalda, luego la criatura se sumergió en las profundidades.

Reith escrutó la superficie durante un cierto tiempo, pero no volvió a ver ni rastro del Wannek. Una hora más tarde, al comprobar el avance de la nave, giró de nuevo el sondascopio hacia la orilla occidental. Con un helado desánimo comprobó que las formas que al principio había tomado por prominencias del terreno eran las negras torres de una extensa ciudad fortaleza Wannek. Sin una palabra, Reith examinó los pantanos del norte con un nuevo interés nacido de la desesperación.

Penachos de blanca hierba brotaban como peludas verrugas de campos de negro lodo y aguas estancadas. Reith volvió abajo en busca de material para una balsa, pero no encontró nada. Los asientos estaban clavados a la estructura, y se hacían pedazos al intentar desmontarlos. No había ningún bote salvavidas a bordo. Reith regresó fuera y se preguntó cuál debía ser su próximo movimiento. Los Lokhar se le unieron: desconsoladas figuras en sus túnicas color trigo, con sus rudos rostros negros y sus cabellos blancos agitados por el viento.

—¿Conoces ese lugar de ahí delante? —preguntó Reith a Zarfo.

—Tiene que ser Ao Khaha.

—Si nos atrapan, ¿qué podemos esperar?

—La muerte.

Transcurrió la mañana; el sol, al ascender hacia el cenit, disolvió la niebla que cubría el horizonte, y las torres de Ao Khaha pudieron verse con toda claridad.

La nave había sido descubierta. En el agua junto a la ciudad apareció una

barcaza, que empezó a moverse dejando tras ella una cinta de espuma blanca. Reith la estudió con el sondascopio. Había Hombres-Wannek en cubierta, quizá una docena, curiosamente parecidos entre sí: hombres esbeltos con pieles mortalmente pálidas y rostros saturninos o, en algunos casos, ascéticos. Reith consideró la posibilidad de oponer resistencia: ¿quizá un desesperado intento de apoderarse de la barcaza? Decidió que era mejor no intentarlo. Casi seguro que no funcionaría.

Los Hombres-Wannek treparon a la nave. Ignorando a Reith, Traz y Anacho, se dirigieron a los Lokhar.

—Todos a la barcaza. ¿Lleváis armas?

—No —gruñó Zarfo.

—Rápido pues. —Entonces vieron a Anacho—. ¿Qué es esto? ¿Un Hombre-Dirdir? —Y lanzaron risitas de suave sorpresa. Inspeccionaron a Reith—. ¿Y de qué tipo es ése? ¡Una variada tripulación, sin duda! ¡Está bien, todo el mundo a la barcaza!

Los Lokhar fueron los primeros, con los hombros hundidos, sabiendo lo que les esperaba. Reith, Traz y Anacho les siguieron.

—¡Todos! De pie en cubierta, junto la borda, en fila. De espaldas. —Y los Hombres-Wannek sacaron sus armas.

Los Lokhar empezaron a obedecer. Reith no había esperado una carnicería así. Furioso por no haber ofrecido resistencia desde un principio, exclamó:

—¿Debemos dejar que nos maten tan fácilmente? ¡Luchemos!

Los Hombres-Wannek lanzaron una seca orden:

—¡Rápido, a menos que queráis que sea peor! ¡Todos junto a la borda!

El agua cerca de la barcaza pareció hervir. Una figura negra flotó relajadamente en la superficie y lanzó cuatro sonoros carillones. Los Hombres-Wannek se pusieron rígidos; sus rostros reflejaron una irritada decepción. Hicieron un gesto con la mano a sus cautivos.

—Está bien, media vuelta todos: id a las cabinas.

La barcaza regresó a la gran fortaleza negra, con los Hombres-Wannek murmurando entre sí. Pasó junto a un rompeolas, se unió magnéticamente a un muelle. Los prisioneros fueron llevados a tierra firme y, cruzando un portal, penetraron en Ao Khaha.

15

Superficies de negro cristal, paredes desnudas y zonas de cemento negro, ángulos, bloques, masas: una negación absoluta de toda forma orgánica. Reith se preguntó qué significaba realmente aquella arquitectura; parecía notablemente abstracta y severa. Los cautivos fueron llevados a una corta calle sin salida, cerrada en tres de sus lados con cemento negro.

—¡Alto! ¡Quedaos aquí! —llegó la orden. Los prisioneros, sin otra elección, se detuvieron y se situaron en una desanimada línea.

—Tenéis agua en esa espita. Evacuad en ese canal. No hagáis ningún ruido ni molestéis. —Los Hombres-Wannek se marcharon, dejando a los prisioneros sin ninguna custodia.

—¡Ni siquiera nos han registrado! —exclamó Reith con voz maravillada—. Todavía tengo mis armas.

—El portal no está lejos —dijo Traz—. ¿Por qué tenemos que aguardar aquí a que nos maten?

—Nunca alcanzaremos el portal —gruñó Zarfo.

—¿De modo que tenemos que quedarnos aquí como ganado dócil?

—Eso es lo que pienso hacer —dijo Belje, lanzando una amarga mirada a Reith—. Nunca volveré a ver Smargash, pero si me quedo quieto puede que salve la vida.

Zorofim lanzó una brusca carcajada.

—¿En las minas?

—Sólo he oído rumores acerca de las minas.

—Cuando un hombre va bajo tierra, no vuelve a salir a la superficie. Hay emboscadas y terribles trucos de los Pnume y de los Pnumekin. Si no somos ejecutados inmediatamente, iremos a las minas.

—¡Todo por la avaricia y la loca estupidez! —se lamentó Belje—. ¡Adam

Reith, tienes que responder de muchas cosas!

—Tranquilo, cobarde —dijo Zarfo sin acalorarse—. Nadie te obligó a venir. La culpa es exclusivamente nuestra. Deberíamos disculparnos ante Reith; él confió en nuestro conocimiento; le hemos demostrado nuestra ineptitud.

—Todos nosotros hicimos lo que pudimos —dijo Reith—. La operación era arriesgada; fracasamos; es tan simple como eso... En cuanto a intentar escapar de aquí... no puedo creer que nos hayan dejado solos, sin vigilancia, libres para marcharnos cuando queramos.

Jag Jaganig lanzó una triste risita.

—No estés demasiado seguro de todo eso; piensa que para los Hombres-Wannek no somos más que animales.

Reith se volvió hacia Traz, cuya percepción, a veces, lo maravillaba.

—¿Serías capaz de hallar el camino de vuelta al portal?

—No lo sé. No directamente. Había demasiadas vueltas. Los edificios me confunden.

—Entonces será mejor que nos quedemos aquí... Hay una remota posibilidad de que podamos salirnos con bien de esta situación.

Transcurrió la tarde, luego la larga noche, con Az y Braz creando fantasías de formas y sombras. Cuando llegó la helada mañana, amargados, con las articulaciones rígidas y hambrientos, y cada vez más inquietos ante la desatención de sus captores, incluso los más temerosos de los Lokhar empezaron a atisbar fuera del recinto que formaba la corta calle cegada y especulando sobre la situación del portal que se abría en algún lugar del negro muro de cristal.

Reith volvió a aconsejar paciencia.

—Nunca lo conseguiremos. La única esperanza que nos queda es que la decisión de los Wannek sea leve para nosotros.

—¿Por qué tendría que ser leve? —se burló Thadzei—. Su justicia es directa: la misma justicia que utilizamos nosotros contra los animales dañinos.

Jag Jaganig no se sentía menos pesimista.

—Nunca veremos a los Wannek. ¿Por qué crees que mantienen a los Hombres-Wannek, si no es para que hagan de enlaces entre ellos y Tschai?

—Veremos —dijo Reith.

Transcurrió la mañana. Los Lokhar permanecían lánguidamente recostados contra una pared. Traz, como siempre, mantenía su ecuanimidad. Contemplando

al joven, Reith no pudo por menos que preguntarse acerca de la fuente de su fortaleza. ¿Un carácter innato? ¿Fatalismo? ¿Seguía modelando aún su alma la personalidad del Onmale, el emblema que había perdido hacía tanto tiempo?

Pero había otros problemas más inmediatos.

—Este retraso no puede ser accidental —confió Reith a Anacho—. Tiene que existir una razón. ¿Están intentando desmoralizarnos?

Anacho, tan alicaído como los demás, dijo:

—Hay otras formas mucho mejores que ésta.

—¿Acaso están esperando a que ocurra algo? ¿Qué?

Anacho no pudo proporcionar ninguna respuesta.

A última hora de la tarde aparecieron tres Hombres-Wannek. Uno de ellos, que llevaba espinilleras plateadas y un medallón de plata colgando de una cadena en torno a su cuello, parecía una persona importante. Examinó al grupo con las cejas alzadas en una mezcla de desagrado y regocijo, como si se hallara ante una pandilla de chicos traviesos.

—Bien —dijo enérgicamente—, ¿quién de vosotros es el líder de este grupo?

Reith avanzó unos pasos con toda la dignidad que pudo reunir.

—Yo.

—¿Tú? ¿No uno de los Lokhar? ¿Qué esperabas conseguir?

—¿Puedo preguntarte primero quién juzga nuestro delito? —quiso saber Reith.

El Hombre-Wannek fue tomado por sorpresa.

—¿Juzgar? ¿Qué necesita ser juzgado? Lo único que queda por saber aquí, y su interés es relativo, es vuestros motivos.

—Lamento no estar de acuerdo contigo —dijo Reith con un tono razonable—. Nuestra transgresión fue un simple hurto; solamente por puro accidente nos llevamos a un Wannek con nosotros.

—¡Un Wannek! ¿No te das cuenta de su identidad? No, por supuesto que no. Es un sabio del más alto nivel, un Maestro Original.

—¿Y quiere saber por qué tomamos su nave espacial?

—¿Y qué si así fuera? Eso no os concierne. Lo único que tenéis que hacer es transmitir la información a través mío; ésa es mi función.

—Me encantará hacerlo, pero en su presencia, y espero que en un entorno algo más apropiado que este callejón.

—Zff, tienes sangre fría. ¿Respondes al nombre de Adam Reith?

—Soy Adam Reith.

—¿Y visitaste recientemente Settra, en Cath, donde te asociaste con los llamados «Anhelantes Refluxivos»?

—Tu información es inexacta.

—Puede que lo sea; lo que queremos saber son tus razones para robar una nave espacial.

—Limítate a estar cerca cuando se lo comunique al Maestro Original. El asunto es complejo, y estoy seguro que querrá hacer preguntas que no pueden responderse de una forma casual.

El Hombre-Wannek se dio la vuelta, disgustado.

—Tienes sangre fría, realmente —murmuró Zarfo—. ¿Pero qué vas a ganar hablando con el Wannek?

—No lo sé. Pero vale la pena intentarlo. Sospecho que los Hombres-Wannek informan solamente de lo que interesa a sus propósitos.

—Eso lo sabe todo el mundo excepto los Wannek.

—¿Cómo es posible? ¿Tan inocentes son? ¿O tan remotos?

—Ninguna de las dos cosas. No tienen otras fuentes de información. Los Hombres-Wannek se aseguran muy bien de que la situación se mantenga de esta forma. Los Wannek sienten escaso interés en los asuntos de Tschai; están aquí solamente para contrarrestar la amenaza Dirdir.

—Bah —dijo Anacho—. La «amenaza Dirdir» es un mito; los Expansionistas desaparecieron hace miles de años.

—Entonces, ¿por qué los Wannek siguen teniéndoles miedo a los Dirdir? —preguntó Zarfo.

—Desconfianza mutua; ¿qué otra cosa puede ser?

—Antipatía natural. Los Dirdir son una raza insufrible.

Anacho se alejó con un bufido. Zarfo se echó a reír. Reith agitó la cabeza en suave desaprobación.

—Sigue mi consejo, Adam Reith —dijo entonces Zarfo—: no te pongas en contra de los Hombres-Wannek, porque solamente podrás vencer a través de ellos. Congrátate con ellos, lisonjéales, dobla el espinazo... y al menos no los tendrás contra ti.

—No soy tan orgulloso como para no doblar el espinazo —dijo Reith—, si

eso me sirviera de algo... lo cual no es el caso. Y se me han ocurrido una o dos ideas que pueden ayudarnos, si tenemos la oportunidad de hablar con los Wannek.

—No derrotarás a los Hombres-Wannek de ese modo —murmuró sombrío Zarfo—. Le dirán a los Wannek solamente lo que crean conveniente, y tú nunca sabrás la diferencia.

—Lo que me gustaría hacer —dijo Reith— es crear una situación en la que solamente la verdad tuviera sentido, en la que cualquier otra afirmación fuera una falsedad obvia.

Zarfo agitó la cabeza desconcertado y se dirigió a la espita para beber. Reith recordó que nadie en el grupo había comido nada desde hacía casi dos días; no era extraño que se mostraran apáticos e irritables.

Aparecieron tres Hombres-Wannek. El oficial que había hablado antes con Reith no estaba entre ellos.

—Venid con nosotros. Vamos, moveos; formad una hilera.

—¿Adonde vamos? —preguntó Reith, pero no recibió ninguna respuesta.

El grupo caminó durante cinco minutos, atravesando calles que formaban extraños ángulos e irregulares plazas, pasando junto a inesperados salientes y ocasionales sitios despejados, por profundas sombras y bajo el débil brillo de Carina 4269. Entraron en la planta baja de una torre, entraron en un ascensor que los llevó hacia arriba unos treinta metros y se abrió a una gran sala octogonal.

La estancia estaba en penumbra; un gran panel lenticular en el techo contenía agua; las pequeñas olas formadas por el viento modulaban la luz del cielo y la enviaban danzando por toda la sala. Había un sonido tembloroso apenas audible, como suspirantes acordes y complejas disonancias; un sonido que era algo más y algo menos que música. Las paredes estaban manchadas y descoloridas, un hecho que Reith encontró peculiar, hasta que al examinarlas desde más cerca reconoció ideogramas Wannek, inmensos e intrincadamente detallados, uno en cada pared. Cada ideograma, pensó Reith, representaba un carillón; cada carillón era el equivalente sónico de una imagen visual. Esto, reflexionó Reith, eran pinturas altamente abstractas.

La sala estaba vacía. El grupo aguardó en silencio mientras los casi inaudibles acordes derivaban entrando y saliendo de sus consciencias, y la ambarina luz del sol, refractada y rota en estremecimientos, inundaba la estancia.

Reith oyó a Traz jadear sorprendido: una extraña reacción en él. Se volvió. Traz señaló:

—¡Mira ahí!

De pie en una especie de nicho estaba Helsse, con la cabeza inclinada en una actitud de meditativa ensoñación. Sus ropas eran nuevas y extrañas. Llevaba el negro atuendo de los Hombres-Wannek; su pelo estaba cortado muy corto; parecía una persona a mundos de distancia del suave joven que Reith había conocido en el Palacio del Jade Azul. Reith miró a Zarfo.

—¡Me dijiste que estaba muerto!

—¡Así me lo pareció! Lo depositamos en la cámara de los muertos, y a la mañana siguiente ya no estaba. Imaginamos que las jaurías de la noche habían acudido a por él.

—¡Helsse! —llamó Reith—. ¡Aquí! ¡Soy Adam Reith!

Helsse volvió la cabeza, lo miró, y Reith se preguntó cómo había podido tomar alguna vez a Helsse por otra cosa que no fuera un Hombre-Wannek. Helsse avanzó lentamente, cruzando la estancia, con una semisonrisa en su rostro.

—He aquí el triste resultado de tus hazañas.

—La situación es más bien desmoralizadora —admitió Reith—. ¿Puedes ayudarnos?

Helsse alzó las cejas.

—¿Por qué debería hacerlo? Te encuentro personalmente ofensivo, sin humildad ni elegancia. Me sometiste a un centenar de indignidades; tu tendencia al «culto» es repulsiva; el robo de la nave espacial con un Original a bordo hace tu petición absurda.

Reith lo estudió unos instantes.

—¿Puedo preguntarte por qué estás aquí?

—Por supuesto. Para proporcionar información acerca de ti y tus actividades.

Reith digirió la respuesta.

—¿Tan importantes somos?

—Así parece —dijo Helsse, indiferente.

Cuatro Wannek entraron en la estancia y se detuvieron de pie junto a la pared del fondo: cuatro enormes sombras negras. Helsse se envaró; los otros Hombres-Wannek guardaron silencio. Era evidente, pensó Reith, que fuera cual fuese la

actitud de los Hombres-Wannek con respecto a los Wannek, esa actitud comportaba una gran dosis de respeto.

Los prisioneros fueron empujados hacia delante, y se alinearon frente a los Wannek. Pasó un minuto, durante el cual no ocurrió nada. Luego los Wannek intercambiaron carillones; suaves sonidos ahogados a intervalos de medio segundo, aparentemente ininteligibles para los Hombres-Wannek. Siguió otro silencio, luego los Wannek se dirigieron a los Hombres-Wannek, produciendo triadas de tres rápidas notas, como vibraciones de xilófono, en lo que parecía ser un uso simplificado o elemental de su lenguaje.

El más viejo de los Hombres-Wannek dio un paso adelante, escuchó, se volvió hacia los prisioneros.

—¿Quién de vosotros es el jefe de los piratas?

—Ninguno de nosotros —dijo Reith—. No somos piratas.

Uno de los Wannek emitió carillones interrogativos. Reith creyó reconocer al Maestro Original. El Hombre-Wannek, algo a regañadientes, sacó un pequeño instrumento provisto de teclas, que manipuló con sorprendente destreza.

—Dile también que lamentamos los trastornos que le hemos causado —indicó Reith—. Las circunstancias nos obligaron a llevarlo con nosotros.

—No estás aquí para discutir —dijo el Hombre-Wannek—, sino para proporcionar información, tras lo cual se seguirá con el procedimiento habitual.

El Maestro emitió nuevos carillones, y recibió su respuesta. Reith preguntó:

—¿Qué está diciendo, y qué le has contado tú?

—Habla solamente cuando se te pregunte directamente —dijo el Hombre-Wannek.

Helsse avanzó unos pasos y, sacando su propio instrumento, produjo una serie de carillones durante largo rato. Reith empezó a sentirse intranquilo y frustrado. Los acontecimientos estaban yendo demasiado más allá de su control.

—¿Qué está diciendo Helsse?

—Silencio.

—Al menos informa al Wannek que tenemos una alegación que deseamos presentar.

—Serás convenientemente notificado si resulta necesario que testifiques. La audiencia ya está terminando.

—¡Pero no se nos ha dado ninguna oportunidad de hablar!

—¡Silencio! ¡Tu persistencia es ofensiva!

Reith se volvió a Zarfo.

—¡Dile algo al Wannek! ¡Cualquier cosa!

Zarfo hinchó las mejillas. Señalando al Hombre-Wannek, emitió una serie de sonidos pipiantes. El Hombre-Wannek dijo severamente:

—Calla; estás interrumpiendo.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Reith.

—He dicho: «Falso, falso, falso». Es todo lo que sé.

El Maestro emitió unos carillones, señalando a Reith y Zarfo. El Hombre-Wannek, visiblemente exasperado, dijo:

—El Wannek quiere saber dónde planeabais cometer vuestras piraterías o, mejor dicho, dónde planeabais llevar la nave espacial.

—No estás traduciendo correctamente —protestó Reith—. ¿No le has dicho que no somos piratas?

Zarfo emitió nuevamente los sonidos de «¡Falso, falso, falso!»

—Sois obviamente piratas, o lunáticos —dijo el Hombre-Wannek.

Volviéndose al Wannek, manejó su instrumento, interpretando a su modo, Reith estaba seguro de ello, lo que se acababa de decir. Reith se volvió a Helsse.

—¿Qué le está diciendo? ¿Qué no somos piratas?

Helsse lo ignoró.

De pronto Zarfo se echó a reír a carcajadas, ante la sorpresa de todos. Murmuró al oído de Reith:

—¿Recuerdas al curandero Dugbo? Apriétale a Helsse la nariz.

Reith dijo:

—Helsse.

Helsse volvió hacia él una austera mirada. Reith dio un paso adelante, le dio un fuerte apretón a su nariz. Helsse pareció ponerse rígido.

—Dile al Wannek que soy un hombre de la Tierra, el mundo originario de la humanidad —dijo Reith—. Que tomé la nave espacial con la intención de regresar a casa.

Como si fuera un muñeco de madera, Helsse produjo una serie de trinos en su instrumento. Los otros Hombres-Wannek se mostraron instantáneamente agitados... prueba suficiente de que Helsse había traducido correctamente. Empezaron a protestar, a avanzar, a ahogar los carillones de Helsse, sólo para ser

cortados en seco por un gran sonido aullante del Maestro.

Helsse prosiguió y acabó.

—Dile además —indicó Reith— que los Hombres-Wannek falsificaron lo que yo dije, que hacen eso constantemente para conseguir sus fines particulares.

Helsse volvió a manejar su instrumento. Los otros Hombres-Wannek empezaron de nuevo una gran serie de protestas, y otra vez fueron rechazados.

Reith se sentía cada vez más lanzado. Decidió airear una de sus suposiciones, saltando atrevidamente a lo desconocido:

—Dile que los Hombres-Wannek destruyeron mi nave espacial, matando a todos los que iban a bordo excepto a mí. Dile que nuestra misión era inocente, que acudimos a investigar unas señales de radio emitidas desde este planeta hace ciento cincuenta años de Tschai. Por aquel entonces los Hombres-Wannek destruyeron las ciudades de Settra y Ballisidre, desde donde habían sido emitidas las señales, con grandes pérdidas de vidas, y todo por la misma razón: para impedir una situación nueva que pudiera alterar el equilibrio Wannek-Dirdir.

El instantáneo rugir entre los Hombres-Wannek convenció a Reith de que sus acusaciones habían dado en la diana. Fueron silenciados de nuevo. Helsse manejó su instrumento con el aire de un hombre alucinado por sus propias acciones.

—Dile —prosiguió Reith— que los Hombres-Wannek han estado distorsionando sistemáticamente la verdad. Indudablemente han estado prolongando la guerra contra los Dirdir. Que recuerden que, si la guerra terminaba, los Wannek regresarían a su planeta natal, y entonces los Hombres-Wannek serían abandonados a sus propios recursos.

Helsse, con el rostro convertido en una máscara gris, luchó por dejar caer el instrumento, pero sus dedos se negaron a obedecerle. Siguió manejándolo. Los otros Hombres-Wannek permanecían inmóviles en un silencio mortal. Aquélla era la acusación más reveladora de todas. El Hombre-Wannek más anciano gritó:

—¡La entrevista ha terminado! ¡Prisioneros, formad en línea! ¡Fuera!

—Pide al Wannek que ordene que todos los otros Hombres-Wannek se marchen —le dijo Reith a Helsse—, para que podamos seguir comunicándonos sin ninguna interrupción.

El rostro de Helsse se crispó; el sudor empapaba su rostro.

—Traduce mi mensaje —dijo Reith.

Helsse obedeció.

Un completo silencio se adueñó de la estancia, con los Hombres-Wannek mirando aprensivamente a los Wannek.

El Maestro emitió dos carillones.

Los Hombres-Wannek murmuraron entre sí. Llegaron a una terrible decisión. Extrajeron sus armas y se volvieron, no hacia los prisioneros, sino hacia los cuatro Wannek. Reith y Traz saltaron sobre ellos, seguidos por los Lokhar. Las armas fueron arrebatadas.

El Maestro emitió dos suaves carillones.

Helsse escuchó, luego se volvió lentamente hacia Reith.

—Ordena que me entregues el arma que tienes en tus manos.

Reith le pasó el arma. Helsse se volvió hacia los otros tres Hombres-Wannek, pulsó el disparador. Los tres hombres cayeron muertos, con las cabezas destrozadas.

Los Wannek permanecieron unos instantes en silencio, evaluando la situación. Luego se marcharon de la estancia. Los hasta entonces prisioneros quedaron allí con Helsse y los cadáveres. Reith tomó el arma de los fríos dedos de Helsse antes de que éste pensara en usarla de nuevo.

La estancia empezó a oscurecerse con la llegada del anochecer. Reith estudió a Helsse, preguntándose cuánto tiempo persistiría aún el estado hipnótico. Finalmente dijo:

—Llévanos fuera de aquí.

—Venid.

Helsse llevó el grupo a través de la ciudad negra y gris, y finalmente a una pequeña puerta de acero. Helsse tocó una manija; la puerta se abrió de par en par. Más allá, una arista de roca conducía a la oscuridad de las afueras de la ciudad Wannek.

El grupo cruzó la abertura al aire libre. Reith se volvió hacia Helsse.

—Diez minutos después de que toque tu hombro, vuelve a tu condición normal. No recordarás nada de lo que ha ocurrido durante la última hora. ¿Has comprendido?

—Sí.

Reith tocó a Helsse en el hombro; el grupo se apresuró a alejarse en el crepúsculo. Antes de que una prominencia rocosa los ocultara de su vista, Reith

miró hacia atrás. Helse permanecía inmóvil allá donde lo habían dejado, mirándoles con una expresión que hubiera jurado que era nostálgica.

16

El grupo se dejó caer agotado en mitad de un denso bosque, sintiendo que sus estómagos rugían de hambre. A la luz de las dos lunas, Traz buscó por entre la maleza hasta encontrar un grupo de plantas del peregrino, y todos comieron por primera vez en dos días. Algo reanimados, siguieron avanzando en medio de la noche, subiendo por una larga pendiente. En la parte superior del promontorio se volvieron hacia la lúgubre silueta de Ao Khaha iluminada por la luz de las lunas. Permanecieron unos momentos contemplándola, cada cual sumido en sus propios pensamientos, luego prosiguieron hacia el norte.

Por la mañana, tras un desayuno de setas asadas, Reith abrió su bolsa.

—La expedición ha sido un fracaso, pero eso no cambia las cosas. Como prometí, cada hombre recibirá otros cinco mil sequins. Tomadlos ahora, con mi gratitud por vuestra lealtad.

Zarfo aceptó delicadamente las resplandecientes monedas púrpuras y las sopesó.

—Ante todo soy un nombre honesto, y en consecuencia, puesto que ésta era la estructura del contrato, aceptaré el dinero.

—Permíteme hacerte una pregunta, Adam Reith —murmuró Jag Jaganig—. Dijiste a los Wannek que eras un hombre de un mundo lejano, la cuna del hombre. ¿Es eso correcto?

—Eso es lo que dije a los Wannek.

—¿Eres realmente ese hombre, procedente de ese lejano planeta?

—Sí. Aunque Anacho el Hombre-Dirdir ponga esa cara de palo al oírme.

—Cuéntenos algo de ese planeta.

Reith habló durante más de una hora, mientras sus camaradas permanecían

sentados en torno al fuego, mirando.

Finalmente, Anacho carraspeó.

—No dudo de tu sinceridad. Pero, como tú mismo dices, la historia de la Tierra es corta comparada con la historia de Tschai. Resulta obvio que, en un lejano pasado, los Dirdir visitaron la Tierra, y que dejaron allí una colonia de Hombres-Dirdir, de la cual descienden todos los terrestres.

—Hubiera podido probar lo contrario —dijo Reith— si nuestra aventura hubiera tenido éxito y todos nosotros hubiéramos viajado a la Tierra.

Anacho removió el fuego con una rama.

—Interesante... Los Dirdir, por supuesto, jamás venderían o cederían una nave espacial. Un robo como el perpetrado a los Wannek resultaría también imposible. Sin embargo... en los Talleres Astronáuticos del Gran Sivish puede adquirirse en estos momentos casi cualquier componente, comprándolo o a través de discretos arreglos. Solamente se necesitan sequins... una suma considerable, por supuesto.

—¿Cuánto? —preguntó Reith.

—Unos cien mil sequins harían maravillas.

—Sin duda. Pero en estos momentos apenas tengo una centésima parte de esa suma.

Zarfo le tendió sus cinco mil sequins.

—Aquí tienes esto. Me duele como la pérdida de una pierna. Pero que éstas sean las primeras monedas de la bolsa.

Reith le devolvió el dinero.

—Por el momento, no harían más que producir un ruido hueco.

Trece días más tarde el grupo bajó de los Infnets a Blalag, donde abordaron un carromato a motor y regresaron así a Smargash.

Durante tres días Reith, Anacho y Traz comieron, durmieron y observaron en la calle a los jóvenes y sus danzas.

Por la tarde del tercer día Zarfo se les unió en la taberna.

—Todo parece tranquilo como una balsa de aceite. ¿Sabéis las noticias?

—¿Qué noticias?

—En primer lugar, he adquirido una deliciosa propiedad en un meandro del

río Whisfer, con cinco hermosos keels, tres psillas y un asponistra, sin mencionar los tay-bayas. Allí pienso terminar plácidamente mis días... a menos que vuelvas a tentarme con otra loca aventura. En segundo lugar, esta mañana dos técnicos han vuelto a Smargash de Ao Hidis. ¡Flotan grandes cambios en el aire! Los Hombres-Wannek están abandonando las fortalezas; han sido echados, y ahora viven en chozas con los Negros y los Púrpuras. Parece que los Wannek ya no toleran su presencia.

Reith dejó escapar una risita.

—En Dadiche encontramos a una raza alienígena explotando a los hombres. En Ao Hidis encontramos a unos hombres explotando a una raza alienígena. Ambas condiciones han cambiado ahora. Anacho, ¿no te importaría verte liberado de tu enervante filosofía y convertirte en un hombre cuerdo?

—Quiero una demostración, no palabras. Llévame a la Tierra.

—Es difícil ir andando hasta allí.

—En los Talleres Astronáuticos del Gran Sivish hay una docena de botes espaciales que necesitan solamente ser comprados y montados.

—Sí, pero ¿dónde están los sequins para conseguirlo?

—No lo sé —dijo Anacho.

—Ni yo —dijo Traz.



JACK VANCE (28 de agosto de 1916 – 26 de mayo del 2009) fue un escritor norteamericano que cultivó la ciencia ficción, la fantasía e incluso la novela de misterio, usando en este último género distintos seudónimos (John Holbrook Vance [11 novelas], Ellery Queen [3 novelas] y uso en una única ocasión los siguientes: Alan Wade, Peter Held, John van See, y Jay Kavanse). Entre sus obras más destacadas se puede mencionar Los Príncipes Demonio y Alastor en el campo de la ciencia ficción, La Tierra moribunda en el de la fantasía y *The Man in the Cage* en el del misterio. Vance ganó el *World Fantasy Award for Life Achievement* (Premio Mundial de fantasía a la trayectoria vital) en 1984. *The Science Fiction and Fantasy Writers of America* le nombraron su 14º Gran Maestro en 1997 y el Salón de la Fama de la Ciencia Ficción le incluyó entre sus miembros en 2001. Entre los premios a obras individuales se incluyen: 3 Premios Hugo (en 1963 por Hombres y Dragones [*The Dragon Masters*], en 1970 por El último castillo [*The Last Castle*] y en 2010 por sus memorias *This is Me, Jack Vance!*), 1 Nebula (de nuevo por El último castillo), 1 Júpiter por Las diecisiete vírgenes y 1 Edgar (el equivalente al Nébulas en la categoría de misterio) por su debut en el género con *The Man in the Cage*.

El estilo de Jack Vance se caracteriza por la riqueza y la viveza de los

mundos por él imaginados. Otras constantes en su bibliografía son los viajes y los barcos (antes de establecerse como escritor profesional fue un competente miembro de la marina mercante; junto con las familias de sus amigos Frank Herbert y Poul Anderson construyeron un yate para navegar por el delta de Sacramento) y la música (era un gran aficionado a la corneta y al ukelele y tocaba la armónica con notable habilidad). Otro aspecto destacado es que, por lo general, en sus novelas hay pocas referencias a guerras y conflictos armados (notables excepciones son *Dragones y hombres* y la serie *Lyonese*). Lo más habitual es que sus protagonistas se vean envueltos en conflictos de baja intensidad con razas alienígenas. Estos conflictos se centran en casi toda su obra de Ciencia Ficción en aspectos políticos, culturales y sociales.

Entre los autores actuales influenciados por Vance cabe destacar a Dan Simmons (cuyas serie *Las crónicas de Hyperion* contiene mucho ecos de la obra de aquél, como reconoce el propio autor en uno de los últimos libros de la serie), Matt Hughes (en varias de sus obras como *Fools Errant* o *The Spiral Labyrinth*) y George R. R. Martin (sobre todo en la serie *Canción de Fuego y Hielo*), por solo mencionar algunos ejemplos. Es que como escribió *The New York Times* Jack Vance «una de las voces mas distintivas e infravaloradas de la literatura americana».

Notas

[1] Estos adornos no eran una ocultación ornamental ni funcional, sino que expresaban más bien la obsesión Chasch por la complicación como un fin en sí. Incluso los nómadas Chasch Verdes compartían ese rasgo de carácter. Examinando su talabartería y sus armas, Reith se había sentido sorprendido por su similitud con los trabajos artesanos de los antiguos escitas. <<

[2] Lanzaarena: un arma que carga y acelera electrostáticamente granos de arena hasta casi la velocidad de la luz, con el consiguiente aumento de masa e inercia. Cuando la arena penetra en el blanco, su energía es liberada en forma de una explosión. <<

[3] Los Emblemas: nómadas que conservan con ellos una gran cantidad de pequeños fetiches de metal, madera y piedra, cada uno de ellos con un nombre, una historia y una personalidad. El guerrero que lleva un emblema en particular se ve imbuido por su esencia, y de hecho se convierte en el emblema. Traz llevaba el Onmale, el principal emblema de la tribu, y así, era su jefe ritual. <<

[4] Un año de Tschai: aproximadamente siete quintos del año terrestre. <<

[5] Palabra intraducible: la cualidad que en mayor o menor grado adquiere un hombre gracias a su evolución en los distintos aspectos del «rondó». Un frágil y casi frívolo equilibrio entre un hombre y sus pares, que resulta instantáneamente alterado por cualquier asomo de vergüenza, humillación o embarazo. <<

CIENCIA FICCIÓN

Jack Vance

LOS DIRDIR

Un nuevo caudal de emociones de
la serie más emocionante del mejor autor
de aventuras de ciencia ficción.



de

61405

Regresar a la Tierra desde el planeta Tschai implicaba solamente construir una nave... o robarla, puesto que Tschai estaba poblado por cuatro razas inteligentes nacidas entre las estrellas y, como tales, disponían de espaciódromos. Pero el problema no se presentaba tan fácil para Adam Reith. Ya había sido bastante afortunado escapando de los Chasch y de los Wannek, y de una docena de tipos distintos de humanos. Ahora, su periplo lo conducía directamente hacia los Grandes Espaciopuertos de Sivishe, en los dominios de los Dirdir. Pero los Dirdir eran completamente distintos de los otros alienígenas que competían por aquel mundo. Eran rápidos, más siniestros, y sentían una insaciable sed de caza hacia las víctimas como Adam Reith. Cuanto más se acercaba a su objetivo, más feroces se volvían sus instintos predadores...



Jack Vance

Los Dirdir

Ciclo de Tschai 3

ePub r1.0

Insaciable 27.07.13

Título original: *The Dirdir (Planet of Adventure, III)*

Jack Vance, 1969

Traducción: Domingo Santos

Portada: Antoni Garcés

Retoque de portada: Piolin

Editor digital: Insaciable

ePub base r1.0



Prólogo

A doscientos doce años luz de la Tierra flotan la humosa estrella amarilla Carina 4269 y su único planeta Tschai. Al acudir a investigar la fuente de unas señales de radio recibidas en la Tierra, la nave *Explorador IV* fue destruida. Su único superviviente, el explorador estelar Adam Reith, fue rescatado, maltrecho, por Traz Onmale, joven jefe de los nómadas Emblemas.

Desde un principio, la más urgente finalidad de Adam Reith fue regresar a la Tierra, con la noticia de la existencia de Tschai y su extraño conglomerado de razas. En su búsqueda de una espacionave para tal fin se le unieron primero Traz, luego un tal Ankhe at afram Anacho, un Hombre-Dirdir fugitivo.

Reith no tardó en saber que Tschai había sido escenario de antiguas guerras entre tres razas extraplanetarias: los Dirdir, los Chasch y los Wannek. En la actualidad existía un incierto punto muerto, en el que cada raza mantenía su área de influencia, con las vastas tierras interiores abandonadas a los nómadas, fugitivos, bandidos, señores feudales y otras comunidades más o menos civilizadas. Indígenas de Tschai eran los solitarios Phung, y los Pnume, una raza furtiva que vivía en cavernas, túneles y pasadizos bajo las ciudades en ruinas que jalonaban el paisaje del planeta.

Cada una de las razas alienígenas había adoptado o esclavizado a los hombres, los cuales, a lo largo de miles de años, habían evolucionado hacia la correspondiente raza anfitriona, de tal modo que ahora existían los Hombres-Dirdir, los Hombres-Chasch, los Hombres-Wannek y los Pnumekin, además de las otras y más obvias poblaciones humanas.

Reith se sintió desde un principio maravillado ante la presencia de hombres en Tschai. Una tarde, en la posada del recinto para caravanas de la Estepa Muerta, el Hombre-Dirdir Anacho aclaró el asunto:

—Antes de que llegaran los Chasch, los Pnume gobernaban en todas partes.

Vivían en poblados de pequeños domos, pero toda huella de esos poblados ha desaparecido. Ahora moran en cuevas y pasadizos bajo las viejas ciudades, y sus vidas son un misterio. Incluso los Dirdir consideran que trae mala suerte molestar a un Pnume.

—Entonces, ¿los Chasch llegaron a Tschai antes que los Dirdir? —inquirió Reith.

—Es bien sabido —dijo Anacho, maravillándose de la ignorancia de Reith—. Sólo un hombre de una provincia aislada... o de un mundo lejano, ignoraría el hecho. —Lanzó a Reith una mirada interrogadora—. Pero los primeros invasores fueron de hecho los Viejos Chasch, hará un centenar de miles de años. Diez mil años más tarde llegaron los Chasch Azules, procedentes de un planeta colonizado en una era anterior por los viajeros espaciales Chasch. Las dos razas Chasch lucharon por el dominio de Tschai, y apelaron a los Chasch Verdes como tropas de choque.

»Hace sesenta mil años llegaron los Dirdir. Los Chasch sufrieron grandes pérdidas hasta que los Dirdir llegaron en tan gran número que se volvieron vulnerables, a partir de cuyo momento se estableció un equilibrio. Las razas siguen siendo enemigas, con pocos intercambios entre ellas.

»En un tiempo comparativamente reciente, hace diez mil años, estalló una guerra espacial entre los Dirdir y los Wannek, y se extendió hasta Tschai, donde los Wannek construyeron fuertes en Rakh y en el sur de Kachan. Pero ahora la lucha es escasa, excepto alguna que otra escaramuza y emboscada. Cada raza teme a las otras dos y anhela la hora en que pueda eliminarlas y conseguir la supremacía. Los Pnume son neutrales y no toman parte en las guerras, aunque observan con interés y toman notas para su historia.

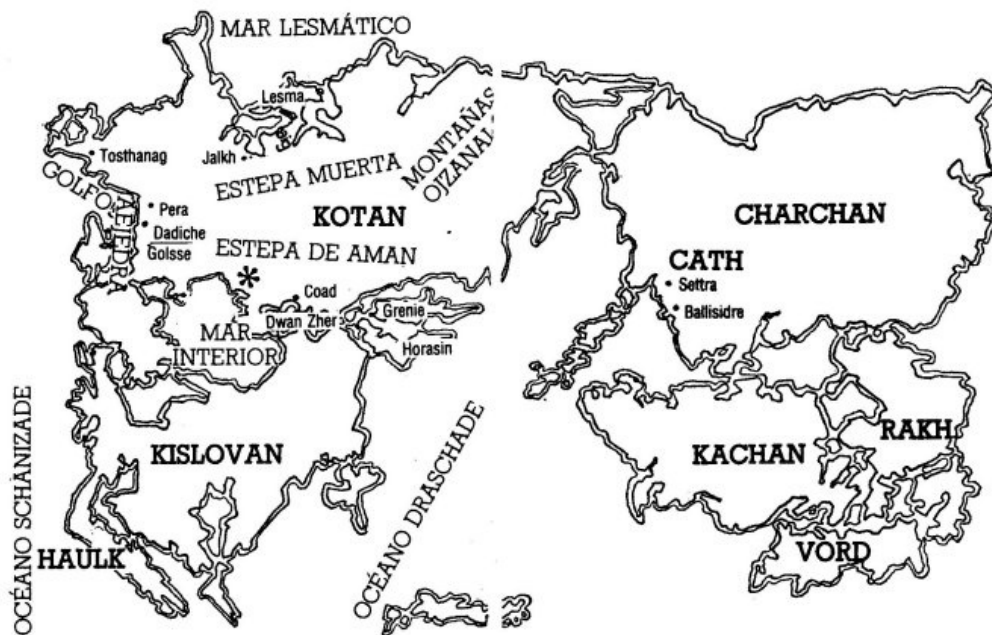
—¿Y qué hay de los hombres? —preguntó Reith con circunspección—. ¿Cuándo llegaron a Tschai?

—Los hombres —dijo el Hombre-Dirdir a su manera más didáctica— se originaron en Sibol y vinieron a Tschai con los Dirdir. Los hombres son tan plásticos como la cera, y algunos se metamorfosearon, primero en hombres de las marismas, luego, hace veinte mil años, en este tipo. —Y aquí Anacho señaló a Traz, que le devolvió una fulgurante mirada—. Otros, esclavizados, se convirtieron en Hombres-Chasch, Pnumekin, incluso Hombres-Wannek. Hay docenas de híbridos y razas extrañas. Existen multitud de variedades incluso

entre los Hombres-Dirdir. Los Inmaculados son casi Dirdir puros. Otros exhiben menos refinamiento. Éste es el entorno que rodeó mi propia desafección: exigí prerrogativas que me fueron negadas, pero que adopté pese a todo...

Anacho siguió hablando, describiendo sus dificultades, pero la atención de Reith no estaba con él. Ahora resultaba claro cómo habían llegado los hombres a Tschai. Los Dirdir conocían el viaje espacial desde hacía más de setenta mil años. Durante este tiempo habían visitado evidentemente la Tierra, dos veces al menos. En la primera ocasión habían capturado una tribu de proto-mongoloides: la naturaleza aparente de los hombres de las marismas a los que había aludido Anacho. En la segunda ocasión —hacía veinte mil años, según Anacho— habían recogido un cargamento de proto-caucasianos. Esos dos grupos, bajo las especiales condiciones de Tschai, habían mutado, se habían especializado, habían vuelto a mutar, habían vuelto a especializarse, hasta producir la sorprendente diversidad de tipos humanos que podían hallarse en el planeta.

Tras fracasar en su intento de apoderarse de una nave espacial Wannek, Reith y sus compañeros buscaron refugio en Smargash, en las tierras altas de los Lokhar, en Kachan.



T S C H A I

* Lugar donde se estrelló la astronave

1

El sol Carina 4269 había penetrado en la constelación Tartusz, marcando el comienzo del Balul Zac Ag, el «tiempo del sueño innatural» en el que la carnicería, el esclavismo, el pillaje y el incendio se detenían en las tierras altas de los Lokhar. El Balul Zac Ag había dado origen a la Gran Feria de Smargash, o quizá la Gran Feria había venido antes, generando finalmente el Balul Zac Ag tras ignorados centenares de años. De todas las tierras altas los Lokhar, y de las regiones circundantes los Xar, Zhurveg, Seraf y Niss acudían Smargash para mezclarse y comerciar, resolver disputas territoriales, recoger información. El odio colgaba en el aire como un hedor; miradas de soslayo y maldiciones susurradas, silbidos contenidos y aborrecimiento acentuaban el color y la confusión del bazar. Tan sólo los Lokhar (los hombres con la piel negra y el pelo blanco, las mujeres con la piel blanca y el pelo negro) mantenían sus expresiones de plácida despreocupación.

El segundo día del Balul Zac Ag, mientras Adam Reith vagabundeaba por el bazar, se dio cuenta de que estaba siendo vigilado. La convicción le llegó como un shock de desánimo; en Tschai, la vigilancia siempre conducía a una ominosa conclusión.

Quizá estuviera equivocado, se dijo a sí mismo Reith. Tenía docenas de enemigos; para muchos otros representaba el desastre ideológico; ¿pero cómo podía alguno de ellos haber seguido su rastro hasta Smargash? Reith siguió avanzando por las atestadas callejuelas del bazar, deteniéndose en los tenderetes para mirar hacia atrás por encima del hombro. Pero quien le seguía, si de hecho existía, estaba perdido entre la confusión. Había Niss con ropajes negros y sus más de dos metros de altura, caminando como aves rapaces; Xar, Seraf; nómadas Dugbo acuclillados junto a sus fuegos; Cosas Humanas inexpresivas tras sus máscaras de cerámica; Zhurveg con caftanes color marrón café; los propios

Lokhar de Smargash. Había un extraño sonido sincopado; el golpear del hierro, el chirriar del cuero, voces duras, estridentes llamadas, el rasposo gemido aletargado de la música Dugbo. Había olores: especia de helecho, secreciones glandulares, submusgo, polvo alzándose y posándose, el vaho de nueces picadas, el humor de la carne a la parrilla, el perfume de los Seraf. Había colores: negro, marrón opaco, naranja, escarlata, azul oscuro, dorado viejo. Reith abandonó el bazar y cruzó la pista de baile. Se detuvo en seco, y con el rabillo del ojo divisó una figura deslizándose en el interior de una tienda.

Regresó pensativo a la posada. Traz y el Hombre-Dirdir, Ankhe at afram Anacho, estaban sentados en el refectorio comiendo pan y carne. Comían en silencio; dos seres antagónicos, cada uno de los cuales consideraba al otro incomprensible. Anacho, alto, delgado y pálido como todos los Hombres-Dirdir, estaba completamente desprovisto de pelo, una cualidad que ahora tendía a minimizar bajo un suave casquete lleno de borlas al estilo de los Yao. Su personalidad era impredecible; se sentía inclinado hacia la locuacidad, las bromas fuera de tono, las repentinas petulancias. Traz, cuadrado, robusto y sombrío, era en muchos aspectos el reverso de Anacho. Traz consideraba a Anacho vano, demasiado sutil, demasiado civilizado; Anacho pensaba que Traz era carente de tacto, severo y excesivamente literal. Cómo conseguían los dos viajar juntos en una relativa amistad era un misterio para Reith.

Se sentó a la mesa.

—Creo que estoy siendo vigilado —anunció.

Anacho se echó desanimado hacia atrás.

—Entonces debemos prepararnos para el desastre... o la huida.

—Prefiero la huida —dijo Reith. Se sirvió cerveza de una jarra de piedra.

—¿Sigues con la intención de viajar por el espacio hasta ese mítico planeta tuyo? —Anacho habló con la voz de alguien que está razonando con un chiquillo obstinado.

—Quiero regresar a la Tierra, por supuesto.

—Bah —murmuró Anacho—. Eres víctima de un engaño o de una obsesión. ¿No puedes curarte por ti mismo? El proyecto es más fácil de discutir que de realizar. Las naves espaciales no son tijeras de extirpar verrugas, que puedes encontrar en cualquier tenderete del bazar.

—Muy bien que lo sé —dijo Reith tristemente.

—Sugiero que te dirijas a los Grandes Talleres Espaciales de Sivishe —dijo Anacho de forma casual—. Allí puede conseguirse casi cualquier cosa, si uno tiene los suficientes sequins.

—Sospecho que no los tengo —dijo Reith.

—Entonces ve a los Carabas. Allí pueden conseguirse los sequins a paladas.

Traz lanzó una seca risita burlona.

—¿Nos tomas por locos?

—¿Dónde están los Carabas? —preguntó Reith.

—Los Carabas se hallan en la Reserva de Caza Dirdir, al norte de Kislovan. A veces los hombres con suerte y buenos nervios prosperan allí.

—Más bien los locos, los jugadores y los asesinos —murmuró Traz.

—¿Cómo ganan esos hombres, sea cual sea su naturaleza, los sequins? —preguntó Reith.

La voz de Anacho era ligera y desenvuelta.

—Por el método habitual: desenterrando bulbos de crisospina.

Reith se frotó la mandíbula.

—¿Es ésa la fuente de los sequins? Creí los Dirdir o alguna gente así los acuñaba.

—¡Tu ignorancia es realmente de otro planeta! —declaró Anacho.

Los músculos en torno a la boca de Reith se fruncieron.

—Difícilmente podría ser de otro modo.

—La crisospina —dijo Anacho— crece solamente en la Zona Negra, o sea los Carabas, cuyo suelo contiene compuestos de uranio. Un bulbo lleno contiene doscientos ochenta y dos sequins, de uno u otro color. Un sequin púrpura vale un centenar de blancos; un escarlata cincuenta, y así hacia abajo los esmeraldas, azules, sardos y cremas. Incluso Traz sabe eso.

Traz miró a Anacho con los labios fruncidos.

—¿«Incluso Traz»?

Anacho no le prestó atención.

—Dejemos a un lado todo esto; no tenemos ninguna certeza de que se nos vigile. Adam Reith puede estar equivocado.

—Adam Reith no está equivocado —dijo Traz—. «Incluso Traz», como tú dices, sabe eso.

Anacho alzó sus cejas desprovistas de pelo.

—¿Cómo?

—Observa al hombre que acaba de entrar en la sala.

—Un Lokhar; ¿qué hay con él?

—No es un Lokhar. Y observa todos nuestros movimientos.

Anacho dejó colgar imperceptiblemente su mandíbula.

Reith estudió disimuladamente al hombre; parecía menos corpulento, menos directo y brusco que un Lokhar típico. Anacho dijo en voz baja:

—El chico tiene razón. Observa cómo bebe su cerveza, con la cabeza bajada en vez de alzarla... Inquietante.

—¿Quién puede interesarse en nosotros? —murmuró Reith.

Anacho lanzó una risa cáustica que era casi un ladrido.

—¿Crees que nuestras hazañas han quedado en el anonimato? Los acontecimientos de Ao Hidis han despertado la atención en todas partes.

—Entonces, ese hombre... ¿a servicio de quién está? Anacho se alzó de hombros.

—Con su piel teñida de negro no puedo ni siquiera imaginar su procedencia.

—Será mejor que obtengamos algo de información —dijo Reith. Meditó un momento—. Saldré al bazar, luego daré una vuelta por la Ciudad Vieja. Si el hombre me sigue, dadle un poco de margen e id tras él. Si se queda, uno de los dos se queda aquí, el otro me sigue a mí.

Reith volvió a salir al bazar. En el pabellón Zhurveg se detuvo para examinar una exposición de alfombras, tejidas, según los rumores, por niños sin piernas raptados y mutilados por los propios Zhurveg. Echó una mirada en la dirección por donde había venido. Nadie parecía estar siguiéndole. Caminó un trecho, luego volvió a detenerse junto a los expositores donde horribles mujeres Niss vendían rollos de cuerda de cuero trenzada, arneses para caballos saltadores, copas de plata toscamente hermosas. Seguía sin ver a nadie detrás. Cruzó el pasaje para examinar un tenderete Dugbo lleno de instrumentos musicales. Si pudiera llevar un cargamento de alfombras Zhurveg, plata Niss e instrumentos musicales Dugbo de vuelta a la Tierra, pensó Reith, su fortuna estaría asegurada. Miró por encima del hombro, y entonces vio a Anacho curioseando artículos en venta unos cincuenta metros más allá. Evidentemente aún no había averiguado

nada.

Reith siguió su deambular. Se detuvo para observar a un nigromante Dugbo: un retorcido viejo sentado con las piernas cruzadas tras bandejas llenas de botellas de formas irregulares, tarros de ungüentos, piedras de contacto para facilitar la telepatía, varillas del amor, manojos de maldiciones caligrafiadas sobre papel rojo y verde. Sobre él revoloteaban una docena de fantásticas cometas, que el viejo Dugbo manipulaba para producir una débil música que sonaba como un lamento. Tendió a Reith un amuleto, que Reith rechazó. El nigromante escupió una retahíla de epítetos que hicieron que sus cometas se agitaran y chirriaran discordancias.

Reith siguió adelante, penetrando en el campamento Dugbo propiamente dicho. Muchachas con pañuelos y faldas de volantes negras, rosas pálido y ocre tentaban a los Zhurveg, Lokhar, Seraf, pero se burlaban de los orgullosos Niss, que pasaban silenciosos con grandes zancadas, la cabeza erguida, las narices como cimitarras de hueso pulido. Más allá del campamento se abría la llanura y las lejanas colinas, negras y doradas a la luz de Carina 4269.

Una muchacha Dugbo se acercó a Reith, haciendo tintinear los adornos de plata de su cintura, sonriendo con una desdentada sonrisa.

—¿Qué buscas aquí fuera, amigo? ¿Estás cansado? Ésta es mi tienda; entra, descansa un poco.

Reith declinó la invitación y retrocedió antes de que los dedos de la muchacha o de cualquiera de sus otras jóvenes hermanas pudieran rondar por su bolsa.

—¿Por qué te muestras tan reluctante? —dijo la muchacha—. ¡Mírame! ¿No soy bonita? He pulido mis piernas con cera Seraf; voy perfumada con agua de bruma; ¡podrías tener mucha menos suerte!

—Sin duda —dijo Reith—. Pero...

—¡Hablaremos un poco, Adam Reith! Nos contaremos el uno al otro muchas cosas extrañas.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó Reith. La muchacha agitó su pañuelo hacia las otras muchachas, como si ahuyentara insectos.

—¿Quién no conoce en Smargash a Adam Reith, que anda como un príncipe Ilanth y tiene la mente siempre llena de pensamientos?

—Entonces, ¿soy famoso?

—Oh, por supuesto. ¿Tienes que irte realmente?

—Sí, tengo una cita. —Reith prosiguió su camino. La muchacha lo contempló alejarse con una extraña semi-sonrisa, que Reith, mirando por encima del hombro, encontró desconcertante.

Unos cientos de metros más adelante, Anacho se le acercó desde una callejuela lateral.

—El hombre teñido como un Lokhar se quedó en la posada. Durante un tiempo fuiste seguido por una joven vestida como un Dugbo. En el campamento te abordó, luego ya no te siguió más.

—Extraño —murmuró Reith. Miró arriba y abajo de la calle—. ¿Nadie nos sigue ahora?

—Nadie visible. Aunque puede que sigamos bajo observación. Vuélvete, por favor.

Anacho pasó sus largos dedos por la tela de la chaqueta de Reith.

—Lo que sospechaba. —Mostró un pequeño botón negro—. Y ahora sabemos quién sigue tus huellas. ¿Reconoces esto?

—No. Pero puedo adivinar. Un detector.

—Un dispositivo Dirdir para la caza, utilizado por los muy jóvenes o los muy viejos para guiarles tras su presa.

—Así que los Dirdir se interesan por mí.

El rostro de Anacho pareció fruncirse y hacerse más largo, como si hubiera probado algo ácido.

—Naturalmente, lo ocurrido en Ao Khaha ha llamado su atención.

—¿Qué pueden querer de mí?

—Los motivos Dirdir son a menudo sutiles. Quieren hacerte algunas preguntas y luego matarte.

—Ha llegado el momento de irnos.

Anacho alzó la vista hacia el cielo.

—El momento ha llegado y se ha ido. Sospecho que en este mismo momento se está acercando un vehículo aéreo Dirdir... Dame el botón.

Un Niss pasó por su lado, con sus negras ropas aleteando al ritmo de sus pasos. Anacho avanzó un paso e hizo un rápido movimiento hacia la negra capa. El Niss se volvió en redondo con un gruñido amenazador, y por un momento pareció dispuesto a abandonar las innaturales restricciones del Balul Zac Ag.

Luego se volvió de nuevo y prosiguió su camino.

Anacho dejó escapar su suave risita aflautada.

—Los Dirdir se sentirán desconcertados cuando descubran que Adam Reith es un Niss.

—Antes de que averigüen que no lo es, será mejor que nos larguemos.

—De acuerdo, pero ¿cómo?

—Sugiero que consultemos al viejo Zarfo Detwiler.

—Afortunadamente sabemos dónde encontrarle.

Rodeando el bazar, se acercaron a la cervecería, una destartalada estructura de piedra y planchas de madera deterioradas por la intemperie. Hoy Zarfo estaba sentado dentro, para escapar del polvo y la confusión del bazar. Una gran jarra de cerveza ocultaba casi su rostro teñido de negro. Iba vestido con una desacostumbrada elegancia: brillantes botas negras, una capa marrón, un tricornio negro que llevaba echado hacia atrás sobre su largo pelo blanco. Estaba un poco borracho, y más locuaz que de costumbre. Reith tuvo dificultades en hacerle comprender su problema. Finalmente, Zarfo pareció captar el asunto.

—¡Así que ahora los Dirdir! Infame. ¡Y durante el Balul Zac Ag! ¡Será mejor que controlen su arrogancia, o van a conocer la ira de los Lokhar!

—Dejemos todo esto a un lado —dijo Reith—. ¿Cómo podemos abandonar Smargash lo más rápido posible?

Zarfo parpadeó y dio otro largo sorbo de cerveza.

—Primero necesito saber dónde quieres ir.

—A las Islas de las Nubes, o quizás a los Carabas.

Zarfo, sorprendido, dejó que su jarra colgara.

—Los Lokhar son la gente más codiciosa de Tschai, y sin embargo, ¿cuántos intentan los Carabas? ¡Pocos! ¿Y cuántos regresan ricos? ¿Has observado esa gran casa solariega al este, con el cenador rodeado por una cadena de marfil tallado?

—He visto la casa.

—No hay otra como ella en las inmediaciones de Smargash —dijo Zarfo ominosamente—. ¿Entiendes lo que quiero decir? —Golpeó el banco—. ¡Muchacho! Más cerveza.

—También mencioné las Islas de las Nubes —dijo Reith.

—Tusa Tala en el Draschade es el lugar más conveniente para ir a las Islas.

¿Cómo llegar a Tusa Tala? El transporte público llega sólo hasta Siadz, al borde de las tierras altas; no conozco ninguna ruta que descienda por las gargantas hasta el Draschade. La caravana a Zara partió hace dos meses. Una plataforma es el único medio de transporte razonable.

—Bien, entonces, ¿dónde podemos conseguir una plataforma?

—No de los Lokhar; no tenemos ninguna. Pero mira ahí: ¡una plataforma, y un grupo de ricos Xar! Están a punto de partir. Quizá su destino sea Tusa Tula. Preguntemos.

—Un momento. Debemos avisar a Traz. —Reith llamó al camarero, lo envió corriendo a la posada.

Zarfo cruzó el recinto, con Reith y Anacho tras sus talones. Había cinco Xar de pie al lado de su vieja plataforma: hombres de anchos hombros y escasa estatura y congestionados semblantes. Llevaban lujosas ropas grises y verdes; su negro pelo se alzaba en rígidas columnas lacadas, ligeramente inclinadas hacia el exterior, con el centro de su cabeza tonsurado.

—¿Listos para marcharse de Smargash, amigos Xar? —preguntó Zarfo con voz alegre.

Los Xar murmuraron algo entre sí y le volvieron la espalda.

Zarfo ignoró la falta de amabilidad.

—¿Adonde vais?

—Al lago Palas; ¿adonde si no? —declaró el más viejo de los Xar—. Ya hemos arreglado nuestros asuntos; como siempre, hemos sido engañados. Estamos ansiosos por regresar a las marismas.

—Excelente. Este caballero y sus dos amigos necesitan transporte hasta un punto que está en vuestra dirección, más o menos. Me han preguntado si deberían ofreceros un pago; yo les he dicho: ¡Tonterías! Los Xar son unos príncipes de generosidad...

—¡Espera! —dijo secamente el Xar—. Tengo al menos tres observaciones que hacer. Primera, nuestra plataforma está llena. Segunda, somos generosos a menos que perdamos sequins en el proceso. Tercera, esos dos inclasificables tienen un aspecto temerario y desesperado que no inspira ninguna confianza. ¿Es ése el tercero? —La referencia era hacia Traz, que acababa de llegar al escenario de los hechos—. Un simple muchacho no menos dudoso que los otros dos.

—Dos cuestiones más —dijo otro Xar—. ¿Cuánto pueden pagar? ¿Adonde

quieren ir?

Reith, sopesando la incómodamente magra provisión de sequins en su bolsa, dijo:

—Cien sequins es todo lo que podemos ofrecer; y deseamos ir a Tusa Tala.

Los Xar alzaron ultrajados las manos.

—¿Tusa Tala? ¡A mil quinientos kilómetros al noroeste! ¡Nosotros vamos al sudeste, al lago Palas! ¿Cien sequins? ¿Es esto una broma? ¡Zarrapastrosos! ¡Fuera de aquí, todos!

Zarfo avanzó unos trastabillantes pasos, con aire amenazador.

—¿Zarrapastroso, me has llamado? ¡Si no estuviéramos en el Balul Zac Ag, el «tiempo del sueño innatural», retorcería todas vuestras ridículas y largas narices!

Los Xar emitieron entre dientes sonidos como escupitajos, subieron a bordo de la plataforma y se fueron.

Zarfo contempló alejarse la plataforma. Lanzó un suspiro.

—Bien, ha sido un fracaso... Pero no todo el mundo es tan grosero. Ahí en el cielo se acerca otro aparato; hagámosles la proposición a los que van en él, o como último extremo emborrachémosles y robemos su vehículo. Es un hermoso vehículo. Seguro que...

Anacho lanzó una exclamación de sorpresa.

—¡Es un vehículo Dirdir! ¡No han perdido el tiempo! ¡Escondámonos si apreciamos nuestras vidas!

Echó a correr. Reith lo sujetó del brazo.

—No corras; ¿quieres que nos identifiquen tan rápidamente? —A Zarfo—: ¿Dónde podemos ocultarnos?

—En el almacén anexo a la cervecería... ¡pero no olvidéis que estamos en el Balul Zac Ag! ¡Los Dirdir no se atreverán nunca a usar la violencia!

—Bah —se burló Anacho—. ¿Qué saben ellos de vuestras costumbres, o qué les importa?

—Yo se lo explicaré —declaró Zarfo. Condujo a los tres al almacén anexo a la cervecería y los empujó al interior. Reith observó a través de una rendija de las maderas cómo el vehículo Dirdir se posaba en el recinto. Movidado por un súbito pensamiento, se volvió hacia Traz, registró sus ropas, y con un profundo desánimo descubrió un disco negro.

—Rápido —dijo Anacho—. Dámelo. —Abandonó el anexo, entró en la cervecería. Regresó un minuto más tarde—. Ahora lo lleva un viejo Lokhar que se prepara para irse a su casa. —Se acercó a una rendija, miró hacia fuera—. ¡Son Dirdir, seguro! ¡Como siempre cuando hay deporte al alcance de la mano!

El vehículo aéreo permanecía inmóvil: un aparato completamente distinto de todos los que Reith había visto hasta entonces, el producto de una firme y sofisticada tecnología. Cinco Dirdir bajaron al suelo: criaturas impresionantes, duras, mercuriales, decididas. Tenían aproximadamente la altura humana, y se movían con una siniestra rapidez, como reptiles en un día caluroso. Sus superficies dérmicas sugerían huesos pulimentados; sus cráneos se alzaban en una cresta afilada como un cuchillo, con antenas incandescentes agitándose hacia atrás a cada lado. Los contornos de sus rostros eran extrañamente humanos, con profundas órbitas y la prolongación descendente de sus crestas evocando un puente nasal. Avanzaban medio saltando, medio corriendo, como leopardos caminando sobre dos patas; no era difícil ver en ellos las criaturas salvajes que habían merodeado por las cálidas llanuras de Sibol.

Tres personas se acercaron a los Dirdir: el falso Lokhar, la muchacha Dugbo, y un hombre con unas indescriptibles ropas grises. Los Dirdir hablaron con los tres durante varios minutos, luego sacaron unos instrumentos que apuntaron en distintas direcciones. Anacho susurró:

—Están localizando sus detectores. ¡Y el viejo Lokhar sigue aún en la cervecería, enfrascado en su jarra!

—No importa —dijo Reith—. Tanto da en la cervecería que en cualquier otro lugar.

Los Dirdir se acercaron al lugar, avanzando con su curioso paso saltarín. Tras ellos iban los tres espías.

El viejo Lokhar eligió aquel momento para salir de la cervecería. Los Dirdir lo observaron desconcertados y se le acercaron a grandes saltos. El Lokhar retrocedió alarmado.

—¿Qué tenemos aquí? ¿Dirdir? ¡No interfiráis conmigo!

Los Dirdir hablaron con voces sibilantes que sugerían una ausencia de laringes.

—¿Conoces a un hombre llamado Adam Reith?

—¡Por supuesto que no! ¡Apartaos!

Zarfo avanzó hacia ellos.

—¿Adam Reith habéis dicho? ¿Qué pasa con él?

—¿Dónde está?

—¿Por qué lo preguntáis?

El falso Lokhar avanzó y murmuró algo a los Dirdir. Uno de los Dirdir dijo:

—¿Conoces bien a Adam Reith?

—No muy bien. Si tenéis dinero para él, dádmelo; él lo querría así.

—¿Dónde está?

Zarfo alzó la vista hacia el cielo.

—¿Visteis esa plataforma que partió cuando vosotros llegabais?

—Sí.

—Puede que él y sus amigos estuvieran a bordo.

—¿Quién nos garantiza que eso sea cierto?

—No yo —dijo Zarfo—. Yo solamente apunto la posibilidad.

—Yo tampoco —dijo el viejo Lokhar que llevaba el detector.

—¿En qué dirección partieron?

—¡Bof! Vosotros sois los grandes rastreadores —se burló Zarfo—. ¿Por qué nos preguntáis a nosotros, pobres inocentes?

Los Dirdir retrocedieron a grandes saltos cruzando el recinto. El vehículo aéreo se alzó en el aire a gran velocidad.

Zarfo se enfrentó a los tres agentes Dirdir, con su gran rostro crispado en una sonrisa malévol.

—Así que estáis en Smargash violando nuestras leyes. ¿Acaso no sabéis que estamos en el Balul Zac Ag?

—No hemos cometido violencia —afirmó el falso Lokhar—. Simplemente hemos hecho nuestro trabajo.

—¡Un trabajo sucio que conduce a la violencia! ¡Seréis azotados! ¿Dónde están los alguaciles? ¡Lleváoslos a los tres!

Los tres agentes fueron arrastrados sin contemplaciones, entre protestas y gritos y afirmaciones de inocencia. Zarfo regresó al anexo.

—Será mejor que os vayáis inmediatamente. Los Dirdir no tardarán mucho en volver. —Señaló al otro lado del recinto—. El transporte público hacia el este va a partir de un momento a otro.

—¿Dónde nos llevará?

—Hasta el límite de las tierras altas. ¡Más allá están las gargantas! Un territorio siniestro. Pero si os quedáis aquí seréis atrapados por los Dirdir. Con o sin Balul Zac Ag.

Reith miró a su alrededor, a las polvorientas estructuras de piedra y madera de Smargash, a los Lokhar blancos y negros, a la vieja y destartada posada. Allí había gozado del único período de paz y seguridad que había conocido en Tschai; ahora los acontecimientos lo empujaban de nuevo a lo desconocido. Dijo con voz hueca:

—Necesitamos quince minutos para recoger nuestras cosas.

—Esta situación no encaja con mis esperanzas —dijo Anacho con voz desanimada—. Pero aceptaré las cosas como vienen. Tschai es un mundo de angustia.

2

Zarfo entró en la posada con blancas ropas Seraf y cascos crestados.

—Llevad eso; es probable que así podáis ganar una hora adicional o dos. Apresuraos... el transporte está a punto de partir.

—Un momento. —Reith estudió el recinto—. Puede que haya otros espías observando todos nuestros movimientos.

—Bien, entonces por la parte de atrás. Después de todo, no podemos anticipar todas las contingencias.

Reith no hizo más comentarios; Zarfo empezaba a mostrarse irritable y ansioso por verlos fuera de Smargash, no importaba en qué dirección.

Silenciosos, cada uno sumido en sus propios pensamientos, se dirigieron a la terminal del transporte público. Zarfo les dijo:

—No habléis con nadie; fingid meditar: así es como se comportan los Seraf. A la puesta del sol mirad hacia el este y gritad en voz alta: «¡Ah-oo-cha!». Nadie sabe lo que significa, pero eso es lo que hacen los Seraf. Si os preguntan, decid que habéis venido a comprar esencias. ¡Bien, subid! Tal vez consigáis eludir a los Dirdir y tener éxito en vuestras futuras empresas. ¡Y si no, recordad que la muerte viene sólo una vez!

—Gracias por el consuelo —dijo Reith.

El transporte público inició su marcha sobre sus ocho altas ruedas: alejándose de Smargash, cruzando la llanura hacia el oeste. Reith, Anacho y Traz se sentaron solos en el cubículo de pasajeros de cola.

Anacho se mostró pesimista respecto a sus posibilidades.

—Los Dirdir no se sentirán confundidos demasiado tiempo. Las dificultades los hacen más agudos. ¿Sabéis que los Dirdir jóvenes son como los animales? Deben ser domados, luego entrenados y educados. El espíritu Dirdir sigue siendo el de las fieras; para ellos cazar es una inclinación natural.

—La autoconservación también es una inclinación natural en mí —afirmó Reith.

El sol se hundió tras la cordillera; un crepúsculo gris amarronado se extendió sobre todo el paisaje. El transporte se detuvo en un pequeño y deprimente pueblo; los pasajeros estiraron las piernas, bebieron agua calcárea de una fuente, regatearon la compra de unos bollos a una vieja y arrugada mujer que les pidió precios inaceptables y se echó a reír estentóreamente ante sus contrapropuestas.

El transporte público siguió su marcha, dejando a la vieja mujer murmurando junto a su bandeja de bollos.

El crepúsculo pasó del siena a la oscuridad. Del otro lado de la inhóspita llanura les llegó un aullido casi sobrenatural: la llamada de las jaurías nocturnas. Por el este surgió la luna rosa Az, seguida al cabo de poco por la azul Braz. Frente a ellos se alzaba una prominencia rocosa: un antiguo cono volcánico, o al menos eso supuso Reith. En su cima brillaban tres débiles luces amarillas. Mirando a través de su sondoscopio,^[1] Reith vio las ruinas de un castillo... Se amodorró durante una hora, y despertó para descubrir que estaban avanzando por arena blanda junto a un río. En la orilla opuesta los psillas se alzaban como oscuras siluetas contra el cielo iluminado por las lunas. Pasaron junto a una casa solariega de múltiples cúpulas, aparentemente deshabitada y en proceso de descomposición.

Media hora más tarde, a medianoche, el transporte penetró estruendosamente en el recinto de una población de respetable tamaño para pasar allí la noche. Los pasajeros se dispusieron a dormir, en sus bancos o encima del techo del vehículo.

Finalmente se alzó Carina 4269: un frío disco ámbar que sólo gradualmente consiguió despejar las brumas matutinas. Aparecieron vendedores con bandejas de carnes adobadas, pastas, tiras de corteza hervida, hierba del peregrino tostada, entre lo cual los pasajeros pudieron elegir su desayuno.

El transporte prosiguió su camino hacia el este, hacia las Montañas del Borde, que ahora se alzaban altas contra el horizonte. Reith barría ocasionalmente el cielo con su sondoscopio, pero no descubrió ninguna señal de persecución.

—Todavía es demasiado pronto —dijo Anacho alegremente—. Pero no te preocupes: vendrán.

Al mediodía el transporte llegó a Siadz, el punto final del viaje: una docena de casas de piedra rodeando una cisterna.

Con gran disgusto de Reith, no podía conseguirse ningún medio de transporte, ni carruaje a motor ni caballo saltador, para cruzar el borde.

—¿Acaso sabes lo que hay más allá? —le preguntó el viejo del poblado. Y añadió, sin esperar respuesta—: Las gargantas.

—¿No hay ningún sendero, ninguna ruta comercial?

—¿Quién se metería en las gargantas, para comerciar o para cualquier otra cosa? ¿Qué clase de gente sois vosotros?

—Seraf —dijo Anacho—. Exploramos en busca de raíces de asofa.

—Ah, los Seraf y sus perfumes. He oído historias. Bueno, olvidad vuestros inmortales trucos con nosotros; somos gente sencilla. En cualquier caso, no hay asofa en las gargantas; solamente criptoespinos, espumos y sacia-vientres.

—De todos modos, iremos a explorar.

—Id si queréis. Se dice que hay un antiguo sendero en algún lugar al norte, pero no sé de nadie que lo haya visto.

—¿Qué gente vive en las gargantas? ¿Es amistosa?

—¿Gente? Bromeas. Unas cuantas pisantillas, cors rojos bajo cada roca, pájaros agoreros. Si sois extremadamente desgraciados podéis encontraros con un fere.

—Parece una región más bien siniestra.

—Ajá. Mil quinientos kilómetros de cataclismo. De todos modos, ¿quién sabe? Donde los cobardes nunca se aventuran, los héroes hallan su gloria. Lo mismo puede ocurrir con vuestro perfume. Seguid hacia el norte y buscad el antiguo sendero a la costa. No será más que un indicador, una vieja señal desmoronada. Cuando llegue la oscuridad, poneos a cubierto: ¡las jaurías nocturnas merodean el lugar!

—Nos has disuadido —dijo Reith—. Regresaremos al este con el transporte público.

—¡Prudente, prudente! ¿Por qué, después de todo, malgastar vuestras vidas, seáis Seraf o no?

Reith y sus compañeros subieron al transporte público y se dejaron llevar durante un par de kilómetros hacia el este, luego saltaron discretamente del vehículo en marcha. El transporte siguió hacia el este y desapareció poco

después entre la bruma ambarina.

A su alrededor todo era silencio. Sus pies hollaban un accidentado terreno gris, salpicado aquí y allá por plantas espinosas color salmón y a mayores intervalos por matojos de hierba del peregrino, que Reith contempló con una hosca satisfacción.

—Mientras encontremos hierba del peregrino, no nos moriremos de hambre. Traz lanzó un gruñido de duda.

—Será mejor que alcancemos las montañas antes del anochecer. En terreno plano las jaurías nocturnas tienen ventaja sobre tres hombres.

—Conozco otra razón aún mejor para apresurarnos —dijo Anacho—. Los Dirdir no se dejarán engañar mucho más tiempo.

Reith registró el vacío cielo, el desolado paisaje.

—Es posible que se desanimen.

—¡Nunca! Cuando se sienten frustrados se excitan aún más, se vuelven celosamente furiosos.

—No estamos lejos de las montañas. Podemos ocultarnos a la sombra de los peñascos, en uno de los barrancos.

Una hora de viaje los llevó bajo la desmoronante empalizada de basalto. Traz se detuvo bruscamente, olisqueó el aire. Reith no pudo captar nada, pero desde hacía tiempo había aprendido a confiar en las percepciones de Traz.

—Excrementos de Phung^[2] —dijo Traz—. De hace un par de días.

Reith comprobó nerviosamente las disponibilidades de su pistola. Le quedaban ocho balas explosivas. Cuando se acabaran, la pistola se convertiría en algo inútil. Era posible, pensó Reith, que su suerte estuviera agotándose.

—¿Es posible que esté por aquí? —preguntó a Traz. Traz se alzó de hombros.

—Los Phung son criaturas locas. Por todo lo que sé, hay uno detrás de ese peñasco.

Reith y Anacho miraron inquietos a su alrededor. Finalmente, Anacho dijo:

—Nuestra primera preocupación deben ser los Dirdir. Se ha iniciado el período crítico. Deben habernos rastreado a bordo del transporte público; pueden seguirnos fácilmente hasta Siadz. De todos modos, no carecemos de ventajas, especialmente si no disponen de instrumentos detectores de caza.

—¿Qué instrumentos son éstos? —preguntó Reith.

—Detectores del olor humano o de las radiaciones caloríficas. Algunos detectan las huellas de pisadas por el calor residual, otros observan las exhalaciones de anhídrido carbónico y localizan a un hombre hasta una distancia de ocho kilómetros.

—¿Y cuando atrapan a su presa?

—Los Dirdir son conservadores —dijo Anacho—. No reconocen el cambio. No necesitan cazar, pero se sienten impulsados por fuerzas interiores. Se consideran a sí mismos animales de presa, y no se imponen ninguna restricción.

—En otras palabras, nos devorarán —dijo Traz. Reith guardó hoscamente silencio. Finalmente dijo:

—Bien, no debemos ser capturados.

—Como dijo Zarfo el Lokhar, «La muerte sólo llega una vez.»

Traz señaló hacia delante.

—Observad esa hendidura en la formación rocosa. Si alguna vez existió un sendero, tiene que estar ahí.

Los tres se apresuraron a través de desolados montículos de compactada tierra gris, rodeando malezas de espinos y montones de rocas desmoronadas, sudando y espiando constantemente el cielo. Al fin alcanzaron las sombras del paso, pero no pudieron hallar el menor signo del sendero. Si alguna vez existió, la erosión y los detritus lo habían borrado hacía mucho de la vista.

De pronto, Anacho dejó escapar una sorda exclamación de desánimo.

—El vehículo aéreo. Ahí viene. Estamos siendo cazados.

Reith retuvo a duras penas una urgente ansia de echar a correr. Alzó la vista, examinando la hendidura. Un pequeño riachuelo rumoreaba en el centro, terminando en un pequeño estanque de quietas aguas. A la derecha se alzaba una empinada ladera; a la izquierda, un enorme saliente rocoso sumía en sombras una extensa zona, en cuyo fondo había otras sombras aún más profundas: la boca de una cueva.

Los tres hombres se acurrucaron tras los peñascos que medio cegaban el riachuelo. Sobre la llanura, el aparato Dirdir, con una estremecedora deliberación, se deslizó hacia Siadz.

Con voz neutra, Reith dijo:

—No pueden detectar nuestra radiación entre las rocas. Nuestro anhídrido carbónico es arrastrado por el viento. —Se volvió para mirar valle arriba.

—No sirve de nada echar a correr —dijo Anacho—. No hay ningún refugio para nosotros. Si nos han seguido hasta aquí, eso quiere decir que tienen intención de cazarnos indefinidamente.

Cinco minutos más tarde el aparato regresó de Siadz, siguiendo el camino del este, a una altitud de dos o trescientos metros. De pronto viró bruscamente y empezó a trazar círculos. Anacho dijo con voz predestinada:

—Han descubierto nuestras huellas.

El vehículo aéreo cruzó la llanura, directamente hacia el paso. Reith extrajo su pistola.

—Quedan ocho balas. Suficientes para hacer estallar a ocho Dirdir.

—Insuficientes para hacer estallar ni siquiera a uno. Llevan escudos contra tales proyectiles.

En otro medio minuto el aparato estaría sobre ellos.

—Será mejor que vayamos a la cueva —dijo Traz.

—Obviamente es la morada de un Phung —murmuró Anacho—. O una de las entradas de los Pnume. Prefiero morir limpiamente, al aire libre.

—Podemos cruzar el estanque —dijo Traz— y refugiarnos bajo el saliente rocoso. Así nuestro rastro quedará roto; puede que eso los desoriente y sigan el riachuelo valle arriba.

—Si nos quedamos aquí —dijo Reith— estamos irremediabilmente perdidos.

Echaron a correr hacia la poca profunda orilla del pequeño estanque, con Anacho cerrando torpemente la marcha. Se acurrucaron bajo la protección del saliente rocoso. El olor a Phung era intenso.

El aparato apareció por encima de la montaña opuesta a ellos.

—¡Nos verán! —exclamó Anacho con voz hueca—. ¡Estamos a plena vista!

—A la cueva —siseó Reith—. ¡Atrás, más atrás!

—El Phung...

—Puede que no haya ningún Phung. ¡Los Dirdir son seguros! —Reith se metió en la oscuridad, seguido por Traz y finalmente Anacho. La sombra del vehículo aéreo pasó por encima del pequeño estanque, enfiló valle arriba.

Reith encendió su linterna y lanzó su luz hacia todos lados. Estaban en una amplia cámara de forma irregular, cuyo extremo más alejado se hundía en la oscuridad. El suelo estaba cubierto hasta la altura de los tobillos por nódulos y

copos de color marrón claro; las paredes estaban incrustadas de hemisferios córneos, cada uno de ellos del tamaño de un puño humano.

—Larvas de jaurías nocturnas —murmuró Traz. Durante un tiempo guardaron silencio. Anacho avanzó hacia la boca de la cueva, miró cautelosamente fuera. Retrocedió a toda prisa.

—Han perdido nuestro rastro; están trazando círculos.

Reith apagó la luz y miró cautelosamente desde la boca de la cueva. A un centenar de metros, el vehículo aéreo estaba descendiendo hacia el suelo, silencioso como una hoja cayendo. De él bajaron cinco Dirdir. Por un momento se mantuvieron inmóviles, consultando entre sí; luego, llevando cada uno de ellos un largo escudo transparente, avanzaron hacia el paso. Como a una señal, dos de ellos saltaron hacia delante como leopardos plateados, examinando el suelo. Otros dos les siguieron a saltos lentos, con las armas preparadas; el quinto protegía la retaguardia.

El par en cabeza se detuvo en seco, transmitiéndose algo mediante extraños chillidos y gruñidos.

—Su lenguaje de caza —murmuró Anacho—, una reminiscencia de la época en que eran todavía animales salvajes.

—Ahora no parecen muy distintos.

Los Dirdir se detuvieron en la otra orilla del pequeño estanque. Miraron, escucharon, olisquearon el aire, a todas luces conscientes de que su presa estaba al alcance de la mano.

Reith preparó su pistola, pero los Dirdir agitaban constantemente sus escudos, frustrando la puntería.

Uno de los Dirdir en cabeza registró el valle con unos binoculares; el otro mantuvo un instrumento negro ante sus ojos. Inmediatamente encontró algo de interés. Un gran salto lo llevó al lugar donde Reith, Traz y Anacho se había detenido antes de cruzar hacia la cueva. Observando a través del instrumento negro, el Dirdir siguió las huellas hasta el estanque, luego registró el espacio bajo el saliente. Lanzó una serie de gruñidos y chillidos; los escudos se agitaron.

—Han visto la cueva —murmuró Anacho—. Saben que estamos aquí.

Reith atisbo la parte de atrás de la cueva. Traz dijo con voz definitiva:

—Hay un Phung ahí atrás. O no hace mucho que se ha ido.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo huelo. Siento la presión.

Reith volvió su atención a los Dirdir. Avanzaban paso a paso, con sus refulgencias destellando en sus cabezas. Con una predestinada determinación, Reith dijo:

—Atrás, al interior de la cueva. Quizá podamos prepararles algún tipo de emboscada.

Anacho dejó escapar un gruñido ahogado; Traz no dijo nada. Los tres hombres retrocedieron en la oscuridad, hollando la alfombra de quebradizos gránulos. Traz tocó el brazo de Reith. Susurró:

—Observa la luz detrás de nosotros. El Phung está al alcance de la mano.

Reith se detuvo, forzando sus ojos en la oscuridad. No vio ninguna luz. El silencio era opresivo.

Entonces Reith creyó oír unos debilísimos sonidos raspantes. Avanzó cautelosamente en la oscuridad, el arma preparada. Y entonces captó una luz amarillenta: un reflejo oscilante en las paredes de la cueva. El *raspa-raspa-raspa* era un poco más intenso. Con las mayores precauciones, Reith miró por encima de un saliente de roca a una cámara. Un Phung, sentado, medio vuelto de espaldas, pulía sus placas braquiales con una lima. Una lámpara de aceite emitía un resplandor amarillo; a un lado había un sombrero negro de ala ancha y una capa colgados de una percha.

Cuatro Dirdir se erguían en la entrada de la cueva, los escudos por delante, las armas preparadas; sus propias refulgencias, al máximo, les proporcionaban la luz que necesitaban.

Traz arrancó uno de los hemisferios córneos de la pared. Lo arrojó contra el Phung, que cloqueó sorprendido. Traz empujó a Anacho y Reith hacia atrás, haciendo que se ocultaran tras el saliente de roca.

El Phung avanzó; pudieron ver su sombra contra el resplandor de la luz de la lámpara. Regresó a su cámara, avanzó una vez más, y ahora llevaba su sombrero y su capa.

Por un momento permaneció en silencio, a menos de metro y medio de Reith, que tuvo la impresión de que la criatura no podría evitar el oír el alocado latir de su corazón.

Los Dirdir dieron tres saltos hacia delante, con sus refulgencias arrojando una difuminada luz blanca por toda la cámara. El Phung se irguió como una

estatua de dos metros y medio, envuelto en su capa. Lanzó un par de cloqueos de despecho, luego dio una repentina serie de saltitos que lo situaron frente a los Dirdir. Por un tenso instante, Dirdir y Phung se observaron mutuamente. El Phung tendió sus brazos, agarró a dos Dirdir y los estrujó juntos, aplastándolos el uno contra el otro. Los otros dos Dirdir retrocedieron en silencio, alzando sus armas. El Phung saltó contra ellos, barriendo las armas a un lado. A uno le arrancó la cabeza; el otro huyó, junto con el Dirdir que había quedado de guardia fuera. Corrieron atravesando el estanque; el Phung danzó una extraña danza circular, saltó hacia delante, echó a correr rebasándoles en medio de grandes chapoteos. Hundió a uno bajo la superficie y se montó de pies sobre él, mientras el otro corría valle arriba. No tardó en iniciar su persecución.

Reith, Traz y Anacho salieron a toda prisa de la cueva y corrieron hacia la nave aérea. El Dirdir superviviente los vio y lanzó un grito de desesperación. El Phung se distrajo momentáneamente; el Dirdir se acurrucó tras una roca, luego, movido por la desesperación, echó a correr pasando junto al Phung hacia una de las armas que les habían sido arrebatadas antes de las manos. La tomó, y quemó con ella una de las piernas del Phung. El Phung cayó agitándose.

Reith, Traz y Anacho estaban ya subiendo al vehículo aéreo; Anacho se hizo cargo de los controles. El Dirdir gritó una alocada advertencia y echó a correr hacia ellos. El Phung dio un salto prodigioso y cayó sobre el Dirdir con un gran revuelo de su capa. Con el Dirdir reducido finalmente a un amasijo de huesos y piel, el Phung cojeó hasta el centro del estanque, donde se inmovilizó como una cigüeña, contemplando pesaroso su única pierna.

3

Bajo ellos se extendían las gargantas, separadas por crestas de piedra afiladas como cuchillos. Entalladuras paralelas, una tras otra; mirando hacia abajo, Reith se preguntó si él y sus compañeros hubieran podido sobrevivir allí hasta alcanzar el Draschade. Seguramente no. Especuló: ¿toleraban las gargantas algún tipo de vida? El viejo en Siadz había mencionado pisantillas y fere; ¿quién sabía qué otras criaturas habitaban los abismos de ahí abajo? Observó, enclavado en una hendidura entre dos altos picos, un amontonamiento de formas angulares como la florescencia de la madre roca: un poblado, aparentemente de hombres, aunque no podía verse ninguno de ellos. ¿Dónde hallaban el agua? ¿En las profundidades de la garganta? ¿Cómo se procuraban comida? ¿Por qué habían elegido un nido de águilas tan remoto como hogar? No había respuestas a sus preguntas; la aglomeración se perdió atrás en la distancia.

Una voz rompió las meditaciones de Reith: una voz suspirante, raspante, sibilante, que no pudo comprender.

Anacho pulsó un botón, la voz se esfumó. Anacho no se mostró preocupado; Reith evitó hacer ninguna pregunta.

Pasó la tarde; las gargantas se hicieron más amplias y no tardaron en convertirse en barrancos de fondo plano hundidos en la oscuridad, mientras que las crestas que los separaban mostraban franjas de color oro oscuro. Una región tan lúgubre y tétrica como una tumba, pensó Reith. Recordó el poblado, ahora muy atrás, y se sintió melancólico.

Las crestas y picos terminaron bruscamente, formando el frente de un gigantesco despeñadero; el suelo de las gargantas se abría y juntaba. Allí delante estaba el Draschade. Carina 4269, hundiéndose en el horizonte, dejaba un rastro topacio en la plumiza agua.

Un promontorio se hundía en el mar, resguardando una docena de botes de

pesca, altos de proa y popa. Un poblado se arracimaba junto a la orilla, con las luces ya encendidas en la creciente oscuridad.

Anacho trazó un lento círculo sobre el poblado. Señaló.

—¿Veis ese edificio de piedra con las dos cúpulas y las luces azules? Una taberna, o tal vez una posada. Sugiero que nos posemos y descansemos un poco. Hemos tenido un día agotador.

—Cierto, pero ¿no pueden rastrearnos hasta aquí los Dirdir?

—Es un riesgo pequeño. No tienen medios de hacerlo. Hace tiempo que he aislado el cristal de identidad. Y en cualquier caso, éste no es su camino.

Traz miró suspicaz al poblado, allá abajo. Nacido en las estepas interiores, desconfiaba del mar y de la gente del mar, a los que consideraba incontrolables y enigmáticos.

—Los habitantes del pueblo pueden resultar hostiles y lanzarse contra nosotros.

—Creo que no —dijo Anacho con aquella altiva voz que irritaba invariablemente a Traz—. En primer lugar nos hallamos al borde de los dominios Wannek; esa gente estará acostumbrada a los extranjeros. En segundo lugar una posada tan grande implica hospitalidad. En tercer lugar, más pronto o más tarde deberemos descender para comer y beber. ¿Por qué no aquí? El riesgo no puede ser mayor que en cualquier otra posada de la superficie de Tschai. En cuarto lugar, no tenemos ni planes ni destino. Considero una locura volar en medio de la noche sin rumbo fijo.

Reith se echó a reír.

—Me has convencido. Bajemos.

Traz agitó dubitativo la cabeza, pero no puso más objeciones.

Anacho posó el aparato en un campo junto a la posada, al abrigo de una hilera de chimax negros que oscilaban y suspiraban al frío viento procedente del mar. Los tres viajeros descendieron prudentemente, pero su llegada no había atraído mucha atención. Dos hombres, que avanzaban inclinados contra el viento prietamente envueltos en sus capas, se detuvieron un instante para observar el vehículo aéreo, luego prosiguieron su camino con sólo un breve comentario ocioso.

Tranquilizados, los tres hombres avanzaron hacia la parte delantera de la posada y cruzaron una pesada puerta de madera hasta un gran salón. Media docena de hombres de escaso pelo color arena y pálidos y blandos rostros se agrupaban en torno a la chimenea, sujetando jarras de peltre. Llevaban toscas ropas de pana gris y marrón, botas hasta las rodillas de bien aceitada piel; Reith los tomó por pescadores. Las conversaciones se detuvieron. Todos volvieron sus miradas hacia los recién llegados. Tras un momento regresaron al fuego, a sus jarras y a sus conversaciones.

Una corpulenta mujer vestida con ropas negras salió de una habitación de la parte de atrás.

—¿Quiénes sois?

—Viajeros. ¿Puedes proporcionarnos comida y alojamiento para esta noche?

—¿Cuál es vuestra gente? ¿Sois hombres de los fiordos? ¿O Rab?

—Ninguno de ellos.

—Los viajeros son a menudo gente que ha cometido fechorías en sus lugares de origen y han sido expulsados de allí.

—Admito que éste es a menudo el caso.

—Hummm. ¿Qué comeréis?

—¿Qué tienes?

—Pan y anguilas ahumadas con hilks.

—Entonces comeremos eso.

La mujer gruñó de nuevo y se alejó, pero les sirvió además una ensalada de líquenes dulces y una bandeja de condimentos. La posada, les informó, había sido originalmente la residencia de los reyes piratas Foglar. Se decía que había un tesoro enterrado bajo las mazmorras.

—Pero cuando cavas solamente descubres huesos y más huesos, algunos rotos, otros quemados. Eran unos hombres duros los Foglar. Bien, ¿queréis té?

Los tres hombres fueron a sentarse junto al fuego, Afuera el viento gemía en los aleros. La posadera agitó las brasas.

—Las habitaciones están al fondo del salón. Si necesitáis mujeres, deberé hacerlas venir; yo no sirvo a causa de mis dolores de espalda. Y tendré que cobrarlas aparte.

—No te molestes por eso —le dijo Reith—. Si las sábanas están limpias, nos sentiremos satisfechos.

—Extraños viajeros los que llegan en un aparato aéreo tan grande. Tú — señaló con un dedo a Anacho— puede que seas un Hombre-Dirdir. ¿Es un aparato Dirdir?

—Puede que yo sea un Hombre-Dirdir, y puede que ese aparato sea un aparato Dirdir. Y puede que estemos realizando un trabajo importante en el que sea necesaria una absoluta discreción.

—Ajá, entiendo. —La mujer no pudo reprimir su sorpresa—. Algo que ver con los Wannek, sin duda. ¿Sabéis que han habido grandes cambios en el sur? ¡Los Wannek y los Hombres-Wannek están enfrentados!

—Así nos han dicho.

La mujer se inclinó hacia delante.

—¿Qué hay de los Wannek? ¿Se retiran realmente? Corren rumores de que sí.

—No lo creo —dijo Anacho—. Mientras los Dirdir sigan ocupando Haulk, los Wannek mantendrán sus fortalezas en Kislovan, del mismo modo que los Chasch Azules mantendrán listos sus silos de torpedos.

—¡Y nosotros, pobres miserables humanos, peones de esa gran gente, sin saber nunca hacia qué lado saltar! —exclamó la mujer—. ¡Digo que Bevol se los lleve a todos, y nos dejen tranquilos!

Agitó un puño hacia el sur, hacia el sudoeste y hacia el noroeste, las direcciones en las que localizaba a sus principales antagonistas; luego se marchó.

Anacho, Traz y Reith siguieron sentados en la antigua sala de piedra, contemplando el parpadeante fuego.

—Bien —dijo Anacho—, ¿qué hacemos mañana?

—Mis planes siguen siendo los mismos —dijo Reith—. Pretendo regresar a la Tierra. En algún lugar, de alguna manera, tengo que entrar en posesión de una espacionave. Este programa no tiene sentido para vosotros dos. Deberíais ir a un lugar donde estuvierais seguros: las Islas de las Nubes, o quizá de vuelta a Smargash. Iremos allá donde vosotros decidáis; luego quizá me dejéis continuar en el aparato aéreo.

El largo rostro de arlequín de Anacho adoptó una expresión casi formal.

—¿Y dónde irás entonces?

—Mencionaste los talleres espaciales en Sivishe; ese será mi destino.

—¿Y el dinero? Necesitarás una gran cantidad, al mismo tiempo que

sutileza, y sobre todo suerte.

—Para el dinero siempre están los Carabas.

Anacho asintió.

—Cualquier desesperado de Tschai te dirá lo mismo. Pero la riqueza no llega sin un gran riesgo. Los Carabas se hallan dentro de la Reserva de Caza Dirdir; los que penetran allí se convierten en presas. Y si eludes a los Dirdir, están Buszli el Bandido, la Banda Azul, las mujeres vampiro, los apostadores, los hombres-gancho. Por cada hombre que consigue un puñado de sequins, otros tres dejan allí sus huesos, o llenan la barriga de los Dirdir.

Reith hizo una mueca.

—Tendré que correr el riesgo.

Los tres permanecieron sentados, mirando al fuego. Traz se agitó.

—Hace mucho tiempo desde que llevaba el Onmale, pero nunca me he librado enteramente de su peso. A veces siento que me llama desde debajo del suelo. Al principio ordenaba preservar la vida de Adam Reith; ahora, aunque quisiera, no podría abandonar a Adam Reith por miedo al Onmale.

—Yo soy un fugitivo —dijo Anacho—. No tengo vida propia. Hemos destruido la primera Iniciativa,^[3] pero más pronto o más tarde habrá una segunda Iniciativa. Los Dirdir son pertinaces. ¿Sabéis dónde podemos encontrar la mayor seguridad? En Sivishe, al pie de la ciudad Dirdir de Hei. En cuanto a los Carabas... —Anacho suspiró afligido—. Adam Reith parece poseer una extraña habilidad para la supervivencia. No tengo nada mejor que hacer. Correré también el riesgo.

—No diré nada más —murmuró Reith—. Os agradezco vuestra compañía.

Durante un tiempo los tres siguieron contemplando las llamas. Afuera, el viento soplaba y silbaba.

—Bien, nuestro destino son los Carabas —dijo Reith—. ¿Por qué no debería proporcionarnos la nave una ventaja? Anacho agitó los dedos.

—No en la Zona Negra. Los Dirdir la captarían y estarían inmediatamente sobre nosotros.

—Tiene que existir algún tipo de táctica que disminuya el peligro —dijo Reith.

Anacho lanzó una lúgubre risita.

—Cada cual que visita la Zona tiene sus propias teorías. Algunos entran de

noche; otros llevan camuflajes y botas con la suela acolchada para disimular su rastro. Algunos organizan brigadas y avanzan como una unidad; otros se sienten más seguros solos. Algunos entran por Zimle; otros bajan desde Maust. Las eventualidades son normalmente las mismas.

Reith se frotó reflexivamente la mandíbula.

—¿Se unen los Hombres-Dirdir a la caza?

Anacho sonrió a las llamas.

—Los Inmaculados conocen la caza. Pero tu idea no tiene ningún valor. Ni tú ni Traz podéis aparentar con éxito a un Inmaculado.

El fuego se convirtió en cenizas; los tres se retiraron a sus altas y oscuras habitaciones y durmieron en duros colchones bajo sábanas que olían a mar. Por la mañana tomaron un desayuno de bizcochos salados y té, pagaron la cuenta y abandonaron la posada.

El día era melancólico. Fríos tentáculos neblinosos se enroscaban en torno a los chimax. Los tres hombres subieron al aparato aéreo. Se elevaron hacia el encapotado cielo, y finalmente surgieron a la ambarina luz solar. Se orientaron hacia el oeste, por encima del océano Draschade.

4

El gris Draschade se deslizaba a sus pies: el mismo océano que Reith había cruzado —le parecía que hacía eones de ello— a bordo del *Vargaz*. Anacho volaba cerca de la superficie, para minimizar el riesgo de ser detectados por las pantallas rastreadoras Dirdir.

—Tenemos importantes decisiones que tomar —anunció—. Los Dirdir son cazadores; nosotros vamos a convertirnos en presas. En principio, una vez iniciada, una caza debe consumarse, pero los Dirdir no son tan cohesivos como los Wannek; sus programas son el resultado de iniciativas individuales, los llamados *zhna-dih*. Esto significa «un gran salto impetuoso, acompañado de destellos como relámpagos». El celo consumido en encontrarnos depende de si el jefe cazador, el que realizó el primitivo *zhna-dih*, estaba a bordo de la nave y ahora ha muerto o no. En el primer caso hay una considerable disminución del riesgo, a menos que otro Dirdir desee afirmar su *h'so*, una palabra que significa «maravilloso predominio», y organice otro *tsau'gsh*, en cuyo caso las condiciones serán las mismas que antes. Si el jefe de la caza está aún vivo, se ha convertido en nuestro mortal enemigo.

—¿Y qué era antes? —preguntó Reith, maravillado. Anacho ignoró la observación.

—El jefe de la caza tiene la fuerza de la comunidad a su disposición, aunque impone su *h'so* más enfáticamente a través del *zhna-dih*. Sin embargo, si sospecha que estamos utilizando el vehículo aéreo, puede ordenar que sean utilizadas las pantallas rastreadoras. —Anacho señaló despreocupadamente un disco de metal gris a un lado del panel de instrumentos—. Si somos interceptados por una pantalla rastreadora, veréis aquí un entramado de líneas anaranjadas.

Pasaron las horas. Anacho condescendió a explicar la forma en que operaba

el aparato; Traz y Reith se familiarizaron con los controles. Carina 4269 ascendió en el cielo, pasó por encima de la nave y empezó a descender hacia el oeste. El Draschade se deslizaba a sus pies, una enigmática extensión gris amarronada, que se confundía y mezclaba a lo lejos con el cielo.

Anacho empezó a hablar de los Carabas:

—La mayoría de los buscadores de sequins entran por Maust, a ochenta kilómetros al sur del Primer Mar. En Maust están las tiendas de equipamiento más completas, los mejores mapas y manuales, y otros servicios. Considero que es un destino tan bueno como cualquier otro.

—¿Dónde se encuentran normalmente los bulbos?

—En cualquier lugar dentro de los Carabas. No hay ninguna regla, ningún sistema para descubrirlos. Donde hay mucha gente buscando, los bulbos son naturalmente pocos.

—Entonces, ¿por qué no elegir una entrada menos popular?

—Maust es popular debido a que es la más conveniente.

Reith miró al frente, hacia la aún invisible costa de Kislovan y el desconocido futuro.

—¿Y si no utilizamos ninguna de esas entradas, sino algún punto intermedio?

—¿Y qué ganaremos con ello? La Zona es la misma en cualquier dirección.

—Tiene que existir alguna forma de minimizar los riesgos y maximizar los beneficios.

Anacho agitó despectivamente la cabeza.

—¡Eres un hombre extraño y obstinado! ¿No es esta actitud una forma de arrogancia?

—No —dijo Reith—. No lo creo así.

—¿Por qué deberías tener tú éxito con tanta facilidad allá donde muchos otros han fracasado? —argumentó Anacho.

Reith sonrió.

—No es arrogancia el que uno se pregunte por qué han fracasado.

—Una de las virtudes Dirdir es el *zs'hanh* —dijo Anacho—. Significa «indiferencia desdeñosa hacia la actividad de otros». Hay veintiocho castas de Dirdir, que no voy a enumerar, y cuatro castas de Hombres-Dirdir: los Inmaculados, los Intensivos, los Estranes y los Clutes. El *zs'hanh* es considerado

como un atributo de los grados cuatro a trece de los Dirdir. Los Inmaculados practican también el *zs'hanh*. Es una noble doctrina.

Reith agitó sorprendido la cabeza.

—¿Cómo han conseguido los Dirdir crear y coordinar una civilización técnica? Con una mezcla tal de voluntades en conflicto...

—Lo has comprendido mal —dijo Anacho con su voz más nasal—. La situación es más compleja. Para ascender de casta un Dirdir debe ser aceptado en el siguiente grupo más alto. Consigue esta aceptación a través de sus logros, no ocasionando conflictos. El *zs'hanh* no es siempre adecuado para las clases inferiores, ni tampoco para las más altas, que utilizan la doctrina del *pn'hanh*: «la sagacidad corrosiva o roedora del metal».

—Yo debo pertenecer a una casta alta —dijo Reith—. Tengo intención de utilizar el *pn'hanh* antes que el *zs'hanh*. Tengo intención de explotar cualquier posible ventaja y evitar todo riesgo.

Reith miró de soslayo al gran rostro lúgubre. *Desea señalar que mi casta es demasiado baja para tales pretensiones, pensó, pero sabe que me reiré de él.*

El sol se hundió con una anormal deliberación, con su índice de inmersión en el mar frenado por el avance hacia el oeste del aparato. A última hora de la tarde una masa gris violácea surgió en el horizonte, como acudiendo al encuentro del disco solar marrón pálido. Era la isla Leume, muy próxima a la parte inferior del continente de Kislovan.

Anacho hizo girar ligeramente el aparato hacia el norte y aterrizó en un destartalado pueblo en el arenoso cabo norte. Pasaron la noche en la Hostería del Soplador de Vidrio, una estructura hecha a base de botellas y jarras desechadas por las tiendas y las canteras de arena de la parte de atrás de la ciudad. La hostería era húmeda y estaba empapada de un peculiar olor ácido; la sopa de la cena, servida en una pesada sopera de vidrio verde, desprendía el mismo aroma. Reith observó la similitud a Anacho, que llamó al camarero Gris^[4] y le preguntó altivamente. El camarero señaló a un largo insecto negro que se escurría por el suelo.

—Los skarats son criaturas que exhalan un fuerte olor. Bevol nos los envió como una plaga, hasta que decidimos utilizarlos y descubrimos que eran nutritivos. Ahora apenas conseguimos capturar los suficientes.

Desde hacía tiempo Reith había adoptado la costumbre de no preguntar

acerca de la comida que le era puesta delante, pero ahora no pudo evitar un mirada a la soper.

—¿Quieres decir que... la sopa...?

—Naturalmente —afirmó el camarero—. La sopa, el pan, los adobos: todo está aromatizado al skarat, y si no los utilizáramos para esto nos infestarían con el mismo efecto, así que hacemos de la conveniencia una virtud y realizamos al mismo tiempo los sabores.

Reith apartó la sopa de delante. Traz comió imperturbable. Anacho resopló irritadamente y comió también. Reith pensó que los melindres no eran propios de Tschai, o él al menos no los había detectado. Lanzó un profundo suspiro, y puesto que no había otra comida, tragó la sopa de rancio sabor.

A la mañana siguiente el desayuno fue de nuevo sopa, con una guarnición de plantas marinas. Los tres hombres partieron inmediatamente después, cruzando el golfo de Leume hacia el norte y penetrando en las pedregosas extensiones de Kislovan.

Anacho, normalmente impertérrito, empezó a mostrarse ahora inquieto, mirando hacia el suelo, escrutando las protuberancias y las burbujas, las zonas de pelaje marrón y terciopelo rojo y los temblorosos espejos que constituían los instrumentos.

—Nos acercamos a los dominios Dirdir —dijo—. Nos desviaremos hacia el norte en dirección al Primer Mar, luego hacia el este a Khorai, donde deberemos abandonar el aparato y cruzar el Zoga'ar zum Fulkash am^[5] hasta Maust. Luego... los Carabas.

5

El vehículo aéreo volaba por encima del gran Desierto de Piedra, paralelo a los picos negros y rojos de la Cordillera de Zopal, sobre resacas llanuras de polvo, campos de pedregal, dunas de arena rosa oscuro, un oasis solitario rodeado por las plumas de los blancos árboles de humo.

A última hora de la tarde una tormenta de viento alzó torbellinos de polvo cobrizo sobre el paisaje, sumergiendo a Carina 4269 en la oscuridad. Anacho desvió el aparato hacia el norte. Finalmente, una línea azul negruzca en el horizonte señaló el Primer Mar.

Anacho aterrizó inmediatamente en medio de la aridez, a unos quince kilómetros del mar.

—Khorai está aún a horas de distancia; mejor no llegar después de oscurecer. Los Khor son una gente suspicaz, que saca sus cuchillos a la primera palabra fuerte. Por la noche golpean sin ninguna provocación.

—¿Es esa gente la que va a cuidar de nuestro aparato?

—¿Qué ladrón sería lo bastante loco como para molestar a los Khor?

Reith miró los desolados alrededores.

—Prefiero la cena de la Hostería del Soplador de Vidrio que nada en absoluto.

—¡Ja! —dijo Anacho—. En los Carabas recordarás con añoranza el silencio y la paz de esta noche.

Se echaron sobre la arena. La noche era oscura y muy despejada. Directamente sobre sus cabezas brillaba la constelación de Clari, en la que, invisible a los ojos, estaba el Sol. ¿Volvería a ver alguna vez la Tierra?, se preguntó Reith. ¿Cuántas veces tendría ocasión de tenderse bajo el cielo nocturno y alzar la vista hacia Argo Navis en busca del invisible sol amarronado Carina 4269 y su pequeño planeta Tschai?

Un parpadeo en el interior del vehículo aéreo atrajo su atención: fue a mirar, y descubrió un entramado de líneas anaranjadas oscilando en la pantalla del radar.

Cinco minutos más tarde desapareció, dejando a Reith con una sensación de frío y desolación.

Por la mañana el sol se alzó al borde de la árida llanura en un cielo sorprendentemente claro y transparente, de tal modo que cada pequeña irregularidad, cada guijarro, dejaba una larga sombra negra. Anacho hizo elevarse el aparato y voló a poca altura; él también había observado el parpadeo naranja de la noche anterior. La desolación empezó a receder: aparecieron grupos de atrofiados árboles de humo, y más tarde negros dendrones y arbustos vejiga.

Alcanzaron el Primer Mar y giraron al oeste, siguiendo la línea de la costa. Pasaron por encima de algunos poblados: chozas de apagados ladrillos rojos con techos cónicos de hierro negro, junto a bosquecillos de enormes árboles dianos, que Anacho declaró eran sagrados. Unos muelles desvencijados como ciempiés muertos penetraban en la oscura agua; la playa estaba llena de botes de madera negra de doble proa varados en la arena. Reith miró a través del sondoscopio y observó la presencia de hombres y mujeres de piel color amarillo mostaza. Llevaban ropas negras y altos sombreros negros; cuando el aparato pasó sobre ellos, alzaron la vista con aire poco amistoso.

—Khor —afirmó Anacho—. Gente extraña de secretas costumbres. Son distintos de día que de noche, o al menos eso se dice. Cada individuo posee dos almas que van y vienen con el amanecer y el atardecer, de modo que cada uno es dos personas distintas. Se cuentan historias peculiares. —Señaló hacia delante—. Observa la orilla, allí donde forma como un embudo.

Reith miró en la dirección indicada y vio uno de los ahora familiares bosquecillos de dianos y un grupo de tristes chozas amarronadas con negros techos de hierro. Una carretera surgía de un pequeño recinto y se encaminaba al sur por entre las onduladas colinas, hacia los Carabas.

—He aquí el bosquecillo sagrado de los Khor —dijo Anacho—, donde, o al menos eso se dice, son intercambiadas las almas. Más allá puedes ver la terminal de caravanas y la carretera a Maust. No me atrevo a llevar más lejos el aparato; aquí debemos aterrizar y seguir nuestro camino hasta Maust como vulgares

buscadores de sequins, lo cual no es necesariamente una desventaja.

—¿Y cuando regresemos el aparato aún estará aquí?

Anacho señaló hacia el muelle.

—Observa los botes anclados.

Mirando por el sondascopio, Reith observó tres o cuatro docenas de botes de todos tipos.

—Esos botes —dijo Anacho— trajeron hasta Khorai a los buscadores de sequins desde Coad, Hedaijha, las Islas Bajas, desde el Segundo Mar y el Tercer Mar. Si los propietarios regresan dentro del término de un año, parten con ellos de Khorai de vuelta a sus hogares. Si al cabo del año no han regresado, el bote se convierte en propiedad del capitán del puerto. Sin duda podremos arreglar el mismo tipo de contrato.

Reith no discutió la idea, y Anacho hizo descender el aparato hasta la playa.

—Recordad —advirtió Anacho—, los Khor son una gente muy sensible. No habléis con ellos; no les prestéis atención excepto por necesidad, en cuyo caso debéis usar el menor número posible de palabras. Consideran la locuacidad un crimen contra la naturaleza. No os situéis contra el viento con relación a un Khor, ni si es posible a favor del viento; tales actos son simbólicos de antagonismo. Nunca deis muestras de la presencia de una mujer; no miréis a sus hijos... sospecharán que les estáis echando una maldición; y sobre todo ignorad el bosquecillo sagrado. Su arma es el dardo de hierro, que lanzan con una sorprendente precisión; son una gente peligrosa.

—Espero recordarlo todo —dijo Reith.

El aparato aterrizó en los guijarros de la playa; unos segundos más tarde un individuo alto y delgado de piel curtida, con unos profundos ojos, mejillas hundidas y una nariz como un pico de ave llegó corriendo junto a ellos, con su túnica de burda tela azotando sus piernas en su carrera.

—¿Vais a los Carabas, los terribles Carabas?

Reith asintió cautelosamente.

—Ésta es nuestra intención.

—¡Vendedme vuestro vehículo aéreo! He entrado cuatro veces en la Zona, arrastrándome de roca en roca; ahora tengo mis sequins. Vendedme vuestro vehículo aéreo, para que pueda volver a Holangar.

—Desgraciadamente, lo necesitaremos para nuestro regreso.

—¡Os ofrezco sequins, sequins púrpuras!

—No significan nada para nosotros; vamos a encontrarlos por nuestros propios medios.

El demacrado hombre hizo un gesto emotivo demasiado salvaje para ser expresado con palabras y siguió corriendo por la playa. Ahora se acercaban un par de Khor: hombres en cierto modo esbeltos y delicados físicamente, con túnicas negras y sombreros negros cilíndricos que les daban la ilusión de una mayor altura. Sus rostros color amarillo mostaza eran graves e inexpresivos, sus narices finas y pequeñas, sus orejas frágiles cartílagos casi transparentes. El fino pelo negro les crecía más hacia arriba que hacia abajo, y quedaba confinado dentro del alto sombrero. Reith tuvo la impresión de que eran una rama de la humanidad tan divergente como los Hombres-Chasch, quizá una especie distinta.

El más viejo de los dos habló con una voz fina y suave:

—¿Por qué habéis venido aquí?

—Venimos a buscar sequins —dijo Anacho—. Esperamos poder dejar el vehículo aéreo a vuestro cuidado.

—Debéis pagar. El vehículo aéreo es un aparato valioso.

—Mucho mejor para vosotros si no regresamos. No podemos pagar nada.

—Si regresáis, deberéis pagar.

—No, ningún pago. No insistas o volaremos directamente hasta Maust.

Los rostros color amarillo mostaza no mostraron la menor emoción.

—Muy bien, pero os concedemos solamente hasta el mes de Temas.

—¿Sólo tres meses? ¡Un período demasiado corto! Danos hasta finales del Meumas, o mejor del Azaimas.

—Hasta el Meumas. Vuestro vehículo aéreo estará seguro contra todos excepto contra aquellos a quienes lo robasteis.

—Estará totalmente seguro; no somos ladrones.

—Que así sea. Hasta el primer día del mes de Meumas, en el preciso instante.

Los tres viajeros tomaron sus posesiones y cruzaron Khorai hasta la terminal de caravanas. Bajo un cobertizo abierto había un carromato a motor preparado para el viaje, con una docena de hombres de distintas razas a su lado. Hicieron los arreglos necesarios para el pasaje, y una hora más tarde partían de Khorai, siguiendo la carretera del sur hacia Maust.

El carromato a motor cruzó áridas colinas y pantanos secos, deteniéndose para pasar la noche en un albergue regentado por una comunidad de mujeres de blancos rostros. O bien eran miembros de alguna secta religiosa orgiástica o simples prostitutas; mucho tiempo después de que Reith, Anacho y Traz se hubieran acostado en los bancos que servían como camas, los gritos ebrios y las risas estentóreas seguían llegando aún de la sala común llena de humo.

Por la mañana la sala común estaba a oscuras y tranquila, oliendo a vino derramado y al humo de las luces apagadas. Había hombres recostados boca abajo sobre las mesas, o despatarrados en los bancos, con rostros cenicientos. Entraron las mujeres del lugar, ahora con voces duras y perentorias, llevando calderos de goulash claro y amarillento. Los hombres se agitaron y gruñeron, comieron sombríamente en bols de tierra, y se dirigieron tambaleantes al carromato a motor, que prosiguió la marcha inmediatamente hacia el sur.

Al mediodía apareció Maust en la distancia: un amasijo de estrechos edificios con altos gabletes y retorcidos techos, construidos con maderos de color oscuro y tejas blanqueadas por el tiempo. Más allá se extendía una desnuda llanura hasta las entrevistas Colinas del Recuerdo. Un grupo de muchachos apareció corriendo para recibir al carromato a motor. Gritaban eslóganes y alzaban carteles y pancartas: «¡Atención, buscadores de sequins! ¡Kobo Hux os venderá uno de sus excelentes detectores de bulbos!» «Formulad vuestros planes en la Hospedería de las Luces Púrpura.» «Las armas, almohadillados para los pies, mapas y artículos para cavar de Sag el Mercader son tremendamente útiles.» «No vayáis al azar; Garzu el Vidente adivina la localización de los bulbos púrpura más grandes.» «Huid de los Dirdir con toda la velocidad posible; utilizad las flexibles botas que os proporciona Awalko.» «Vuestros últimos pensamientos serán agradables si, antes de morir, consumís las tabletas euforizantes formuladas por Laus el Taumaturgo.» «Gozad de un alegre respiro antes de entrar en la Zona en la Plataforma de la Alegría.»

El carromato a motor se detuvo en un recinto al extremo de Maust. Los pasajeros se fundieron con una multitud de hombres charlatanes, muchachos insistentes, chicas de sonrientes rostros, cada uno de ellos con una nueva oferta. Reith, Traz y Anacho se abrieron camino entre la multitud evitando de la mejor manera que pudieron las manos que intentaban agarrarlos a ellos y a sus

posesiones.

Entraron en una estrecha calle que avanzaba entre altas estructuras oscurecidas por el tiempo y donde apenas penetraba el color cerveza de la luz del sol. Algunas de las casas vendían artículos y utensilios concebiblemente útiles para el buscador de sequins: equipos de marcado, camuflajes, eliminadores de rastro, tenazas, horquillas, barras, monoculares, mapas, guías, talismanes y polvos de plegarias. De otras casas llegaba el resonar de címbalos, un ronco graznar de oboes, todo ello acompañado por gritos de ebria exaltación. Algunos de los edificios estaban dedicados al juego; otros funcionaban como posadas, con restaurantes en la planta baja. Por todos lados se apreciaba el peso de la antigüedad, incluso en el seco y aromático olor del aire. Las piedras se veían pulidas por el toque casual de miles de manos; las maderas interiores eran oscuras y enceradas; las viejas tejas marrones mostraban un lustre sutil a la resplandeciente luz.

En la parte trasera de la plaza central se alzaba una espaciosa hostelería, con la apariencia de ofrecer una confortable acomodación. Anacho se decantó por ella, aunque Traz gruñó ante lo que consideraba un lujo excesivo e innecesario.

—¿Tenemos que pagar el precio de un caballo saltador simplemente por dormir una noche? —se quejó—. Hemos pasado por una docena de albergues más de mi agrado.

—A su debido tiempo aprenderás a apreciar los refinamientos de la civilización —dijo Anacho con indulgencia—. Veamos lo que nos ofrece el interior.

Cruzaron una puerta de madera labrada y se hallaron en el salón. Una serie de candelabros que representaban lluvias de sequins colgaban del techo; una magnífica alfombra, negra con un borde entre gris y pardo y cinco estrellas escarlatas o ocres cubrían las baldosas del suelo.

Un mayordomo se les acercó para inquirir sus necesidades. Anacho pidió tres habitaciones, ropas limpias, baños y ungüentos.

—¿Y cuáles son vuestras tarifas? —quiso saber.

—Por tal acomodación cada uno deberéis pagar cien sequins^[6] al día —respondió el mayordomo.

Traz lanzó una exclamación de sorpresa; incluso Anacho se sintió inclinado a protestar.

—¿Qué? ¿Por tres modestas habitaciones pides trescientos sequins? ¿No tienes sentido de la proporción? El precio es abusivo.

El mayordomo hizo una breve inclinación de cabeza.

—Señores, ésta es la famosa Hospedería Alawan, en el umbral de los Carabas. Nuestros clientes nunca se quejan; su destino es o bien la riqueza o los intestinos de los Dirdir. Entonces, ¿qué importan unos cuantos sequins más o menos? Si sois incapaces de pagar nuestras tarifas os sugiero la Posada del Buen Reposo o el Albergue de la Zona Negra. Observad sin embargo que la tarifa incluye el acceso a un bufete de vituallas de buena calidad así como a una biblioteca de mapas, guías y consejos técnicos, sin mencionar los servicios de un experto consultor.

—Muy bien —dijo Reith—. Primero veremos el Albergue de la Zona Negra, y otros dos o tres establecimientos.

El Albergue de la Zona Negra ocupaba los pisos superiores de un salón de juego. La Posada del Buen Reposo era un conjunto de fríos barracones a un centenar de metros al norte de la ciudad, junto a un basurero.

Tras inspeccionar algunos otros alojamientos, los tres hombres regresaron al Alawan, donde tras un furioso regateo consiguieron una pequeña rebaja en la tarifa, aunque tuvieron que pagar por adelantado.

Tras una comida compuesta por carne guisada y pastel de maíz, los tres amigos se dirigieron a la biblioteca, en la parte trasera del segundo piso. La pared lateral mostraba desplegado un gran mapa de la Zona; las estanterías contenían folletos, portafolios, compilaciones. El consultor, un hombre bajito de ojos tristes, se sentaba a un lado y respondía a las preguntas con un susurro confidencial. Los tres pasaron la tarde estudiando la fisiografía de la Zona, los itinerarios de las expediciones exitosas y fracasadas, la distribución estadística de las muertes provocadas por los Dirdir. De aquellos que entraban en la Zona, algo menos de dos tercios regresaban, con un beneficio medio en sequins por valor de unos seiscientos.

—Las cifras son engañosas —indicó Anacho—. Incluyen a los marginales, que nunca se aventuran a más de un kilómetro en el interior de la Zona. Los buscadores que se adentran en las colinas y en las lejanas laderas constituyen la mayor parte de las bajas y la mayor parte del beneficio.

Había un millar de aspectos en la ciencia de la búsqueda de sequins, con

hileras de estadísticas para iluminar cualquier posible curiosidad. A la vista de un grupo de Dirdir un buscador de sequins podía echar a correr, esconderse o luchar, con sus posibilidades de salir con bien calculadas en términos de fisiografía, hora del día, proximidad al Portal de los Destellos. Los buscadores organizados en grupos para autoprotección atraían un número de Dirdir por encima del índice de compensación, y sus posibilidades de supervivencia disminuían. Los bulbos se encontraban en cualquier parte de la Zona, la mayoría en las Colinas del Recuerdo y en la Terraza Sur, la sabana al extremo más alejado de las colinas. Los Carabas eran considerados como una tierra de nadie, y los buscadores se emboscaban a veces los unos a los otros; tales actos estaban contabilizados como un once por ciento del riesgo.

Se acercaba el anochecer, y la biblioteca estaba sumiéndose en la penumbra. Los tres amigos bajaron al refectorio donde, bajo la luz de tres grandes candelabros, una serie de sirvientes con librea negra de seda habían depositado ya la cena. Reith se sintió impulsado a remarcar tanta elegancia, a lo que Anacho lanzó un ladrido de sardónica risa.

—¿Cómo si no justificar unas tarifas tan exorbitantes? —Se dirigió al bufet y regresó con tres copas de vino de especias.

Los tres, reclinados en los antiguos canapés, observaron a los demás huéspedes, la mayoría de los cuales permanecían sentados a solas. Unos pocos iban por parejas, y un único grupo de cuatro se apiñaba en una mesa apartada, envueltos en capas oscuras y capuchas que revelaban solamente largas narices marfileñas.

—Dieciocho hombres en el salón, contándonos a nosotros —observó Anacho—. Nueve encontrarán sequins, nueve no encontrarán nada. Dos pueden localizar un bulbo de gran valor, púrpura o escarlata. Diez, quizá doce, pasarán a las barrigas Dirdir. Seis, o quizá ocho, regresarán a Maust. Aquéllos que vayan más lejos en busca de los bulbos más valiosos correrán el mayor riesgo; los seis u ocho que vuelvan no sacarán un gran provecho.

—Cada día que pasa en la Zona un hombre se enfrenta a una posibilidad sobre cuatro de morir —dijo Traz lúgubrementemente—. Sus beneficios medios son de unos cuatrocientos sequins; parece como si esos hombres, y nosotros también, valoráramos la vida solamente en mil seiscientos sequins.

—Hemos de encontrar algún medio de mejorar nuestras posibilidades —dijo

Reith.

—Todo el mundo que acude a la Zona hace planes similares —dijo secamente Anacho—. No todos tienen éxito.

—Entonces debemos intentar algo que nadie haya tomado aún en consideración.

Anacho emite un sonido escéptico.

Salieron a explorar la ciudad. Los cabarets exhibían luces rojas y verdes; en los balcones, muchachas de rostros impasibles hacían gestos y posturas a los transeúntes y cantaban extrañas y suaves canciones. Las casas de juego mostraban luces más brillantes y una actividad más ferviente. Cada una de ellas parecía especializarse en un juego en particular, tan simple como los dados de catorce caras, tan complejo como el ajedrez jugado contra los profesionales de la casa.

Se detuvieron para observar un juego llamado Localiza el Bulbo Púrpura. Un tablero de diez metros de largo por tres de ancho representaba los Carabas, los Promontorios, las Colinas del Recuerdo, la Terraza Sur, las gargantas y valles, las sabanas, los riachuelos y los bosques estaban fielmente representados. Luces azules, rojas y púrpuras indicaban la localización de los bulbos, esparcidos a lo largo de los Promontorios, y más abundantes en las colinas del Recuerdo y en la Terraza Sur. Khusz, el campamento de caza Dirdir, era un bloque blanco, con protuberancias púrpuras en forma de cuernos en cada esquina. Una cuadrícula numerada estaba sobrepuesta a todo el escenario. Una docena de jugadores manejaban el tablero, cada uno de ellos controlando un muñeco. En el tablero había también las efigies de cuatro cazadores Dirdir al acecho. Los jugadores arrojaban por turno un dado de catorce lados para determinar el movimiento de sus muñecos a lo largo y ancho de la cuadrícula, según la elección del jugador. Los cazadores Dirdir, moviéndose por la misma cuadrícula, intentaban alcanzar una de las intersecciones en las cuales se encontraba algún muñeco, en cuyo momento este muñeco era declarado destruido y eliminado del juego. Cada muñeco intentaba alcanzar las intersecciones donde se hallaban las luces que representaban bulbos de sequins, aumentando así su puntuación. En el momento en que desearan podían abandonar la Zona saliendo por el Portal de los Destellos, y le eran pagadas sus ganancias. La mayor parte de las veces, movido por la codicia, el jugador mantenía su muñeco en el tablero hasta que un Dirdir

lo alcanzaba, con lo cual perdía la totalidad de sus ganancias. Reith observó fascinado el juego. Los jugadores permanecían sentados, aferrados a las barras de sus cabinas. Miraban y se agitaban, dando roncas órdenes a los operadores, gritando excitadamente cuando alcanzaban un bulbo, gruñendo cuando se acercaba un Dirdir, echándose hacia atrás con rostros demudados cuando sus muñecos eran destruidos y perdían sus ganancias.

El juego terminó. Ya no quedaba ningún muñeco en los Carabas.

Ningún Dirdir cazaba en una Zona vacía. Los jugadores descendieron rígidamente de sus cabinas; aquellos que habían conseguido salir de la Zona recogieron sus ganancias. Los Dirdir regresaron a Khusz, más allá de la Terraza Sur. Nuevos jugadores pagaron su participación en el juego y recibieron sus muñecos, y el juego empezó una vez más.

Reith, Traz y Anacho prosiguieron su paseo por la calle. Reith se detuvo ante un escaparate para examinar los fajos de papeles doblados exhibidos en él. Unos letreros rezaban:

Meticulosamente anotado a lo largo de diecisiete años: el mapa de Sabour Yan por sólo 1000 sequins, garantizada su no explotación.

y

El mapa de Goragonso el Misterioso, que vivió en la Zona como una sombra, alimentando sus bulbos secretos como si fueran niños, por sólo 3500 sequins. Nunca explotado.

Reith miró a Anacho en busca de una explicación.

—Muy sencillo. Gente como Sabour Yan y Goragonso el Misterioso exploran durante años las regiones seguras de los Carabas, buscando los bulbos de calidad inferior, los blancos y cremas, los azul pálidos que son conocidos como sardos, los verde pálidos. Cuando localizan esos bulbos anotan cuidadosamente su posición y los ocultan de la mejor manera que pueden, bajo montones de piedras o placas de esquistos, pensando en regresar años más tarde una vez los bulbos hayan madurado. Si encuentran bulbos púrpura tanto mejor, pero en las regiones cercanas que frecuentan en razón de la seguridad los bulbos

púrpura suelen ser escasos, excepto aquellos que como «blancos» o «cremas» o «sardos» fueron descubiertos y ocultados una generación antes. Cuando tales hombres resultan muertos, sus mapas se convierten en valiosos documentos. Desgraciadamente, adquirir uno de esos mapas puede ser arriesgado. La primera persona que ha entrado en posesión del mapa puede haberlo «explotado», retirando los mejores bulbos, y luego poniendo a la venta el mapa como «no explotado». ¿Quién puede probar lo contrario?

Regresaron los tres al Alawan. En el salón, un único candelabro exudaba la luz de un centenar de apagadas joyas que se perdían entre las sombras, con tan sólo un destello de color aquí y allá en la oscura madera. El refectorio estaba también en penumbra, ocupado por unos pocos grupos murmurantes. Se sirvieron sendos bols de té a la pimienta de una tetera y se acomodaron en un reservado.

Traz dijo con voz irritada:

—Este lugar es una locura: Maust y los Carabas juntos. Deberíamos marcharnos y buscar la riqueza de alguna manera normal.

Anacho hizo un gesto despreocupado con sus blancos dedos, y su aflautada voz adoptó un tono didáctico:

—Maust no es más que un aspecto de las relaciones entre hombres y dinero, y debe ser considerado sobre esta base.

—¿Siempre tienes que estar diciendo tonterías? —gruñó Traz—. Ganar sequins en Maust o en la Zona es una apuesta, en la que las posibilidades son pocas. A mí nunca me ha gustado apostar.

—En lo que a mí respecta —dijo Reith—, planeo ganar sequins, pero no tengo la menor intención de apostar.

—¡Imposible! —declaró Anacho—. En Maust apuestas con sequins; en la Zona apuestas con tu vida. ¿Cómo piensas evitar hacerlo?

—Puedo intentar reducir las posibilidades a un nivel tolerable.

—Todo el mundo espera hacer lo mismo. Pero los fuegos Dirdir arden por la noche en todos los Carabas, y en Maust los propietarios de las tiendas ganan más que la mayoría de los buscadores de sequins.

—Recolectar sequins es inseguro y lento —dijo Reith—. Yo prefiero los sequins ya recolectados.

Anacho frunció los labios en un gesto de irónico cálculo.

—¿Planeas robar a los buscadores de sequins? El proceso es arriesgado.

Reith alzó la vista hacia el techo. ¿Cómo podía Anacho leer tan equivocadamente sus procesos mentales?

—No planeo robar a los buscadores de sequins.

—Entonces me siento desconcertado —dijo Anacho—. ¿A quién pretendes robar?

Reith habló con mucho cuidado.

—Mientras observábamos el juego de la búsqueda y la caza, empecé a preguntarme: cuando los Dirdir matan a un buscador, ¿qué ocurre con sus sequins?

Anacho dejó que sus dedos se agitaran con hastío.

—Los sequins son botín, naturalmente; ¿qué otra cosa pueden ser?

—Consideremos un grupo de caza Dirdir típico: ¿durante cuánto tiempo permanece en la Zona?

—De tres a seis días. Las grandes cazas y las conmemorativas son más largas; las cazas de competición suelen ser más cortas.

—Y, en un día, ¿cuántas muertes consigue una partida típica de caza? Anacho meditó.

—Naturalmente, cada cazador espera conseguir un trofeo diario. El grupo normal experimentado suele matar dos o tres veces al día, incluso más. Malgastan mucha carne, necesariamente.

—Así que la partida de caza típica regresa a Khusz con los sequins de al menos veinte buscadores.

—Así parece —dijo secamente Anacho.

—El buscador medio lleva consigo sequins por valor de, digamos, quinientos. En consecuencia, cada grupo de caza regresa con un valor de diez mil sequins.

—No dejes que los cálculos te exciten —indicó Anacho con la más fría de sus voces—. Los Dirdir no son gente generosa.

—El tablero del juego. ¿Puedo tomarlo como una representación exacta de la Zona?

Anacho asintió con un gesto hosco.

—Razonablemente sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Mañana quiero trazar las rutas de la caza desde Khusz, ida y vuelta. Si los

Dirdir acuden a los Carabas para cazar hombres, difícilmente podrán protestar si los hombres cazan Dirdir.

—¿Cómo puedes imaginar a los hombres cazando Refulgentes? —croó Anacho.

—¿Nunca se ha hecho antes?

—¡Nunca! ¿Acaso los gekkos cazan a los smur?

—En ese caso tendremos además el beneficio de la sorpresa.

—¡No lo dudes! —declaró Anacho—. Pero tendréis que hacerlo sin mí; no quiero tener nada que ver con ello.

Traz ahogó una risotada; Anacho se volvió hacia él.

—¿Qué es lo que te divierte tanto?

—Tu miedo.

Anacho se reclinó en su asiento.

—Si conocieras a los Dirdir tan bien como yo, tú también tendrías miedo.

—Están vivos. Si los matas, mueren.

—Son difíciles de matar. Cuando cazan, utilizan una región separada de su mente, que llaman el «Viejo Estado». Ningún hombre puede hacer nada contra ellos. La idea de Reith roza la demencia.

—Mañana estudiaremos de nuevo el tablero del juego —dijo Reith con voz apaciguadora—. Puede que nos sugiera algo.

6

Tres días más tarde, una hora antes del amanecer, Reith, Traz y Anacho partieron de Maust. Cruzaron el Portal de los Destellos y se encaminaron cruzando los Promontorios hacia las Colinas del Recuerdo, negras en el moteado cielo marrón oscuro y violeta, a quince kilómetros al sur. Delante y detrás de ellos, una docena de otras formas corrían medio agazapadas en medio de la fría semipenumbra. Algunas iban cargadas con equipo: herramientas para cavar, armas, ungüentos desodorantes, tintes para el rostro, camuflaje; otros no llevaban más que una mochila, un cuchillo, una bolsa de raciones alimenticias.

Carina 4269 se asomó tras la oscuridad, y algunos de los buscadores se arrastraron entre la maleza o se ocultaron bajo telas de camuflaje para aguardar la vuelta de la oscuridad antes de seguir su camino. Otros siguieron adelante, ansiosos por alcanzar el Campo de Peñascos, aceptando el riesgo de ser interceptados. Estimulados por evidencias de este riesgo —cenizas mezcladas con huesos quemados y trozos de cuero—, Reith, Traz y Anacho aceleraron el paso. Medio trotando, medio corriendo, alcanzaron el refugio del Camapo de Peñascos, donde los Dirdir desdeñaban cazar, sin ningún incidente.

Depositaron sus mochilas y se tendieron para descansar. Casi inmediatamente aparecieron un par de robustas figuras: hombres de una raza inidentificable para Reith, de piel marrón oscuro, con largo y enmarañado pelo y rizadas barbas. Iban vestidos de andrajos; hedían abominablemente e inspeccionaron a los tres con un truculento aplomo.

—Estamos al mando de este lugar —gruñó uno con una voz gutural—. El precio por descansar aquí es de cinco sequins cada uno; si os negáis os arrojaremos fuera, y tened en cuenta que los Dirdir merodean por la cresta norte.

Instantáneamente Anacho se puso en pie de un salto y le dio al que había hablado un gran golpe en la cabeza con la parte plana de la pala. El segundo

hombre hizo un molinete con el palo que llevaba; Anacho utilizó esta vez el filo de la pala, lanzándole un golpe tal a las muñecas que casi se las seccionó. El palo salió volando por los aires; el hombre retrocedió tambaleándose y mirándose las manos horrorizado: colgaban de sus muñecas como un par de guantes vacíos.

—Id vosotros a enfrentaros a los Dirdir. —Dio un paso adelante, con la pala alzada; los dos hombres se alejaron torpemente entre las rocas. Anacho los observó hasta que desaparecieron—. Será mejor que sigamos.

Tomaron de nuevo sus mochilas y siguieron andando; apenas lo habían hecho cuando un gran trozo de roca cayó y se estrelló contra el suelo. Traz saltó a un peñasco y disparó su catapulta; se oyó un grito de dolor.

El trío recorrió un centenar de metros en dirección sur, ascendiendo la ladera que se elevaba desde el Campo de Peñascos y deteniéndose en un lugar desde donde dominaban una vista general de los Promontorios y no podían ser atacados por detrás.

Reith se sentó en el suelo y extrajo su sondoscopio para estudiar el paisaje. Captó a media docena de furtivos buscadores, y a un grupo de Dirdir en una colina al este. Durante diez minutos los Dirdir permanecieron inmóviles, luego desaparecieron de pronto. Un momento más tarde los captó de nuevo, avanzando con largas zancadas saltarinas ladera abajo en dirección a los Promontorios.

Durante la tarde, sin ningún Dirdir a la vista, los buscadores empezaron a aventurarse fuera del Campo de Peñascos. Reith, Traz y Anacho acabaron de ascender la ladera y llegaron a la cresta tan directamente como se lo permitía la cautela. Ahora estaban solos. No se oía el menor sonido.

Como era preciso mantenerse ocultos, el avance era lento; el anochecer los alcanzó ascendiendo desde el fondo de un barranco debajo mismo de la colina, y salieron justo a tiempo para ver los últimos rayos de corroída plata de Carina 4269 desvanecerse de su vista. Al sur el terreno se ondulaba en valles y promontorios hasta la Terraza: un terreno rico en sequins, pero extremadamente peligroso debido a la proximidad de Khusz, a unos quince kilómetros al sur.

Con el ocaso un extraño aire, mezcla de melancolía y horror, se extendió sobre los Carabas. Aparecieron parpadeantes fuegos en todas direcciones, cada uno de ellos con su macabra implicación. Sorprendente, pensó Reith, que los hombres, fuera lo que fuese lo que les motivaba, penetraran en aquel lugar. A no más de cuatrocientos metros un fuego brotó de pronto a la existencia, y los tres

amigos se agacharon rápidamente entre las sombras. Las pálidas formas de los Dirdir eran claramente distinguibles a ojo desnudo.

Reith los estudió a través del sondoscopio. Iban de un lado para otro, con sus refulgencias radiando como largas antenas fosforescentes, y parecían estar emitiendo sonidos demasiado blandos para ser oídos.

—Están utilizando el «Viejo Estado» de sus cerebros —susurró Anacho—. Ahora son auténticas bestias salvajes, como lo eran en las llanuras de Sibol hace un millón de años.

—¿Por qué van de un lado para otro?

—Es su costumbre; se preparan para su frenesí gastronómico.

Reith escrutó el terreno en torno al fuego. En las sombras había dos retorcientes formas.

—¡Están vivos! —murmuró horrorizado Reith. Anacho lanzó un gruñido.

—Los Dirdir no se molestan en cargar con peso. Sus presas deben avanzar a su lado, saltando y corriendo como los Dirdir... todo el día si es necesario. Si la presa desfallece, le dan un toque con sus sacudenervios y a partir de entonces corre con mucha más agilidad.

Reith bajó el sondoscopio.

Con voz escrupulosamente átona, Anacho dijo:

—Ahora los ves en el «Viejo Estado», como bestias salvajes, lo cual corresponde a su naturaleza elemental. Son magníficos. En otros casos muestran una magnificencia de distinto tipo. Los hombres no pueden juzgarlos, sino simplemente contemplarlos maravillados.

—¿Y la élite de los Hombres-Dirdir?

—¿Los Inmaculados? ¿Qué ocurre con ellos?

—¿Imitan a los Dirdir en la caza?

Anacho miró a la Zona sumida en la oscuridad. Al este un resplandor rosado anunciaba la aparición de la luna Az.

—Los Inmaculados cazan. Naturalmente no pueden igualarse en fervor a los Dirdir, y no tienen el privilegio de poder cazar en la Zona. —Miró hacia el cercano fuego—. Por la mañana el viento soplará de nosotros a ellos. Será mejor que nos alejemos en la oscuridad.

Az, baja en el cielo, arrojó una luminosidad rosada sobre el paisaje; Reith fue incapaz de pensar en otra cosa que no fuera sangre aguada. Avanzaron hacia el

este y el sur, abriéndose penosamente camino por entre los secos huesos de roca del viejo Tschai. El fuego Dirdir se alejó a sus espaldas y desapareció de su vista tras una elevación. Durante un tiempo descendieron hacia la Terraza. Se detuvieron para dormir unas pocas horas, luego prosiguieron de nuevo cruzando las Colinas del Recuerdo. Ahora Az colgaba baja hacia el oeste, mientras Braz se elevaba al este. La noche era clara; todos los objetos mostraban una sombra doble, azul y rosa.

Traz avanzaba en cabeza, escrutando, escuchando, tanteando a cada paso. Dos horas antes del amanecer se detuvo en seco e hizo un gesto a sus camaradas para que se inmovilizaran.

—Rastros de humo —susurró—. Hay un campamento ahí delante... algo se mueve.

Los tres escucharon. El paisaje les devolvió solamente silencio. Moviéndose con las máximas precauciones, Traz se desvió por un nuevo camino, ascendiendo hacia un risco, bajando luego por entre plumosas frondas. Se detuvo una vez más a escuchar, y de pronto hizo un gesto a los otros dos para que se ocultaran en las sombras profundas. Desde su escondite vieron en la cresta de la colina a un par de figuras pálidas, que permanecieron inmóviles, silenciosas y alertas durante diez minutos, luego desaparecieron bruscamente.

—¿Saben que estamos cerca? —murmuró Reith.

—No lo creo —respondió Traz, también en un murmullo—. De todos modos, pueden haber captado nuestro olor.

Media hora más tarde reanudaron de nuevo cautelosamente la marcha, manteniéndose en las sombras. El amanecer empezaba a colorear el este; Az había desaparecido, seguida por Braz. Los tres se apresuraron en medio de una penumbra color ciruela, y finalmente buscaron refugio en medio de unos densos matorrales de torquils. Al amanecer, entre el lecho de ramillas y retorcidas y negras hojas secas, Traz encontró un bulbo del tamaño de sus dos puños. Cuando lo desprendió de su quebradizo tallo y lo abrió cayeron centenares de sequins, cada uno resplandeciendo con una chispa de fuego escarlata.

—¡Hermoso! —susurró Anacho—. ¡Suficiente para excitar la avidez! Unos pocos hallazgos más como éste y podremos abandonar el loco plan de Adam Reith.

Buscaron atentamente por los alrededores del matorral, pero no hallaron

nada más.

La luz del día reveló la sabana de la Terraza Sur extendiéndose hacia el oeste hasta la brumosa distancia. Reith estudió su mapa, comparando la montaña que se divisaba detrás con el relieve pintado.

—Estamos aquí. —Señaló con su dedo—. Los Dirdir que regresan a Khusz pasan más allá, al oeste del Bosque Limítrofe, que es nuestro objetivo.

—Y sin duda también nuestro destino —observó Anacho con un resoplido pesimista.

—Tanto me importa morir matando Dirdir que de cualquier otra manera —dijo Traz.

—Uno no muere matando Dirdir —le corrigió delicadamente Anacho—. Ellos no lo permiten. Si alguien lo intenta lo golpean con sus sacudenervios.

—Haremos lo mejor que podamos —dijo Reith. Alzó el sondoscopio y registró los alrededores, y en las alturas descubrió a los grupos de caza Dirdir oteando las laderas en busca de presas. Era sorprendente, pensó Reith, que algunos hombres sobrevivieran para regresar a Maust.

El día transcurrió lentamente. Traz y Anacho buscaron entre los matorrales con la esperanza de encontrar bulbos, sin ningún éxito. A media tarde un grupo de caza cruzó la ladera a poco más de quinientos metros de distancia. Primero apareció un hombre saltando como un venado, abriendo enormemente las piernas hacia atrás y hacia delante. A cincuenta metros tras él corrían tres Dirdir, al parecer sin estar esforzándose mucho. El fugitivo, desesperado, se detuvo con la espalda apoyada contra una roca y se preparó a luchar; se vio abrumado y vencido fácilmente. Los Dirdir se acuclillaron junto a la caída forma, realizaron alguna especie de manipulación, luego se pusieron en pie. El hombre tendido se agitaba y contorsionaba.

—Sacudenervios —dijo Anacho—. Parece que los ha irritado de alguna forma, quizá llevando un arma de energía. —Los Dirdir se alejaron en grupo. La víctima, con una serie de grotescos esfuerzos, consiguió ponerse en pie, e inició una cojeante huida hacia las colinas. Los Dirdir se detuvieron y le miraron. El hombre se detuvo y lanzó un tremendo grito de angustia. Se volvió y siguió a los Dirdir. Éstos echaron a correr, saltando con una exuberancia feral. Tras ellos, corriendo con un alocado abandono, avanzó penosamente su cautivo. El grupo desapareció hacia el norte.

—¿Tienes intención de proseguir con tus planes? —preguntó Anacho a Reith.

Reith sintió un repentino deseo de salir de los Carabas, de alejarse de ellos tanto como fuera posible.

—Comprendo por qué el plan no ha sido intentado nunca antes.

La tarde dio paso a un triste y suave crepúsculo. Tan pronto como aparecieron los fuegos en las laderas de las colinas, los tres hombres abandonaron su refugio y emprendieron la marcha hacia el norte.

A medianoche alcanzaron el Bosque Limítrofe. Traz, temeroso del sinuoso animal medio reptil conocido como smur, se mostró relucante a entrar. Reith no discutió, y el trío se mantuvo en la orilla del bosque hasta el amanecer.

Con la llegada de la luz efectuaron una cautelosa exploración, y no encontraron nada más peligroso que lagartos crestados. Khusz era claramente visible desde el borde occidental del bosque a unos cinco kilómetros de distancia al sur; los Dirdir que entraban en la Zona y la abandonaban rodeaban el bosque.

Por la tarde, tras estudiar atentamente todas las posibilidades que ofrecía el bosque, los tres se pusieron a trabajar. Traz cavó, Anacho y Reith se dedicaron a confeccionar una gran red rectangular, utilizando palitos, ramas y la cuerda que habían traído en sus mochilas.

A media tarde del día siguiente el aparato estaba completo. Reith contempló el sistema, dudando entre la esperanza y la desesperación. ¿Reaccionarían los Dirdir como esperaba que lo hicieran? Anacho parecía creer que sí, aunque hablaba mucho de los sacudenervios y mostraba un intenso pesimismo.

A media mañana y a primera hora de la tarde, cuando los cazadores regresaban a Khusz, eran teóricamente los períodos más productivos. Más tarde y más temprano los Dirdir tendían a ir de batida; el trío no deseaba en absoluto llamar la atención de esos grupos.

Pasó la noche, y el sol se alzó en un día de que una u otra manera iba a demostrar ser decisivo. Por unos momentos pareció que iba a llover, pero a media mañana las nubes habían sido empujadas hacia el sur; en el aire repentinamente claro la luz de Carina 4269 era como una antigua tinte.

Reith aguardó al borde del bosque, barriendo la zona con su sondoscopio. Al norte apareció un grupo de cuatro Dirdir saltando descansadamente por el camino que conducía a Khusz.

—Ahí vienen —dijo Reith—. Es el momento.

Los Dirdir avanzaban por el camino con sus saltos característicos, lanzando ocasionales silbidos de exuberancia. La caza había sido buena; habían disfrutado. ¡Pero mirad! ¿Qué hay ahí? ¡Un hombre-animal en el límite del bosque! ¿Qué hace el estúpido tan cerca de Khusz? Los Dirdir saltaron alegremente en su persecución.

El hombre-animal corrió para salvar su vida, como hacían siempre esas criaturas. Pronto desfalleció y se detuvo, apoyado contra un árbol. Lanzando un terrible grito de muerte, los Dirdir se lanzaron contra él. El suelo cedió bajo los pies del primero; se hundió y desapareció de su vista. Los otros tres se detuvieron desconcertados. Un sonido: un crujir, una conmoción. Sobre ellos cayó un amasijo de ramas, atrapándoles. ¡Y aparecieron unos hombres, inexplicablemente triunfantes! ¡Un ardid, un truco! Sintiendo que la rabia desgarraba sus vísceras, se debatieron inútilmente contra la masa que los aprisionaba, intentando liberarse con desesperación, sumergir a aquellos pervertidos hombres en el odio y el horror...

Los Dirdir fueron muertos a cuchilladas, a golpes de hacha y pala.

La red fue alzada, los cuerpos despojados de sus sequins y arrastrados lejos, el mortífero pozo reparado.

Apareció un segundo grupo procedente del norte: sólo tres, pero criaturas resplandecientes bajo sus cascos, con refulgencias como hilos incandescentes. Anacho murmuró maravillado:

—¡Ésos son Excelencias con un Centenar de Trofeos!

—Tanto mejor. —Reith hizo una seña a Traz—. Atráelos; les enseñaremos qué es la excelencia.

Traz actuó como antes, mostrándose, luego huyendo como presa del pánico. Las Excelencias lo persiguieron sin vehemencia; habían disfrutado ya de una fructífera caza. El camino bajo los dendrones había sido hollado antes, quizá por otros cazadores. Curiosamente, la presa no exhibía esa frenética agilidad que añadía sabor a la caza; de hecho, se había vuelto hacia ellos como si quisiera enfrentárseles, con la espalda apoyada contra un torquil lleno de lianas como guirnaldas. ¡Fantástico! Agitaba un cuchillo. ¿Se atrevía a desafiarles a ellos, a las Excelencias? ¡Lancémonos hacia delante, saltamos sobre él, derribémosle al suelo, y el trofeo será para el primero que le toque! Pero... —¡shock!— el suelo

se hunde, el bosque parece derrumbarse; ¡un delirio de confusión! Y mirad: ¡aparecen subhombres armados con cuchillos, dispuestos a golpear, a sajar! Una rabia loca, un frenesí de agitación, debatirse, liberarse, silbidos, gritos... luego los cuchillos.

Hubo cuatro carnicerías aquel día, cuatro al día siguiente, cinco al tercer día, porque con el tiempo el proceso se convirtió en una eficiente rutina. A primera hora de las mañanas y a última hora de las tardes eran enterrados los cuerpos y reparado el equipo. El trabajo parecía algo tan desapasionado como pescar... hasta que Reith recordó las cazas de las que había sido testigo y su celo se restableció.

La decisión de suspender la operación derivó no de la disminución del beneficio —cada grupo de cazadores llevaba un botín cuyo valor no bajaba nunca de los veinte mil sequins— o de un falta de fervor por parte de los tres hombres. Pero incluso después de desechar los sequins blancos, cremas y sardos, el volumen del botín era casi inmanejable, y el pesimismo de Anacho se había convertido en aprensión.

—Más pronto o más tarde esos grupos serán echados en falta. Habrá una búsqueda; ¿cómo vamos a poder escapar?

—Una última vez —dijo Traz—. Ahí llega un grupo, rico tras su caza.

—¿Pero por qué? ¡Tenemos todos los sequins que podemos cargar!

—Podemos desechar los sardos y algunos esmeraldas, y llevar solamente los rojos y púrpuras.

Anacho miró a Reith, que se alzó de hombros.

—Otro grupo y basta.

Traz fue al borde del bosque y realizó su ahora muy bien aprendida actuación de pánico. Los Dirdir no reaccionaron. ¿Acaso no le habían visto? Avanzaban sin acelerar en lo más mínimo el paso. Traz dudó unos instantes, luego se mostró de nuevo. Los Dirdir lo vieron; al parecer lo habían visto también en la primera ocasión, pero en vez de saltar inmediatamente en su persecución habían proseguido su tranquila marcha. Observando desde las sombras, Reith intentó decidir si se sentían suspicaces o simplemente saciados de caza.

Los Dirdir se detuvieron para examinar el rastro en el bosque. Avanzaron lentamente hacia los árboles, uno en cabeza, otro detrás, los otros dos guardando la retaguardia. Reith retrocedió a su puesto.

—Problemas —le dijo a Anacho—. Puede que tengamos que luchar para librarnos de ellos.

—¿Luchar? —exclamó Anacho—. ¿Cuatro Dirdir, tres hombres?

Traz, a un centenar de metros sendero abajo, decidió estimular a los Dirdir. Salió al abierto, apuntó su catapulta hacia el primero y lanzó una flecha al pecho de la criatura. El Dirdir lanzó un ultrajado silbido y saltó hacia delante, con sus refulgencias enhiestas y furiosamente brillantes.

Traz retrocedió y se detuvo en su lugar habitual, con una sonrisa de placer irracional en su rostro. Blandía su cuchillo. El Dirdir herido cargó, y cayó en el pozo. Sus gritos se convirtieron en gemidos sobrenaturales de sorpresa y dolor. Los otros tres se detuvieron en seco, luego avanzaron ominosamente, paso a paso. Reith tiró de las sujeciones de la red; cayó, capturando a dos; el tercero consiguió escabullirse.

Reith se lanzó hacia delante. Aulló a Anacho y Traz:

—¡Matad a los que están bajo la red! —y se lanzó por encima del amasijo de cuerdas y ramas para enfrentarse al Dirdir restante. No debía escapar bajo ninguna circunstancia.

El escapar estaba muy lejos de la mente del Dirdir. Saltó sobre Reith como un leopardo, desgarrando con sus uñas. Traz corrió blandiendo su cuchillo y se arrojó contra la espalda del Dirdir. El Dirdir se revolvió y le arrebató el cuchillo, con el que le lanzó un violento tajo contra su pierna. Anacho saltó hacia delante; con un poderoso golpe seccionó el brazo del Dirdir; con un segundo golpe lo decapitó. Tambaleándose, sudando y jadeando, los tres hombres acabaron con los restantes Dirdir, luego se reunieron invadidos por el enorme alivio de haberse salido con bien de aquello. La sangre manaba a borbotones de la pierna de Traz. Reith aplicó un torniquete, abrió el equipo de primeros auxilios que había traído consigo a Tschai. Desinfectó la herida, aplicó un calmante, unió los labios, roció una película de piel sintética, y soltó el torniquete. Traz hizo una mueca pero no se quejó. Reith le dio una píldora.

—Trágate esto. ¿Puedes ponerte en pie?

Traz se levantó rígidamente.

—¿Puedes andar?

—No demasiado bien.

—Intenta mantenerte en movimiento, para impedir que la pierna se te ponga rígida.

Reith y Anacho registraron los cadáveres en busca del botín, con un gran provecho: un bulbo púrpura, dos escarlatas, uno azul oscuro, tres verdes pálidos y dos azules pálidos. Reith agitó la cabeza entre maravillado y contrariado.

—¡Una auténtica riqueza! Pero inútil a menos que volvamos a Maust.

Observó a Traz cojeando arriba y abajo con evidente esfuerzo.

—No vamos a poder transportarlo todo.

Echaron los cadáveres en el pozo y lo taparon. Escondieron la red entre la maleza. Luego seleccionaron los sequins e hicieron tres fardos, dos pesados y uno ligero. Quedaba todavía una fortuna en blancos, cremas, sardos, azules oscuros y verdes. Los envolvieron todos en un cuarto fardo, que ocultaron bajo las raíces del gran torquil.

Faltaban dos horas para el anochecer. Tomaron sus fardos y se dirigieron al borde oriental del bosque, acomodando su paso al cojear de Traz. Allí discutieron la posibilidad de acampar hasta que la pierna de Traz estuviera curada. Traz no quiso ni oír hablar de ello.

—Puedo arreglármelas, siempre que no tengamos que correr.

—De todos modos, correr no nos ayudará en nada —dijo Reith.

—Si nos atrapan, tendremos que correr lo queramos o no —dijo Anacho—.

Con sacudenervios en nuestros cuellos.

La luz del atardecer se oscureció de oro a oro viejo; Carina 4269 desapareció, y una oscuridad sepia cayó sobre el paisaje. Las colinas mostraron minúsculos destellos de llamas. El trío prosiguió su avance, y así se inició el deprimente viaje de vuelta: cruzando la Terraza de una oscura masa de dendrones a otra. Finalmente llegaron a las laderas y empezaron a subirlas penosamente.

El amanecer los halló a medio camino, con cazadores y presas ya despiertos. No había ningún refugio a la vista; los tres descendieron a una hondonada y consiguieron ocultarse entre unos matorrales secos.

Transcurrió el día. Anacho y Reith se amodorraron mientras Traz contemplaba fijamente el cielo; la forzada ociosidad había hecho que su pierna

se pusiera rígida. Al mediodía un grupo de caza de cuatro orgullosos Dirdir, resplandecientes bajo sus brillantes cascos, cruzó la hondonada. Se detuvieron por unos instantes, al parecer captando la presencia de una presa cercana, pero otros asuntos atrajeron su atención y prosiguieron su camino hacia el norte.

El sol declinó, iluminando la pared oriental de la hondonada. Anacho lanzó una seca carcajada muy poco característica de él.

—Mirad ahí. —Señaló. A no más de siete metros de distancia el terreno había cedido, revelando el arrugado domo de un gran bulbo maduro—. Escarlatas al fin. Quizá púrpuras.

Reith hizo un gesto de triste resignación.

—Apenas podemos cargar con la fortuna que llevamos. Es suficiente.

—Subestimas la rapacidad y la codicia de Sivishe —gruñó Anacho—. Conseguir lo que te propones requerirá dos fortunas o más. —Desenterró el bulbo—. Un púrpura. No podemos dejarlo atrás.

—Muy bien —dijo Reith—. Yo lo llevaré.

—No —dijo Traz—. Lo llevaré yo. Vosotros dos lleváis ya la mayor parte de la carga.

—Lo dividiremos en tres partes —dijo Reith—. Así no representará mucho para nadie.

Finalmente llegó la noche; cargaron sus fardos y siguieron su avance, con Traz cojeando, dando saltitos y haciendo muecas de dolor. Ascendieron la ladera en dirección norte, y cuanto más se acercaban al Portal de los Destellos más fantasmal y detestable parecía la Zona.

Al amanecer estaban en la base de las colinas, con el Portal aún a quince kilómetros al norte. Mientras descansaban en las sombras de una fisura, Reith rastreó los alrededores con su sondoscopio. Los Promontorios parecían tranquilos y casi desprovistos de vida. Muy lejos al noroeste una docena de formas se encaminaban hacia el Portal de los Destellos, con la esperanza de alcanzar la seguridad antes de que fuera completamente de día. Corrían con la peculiar marcha agazapada que utilizaban instintivamente los hombres en la Zona, como si así consiguieran hacerse menos evidentes. Un grupo de cazadores permanecía en una hondonada relativamente cercana, inmóviles y alertas como águilas. Observaban tristemente a los hombres que se les escapaban. Reith dejó de lado toda esperanza de alcanzar el Portal antes de la oscuridad. Los tres

pasaron otro terrible día tras un peñasco, cubiertos con tela de camuflaje.

A media mañana un vehículo aéreo pasó por encima de sus cabezas.

—Están buscando los cazadores desaparecidos —dijo Anacho con voz ronca—. Sin duda habrá un *tsau'gsh*... Estamos en gran peligro.

Reith siguió con la mirada el aparato que se alejaba, luego calculó los kilómetros hasta el Portal.

—A medianoche podemos estar a salvo.

—Puede que no aguantemos hasta medianoche, si los Dirdir cercan los Promontorios, como puede que hagan.

—No podemos salir ahora; nos cazarían sin remedio.

Anacho asintió hoscamente.

—Estoy de acuerdo en eso.

Hacia media tarde otro vehículo aéreo se inmovilizó sobre los Promontorios. Anacho silbó entre dientes.

—Estamos atrapados.

Pero al cabo de media hora el aparato se alejó también en dirección al sur y desapareció tras las colinas. Reith examinó atentamente los alrededores.

—No veo cazadores. Quince kilómetros significan al menos dos horas. ¿Lo intentamos?

Traz contempló su pierna con expresión pensativa.

—Id vosotros dos. Yo os seguiré cuando se haya puesto el sol.

—Entonces será demasiado tarde —dijo Anacho—. Ya es demasiado tarde ahora.

Reith examinó una vez más las alturas. Ayudó a Traz a ponerse en pie.

—Es todos o ninguno.

Echaron a andar por la desolación, sintiéndose desnudos y vulnerables. Cualquier grupo de cazadores que mirara hacia aquel sector desde cualquiera de las alturas no podía dejar de divisarles.

Avanzaron durante media hora, semiagazapados como los demás. De tanto en tanto Reith se detenía para examinar a sus espaldas con el sondoscopio, temiendo ver en cualquier momento las terribles figuras en su persecución. Pero los kilómetros iban quedando atrás, y las esperanzas empezaban a hacerse mayores. El rostro de Traz estaba gris por el dolor y el cansancio; pero forzaba el paso, entre corriendo y cojeando, hasta que Reith sospechó que estaba

hundiéndose en la histeria.

Pero repentinamente Traz se detuvo. Miró hacia atrás, a las alturas.

—Están observándonos.

Reith escrutó las distantes lomas, las laderas y las oscuras hondonadas, sin ver nada. Traz había proseguido su cojeante marcha, con Anacho corriendo agazapado tras él. Reith les siguió. Unos pocos cientos de metros más al norte se detuvo de nuevo, y esta vez creyó ver un destello de luz que podía ser un reflejo metálico. ¿Dirdir? Reith calculó la distancia que les quedaba delante. Habían recorrido aproximadamente la mitad del camino. Lanzó un profundo suspiro y echó a correr tras los talones de Traz y Anacho. Era posible que los Dirdir decidieran no perseguirles tan adentro de los Promontorios.

Se detuvo una segunda vez y miró hacia atrás. Toda incertidumbre desapareció: cuatro formas saltaban bajando las laderas. No había ninguna duda respecto a sus intenciones.

Reith se apresuró a seguir a Traz y Anacho. Traz corría con ojos enfebrecidos, la boca abierta, los dientes brillando. Reith tomó el pesado fardo de las espaldas del joven y se lo cargó al hombro. A consecuencia de ello Traz pareció no acelerar el paso sino retardarlo un poco. Anacho calculó la distancia que tenían delante, estudió a los Dirdir que les perseguían.

—Tenemos una posibilidad —dijo.

Corrieron los tres, con los corazones latiendo alocadamente, los pulmones ardiendo. El rostro de Traz era como una calavera. Anacho lo alivió del fardo más pequeño.

El Portal de los Destellos ya era visible: un refugio de maravillosa seguridad. Tras ellos avanzaban los cazadores, dando prodigiosos saltos.

Traz estaba a punto de derrumbarse, con el Portal aún a un kilómetro de distancia.

—¡Onmale! —gritó Reith.

El efecto fue sorprendente. Traz pareció expandirse, crecer. Se detuvo en seco y se dio la vuelta para mirar a sus perseguidores. Su rostro era el de un extraño: una persona sagaz, fiera y dominante... de hecho la personificación del emblema Onmale.

El Onmale era demasiado orgulloso para huir.

—¡Corre! —gritó Reith, presa del pánico—. ¡Si debemos luchar, que sea

bajo nuestros términos!

Traz, o el Onmale —los dos estaban confusamente mezclados— tomó un fardo de Reith y uno de Anacho y echó a correr hacia el Portal.

Reith perdió medio segundo en calcular la distancia al primer Dirdir, luego prosiguió su huida. Traz parecía volar en medio de la desolación. Anacho, con el rostro enrojecido y distorsionado, seguía detrás.

Traz alcanzó el Portal. Se volvió y aguardó, con la catapulta en una mano, la espada en la otra. Anacho lo cruzó también, luego Reith, a menos de veinte metros de distancia del Dirdir de vanguardia. Traz retrocedió para mantenerse más allá de los límites, desafiando al Dirdir a que atacara. El Dirdir lanzó un penetrante grito de furia. Agitó la cabeza, y sus refulgencias, enhiestas, vibraron. Luego, dando la vuelta, echó a correr a grandes saltos hacia el sur, tras sus camaradas, que ya estaban regresando a las colinas.

Anacho se reclinó jadeante contra el Portal de los Destellos. Reith permanecía de pie, con el aire ardiendo en su garganta. El rostro de Traz estaba gris y vacío de toda expresión. Sus rodillas cedieron; se derrumbó al suelo y permaneció quieto, con algún que otro estremecimiento ocasional.

Reith se inclinó tambaleante sobre él, le dio la vuelta. Traz parecía no respirar. Reith se sentó a horcajadas sobre él y le aplicó la respiración artificial. Traz lanzó un jadeo desgarrador. Al cabo de pocos momentos empezó a respirar acompasadamente.

Los solicitantes, curiosos y mendigos que normalmente montaban guardia junto al Portal de los Destellos se habían dispersado, asustados ante la proximidad de los Dirdir. El primero en regresar fue un joven con una larga túnica marrón, que se detuvo a pocos pasos de ellos haciendo gestos de simpatía y preocupación.

—Un ultraje —se lamentó—. ¡La conducta de los Dirdir! ¡Nunca deberían cazar tan cerca de la Puerta! ¡Casi han matado a este pobre joven!

—Cállate —restalló Anacho—. Nos molestas.

El joven se apartó a un lado. Reith y Anacho alzaron a Traz en pie, donde se quedó como atontado.

El joven avanzó de nuevo, con sus blandos ojos viéndolo todo, comprendiéndolo todo.

—Dejadme ayudar. Soy Issam el Thang; represento al Albergue de la Buena

Ventura, que os promete una atmósfera de descanso y tranquilidad. Permitidme que os ayude con vuestros fardos. —Tomó el de Traz, y volvió una sorprendida mirada hacia Reith y Anacho—. ¿Sequins?

Anacho le arrancó el fardo de entre las manos.

—¡Lárgate! ¡Ya hemos establecido nuestros planes!

—Como queráis —dijo Issam el Thang—, pero el Albergue de la Buena Ventura está aquí muy a mano, y algo apartado del tumulto y los juegos. Aunque confortable, sus precios no se acercan ni con mucho a las exorbitantes tarifas del Alawan.

—Muy bien —dijo Reith—. Llévanos al Buena Ventura.

Anacho murmuró algo para sí mismo, a lo que Issam el Thang hizo un delicado gesto de reproche.

—Seguidme, por favor.

Se dirigieron hacia Maust, con Traz cojeando sobre su envarada pierna.

—Mis recuerdos están enmarañados —murmuró—. Recuerdo haber cruzado los Promontorios; recuerdo que alguien me gritó algo...

—Fui yo —dijo Reith.

—...y luego ya nada es real, y lo siguiente que está claro en mi mente es verme tendido al lado del Portal. —Y un momento más tarde murmuró pensativo—: Oí voces rugiendo. Un millar de rostros pasando por mi lado, rostros de guerreros, todos ellos feroces. He visto esas cosas en sueños. —Su voz se apagó; no dijo nada más.

7

El Albergue de la Buena Ventura estaba al fondo de una estrecha calle: una melancólica estructura ensombrecida por el tiempo, y que no hacía mucho negocio, a juzgar por el salón principal, penumbroso y casi vacío. Issam resultó ser el propietario. Hizo un efusivo alarde de hospitalidad, ordenando que fueran llevadas agua, luces y sábanas limpias a la «gran suite», órdenes que fueron cumplidas por un hosco sirviente de enormes manos rojizas y una gran mata de pelo también rojizo. Los tres amigos subieron una retorcida escalera hasta la suite, que comprendía un saloncito, un cuarto de baño, varias alcobas irregulares amobladas con camas que olían a moho. El sirviente dispuso las lámparas, trajo jarras de vino y se marchó. Anacho examinó los tapones de plomo y cera que las cerraban y dejó las jarras a un lado con un gruñido.

—Demasiado riesgo de que contengan drogas o veneno. Cuando el hombre despierta, si es que despierta alguna vez, sus sequins han volado y él se encuentra desplumado. No me siento satisfecho: hubiéramos estado mucho mejor en el Alawan.

—Mañana tendremos tiempo —dijo Reith, dejándose caer en una silla con un gruñido de cansancio.

—Mañana debemos estar fuera de Maust —dijo Anacho—. Si ahora no somos hombres marcados, lo seremos dentro de muy poco. —Salió, y al cabo de un rato regresó con pan, carne y vino.

Comieron y bebieron; luego Anacho comprobó las barras y los cerrojos.

—¿Quién sabe lo que se cuece en estos viejos edificios? Un cuchillo en la oscuridad, un leve sonido, y ¿quién es el listo que puede acusar a Issam el Thang?

Tras comprobar de nuevo los cerrojos, los tres se dispusieron a dormir. Anacho, tras declarar que se despertaba muy fácilmente, colocó los sequins entre

él y la pared. Las luces fueron apagadas excepto una débil lamparilla de vela. Unos minutos más tarde Anacho se deslizó silenciosamente cruzando la habitación hasta la cama de Reith.

—Sospecho que hay mirillas espía y tubos para escuchar —susurró—. Toma tú los sequins. Ponlos a tu lado. Permanezcamos en silencio y observemos durante un tiempo.

Reith se obligó a permanecer alerta. Pero el cansancio lo venció; sus ojos se cerraron. Se quedó dormido.

Pasó el tiempo. Reith fue despertado por un codazo de Anacho; se alzó con una pequeña exclamación de culpabilidad.

—Tranquilo —dijo Anacho con el asomo de un susurro—. Mira ahí.

Reith escrutó la oscuridad. Un roce, un movimiento en las sombras, una forma oscura... de pronto se encendió una luz. Traz permanecía de pie, agazapado y alerta, los brazos ocultos en la sombra de su cuerpo.

Los dos hombres junto a la cama de Anacho se volvieron para hacer frente a la luz, los rostros pálidos y sorprendidos. Uno era Issam el Thang; el otro era el robusto sirviente, con las enormes manos aún tendidas hacia el cuello de Anacho, presumiblemente dormido en su cama. El sirviente emitió un curioso susurro de excitación y saltó cruzando la estancia, las manos dispuestas a agarrar. Traz disparó su catapulta contra el contorsionado rostro. El hombre cayó en silencio, hundiéndose en el olvido sin aprensión ni pesar. Issam saltó hacia una abertura en la pared. Reith lo derribó al suelo. Issam luchó desesperadamente; pese a su aparente debilidad y delicadeza, era tan fuerte y rápido como una serpiente. Reith lo inmovilizó con una presa de su brazo y lo obligó a ponerse en pie de un tirón, chillando de dolor.

Anacho pasó una cuerda en torno al cuello de Issam y se preparó a apretar el nudo. Reith hizo una mueca pero no protestó. Aquélla era la justicia de Maust; era lógico que allí, a la luz de la lámpara, Issam recibiera lo que se merecía.

—¡No! —exclamó fervientemente Issam—. ¡Sólo soy un miserable Thang! ¡No me matéis! ¡Os ayudaré, lo juro! ¡Os ayudaré a escapar!

—Espera —dijo Reith a Anacho. Y a Issam—: ¿Qué quiere decir con ayudarnos a escapar? ¿Estamos en peligro?

—Sí, por supuesto. ¿Qué esperabais?

—Háblame de este peligro.

Aprovechando el respiro, Issam se puso en pie, liberándose indignado de las manos de Anacho.

—La información es valiosa. ¿Cuánto vais a pagar?

Reith asintió con la cabeza a Anacho.

—Adelante.

Issam lanzó un gemido capaz de partir el corazón.

—¡No, no! Mi vida a cambio de vuestras tres vidas... ¿no es eso suficiente?

—Siempre que sea cierto.

—Es cierto. Os lo juro; quitadme esa cuerda.

—No hasta que sepamos qué tipo de trato estamos haciendo.

Issam miró uno tras otro a los tres, y no vio nada que lo animara.

—Bien, me ha llegado una información secreta. Los Dirdir se hallan en un estado de furia espumeante. Alguien ha destruido un número increíble de partidas de caza y robado su botín... tanto como doscientos mil sequins o más. Hay agentes especiales por todas partes... aquí y en toda la ciudad. Cualquiera que ofrezca alguna información será generosamente recompensado. Si vosotros sois las personas del caso, como sospecho, nunca abandonaréis Maust excepto aherrojados... a menos que yo os ayude.

—¿Ayudarnos cómo? —preguntó Reith con cautela.

—Puedo salvaros y os salvaré... por un precio.

Reith hizo un gesto a Anacho, que dio un brusco tirón a la cuerda. Issam jadeó en busca de aire, y sus ojos se desorbitaron a la luz de la lámpara. El nudo se aflojó. Issam inspiró profundamente.

—Mi vida por la vuestra, ése es nuestro trato.

—Entonces no vuelvas a hablar de «precio». Es inútil decirlo, pero no intentes traicionarnos.

—¡Nunca, nunca! —croó Issam—. ¡Viviré o moriré con vosotros! ¡Vuestra vida es mi vida! Ahora tenemos que irnos. Mañana será demasiado tarde.

—¿Irnos ahora? ¿A pie?

—Puede que no sea necesario. Preparaos. ¿Contienen realmente sequins todas estas bolsas?

—Escarlatas y púrpuras —dijo Anacho con sádico regocijo—. Si deseas conseguir lo mismo, ve a la Zona y mata unos cuantos Dirdir.

Issam se estremeció.

—¿Estáis listos? —Aguardó impaciente mientras el trío se vestía. Un repentino pensamiento le hizo arrodillarse junto al cadáver del sirviente, y cloqueó satisfecho ante el puñado de blancos y cremas que encontró en su bolsillo.

Los tres amigos estaban ya preparados. Pese a las protestas de Issam, Anacho mantuvo la cuerda en torno a su cuello.

—Es para que no interpretes mal nuestras intenciones.

—¿Debo verme siempre maldecido por asociados suspicaces?

La avenida principal de Maust vibraba con movimiento, multitud de rostros, luces de colores; de las tabernas brotaba una música que era como un lamento, ebrios estallidos de risa, algún ocasional grito furioso. Issam los llevó por furtivos atajos y oscuros rodeos hasta un establo en la parte norte de la ciudad, donde un ceñudo encargado respondió finalmente a las llamadas de Issam. Cinco minutos de furioso regateo dieron como resultado el ensillado de cuatro caballos saltadores; diez minutos más tarde, mientras las lunas Az y Braz aparecían simultáneamente por el cielo oriental, Reith, Anacho, Traz e Issam emprendieron el camino al norte a lomos de famélicos caballos blancos de Kachan, dejando Maust a sus espaldas.

Cabalgaron durante toda la noche, y al amanecer entraron en Khorai. El humo que brotaba de las chimeneas de hierro derivaba hacia el norte por encima del Primer Mar, que por algún efecto de luz parecía tan negro como un mar de brea, con el cielo septentrional color ciruela de fondo.

Cruzaron Khorai hasta el muelle, donde desmontaron. Issam, exhibiendo la más modesta de las sonrisas, hizo una inclinación de cabeza hacia Reith, con las manos cruzadas tras su túnica rojo oscuro.

—He cumplido con mi misión; mis amigos han sido llevados sanos y salvos hasta Khorai.

—Unos amigos a los que pensabas estrangular apenas hace unas horas.

La sonrisa de Issam se hizo trémula.

—¡Eso fue en Maust! Ese comportamiento en Maust debe ser tolerado.

—Por lo que a mí se refiere, puedes volver allí.

Issam hizo de nuevo una profunda inclinación.

—¡Que Sagorio el de las nueve cabezas mutile a vuestros enemigos! ¡Adiós!
—Tomó las riendas de los pálidos caballos saltadores y cruzó nuevamente Khorai, y desapareció hacia el sur.

El vehículo aéreo permanecía posado allá donde lo habían dejado. Mientras subían a bordo, el capitán del puerto les contempló con una burlona sonrisa saturnina, pero no hizo ningún comentario. Recordando la truculencia de los Khor, los tres hombres hicieron todo lo posible por ignorar su presencia.

El aparato se elevó en el cielo matutino y trazó una curva siguiendo la orilla del Primer Mar. Así se inició la primera etapa del viaje a Sivishe.

8

El vehículo aéreo voló hacia el oeste. Al sur se extendía un vasto y polvoriento desierto; al norte estaba el Primer Mar. Debajo y delante de ellos las lodosas llanuras se alternaban con promontorios de arenisca en una monótona sucesión, una tras otra, hasta el brumoso límite de la visión.

Traz durmió con el sueño del completo agotamiento. Anacho, por el contrario, permanecía sentado fresco y despreocupado, como si las preocupaciones y las emergencias fueran algo ajeno a su experiencia. Reith, aunque se sentía vencido por la fatiga, no podía apartar su vista de la pantalla del radar excepto para escrutar el cielo. La actitud despreocupada de Anacho se hizo finalmente exasperante. Reith lo miró furioso con ojos enrojecidos y dijo con voz dura:

—Para ser un fugitivo muestras una sorprendente falta de aprensión.

Admiro tu presencia de ánimo. Anacho hizo un gesto vago.

—Lo que tú llamas compostura es una fe infantil. Me he vuelto supersticioso. Considera: hemos entrado en los Carabas, matado a docenas de miembros de la Primera Gente y arrebatado sus sequins. De modo que, ahora, ¿cómo puedo tomarme en serio la perspectiva de una interceptación casual?

—Tu fe es más grande que la mía —gruñó Reith—. Imagino que todas las fuerzas de los Dirdir se hallan ahora registrando los cielos en nuestra busca.

Anacho dejó escapar una risa indulgente.

—¡Ésa no es la forma de actuar de los Dirdir! Tú proyectas tus propias concepciones a la mente Dirdir. Recuérдалo, ellos no consideran la organización como un fin en sí; éste es un atributo humano. El Dirdir existe solamente en sí mismo, una criatura responsable solamente de su propio orgullo. Cooperar con sus semejantes cuando la perspectiva le interesa.

Reith agitó escéptico la cabeza, y volvió a estudiar la pantalla del radar.

—Tiene que haber algo más que eso. ¿Cómo se mantiene su sociedad? ¿Cómo pueden realizar los Dirdir proyectos a largo plazo?

—Muy sencillo. Un Dirdir es muy parecido a otro; son fuerzas raciales las que los empujan a todos juntos. En un estado de gran dilución, los subhombres conocen esas fuerzas como «tradición», «supremacía de casta», «voluntad de superación»; en la sociedad Dirdir se convierten en compulsiones. El individuo se halla ligado a las costumbres de la raza. Si un Dirdir necesita ayuda, sólo tiene que gritar *hs'ai hs'ai, hs'ai*, y es ayudado. Si un Dirdir se siente engañado, grita *dr'ssa dr'ssa, dr'ssa*, y pide arbitraje. Si el arbitraje no le resulta convincente puede desafiar al arbitrador, que normalmente es una Excelencia; si derrota al arbitrador, se considera reivindicado. La mayor parte de las veces el derrotado es él; le son arrancadas sus refulgencias y se convierte en un paria... Hay pocos desafíos en los arbitrajes.

—Bajo tales condiciones, la sociedad debe ser altamente conservadora.

—Éste es el caso, hasta que surge la necesidad de un cambio, y entonces el Dirdir se dedica al problema con «voluntad de superación». Es capaz de pensamientos creativos; su cerebro es adaptable y despierto; no gasta energías en manierismos. La sexualidad múltiple y los «secretos» son por supuesto una distracción, pero del mismo modo que la caza son una fuente de pasiones violentas más allá de la comprensión humana.

—Dejando todo esto a un lado, ¿por qué deberían abandonar tan fácilmente nuestra búsqueda?

—¿No resulta claro? —preguntó irritadamente Anacho—. ¿Cómo pueden sospechar los Dirdir que estamos volando en uno de sus vehículos aéreos hacia Sivihe? Nada identifica a los hombres buscados en Smargash con los hombres que destruyeron a esos Dirdir en los Carabas. Quizá a su debido tiempo se establezca alguna conexión si, por ejemplo, Issam el Thang es interrogado. Hasta entonces ignoran totalmente que disponemos de un aparato aéreo. Así que, ¿por qué poner en marcha las pantallas rastreadoras?

—Espero que tengas razón —dijo Reith.

—Veremos. Mientras tanto... estamos vivos. Volamos confortablemente en un vehículo aéreo. Llevamos con nosotros más de doscientos mil sequins. Mira ahí delante: ¡el cabo Braize! Más allá está el Schanizade. Ahora alteraremos el rumbo y descenderemos hasta Haulk desde arriba. ¿Quién reparará en un simple

aparato aéreo como el nuestro entre un centenar? En Sivilshe nos mezclaremos con la multitud, mientras los Dirdir nos buscan al otro lado del Zhaarken, o en Jalkh, o en la tundra del Hunghus.

Quince kilómetros discurrieron bajo el aparato, mientras Reith meditaba sobre el alma de la raza Dirdir. Preguntó:

—Supongamos que tú y yo nos viéramos en problemas y gritáramos *dr'ssa dr'ssa, dr'ssa*.

—Ese es el grito para arbitraje. El grito pidiendo ayuda es *hs'ai hs'ai, hs'ai*.

—Muy bien, entonces *hs'ai hs'ai, hs'ai*. ¿Se sentirían impelidos a ayudarnos los Dirdir?

—Sí, por la fuerza de la tradición. Esto es automático, un acto reflejo: el tejido conectivo que une entre sí a los miembros de una raza por otro lado salvaje y mercurial.

Dos horas antes del anochecer se presentó una tormenta procedente del Schanizade. Carina 4269 se convirtió en un espectro amarronado, luego desapareció cuando el cielo se vio cubierto de negras nubes. Una espuma parecida a la de la cerveza barrió la playa, cerca de los troncos de los negros dendrones que delimitaban la costa. Las frondas altas se agitaban sacudidas por las ráfagas de viento, dejando ver sus satinados enveses grises, mientras agitantes diseños cruzaban sus negros haces.

El vehículo aéreo siguió su camino hacia el sur a través de un crepúsculo ocre oscuro, luego, con el último resplandor de luz, aterrizó al amparo del viento junto a una prominencia basáltica. Los tres hombres, acurrucados en sus asientos e ignorando el olor a Dirdir, durmieron mientras la tormenta silbaba por entre las rocas.

El amanecer trajo consigo una extraña luminosidad, como de luz brillando a través del cristal amarronado de una botella. No había comida ni bebida en el aparato, pero la hierba del peregrino crecía por los alrededores, y no muy lejos había un riachuelo. Traz avanzó lentamente por la orilla, torciendo el cuello para mirar más allá de los reflejos del agua. De pronto se detuvo en seco, se inclinó, se metió en el agua, y poco después emergía sujetando una criatura amarilla, toda ella agitantes tentáculos y patas articuladas, que él y Anacho devoraron

cruda. Reith comió impasible hierba del peregrino.

Una vez terminada la comida se tendieron junto al aparato, calentándose a la luz color miel del sol y gozando de la calma matutina.

—Mañana llegaremos a Sivishe —dijo Anacho—. Nuestra vida cambia una vez más. Ya no somos ladrones y desesperados, sino hombres de recursos, o al menos eso debemos aparentar.

—Muy bien —dijo Reith—. ¿Y después qué?

—Debemos ser sutiles. No podemos dirigirnos simplemente a los talleres espaciales con nuestro dinero.

—Es lógico —admitió Reith—. En Tschai, cualquier cosa que parezca razonable resulta ser un error.

—Es imposible funcionar sin el respaldo de una persona influyente —indicó Anacho—. Ésta debe ser nuestra principal preocupación.

—¿Un Dirdir? ¿O un Hombre-Dirdir?

—Sivishe es una ciudad de subhombres; los Dirdir y los Hombres-Dirdir están en Hei, en el continente. Ya lo verás.

9

Haulk se aferraba como un apéndice retorcido y distorsionado al distendido vientre de Kislovan, con el océano Schanizade al oeste y el golfo de Ajzan al este. En la embocadura del golfo se hallaba la isla Sivishe, con su sucio complejo industrial en la parte norte. Una carretera conducía al continente y a Hei, la ciudad Dirdir. En el centro de Hei y dominándolo todo a su alrededor había como una caja de cristal gris de ocho kilómetros de largo por cinco de ancho y trescientos metros de altura: una estructura tan grande que las perspectivas parecían distorsionadas. Un bosque de espiras rodeaba la caja, a un décimo de su altura: escarlatas y púrpuras, luego malvas, grises y blancas hacia la periferia.

Anacho señaló las torres.

—Cada una es la casa de un clan. Algún día os describiré la vida en Hei: los paseos, los secretos del sexo múltiple, las castas y clanes. Pero nuestro principal interés reside ahora en los talleres espaciales, más allá.

Reith vio un zona en el centro de la isla rodeada de tiendas, almacenes, depósitos y hangares. Seis grandes espacionaves y tres aparatos más pequeños ocupaban sendos diques a un lado. La voz de Anacho interrumpió sus especulaciones.

—Las espacionaves están bien protegidas. Los Dirdir son mucho más estrictos que los Wannek... por instinto más que por razón, puesto que nadie en la historia ha robado nunca una espacionave.

—Nadie en la historia ha acudido tampoco con doscientos mil sequins. Tanto dinero engrasará muchas palmas.

—¿Qué valor tienen los sequins en la Caja de Cristal?

Reith no dijo más. Anacho hizo descender el aparato a una zona pavimentada junto a los talleres espaciales.

—Ahora —dijo Anacho con voz tranquila— sabremos cuál es nuestro destino.

Reith se sintió instantáneamente alarmado.

—¿Qué quieres decir con esto?

—Si hemos sido rastreados, si somos esperados, entonces nos cogerán; y pronto será el fin para todos nosotros. Pero el aparcamiento de naves parece como siempre; no espero un desastre. Ahora recordad: esto es Sivishe. Yo soy el Hombre-Dirdir, vosotros los subhombres; actuad en consecuencia.

Reith examinó dubitativo la zona. Como Anacho había afirmado, no parecía haber ninguna actividad desusada.

El aparato tomó tierra. El trío descendió. Anacho permaneció austeramente a un lado mientras Reith y Traz sacaban el equipaje.

Una carretilla a motor se acercó y fijó sujeciones al aparato. El operador, un híbrido de Hombre-Dirdir y otra raza desconocida, inspeccionó a Anacho con una curiosidad impersonal, ignorando a Reith y Traz.

—¿Qué hago con él?

—Sítalo en depósito temporal durante la duración de la escala.

—¿Con cargo a quién?

—Asuntos particulares. Yo pagaré los gastos.

—Número sesenta y cuatro. —El empleado le entregó a Anacho un disco de latón—. Son veinte sequins.

—Veinte, y cinco para ti.

La carretilla a motor arrastró el aparato a una plaza numerada en el hangar. Anacho abrió la marcha hacia una cinta rodante, con Reith y Traz llevando los bultos tras él. Subieron a ella, y fueron trasladados a una amplia avenida por la que circulaba un considerable tráfico de carretillas a motor, coches de pasajeros, camionetas. Anacho hizo una pausa para reflexionar.

—He estado tanto tiempo fuera, he viajado hasta tan lejos, que Sivishe me parece un tanto extraña. En primer lugar, por supuesto, necesitamos alojamiento. Creo recordar que al otro lado de la avenida hay un albergue conveniente.

En el Albergue del Antiguo Reino, el trío fue conducido a lo largo de un pasillo embaldosado en blanco y negro hasta una suite que dominaba el patio central, donde una docena de mujeres permanecían sentadas en bancos, observando las ventanas a la espera de una señal.

Dos de ellas parecían ser Mujeres-Dirdir: delgadas criaturas de rostros angulosos, pálidas como la nieve, con un disperso vello gris en la base de sus cráneos. Anacho las examinó pensativo por unos instantes, luego se apartó de la ventana.

—Somos fugitivos, por supuesto —dijo—, y debemos ir con cuidado. Sin embargo, aquí en Sivishe, donde tanta gente va y viene, estamos tan seguros como podemos estarlo en cualquier otro lugar. Los Dirdir no se ocupan de Sivishe a menos que las circunstancias lo requieran, en cuyo caso el Administrador acude a la Caja de Cristal. De otro modo, el Administrador tiene mano libre: recoge los impuestos, dicta la política, juzga, castiga, se apropia de lo que le interesa, y en consecuencia es el hombre menos corruptible de Sivishe. Para encontrar una ayuda influyente deberemos buscar en otro lado; mañana haré indagaciones. Luego vamos a necesitar una estructura de dimensiones convenientes, cerca de los talleres espaciales, pero discreta. Otro asunto que necesitará cuidadosas indagaciones. Finalmente, y eso es lo más delicado, deberemos contratar personal técnico para que monte los componentes y efectúe las adaptaciones y pruebas necesarias. Si pagamos sueldos altos conseguiremos indudablemente a los hombres adecuados. Me presentaré como un Hombre-Dirdir Superior... de hecho, mi anterior status, y aludiré a represalias Dirdir contra los hombres con la lengua demasiado suelta. No hay ninguna razón por la cual el proyecto no deba funcionar fácilmente y sin problemas, excepto por la innata perversidad de las circunstancias.

—En otras palabras —dijo Reith—, las posibilidades están contra nosotros. Anacho ignoró la observación.

—Una advertencia: la ciudad bulle con intrigas. La gente viene a Sivishe con un único propósito: conseguir ventajas. La ciudad es un torbellino de actividades ilícitas: robos, extorsiones, vicio, juego, glotonería, exhibiciones extravagantes, estafas. Todo eso es endémico, y la víctima tiene pocas posibilidades de recurrir. A los Dirdir no les importa nada de eso; las bufonadas y las maniobras de los subhombres no significan nada para ellos. El Administrador está interesado solamente en mantener el orden. Así que: ¡cuidado! Identificaos como hombres de las estepas que estáis buscando empleo; profesad estupidez. Con ello minimizaremos los riesgos.

10

Por la mañana, Anacho salió a efectuar sus indagaciones. Reith y Traz bajaron a la terraza del café y se sentaron a observar los transeúntes. Traz se sintió disgustado por todo lo que veía.

—Todas las ciudades son detestables —gruñó—. Y ésta es la peor: un lugar horrible. ¿Has notado el mal olor? Productos químicos, humo, enfermedades, piedras podridas. El olor ha infectado a la gente; observa sus rostros.

Reith no pudo negar que los habitantes de Sivishe constituían un conjunto poco estimulante. El color de su piel se alineaba desde el marrón lodoso hasta el blanco de los Hombres-Dirdir; sus fisonomías reflejaban miles de años de semideliberada mutación. Reith no había visto nunca una gente tan cerrada en sí misma. Vivir en contigüidad con una raza alienígena no había fomentado la solidaridad: en Sivishe cada hombre era un extraño. Como consecuencia positiva de ello, Reith y Traz pasaban desapercibidos: nadie miraba dos veces en su dirección.

Reith permanecía sentado meditabundo sobre su bol de vino blanco, relajado y casi en paz. Mientras pensaba en el viejo Tschai, se le ocurrió que la única fuerza homogeneizadora era el idioma, el mismo en todo el planeta. Tal vez debido a que la comunicación representaba a menudo la diferencia entre la vida y la muerte, a que aquellos que fracasaban en comunicarse morían, el idioma había retenido su universalidad. Un idioma que presumiblemente tenía sus raíces en la antigua Tierra. No se parecía a ningún lenguaje con el que estuviera familiarizado. Consideró algunas palabras clave. *Vam* era «madre»; *tatap* era «padre»; *issir* era «espada». Los números cardinales eran *aine*, *sei*, *dros*, *enser*, *nif*, *hisz*, *yaga*, *managa*, *nuwai*, *tix*. No había ningún paralelismo significativo, pero de algún modo parecía haber un extraño eco de la Tierra...

En general, reflexionó Reith, la vida en Tschai alineaba una gama mucho

más amplia que la vida en la Tierra. Las pasiones eran más intensas: el dolor más opresivo, la alegría más exaltada. Las personalidades eran más decisivas. Por contraste, la gente de la Tierra parecía pensativa, condicional, sedada. La risa en la Tierra era menos estrepitosa; sin embargo, había menos jadeos de horror.

Como hacía a menudo, Reith se preguntó: *Supongamos que regreso a la Tierra. ¿Entonces qué? ¿Podré ajustarme de nuevo a una existencia tan plácida y sobria? ¿O anhelaré todo el resto de mi vida las estepas y los mares de Tschai?* Lanzó una triste risita. Un problema al que le gustaría poder enfrentarse.

Anacho regresó. Tras una rápida mirada a derecha e izquierda, se acomodó en la mesa. Su actitud era preocupada.

—Fui muy optimista —murmuró—. Confié demasiado en mis recuerdos.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Reith.

—Nada que constituya un peligro inmediato. Simplemente parece que subestimé nuestro impacto. Esta mañana he oído hablar dos veces de los locos que invadieron los Carabas y mataron a un montón de Dirdir como si fueran lipetos. Hei hierve de agitación y rabia, o al menos eso se dice. Hay varios *tsau'gsh* en marcha; a nadie va a gustarle ser los locos que hicieron eso una vez sean capturados.

Traz se sintió ultrajado.

—Los Dirdir van a los Carabas a matar hombres —gruñó—. ¿Por qué deberían quejarse si son ellos los que resultan muertos?

—¡Silencio! —exclamó Anacho—. ¡No tan fuerte! ¿Quieres llamar la atención? En Sivishe nadie expresa en voz alta esos pensamientos; ¡es poco prudente!

—¡Otra mancha negra sobre esta escuálida ciudad! —declaró Traz, pero con una voz mucho más contenida.

—Vamos —dijo Anacho nerviosamente—. No es tan descorazonador, después de todo. ¡Piensa en ello! Mientras los Dirdir rastrean el continente, nosotros tres descansamos en Sivishe, en el Albergue del Antiguo Reino.

—Una precaria satisfacción —dijo Reith—. ¿Qué otra cosa has sabido?

—El Administrador es Clodo Erlus. Acaba de asumir el cargo... lo cual no es necesariamente una ventaja para nosotros, puesto que un nuevo funcionario siempre es más propenso a mostrarse estricto. He hecho unas cuantas indagaciones veladas y, puesto que soy un Hombre-Dirdir Superior, no he

encontrado una franqueza total. Sin embargo, hay un nombre que ha sido mencionado dos veces. Ese nombre es Aila Woudiver. Su ocupación ostensible es la provisión y transporte de materiales estructurales. Es un notable glotón y un voluptuoso, con gustos a la vez tan refinados, tan groseros y tan desordenados que le cuestan sumas enormes. Esta información me fue proporcionada de buen grado, con un tono de envidiosa admiración. Las capacidades ilícitas de Woudiver fueron simplemente supuestas.

—Ese Woudiver tiene el aspecto de ser un colega muy poco de fiar —dijo Reith. Anacho lanzó un resoplido.

—Me pides que encuentre a un hombre propenso al soborno, a la marrullería y al latrocinio, y cuando lo encuentro frunces la nariz.

Reith sonrió.

—¿No fueron mencionados otros nombres?

—Otra fuente explicó, de un modo cautelosamente jocoso, que cualquier actividad extraordinaria atraería seguramente la atención de Woudiver. Parece que es el hombre con quien debemos tratar. En un cierto sentido, su reputación es tranquilizadora; tiene que ser un hombre necesariamente competente.

Traz intervino en la conversación:

—¿Qué ocurrirá si ese Woudiver se niega a ayudarnos? ¿No nos hallaremos entonces a su merced? ¿No podrá extorsionarnos nuestros sequins?

Anacho frunció los labios y se alzó levemente de hombros.

—Ningún plan de este tipo es completamente a toda prueba. Desde mi punto de vista, Aila Woudiver parece una buena elección. Posee acceso a las fuentes de los materiales que necesitamos, controla los vehículos de transporte, y posiblemente pueda proporcionar un edificio adecuado donde montar la nave espacial.

—Deseamos a la persona más competente —dijo Reith con reluctancia—, y supongo que si la conseguimos no podemos fijarnos demasiado en sus atributos personales. Sin embargo, por otra parte... Oh, está bien. ¿Qué pretexto deberemos usar?

—La historia que contaste a los Lokhar, que necesitamos una nave espacial para tomar posesión de un tesoro, es tan buena como cualquier otra. Woudiver no creerá nada de lo que se le cuente; esperará ser engañado al respecto, de modo que cualquier historia es tan buena como cualquier otra.

—¡Atención! —murmuró de pronto Traz—. Se acercan unos Dirdir.

Eran tres, y avanzaban con su portentoso paso saltarín. De la parte de atrás de sus cabezas blancas como el hueso colgaban redecillas de fino hilo de plata; sus refulgencias caían a ambos lados de sus hombros. Faldones de suave piel pálida colgaban de sus brazos hasta casi el suelo. Otras tiras de piel colgaban también por delante y por detrás, indentadas con hileras verticales de símbolos circulares rojos y negros.

—Inspectores —murmuró Anacho sin apenas abrir los labios—. No vienen a Sivishe más que una vez al año... a menos que se produzcan quejas.

—¿Te reconocerán como un Hombre-Dirdir?

—Por supuesto. Espero que no me reconozcan como Ankhe at afram Anacho, el fugitivo.

Los Dirdir pasaron por su lado; Reith los miró con aire indiferente, aunque su piel se puso de gallina ante su proximidad. Ignoraron al trío y siguieron avenida adelante, con los pálidos faldones de piel agitándose a sus lados al ritmo de su paso.

El rostro de Anacho se relajó de su tensión. Reith dijo con voz apagada:

—Cuanto más pronto abandonemos Sivishe, mejor.

Anacho tamborileó con sus dedos sobre la mesa, con un repique final.

—Muy bien. Telefonaré a Aila Woudiver y concertaré una cita exploratoria. —Entró en el albergue y volvió a salir al cabo de pocos instantes—. Dentro de un momento vendrá un coche a recogernos.

Reith no estaba preparado para una respuesta tan rápida.

—¿Qué le dijiste? —preguntó, intranquilo.

—Que deseábamos consultarle respecto a un asunto de negocios.

—Hum. —Reith se reclinó en su silla—. Demasiada prisa es tan malo como demasiada poca.

Anacho alzó irritadamente las manos.

—¿Qué razón hay para retrasar las cosas?

—Realmente ninguna. Pero me siento extraño en Sivishe e inseguro de mis respuestas... y por ello preocupado.

—Olvidalo. Con la familiaridad, Sivishe se vuelve aún más intranquilizadora.

Reith no dijo más. Quince minutos más tarde un antiguo vehículo negro, que

en sus tiempos había sido un gran sedán, se detuvo frente al hotel. Un hombre de mediana edad, duro y hosco, miró hacia la terraza. Hizo una seña con la cabeza hacia Anacho.

—¿Esperas un coche?

—¿Para Woudiver?

—Subid.

Los tres subieron al vehículo y se sentaron. El coche avanzó a poca velocidad descendiendo la avenida, luego giró hacia el sur y entró en un distrito de desaliñados edificios erigidos sin ningún juicio ni precisión. No había dos puertas iguales; ventanas de formas y tamaños irregulares se abrían al azar en las gruesas paredes. Personas de rostros descoloridos observaban desde los zaguanes o escrutaban la calle desde las ventanas; todos se volvieron al paso del coche.

—Obreros —dijo Anacho con un resoplido de desdén—. Kherman, Thang, Isleños Tristes. Vienen de todo Kislovan y de más allá también.

El coche prosiguió su camino cruzando una atestada plaza, penetró en una calle de pequeñas tiendas provistas todas ellas de gruesas rejas de hierro.

—¿Falta mucho para llegar a Woudiver? —preguntó Anacho al conductor.

—No. —La respuesta fue pronunciada sin que los labios del hombre se movieran apenas.

—¿Dónde vive? ¿Fuera, en las Alturas?

—En la Cuesta de Zamia.

Reith estudió la nariz en pico del hombre, las tensas protuberancias de los músculos en torno a su incolora boca: el rostro de un ejecutor.

El camino conducía colina arriba. Las casas tenían ahora descuidados jardines. El coche se detuvo al extremo de un sendero. El conductor indicó a los tres con un seco gesto que bajaran, luego les condujo silenciosamente a lo largo de un penumbroso pasadizo que olía a humedad y moho, cruzando un arco, un patio, subiendo un corto tramo de escaleras, hasta una habitación con paredes embaldosadas en color mostaza.

—Esperad aquí. —Cruzó una puerta de madera de pilla negra incrustada con hierro, y un momento más tarde se asomó e hizo un gesto con un dedo—. Venid.

Le siguieron a una amplia estancia de paredes blancas. Una alfombra marrón y escarlata ahogaba sus pasos; el mobiliario consistía en sillones tapizados de

peluche rosa, rojo y amarillo, una pesada mesa de madera tallada, un inciensario que arrojaba leves bocanadas de un denso humo. Tras la mesa había de pie un enorme hombre de piel amarillenta vestido de rojo, negro y marfil. Su rostro era redondo como un melón; unos escasos mechones de pelo color arena estriaban su moteado cráneo. Era un hombre voluminoso en todas direcciones, y motivado, o así le pareció a Reith, por una grandiosa y cínica inteligencia.

—Soy Aila Woudiver —dijo. Su voz estaba dominada por un exquisito control; ahora era suave y un poco aflautada—. Veo a un Hombre-Dirdir del Primer...

—¡Superior! —corrigió Anacho.

—...un joven de una tosca raza desconocida, un hombre de extracción aún más dudosa. ¿Para qué desean verme unas personas tan dispares?

—Para discutir un asunto posiblemente de interés mutuo —dijo Reith.

El tercio inferior del rostro de Woudiver tembló en una sonrisa.

—Continúa.

Reith miró a la estancia a su alrededor, luego volvió de nuevo la vista a Woudiver.

—Sugiero que nos traslademos a otro lugar, preferentemente al aire libre.

Las delgadas, casi inexistentes cejas de Woudiver se alzaron sorprendidas.

—No comprendo. ¿Querrás explicarte?

—Por supuesto, si podemos trasladarnos a otra zona.

Woudiver frunció el ceño con repentina petulancia, pero echó a andar. Los tres hombres le siguieron cruzando una arcada, ascendiendo una rampa y saliendo a una terraza que dominaba una enorme y brumosa distancia hacia el oeste. Woudiver habló ahora con voz cuidadosamente resonante.

—¿Te parece adecuado este lugar?

—Mejor que el otro —dijo Reith.

—Me desconciertas —admitió Woudiver, acomodándose en un enorme sillón—. ¿Cuál es la influencia nociva a la que tanto temes?

Reith miró significativamente el paisaje, hacia las coloreadas torres y la gris Caja de Cristal del lejano Hei.

—Tú eres un hombre importante. Concebiblemente tus actividades interesan a ciertas personas hasta el punto de que monitoricen tus conversaciones.

Woudiver hizo un gesto jovial.

—Tus asuntos parecen altamente confidenciales, o incluso ilícitos.

—¿Eso te alarma?

Woudiver frunció los labios hasta que su boca se convirtió en un nudo de rosados cartílagos.

—Vayamos al asunto.

—Por supuesto. ¿Estás interesado en ganar mucho dinero?

—Bof —dijo Woudiver—. Tengo suficiente para mis pequeñas necesidades. Pero todo el mundo puede hallarle un uso a más dinero.

—En esencia, la situación es ésta: sabemos dónde y cómo obtener un tesoro considerable, y sin ningún riesgo.

—¡Eres el más afortunado de los hombres!

—Pero son necesarios algunos preparativos. Creemos que tú, un hombre de conocidos recursos puedes proporcionarnos ayuda a cambio de una parte de los beneficios. No me refiero, por supuesto, a ayuda financiera.

—No puedo decir ni sí ni no hasta saber todos los detalles —dijo Woudiver con la más suave de las voces—. Naturalmente, puedes hablar sin reservas; mi reputación en lo que a discreción se refiere es algo probado.

—Primero necesitamos una indicación clara de que estás interesado. ¿Para qué perder el tiempo en nada?

Woudiver parpadeó.

—Estoy tan interesado como es posible estarlo en un perfecto vacío.

—Muy bien entonces. Nuestro problema es éste: necesitamos conseguir una espacionave pequeña.

Woudiver siguió sentado sin moverse, los ojos clavados en el rostro de Reith. Miró rápidamente a Traz y Anacho, luego lanzó una corta y seca risa.

—¡Me atribuyes unos considerables poderes! ¡Sin hablar de una audacia sin límites! ¿Cómo crees que puedo proporcionar una espacionave, grande o pequeña? ¡O estás loco, o me tomas a mí por uno!

Reith sonrió ante la vehemencia de Woudiver, que diagnosticó como una maniobra táctica.

—Hemos considerado cuidadosamente la situación —dijo—. El proyecto no es imposible con la ayuda de una persona como tú.

Woudiver agitó irritado su enorme cabeza color limón.

—Así que simplemente señalo con el dedo hacia los Grandas Talleres

Espaciales, y produzco una nave. ¿Eso es lo que crees? Me vería cruzando las puertas de la Caja de Cristal antes de que terminara el día.

—Recuerda que no es necesaria una nave grande —dijo Reith—. Hay la posibilidad de adquirir una nave ya obsoleta y ponerla en condiciones de funcionamiento. O podemos conseguir componentes de personas que se sientan inducidas a venderlos, y montarlos en un casco adecuado.

Woudiver se tironeó la barbilla.

—Evidentemente los Dirdir se opondrían a un proyecto así.

—Mencioné la necesidad de discreción —observó Reith.

Woudiver hinchó los carrillos.

—¿Cuánta riqueza hay implicada en eso? ¿Cuál es su naturaleza? ¿Dónde está localizada?

—Ésos son detalles que por el momento no tienen ningún interés real para ti —dijo Reith.

Woudiver tabaleó su barbilla con un amarillo dedo índice.

—Discutamos el asunto como una abstracción. En primer lugar, los aspectos prácticos. Se necesitaría una gran suma de dinero: para los incentivos, la ayuda técnica, un lugar adecuado para el ensamblaje, y por supuesto los componentes que mencionas. ¿De dónde saldría ese dinero? —Su voz adquirió resonancias sardónicas—. No esperarás financiación de Aila Woudiver.

—La financiación no es problema —dijo Reith—. Tenemos fondos suficientes.

—¿De veras? —Woudiver se mostró impresionado—. ¿Puedo saber cuánto estás dispuesto a gastar?

—Oh, entre cincuenta y cien mil sequins.

Woudiver agitó la cabeza con aire de indulgente diversión.

—Cien mil sequins ni siquiera son suficientes. —Lanzó una mirada hacia Hei—. Nunca me mezclaría en una empresa ilícita o prohibida.

—Por supuesto que no.

—Aunque podría de todos modos aconsejarte, sobre unas bases amistosas e informales, por digamos un precio fijo, o quizá un porcentaje de los gastos y una pequeña participación en cualquier eventual beneficio posterior.

—Algo parecido estábamos pensando —dijo Reith—. ¿Cuánto tiempo necesitaría un proyecto así, según tu estimación?

—¿Quién sabe? ¿Quién puede profetizar tales cosas? ¿Un mes? ¿Dos meses? La información es algo esencial, y por el momento carecemos de ella. Habría que consultar a una persona de confianza de los Grandes Talleres Espaciales.

—De confianza, competente y leal —corrigió Reith.

—Eso no hace falta decirlo. Conozco al hombre, una persona a la que he hecho varios favores. En uno o dos días le veré y le plantearé el asunto.

—¿Por qué no ahora? —preguntó Reith—. Cuanto más pronto mejor.

Woudiver alzó una mano.

—Las prisas conducen a errores de cálculo. Vuelve dentro de dos días; puede que tenga noticias para ti. Pero primero el asunto de las finanzas. No puedo invertir mi tiempo sin una provisión de fondos. Necesitaré una pequeña suma, digamos cinco mil sequins... como garantía.

Reith agitó la cabeza.

—Te mostraré cinco mil sequins. —Extrajo una ristra de sequins púrpuras—. De hecho, aquí hay veinte mil. Pero no podemos permitirnos gastar ni un solo sequin excepto para gastos reales.

El rostro de Woudiver se mostró profundamente dolido.

—¿Y qué hay de mi comisión, entonces? ¿Tengo que trabajar simplemente por amor al arte?

—Por supuesto que no. Si todo va bien, serás recompensado a tu satisfacción.

—Esto vale por el momento —declaró Woudiver con repentina animación—. Dentro de un par de días enviaré a Artilo a buscarte. ¡No discutas el asunto con nadie! ¡El secreto es algo absolutamente confidencial!

—No hace falta decirlo. Hasta dentro de dos días, pues.

11

Sivishe era una ciudad triste, gris y deprimente, como oprimida por la proximidad de Hei. Las grandes mansiones de los Altos y Zamia eran pretenciosas, pero carecían de estilo y elegancia. La gente de Sivishe no era menos apagada: constituían una raza sombría y carente de humor, de pieles grises y tendentes a la obesidad. En sus comidas consumían grandes bols de cuajada, bandejas de tubérculos hervidos, carne y pescado sazonados con una rancia salsa negra que entumecía el paladar de Reith, aunque Anacho afirmaba que la salsa se presentaba en numerosas variantes y era de hecho un sabor cultivado. Las diversiones organizadas consistían en carreras diarias, en las que quienes corrían no eran animales sino hombres. Al día siguiente del encuentro con Woudiver, los tres amigos asistieron a una de esas carreras. Participaban ocho hombres, que llevaban atuendos de distintos colores y sostenían una pértiga rematada con un frágil globo de cristal. Los corredores no sólo tenían que superar a sus oponentes sino también hacerles caer con hábiles zancadillas a fin de que se les rompiera el globo de cristal, en cuyo caso eran descalificados. Los espectadores superaban los veinte mil, y mantuvieron un griterío gutural durante toda la duración de cada carrera. Reith observó un cierto número de Hombres-Dirdir entre los espectadores. Apostaban con tanto entusiasmo como los demás, pero se mantenían irritantemente aparte. Reith preguntó si Anacho no correría el riesgo de ser reconocido por algún antiguo conocido, a lo cual el Hombre-Dirdir respondió con una amarga carcajada.

—Llevando estas ropas estoy a salvo. Nunca me verán. Si llevara ropas de Hombre-Dirdir sería reconocido inmediatamente y denunciado a los Castigadores. He visto ya al menos a media docena de antiguos conocidos. Ninguno de ellos se ha dignado lanzarme una mirada.

El trío visitó los Grandes Talleres Espaciales de Sivishe, donde recorrieron la

periferia observando la actividad en su interior. Las espacionaves eran largas, ahusadas, con intrincados alerones y estabilizadores, tan distintas de las voluminosas naves Wannek y los llamativos aparatos de los Chasch Azules como lo eran éstos de las astronaves de la Tierra.

Los talleres parecían trabajar con una eficiencia muy baja y una capacidad más baja aún; pese a ello, había en marcha una gran cantidad de trabajos. Dos naves de carga estaban siendo revisadas; una nave de pasajeros parecía hallarse en plena construcción. En otro lugar observaron tres naves más pequeñas, aparentemente de guerra, cinco o seis yates espaciales en distintas fases de reparación, un conjunto de cascos desechados en un confuso montón en la parte de atrás de los talleres. En el lado opuesto había estacionadas tres naves en estado operativo, en el centro de grandes círculos negros.

—De tanto en tanto viajan a Sibol —dijo Anacho—. No hay demasiado tráfico. Hace mucho, cuando los Expansionistas estaban en su apogeo, las naves Dirdir iban y venían a varios mundos. Ahora ya no. Los Dirdir se lo están tomando con calma. Les gustaría echar a los Wannek fuera de Tschai y eliminar a todos los Chasch Azules, pero no malgastan sus energías. Es algo estremecedor. Son una raza terrible y activa y no pueden permanecer quietos durante demasiado tiempo. Uno de esos días estallarán y se lanzarán de nuevo al ataque.

—¿Qué hay de los Pnume? —preguntó Reith.

—No existe ningún esquema establecido. —Anacho señaló hacia los acantilados detrás de Hei—. Con tu telescopio eléctrico puedes ver los almacenes Pnume, donde guardan sus metales para comerciar con los Dirdir. Ocasionalmente aparecen en Sivishe algunos Pnumekin, por uno u otro motivo. Hay túneles que atraviesan todas las colinas y penetran en el territorio más allá. Los Pnume observan todos los movimientos que hacen los Dirdir. Nunca se deciden a actuar, sin embargo, por miedo a los Dirdir, que los matan como alimañas. Por otra parte, un Dirdir que salga de caza solo puede no regresar nunca. Los Pnume se lo llevan al interior de sus túneles, o al menos así se cree.

—Eso sólo puede ocurrir en Tschai —dijo Reith—. La gente comercia pese a que se detesta mutuamente y se mata a primera vista.

Anacho lanzó una lúgubre risita.

—No veo nada notable en el hecho. El comercio conduce al beneficio

mutuo; las muertes gratifican el odio mutuo. Son dos instituciones que no tienen una base común.

—¿Y qué hay de los Pnumekin? ¿Los molestan los Dirdir o los Hombres-Dirdir?

—No en Sivishe. Aquí se observa una tregua. En cualquier otro lugar ellos también son destruidos, aunque raramente se dejan ver. Después de todo hay relativamente pocos Pnumekin, que son con mucho la gente más extraña y notable de Tschai... Debemos irnos antes de que atraigamos la atención de la policía de los talleres.

—Demasiado tarde —dijo Traz con voz lúgubre—. En este momento estamos siendo observados.

—¿Desde dónde?

—Detrás nuestro, camino abajo, hay dos hombres. Uno de ellos lleva una chaqueta marrón y un sombrero negro; el otro una capa azul oscuro y una capucha.

Anacho miró a lo largo de la avenida.

—No son policías... no al menos guardias de los talleres.

Los tres regresaron a la confusa mezcolanza de cemento que marcaba el centro de Sivishe. Carina 4269, brillando a través de un alto estrato de bruma, arrojaba una fría luz amarronada sobre el paisaje. Los dos hombres les siguieron descaradamente, y algo en su silencioso andar atravesó a Reith de arriba a abajo con una nota de pánico.

—¿Quiénes pueden ser? —murmuró.

—No lo sé. —Anacho lanzó una rápida mirada por encima del hombro, pero los hombres no eran más que siluetas contra la luz—. No creo que sean Hombres-Dirdir. Hemos estado en contacto con Aila Woudiver; es posible que sea vigilado. También puede que se trate de los propios hombres de Woudiver. ¿O de una pandilla criminal? Al fin y al cabo, podemos haber sido observados aterrizando en el vehículo aéreo, o llevando los sequins a las cajas fuertes... ¡Peor aún! Quizá nuestras descripciones de Maust estén circulando por ahí. Somos bastante distinguibles.

—Tenemos que descubrirlo, de una u otra forma —dijo Reith hoscamente—. Observad: la calle pasa cerca de ese edificio en ruinas.

—Un lugar adecuado.

Los tres siguieron andando hasta pasar un desmoronante amasijo de cemento; luego, una vez fuera de la vista, saltaron a un lado y aguardaron. Los dos hombres llegaron corriendo con largas y silenciosas zancadas. Cuando pasaron junto a ellos, Reith agarró a uno, Anacho y Traz al otro. Anacho y Traz soltaron su presa con una repentina exclamación. Por un instante Reith captó un curioso olor rancio, como alcanfor o leche agria. Luego una descarga eléctrica que hizo entrecocar todos sus huesos lo envió bruscamente hacia atrás. Lanzó un gruñido. Los dos hombres huyeron.

—Los vi —dijo Anacho con voz débil—. Eran Pnumekin, o quizá Gzhindra. ¿Llevaban botas? Los Pnumekin andan descalzos.

Reith salió tras la pareja, pero de alguna forma milagrosa habían desaparecido.

—¿Quiénes son los Gzhindra?

—Parias Pnumekin.

Los tres desandaron el camino por las húmedas calles de Sivishe.

Finalmente, Anacho dijo:

—Hubiera podido ser peor.

—¿Pero por qué deberían seguirnos los Pnumekin?

—Han estado siguiéndonos desde que partimos de Settra —murmuró Traz—. Y quizá desde antes.

—Los Pnume piensan de una forma extraña —dijo Anacho con voz grave—. Sus acciones raramente admiten una explicación lógica; están hechos de la misma materia que Tschai.

12

El trío se sentó en una mesa en la terraza del Albergue del Antiguo Reino, bebiendo vino suave y observando a los transeúntes de Sivishe. La música era la clave del genio de un pueblo, pensó Reith. Aquella mañana, pasando por delante de una taberna, había escuchado la música de Sivishe. La orquesta consistía en cuatro instrumentos. El primero era una caja de bronce incrustada con conos envueltos en pergamino que cuando eran frotados producían un sonido como el de una corneta ajustada al registro más bajo posible. El segundo, un tubo de madera vertical de treinta centímetros de diámetro, con doce cuerdas cruzando otras tantas rendijas, emitía resonantes y vibrantes arpeggios. El tercero, una batería de cuarenta y dos tambores, contribuía con un complejo ritmo apagado. El cuarto, un cuerno de madera, berreaba, graznaba y producía también maravillosos y chillantes glissandos.

La música producida por el conjunto le pareció a Reith particularmente simple y limitada: una repetición de una melodía sencilla, interpretada con las más pequeñas variaciones. Unas cuantas personas bailaban: hombres y mujeres, cara a cara, las manos a los lados, saltando cuidadosamente sobre una pierna, luego sobre la otra. Torpe, pensó Reith. Sin embargo, al final de la canción, las parejas se separaron con expresiones de triunfo, y recomenzaron sus ejercicios tan pronto como la música volvió a sonar. A medida que pasaban los minutos, Reith empezó a captar complejidades, variaciones casi imperceptibles. Como la rancia salsa negra que ahogaba todas las comidas, la música requería un intenso esfuerzo de deglución; la apreciación y el placer debían quedar por siempre más allá del alcance de un extranjero. Quizá, pensó Reith, aquellos casi inaudibles trémolos y vacilaciones fueran el elemento del virtuosismo; quizá la gente de Sivishe gozara con las insinuaciones y sugerencias, ramalazos fugitivos, inflexiones casi inapreciables: su reacción a la ciudad Dirdir, tan al alcance de la

mano.

Otro índice no menos importante del proceso de pensamiento de un pueblo era su religión. Los Dirdir, supo Reith por sus conversaciones con Anacho, no eran religiosos. Los Hombres-Dirdir, por el contrario, habían evolucionado una elaborada teología, basada en el mito de la creación que derivaba a Hombres y Dirdir de un mismo huevo primordial. Los subhombres de Sivishe mantenían una docena de templos distintos. Las observancias, por todo lo que Reith podía ver, seguían el esquema más o menos universal... humillación, seguida por la petición de favores, la mayor parte de las veces relativos a los resultados de las carreras del día. Algunos cultos habían refinado y complicado sus doctrinas; su doxología era una jerga metafísica lo suficientemente sutil y ambigua como para complacer incluso a la gente de Sivishe. Otros credos que servían a distintas necesidades habían simplificado de tal modo los procesos que los fieles solamente tenían que hacer el signo sagrado, echar algunos sequins en el bol del sacerdote, recibir una bendición, y podían volver a sus asuntos.

La llegada del coche negro de Woudiver interrumpió los pensamientos de Reith. Artilo, inclinándose con una sardónica sonrisa hacia ellos, hizo un gesto perentorio, luego se inmovilizó agarrado al volante mientras miraba fijamente avenida abajo.

Los tres hombres subieron al coche, que emprendió su camino a través de Sivishe. Artilo condujo en dirección sudeste, más o menos hacia los talleres espaciales. En las afueras de Sivishe, donde se extendían algunas chozas dispersas entre las llanuras de sal, un conjunto de destartalados almacenes rodeaban montones de arena, gravilla, ladrillos y marga aglomerada. El coche penetró en el recinto central y se detuvo junto a una pequeña oficina construida con ladrillos rostros y escoria negra.

Woudiver estaba de pie en el umbral. Hoy llevaba una enorme chaqueta marrón, pantalones azules y un sombrero azul. Su expresión era blanda y poco reveladora; sus párpados parecían colgar a medio camino entrecerrando sus ojos. Alzó el brazo en un gesto de comedido saludo, luego retrocedió a la penumbra de la oficina. Los tres amigos descendieron del coche y entraron tras él. Artilo les siguió, se sirvió una taza de té de una enorme tetera negra, luego, silbando irritantemente, fue a sentarse en un rincón.

Woudiver señaló un banco; el trío se sentó. Woudiver empezó a caminar

arriba y abajo. Alzó su rostro hacia el techo y dijo:

—He hecho algunas indagaciones preliminares. Me temo que considero vuestro proyecto impracticable. En lo referente a un lugar para realizar el trabajo no hay ninguna dificultad... el almacén del sur a vuestras espaldas serviría admirablemente, y podríais alquilarlo por una cantidad razonable. Uno de mis asociados de mayor confianza, el ayudante del superintendente de repuestos en los talleres espaciales, afirma que los componentes necesarios están disponibles... a un cierto precio. Sin duda podríamos recuperar un casco de entre los desechados: supongo que no exigiréis un lujo desorbitado; y un equipo de técnicos competentes respondería a un sueldo lo suficientemente atractivo.

Reith empezó a sospechar que Woudiver tenía alguna idea en la cabeza.

—Entonces, ¿por qué es impracticable el proyecto?

Woudiver sonrió con una inocente simplicidad.

—Para mí, el beneficio es inadecuado a los riesgos que implica todo el asunto.

Reith asintió, sombrío, y se puso en pie.

—Lamento haber ocupado tanto de tu tiempo. Muchas gracias por la información.

—No tiene importancia —dijo Woudiver amablemente—. Os deseo toda clase de suerte en vuestra empresa. Quizá, cuando regreséis con vuestro tesoro, desees construirte un espléndido palacio; entonces espero que te acuerdes de mí.

—Es posible —dijo Reith—. Así pues...

Woudiver no parecía tener mucha prisa en dejarles marchar. Se acomodó en una silla con un untuoso gruñido.

—Otro querido amigo mío trata en gemas. Convertirá eficientemente vuestro tesoro en sequins, si el tesoro está constituido por gemas, como supongo. ¿No? ¿Metales raros entonces? ¿No? ¡Ajá! ¿Esencias preciosas?

—Puede ser cualquier cosa de éstas, o ninguna —dijo Reith—. Creo que, en el actual estado de las cosas, es mejor dejarlo indefinido.

Woudiver crispó su rostro en una máscara de contrariedad.

—¡Precisamente es esta indefinición la que me hace dudar! Si supiera mejor lo que puedo esperar...

—Quienquiera que me ayude —dijo Reith—, o quienquiera que me acompañe, puede esperar la riqueza.

Woudiver frunció los labios.

—¿De modo que debo unirme a esa expedición pirata a fin de compartir el botín?

—Pagaré un porcentaje razonable antes de que nos marchemos. Si vienes con nosotros —Reith alzó los ojos al techo ante aquel pensamiento—, o cuando volvamos, recibirás más.

—¿Cuánto más, exactamente?

—No sabría decirlo. Sospechas que soy un irresponsable. Pero no resultarás decepcionado.

Desde el rincón, Artilo croó su escepticismo; Woudiver lo ignoró. Habló con gran dignidad:

—Como hombre práctico que soy, no puedo actuar sobre especulaciones. Necesitaría una garantía de diez mil sequins. —Hinchó sus mejillas y miró directamente a Reith—. A la recepción de esta suma, ejercería inmediatamente mi influencia para poner en marcha tus planes.

—Todo esto me parece muy bien —dijo Reith—. Pero supongamos, y sé que es una suposición ridícula, que, en vez de un hombre de honor, seas un estafador, un bribón, un aprovechado. Puedes tomar mi dinero, luego encontrar el proyecto irrealizable por una razón u otra, y yo no ser reembolsado. En consecuencia, solamente puedo pagar sobre trabajo realmente realizado.

Un espasmo de irritación cruzó el rostro de Woudiver, pero su voz era la suavidad personificada:

—Entonces págame el alquiler de ese almacén de ahí atrás. Su localización es estupenda: discreto, cerca de los talleres espaciales, con todas las ventajas. Además puedo conseguir un viejo casco de desecho, supuestamente para convertirlo en un contenedor de almacenaje. Te cobraré solamente un alquiler nominal, diez mil sequins al año, pagaderos por anticipado.

Reith asintió juiciosamente.

—Una proposición interesante. Pero puesto que no vamos a necesitar el lugar más que durante unos pocos meses, ¿por qué vamos a molestarte? Podemos alquilar algo más barato en cualquier otro lugar, incluso con mejores condiciones.

Woudiver entrecerró los ojos; los pliegues de piel que rodeaban su boca temblaron.

—Negociemos abiertamente —dijo—. Nuestros intereses van parejos, siempre que yo gane sequins. No pienso regatear. O pagas buen dinero, o nuestro negocio termina aquí.

—Muy bien —dijo Reith—. Utilizaremos tu almacén, y te pagaré mil sequins por el alquiler de tres meses a partir del día en que un casco adecuado entre por la puerta y un equipo empiece a trabajar en él.

—Hummm. Eso podría ser mañana.

—¡Excelente!

—Necesitaré fondos para pagar el casco. Lo puedo conseguir a precio de metal viejo, pero hay que pagar también el transporte.

—Muy bien. Aquí tienes mil sequins. —Reith contó la suma sobre el escritorio.

Woudiver dio una palmada con su enorme mano.

—¡Insuficiente! ¡Inadecuado! ¡Mezquino!

—Evidentemente no confías en mí —dijo Reith secamente—. Esto no me predispone a confiar yo en ti. Pero tú no arriesgas más que una o dos horas de tu tiempo, mientras que yo arriesgo miles de sequins.

Woudiver se volvió hacia Artilo.

—¿Qué harías tú?

—Salirme de esto.

Woudiver se volvió hacia Reith, abrió los brazos.

—Ya has oído.

Reith recogió los mil sequins.

—Buenos días entonces. Es un placer haberte conocido.

Ni Woudiver ni Artilo se movieron.

El trío regresó al hotel con el transporte público.

Un día más tarde apareció Artilo en el Albergue del Antiguo Reino.

—Aila Woudiver quiere verte.

—¿Para qué?

—Te ha conseguido un casco. Está en el viejo almacén. Un equipo está limpiándolo y acondicionándolo. Quiere dinero. ¿Qué otra cosa puede ser?

13

El casco era satisfactorio y de dimensiones adecuadas. El metal se hallaba en buen estado. Las portillas de observación estaban empañadas y sucias, pero bien asentadas y herméticas.

Woudiver permaneció a un lado mientras Reith inspeccionaba el casco, con una expresión de altanera tolerancia en su rostro. Al parecer, cada día llevaba un nuevo y más extravagante atuendo, hoy un traje negro y amarillo y un sombrero negro con un penacho escarlata. El broche que aseguraba su capa era un óvalo plata y negro, partido a lo largo de su eje menor. De un extremo emergía la estilizada cabeza de un Dirdir, del otro la cabeza de un hombre. Woudiver, captando la mirada de Reith, asintió profundamente.

—Nunca lo sospecharías por mi físico, pero mi padre fue un Inmaculado.

—¿De veras? ¿Y tu madre?

La boca de Woudiver se crispó.

—Una mujer noble del norte.

—Una criada de taberna de Thang, con sangre de las marismas en las venas —dijo Artilo desde la compuerta de entrada.

Woudiver suspiró.

—En presencia de Artilo toda ilusión romántica es imposible. En cualquier caso, de no ser por la interposición accidental de un seno incorrecto, ante ti estaría Aila Woudiver, Hombre-Dirdir Inmaculado de Grado Violeta, en vez de Aila Woudiver, tratante en arenas y gravas y galante defensor de las causas perdidas.

—Ilógico —murmuró Anacho—. De hecho, improbable. Ni un Inmaculado entre mil retiene los Atributos Primitivos.

El rostro de Woudiver adquirió instantáneamente un peculiar tono magenta. Se dio la vuelta con una sorprendente rapidez y apuntó con un grueso dedo.

—¿Quién se atreve a hablar de lógica y probabilidad? ¡El renegado Ankhe at afram Anacho! ¿Quién llevaba el Azul y Rosa sin haber sufrido la prueba de la Angustia? ¿Quién desapareció al mismo tiempo que el Excelente Azarvim issit Dardo, al que nunca se ha vuelto a ver? ¡Un orgulloso Hombre-Dirdir, este Ankhe at afram!

—Ya no me considero un Hombre-Dirdir —dijo Anacho con voz tranquila—. Definitivamente ya no tengo ninguna ambición hacia el Azul y Rosa, ni siquiera hacia los trofeos de mi linaje.

—¡En este caso sé lo bastante amable como para no comentar la triste situación de alguien que se ve desgraciadamente privado de la casta a la que tiene derecho!

Anacho se alejó, echando humo de rabia, pero obviamente considerando que era más juicioso contener su lengua. Al parecer aquel Aila Woudiver no había permanecido ocioso, y Reith se preguntó hasta cuán lejos habían llegado sus indagaciones.

Woudiver recuperó gradualmente su compostura. Su boca se crispó. Hinchó y deshinchó sus mejillas. Lanzó un sonido burlón.

—Vayamos a asuntos más provechosos. ¿Cuál es tu opinión respecto a este casco?

—Favorable —dijo Reith—. No podemos esperar nada mejor de la chatarra.

—Ésta es también mi opinión —dijo Woudiver—. La siguiente fase va a ser un poco más dificultosa. Mi amigo en los talleres espaciales no se siente en absoluto ansioso por ir a la Caja de Cristal, ni yo tampoco. Pero una cantidad adecuada de sequins hace milagros. Lo cual nos lleva al tema del dinero. Los gastos que he tenido que pagar de mi bolsillo son ochocientos noventa sequins por el casco, lo cual considero un buen precio. Trescientos sequins por el transporte. El alquiler por un mes del almacén: mil sequins. Total, dos mil ciento noventa sequins. Calculo mi comisión o beneficio personal en un diez por ciento, o sea doscientos diecinueve sequins. Lo cual hace un total de dos mil cuatrocientos nueve sequins.

—¡Espera, espera, espera! —exclamó Reith—. No mil sequins al mes, mil sequins por *tres* meses; ésa fue mi oferta.

—Es demasiado poco.

—Pagaré quinientos, ni un blanco más. Ahora, en lo que respecta a tu

comisión, seamos razonables. Te has encargado del transporte, con su correspondiente beneficio; pago un buen alquiler por tu almacén; no veo ninguna razón para entregarte un diez por ciento adicional sobre estos conceptos.

—¿Por qué no? —preguntó Woudiver con voz razonable—. Es una ventaja para ti el que yo pueda ofrecerte esos servicios. Llevo dos sombreros, por decirlo así: el de coordinador y el de proveedor. ¿Por qué, simplemente porque el coordinador encuentra a un cierto proveedor conveniente, barato y eficiente, debería verse privado de su beneficio? Si el transporte hubiera sido efectuado por alguien distinto, no hubiera salido más barato, y yo hubiera cobrado mi porcentaje sin protestas.

Reith no pudo negar la lógica de la argumentación, ni lo intentó. Dijo:

—No tengo intención de pagar más de quinientos sequins por un viejo almacén que se cae en pedazos y que tú te hubieras sentido satisfecho alquilando por doscientos.

Woudiver alzó un amarillo dedo.

—¡Considera el riesgo! ¡Estamos a punto de cometer el latrocinio de valiosas propiedades! Por favor, comprende que debo ser recompensado en parte por los servicios prestados, pero en parte también para apaciguar mis terrores a la Caja de Cristal.

—Esta es una afirmación razonable desde tu punto de vista —dijo Reith—. En lo que a mí se refiere, quiero completar la espacionave antes de que se me agote el dinero. Una vez la nave esté terminada, cargada de combustible y llena de provisiones, puedes quedarte con todos los sequins que queden, no me importa.

—¿Realmente? —Woudiver se rascó la mejilla—. ¿Cuántos sequins tienes exactamente, para poder hacer mis planes de acuerdo con ello?

—Un poco más de cien mil.

—Hummm. Me pregunto si el trabajo podrá llegar a completarse... y no hablemos de mis comisiones.

—Exactamente. Quiero mantener los gastos que no se refieran a la construcción al mínimo.

Woudiver volvió su rostro hacia Artilo.

—Contempla a lo que me veo reducido. Todos prósperos excepto Woudiver. Como siempre, sufro a causa de mi generosidad.

Artilo lanzó un gruñido que no comprometía a nada.

Reith contó unos sequins.

—Aquí tienes quinientos... un alquiler exorbitante para esta ruina donde estamos. Transporte: trescientos. El casco: ochocientos noventa. Pagaré el diez por ciento del casco. Otros ochenta y nueve. Un total de setecientos setenta y nueve.

El ancho rostro amarillo de Woudiver reflejó una sucesión de emociones. Finalmente dijo:

—Debo recordarte que una política mezquina es a la larga la más cara de todas.

—Si el trabajo progresa eficientemente —dijo Reith— no me encontrarás mezquino. Verás más sequins de los que nunca soñaste que pudieran existir. Pero tengo intención de pagar solamente resultados. Así que tu mayor interés reside en acelerar la construcción de la espacionave tanto como te sea posible. Si el dinero se agota, perderemos todos.

Por una vez Woudiver no tuvo nada que decir. Contempló con tristeza el resplandeciente montón de sequins sobre la mesa; luego, separando los púrpuras, los escarlatas y los verdes oscuros, los contó.

—Eres duro en los negocios —dijo.

—En definitiva es para nuestro mutuo beneficio.

Woudiver dejó caer los sequins en su bolsa.

—Si es preciso, es preciso. —Tamborileó con los dedos contra su cadera—. Bien, en cuanto a los componentes, ¿qué necesitas primero?

—No sé nada acerca de maquinaria Dirdir. Necesitamos el consejo de un técnico experto. Tendría que haber un hombre así aquí y ahora.

Woudiver le miró de soslayo.

—Si no la conoces, ¿cómo esperas pilotar esta nave?

—Estoy familiarizado con los botes espaciales Wannek.

—Hummm. Artilo, ve a buscar a Deine Zarre del Club Técnico.

Woudiver salió en dirección a su oficina, dejando a Reith, Anacho y Traz solos en el almacén. Anacho examinó el casco.

—El viejo gordo ha escogido bien. Es una Ispra, una serie hoy obsoleta tras

la aparición de la Concax Chillona. Debemos obtener componentes Ispra para simplificar el trabajo.

—¿Se hallan disponibles?

—Indudablemente. Creo que le has sacado bien el jugo a la bestia amarilla. Su padre un Inmaculado... ¡vaya chiste! Su madre una mujer de las marismas... ¡eso sí puedo creerlo! Evidentemente se ha dado un buen trabajo en averiguar nuestros secretos.

—Espero que no haya averiguado demasiado.

—Mientras podamos pagar, estamos seguros. Tenemos un buen casco a un precio muy razonable, e incluso el alquiler de este cuchitril no es demasiado exorbitante. Pero debemos ir con cuidado: no le gustan los beneficios normales.

—Sin duda nos engañará tanto como pueda —dijo Reith—. Pero si terminamos con una nave espacial que funcione, no me importa. —Caminó rodeando el casco, tendiendo ocasionalmente la mano para tocarlo con una especie de admiración. Allí, sólida y definida, estaba por fin la base de una nave que podría llevarle de vuelta a casa. Reith sintió una oleada de afecto hacia el frío metal, pese a su alienígena apariencia Dirdir.

Traz y Anacho salieron fuera para sentarse a la pálida luz del atardecer, y finalmente Reith se reunió con ellos. Con imágenes de la Tierra en su mente, el paisaje se volvió repentinamente extraño, como si estuviera contemplándolo por primera vez. La desmoronante ciudad gris de Sivishe, las espiras de Hei, la Caja de Cristal reflejando un brillo bronce oscuro a la luz de Carina 4269, los altos acantilados apenas entrevistos en la bruma: aquello era Tschai. Miró a Traz y Anacho: aquellos eran hombres de Tschai.

Se sentó en el banco. Preguntó:

—¿Qué hay dentro de la Caja de Cristal?

Anacho pareció sorprenderse de su ignorancia.

—Es un parque, una imitación del viejo Sibol. Los jóvenes Dirdir aprenden allí a cazar; otros se ejercitan y se relajan. Hay galerías para los espectadores. Los criminales son las presas. Hay rocas, vegetación de Sibol, farallones, cuevas; a veces un hombre consigue eludir la caza durante días.

Reith miró fijamente a la Caja de Cristal.

—¿Están cazando ahora los Dirdir en ella?

—Supongo que sí.

—¿Y los Hombres-Dirdir Inmaculados?

—A veces se les permite cazar.

—¿Devoran a su presa?

—Por supuesto.

El coche negro apareció por la calle llena de baches. Lanzó una enorme salpicadura de un aceitoso charco, se detuvo ante la oficina. Woudiver salió a la puerta, una grotesca masa envuelta en finas ropas negras y amarillas. Artilo bajó del asiento del conductor; de la parte de atrás salió un viejo. Tenía el rostro como extraviado y su cuerpo parecía distorsionado o retorcido; avanzó lentamente, como si cada esfuerzo le costara un tremendo dolor. Woudiver avanzó hacia él, le dirigió una o dos palabras, luego lo condujo hacia el almacén.

—Éste es Deine Zarre, que supervisará nuestro proyecto. Deine Zarre, te presento a este hombre de raza indistinguible. Se hace llamar a sí mismo Adam Reith. Tras él puedes ver a un Hombre-Dirdir renegado, un tal Anacho; y un joven que parece derivar de las estepas de Kotan. Ésas son las personas con las que tendrás que tratar. Yo no soy más que un agregado; haz todos tus arreglos con Adam Reith.

Deine Zarre dirigió su atención a Reith. Sus ojos eran gris claro, y en contraste con el negro de las pupilas parecían casi luminosos.

—¿Cuál es el proyecto?

Otro hombre en conocer el secreto, pensó Reith. Con Aila Woudiver y Artilo, la lista empezaba a hacerse demasiado larga. Pero no podía evitarlo.

—En el almacén hay el casco de una nave espacial. Queremos ponerla en condiciones operativas.

La expresión de Deine Zarre cambió poco. Observó por unos instantes el rostro de Reith, luego se volvió y cojeó hacia el almacén. Reapareció a los pocos momentos.

—El proyecto es posible. Todo es posible. ¿Pero realizable? No lo sé. —Su mirada buscó de nuevo el rostro de Reith—. Hay riesgos.

—Woudiver no muestra una gran alarma. De todos nosotros, él es el más sensible al peligro.

Deine Zarre clavó en Woudiver unos ojos desapasionados.

—También es el más escurridizo y el más lleno de recursos. En lo que a mí respecta, no temo nada. Si los Dirdir vienen a buscarme, mataré a tantos como

me sea posible.

—Vamos, vamos —se burló Woudiver—. Los Dirdir son como son: gente de fantásticas habilidades y valor. ¿Acaso no somos todos Hermanos del Huevo?

Deine Zarre lanzó un gruñido hosco.

—¿Dónde están la maquinaria, las herramientas, los componentes?

—En los talleres espaciales —dijo Woudiver secamente—. ¿Dónde si no?

—Necesitaremos técnicos: al menos seis hombres, de absoluta discreción.

—Un asunto de buena o mala suerte —admitió Woudiver—. Pero la mala suerte puede minimizarse con incentivos. Si Reith les paga bien, el incentivo del dinero. Si Artilo les aconseja, el incentivo de la razón. Si yo les señalo las consecuencias de una lengua demasiado floja, el incentivo del miedo. ¡No hay que olvidarlo nunca, Sivishe es una ciudad de secretos! Como testigos los que estamos aquí.

—Cierto —dijo Deine Zarre. Buscó de nuevo a Reith con sus notables ojos—. ¿Adonde quieres ir con tu espacionave?

Woudiver habló con un tono que insinuaba burla o malicia:

—Va a reclamar un fabuloso tesoro, que todos compartiremos.

Deine Zarre sonrió.

—No quiero ningún tesoro. Págame cien sequins a la semana; eso es todo lo que pido.

—¿Tan poco? —se sorprendió Woudiver—. Reduces mi comisión.

Deine Zarre no le hizo caso.

—¿Tienes intención de empezar el trabajo inmediatamente? —preguntó a Reith.

—Cuanto antes mejor.

—Haré una lista de las necesidades inmediatas. —A Woudiver—: ¿Cuándo podrás disponer la entrega?

—Tan pronto como Adam Reith proporcione los medios.

—Pasa la orden esta noche —dijo Reith—. Traeré dinero mañana.

—¿Cuáles son los honorarios para mi amigo? —inquirió irritadamente Woudiver—. ¿Va a tener que trabajar por nada? ¿Qué hay de lo que habrá que pagarles a los guardias del almacén? ¿Tendrán que mirar hacia otro lado porque sí?

—¿Cuánto? —preguntó Reith.

Woudiver dudó, luego dijo con voz apagada:

—Evitemos una agotadora disputa. Presentaré primero el precio mínimo. Dos mil sequins.

—¿Tanto? Increíble. ¿Cuántos hombres tienen que ser sobornados?

—Tres. El ayudante del supervisor y dos guardias.

—Dáselos —dijo Deine Zarre—. Me disgustan los regateos. Si tienes que economizar, págame menos a mí.

Reith empezó a quejarse, luego se alzó de hombros, consiguió esbozar una dolorosa sonrisa.

—Está bien. Dos mil sequins.

—Recuerda —dijo Woudiver—, tienes que pagar el precio de inventario de la mercancía; es difícil robar a precio alzado.

Durante la tarde cuatro camiones a motor descargaron en el almacén. Reith, Traz, Anacho y Artilo metieron las cajas dentro mientras Deine Zarre comprobaba el contenido con sus listas. Woudiver apareció en escena a medianoche.

—¿Todo bien?

—Por todo lo que puedo decir, lo más necesario está aquí —dijo Deine Zarre.

—Bien. —Woudiver se volvió hacia Reith, le tendió una hoja de papel—. La factura. Observa que está pormenorizada, de modo que no sirve de nada discutir.

Reith leyó el total con un débil jadeo.

—Ochenta y dos mil sequins.

—¿Acaso esperabas menos? —preguntó desenvueltamente Woudiver—. Mi parte no está incluida. En total son noventa mil doscientos sequins.

—¿Es esto todo lo que necesitamos? —preguntó Reith a Deine Zarre.

—Absolutamente todo.

—¿Cuánto tiempo vamos a necesitar?

—Dos o tres meses. Más, si los componentes se hallan seriamente desfasados.

—¿Cuánto debo pagar a los técnicos?

—Doscientos sequins a la semana. Al contrario que yo, se hallan motivados

por la necesidad de dinero.

En la pantalla de la imaginación de Reith apareció una imagen de los Carabas: las colinas, las grises prominencias rocosas, los arbustos de espinos, los horribles fuegos por la noche. Recordó el furtivo paso por los Promontorios, la trampa para Dirdir en el Bosque Limítrofe, la carrera de vuelta al Portal de los Destellos. Noventa mil sequins representaban casi la mitad de todo aquello... Si el dinero disminuía demasiado aprisa, si Woudiver empezaba a mostrarse demasiado ávidamente corrupto, ¿qué harían entonces? Reith no pudo soportar aquel pensamiento.

—Mañana traeré el dinero.

Woudiver asintió gravemente.

—Muy bien. O mañana por la noche las cosas volverán allá de donde salieron.

14

Dentro del almacén, la vieja Ispra empezaba a cobrar vida. Los propulsores fueron encajados en sus alvéolos, soldados y sellados. El generador y el convertidor fueron izados por el panel de acceso de popa, luego deslizados hacia delante y anclados. La Ispra ya no era un casco. Reith, Anacho y Traz la frotaron con viruta metálica, la rasparon, la pulieron, eliminaron las manchas de óxido, retiraron los viejos asientos de agrio olor. Limpiaron las portillas de observación, ensancharon los conductos de aireación, instalaron nuevos sellos en torno a la compuerta de entrada.

Deine Zarre no trabajaba. Iba cojeando de un lado a otro, sin que sus ojos perdieran ningún detalle. Artilo miraba ocasionalmente al interior del almacén, con una mueca burlona en su boca gris. Woudiver apenas se dejaba ver. Durante sus raras apariciones se mostraba frío y práctico, desaparecida toda huella de su primitiva jovialidad.

Durante todo un mes Woudiver no apareció. Artilo, inclinado de pronto a las confidencias, escupió un día al suelo y dijo:

—El Gran Amarillo está fuera en su propiedad en el campo.

—Oh. ¿Y qué es lo que hace allí?

Artilo torció la cabeza hacia un lado, mostrando a Reith una sonrisa torcida.

—Cree que es un Hombre-Dirdir, eso es lo que hace. Ahí es donde va a parar todo su dinero, en sus rejas y en sus escenarios y en sus cazas, el viejo vicioso.

Reith se quedó mirando a Artilo, completamente inmóvil.

—¿Quieres decir que caza hombres?

—Por supuesto. Él y sus amigos. Amarillo tiene una propiedad de quinientas hectáreas, casi tan grande como la Caja de Cristal. Las paredes no son tan buenas, pero las ha hecho rodear con alambre electrificado y trampas. No bebas el vino de Amarillo; te dormirás y despertarás para encontrarte metido en la

caza. Y tú serás la presa.

Reith se abstuvo en preguntar qué les ocurría a las víctimas; era una información que no deseaba saber.

Transcurrió otra de las semanas de diez días de Tschai, y Woudiver apareció, de un humor lúgubre. Su labio superior estaba rígido como un palo, ocultando totalmente su boca; sus ojos se clavaban truculentos a derecha e izquierda. Se detuvo al lado de Reith; la gran masa de su torso ocultó la mitad de la vista. Tendió bruscamente la mano.

—El alquiler. —Su voz era llana y fría.

Reith sacó quinientos sequins y los colocó sobre un estante. No quiso tocar la tendida mano amarilla.

Woudiver, con un espasmo de irritación, le abofeteó con el dorso de la mano, arrojándole al suelo. Reith se puso de nuevo en pie, asombrado. Notó que su piel empezaba a hormiguarle, señalando la erupción de la furia. Con el rabillo del ojo vio a Artilo apoyado contra la pared. Artilo dispararía contra él tan tranquilamente como quien aplasta a un insecto, lo sabía muy bien. Cerca de él estaba Traz, observando intensamente a Artilo. Artilo estaba neutralizado.

Woudiver permanecía de pie mirándole, con ojos fríos y carentes de expresión. Reith lanzó un profundo suspiro, se tragó la rabia. Devolverle el golpe a Woudiver no le haría ganar su respeto, sino tan sólo estimular su rencor.

Inevitablemente ocurriría algo catastrófico. Lentamente, se dio la vuelta.

—¡Entrégame mi alquiler! —ladró Woudiver—. ¿Me tomas por un mendigo? ¡Ya he soportado bastante tu arrogancia! ¡En el futuro muéstrame el respeto debido a mi casta!

Adam Reith dudó. ¡Qué fácil resultaría atacar al monstruoso Woudiver y aceptar las consecuencias! Pero eso significaría la aniquilación del programa. Adam Reith suspiró. Si era necesario tragarse su orgullo, toda una ración no era peor que un bocado.

Con un frío y austero silencio, tendió los sequins a Woudiver, que se limitó a mirarle furiosamente y agitar las caderas.

—¡Es insuficiente! ¿Por qué tengo que financiar yo tu empresa? ¡Págame lo que me corresponde! ¡El alquiler son mil sequins al mes!

—Aquí están otros quinientos sequins —dijo Reith—. Por favor no pidas más, porque no hay más.

Woudiver lanzó un bufido despectivo, giró sobre sus talones y se fue. Artilo contempló su marcha y escupió al suelo. Lugo lanzó a Reith una mirada especulativa.

Reith penetró en el almacén. Deine Zarre, que había observado el episodio, no hizo ningún comentario. Reith intentó apaciguar su humillación con el trabajo.

Dos días más tarde reapareció Woudiver, esta vez llevando su llamativo traje negro y amarillo. Su truculencia de la otra vez había desaparecido; se mostró suavemente educado.

—Bien, ¿cómo va nuestro proyecto?

—No han habido problemas importantes —respondió Reith con voz llana—. Los componentes pesados están en su lugar y conectados. Han sido instalados los instrumentos, pero aún no son operativos. Deine Zarre está preparando otra lista: el sistema de justificación magnética, los sensores de navegación, los acondicionadores del medio ambiente. Quizá esta vez debamos adquirir también células de combustible.

Woudiver frunció los labios.

—Muy bien. De nuevo se presenta la triste ocasión de tener que separarte de tus sequins tan duramente ganados. ¿Puedo preguntarte cómo conseguiste una suma tan grande? Es una auténtica fortuna. Con tanto dinero en mano, me pregunto por qué lo arriesgas todo en una empresa tan descabellada.

Reith consiguió esbozar una gélida sonrisa.

—Evidentemente yo no considero la expedición como una empresa descabellada.

—Extraordinario. ¿Cuándo tendrá preparada Deine Zarre su lista?

—Quizá ya la tenga terminada.

Deine Zarre no la había terminado aún, pero lo hizo mientras Woudiver aguardaba.

Woudiver examinó la lista con la cabeza echada hacia atrás y los ojos entrecerrados. Dijo:

—Me temo mucho que los gastos van a superar tus reservas.

—Espero que no —dijo Reith—. ¿En cuánto los calculas?

—No sabría decirlo exactamente; no lo sé. Pero con el alquiler, los salarios y tu inversión original no puede quedarte ya mucho dinero. —Miró interrogativamente a Reith.

Lo último que pensaba hacer Reith en su vida era confiar en Woudiver.

—Es esencial que mantengamos los costes al mínimo.

—Tres costes básicos deben ser mantenidos a toda costa —entonó Woudiver—. El alquiler, mis comisiones, los honorarios de mis asociados. Lo que quede puedes gastarlo como te plazca. Éste es mi punto de vista. Y ahora sé lo bastante amable de entregarme dos mil sequins de mis honorarios. Los materiales, si no puedes pagarlos, pueden ser devueltos sin perjuicios y sin más coste que los gastos de transporte.

Lúgubrementemente, Reith le tendió dos mil sequins. Hizo un cálculo mental: de unos doscientos veinte mil sequins traídos de los Carabas, quedaban menos de la mitad.

Por la noche tres camiones trajeron lo pedido al almacén.

Un poco más tarde llegó un camión más pequeño, con ocho contenedores de combustible. Traz y Anacho empezaron a descargarlos, pero Reith los detuvo.

—Un momento —dijo. Entró en el almacén, donde Deine Zarre comprobaba la carga con su lista—. ¿Pediste combustible?

—Sí.

Deine Zarre parecía pensativo, observó Reith, como si su mente estuviera en otro lugar.

—¿Durante cuánto tiempo suministrará energía a la nave cada uno de los contenedores?

—Se necesitan en principio dos, uno para cada célula. Duran aproximadamente dos meses.

—Han sido entregados ocho contenedores.

—Pedí cuatro, para tener dos de reserva.

Reith regresó al camión.

—Sacad cuatro —les dijo a Traz y Anacho. El conductor permanecía sentado en las sombras de la cabina. Reith se le acercó, y ante su sorpresa descubrió que era Artilo, aparentemente no demasiado ansioso por identificarse—. Has traído ocho contenedores de combustible; encargamos cuatro.

—Amarillo dijo que trajera ocho.

—Solamente necesitamos cuatro. Devuelve los otros.

—No puedo hacerlo. Habla con el Gran Amarillo.

—Necesito solamente cuatro contenedores. Eso es lo que tomaré. Haz lo que quieras con los otros.

Artilo, silbando entre dientes, saltó del camión, descargó los cuatro contenedores extra y los llevó a un rincón del almacén. Luego volvió a subir al camión y se fue.

Los tres hombres se quedaron contemplando su marcha. Anacho dijo con voz átona:

—Problemas a la vista.

—Eso creo —respondió Reith.

—Las células de combustible son sin duda propiedad de Woudiver —dijo Anacho—. Quizá las robó, quizá las compró muy baratas. Es una excelente oportunidad de librarse de ellas con un buen beneficio.

Traz emitió un gruñido gutural.

—Woudiver va a tener que volver a llevarse esos contenedores sobre sus espaldas.

Reith lanzó una carcajada intranquila.

—Si supiera cómo conseguirlo.

—Teme por su vida, como todo el mundo.

—Cierto. Pero no podemos cortarnos la nariz para escupirnos a la cara.

Por la mañana Woudiver no se presentó para escuchar las argumentaciones que Reith había estado meditando durante gran parte de la noche. Reith se enfrascó en su trabajo, con el pensamiento de Woudiver gravitando sobre él como el peso del destino.

Aquella mañana Deine Zarre tampoco estuvo por allí, y los técnicos murmuraron entre sí más libremente de lo que se atrevían a hacerlo en presencia de Zarre. Finalmente Reith desistió de su trabajo y se dedicó a supervisar el proyecto. Había buenas razones para mostrarse optimista, pensó. Los componentes principales estaban ya instalados; el delicado trabajo de ajuste avanzaba a un ritmo satisfactorio. Reith se sentía impotente ante todos esos trabajos, aunque estaba familiarizado con los sistemas de impulsión espacial

terrestres. Ni siquiera estaba seguro de que los motores funcionaran según los mismos principios.

Al mediodía una línea de negras nubes cubrió los acantilados como el avance de una marea. Carina 4269 se hizo impreciso, se difuminó en tonalidades marrones y finalmente desapareció; unos momentos más tarde la lluvia barrió un paisaje fantasmal, haciendo desaparecer a Hei de la vista, y brotando de la lluvia apareció Deine Zarre, seguido por una pareja de chiquillos: un niño de doce años y una muchachita tres o cuatro años mayor. Los tres entraron en el almacén y se detuvieron, temblando. Deine Zarre tenía el aspecto de haber agotado todas sus energías; los niños parecían como entumecidos.

Reith rompió algunas cajas, encendió un fuego en medio del almacén. Encontró algunos trozos de tela áspera y los rompió para hacer toallas.

—Secaos. Quitaos las chaquetas y calentaos un poco.

Deine Zarre miró como si no comprendiera, luego obedeció lentamente. Los niños le imitaron. Eran evidentemente hermanos, muy posiblemente nietos del propio Deine Zarre. El chiquillo tenía los ojos azules; los de la muchachita eran de un hermoso gris pizarra.

Reith trajo té caliente, y al final Deine Zarre dijo:

—Gracias. Ya casi estamos secos. —Y un momento más tarde—: Los niños están a mi cuidado; se quedarán conmigo. Si consideras inconveniente su presencia, mi empleo está a tu disposición.

—Por supuesto que no —dijo Reith—. Son bienvenidos aquí, siempre que comprendan la necesidad de guardar silencio.

—No dirán nada. —Deine Zarre miró a los dos niños—. ¿Habéis comprendido? Nada de lo que veáis aquí debe ser mencionado en ninguna parte.

Los tres no parecían muy inclinados a la conversación. Reith, captando la desolación y la miseria, dudó. Los niños le miraron desconfiados.

—No puedo ofreceros ropas secas —dijo Reith—. ¿Pero tenéis hambre? Disponemos de algo de comida.

El niño negó con la cabeza con dignidad; la niña sonrió y se convirtió de pronto en una personita encantadora.

—Todavía no hemos desayunado.

Traz, que había permanecido de pie a un lado, corrió a la despensa y regresó al cabo de pocos momentos con pan de semillas y sopa. Reith observó

gravemente. Parecía que las emociones de Traz se habían visto afectadas. La muchachita era atractiva, pese a su aspecto tímido y miserable.

Finalmente el propio Deine Zarre se agitó. Volvió a ponerse su chaqueta, ligeramente humeante y aún no del todo seca, y fue a inspeccionar el trabajo realizado durante su ausencia.

Reith intentó entablar conversación con los niños.

—¿Os estáis secando ya?

—Sí, gracias.

—Deine Zarre, ¿es vuestro abuelo?

—Nuestro tío.

—Entiendo. ¿Y estáis viviendo con él?

—Sí.

Reith no pudo encontrar nada más que decir. Traz fue más directo.

—¿Qué les ocurrió a vuestros padres?

—Fueron muertos por Pairo —dijo la muchachita suavemente. El niño parpadeó.

—Vosotros debéis ser de las Mesetas Orientales.

—Sí.

—¿Cómo llegasteis hasta aquí desde tan lejos?

—Caminamos.

—Es un camino largo y peligroso.

—Tuvimos suerte. —Los dos niños contemplaron el fuego. La muchachita parpadeó, sin duda recordando las circunstancias de su huida.

Reith se alejó y subió al encuentro de Deine Zarre.

—Ahora tienes nuevas responsabilidades.

Deine Zarre clavó en Reith una aguda mirada.

—Eso es cierto.

—Estás trabajando aquí por menos de lo que te mereces, y quiero aumentarte el salario.

Deine Zarre inclinó ceñudo la cabeza.

—Sabré encontrarle un buen uso a ese dinero.

Reith regresó al suelo del almacén, para encontrar a Woudiver de pie junto a la puerta, una enorme silueta bulbosa. Su actitud era de sorprendida desaprobación. Hoy llevaba otro de sus grandes atuendos: unos pantalones

negros de peluche apretados en torno a sus gruesas piernas, un sobretodo púrpura y marrón ceñido con un cinturón amarillo mate. Avanzó unos pasos y clavó fijamente la mirada en los dos niños, uno tras otro.

—¿Quién encendió este fuego? ¿Qué hacéis vosotros aquí?

La muchachita se estremeció.

—Estábamos mojados; ese caballero hizo que nos calentáramos junto al fuego.

—Ajá. ¿Y quién es ese caballero? Reith avanzó unos pasos.

—Yo soy el caballero. Esos niños son familia de Deine Zarre. Yo encendí el fuego para que se secaran.

—¿Y qué pasa con mi propiedad? ¡Una simple chispa, y todo puede prender en llamas!

—En medio de toda esta lluvia creo que el riesgo es mínimo.

Woudiver hizo un gesto que no significaba nada.

—Está bien, acepto tus palabras. ¿Cómo va todo?

—Bastante bien.

Woudiver rebuscó en su manga y extrajo un papel.

—Tengo aquí la cuenta de la entrega de la pasada noche. Observarás que el total es extremadamente bajo, porque conseguí obtener un precio global.

Reith desdobló el papel. Unos caracteres escritos en negro saltaron a sus ojos: *Mercancía entregada: 106 800 sequins.*

Woudiver estaba diciendo:

—...parece que hemos tenido una suerte realmente extraordinaria. Espero que dure. Ayer mismo los Dirdir atraparon a dos ladrones sacando artículos del almacén de expediciones, y los llevaron inmediatamente a la Caja de Cristal. Así que ya ves que nuestra actual seguridad es algo muy frágil.

—Woudiver —dijo Reith—, esta factura es demasiado elevada. Pero muy demasiado excesivamente elevada. Además, no tengo intención de pagar unos contenedores de combustible que no he pedido.

—El precio, como ya he dicho, es global —señaló Woudiver—. Los contenedores extra no implican un coste extra. En un cierto sentido, son gratis.

—No es éste el caso, y me niego a pagar cinco veces lo que es razonable. De hecho, no tengo bastante dinero para hacerlo.

—Entonces tendrás que conseguir un poco más —dijo Woudiver

suavemente. Reith se echó a reír.

—Haces que el asunto suene muy fácil.

—Para algunos lo es —dijo Woudiver alegremente—. Por la ciudad circula un rumor sorprendente. Parece que tres hombres entraron en los Carabas, mataron a un asombroso número de Dirdir, y luego despojaron sus cadáveres de todos los sequins que llevaban. Esos hombres son descritos como un joven rubio con el aspecto de un habitante de las estepas de Kotan, un Hombre-Dirdir renegado, y un hombre moreno de aspecto impasible y de raza indistinguible. Los Dirdir se sienten ansiosos por cazarlos. Corre también otro rumor relativo a esos tres hombres. Al parecer, el moreno de los tres afirma que su origen es un mundo muy lejano del que insiste derivan todos los hombres: en mi opinión se trata de una blasfemia. ¿Qué piensas tú de todo ello?

—Interesante —dijo Reith, intentando ocultar su desesperación.

Woudiver se permitió una mueca.

—Nos hallamos en una posición vulnerable. Hay peligro para mi persona, un grave peligro. ¿Debo exponerme a él por nada? Te ayudo por motivos de camaradería y altruismo, por supuesto, pero debo recibir mi recompensa.

—No puedo pagar tanto —dijo Reith—. Sabes aproximadamente el monto de mi capital; ahora estás intentando extorsionarme más.

—¿Por qué no? —Woudiver no pudo seguir reteniendo una sonrisa—. Supongamos que los rumores que he mencionado son ciertos; supongamos que por algún loco accidente tú y tus compañeros sois las personas en cuestión: entonces, ¿no es cierto que me habéis estado engañando vergonzosamente?

—Suponiendo todo esto... en absoluto.

—¿Qué hay de ese maravilloso tesoro?

—Es real. Ayúdame con lo mejor de tus posibilidades. Dentro de un mes podemos partir de Tschai. Dentro de otro mes serás pagado más allá de todos tus sueños.

—¿Dónde? ¿Cómo? —Woudiver se inclinó hacia delante; pareció gravitar sobre Reith, y su voz se hizo profunda e intensa desde las amplias cavernas de su pecho—. Déjame decirlo claramente: ¿has difundido la historia de que el hogar original del hombre es un lejano planeta? O para ser más precisos: ¿crees realmente en esta horrible fantasía?

Reith, sintiendo que cada vez se estaba hundiendo más, intentó eludir la

trampa.

—Estamos hablando de cosas marginales. Nuestro trato fue honesto; los rumores de los que hablas no tienen nada que ver con él.

Lentamente, deliberadamente, Woudiver agitó la cabeza.

—Cuando la espacionave parta —dijo Reith—, recibirás todos los sequins que queden en mi poder. No puedo hacer más que eso. Si planteas exigencias irrazonables... —buscó alguna amenaza convincente.

Woudiver inclinó hacia un lado su enorme cara, soltó una risita.

—¿Qué puedes hacer? Nada. Una palabra mía, y serás llevado inmediatamente a la Caja de Cristal. ¿Qué opciones tienes? Ninguna. Debes hacer lo que yo te pida.

Reith miró a su alrededor. En la puerta del almacén estaba Artilo, aplicándose un polvo grisáceo en la nariz. De su cinto colgaba una pistola.

Deine Zarre se acercó. Ignorando a Woudiver, se dirigió a Reith.

—Los contenedores de energía no concuerdan con mi lista. Son de unas medidas no estándar, y al parecer han sido usados por un período indeterminado de tiempo. Deben ser rechazados.

Woudiver entrecerró los ojos y abrió mucho la boca.

—¿Qué? Son unos contenedores excelentes.

—Para nuestros propósitos son completamente inútiles —dijo Deine Zarre con una voz átona pero definitiva. Se alejó. Los dos niños contemplaron pensativos su marcha. Woudiver se volvió para examinarlos con lo que a Reith le pareció una intensidad peculiar.

Reith aguardó. Woudiver se volvió finalmente hacia él. Por unos momentos examinó a Reith con entrecerrados ojos.

—Bien —dijo al cabo de un rato Woudiver—, parece que se necesita otro tipo de contenedores de energía. ¿Cómo piensas pagarlos?

—De la forma habitual. Llévate esos ocho contenedores y échalos a la basura; traeme otros cuatro en condiciones y preséntame una factura detallada. Estoy dispuesto a pagar un precio honesto... nada más. No olvides que debo hacer frente a los salarios.

Woudiver meditó. Deine Zarre cruzó el almacén para decirle algo a los dos niños, y Woudiver se distrajo unos instantes. Avanzó hacia ellos para unirse al grupo. Reith, aplastado por el cansancio, se dirigió al banco de trabajo y se sirvió

una taza de té, que bebió con mano temblorosa.

Woudiver parecía haberse vuelto extremadamente afable, y llegó incluso a dar unas palmadas en la cabeza al niño. Deine Zarre se envaró, con el rostro del color de la cera.

Finalmente Woudiver se alejó del grupo. Cruzó el almacén hacia Artilo, habló unos momentos con él. Artilo salió fuera, donde las ráfagas de viento agitaban las superficies de los charcos.

Woudiver hizo una seña a Reith con una mano, a Deine Zarre con la otra. Los dos se acercaron. Woudiver suspiró con una profunda melancolía.

—Vosotros dos estáis decididos a empobrecerme. Insistís en los más exquisitos refinamientos pero os negáis a pagar. Está bien, que así sea. Artilo se está llevando esos malditos contenedores que tú has rechazado. Zarre, ven conmigo y elige tú mismo los que mejor convengan a vuestras necesidades.

—¿En este momento? Tengo que ocuparme de los niños.

—Ahora mismo. Esta noche debo visitar mi pequeña propiedad. No regresaré a este almacén en un cierto período de tiempo. Es evidente que mi ayuda no tiene ningún valor aquí.

Deine Zarre asintió a regañadientes. Dijo algo a los dos niños, luego partió con Woudiver.

Pasaron dos horas. El sol se abrió paso entre las nubes y arrojó un único rayo sobre Hei, de tal modo que las torres escarlatas y púrpuras brillaron contra el negro cielo. Por la carretera de acceso apareció el negro coche de Woudiver. Se detuvo delante del almacén; Artilo bajó. Entró en el almacén. Reith lo observó, preguntándose qué venía a buscar. Artilo se acercó a los dos niños, los miró unos instantes, y ellos le devolvieron la mirada, con los ojos muy abiertos en sus pálidos rostros. Artilo les dijo algo de una forma un tanto tensa; Reith pudo observar cómo los músculos en la parte de atrás de su mandíbula se tensaban mientras hablaba. Los chicos miraron dubitativos hacia Reith, al otro lado del almacén, luego echaron a andar reluctantes hacia la puerta.

—Algo va mal —dijo Traz a Reith con voz baja y urgente—. ¿Qué quiere de ellos?

Reith se dirigió hacia la puerta.

—¿Adonde los llevas? —preguntó.

—No es asunto tuyo.

Reith se volvió a los niños.

—No vayáis con este hombre. Aguardad hasta que regrese vuestro tío.

—Él dice que va a llevarnos con nuestro tío —indicó la muchachita.

—No le creáis. Hay algo que no me gusta aquí.

Artilo se volvió para enfrentarse a Reith, una acción tan siniestra como el retorcerse de una serpiente. Su voz era extremadamente suave cuando dijo:

—Tengo mis órdenes. No te metas en esto.

—¿Quién te ha dado esas órdenes? ¿Woudiver?

—Eso no te concierne. —Hizo un gesto a los dos niños—. Venid. —Su mano se metió bajo su vieja chaqueta gris y miró a Reith de soslayo.

—No vamos a ir contigo —dijo decidida la muchachita.

—Debéis hacerlo. Os llevaré.

—Tócalos, y te mato —dijo Reith con voz átona.

Artilo le lanzó una fría mirada. Reith reunió todo su valor, sintiendo que sus músculos crujían con la tensión. Artilo sacó su mano de debajo de la chaqueta; Reith vio la negra forma de un arma. Saltó, lanzó un furioso golpe contra el frío y duro brazo. Artilo había estado esperando aquello; de la manga de su otra mano brotó un largo cuchillo que lanzó contra el costado de Reith, tan rápido que Reith, pese a dar un brusco salto lateral, sintió el aguijonazo de su punta. Artilo saltó hacia atrás, el cuchillo preparado, aunque había perdido la pistola. Reith, nublado por la furia y la súbita liberación de la tensión, saltó de nuevo hacia delante, los ojos fijos en el no parpadeante Artilo. Cuando ya estaba casi sobre él hizo una finta. Artilo reaccionó, pero no con la suficiente rapidez.

Reith golpeó con su mano izquierda; Artilo lanzó un tajo hacia arriba con su cuchillo; Reith agarró su muñeca, la retorció, se inclinó, tiró, arrojó a su adversario por encima suyo hasta el otro lado del almacén, donde Artilo quedó tendido en un confuso montón.

Reith lo arrastró hasta la puerta, lo arrojó en medio de la calle a un fangoso charco.

Artilo se puso doloridamente en pie y cojeó hacia el coche negro. Con una desapasionada fatalidad, sin mirar ni un solo momento hacia el almacén, se sacudió el lodo de sus ropas, subió al coche y se fue.

—Debiste matarlo —dijo Anacho con voz desaprobadora—. Las cosas van a ponerse peor que nunca.

Reith no tenía nada que responder. Era consciente de la sangre que manaba de su costado. Se levantó la camisa y encontró un largo y delgado corte. Traz y Anacho aplicaron un vendaje; la muchachita, tímidamente, se acercó e intentó ayudar. Parecía hábil y capaz; Anacho se echó a un lado. Traz y la muchachita completaron el trabajo.

—Gracias —dijo Reith.

La muchachita alzó la vista hacia él, el rostro lleno con un centenar de sensaciones. Pero no pudo decir nada.

Transcurrió la tarde. Los dos niños no se apartaron de la puerta, contemplando la carretera de acceso. Los técnicos se marcharon; el almacén quedó en silencio.

El coche negro regresó. Deine Zarre salió rígidamente de él, seguido por Woudiver. Artilo fue al compartimiento de equipajes y sacó cuatro células de energía, que llevó al almacén cojeando penosamente. Su actitud, por todo lo que Reith pudo ver, no era distinta de la de costumbre: hosco, impersonal, silencioso.

Woudiver lanzó una sola ojeada a la muchachita y al niño, que retrocedieron hacia las sombras. Luego se acercó a Reith.

—Los contenedores de energía están aquí. Han sido aprobados por Zarre. Cuestan mucho dinero. Aquí está mi factura del alquiler del próximo mes y el salario de Artilo...

—¿El salario de Artilo? —murmuró Reith—. Estás bromeando.

—...cuyo total, como puedes ver, suma exactamente cien mil sequins. La suma no es susceptible de disminución. Debes pagar inmediatamente o serás echado de aquí. —Y Woudiver frunció los labios en una fría sonrisa.

Los ojos de Reith se nublaron con odio.

—No puedo pagar esta cantidad de dinero.

—Entonces tendrás que irte. Además, puesto que ya no eres mi cliente, me veré obligado a informar de tus actividades a los Dirdir.

Reith asintió.

—Cien mil sequins. Y después de eso, ¿cuántos más?

—Las sumas correspondientes a todo lo que me pidas.

—¿Ningún otro chantaje?

Woudiver se irguió en toda su estatura.

—Esta palabra es inexacta y vulgar. Te advierto, Adam Reith, que espero de ti la misma cortesía que yo tengo contigo.

Reith consiguió lanzar una amarga carcajada.

—Tendrás tu dinero dentro de cinco o seis días. Ahora no dispongo de él.

Woudiver inclinó la cabeza hacia un lado, escéptico.

—¿Qué propones para garantizar tu dinero?

—Tengo dinero aguardándome en Coad.

Woudiver rió burlonamente, giró sobre sus talones y avanzó hacia su coche. Artilo cojeó tras él. Se fueron. Traz y Anacho contemplaron su partida.

—¿Dónde piensas conseguir cien mil sequins? —preguntó Traz con voz maravillada.

—Dejamos más de esa cantidad enterrada en los Carabas —dijo Reith—. El único problema es sacarla... y quizá no sea mucho problema, después de todo.

Anacho dejó que su mandíbula colgara blandamente.

—Siempre sospeché de tu loco optimismo...

Reith alzó la mano.

—Escuchadme. Voy a volar hacia el norte por la misma ruta que utilizan los Dirdir. No sospecharán nada, aunque utilicen rastreadores, lo cual es dudoso. Aterrizaré después de que se haya hecho oscuro, al este del bosque. Por la mañana desenterraré los sequins y los llevaré al aparato, y al anochecer volaré de vuelta a Sivishe como un grupo de Dirdir regresando de la caza.

Anacho lanzó un escéptico gruñido.

—Haces que suene demasiado sencillo.

—Como probablemente lo será, si todo sale bien.

Reith contempló pensativo el almacén y la nave semiterminada.

—Será mejor que parta ahora.

—Iré contigo —dijo Traz—. Necesitarás ayuda.

Anacho lanzó otro gruñido.

—Será mejor que vaya yo también.

Reith negó con la cabeza.

—Uno puede hacer el trabajo tan bien como tres. Vosotros dos quedaos aquí y haced que las cosas sigan funcionando.

—¿Y si no regresas?

—Todavía quedan sesenta o setenta mil sequins en la bolsa. Tomad el dinero

y marchaos de Sivilshe... Pero regresaré. No tengo la menor duda al respecto. Es imposible que fracasemos después de tantos sufrimientos y penalidades.

—Una afirmación muy poco racional —dijo Anacho secamente—. Supongo que no volveremos a verte.

—Tonterías —dijo Reith—. Bien, manos a la obra. Cuanto más pronto me vaya, más pronto regresaré.

15

El vehículo aéreo volaba silenciosamente en la noche del viejo Tschai, sobre un paisaje fantasmagórico a la luz de la luna azul. Reith se sentía como un hombre derivando en medio de un extraño sueño. Meditó sobre los acontecimientos de su vida... su infancia, sus años de entrenamiento, sus misiones entre las estrellas, y finalmente su destino a la *Explorador IV*. Luego Tschai: la destrucción y el desastre, su estancia con los nómadas Emblema, el viaje a través de la Estepa de Amán y la Estepa Muerta hasta Pera; el saqueo de Dadiche; el subsiguiente viaje a Cath y sus aventuras en Ao Hidis. Luego el viaje a los Carabas, la matanza de Dirdir, la construcción de la espacionave en Sivishe. ¡Y Woudiver! En Tschai, tanto el vicio como la virtud estaban exagerados; Reith había conocido a muchos hombres retorcidos, pero Woudiver se situaba en los primeros puestos de la categoría.

La noche avanzaba; los bosques del Kislovan central dieron paso a las desoladas mesetas y a los silenciosos parajes yermos. En todo lo que captaba su vista no se veía ninguna luz, ningún fuego, ninguna señal de actividad humana. Reith consultó el monitor del rumbo, ajustó el piloto automático. Los Carabas estaban a tan sólo una hora de distancia. La luna azul colgaba baja sobre el horizonte; cuando se pusiera, el paisaje quedaría completamente oscuro hasta el amanecer.

Pasó la hora. Braz se hundió tras el horizonte; al este apareció un resplandor sepia, preludio del inminente amanecer. Reith, dividiendo su atención entre el monitor del rumbo y el suelo que se deslizaba bajo sus pies, captó finalmente un atisbo de la forma de Khusz. Inmediatamente hizo descender el aparato hasta casi rozar el suelo y se desvió hacia el este, hacia la parte trasera del Bosque Limítrofe. Mientras Carina 4269 arrojaba sus primeros y fríos rayos de amarronada plata sobre el borde del horizonte, aterrizó, casi debajo de los

primeros grandes torquils del bosque.

Durante un tiempo permaneció sentado en el aparato, observando y escuchando. Carina 4269 se alzó en el cielo, y su sesgada luz brilló directamente reflejándose sobre el aparato. Reith reunió ramas y las apiló sobre el vehículo aéreo, camuflándolo de la mejor manera posible.

Había llegado el momento de aventurarse en el bosque. Ya no podía esperar más. Tomó un saco y una pala, se metió armas en el cinturón, y emprendió la marcha.

El camino era familiar. Reith reconoció cada árbol, cada negra extensión de hongos, cada montón de líquenes. Mientras cruzaba el bosque se dio cuenta de la existencia de un mareante olor: el hedor de la carroña. Era de esperar. Se detuvo. ¿Había oído voces? Saltó fuera del sendero, escuchó.

Eran voces, sí. Reith dudó, luego avanzó sigilosamente por entre el denso follaje.

Allí delante estaba el lugar de la trampa. Reith se aproximó con las más extremas precauciones, avanzando sobre manos y rodillas, luego arrastrándose sobre los codos... Finalmente pudo contemplar una fantasmagórica escena. A un lado, frente a un enorme torquil, había cinco Dirdir con atuendos completos de caza. Una docena de hombres de rostros grises estaban metidos en un gran agujero, cavando con picos y palas: era el agujero, enormemente agrandado, en el que Reith, Traz y Anacho habían enterrado los cadáveres de los Dirdir. De las espléndidas y putrescentes carroñas brotaba un odioso hedor... Reith miró. Uno de aquellos hombres le resultaba muy familiar: era Issam el Thang. Y cerca de él trabajaba el encargado de la cuadra, y al lado estaba el portero del Alawan. Reith no pudo identificar positivamente a los demás, pero todos ellos le parecían de algún modo familiares, y supuso que eran gente con la que había entrado en contacto en Maust.

Reith inspeccionó a los cinco Dirdir. Permanecían de pie rígidos y atentos, con sus refulgencias llameando detrás. Si sentían alguna emoción o disgusto no lo aparentaban.

Reith no se permitió razonar, sopesar, calcular. Extrajo su pistola; apuntó, disparó. Una, dos, tres veces. Tres Dirdir cayeron muertos; los otros dos saltaron y miraron a su alrededor con interrogadora furia. Cuatro, cinco veces: dos espléndidos blancos. Saliendo de su escondite, Reith disparó dos veces más

sobre los cuerpos blancos que aún se agitaban hasta que se inmovilizaron por completo.

Los hombres en el agujero se habían permanecían quietos, aterrados.

—¡Arriba! —gritó Reith—. ¡Fuera de aquí!

—¡Eres tú, el asesino! —aulló roncamente Issam el Thang—. ¡Tus crímenes nos han traído aquí!

—Eso no importa —dijo Reith—. ¡Salid de este agujero y echad a correr si queréis salvar vuestras vidas!

—¿Y de qué servirá eso? ¡Los Dirdir nos rastrearán! Nos matarán de una forma abominable...

El encargado de la cuadra estaba ya fuera del agujero. Se dirigió hacia los cadáveres de los Dirdir, se apoderó de un arma, y se volvió hacia Issam el Thang.

—No te molestes en salir del agujero. —Disparó; los gritos del Thang se cortaron en seco; su cuerpo cayó entre los putrescentes cadáveres de los Dirdir.

—Nos traicionó a todos, esperando conseguir algún beneficio —dijo a Reith—. Lo único que ganó es lo que ves: lo cogieron con el resto de nosotros.

—Esos cinco Dirdir... ¿hay alguno más?

—Dos Excelencias que volvieron a Khusz.

—Tomad las armas y marchaos.

Los hombres huyeron hacia las Colinas del Recuerdo. Reith cavó bajo las raíces del torquil. Allí estaba el fardo de sequins. ¿Por un valor de cien mil? No estaba seguro.

Se cargó el fardo a la espalda, miró por última vez la escena de la carnicería y el lastimoso cadáver de Issam el Thang, y se fue.

De vuelta junto al aparato, cargó los sequins en la cabina y se dispuso a esperar, sintiendo que la ansiedad roía su estómago. No se atrevía a partir. Si volaba bajo podía ser visto por las partidas de caza; si lo hacía alto las pantallas que rodeaban los Carabas lo detectarían.

Transcurrió el día. Carina 4269 se hundió tras las colinas. Un triste ocaso marrón se extendió por toda la Zona. A lo largo de las colinas empezaron a brotar los horribles fuegos. Reith se vio incapaz de aguardar más. Hizo elevarse el aparato.

Voló a baja altura hasta que hubo salido de la Zona, luego se alzó a gran

altitud y orientó el vehículo hacia el sur, hacia Sivishe.

16

El oscuro paisaje se deslizaba bajo sus pies. Reith permanecía sentado con los ojos fijos al frente, sintiendo que las visiones se deslizaban ante su mirada interior: rostros retorcidos por la pasión, el horror, el dolor. Las formas de Chasch Azules, Wannek, Pnume, Phung, Chasch Verdes, Dirdir, todos amontonados en su imaginación, presentándose ante él, girando, haciendo un gesto y desapareciendo.

Pasó la noche. El vehículo aéreo se deslizaba hacia el sur, y cuando Carina 4269 apareció al este las espiras de Hei brillaron ante él a lo lejos.

Reith aterrizó sin ningún incidente, aunque tuvo la impresión de que un grupo de Hombres-Dirdir que pasó por su lado lo miraba con una sospechosa intensidad mientras abandonaba el campo con su fardo de sequins.

Lo primero que hizo fue ir a su habitación en el Albergue del Antiguo Reino. Ni Traz ni Anacho estaban allí, pero Reith no se preocupó por ello; a menudo pasaban la noche en el viejo almacén.

Reith se dirigió tambaleante hacia su cama, apoyó el fardo de sequins contra la pared, se echó, y casi inmediatamente se quedó dormido.

Una mano en su hombro lo despertó. Se volvió, y encontró a Traz de pie junto a él.

—Temía que hubieses venido aquí —dijo Traz con voz ronca—. Apresúrate, tenemos que irnos. Este lugar es peligroso ahora.

Reith, aún medio dormido, se sentó en la cama. Era primera hora de la tarde, o eso calculó por las sombras al otro lado de la ventana.

—¿Qué ocurre?

—Los Dirdir han detenido a Anacho. Yo había salido a comprar comida, y gracias a eso no me detuvieron a mí también.

Reith estaba ahora completamente despierto.

—¿Cuándo ocurrió esto?

—Ayer. Ha sido obra de Woudiver. Vino al almacén, e hizo preguntas acerca de ti. Quería saber si afirmabas realmente que procedías de otro planeta; insistió, y no quiso aceptar evasivas. Yo me negué a hablar, lo mismo que Anacho. Woudiver empezó a acusar a Anacho de renegado. «Tú, un antiguo Hombre-Dirdir, ¿cómo puedes vivir como un subhombre entre los subhombres?». Anacho se sintió provocado y dijo que el Génesis del Doble Huevo era un mito. Woudiver se marchó. Ayer por la mañana vinieron los Dirdir a estas habitaciones y se llevaron a Anacho. Si le obligan a hablar, no estamos seguros, y la nave tampoco.

Los dedos de Reith estaban entumecidos cuando se puso las botas. En un momento toda la estructura de su vida, erigida con tanto esfuerzo, se había derrumbado. Woudiver, siempre Woudiver.

Traz lo sujetó del brazo.

—Ven; será mejor que nos vayamos. Puede que el lugar esté vigilado.

Reith tomó el fardo de sequins. Abandonaron el edificio. Caminaron por las calles de Sivishe, ignorando los pálidos rostros que les miraban desde los portales y las ventanas de extrañas formas.

Reith se dio cuenta de que estaba mortalmente hambriento; comieron aves marinas hervidas y pastel de esporas en un pequeño restaurante. Reith empezó a poder pensar más claramente. Anacho estaba en manos de los Dirdir; Woudiver estaría esperando a buen seguro alguna reacción por parte de él. ¿O quizá estaba tan seguro de la impotencia esencial de Reith que esperaba que las cosas siguieran como hasta entonces? Reith esbozó una retorcida sonrisa. Era probable que Woudiver tuviera razón si pensaba así. Era impensable poner en peligro la nave, bajo ninguna circunstancia. El odio de Reith hacia Woudiver era como un tumor en su cerebro... y debía ignorarlo; debía sacar el mejor partido de un dilema atroz.

—¿No has visto a Woudiver? —preguntó a Traz.

—Lo vi esta mañana. Fui al almacén; pensé que tal vez tú hubieras ido directamente allí. Woudiver llegó y se metió en su oficina.

—Veamos si todavía sigue allí.

—¿Qué pretendes hacer?

Reith lanzó una risa estrangulada.

—Podría matarle... pero eso no serviría de nada. Necesitamos información. Woudiver es la única fuente.

Traz no dijo nada; como siempre, Reith fue incapaz de leer sus pensamientos.

Subieron a un crujiente transporte público de seis ruedas y se dirigieron al depósito de materiales de construcción, y cada vuelta de las ruedas hacía que la tensión aumentara un poco más. Cuando Reith llegó al lugar y vio el negro coche de Woudiver la sangre inundó su cerebro y se sintió como mareado. Se detuvo, inspiró profundamente, y se calmó.

Tendió el fardo de sequins a Traz.

—Lleva esto al almacén y ocúltalo allí.

Traz tomó dubitativo el fardo.

—No vayas solo. Aguárdame.

—No espero problemas. No podemos permitirnos ese lujo, y Woudiver lo sabe muy bien. Aguárdame en el almacén.

Reith se dirigió a la excéntrica oficina de ladrillos y hierro de fundición de Woudiver y entró. Artilo estaba de pie con la espalda vuelta hacia un brasero de carbón, las piernas separadas, los brazos a la espalda. Examinó a Reith sin el menor cambio en su expresión.

—Dile a Woudiver que quiero verle —anunció Reith.

Artilo se dirigió a la puerta interior, introdujo la cabeza y dijo algo. Retrocedió. La puerta se abrió de par en par con un golpe que casi la arrancó de sus goznes. Woudiver llenó la habitación: un Woudiver de llameantes ojos, con el enorme labio superior cubriendo casi su boca. Miró al otro lado de la habitación con la desenfocada mirada que todo lo ve de un dios irritado, luego pareció captar la presencia de Reith, y su malevolencia se concentró en él.

—Adam Reith —dijo con una voz como el tañido de una campana—. Has vuelto. ¿Dónde están mis sequins?

—No importan tus sequins —dijo Reith—. ¿Dónde está el Hombre-Dirdir?

Woudiver encajó los hombros. Por un momento Reith tuvo la impresión de que iba a atacar. Si lo hacía, Reith sabía que su autocontrol iba a disolverse, para bien o para mal.

—¿Piensas cansarme una vez más con tus regateos? —tronó Woudiver—. ¡Piensa! Dame mi dinero y lárgate.

—Tendrás tu dinero tan pronto como yo vea a Ankhe at afram Anacho — dijo Reith.

—¿Quieres ver al blasfemo, al renegado? —rugió Woudiver—. Ve a la Caja de Cristal, allí podrás verlo sin problemas.

—¿Está en la Caja de Cristal?

—¿Dónde si no?

—¿Estás seguro de ello?

Woudiver se reclinó contra la pared.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Porque es mi amigo. Tú lo traicionaste a los Dirdir; tienes la obligación de responderme.

Woudiver pareció a punto de estallar, pero Reith dijo con voz cortante:

—No más teatro, no más gritos. Tú entregaste a Anacho a los Dirdir; ahora quiero que lo rescates.

—Imposible —dijo Woudiver—. Aunque quisiera, no puedo hacer nada. Está en la Caja de Cristal, ¿acaso no lo has oído?

—¿Cómo puedes estar seguro?

—¿A qué otro lugar puede haber sido enviado? Fue detenido por sus viejos crímenes; los Dirdir no sabrán nada de tu proyecto, si es eso lo que te preocupa. —Y Woudiver distendió su boca en una gigantesca sonrisa—. A menos, por supuesto, que él revele tus secretos.

—En cuyo caso tú también vas a verte en dificultades —dijo Reith.

Woudiver no tenía ningún comentario que hacer.

—¿Puede el dinero comprar la escapatoria de Anacho? —dijo Reith con voz suave.

—No —entonó Woudiver—. Está en la Caja de Cristal.

—Eso es lo que tú dices. ¿Cómo puedo estar seguro de ello?

—Como te dije... ve a verlo.

—¿Cualquiera que lo desee puede mirar?

—Por supuesto. La Caja no contiene secretos.

—¿Cuál es el procedimiento?

—Cruzas hasta Hei, caminas hasta la Caja, subes a la galería superior que domina el campo.

—¿Puede una persona dejar caer una cuerda, o una escala, desde allí?

—Por supuesto, pero si lo hace no espere vivir mucho; será arrojado inmediatamente al campo... Si planeas algo de esta naturaleza yo mismo acudiré a mirar.

—Supón que te ofreciera un millón de sequins —dijo Reith—. ¿Podrías arreglar que Anacho escapara?

Woudiver echó hacia delante su enorme cabeza.

—¿Un millón de sequins? ¿Y me has estado llorando pobreza durante tres meses? ¡He sido engañado!

—¿Puedes arreglar su escapatoria por un millón de sequins?

Woudiver asomó la rosada punta de su lengua por entre los labios.

—No, me temo que no... un millón de sequins... me temo que no. No puede hacerse nada. Nada. ¿Así que has ganado un millón de sequins?

—No —dijo Reith—. Solamente deseaba saber si la escapatoria de Anacho era posible.

—No es posible —dijo Woudiver malhumoradamente—. ¿Dónde está mi dinero?

—A su debido tiempo —dijo Reith—. Traicionaste a mi amigo; puedes esperar.

Woudiver pareció de nuevo a punto de lanzar hacia delante su enorme brazo. En vez de ello dijo:

—Estás empleando mal las palabras. Yo no «traicioné»; desenmascararé a un criminal para que sufriera la suerte que se merece. ¿Qué lealtad os debo a vosotros? No me habéis ofrecido ninguna, y haríais peor si se os presentara la oportunidad. Recuerda, Adam Reith, que la amistad debe actuar en ambas direcciones. No esperes lo que no estás dispuesto a dar. Si encuentras mis atributos desagradables, piensa que yo siento lo mismo hacia los tuyos. ¿Cuál de los dos tiene razón? Según los estándares de este tiempo y lugar, indudablemente yo. Tú eres el intruso; tus protestas son ridículas y poco realistas. Me acusas de avidez. No olvides, Adam Reith, que tú me elegiste como el hombre que podía realizar actos ilegales a cambio de un pago. Esto es lo que esperas de mí; no te importan ni mi seguridad ni mi futuro. Has venido aquí a explotarme, a animarme a realizar actos peligrosos a cambio de sumas ridículas de dinero; no puedes quejarte si mi conducta parece simplemente un espejo de la tuya.

Reith no supo hallar una respuesta. Se dio la vuelta y abandonó la oficina.

En el almacén, el trabajo proseguía a su ritmo habitual: un refugio de normalidad tras los Carabas y el retorcido coloquio con Woudiver. Traz aguardaba junto al portal.

—¿Qué ha dicho?

—Ha dicho que Anacho era un criminal, que yo he venido aquí para explotarle. ¿Cómo puedo discutirsele?

Traz frunció los labios.

—¿Y Anacho?

—En la Caja de Cristal. Woudiver dice que es fácil entrar pero imposible salir. —Reith paseó arriba y abajo por el almacén. Se detuvo junto a la puerta y observó al otro lado del agua la gran forma gris—. ¿Quieres decirle a Deine Zarre que venga un momento aquí?

—Deine Zarre apareció a los pocos instantes.

—¿Has visitado alguna vez la Caja de Cristal? —le preguntó Reith.

—Hace mucho tiempo.

—Woudiver dice que un hombre puede arrojar una cuerda desde la galería superior.

—Si es que no le importa su vida.

—Quiero dos cantidades de battarache de alta potencia... el suficiente, digamos, como para destruir diez veces este almacén. ¿Dónde puedo conseguirlo en poco tiempo?

Deine Zarre reflexionó unos instantes, luego asintió lentamente.

—Espera aquí.

Regresó algo después de una hora con dos botes de arcilla.

—Aquí está el battarache; éstos son los detonadores. Es material de contrabando; por favor, no reveles que yo te lo he proporcionado.

—El tema nunca saldrá a la luz —dijo Reith—. O al menos eso espero.

17

Envueltos en capas grises, Reith y Traz cruzaron la Izada al continente. Entraron en la ciudad Dirdir de Hei por una hermosa y amplia avenida asfaltada con una sustancia blanca que raspaba bajo los pies. A ambos lados se alzaban espiras, púrpuras y escarlatas; las de metal gris y plata se alzaban lejos al norte, tras la Caja de Cristal. La avenida les condujo hasta el lado de una columna escarlata de unos treinta metros de alto. A su alrededor había una zona despejada de resplandeciente arena blanca donde descansaban una docena de peculiares objetos de piedra pulida. ¿Objetos artísticos? ¿Fetiches? ¿Trofeos? No había forma de saberlo. Frente a la espira, en una plataforma circular de mármol blanco, había tres Dirdir. Por primera vez Reith vio a un Dirdir hembra. La criatura era más baja y parecía menos robusta, menos flexible, que el macho; su cabeza era más ancha en la parte del cuero cabelludo y puntiaguda en la zona correspondiente a la barbilla; su color era algo más oscuro, un gris pálido sutilmente teñido de malva. La pareja contemplaba al tercer Dirdir, un cachorro macho de la mitad del tamaño que el adulto. De tanto en tanto las refulgencias de los tres oscilaban para apuntar a una u otra de las rocas pulidas, una actividad que Reith no hizo ningún esfuerzo por comprender. Reith los observó con una mezcla de revulsión y reluctante admiración, y no pudo evitar pensar en los «misterios».

Hacía algún tiempo, Anacho le había explicado los procesos sexuales Dirdir.

—Esencialmente, los hechos son éstos: hay doce estilos de órganos sexuales masculinos, catorce de femeninos. Sólo son posibles algunos emparejamientos. Por ejemplo, el Macho Tipo Uno es compatible solamente con las Hembras Tipo Cinco y Nueve. La Hembra Tipo Cinco se ajusta solamente al Macho Tipo Uno,

pero la Hembra Tipo Nueve posee un órgano más general que es compatible con los Machos Tipo Uno, Once y Doce.

»El asunto se vuelve fantásticamente complejo. Cada estilo macho y hembra posee su nombre específico y sus atributos teóricos, que se ven muy raramente realizados... ¡puesto que el tipo de un individuo permanece siempre secreto! ¡Ésos son los «misterios» Dirdir! Si el tipo de un individuo resulta conocido, se espera que ese individuo se comporte de acuerdo con sus atributos teóricos, independientemente de sus inclinaciones; raramente lo hace, y así siempre se ve azarado por ese motivo.

»Como puedes imaginar, un asunto tan complicado absorbe una gran cantidad de atención y energía, y quizá, manteniendo a los Dirdir fragmentados, obsesionados y pendientes del secreto, les ha impedido avasallar a todos los mundos del espacio.

—Sorprendente —había dicho Reith—. Pero si los tipos son secretos y generalmente incompatibles, ¿cómo se aparean? ¿Cómo se reproducen?

—Hay varios sistemas: el ensayo de matrimonio, los llamados «encuentros en la oscuridad», los anuncios anónimos. Las dificultades son superadas. —Anacho había hecho una pausa, luego había proseguido delicadamente—: No necesito señalar que los Hombres-Dirdir y Mujeres-Dirdir de baja casta, a quienes les falta la «noble divinidad» y carecen de «secretos», son considerados por ello deficientes y algo ridículos.

—Hummm —había musitado Reith—. ¿Por qué específicas «Hombres-Dirdir de baja casta»? ¿Qué pasa con los Inmaculados?

Anacho había carraspeado.

—Los Inmaculados eluden esa vergüenza mediante elaborados métodos quirúrgicos. Se les permite alterarse de acuerdo con uno de ocho estilos; así les son concedidos también «secretos», y pueden llevar el Azul y Rosa.

—¿Y el apareamiento?

—Es más difícil, y de hecho se convierte en un ingenioso análogo del sistema Dirdir. Cada estilo encaja como máximo con dos estilos del otro sexo.

Reith no había podido seguir reprimiendo su hilaridad. Anacho lo había escuchado con una expresión medio hosca, medio avergonzada.

—¿Y tú? —había preguntado Reith—. ¿Hasta qué punto te implicaste en todo eso?

—No demasiado —había respondido Anacho—. Debido a ciertas razones que no son del caso, llevé el Azul y Rosa sin proveerme previamente del requisito «secreto». Por ello fui declarado un fuera de la ley y un atavismo; ésta era mi situación cuando nos encontramos por primera vez.

—Un curioso crimen —había comentado Reith.

Ahora Anacho huía para salvar su vida en medio del simulado paisaje de Sibol.

La avenida que conducía a la Caja de Cristal se hizo más amplia aún, como en un intento de mantenerla a la escala de la enorme mole. Todos aquellos que caminaban por la raspante superficie blanca —Dirdir, Hombres-Dirdir, obreros envueltos en capas grises— parecían artificiales, irreales, como figuras en los clásicos ejercicios de perspectiva. Mientras caminaban no miraban ni a derecha ni a izquierda, pasando junto a Reith y Traz como si fueran invisibles.

Las espiras escarlatas y púrpuras se alzaban por todas partes a los lados y detrás; delante se alzaba la Caja de Cristal, empequeñeciendo todo lo demás. Reith empezó a sentir una opresión mental; los artefactos Dirdir y la psique humana estaban en discordancia. Para tolerar tales entornos, un hombre tenía que acabar negando su herencia y someterse a la visión Dirdir del mundo. En pocas palabras, tenía que convertirse en un Hombre-Dirdir.

Llegaron a la altura de otros dos hombres, envueltos como ellos en capas grises con capucha. Reith dijo:

—Quizá podáis informarnos. Deseamos visitar la Caja de Cristal, pero no sabemos la forma de hacerlo.

Los dos hombres lo observaron con una incierta curiosidad. Eran padre e hijo, ambos bajos, de rostros redondeados y aspecto gordezuelo, con brazos y piernas delgados. El más viejo dijo con voz aguda:

—Basta con subir por cualquiera de las rampas grises; no se necesita saber nada más.

—¿Vais también a la Caja de Cristal?

—Sí. Hay una caza especial al mediodía, dedicada a un gran delincuente, un Hombre-Dirdir, y puede que haya un buen despedazamiento.

—No habíamos oído nada de eso. ¿Quién es ese Hombre-Dirdir que ha cometido un crimen tan grande?

Sus dos interlocutores lo examinaron de nuevo dubitativamente, al parecer

debido a una innata inseguridad en sí mismos.

—Un renegado, un blasfemo. Nosotros formamos parte del equipo de limpieza de la Planta de Fabricación Número Cuatro; recibimos la información de los propios Hombres-Dirdir.

—¿Venís a menudo a la Caja de Cristal?

—Bastante —dijo el padre, sin querer comprometerse más.

Su hijo fue más explícito:

Es algo autorizado por los Hombres-Dirdir. Además, es gratuito.

—Vamos —dijo el padre—. Tenemos que apresurarnos.

—Si no tenéis objeción —dijo Reith—, vendremos con vosotros, y así aprovecharemos vuestra familiaridad con el procedimiento.

El padre asintió sin demasiado entusiasmo.

—Pero no queremos retrasarnos. —Los dos echaron a andar por la avenida, las cabezas hundidas en los hombros, el andar característico de los trabajadores de Sivishe. Imitándoles, Reith y Traz les siguieron. Las paredes de cristal se alzaban ante ellos como farallones vítreos, mostrando destellos de un rojo magenta allá donde la iluminación del interior penetraba en el cristal. Torciendo en ángulo en las esquinas había rampas y escaleras codificadas por colores: púrpura, escarlata, malva, blanco y gris, cada una de ellas conduciendo a distintos niveles. Las rampas grises desembocaban en una galería a sólo treinta metros del suelo, evidentemente la más baja. Reith y Traz, uniéndose al flujo de hombres, mujeres y niños, subieron la rampa, atravesaron un pasadizo maloliente que se retorció en todas direcciones, y de pronto emergieron sobre una brillante extensión de tétrico aspecto iluminada por diez soles en miniatura. Había pequeñas gargantas y bajas colinas, matorrales de áspera vegetación: ocre, tostado, amarillo, blanco hueso, marrón pálido. Debajo de ellos había un estanque salino, unos matorrales de plantas blancas parecidas a cactus; cerca se alzaba un bosque de espiras blanco hueso idénticas en forma y tamaño a las torres residenciales Dirdir. La similitud, pensó Reith, no podía ser coincidencia; evidentemente, en Sibol los Dirdir vivían en troncos huecos.

Por algún lugar entre las colinas y los matorrales vagaba Anacho, temiendo por su vida, lamentando amargamente el impulso que lo había traído a Sivishe. Pero no se le veía por ninguna parte; de hecho, no había el menor signo de vida de hombre o Dirdir. Reith se volvió hacia los dos obreros en busca de una

explicación.

—Es un período de pausa —señaló el Padre—. ¿Observas la colina de allá? ¿Y su gemela al norte? Ésos son los campamentos base. Durante el período de pausa la presa se refugia en uno u otro de los campos. Déjame ver: ¿cuál es el programa?

—Yo lo llevo —dijo el hijo—. La pausa durará todavía una hora; la presa está ahora en esta colina más cercana.

—Hemos llegado a buena hora. Según las reglas de este ciclo en particular, habrá oscuridad dentro de una hora, por un período de catorce minutos. Entonces la Colina Sur se convertirá en territorio de caza y la presa deberá acudir a la Colina Norte, que entonces se convertirá en refugio. Me sorprende que con un criminal tan célebre no hayan autorizado las reglas de Competición.

—El programa fue establecido la semana pasada —respondió el hijo—. El criminal fue atrapado hace un día o dos.

—De todos modos veremos buenas técnicas, y quizá uno o dos despedazamientos.

—¿Entonces, dentro de una hora el campo se vuelve oscuro?

—Durante catorce minutos, en los que empieza la caza.

Reith y Traz volvieron al exterior de la galería y al repentinamente oscurecido paisaje de Tschai. Echando hacia delante sus capuchas, hundiendo sus cabezas entre los hombros, descendieron la rampa hasta el suelo.

Reith miró en todas direcciones. Obreros envueltos en capas avanzaban estólidamente rampa gris arriba. Los Hombres-Dirdir utilizaban las rampas blancas; los Dirdir tenían reservadas las escaleras malva, escarlata y púrpura, que conducían a las galerías más altas.

Reith se dirigió a la grisácea pared de cristal. Se sentó y fingió estar ajustándose el zapato. Traz se mantuvo de pie frente a él. Reith extrajo de su bolsa un bote de batterache y el mecanismo disparador a relojería. Ajustó cuidadosamente un dial, alzó una palanca, dejó el bote tras un arbusto, apoyado contra la pared de cristal.

Nadie les prestó la menor atención. Ajustó el mecanismo de tiempo del segundo bote de batterache, tendió bolsa, batterache y mecanismo a Traz.

—Ya sabes lo que tienes que hacer.

Traz tomó reluctantemente la bolsa.

—Puede que el plan tenga éxito, pero seguro que tú y Anacho vais a resultar muertos.

Reith fingió que Traz estaba equivocado por una vez, con la esperanza de darse ánimos a los dos.

—Cuando hayas dejado el battarache... tendrás que apresurarte. Recuerda, exactamente en el lado opuesto a aquí. No hay mucho tiempo. Te veré en el almacén de construcción.

Traz se dio la vuelta, ocultando su rostro en los pliegues de su capucha.

—Muy bien, Adam Reith.

—De todos modos, en caso de que algo fuera mal, toma el dinero y márchate tan rápido como puedas.

—Adiós.

—Apresúrate.

Reith observó cómo la figura gris se empequeñecía a lo largo de la base de la Caja de Cristal. Lanzó un profundo suspiro. Había poco tiempo. Debía empezar a actuar inmediatamente; si llegaba la oscuridad antes de que hubiera localizado a Anacho, todo el esfuerzo y riesgo habría sido en vano.

Regresó a la rampa gris, cruzó el portal y entró de nuevo en el resplandor de Sibol.

Registró el campo, tomando cuidadosa nota de todas las localizaciones y direcciones, luego se dirigió hacia el sur siguiendo la galería, hacia la Colina Sur. Los espectadores eran allí mucho menos numerosos, apiñados todos hacia la parte media o norte.

Reith seleccionó un lugar cerca de un soporte de la galería. Miró a derecha e izquierda. No había nadie en un radio de treinta metros. Las plataformas más arriba estaban vacías. Extrajo un rollo de cuerda fina y resistente, lo abrió, pasó su parte central en torno al soporte, y dejó caer los dos extremos. Con una nueva mirada a derecha e izquierda, saltó por encima de la barandilla y se dejó deslizar por la cuerda hasta el terreno de caza.

No pasó desapercibido. Pálidos rostros miraron sorprendidos hacia abajo. Reith no les prestó atención. Ya no compartía su mundo: se había convertido en presa. Tiró del extremo de la cuerda y echó a correr hacia la Colina Sur, enrollándola mientras corría por entre bosques de quebradizas ramas, saltando salientes de piedra caliza y cuarzo color café.

Llegó cerca de las primeras estribaciones de la Colina Sur sin haber visto ni cazadores ni presas. Los cazadores debían hallarse en aquellos momentos tomando las posiciones dictadas por la táctica; las presas debían estar agazapadas en la base de la Colina Sur, preguntándose acerca de la mejor manera de alcanzar el refugio de la Colina Norte. De pronto Reith tropezó con un joven Gris, acurrucado a la sombra de un conjunto de plantas parecidas a bambúes blancos. Llevaba sandalias y un taparrabo; sostenía una maza en sus manos y una daga hecha con una púa de cactus.

—¿Dónde está el Hombre-Dirdir, el que acaban de meter en el campo? — preguntó Reith.

El Gris se limitó a hacer un gesto de indiferencia con la cabeza.

—Puede que haya uno al otro lado de la colina. Vete de aquí; creas un foco de oscuridad con tu capa. Tírala; tu piel es el mejor camuflaje. ¿No sabes que los Dirdir observan todos nuestros movimientos?

Reith siguió su carrera. Vio a dos viejos, completamente desnudos, de correosos músculos y pelo blanco, alzados de pie como espectros.

—¿Habéis visto a un Hombre-Dirdir por aquí cerca? —les gritó.

—Más allá tal vez, no sabemos. Vete de aquí, tú y tu capa oscura.

Reith trepó a un saliente de piedra arenisca. Llamó:

—¡Anacho!

No hubo respuesta. Reith miró su reloj. Dentro de diez minutos el campo se volvería oscuro. Registró el lado de la Colina Sur. Un poco más allá captó movimiento: personas corriendo por entre la espesura. Su capa parecía despertar antagonismo; se la quitó y se la echó al brazo.

En una hondonada encontró a cuatro hombres y una mujer. Le miraron con rostros de animales acosados y no respondieron a su pregunta. Reith subió la colina en busca de una mejor vista.

—¡Anacho! —llamó. Una figura envuelta en una túnica blanca se volvió. Reith se sintió inundado por el alivio; notaba que le temblaban las rodillas; las lágrimas acudieron a sus ojos—. ¡Anacho!

—¿Qué haces aquí?

—Apresúrate. Por aquí. Vamos a escapar.

Anacho lo contempló estupefacto.

—Nadie escapa de la Caja de Cristal.

—¡Vamos, ven! ¡Ya lo verás!

—No por aquí —dijo Anacho roncamente—. La seguridad está al norte, en la Colina Norte. Cuando se haga oscuro empezará la caza.

—¡Lo sé, lo sé! No tenemos mucho tiempo. Ven por aquí. Debemos ponernos a cubierto en algún lugar por ese lado; tenemos que estar preparados.

Anacho agitó las manos en el aire.

—Debes saber algo que yo no sé.

Echaron a correr siguiendo el mismo camino por el que Reith había venido, hacia la cara occidental de la Colina Sur. Mientras corrían, Reith le explicó jadeante los detalles del plan.

—¿Y tú has hecho todo esto... por mí? —preguntó Anacho con voz hueca—. ¿Has bajado aquí hasta el campo?

—Eso no importa ahora. Mira... debemos permanecer cerca de esos altos matorrales blancos. ¿Dónde podemos refugiarnos?

—Dentro de los mismos matorrales... es tan bueno como cualquier otro sitio. ¡Observa a los cazadores! Están tomando posiciones. Tienen que mantenerse como mínimo a un kilómetro de distancia hasta que empiece la oscuridad. Ya casi estamos en el límite del refugio. ¡Observa, esos cuatro nos están observando!

—La oscuridad estará sobre nosotros en unos segundos. Nuestro plan es éste: correremos hacia la parte occidental del campo, hacia aquel montículo. Desde allí iremos a ese grupo de cactus marrones y rodearemos su lado sur. Y lo más importante de todo: ¡no debemos separarnos!

Anacho hizo un gesto de desánimo.

—¿Y cómo vamos a impedirlo? No podemos llamarnos; los cazadores nos oirían.

Reith le tendió un extremo de la cuerda.

—Sujeta esto. Y si nos separamos nos encontraremos en el borde occidental de aquellos matorrales amarillos.

Aguardaron a que llegara la oscuridad. Fuera en el campo los jóvenes Dirdir tomaron posiciones, con algunos cazadores más experimentados mezclados aquí y allá. Reith miró hacia el este. Debido a algún truco de la luz y la atmósfera, el campo parecía estar al aire libre y extenderse hasta un lejano horizonte; sólo con un esfuerzo de voluntad pudo ver la pared oriental.

Llegó la oscuridad. Las luces se oscurecieron al rojo, parpadearon y se apagaron. Allá al norte siguió brillando una única luz púrpura, para señalar la dirección. No arrojaba ninguna iluminación. La oscuridad era completa. La caza había empezado. Desde el norte llegaron los gritos de caza Dirdir: un aullar y un ulular estremecedores.

Reith y Anacho se dirigieron hacia el oeste. De tanto en tanto se detenían para escuchar en la oscuridad. De su derecha les llegó como un siniestro cascabeleo. Se detuvieron en seco. El cascabeleo y un suave *pad-pad-pad* se alejaron a sus espaldas.

Llegaron a la elevación elegida y prosiguieron hacia el grupo de cactus. Había algo cerca. Se detuvieron para escuchar. Sus tensos oídos, o sus nervios, creyeron captar que lo que fuera se había detenido también.

Desde muy, muy arriba les llegó un grito emitido por muchas veces, subiendo y bajando por la escala sónica, luego otro y otro.

—Las llamadas de caza de todos los clanes —susurró Anacho—. Un ritual tradicional. Ahora, desde el campo, todos los miembros de los clanes presentes deben responder.

Los gritos de arriba cesaron; desde todas partes del campo de caza, fantasmagóricas en la oscuridad, llegaron las respuestas. Anacho dio un codazo a Reith.

—Mientras suenan las respuestas podemos avanzar. Aprovechemos.

Echaron a andar a largas zancadas, tanteando con los pies como si fueran ojos. Los gritos de caza descendieron y murieron; nuevamente hubo silencio. Reith golpeó una piedra suelta con el pie, produciendo un desagradable ruido. Se inmovilizaron, rechinando los dientes.

No hubo reacción. Siguieron avanzando, tanteando con sus pies en busca de los cactus pero sin encontrar más que aire y duro suelo. Reith empezó a temer que hubieran pasado de largo, que las luces irían a exponerlos a todos los cazadores, a todos los espectadores.

Habían transcurrido siete minutos de oscuridad, o así lo estimó. En otro minuto, como máximo, deberían tropezar con el grupo de cactus... ¡Un sonido! Pasos corriendo, aparentemente humanos, les cruzaron a no más de diez metros de distancia. Un momento más tarde hubo un golpe sordo, susurros, un cascabeleo de instrumentos de caza. Los sonidos pasaron, se alejaron. El silencio

volvió.

Unos segundos más tarde llegaron a los cactus.

—Rodeémoslos hacia el lado sur —susurró Reith—. Luego a cuatro patas hasta el centro.

Penetraron entre los ásperos tallos, sintiendo las aguzadas puntas.

—¡La luz! ¡Ahí viene!

La oscuridad empezó a disiparse al estilo de un amanecer en Sibol: gris, blanco pálido, hasta el intenso resplandor del día.

Reith y Anacho miraron a su alrededor. Los cactus proporcionaban un aceptable refugio; no parecían en inminente peligro, pese a que a menos de cien metros de distancia tres cachorros Dirdir saltaban de un lado para otro del campo, las cabezas muy erguidas, buscando en todas direcciones presas fugitivas. Reith consultó su reloj. Quedaban quince minutos... si Traz no había sufrido ningún contratiempo, si había conseguido alcanzar la pared opuesta de la Caja de Cristal.

El bosque de blancos árboles cerda quedaba a medio kilómetro delante de ellos, al otro lado de una zona despejada de terreno. Reith pensó que aquél podía convertirse en el medio kilómetro más largo que jamás hubiera tenido que atravesar.

Se arrastraron por entre los cactus hacia el límite norte.

—Los cazadores se mantienen durante una hora o así en mitad del terreno —dijo Anacho—. Así refrenan la rápida penetración hacia el norte, y luego se dedican a batir el sur.

Reith tendió a Anacho una pistola de energía, se metió la suya en el cinturón. Se puso de rodillas, captó movimiento a algo más de un kilómetro. No podía estar seguro de si eran Dirdir o presas. De pronto Anacho tiró de él hacia su escondite. Desde detrás de los cactus apareció trotando un grupo de Inmaculados, con las manos provistas de garras artificiales y refulgencias simuladas oscilando sobre sus espejeantes cráneos blancos. Reith sintió un retortijón en el estómago; reprimió un impulso de enfrentarse a las criaturas, de disparar contra ellas.

Los Hombres-Dirdir pasaron de largo, y pareció un milagro que no repararan en la presencia de los fugitivos. Giraron hacia el este y divisaron una presa, y echaron a correr a grandes saltos tras ella.

Reith comprobó su reloj; ya faltaba poco. Se puso de rodillas y miró en todas direcciones.

—Vamos.

Se pusieron en pie, echaron a correr hacia el bosque blanco.

Se detuvieron a medio camino, se agacharon tras un pequeño matorral. Cerca de la Colina Sur se estaba desarrollando una acalorada caza; dos grupos de cazadores convergieron sobre una presa que había buscado refugio en la propia Colina Sur. Reith miró una vez más su reloj. Nueve minutos. El bosque blanco estaba a tan sólo uno o dos minutos de distancia. La espira solitaria que había establecido como referencia era ahora visible a unos pocos cientos de metros al oeste del bosque. Avanzaron de nuevo. Cuatro cazadores salieron del bosque, donde se habían instalado para espiar la caza. El corazón de Reith se le cayó a los pies.

—Sigue adelante —dijo a Anacho—. Lucharemos con ellos.

Anacho miró dubitativo su pistola de energía.

—Si nos cogen con armas nos arrancarán la piel a tiras durante días... pero me la arrancarían de todos modos.

Los Dirdir contemplaron fascinados cómo Reith y Anacho se les acercaban.

—Debemos llevarlos al interior del bosque —murmuró Anacho—. Los jueces intervendrán si ven nuestras armas.

—Entonces hacia la izquierda, y detrás de esos matojos de hierba amarilla.

Los Dirdir no acudieron a su encuentro, sino que se movieron lateralmente. Con un arranque final, Reith y Anacho alcanzaron la orilla del bosque. Los Dirdir lanzaron su grito de caza y saltaron hacia delante, mientras Reith y Anacho retrocedían.

—Ahora —dijo Reith. Sacaron sus armas. Los Dirdir lanzaron un croar de alarma. Cuatro rápidos disparos: cuatro Dirdir muertos. Instantáneamente brotó de arriba un gran aullido: un ulular que desgarraba la mente. Anacho lanzó un grito de absoluta frustración.

—Los jueces han visto. Ahora nos enfocarán y dirigirán la caza. Estamos perdidos.

—Tenemos una posibilidad —insistió Reith. Se secó el sudor del rostro, mirando con ojos entrecerrados el reloj, contra el resplandor general—. Dentro de tres minutos, si todo sale bien, se producirá una explosión. Vayamos hacia la

espira larga.

Echaron a correr a través del bosque, y cuando emergieron vieron varios grupos de caza saltando en su dirección. El aullido sobre sus cabezas se alzó y descendió, luego se interrumpió.

Alcanzaron la solitaria espira, con la pared de cristal a tan sólo un centenar de metros de distancia. Sobre ellos, oscurecidas por el reflejo de los soles, estaban las galerías de observación; Reith apenas era capaz de ver a los espectadores, con las bocas abiertas por el asombro. Miró una vez más su reloj. Ahora.

Había que tener en cuenta un intervalo: la Caja tenía cinco kilómetros de ancho. Pasaron unos segundos, luego les llegó un enorme sonido sordo y una reverberación que hizo que el suelo se estremeciera bajo sus pies. Las luces parpadearon; allá al este se habían apagado. Reith miró pero no pudo ver el efecto de la explosión. Sobre sus cabezas, desde toda la longitud del campo, les llegó un frenético griterío, un sonido que expresaba una rabia tan salvaje que Reith sintió que le flaqueaban las rodillas.

Anacho era más práctico.

—Están dirigiendo a todos los grupos de caza hacia el punto de ruptura, para impedir que las presas escapen.

Los grupos que estaban convergiendo sobre Reith y Anacho estaban dando la vuelta y dirigiéndose ahora a toda velocidad hacia el este.

—Prepárate —dijo Reith. Miró su reloj—. Al suelo.

Una segunda explosión: un tremendo despedazamiento que alegró el corazón de Reith, que lo elevó hasta un estado de exaltación casi religiosa. Astillas y trozos de cristal gris volaron sobre sus cabezas; las luces parpadearon, se apagaron. Ante ellos apareció una enorme hendidura, como una abertura a una nueva dimensión, de treinta metros de ancho y casi tan alta como la primera galería de observación.

Reith y Anacho saltaron en pie. Alcanzaron sin ninguna dificultad la pared y la cruzaron... saliendo del árido Sibol al penumbroso crepúsculo del mundo de Tschai.

Corrieron a lo largo de la amplia avenida blanca, luego, a una indicación de Anacho, giraron hacia el norte, hacia las factorías y las blancas espiras de los Hombres-Dirdir, luego hacia la orilla del agua, y cruzando el puente hacia

Sivishe.

Se detuvieron para recuperar el aliento.

—Mejor que vayas directamente al vehículo aéreo —dijo Reith—. Tómallo y vete. No estarás seguro en Sivishe.

—Woudiver me denunció; hará lo mismo contigo —dijo Anacho.

—Ahora no puedo abandonar Sivishe, con la espacionave a punto de completarse. Woudiver y yo hemos llegado a un entendimiento.

—Nunca lo cumpliré —dijo Anacho torvamente—. Es un gran pozo de maldad.

—No puede traicionar la espacionave sin ponerse él mismo en peligro —argumentó Reith—. Es nuestro cómplice; hemos trabajado en su local.

—Lo explicaré de alguna forma.

—Quizá, quizá no. En cualquier caso, tú tienes que irte de Sivishe. Repartiremos el dinero... luego te marcharás. El vehículo aéreo ya no es de ninguna utilidad para mí.

El blanco rostro de Anacho adoptó una actitud terca.

—No tan aprisa. No soy el objetivo de ningún *tsau'gsh*, recuérdalo. ¿Quién tomará la iniciativa de buscarme?

Reith volvió la vista hacia la Caja de Cristal.

—¿Quieres decir que no te buscarán en Sivishe?

—Son impredecibles. Pero estoy tan seguro en Sivishe como en cualquier otro lugar. No puedo volver al Antiguo Reino. Pero no me buscarán en el almacén a menos que Woudiver traicione el proyecto.

—Woudiver tiene que ser controlado —dijo Reith.

Anacho se limitó a gruñir. Echaron a andar de nuevo, cruzando las sórdidas callejuelas de Sivishe.

El sol se ocultó tras las espiras de Hei y la oscuridad se infiltró en las ya sombrías calles. Reith y Anacho tomaron el transporte público hasta el almacén. La oficina de Woudiver estaba a oscuras; en el almacén brillaba una débil luz. Los mecánicos se habían marchado a casa; no parecía haber nadie por allí...

Entre las sombras se movió una figura.

—¡Traz! —exclamó Reith. El muchacho se adelantó.

—Sabía que vendrías aquí, si conseguías salir.

Ni el nómada ni el Hombre-Dirdir eran dados a las demostraciones; Anacho

y Traz se cruzaron simplemente una mirada de entendimiento.

—Será mejor que abandonemos este lugar —dijo Traz—. Y rápido.

—Se lo dije a Anacho, y te lo digo a ti: tomad el vehículo aéreo y marchaos. No hay ninguna razón por la que os arriesguéis a pasar otro día en Sivishe.

—¿Y tú?

—Yo debo correr el riesgo.

—El riesgo es muy grande, con Woudiver y sus vindicaciones.

—Controlaré a Woudiver.

—¡Es imposible! —exclamó Anacho—. ¿Quién puede controlar tanta perversidad, una pasión tan monstruosa? Está más allá de toda razón.

Reith asintió sombríamente.

—Sólo hay una forma segura, y puede que sea difícil.

—¿Cómo pretendes conseguir ese milagro? —preguntó Anacho.

—Pretendo simplemente clavarlo a la punta de mi pistola y traerlo aquí. Si no viene, lo mataré. Si viene, será mi cautivo, bajo guardia constante. No puedo pensar en nada mejor.

Anacho gruñó.

—No pongo ninguna objeción en encargarme yo personalmente de vigilar al Gran Amarillo.

—Hay que actuar ahora —dijo Traz—. Antes que se entere de la escapatoria.

—¡Vosotros dos no! —declaró Reith—. Si resulto muerto... será una lástima, pero inevitable. Es un riesgo que tengo que correr. Pero vosotros no. ¡Tomad el vehículo aéreo y dinero, y marchaos ahora que aún podéis hacerlo!

—Yo me quedo —dijo Traz.

—Y yo también —dijo Anacho. Reith hizo un gesto de derrota.

—Entonces vayamos en busca de Woudiver.

18

El trío se detuvo en el oscuro patio junto a los apartamentos de Woudiver, pensando en la mejor manera de abrir la puerta trasera.

—No podemos forzar la cerradura —murmuró Anacho—. Indudablemente Woudiver se protege con todo tipo de alarmas y trampas mortales.

—Tendremos que ir por arriba —dijo Reith—. No tiene que ser muy difícil alcanzar el techo. —Estudió la pared, las cuarteadas tejas, un viejo y retorcido psilla—. En absoluto difícil. —Señaló—. Arriba por aquí... luego cruzando por este lado... y ya estamos.

Anacho agitó lúgubrementemente la cabeza.

—Me sorprende que seas tan inocente. ¿Por qué crees que el camino resultará tan simple? ¿Porque Woudiver está convencido de que nadie puede trepar por ahí? Bah. Allá donde pongas la mano encontrarás agujas, trampas y botones de alarma.

Reith se mordió el labio, mortificado.

—Bien, entonces, ¿cómo piensas que podemos entrar?

—No por aquí —dijo Anacho—. Debemos derrotar la habilidad y la astucia de Woudiver siento más listos que él.

Traz hizo un repentino movimiento y empujó a los otros dos a las profundas sombras de un portal.

Desde la calle les llegó el sonido ahogado de unos pasos. Una sombra alta y delgada pasó cojeando junto a ellos y se detuvo junto a la puerta trasera.

—¡Deine Zarre! —susurró Traz—. Y parece de bastante mal humor.

Deine Zarre se inmovilizó ante la puerta; extrajo una herramienta y trasteó con ella en la cerradura. La puerta se abrió de par en par; la cruzó, avanzando con un paso tan inexorable como el destino. Reith saltó hacia delante y sujetó la puerta antes de que volviera a cerrarse. Deine Zarre desapareció cojeando. Traz

y Anacho cruzaron la puerta; Reith dejó que la hoja descansara de nuevo contra su cerradura. Estaban en una galería pavimentada, con un pasadizo débilmente iluminado que conducía a la parte principal de la casa.

—Por el momento, vosotros dos aguardad aquí —dijo Reith—; dejad que me enfrente a solas con Woudiver.

—Vas a correr un gran peligro —dijo preocupado Anacho—. ¡Resultará obvio que no has venido a verle para nada bueno!

—No necesariamente —observó Reith—. Se mostrará suspicaz, evidentemente. Pero no puede saber que te he visto. Si nos ve a los tres se pondrá en guardia. A solas, tengo más posibilidades de dominarle.

—Muy bien —dijo Anacho—. Esperaremos aquí por un cierto tiempo. Luego vendremos tras de ti.

—Dadme quince minutos. —Reith echó a andar por el pasadizo, que se abría a un patio interior. Al otro lado, frente a una puerta adornada en cobre, estaba Deine Zarre, utilizando de nuevo su herramienta. De pronto las luces del patio se encendieron. Indudablemente Deine Zarre había puesto en acción una alarma.

Artilo apareció por un lado del patio.

—Zarre —dijo.

Deine Zarre se volvió hacia él.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Artilo con voz suave.

—Eso no te concierne —dijo Deine Zarre átonamente—. Déjame entrar.

Con un floreo muy poco característico suyo, Artilo extrajo una pistola de energía.

—Tengo mis órdenes. Prepárate a morir.

Reith saltó rápidamente hacia delante, pero el movimiento de los ojos de Deine Zarre advirtió a Artilo; miró a su alrededor. Reith, en dos largas zancadas, estaba ya sobre él. Lanzó un terrible golpe a la base del cráneo de Artilo, y el hombre se derrumbó muerto. Reith tomó la pistola de energía, hizo rodar el cuerpo de Artilo hacia un lado. Deine Zarre estaba ya dándose la vuelta, como si lo ocurrido careciera de interés.

—¡Espera! —dijo Reith.

Deine Zarre se volvió una vez más. Reith avanzó hacia él. Los ojos grises de Deine Zarre parecían sorprendentemente claros. Reith preguntó:

—¿Por qué estás aquí?

—Para matar a Woudiver. Ha brutalizado a mis niños. —La voz de Deine Zarre era tranquila, como si estuviera exponiendo unos hechos que no le concernían—. Están muertos, los dos muertos, se han ido de este triste mundo de Tschai.

La voz de Reith sonó apagada y distante a sus propios oídos.

—Woudiver tiene que ser destruido... pero no antes de que la nave esté terminada.

—Nunca te permitiré que la termines.

—Por eso estoy aquí.

—¿Qué puedes hacer? —murmuró Deine Zarre desdeñosamente.

—Tengo intención de tomarlo prisionero y mantenerlo así hasta que la nave esté completa. Entonces podrás matarlo.

—Muy bien —dijo Deine Zarre con voz apagada—. ¿Por qué no? Le haré sufrir.

—Como quieras. Ve tú delante. Yo iré muy cerca detrás, como antes. Cuando encontremos a Woudiver, acúsale como quieras y de lo que quieras, pero sin usar la violencia. No queremos conducirlo a ninguna acción desesperada.

Deine Zarre se dio la vuelta sin una palabra. Abrió la puerta con su herramienta, revelando una habitación amueblada en escarlata y amarillo. Deine Zarre entró y, tras una rápida mirada por encima de su hombro, Reith le siguió. Un sirviente enanESCO de piel oscura, con un enorme turbante blanco, se sobresaltó.

—¿Dónde está Aila Woudiver? —preguntó Deine Zarre con su voz más suave.

El sirviente se mostró altanero.

—Está ocupado con asuntos muy importantes. Grandes negocios. No puede ser molestado.

Reith lo agarró por el cuello y lo levantó un par de palmos del suelo, haciendo que el turbante se torciera peligrosamente sobre su cabeza. El sirviente pataleó, dolorido y vejado en su dignidad.

—¿Qué estás haciendo? ¡Quítame las manos de encima o llamaré a mi dueño!

—Esto es precisamente lo que queremos que hagas —dijo Reith.

El sirviente retrocedió unos pasos, frotándose el cuello y mirando a Reith con ojos llameantes.

—¡Abandonad inmediatamente esta casa!

—¡Llévanos hasta Woudiver, si quieres evitarte problemas!

El sirviente empezó a gimotear.

—No puedo hacerlo. ¡Me hará azotar!

—Mira allá al patio —dijo Deine Zarre—. Verás el cuerpo de Artilo, muerto. ¿Quieres unirte a él?

El sirviente empezó a temblar y cayó de rodillas. Reith lo puso en pie de un tirón.

—¡Rápido! ¡Llévanos hasta Woudiver!

—¡Tenéis que decirle que fui obligado a hacerlo con amenazas contra mi vida! —exclamó el sirviente con dientes castañeteantes—. También debéis jurarle...

La puerta al otro lado de la habitación se abrió una rendija. El enorme rostro de Aila Woudiver atisbo por ella.

—¿Qué es todo este jaleo?

Reith empujó al sirviente a un lado.

—Tu hombre se negó a avisarte.

Woudiver lo examinó con la mirada más aguda y suspicaz que era posible imaginar.

—Y con razón. Estoy ocupado con importantes asuntos.

—Ninguno es tan importante como el mío —dijo Reith.

—Un momento —indicó Woudiver. Se volvió, habló una o dos palabras con sus visitantes, entró en el salón escarlata y amarillo—. ¿Tienes el dinero?

—Sí, por supuesto. ¿Estaría de otro modo aquí?

Woudiver examinó a Reith durante otro largo momento.

—¿Dónde está?

—En un lugar seguro.

Woudiver se mordió el colgante labio inferior.

—No uses ese tono conmigo. Para ser sinceros, sospecho que has maquinado una infamia cuyo resultado ha sido el permitir hoy la escapatoria de numerosos criminales de la Caja de Cristal.

Reith dejó escapar una risita.

—Dime, por favor, cómo puedo haber estado en dos lugares a la vez.

—Si estuviste en un sólo lugar es suficiente para condenarte. Un hombre que se corresponde con tu descripción bajó por sus propios medios al campo una hora antes de que ocurriera todo. No lo hubiera hecho de no haber estado seguro de que podría escapar. Es digno de notar el hecho de que el Hombre-Dirdir renegado parece estar entre los que escaparon.

—El battarache salió de tus almacenes —dijo Deine Zarre—; serás acusado como responsable del hecho si dices una sola palabra.

Woudiver pareció darse cuenta entonces por primera vez de la presencia de Deine Zarre. Habló con simulada sorpresa.

—¿Qué haces tú aquí, viejo? Será mejor que vuelvas a tus asuntos.

—Vine a matarte —dijo Deine Zarre—. Reith me ha pedido que aguarde un poco.

—Vamos, Woudiver —dijo Reith—. El juego ha terminado. —Sacó su arma—. Rápido, o voy a tener que quemar un poco de tu pellejo.

Woudiver miró de uno a otro hombre, sin aparentar preocupación.

—Así que los ratones enseñan los dientes.

Reith, a través de una larga experiencia, sabía lo suficiente como para esperar resistencia, obstinación, y en general un comportamiento perverso. Dijo con voz resignada:

—Ven con nosotros, Woudiver.

Woudiver sonrió.

—Dos pequeños y ridículos subhombres. —Alzó ligeramente la voz—. ¡Artilo!

—Artilo está muerto —dijo Deine Zarre. Miró a derecha e izquierda, como ligeramente desconcertado. Woudiver lo observó suavemente.

—¿Buscas algo?

Deine Zarre, ignorando a Woudiver, murmuró a Reith:

—Todo esto es demasiado fácil, incluso para Woudiver. Ten cuidado.

—A la cuenta de cinco, te quemaré —dijo Reith con voz cortante.

—Primero una pregunta —dijo Woudiver—. ¿Dónde vamos a ir?

Reith lo ignoró.

—Uno... dos...

Woudiver suspiró profundamente.

—No consigues divertirme.

—...tres...

—Tengo que protegerme de alguna manera...

—...cuatro...

—...esto es evidente. —Woudiver retrocedió contra la pared. Instantáneamente el dosel de terciopelo se abatió sobre Reith y Deine Zarre.

Reith disparó su pistola, pero los pliegues dominaban su brazo y el rayo no hizo más que chamuscar las baldosas blancas y negras del suelo.

La risa de Woudiver sonó ahogada pero intensa y untuosa. El suelo vibró bajo sus ominosos pasos. Un enorme peso sofocó a Reith; Woudiver se había sentado sobre su cuerpo. Reith apenas podía moverse. La voz de Woudiver sonó muy cercana:

—¿Así que los mequetrefes pensaron que podían causarle problemas a Aila Woudiver? ¡Miradlos ahora! —El peso se alzó—. Y Deine Zarre, que se contuvo cortésmente de cometer un asesinato. Muy bien, adiós entonces, Deine Zarre. Yo soy más decidido.

Un sonido, un repentino gorgoteo estremecedor, luego un arañar de uñas sobre las baldosas.

—Adam Reith —dijo la voz—. Eres un caso de locura peculiar. Me siento tremendamente interesado en tus intenciones. Suelta la pistola, pon tus brazos al frente y no te muevas. ¿Notas el peso sobre tu cuello? Es mi pie. Así que rápido, los brazos hacia delante, y nada de movimientos bruscos. Hisziu, prepárate.

La tela fue echada a un lado, apartada de los brazos extendidos de Reith. Unos ágiles dedos oscuros ataron sus muñecas con una cinta de seda.

El terciopelo fue echado más atrás. Reith, algo desconcertado aún, alzó la vista hacia la enorme masa que gravitaba sobre él, con las piernas separadas. Hisziu, el sirviente, iba de un lado para otro, agitándose como un perrillo.

Woudiver tiró de Reith y lo obligó a ponerse en pie.

—Camina, por favor. —Envió al tambaleante Reith hacia delante con un empujón.

19

Reith permanecía en una habitación oscura, atado a un potro de metal. Sus brazos extendidos estaban sujetos a una barra transversal; sus tobillos igualmente inmovilizados. Ninguna luz penetraba en la habitación salvo el resplandor de unas pocas estrellas a través de una estrecha ventana. Hisziu el sirviente permanecía acuclillado a metro y medio de distancia frente a él, con un ligero látigo de seda trenzada en las manos, poco más que una tira de suave cuerda unida a un corto mango. Parecía capaz de ver en la oscuridad, y se divertía golpeando con la punta del látigo, a intervalos imprevisibles, las muñecas, rodillas y barbilla de Reith. Habló una sola vez:

—Tus dos amigos han sido cogidos también. No son mejores que tú: de hecho, peores. Woudiver está trabajando con ellos.

Reith colgaba flácido de sus ligaduras, sumido en torpes y desanimados pensamientos. El desastre era completo; no era consciente de nada más. Los pequeños y maliciosos golpes del látigo de Hisziu apenas rozaban el filo de su consciencia. Su existencia llegaba a su final, que no sería más notado que la caída de una gota de lluvia en cualquiera de los tenebrosos océanos de Tschai. En algún lugar, fuera de su vista, se alzó la luna azul, arrojando su resplandor a través del cielo. Su lento ascenso y su igualmente lento ocaso marcaban el paso de la noche.

Hisziu se amodorró, y muy pronto empezó a roncar con suavidad. Reith se sentía indiferente. Alzó la cabeza, miró hacia la ventana. El resplandor de la luz lunar había desaparecido; un color lodoso hacia el este señalaba la próxima salida de Carina 4269. Hisziu despertó con un sobresalto e hizo chasquear el látigo en las mejillas de Reith, levantando ligeros surcos sangrantes. Abandonó la estancia y regresó unos momentos más tarde con una jarra de té caliente, que bebió junto a la ventana. Reith dijo con voz ronca:

—Te pagaré diez mil sequins si me sueltas.

Hisziu no le prestó atención. Reith dijo:

—Y otros diez mil si me ayudas a liberar a mis amigos.

El sirviente siguió bebiendo su té, como si Reith no hubiera dicho nada.

El cielo empezó a mostrar una coloración oro oscuro; Carina 4269 había aparecido. Sonaron pasos; la enorme masa de Woudiver llenó el hueco de la puerta. Permaneció inmóvil unos instantes, evaluando la situación; luego, tomando el látigo de manos de Hisziu, hizo una seña a éste para que abandonara la estancia.

Woudiver parecía exaltado, como si estuviera drogado o borracho. Hizo chasquear el látigo contra su cadera.

—No puedo encontrar el dinero, Adam Reith. ¿Dónde está?

Reith intentó dar a su voz una entonación casual.

—¿Cuáles son tus planes?

Woudiver alzó sus cejas casi desprovistas de pelo.

—No tengo planes. Los acontecimientos de suceden; yo existo adaptándome a ellos de la mejor manera posible.

—¿Por qué me mantienes atado aquí?

Aila Woudiver hizo sonar el látigo contra su pierna.

—Naturalmente, he notificado a los míos tu detención.

—¿A los Dirdir?

—Por supuesto. —Volvió a palmearse la cadera con el látigo.

—¡Los Dirdir no son ni han sido nunca los tuyos! —dijo Reith con gran vehemencia—. Los Dirdir y los hombres jamás han estado ni remotamente conectados; proceden de distintas estrellas.

Woudiver se reclinó indolentemente contra la pared.

—¿Dónde aprendiste esta idiotez?

Reith se humedeció ansiosamente los labios, preguntándose cuál podía ser su mejor táctica. Woudiver no era un hombre racional; estaba motivado por el instinto y la intuición. Intentó proyectar en sus palabras una absoluta seguridad.

—Los hombres se originaron en el planeta Tierra. Los Dirdir saben esto tan bien como yo. Pero prefieren que los Hombres-Dirdir se engañen a sí mismos.

Woudiver asintió pensativo.

—¿Pretendes buscar esa «Tierra» con tu espacionave?

—No necesito buscarla. Está a doscientos años luz de distancia, en la constelación de Clari.

Woudiver avanzó unos pasos. Con su amarillo rostro a treinta centímetros del de Reith, gritó:

—¿Y qué hay del tesoro que me prometiste? ¡Mentiste, me engañaste!

—No —dijo Reith—. No lo hice. Soy un terrestre. Mi nave se estrelló aquí en Tschai. Ayúdame a regresar a la Tierra; recibirás a cambio cualquier tesoro que oses imaginar.

Woudiver retrocedió lentamente.

—Eres uno de los miembros del culto redencionista Yao, se llame como se llame.

—No. Te estoy diciendo la verdad. Tus mejores intereses están en ayudarme.

Woudiver asintió juiciosamente.

—Quizá sí. Pero primero lo primero. Puedes demostrar fácilmente tu buena fe. ¿Dónde está mi dinero?

—¿*Tu* dinero? No es tu dinero. Es mi dinero.

—Una distinción estéril. ¿Dónde está, digámoslo así, *nuestro* dinero?

—Nunca lo verás a menos que cumplas con tus obligaciones.

—¡Esto es una absurda obstinación! —estalló Woudiver—. Has sido capturado, estás perdido y tus secuaces también. El Hombre-Dirdir regresará a la Caja de Cristal. El chico de las estepas será vendido como esclavo... a menos que tú compres su vida con el dinero.

Reith se relajó en sus ligaduras y se hundió en el mutismo. Woudiver empezó a pasear arriba y abajo por la estancia, lanzándole miradas ocasionales. Se le acercó y le clavó el mango del látigo en el estómago.

—¿Dónde está el dinero?

—No confío en ti —dijo Reith con voz monótona—. Nunca mantienes tus promesas. —Se envaró con un esfuerzo e intentó hablar con voz tranquila—. Si quieres el dinero, suéltame. La espacionave está casi terminada. Puedes venir conmigo a la Tierra.

El rostro de Woudiver era inescrutable.

—¿Y luego?

—Un yate espacial, un palacio... lo que quieras. Pide, y lo tendrás.

—¿Y cómo volveré a Sivishe? —preguntó burlonamente Woudiver—. ¿Qué

pasará con mis asuntos? Resulta claro que estás loco; ¿por qué debo malgastar mi tiempo? ¿Dónde está el dinero? El Hombre-Dirdir y el chico de las estepas han declarado con convicción que no lo saben.

—Yo tampoco lo sé. Se lo di a Deine Zarre y le pedí que lo ocultara. Tú lo mataste.

Woudiver reprimió un gruñido de decepción.

—¿Mi dinero?

—Dime —quiso saber Reith—, ¿tienes intención de dejarme terminar mi espacionave?

—¡Nunca tuve esa intención!

—¿Me engañaste?

—¿Por qué no? Tú intentaste hacer lo mismo. Ha de ser muy listo el hombre que consiga engañar a Aila Woudiver.

—No lo dudo.

Hisziu entró en la estancia y, avanzando de puntillas, le susurró algo al oído de Woudiver. Woudiver dio una furiosa patada contra el suelo.

—¿Tan pronto? ¡Llegan antes de la hora! Ni siquiera he empezado todavía. —Se volvió hacia Reith, con el rostro hirviendo como agua en una olla—. Rápido: el dinero, o vendo al muchacho. ¡Rápido!

—¡Suéltanos! Ayúdanos a terminar la espacionave. ¡Luego tendrás tu dinero!

—¡Irrazonable ingrato! —siseó Woudiver. Se oyó ruido de pasos—. ¡No puedo hacer nada! —gruñó—. Qué triste vida la mía. ¡Basura! —Woudiver escupió al rostro de Reith y le golpeó furiosamente con el látigo.

Orgullosamente precedido por Hisziu, un alto Hombre-Dirdir entró en la estancia. Era el más espléndido y extraño Hombre-Dirdir que Reith hubiera visto jamás: a todas luces un Inmaculado. Woudiver le murmuró algo a Hisziu por un ángulo de su boca; las ligaduras de Reith fueron cortadas. El Hombre-Dirdir le colocó una cadena en torno al cuello, aseguró el otro extremo a su cinturón. Echó a andar sin una palabra, agitando los dedos con fastidiado desdén.

Reith se vio obligado a seguirle, tambaleante.

20

Ante la casa de Woudiver había estacionado un coche lacado en blanco. El Inmaculado sujetó la cadena de Reith a una anilla en la parte de atrás. Reith lo contempló con maravillado abatimiento. El Inmaculado tenía más de dos metros de altura, y llevaba refulgencias artificiales unidas a ambos lados de su crestado cráneo. Su piel resplandecía tan blanca como el esmalte del coche; su cabeza estaba totalmente desprovista de pelo; su nariz era un afilado pico. Pese a toda su extraña apariencia e indudablemente alterada sexualidad, era un hombre, rumió Reith, derivado de la misma fuente que él. De la casa, tambaleándose como si hubieran sido empujados, surgieron Anacho y Traz. Sendas cadenas rodeaban sus cuellos; detrás, tirando de los otros extremos, corría Hisziu. Le seguían dos Hombres-Dirdir de Élite. Ataron las cadenas a la parte de atrás del coche. El Inmaculado pronunció unas palabras sibilantes a Anacho y señaló una estrecha plataforma a todo lo largo de la parte trasera del vehículo. Sin volver la mirada, subió a él; los dos Élites ya lo habían hecho. Anacho murmuró:

—Montaos ahí, o de otro modo vamos a ser arrastrados.

Los tres treparon a la plataforma trasera, aferrándose a las anillas donde habían sido sujetadas sus cadenas. De tal indigna manera partieron de la residencia de Woudiver. El negro sedán de éste les seguía a cincuenta metros de distancia, con la enorme masa de Woudiver encajada tras los mandos.

—Quiere el reconocimiento que se le debe —dijo Anacho—. Ha colaborado en una caza importante; desea la parte que le corresponde del status.

—Cometí el error de enfrentarme a Woudiver como si fuera un hombre —dijo Reith con voz densa—. Si lo hubiera tratado como un animal quizá nos hubiéramos librado mejor.

—Difícilmente podría ser peor.

—¿Adonde vamos?

—A la Caja de Cristal; ¿adonde si no?

—¿No va a haber ningún juicio, no vamos a tener ninguna oportunidad de defendernos?

—Por supuesto que no —dijo Anacho secamente—. Vosotros sois subhombres, yo soy un renegado.

El coche blanco giró penetrando en una plaza y se detuvo. Los Hombres-Dirdir bajaron y se inmovilizaron rígidamente erguidos, mirando hacia el cielo. Un hombre gordezuelo de mediana edad vestido con elegantes ropas marrón oscuro avanzó: una persona de elevado status y evidente vanidad, con el pelo elaboradamente rizado y enjoyado. Se dirigió a los Hombres-Dirdir con un aire casual; le respondieron tras unos instantes de significativo silencio.

—Ése es Erluis, el Administrador de Sivishe —gruñó Anacho—. También quiere estar en el acto. Al parecer somos presas importantes.

Atraída por la actividad, la gente de Sivishe empezó a arracimarse en torno al coche blanco. Formaron un amplio y respetuoso círculo, contemplando a los cautivos con macabra especulación y echándose ligeramente hacia atrás cada vez que la mirada de los Hombres-Dirdir vagaba en su dirección.

Woudiver permaneció en su coche, a una distancia de cincuenta metros o así, al parecer ordenando sus pensamientos. Finalmente bajó y pareció concentrar su atención en lo que había escrito en un trozo de papel. Erluis, al darse cuenta de ello, se apresuró a volverle la espalda.

—Míralos —gruñó Anacho—. Cada uno de ellos odia al otro: Woudiver ridiculiza a Erluis por carecer de sangre de Hombre-Dirdir; a Erluis le gustaría ver a Woudiver en la Caja de Cristal.

—A mí también —dijo Reith—. Hablando de la Caja de Cristal, ¿a qué estamos esperando?

—A los líderes del *tsau'gsh*. No te preocupes, muy pronto verás la Caja de Cristal.

Reith agitó irritadamente la cadena. Los Hombres-Dirdir volvieron hacia él miradas de advertencia.

—Ridículo —murmuró Reith—. Tiene que haber algo que podamos hacer. ¿Qué hay de las tradiciones Dirdir? ¿Qué ocurrirá si grito *hs'ai s'sai*, *hs'ai*, o como sea la apelación al arbitraje?

—La llamada es *dr'ssa dr'ssa*, *dr'ssa*.

—¿Qué ocurrirá si solicito arbitraje?

—No estarás en mejor situación que ahora. El arbitrador te considerará culpable, y como antes: la Caja de Cristal.

—¿Y si repudio el arbitraje?

—Te verás obligado a luchar, y serás muerto igual de rápido.

—¿Y nadie puede ser detenido a menos que sea acusado?

—En teoría —dijo Anacho secamente—, ésa es la costumbre. ¿A quién planeas repudiar? ¿A Woudiver? No servirá de nada. Él no te ha acusado, simplemente ha cooperado con la caza.

—Veremos.

Traz señaló al cielo.

—Ahí vienen los Dirdir.

Anacho estudió el vehículo aéreo que descendía sobre ellos.

—La cimera de Thisz. Si los Thisz se hallan implicados en esto, podemos esperar un tratamiento sumarísimo. Puede que incluso emitan una prohibición, de modo que solamente los Thisz puedan cazarnos.

Traz tiró inútilmente del cierre de la cadena. Dejó escapar un siseo de frustración y se volvió para observar el aparato que estaba aterrizando. La multitud cubierta con grises capuchas se echó hacia atrás, despejando el terreno; el vehículo aéreo se posó a no más de quince metros del coche blanco. Bajaron cinco Dirdir: una Excelencia y cuatro de casta inferior.

El Hombre-Dirdir Inmaculado avanzó orgullosamente, pero el Dirdir lo ignoró con la misma indiferencia que él había mostrado hacia Erlius.

Por un momento los Dirdir estudiaron a Reith, Anacho y Traz. Luego hicieron una seña al Inmaculado y pronunciaron unos breves y secos sonidos.

Erlius avanzó para presentar sus respetos, las rodillas ligeramente dobladas, la cabeza deferentemente inclinada. Antes de que pudiera decir nada, Woudiver avanzó también e hinchó su enorme masa amarilla delante de Erlius, que se vio obligado a retirarse trastabillante a un lado.

—Aquí, dignatarios Thisz, están los criminales buscados por la caza —dijo con voz aguda—. He participado en su detención, y no en poca medida; ¡haced que eso sea anotado en mi pergamino de honores!

Los Dirdir apenas le dedicaron una atención casual. Woudiver, como si no esperara más, hizo una inclinación de cabeza y agitó los brazos en un elaborado

floreo.

El Inmaculado se acercó a los cautivos y soltó sus cadenas. Reith tiró bruscamente de la suya. El Inmaculado alzó sorprendido la cabeza, con sus falsas refulgencias caídas a ambos lados de su blanca cabeza. Reith avanzó a paso vivo, con el corazón latiendo atronadoramente. Sentía la presión de todos los ojos clavados en él; con gran esfuerzo mantuvo su paso firme y digno. Se detuvo a dos metros de distancia de los Dirdir, tan cerca que podía captar su olor corporal. Lo contemplaron sin perder su impasibilidad.

Reith alzó la voz y pronunció muy deliberadamente:

—¡*Dr'ssa!* ¡*Dr'ssa!* ¡*Dr'ssa!*

Los Dirdir traicionaron un pequeño movimiento de sorpresa.

—¡*Dr'ssa!* ¡*Dr'ssa!* ¡*Dr'ssa!* —pronunció una vez más Reith.

El Excelente habló con una voz nasal que sonaba como un oboe.

—¿Por qué solicitas *dr'ssa*? Eres un subhombre, incapaz de discriminación.

—Soy un hombre, oh superior. Por eso solicito *dr'ssa*.

Woudiver se abrió paso, jadeando y resoplando en su importancia.

—¡Bah! ¡Está loco!

El Dirdir pareció perplejo. Reith aprovechó la ocasión:

—¿Quién me acusa? ¿De qué crimen? ¡Que se presente mi acusador, y que el caso sea juzgado por un arbitro!

—Invocas una fuerza tradicional más fuerte que el desprecio o la irritación —dijo el Excelente—. No puede negársete. ¿Quién acusa a este subhombre?

—Yo acuso a Adam Reith de blasfemia —dijo Woudiver—, de contestar la Doctrina del Doble Génesis, de reclamar un status igual al de los Dirdir. Ha afirmado que los Hombres-Dirdir no son una línea descendente pura de la Segunda Yema; los ha llamado una raza de fenómenos mutantes. Insiste en que los hombres derivan de un planeta distinto a Sibol. Esto no está de acuerdo con la doctrina ortodoxa, y es repugnante. Es un creador de problemas, un mentiroso, un provocador. —Woudiver acentuó cada una de sus acusaciones con un golpe de su enorme dedo—. ¡Éstas son mis acusaciones! —Dedicó a los Dirdir una sonrisa cómplice, luego se volvió y rugió a la multitud—: ¡Echaos hacia atrás! ¡No os apelonéis tan cerca de los dignatarios!

—¿Afirmas que estas acusaciones son falsas? —preguntó el Dirdir con voz aflautada.

Reith dudó. Se enfrentaba a un dilema. Negar las acusaciones era aceptar la ortodoxia de los Hombres-Dirdir. Preguntó cautelosamente:

—En esencia, soy acusado de sostener puntos de vista no ortodoxos. ¿Es eso un crimen?

—Por supuesto, si el arbitrador así lo declara.

—¿Y si esos puntos de vista son ciertos?

—Entonces deberás enfrentarte al arbitrador. Por ridícula que pueda parecer esa eventualidad, ésa es la tradición, y no puede eludirse.

—¿Quién es el arbitrador?

El rostro como hueso pulido del Excelente no mostró el menor cambio, como tampoco lo hizo su voz.

—En este caso designo al Inmaculado que os acompaña.

El Inmaculado avanzó unos pasos. Imitando los tonos Dirdir, dijo:

—Seré expeditivo; las ceremonias ordinarias son aquí inapropiadas. —Se volvió hacia Reith—. ¿Niegas las acusaciones?

—Ni las confirmo ni las niego; son ridículas.

—Es mi opinión que tus palabras son evasivas. Eso significa culpabilidad. Además, tus actitudes son irrespetuosas. Eres culpable.

—Me niego a aceptar tu veredicto —dijo Reith—, a menos que puedas justificarlo. Te emplazo a que lo hagas.

El Inmaculado contempló a Reith con burla y revulsión.

—¿Me desafías a mí, a un Inmaculado?

—Parece que ésta es la única forma en que puedo probar mi inocencia.

El Inmaculado miró a la Excelencia Dirdir.

—¿Estoy obligado a aceptarlo?

—Lo estás.

El Inmaculado midió a Reith.

—Te mataré con mis manos y con mis dientes, tal como corresponde a un Hombre-Dirdir.

—A tu elección. Pero primero quítame esta cadena del cuello.

—Quítale la cadena —dijo la Excelencia Dirdir.

—¡Es una vulgaridad! —dijo irritablemente el Inmaculado—. Perderé mi dignidad actuando delante de toda esa chusma de subhombres.

—No te quejes —dijo el Excelente—. Soy yo, el Capitán de la Caza, quien

pierde un trofeo. Prosigue: afirma tu arbitraje.

Fue retirada la cadena. Reith estiró sus músculos, los relajó, los estiró, los relajó, esperando restablecer su tonicidad. Había pasado toda la noche colgado de sus muñecas; su cuerpo se sentía agotado. El Hombre-Dirdir avanzó unos pasos. Reith sintió la cabeza algo ligera.

—¿Cuáles son las reglas del combate? —inquirió—. No deseo actuar deslealmente contigo.

—No existen las deslealtades —dijo el Inmaculado—. Utilizamos las reglas de la caza: ¡tú eres mi presa! —Emitió un fuerte chirrido y se lanzó contra Reith, en lo que pareció un salto inefectivo, hasta que Reith entró en contacto con el blanco cuerpo de su oponente y descubrió que era todo músculos y tendones. Reith desvió la acometida, pero sintió las desgarraduras de las falsas garras. Intentó hacer presa en su brazo, pero no pudo encontrar una palanca efectiva. Lanzó al Inmaculado un golpe bajo la oreja, intentó alcanzar su laringe y falló. El Inmaculado retrocedió, furioso. Los espectadores jadearon excitados. El Inmaculado saltó de nuevo contra Reith, que consiguió aferrar su largo antebrazo y envió al Hombre-Dirdir trastabillando. Woudiver no pudo contenerse; avanzó y lanzó a Reith un puñetazo a la sien. Traz chilló su protesta y sacudió su cadena cruzando el rostro de Woudiver. Woudiver chilló agónicamente y se dejó caer sentado sobre el suelo. Anacho rodeó el cuello de Woudiver con su cadena y apretó con todas sus fuerzas. Los Hombres-Dirdir de Élite se lanzaron contra él y le arrebataron la cadena. Woudiver permaneció tendido en el suelo, jadeando, con el rostro del color del lodo.

El Inmaculado había aprovechado la ventaja del ataque de Woudiver para agarrar a Reith y derribarlo al suelo. Unos brazos tensos como alambres aferraron el cuerpo de Reith; largos y afilados dientes desgarraron su cuello. Reith liberó sus brazos. Con todas las fuerzas que pudo reunir, golpeó con sus manos formando copa las blancas orejas de su oponente. El Inmaculado emitió un chillido estrangulado y agitó agónicamente su cabeza. Por unos momentos su tensión cedió. Reith se montó a horcajadas sobre el delgado cuerpo, como si cabalgara una anguila blanca. Empezó a golpear la calva cabeza. Arrancó las falsas refulgencias, lanzó la cabeza hacia uno y otro lazo, luego la retorció brutalmente. Se oyó un crujido. La cabeza del Inmaculado colgó flácida en un extraño ángulo; su cuerpo se agitó en unas breves sacudidas, luego quedó

inmóvil.

Reith se puso en pie. Jadeaba y temblaba.

—He sido vindicado —dijo.

—Las acusaciones del subhombre gordo quedan invalidadas —entonó el Excelente—. Eres libre de ellas.

Reith se dio la vuelta.

—¡Alto! —dijo el Excelente, con una entonación gutural en su voz—. ¿Hay alguna otra acusación?

Un Dirdir de la casta de los Élite, con las refulgencias rígidas y lanzando destellos cristalinos, dijo:

—¿Sigue la bestia reclamando *dr'ssa*?

Reith giró en redondo, medio ebrio por la fatiga y las secuelas de la lucha.

—Yo soy un hombre; tú eres la bestia.

—¿Reclamas arbitraje? —preguntó el Excelente—. Si no, vámonos.

Reith sintió que el corazón se le caía a los pies.

—¿Cuáles son las nuevas acusaciones?

El Élite avanzó unos pasos.

—Te acuso de que tú y tus cómplices penetrasteis violentamente en la Reserva de Caza Dirdir y asesinasteis traidoramente a miembros de la Casta Thisz.

—Niego la acusación —dijo Reith con voz ronca. El Élite se volvió hacia el Excelente.

—Solicito que tú arbitres. Solicito que me entregues a esta bestia y a sus secuaces y los señales como presa exclusiva de los Thisz.

—Acepto el arbitraje —dijo el Excelente con voz aflautada. Y a Reith, con un tono nasal y ronco—: Tú penetraste en los Carabas; eso es cierto.

—Entré en los Carabas. Nadie me ordenó no hacerlo.

—La prohibición es del conocimiento general. Asaltaste furtivamente a varios Dirdir; eso es cierto.

—No asalté a nadie que no me hubiera atacado a mí primero. Si los Dirdir quieren actuar como bestias salvajes, entonces deben sufrir las consecuencias.

Un murmullo de sorpresa y admiración, que parecía casi como una aprobación, brotó de la multitud. El Excelente se volvió para mirar a su alrededor. Instantáneamente el sonido murió.

—Es tradición de los Dirdir el cazar. Es tradición de los subhumanos y característica inherente en ellos el servir como presas.

—Yo no soy ningún subhumano —dijo Reith—. Soy un hombre, y en consecuencia no soy la presa de nadie. Si una bestia salvaje me ataca, la mato.

El rostro blanco como el hueso del Excelente no mostró ningún cambio. Pero las refulgencias empezaron a brillar y a ponerse rígidas.

—El veredicto debe adecuarse a la tradición —entonó la criatura—. Declaro al subhombre culpable. Esta farsa ha terminado. Llevadlos a la Caja de Cristal.

—¡Impugno el arbitraje! —exclamó Reith. Avanzó un paso y abofeteó con fuerza al Excelente en un lado de su cabeza. La piel era fría y algo flexible, como las placas de una tortuga; la mano de Reith le picoteó a causa del golpe. Las refulgencias del Excelente se enhiestaron como alambres al rojo; emitió un suave silbido. La multitud se inmovilizó en incrédulo silencio.

El Excelente tendió sus largos brazos hacia delante en un gesto de asir y desgarrar. Lanzó un gorgoteante grito y se dispuso a atacar.

—Un momento —dijo Reith, retrocediendo un paso—. ¿Cuáles son las reglas del combate?

—No hay reglas. Mataré como a mí me plazca.

—¿Y si yo te mato a ti, quedaré vindicado, y mis amigos también?

—Así es.

—Lucharemos con espadas.

—Lucharemos con las manos.

—Muy bien —dijo Reith.

La lucha fue abierta. El Excelente saltó hacia delante, rápido y masivo como un tigre. Reith dio dos rápidos pasos hacia atrás; el Excelente lanzó un golpe. Reith aferró la córnea muñeca y plantó un pie contra su torso; la criatura cayó hacia atrás, desconcertada. Instantáneamente Reith estaba sobre el Dirdir, inmovilizando sus garrudas manos. El Excelente se debatió con violencia; Reith golpeó repetidamente su cabeza contra el pavimento, hasta que oyó el crujir de los huesos y empezó a exudar un icor blanco verdoso.

—¿Qué hay del arbitraje? —jadeó Reith—. ¿Es correcto o erróneo?

El Excelente lanzó un gemido... un extraño sonido parecido a un lamento,

que no expresaba ninguna emoción conocida por la experiencia humana. Reith volvió a golpear la dura cabeza blanca, una y otra vez.

—¿Qué hay del arbitraje? —Golpeó de nuevo la cabeza contra el pavimento.

El Dirdir hizo un gran esfuerzo por derribar a Reith de encima, sin conseguirlo.

—Tú eres el vencedor. Mi arbitraje queda refutado.

—¿Y yo y mis amigos quedamos en libertad, libres de culpa? ¿Podemos proseguir nuestras actividades sin vernos perseguidos?

—Así es.

Reith llamó a Anacho.

—¿Puedo confiar en él?

—Sí —dijo Anacho—; es la tradición. Si quieres un trofeo, arráncale sus refulgencias.

—No quiero ningún trofeo. —Reith se puso en pie, tambaleante.

La multitud contemplaba admirada la escena. Erlus giró sobre sus talones y se alejó apresuradamente. Aila Woudiver retrocedió lentamente hacia su coche negro.

Reith lo señaló con un dedo.

—Woudiver... tus acusaciones eran falsas, y tienes que responder de ellas ante mí.

Woudiver extrajo su pistola de energía; Traz dio un salto, aferró su enorme muñeca. La pistola disparó, quemándole su propia pierna. Lanzó un agónico aullido y cayó al suelo. Anacho recogió la pistola; Reith ató una de las cadenas en torno al cuello de Woudiver y dio un brusco tirón.

—Vamos, Woudiver. —Abrió camino hacia el coche negro por entre los espectadores, que se apartaron apresuradamente.

Woudiver se apelonó en un rincón del coche con un desolado gemido. Anacho puso en marcha el vehículo, y se alejaron de la ovalada plaza.

21

Condujeron hasta el almacén. Los técnicos, en ausencia de Deine Zarre, no se habían presentado al trabajo. El almacén parecía silencioso y abandonado; la nave espacial, que hasta entonces había parecido a punto de cobrar vida, descansaba desolada sobre sus calzos.

Arrastraron a Woudiver al interior, como lo hubieran hecho con un toro remiso, y lo ataron entre dos postes. Woudiver no cesaba de gemir sus protestas.

Reith lo estudió unos instantes. Todavía no podían prescindir de él. Ciertamente, seguía siendo peligroso. En medio de todo su despliegue de protestas, sus ojos observaban a Reith con una dura y atenta mirada.

—Woudiver —dijo Reith—, me has causado un terrible daño.

El adiposo cuerpo de Woudiver se agitó en grandes sollozos; parecía un monstruoso y feo bebé.

—Planeas torturarme y matarme.

—El pensamiento ha pasado por mi mente —admitió Reith—. Pero tengo otros deseos más urgentes. Terminar la nave y volver a la Tierra con la noticia de este planeta infernal me haría incluso olvidar el placer de tu muerte.

—En ese caso —dijo Woudiver, convertido bruscamente de nuevo en un hombre de negocios—, todo sigue como antes. Paga el dinero que me debes, y seguiremos adelante.

La mandíbula de Reith colgó incrédula. Se echó a reír maravillado por la sorprendente ligereza de Woudiver.

Anacho y Traz se mostraban menos divertidos. Anacho clavó un largo palo en su barriga.

—¿Y qué me dices de la noche pasada? —preguntó con voz suave—. ¿Recuerdas tu conducta? ¿Qué tienes que decir de las sondas eléctricas y de las traíllas de mimbre?

—¿Y de Deine Zarre y los dos niños? —añadió Traz. Woudiver miró suplicante a Reith.

—¿Cuál de vuestras voces tiene más peso?

Reith eligió cuidadosamente sus palabras.

—Todos nosotros tenemos motivos de resentimiento. Eres un ingenuo si esperas oír simpatía de nuestras bocas.

—Por supuesto, tiene que sufrir —dijo Traz con los dientes apretados.

—Vivirás —dijo Reith—, pero únicamente para servir a nuestros intereses. No me importa ni un ápice tu vida, a menos que demuestres que eres útil.

Reith captó de nuevo en los ojos de Woudiver un destello frío y astuto.

—Que así sea —dijo Woudiver.

—Quiero que contrates a un reemplazo competente para Deine Zarre. De inmediato.

—Eso es caro, muy caro —dijo Woudiver—. Tuvimos suerte con Zarre.

—La responsabilidad de su ausencia es tuya —dijo Reith.

—Nadie pasa por la vida sin cometer errores —admitió Woudiver—. Éste fue uno de los míos. Pero conozco al hombre que necesitamos. Aunque pedirá mucho dinero, te lo advierto.

—El dinero no es problema —dijo Reith—. Queremos lo mejor. En segundo lugar, quiero llamar a los técnicos para que vuelvan al trabajo. Todo por teléfono, por supuesto.

—Tampoco hay ninguna dificultad en ello —declaró Woudiver alegremente—. El trabajo se reanudará de inmediato.

—Tienes que disponer la entrega inmediata de los materiales y provisiones que necesitamos. Y deberás pagar de tu bolsillo todos los salarios y gastos que se produzcan a partir de ahora.

—¿Qué? —rugió Woudiver.

—Además —dijo Reith—, permanecerás atado entre estos postes. Por tu mantenimiento deberás pagar mil sequins, o mejor dos mil, al día.

—¿Qué? —aulló Woudiver—. ¿Pretendes chantajear y explotar al pobre Woudiver?

—¿Aceptas las condiciones? —dijo impasible Reith—. Si no, pediré a Anacho y Traz que se encarguen de ti, y ya sabes el cariño que te tienen.

Woudiver se irguió en toda su estatura.

—Acepto —dijo con voz firme—. Y ahora, puesto que parece que voy a tener que financiar tus alucinaciones y verme despojado de todo mi dinero, pongámonos inmediatamente al trabajo. El momento en que te vea desaparecer en el espacio será el más feliz de mi vida, te lo aseguro. Suelta esas cadenas para que pueda alcanzar el teléfono.

—Quédate dónde y cómo estás —dijo Reith—. Traeremos el teléfono hasta ti. Y ahora: ¿dónde está tu dinero?

—No puedes hablar en serio —exclamó Woudiver.



JACK VANCE (28 de agosto de 1916 – 26 de mayo del 2009) fue un escritor norteamericano que cultivó la ciencia ficción, la fantasía e incluso la novela de misterio, usando en este último género distintos seudónimos (John Holbrook Vance [11 novelas], Ellery Queen [3 novelas] y uso en una única ocasión los siguientes: Alan Wade, Peter Held, John van See, y Jay Kavanse). Entre sus obras más destacadas se puede mencionar Los Príncipes Demonio y Alastor en el campo de la ciencia ficción, La Tierra moribunda en el de la fantasía y *The Man in the Cage* en el del misterio. Vance ganó el *World Fantasy Award for Life Achievement* (Premio Mundial de fantasía a la trayectoria vital) en 1984. *The Science Fiction and Fantasy Writers of America* le nombraron su 14º Gran Maestro en 1997 y el Salón de la Fama de la Ciencia Ficción le incluyó entre sus miembros en 2001. Entre los premios a obras individuales se incluyen: 3 Premios Hugo (en 1963 por Hombres y Dragones [*The Dragon Masters*], en 1970 por El último castillo [*The Last Castle*] y en 2010 por sus memorias *This is Me, Jack Vance!*), 1 Nebula (de nuevo por El último castillo), 1 Júpiter por Las diecisiete vírgenes y 1 Edgar (el equivalente al Nébulas en la categoría de misterio) por su debut en el género con *The Man in the Cage*.

El estilo de Jack Vance se caracteriza por la riqueza y la viveza de los

mundos por él imaginados. Otras constantes en su bibliografía son los viajes y los barcos (antes de establecerse como escritor profesional fue un competente miembro de la marina mercante; junto con las familias de sus amigos Frank Herbert y Poul Anderson construyeron un yate para navegar por el delta de Sacramento) y la música (era un gran aficionado a la corneta y al ukelele y tocaba la armónica con notable habilidad). Otro aspecto destacado es que, por lo general, en sus novelas hay pocas referencias a guerras y conflictos armados (notables excepciones son *Dragones y hombres* y la serie *Lyonese*). Lo más habitual es que sus protagonistas se vean envueltos en conflictos de baja intensidad con razas alienígenas. Estos conflictos se centran en casi toda su obra de Ciencia Ficción en aspectos políticos, culturales y sociales.

Entre los autores actuales influenciados por Vance cabe destacar a Dan Simmons (cuyas serie *Las crónicas de Hyperion* contiene mucho ecos de la obra de aquél, como reconoce el propio autor en uno de los últimos libros de la serie), Matt Hughes (en varias de sus obras como *Fools Errant* o *The Spiral Labyrinth*) y George R. R. Martin (sobre todo en la serie *Canción de Fuego y Hielo*), por solo mencionar algunos ejemplos. Es que como escribió *The New York Times* Jack Vance «una de las voces más distintivas e infravaloradas de la literatura americana».

Notas

[1] Un dispositivo fotomultiplicador binocular, con un índice de aumento variable hasta 1000/1: uno de los artículos que Reith consiguió salvar de su equipo de supervivencia. <<

[2] Phung: criaturas solitarias nocturnas, indígenas de Tschai. <<

[3] Traducción inexacta de la palabra *tsau'gsh*: más exactamente, un grupo de decididos cazadores que han reclamado el derecho a proseguir una búsqueda o una tarea, a fin de conseguir status y reputación. <<

[4] Gris: Término que designa en general a varios pueblos híbridos de Hombres-Dirdir, Hombres de las Marismas, Hombres-Chasch y otros; generalmente corpulentos y de grandes cabezas, a menudo de complexión gris amarillenta, y ocasionalmente algo albinoides. <<

[5] Literalmente: la ruta de las cabezas de muerto con resplandecientes órbitas púrpura. <<

[6] Las sumas expresadas en sequins lo son en términos de la unidad de valor del sequin, el «blanco». <<

CIENCIA FICCIÓN

Jack Vance

LOS PNUME

Un recorrido por los laberintos de terror
del submundo de un planeta alienígena.



62463T
12-81

se

Los Pnume eran una antigua raza del planeta Tschai que habitaban en las profundidades, en una inmensa red de cavernas con sus esclavos humanos, los Pnumekin. Los Pnume eran los historiadores de Tschai, encargados de recopilar el pasado con una dedicada y erudita atención. Los seres de la superficie nunca veían a los Pnume... si eran afortunados. Adam Reith no fue tan afortunado. Los Pnume habían oído rumores de un extraño hombre, que afirmaba haber llegado del planeta Tierra, y lo deseaban para Eternamente, el museo de la vida de Tschai. El destino de Adam Reith era pues el de convertirse en un espécimen a exhibir en un museo alienígena...

Con esta cuarta y última novela, finaliza Jack Vance su serie épica de Tschai, el Planeta de la Aventura. En ella, la mayor creación literaria de la aventura de ciencia ficción llega hasta su clímax, prendiendo la atención del lector hasta su impactante desenlace.



Jack Vance

Los Pnume

Ciclo de Tschai 4

ePub r1.0

Insaciable 30.07.13

Título original: *The Pnume (Planet of Adventure, IV)*

Jack Vance, 1970

Traducción: Domingo Santos

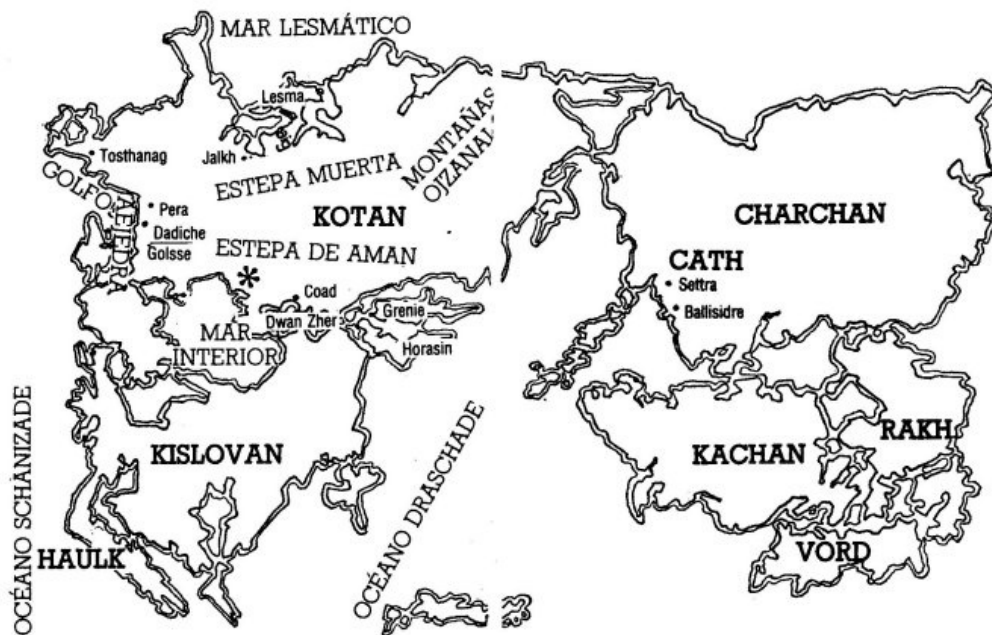
Portada: Antoni Garcés

Retoque de portada: Piolin

Editor digital: Insaciable

ePub base r1.0





T S C H A I

* Lugar donde se estrelló la astronave

1

Aila Woudiver permanecía sentado, perchado en un taburete, en el almacén al borde de las llanuras de sal de Sivilshe. Llevaba una cadena que unía el collar de hierro que rodeaba su cuello a un alto cable; podía caminar de su mesa al pequeño cubículo adosado a la pared donde dormía, arrastrando la cadena tras él.

Aila Woudiver estaba prisionero en sus propios dominios, insulto sobre injuria, lo cual hubiera debido provocar en él espasmos de rechinante furia. Pero permanecía plácidamente sentado sobre el taburete, con sus enormes posaderas colgando blandamente a cada lado como flácidos talegos, exhibiendo una absurda sonrisa de santa paciencia.

Adam Reith vigilaba atentamente junto a la nave espacial que ocupaba la mayor parte del almacén. La abnegación de Woudiver era más inquietante que la furia. Reith esperaba que, cualesquiera que fuesen los planes que estaba maquinando Woudiver, no madurasen demasiado pronto. La nave espacial era ya casi operativa; Reith esperaba poder abandonar el viejo Tschai en más o menos una semana.

Woudiver estaba ocupado tejiendo una labor de encaje, y de tanto en tanto alzaba su trabajo para contemplar el dibujo a trasluz... la esencia misma de la paciente afabilidad. Traz penetró en el almacén y frunció el ceño hacia Woudiver, y resumió en una sola frase la filosofía de sus antepasados, los nómadas Emblema:

—¡Matémoslo ahora mismo; matémoslo y terminemos con esto!

Reith lanzó un gruñido inconcreto.

—Está encadenado por el cuello; no puede hacernos ningún daño.

—Encontrará un medio. ¿Acaso has olvidado sus trucos?

—No puedo matarlo a sangre fría.

Traz lanzó un gruñido de disgusto y salió pisando fuerte del almacén.

Anacho, el Hombre-Dirdir, contempló su marcha y dijo:

—Por una vez estoy de acuerdo con el joven vagabundo de las estepas: ¡mata a esa maldita bestia!

Woudiver, captando la esencia de la conversación, desplegó su más gentil sonrisa. Había perdido peso, observó Reith. Las mejillas antes hinchadas colgaban ahora en flácidos pliegues; el enorme labio superior se abatía sobre el inferior como un pico apuntando a la escasa mandíbula.

—¡Mírale sonreír! —silbó Anacho—. ¡Si pudiera nos haría saltar a golpes de sacudenervios! ¡Mátalo ahora!

Reith emitió otro sonido de moderación.

—Dentro de una semana estaremos lejos de aquí. ¿Qué puede hacernos, encadenado e impotente?

—¡Es Woudiver!

—Aún así, no podemos matarlo como si fuera un animal.

Anacho alzó las manos y siguió a Traz al exterior del almacén. Reith se acercó a la nave y por unos instantes observó el trabajo de los técnicos. Se dedicaban ahora al exquisitamente delicado trabajo de ajustar las bombas del combustible. Reith no podía ofrecerles su ayuda. La tecnología Dirdir, como la psique Dirdir, estaba más allá de su comprensión. Ambas derivaban de certidumbres intuitivas, o al menos así lo sospechaba; había pocas evidencias de finalidad racional en ninguno de los aspectos de la existencia Dirdir.

Largas lanzas de luz amarronada penetraban oblicuamente por las altas ventanas; estaba atardeciendo. Woudiver dejó pensativamente a un lado su labor. Hizo a Reith una amistosa inclinación de cabeza y se dirigió a su pequeño cubículo adosado a la pared, arrastrando tras de sí la cadena con un sonoro ruido metálico.

Los técnicos salieron de la nave junto con Fio Haro, el maestro mecánico. Iban todos a cenar. Reith apoyó la mano sobre el casco, apretando la palma contra el acero, como si no pudiera dar crédito a su realidad. ¡Una semana más, y estaría de regreso a la Tierra! La perspectiva le parecía un sueño; la Tierra se había convertido en un mundo remoto y extraño.

Reith fue a la despensa en busca de un trozo de salchicha negra y se dirigió a la entrada. Carina 4269, bajo en el cielo, bañaba las llanuras de sal con una luz color cerveza, proyectando largas sombras tras cada matorral.

Las dos figuras negras que últimamente aparecían cada día al atardecer no se veían hoy por ninguna parte.

La vista tenía una cierta belleza melancólica. Al norte, la ciudad de Sivishe era un amontonamiento de vieja mampostería teñido de color tostado por la sesgada luz del sol. Al oeste, más allá del paso de Ajzan, se alzaban las espiras de la ciudad Dirdir de Hei, y, dominándolo todo, la Caja de Cristal.

Reith fue al encuentro de Traz y Anacho. Estaban sentados en un banco, arrojando guijarros a un charco: Traz de rasgos toscos, taciturno, recio de huesos y músculos, y Anacho delgado como una anguila, quince centímetros más alto que Reith, pálido de piel, con rasgos largos y severos, tan locuaz como callado era el nómada. Traz desaprobaba las actitudes de Anacho; Anacho consideraba a Traz demasiado directo y poco sofisticado. Ocasionalmente, sin embargo, se ponían de acuerdo... como ahora acerca de la necesidad de destruir a Aila Woudiver.

Reith, por su parte, se sentía más preocupado respecto a los Dirdir. Desde sus espiras casi podían ver a través del portal del almacén lo que se estaba maquinando en su interior. La inactividad Dirdir parecía tan poco natural como la sonrisa de Aila Woudiver, y para Reith significaba una terrible amenaza.

—¿Por qué no hacen algo? —se quejó Reith, dando un mordisco a la salchicha negra—. Tienen que saber que estamos aquí.

—Es imposible predecir la conducta de los Dirdir —respondió Anacho—. Han perdido el interés hacia ti. ¿Qué son los hombres para ellos, sino gusanos? Prefieren atosigar a los Pnume en sus madrigueras. Ya no eres el objeto de un tsau'gsh^[1]: esto al menos es lo que supongo.

Reith no se sentía enteramente tranquilizado.

—¿Y qué hay de los Phung o los Pnume^[2], sean quienes sean, que acuden a vigilarnos? No vienen por aquí por puro placer. —Y les habló de las dos formas negras que acudían al atardecer, figuras macilentas envueltas en capas negras y tocadas son sombreros negros de ancha ala.

—Los Phung siempre van solos; en consecuencia, éstos no son Phung —dijo Traz—. Los Pnume nunca aparecen a la luz del día.

—Y nunca tan cerca de Hei, por miedo a los Dirdir —dijo Anacho—. De modo, pues... que son Pnumekin, o más probablemente Gzhindra^[3].

En su primera aparición, las criaturas permanecieron observando el almacén

hasta que Carina 4269 desapareció tras los acantilados; luego se desvanecieron en la oscuridad. Su interés parecía más que casual; Reith se sintió inquieto por la vigilancia, pero no pudo pensar en ningún remedio contra ella.

El día siguiente se presentó brumoso y calado por una fina llovizna; las llanuras de sal permanecieron vacías. Al otro día el sol brilló de nuevo, y al atardecer las oscuras formas vinieron de nuevo a observar el almacén, llenando otra vez a Reith de inquietud. La vigilancia era presagio de acontecimientos desagradables: eso era un axioma de la existencia en Tschai.

Carina 4269 rozaba casi el horizonte.

—Si han de venir ———dijo Anacho—, éste es el momento.

Reith registró las llanuras de sal con su sondoscopio^[4].

—Ahí fuera no hay nada excepto arbustos y matorrales. Ni siquiera se ve un lagarto.

Traz señaló por encima de su hombro.

—Allí están.

—Hummm —murmuró Reith—. Acabo de mirar en esta dirección. —Elevó la potencia de aumentos del sondoscopio hasta que el batir de su propio pulso hizo que las figuras saltaran y danzaran. Los rostros, completamente a oscuras, no podían distinguirse—. Tienen manos —dijo Reith—. Son Pnumekin.

Anacho tomó el instrumento. Al cabo de un momento dijo:

—Son Gzhindra: Pnumekin expulsados de los túneles. Para comerciar con los Pnume uno tiene que tratar con los Gzhindra; los Pnume nunca negocian directamente.

—¿Por qué vienen hasta aquí? No queremos tratos con los Pnume.

—Pero ellos sí quieren tratos con nosotros, o al menos así parece.

—Quizá estén esperando a que aparezca Woudiver —sugirió Traz.

—¿Al anochecer, y solamente al anochecer?

De pronto a Traz se le ocurrió algo. Se alejó del almacén hasta un poco más allá de la antigua oficina de Woudiver, una excéntrica construcción de ladrillos rotos y pedernal, y volvió la vista hacia el almacén. Caminó un centenar de metros más, saliendo a las llanuras de sal, y miró atrás de nuevo. Hizo un gesto a Reith y Anacho, que acudieron a su encuentro.

—Observad el almacén —dijo Traz—. Ahora podréis ver quién trata con los Gzhindra.

Por entre los negros maderos se divisaba el destellar de un reflejo dorado, que se agitaba y parpadeaba.

—Tras esta luz está la habitación de Aila Woudiver —dijo Traz.

—¡El gordo cerdo amarillo está haciendo señales! —declaró Anacho con un jadeante susurro.

Reith inspiró profundamente y controló su furia: era una estupidez pensar cualquier otra cosa de Woudiver, que vivía en la intriga del mismo modo que un pez vive en el agua. Con voz controlada, dijo a Anacho:

—¿Puedes leer las señales?

—Sí; es el código típico de emisión y pausa. « ...compensación... adecuada... por vuestros... servicios... pronto... será... el momento... » —la parpadeante luz desapareció—. Eso es todo.

—Nos ha visto por la rendija —murmuró Reith.

—O ya no dispone de más luz —dijo Traz, observando que Carina 4269 había desaparecido tras las empalizadas. Reith miró a través de las llanuras de sal y vio que los Gzhindra se habían ido tan misteriosamente como habían venido.

—Será mejor que hablemos con Woudiver —dijo Reith.

—Dirá cualquier cosa menos la verdad —dijo Anacho.

—Eso espero —dijo Reith—. Pero puede que nos informe a través de lo que no nos diga.

Penetraron en el almacén. Woudiver, atareado de nuevo con su labor de encaje, dirigió a los tres hombres la más afable de sus sonrisas.

—Ya debe ser hora de cenar.

—No para ti —dijo Reith.

—¿Qué? —exclamó Woudiver—. ¿No hay comida? Oh, vamos; no llevemos demasiado lejos nuestro pequeño juego.

—¿Por qué estabas haciéndoles señales a los Gzhindra?

Excepto un ligero alzarse de sus cejas carentes de pelo, Woudiver no evidenció ni sorpresa ni culpabilidad.

—Un asunto de negocios. Ocasionalmente hago tratos con la subgente.

—¿Qué tipo de tratos?

—Oh, esto y aquello, cosas. Esta noche he pedido disculpas por no haber podido servir un pedido. Estáis destruyendo mi buena reputación.

—¿Qué pedido dejaste de servir?

—Oh, vamos —se burló Woudiver—. Permittedme que siga conservando mis pequeños secretos.

—No te permito nada —dijo Reith—. Soy muy consciente de que estás maquinando algo.

—¡Bah! ¡Tonterías! ¿Cómo puedo maquinar nada atado a una cadena? Te aseguro que considero esta situación muy poco digna para mi persona.

—Si algo va mal —dijo Reith—, vas a verte alzado dos metros del suelo colgado del extremo de esta misma cadena. Entonces podrás seguir hablando de dignidad.

Woudiver hizo un gesto de burlón disgusto y miró hacia el otro lado del almacén.

—Parece que se han hecho excelentes progresos.

—No gracias a ti.

—¡Oh! ¡Minimizas mi ayuda! ¿Quién proporcionó el casco, con grandes penalidades y poco provecho? ¿Quién lo arregló y organizó todo, quién proveyó sus valiosos consejos?

—El mismo hombre que tomó nuestro dinero y nos traicionó en la Caja de Cristal —dijo Reith. Fue a sentarse al otro lado de la estancia. Traz y Anacho se le unieron. Los tres observaron a Woudiver, hosco ahora ante la ausencia de su cena.

—Deberíamos matarle —dijo Traz llanamente—. Está planeando algo perjudicial para todos nosotros.

—No lo dudo —dijo Reith—. ¿Pero por qué tendría que tratar con los Pnume? Parece que los Dirdir son la parte más implicada. Saben que soy un terrestre; pueden saber o no saber lo de la espacionave.

—Si lo saben, no les importa —dijo Anacho—. No sienten el menor interés hacia los demás. Los Pnume son otro asunto. Quieren saberlo todo, y se sienten extremadamente curiosos respecto a los Dirdir. Los Dirdir, a su vez, descubren los túneles de los Pnume y los inundan con gases.

—¡Habéis olvidado mi cena! —dijo Woudiver en voz alta.

—No he olvidado nada —dijo Reith.

—Bien, entonces tráeme mi comida. Esta noche quiero una ensalada de raíces blancas, un guiso de lentejas, carne de gargán con girándula, una bandeja

de buen queso negro, y mi vino habitual.

Traz lanzó un ladrido de burlona risa. Reith preguntó:

—¿Por qué deberíamos llenar tu barriga cuando tú complotas contra nosotros? Pide tu cena a los Gzhindra.

El rostro de Woudiver pareció colgar flácido; dio una palmada con ambas manos contra sus rodillas.

—¡Así que ahora torturáis al pobre Aila Woudiver, cuyo único pecado ha sido ser constante en su fe! ¡Qué miserable destino vivir y sufrir en este terrible planeta!

Reith se volvió, disgustado. Woudiver, nacido medio Hombre-Dirdir, sostenía enérgicamente la Doctrina del Doble Génesis, que atribuía el origen de los Dirdir y los Hombres-Dirdir a dos células gemelas de un Huevo Primigenio en el planeta Sibol. Desde este punto de vista Reith aparecía como un iconoclasta irresponsable, que debía ser anulado a toda costa.

Por otra parte, los crímenes de Woudiver no podían imputarse totalmente al ardor doctrinal. Reith recordó algunos ejemplos de su lascivia y desenfreno, y las punzadas de compasión y remordimiento desaparecieron.

Durante otros cinco minutos Woudiver gruñó y se quejó, y luego se quedó repentinamente inmóvil. Por un período de tiempo permaneció observando a Reith y sus compañeros. Finalmente se decidió a hablar, y Reith creyó detectar un cierto regocijo en su voz.

—Tu proyecto se acerca a buen término... gracias a Aila Woudiver, su nave, y su escasa provisión de sequins, injustamente secuestrada.

—Admito que el proyecto se está acercando a buen término —dijo Reith.

—¿Cuándo tienes intención de marcharte de Tschai?

—Tan pronto como sea posible.

—¡Magnífico! —declaró Woudiver con untuoso fervor. Reith tuvo la impresión de que sus ojos chispeaban divertidos—. Eres un hombre realmente notable. —La voz de Woudiver adquirió una repentina resonancia, como si no pudiera seguir conteniendo su secreta alegría—. ¡Sin embargo, en ciertas ocasiones es mejor ser modesto y vulgar! ¿Qué piensas de ello?

—No sé de qué estás hablando.

—Cierto —dijo Woudiver—. Eso es correcto.

—Puesto que estás dispuesto a hablar —dijo Reith—, ¿por qué no me

cuentas algo de los Gzhindra?

—¿Qué hay que contar? Son criaturas tristes, condenadas a vagar por la superficie, aunque siguen temiendo el aire libre. ¿Te has preguntado alguna vez por qué Pnume, Pnumekin, Phung y Gzhindra llevan todos sombreros de ala muy ancha?

—Supongo que es su costumbre vestir así.

—Cierto. Pero la razón profunda es: el ala de sus sombreros oculta el cielo.

—¿Y qué es lo que impele a esos Gzhindra en particular a salir a ese cielo abierto que tanto les oprime?

—Como todos los hombres —dijo Woudiver con una cierta pomposidad—, esperan, anhelan.

—¿Qué, exactamente?

—En su sentido último —dijo Woudiver— lo ignoro, por supuesto; todos los hombres son misterio. ¡Incluso tú me dejas perplejo, Adam Reith! Me tratas con una caprichosa crueldad; viertes mi dinero en un proyecto alocado; ignoras todas mis protestas, todas mis súplicas de moderación. ¿Por qué? Eso es lo que me pregunto a mí mismo: ¿por qué? ¿Por qué? Si todo esto no fuera tan absurdo, creería realmente que eres un hombre de otro planeta.

—Sigues sin decirme qué es lo que desean los Gzhindra —dijo Reith.

Con una enorme dignidad, Woudiver se puso en pie; la cadena de su collar de hierro osciló y tintineó.

—Sería mejor que te informaras de este asunto con los propios Gzhindra.

Fue hasta su mesa y, tras una última y críptica mirada hacia Reith, se sumió de nuevo en su labor de encaje.

2

Reith se retorció y temblaba en medio de una pesadilla. Soñaba que se hallaba tendido en su habitual camastro en la antigua oficina de Woudiver. La habitación estaba inundada por un curioso resplandor amarillo verdoso. Woudiver estaba de pie al otro lado de la estancia, charlando con un par de hombres inmóviles envueltos en capas negras y tocados con sombreros negros de ancha ala. Reith se esforzaba por moverse, pero sus músculos seguían flácidos. La luz amarillo verdosa se intensificaba y descendía; Woudiver permanecía como congelado en medio de una irreal incandescencia azul plateada. La típica pesadilla de impotencia y futilidad, pensó Reith. Hizo desesperados esfuerzos por despertar, pero lo único que consiguió fue empezar a sudar. El sudor era pegajoso.

Woudiver y los Gzhindra le miraron desde sus posiciones superiores. Sorprendentemente, Woudiver llevaba su collar de hierro, pero la cadena había sido rota o cortada o fundida a unos treinta centímetros de su cuello. Parecía complacido de sí mismo y en absoluto preocupado: el Woudiver de antes. Los Gzhindra no mostraban más expresión que una atención tensa. Sus rasgos eran largos, estrechos y muy regulares; su piel, de un color marfil pálido, resplandecía con el lustre de la seda. Uno de ellos llevaba al brazo una tela doblada; el otro permanecía de pie con las manos a la espalda.

Repentinamente, Woudiver pareció hacerse enorme por encima de él. Exclamó con voz fuerte:

—Adam Reith, Adam Reith, ¿dónde está tu hogar?

Reith se debatió contra su impotencia. Un extraño y desolado sueño, uno que recordaría durante mucho tiempo.

—Es el planeta Tierra —graznó—. El planeta Tierra.

El rostro de Woudiver se expandía y contraía.

—¿Hay otros terrestres en Tschai?

—Sí.

Los Gzhindra se inclinaron hacia delante; Woudiver tronó con una voz que parecía el sonido de un cuerno:

—¿Dónde? ¿Dónde están los terrestres?

—Todos los hombres son terrestres.

Woudiver se echó hacia atrás, con la boca muy abierta en saturnino disgusto.

—Tú naciste en el planeta Tierra.

—Sí.

Woudiver pareció flotar hacia atrás, triunfante. Hizo un amplio gesto hacia los Gzhindra.

—¡Una rareza, un ejemplar único!

—Nos lo llevaremos. —Los Gzhindra desplegaron la tela, que Reith, con impotente horror, vio que era un saco. Sin ninguna ceremonia, los Gzhindra metieron el saco por sus piernas, tiraron hacia arriba hasta que sólo asomó su cabeza. Luego, con una sorprendente facilidad, uno de los Gzhindra se echó el saco al hombro, mientras el otro arrojaba una bolsa a Woudiver.

El sueño empezó a desvanecerse; la luz amarillo verdosa se volvió incierta y llena de manchas. La puerta se abrió bruscamente, para revelar a Traz. Woudiver saltó hacia atrás, horrorizado; Traz alzó su catapulta y la disparó al rostro de Woudiver. Un sorprendente borbotón de sangre verdosa arrojó por todas partes gotitas que resplandecieron amarillentas... El sueño se hizo más impreciso; Reith durmió.

Reith despertó en un estado de extrema incomodidad. Sentía las piernas agarrotadas; un horrible olor como a arsénico parecía llenar toda su cabeza. Sintió presión y movimiento; tanteó, y descubrió áspera tela. Una deprimente realización lo invadió; el sueño era real; se hallaba verdaderamente metido en un saco. ¡Ah, los recursos de Woudiver! Reith se sintió asaltado por debilitantes emociones. Woudiver había negociado con los Gzhindra; había arreglado las cosas de modo que Reith fuera drogado, probablemente mediante un gas narcótico. Los Gzhindra estaban llevándolo ahora hacia un lugar desconocido, con propósitos también desconocidos.

Durante un período de tiempo Reith se agitó en el saco, sintiéndose torpe y mareado. ¡Woudiver, incluso encadenado por el cuello, había conseguido jugársela! Reith reunió los últimos fragmentos de su sueño. Había visto a

Woudiver con el rostro hendido, chorreando sangre verde. Woudiver había pagado por su traición.

A Reith le resultaba difícil pensar. El saco se agitaba, sentía un rítmico golpeteo: aparentemente, el saco estaba siendo transportado suspendido de una pértiga. Por una afortunada casualidad llevaba puestas todas sus ropas; la noche antes se había dejado caer en su camastro completamente vestido. ¿Era posible que todavía llevara su cuchillo? Su bolsa había desaparecido; el bolsillo de su chaqueta parecía vacío, y no se atrevía a moverse por temor a señalar a los Gzhindra el hecho de que estaba consciente.

Apretó su rostro contra la tela del saco con la esperanza de ver a través de la basta tela, sin éxito. Todavía era de noche; recorrían un terreno accidentado.

Transcurrió un tiempo imposible de calcular, en el que Reith se sintió tan impotente como un feto en su seno. ¡Cuántos extraños acontecimientos habían visto las noches del viejo Tschai! Y ahora otra, con él como participante. Se sintió avergonzado y humillado; se estremeció, rabioso. Si podía echarles mano a sus captores, ¡se iba a tomar una buena venganza!

Los Gzhindra se detuvieron, y por un momento permanecieron completamente inmóviles. Luego el saco fue depositado en el suelo. Reith escuchó pero no oyó voces, ni susurros, ni ruido de pasos. Parecía como si estuviese solo. Llevó las manos a su bolsillo, esperando encontrar un cuchillo, una herramienta, algo cortante. No halló nada. Tanteó la tela con sus uñas: era burda y áspera, y resistente también.

Un sexto sentido le dijo que los Gzhindra habían vuelto. Se inmovilizó. Los Gzhindra estaban cerca, y creyó oír susurros.

El saco se movió; fue alzado y transportado. Reith empezó a sudar. Iba a ocurrir algo.

El saco osciló. Colgaba de una cuerda. Tuvo la sensación de descender; abajo, abajo, abajo, no pudo estimar cuánto trecho. Se detuvo con una sacudida y se quedó oscilando hacia delante y hacia atrás. Desde muy arriba llegó la reverberación de un gong: un sonido grave y melancólico.

Reith pateó y empujó. Se sintió frenético, víctima de un espasmo claustrofóbico. Jadeaba y sudaba y apenas podía mantener la respiración; así era como se sentía uno al volverse loco. Sollozando y jadeando, intentó controlarse. Rebuscó en su chaqueta, sin resultado: nada metálico, nada afilado. Intentó

concentrarse, se obligó a pensar. El gong era una señal; alguien o algo había sido llamado. Tanteó todo el saco, esperando hallar alguna abertura, por pequeña que fuese. Ningún éxito. ¡Necesitaba metal, algo afilado, una hoja, una punta! Se pasó revista de la cabeza a los pies. ¡Su cinturón! Lo soltó, con enorme dificultad, y utilizó el pasador de la hebilla para agujerear la tela. Forcejeando, consiguió hacer un pequeño desgarrón; empujando y tirando, amplió la abertura y finalmente consiguió pasar por ella su cabeza y hombros. ¡Nunca en su vida había conocido tal exaltación! ¡Aunque muriera al cabo de un momento, al menos había vencido al saco!

Concebiblemente, podría conseguir otras victorias. Miró a su alrededor, a una vasta caverna débilmente iluminada por unos pocos botones de luz blancoazulada. El suelo casi rozaba el fondo del saco; Reith recordó el descenso y la sacudida final con un estremecimiento. Se deslizó fuera del saco y se quedó de pie, temblando de tensión y fatiga. Escuchó el muerto silencio subterráneo, y creyó oír un lejano sonido. Algo, alguien, estaba agitándose.

Sobre su cabeza la caverna se alzaba formando una chimenea, de cuya oscuridad brotaba la cuerda. En algún lugar allá arriba debía haber una abertura al mundo exterior, pero ¿cuán lejos? Había permanecido colgando en el saco un intervalo de diez o doce segundos, lo cual, haciendo un cálculo aproximado, daba una cifra de bastante más de treinta metros.

Reith miró a la caverna y escuchó. Alguien debía estar acudiendo en respuesta al gong. Miró cuerda arriba. Al otro extremo estaba el mundo exterior. Sujetó la cuerda, empezó a trepar. Ascendió hacia la oscuridad, aferrándose: arriba, arriba, arriba. El saco y la caverna pasaron a formar parte de un mundo perdido; se vio envuelto en oscuridad.

Le ardían las manos; sus hombros empezaban a pulsarle, ardientes y débiles; entonces alcanzó el extremo superior de la cuerda. Tanteando, descubrió que pasaban por una rendija en una plancha de metal, que descansaba sobre un par de gruesas viguetas metálicas. La plancha parecía una especie de trampilla, que evidentemente no podía ser abierta mientras su peso colgara de la cuerda... Sus fuerzas empezaban a fallarle. Rodeó sus piernas con la cuerda y alzó un brazo. A un lado notó una especie de plataforma metálica; era el soporte transversal de las vigas que sostenían la trampilla, de una treintena de centímetros de anchura o quizá más. Descansó unos instantes —el tiempo apremiaba—, luego adelantó

una pierna, intentando situarse sobre la plataforma. Por un alucinante momento tuvo la impresión de que caía. Se tensó desesperadamente, se arrastró con el corazón latiendo a toda velocidad hasta situarse sobre el soporte de las vigas. Se inmovilizó allí, jadeante, sintiéndose enfermo y miserable.

Pasó un minuto, apenas el tiempo suficiente para que la cuerda se inmovilizara de nuevo. Allá abajo se acercaban cuatro oscilantes luces. Reith se afirmó en la estrecha plataforma a intentó alzar la placa metálica. Era sólida y pesada; alzarla era tanto como querer alzar una montaña. ¡Inténtalo de nuevo! Empujó con todas sus fuerzas, sin el menor efecto. Las luces estaban ahora inmediatamente debajo, sostenidas por cuatro formas oscuras. Reith se apretó contra la sección vertical de la viga.

Las cuatro figuras de abajo se movían en medio de un silencio fantasmal, como criaturas submarinas. Examinaron el saco y lo encontraron vacío. Reith pudo oír murmullos y susurros. Miraron a su alrededor, mientras las luces temblaban y parpadeaban. En alguna especie de impulso simultáneo, miraron hacia arriba. Reith se apretó aún más contra el metal y ocultó la mancha pálida de su rostro. El resplandor de las luces pasó más allá de él, se detuvo en la trampilla, que entonces vio que estaba asegurada por cuatro pasadores controlados desde arriba. Las luces se alejaron de él, registrando los lados del pozo. Luego, la gente de allá abajo se puso a discutir entre sí, perpleja. Tras una inspección final de la caverna y un último barrido de luz hacia arriba, desandaron camino, agitando sus luces a uno y otro lado.

Reith siguió agazapado allá arriba en la oscuridad, preguntándose si no estaría aún soñando. Pero las tristes y desoladas circunstancias que le rodeaban eran completamente reales. Estaba atrapado. No podía alzar la puerta que tenía sobre su cabeza; era posible que no volviera a abrirse en semanas. Resultaba impensable seguir agazapado allí, como un murciélago, aguardando. Para bien o para mal, Reith tenía que reconsiderar su situación.

Miró hacia abajo; las luces, débiles, agitándose como fuegos fatuos, estaban ya lejos. Se deslizó hacia abajo por la cuerda y partió en su persecución, corriendo con largos y elásticos pasos. Un solo pensamiento ocupaba su mente, una desesperada esperanza antes que un plan: aislar a una de las figuras oscuras y, de alguna forma, obligarle a que le condujera a la superficie. Sobre su cabeza ardía el primero de los débiles botones azules, arrojando una ligera luminosidad

parecida a la luz de una luna, pero suficiente para mostrar el camino que serpenteaba entre las prominencias rocosas que surgían alternativamente de ambos lados.

No tardó en divisar de nuevo a las cuatro formas que avanzaban lentamente, investigando los pasadizos a ambos lados de una forma vacilante, perpleja. Reith empezó a sentir una loca exultación, como si estuviera ya muerto y en consecuencia fuera invulnerable. Pensó en recoger una piedra y arrojársela a las oscuras figuras... ¡Histeria! Instantáneamente, aquel pensamiento lo serenó. Si quería sobrevivir, tenía que dominarse.

Las cuatro formas avanzaban con una intranquila deliberación, susurrando y murmurando entre ellas. Saltando de una bolsa de sombras a otra, Reith se les acercó tanto como creyó prudente, preparado para el caso de que uno de ellos se distanciara de los demás. Excepto un breve atisbo en las mazmorras de Pera, nunca había visto a un Pnume. Ésos, por lo que Reith podía ver de sus posturas y forma de andar, parecían humanos.

El pasadizo se abrió a una caverna de paredes casi intencionadamente mal desbastadas... o quizá aquella tosquedad ocultaba una delicadeza más allá de la comprensión de Reith, como en el caso de un saliente de cuarzo que asomaba a un lado mostrando un resplandor de cristales de pirita.

El lugar parecía un cruce, un nudo de comunicaciones, un punto importante del que partían otros tres corredores. Una zona en el centro había sido pavimentada con pulidas losas de piedra; una luz un poco más intensa que la de la caverna brotaba de una serie de gránulos en las rocas sobre sus cabezas.

Un quinto individuo estaba de pie, inmóvil, a un lado; como los demás, llevaba una capa negra y un sombrero negro de ala ancha. Reith, pegándose al suelo como una cucaracha, se deslizó hacia una bolsa de profunda oscuridad cerca de la cámara. El quinto individuo era también un Pnumekin; Reith pudo ver su largo rostro, blanco, frío e impasible. Por un momento pareció no reparar en los otros cuatro y éstos a su vez no parecieron verle, un curioso ritual de indiferencia mutua que despertó el interés de Reith. Gradualmente, los cinco fueron juntándose, sin que ninguno de ellos pareciera mirar directamente a los otros.

Luego se produjo un susurrar de casi inaudibles voces. Reith tendió el oído. Hablaban la lengua universal de Tschai; eso al menos fue lo que pudo captar por

las entonaciones. Los cuatro informaron de las circunstancias de su descubrimiento del saco vacío; el quinto, un oficial o monitor, apenas mostró decepción o inquietud. Al parecer, la contención, la indiferencia aparente, eran aspectos clave de la existencia subterránea de Tschai.

Cruzaron la cámara en dirección a la caverna cercana a Reith, que se apretó contra la pared. El grupo se detuvo a no más de tres metros, y ahora Reith pudo oír la conversación.

Uno de ellos habló con una voz cuidadosamente átona:

—...entrega. No sabemos nada de eso; no encontramos nada.

—El pasadizo estaba vacío —dijo otro—. Si la malversación se produjo antes de que fuera bajado el saco, hubiera habido alguna explicación.

—Imprecisión —dijo el monitor—. Entonces el saco no hubiera sido bajado.

—La imprecisión existe en cualquier caso. El pasadizo estaba limpio y vacío.

—Tiene que estar todavía allí —dijo el monitor del túnel—. No puede haber ido a ninguna otra parte.

—A menos que conozca algún acceso secreto al pasadizo.

El monitor se envaró, los brazos pegados a sus costados.

—Desconozco la existencia de un tal acceso. La explicación es remotamente concebible. Hay que efectuar una nueva búsqueda absolutamente a fondo; yo por mi parte indagaré acerca de la posibilidad de ese acceso secreto.

Los cuidadores del pasadizo se alejaron lentamente por la caverna, con sus luces oscilando arriba y abajo, hacia delante y hacia atrás. El monitor se quedó observando su marcha. Reith se tensó: aquel momento era crítico. Si se volvía hacia un lado, el monitor no dejaría de ver a Reith, ahora a menos de dos metros de distancia. Si se volvía hacia el otro lado, Reith estaría temporalmente seguro... Estudió las posibilidades de un ataque. Pero los otros cuatro aún estaban cerca; un grito, un sonido, cualquier indicación de lucha, atraería su atención. Reith se contuvo.

El monitor se volvió hacia el lado contrario a Reith. Caminando suavemente, cruzó la cámara y entró en uno de los pasadizos laterales. Reith le siguió, caminando de puntillas. Observó el pasadizo. Cada una de las paredes era una cornisa de piroxilita. Sorprendentes cristales emergían de ambos lados, algunos de treinta centímetros de diámetro, facetados como brillantes: marrón rojizo, marrón oscuro, verde oscuro. Habían sido expertamente limpiados y pulidos a

fin de sacar el mayor partido de ellos: se había dedicado mucho esfuerzo a aquel corredor. Los cristales ofrecían adecuados escondites; Reith siguió silenciosamente al deslizante Pnumekin, confiando en cogerlo desprevenido y amenazar su vida: un plan primitivo y desesperado, pero Reith no podía pensar en nada mejor... El Pnumekin se detuvo, y Reith saltó nerviosamente tras un resalte de resplandecientes cristales oliváceos. El Pnumekin, tras mirar hacia uno y otro lado, se dirigió a la pared, tiró de un pequeño cristal, empujó otro. Un segmento de la pared se deslizó hacia un lado. El Pnumekin cruzó la abertura; el portal se cerró. El pasadizo estaba ahora vacío. Reith se maldijo. ¿Por qué habla dudado? Cuando el Pnumekin se detuvo era el momento de saltar sobre él.

Miró hacia arriba y hacia abajo. No se veía a nadie en el corredor. Avanzó a paso rápido y, al cabo de un centenar de metros, llegó bruscamente al borde de un gran pozo. Muy abajo resplandecían débiles luces amarillas y se apreciaba movimiento de enormes objetos que Reith no pudo identificar.

Reith volvió junto a la puerta por la que había desaparecido el Pnumekin. Se detuvo, elaborando mentalmente alocados planes. Para alguien tan desesperado como él cualquier línea de acción era arriesgada, pero el camino seguro al desastre era la inacción. Reith se puso a trabajar en la roca, tal como había visto hacerlo al Pnumekin. La puerta se deslizó hacia un lado. Reith dio un paso atrás, preparado para enfrentarse a cualquier cosa. Ante él se abrió una cámara de unos diez metros de diámetro: una sala de conferencias, o al menos eso dedujo Reith por la redonda mesa central, los bancos, las estanterías y los pequeños cubículos.

Cruzó la abertura, y la puerta se cerró a sus espaldas. Miró a su alrededor. El techo estaba salpicado de granos de luz; las paredes habían sido meticulosamente picadas para formar un granulado que resaltara la estructura cristalina de la roca. A la derecha se abrió un corredor en arco, recubierto por una sustancia blanca; a la izquierda había una serie de cubículos, estanterías, como un armario.

Del corredor llegaba un sordo golpetear rítmico, un sonido que transmitía un mensaje de urgencia. Reith, tan tenso como un ladrón, miró a su alrededor, presa del pánico, en busca de un lugar donde ocultarse. Corrió hacia el armario, abrió la puerta, echó a un lado las capas negras colgadas de perchas y se metió dentro. Las capas y los sombreros negros colgados detrás desprendían un olor a moho. Reith sufrió una arcada. Se contuvo, se echó hacia atrás y cerró la puerta casi

completamente. Acercando un ojo a la rendija, miró a la estancia.

El tiempo pareció inmovilizarse. Reith notó que su estómago empezaba a contraerse por la tensión. El monitor Pnumekin regresó a la estancia, donde se detuvo como sumido en profundos pensamientos. El extraño sombrero de ala ancha arrojaba su sombra sobre sus austeros rasgos, que, notó Reith, eran casi clásicamente regulares. Reith pensó en los demás hombres compuestos de Tschai, —todos ellos más o menos mutados en la misma dirección que su raza anfitriona—: las siniestras irracionalidades de los Hombres-Dirdir; los estúpidos y embrutecidos Hombres-Chasch; los venales y supercivilizados Hombres-Wannek. La humanidad esencial de todos ellos, excepto quizá el caso de los Hombres-Dirdir Inmaculados, permanecía intacta. Los Pnumekin, por su parte, no parecían haber sufrido ninguna evolución física perceptible, pero sus psiques se habían alterado; parecían tan remotos como espectros.

La criatura de la estancia —Reith no podía pensar en él como en un hombre — permanecía inmóvil sin la menor expresión en sus rasgos, y lo suficientemente lejos como para que cualquier intento de atacarle desde el armario fuera una locura.

Reith empezó a sentir calambres. Cambió de postura y produjo un pequeño ruido. Sintiendo sudores fríos, apretó su ojo contra la rendija. El Pnumekin parecía seguir absorto en sus pensamientos. Reith deseó que se moviera, que se acercara un poco, sólo un poco... Un pensamiento lo inquietó: ¿y si la criatura no respondía como él esperaba a la amenaza contra su vida? Quizá careciera de la facultad de sentir miedo... La puerta se abrió de pronto; otro Pnumekin entró en la estancia: uno de los cuidadores del pasadizo. Los dos miraron cada uno por su lado, ignorándose mutuamente. El recién llegado habló con voz suave, como si musitara en voz alta algo para sí mismo:

—Es imposible encontrar la entrega. El pasadizo y el pozo han sido registrados a fondo.

El monitor del túnel no respondió. Siguió un silencio de una cualidad casi irreal.

El cuidador del pasadizo habló de nuevo:

—No puede habérsenos escapado aquí. La entrega no ha sido efectuada, o de otro modo ha escapado por algún acceso desconocido por nosotros. Ésas son las posibilidades alternativas.

—La información queda registrada —dijo el monitor—. Habrá que instalar un control de tránsito en el Nivel Ziad, en Zud-Dan-Ziad, en el Nódulo Ferstan Seis, y en el Nódulo Lul-lil y la Estación Posteridad.

—Así se hará.

Un Pnume penetró en la cámara, utilizando una abertura más allá del ángulo de visión de Reith. Los Pnumekin no le prestaron atención, ni siquiera una mirada de reojo. Reith estudió a la criatura extrañamente articulada: era el primer Pnume que veía detalladamente, más allá del breve atisbo en las mazmorras de Pera. Tenía aproximadamente la estatura de un hombre, y debajo de su voluminosa capa negra parecía delgado, incluso frágil. Un sombrero negro ocultaba sus órbitas; su rostro, con la forma y el color de un cráneo equino, carecía de expresión; bajo su borde inferior un complicado juego de mecanismos roedores y masticadores rodeaban una boca casi invisible. La articulación de las piernas de la criatura trabajaba a la inversa que la de los humanos: se movía hacia delante, con el movimiento de un hombre caminando de espaldas. Sus estrechos pies iban descalzos y estaban moteados de negro y rojo oscuro; tres gruesos dedos curvados hacia abajo golpeaban el suelo del mismo modo que un hombre nervioso tablearía el sobre de una mesa con los dedos de la mano.

El Pnumekin monitor del túnel dijo suavemente, como dirigiéndose al aire:

—Una situación anormal, cuando una entrega no es más que un saco vacío. El pasadizo y el pozo han sido registrados a conciencia; el objeto no ha sido entregado, o bien ha conseguido escapar utilizando un acceso secreto de Calidad Siete o superior.

Silencio. El Pnume, con una voz apagada y ronca, pronunció unas pocas palabras:

—No puede verificarse una comprobación de la entrega. La posibilidad de un acceso clasificado existe, por encima de la Calidad Diez, y más allá del alcance de mis secretos^[5]. Podemos solicitar información del Guardián de la Sección^[6].

La voz del monitor del túnel sonó con tonos de tentativa indagación:

—Entonces, ¿es cierto que la entrega posee un interés particular?

Los dedos del Pnume tablearon el suelo con la delicadeza de los dedos de un pianista.

—Es para Posteridad: una criatura del planeta de los hombres

contemporáneo. Se ha tomado la decisión de capturarlo.

Reith, acurrucado en el armario, se preguntó por qué la decisión habría sido demorada tanto tiempo. Buscó una posición más cómoda, apretando los dientes contra la posibilidad de algún ruido. Cuando acercó de nuevo el ojo a la rendija el Pnume se había marchado. El monitor y el cuidador del pasadizo permanecían inmóviles, como prescindiendo cada uno de la presencia del otro.

Pasó el tiempo, Reith no pudo precisar cuánto. Sus músculos pulsaban y protestaban, y ahora temía cambiar de posición. Inspiró profundamente y se resignó a la paciencia.

De tanto en tanto los Pnumekin hablaban en murmullos, mirando cada vez hacia otro lado, como si estuvieran hablándole al aire. Reith captó una o dos frases: «...no se sabe nada de la situación del planeta del hombre...» « ... bárbaros, habitantes de la superficie, locos como los Gzhindra...» «...un espécimen valioso, invisible...»

El Pnume reapareció, seguido por otro: una criatura alta y demacrada, que caminaba con el paso furtivo de un zorro. Llevaba una caja rectangular, que colocó con una delicada precisión sobre un banco a un metro de distancia de Reith; luego pareció sumirse en sus pensamientos. Transcurrieron unos instantes. El cuidador del pasadizo de inferior status fue el primero en hablar.

—Cuando el gong indica una entrega, el saco es normalmente pesado. Un saco vacío es causa de perplejidad. Evidentemente la entrega no se hizo, o el artículo entregado conocía algún acceso secreto, por encima de la Calidad Diez.

El Guardián se volvió hacia un lado y, extendiendo su gran capa, tocó los cierres de la caja de cuero. Los dos Pnumekin y el primer Pnume se interesaron en los cristales de la pared.

El Guardián abrió la caja y extrajo un portafolios de blando cuero azul. Lo abrió con reverente cuidado, volvió páginas, estudió una maraña de líneas coloreadas. Luego cerró el portafolios, volvió a colocarlo en la caja. Tras un momento de meditación, habló con voz tan suave que Reith tuvo dificultades en comprenderle.

—Existe un antiguo acceso de Calidad Catorce. Recorre novecientos metros hacia el norte, desciende, y penetra en el Jha Nu.

Los Pnumekin guardaron silencio. El primer Pnume dijo:

—Si el objeto de la entrega ha alcanzado el Jha Nu, puede atravesar el

balcón, descender por el Oma-Cinco hasta el Gran Lateral Superior. Luego puede desviarse hacia la Subida Azul, o incluso al Mirador de Zhu, y alcanzar así el *ghaun* ^[7].

—Todo esto solamente si conoce los secretos —dijo el Guardián—. Si suponemos que ha utilizado un acceso de Calidad Catorce, entonces podemos suponer lo demás. La forma en que nuestros secretos han sido divulgados, si ése es el caso, no está clara.

—Desconcertante —murmuró el cuidador del pasadizo.

—Si un *ghian* ^[8] conoce los secretos de Calidad Catorce —dijo el monitor—, ¿cómo pueden estos secretos estar a salvo de los Dirdir?

Los dedos de los pies de ambos Pnume tabalearon el suelo de piedra.

—Las circunstancias aún no están claras —observó el Guardián—. Un estudio de los accesos proporcionará una información más exacta.

El cuidador del pasadizo de rango inferior fue el primero en abandonar la estancia. El monitor, perdido aparentemente en sus reflexiones, le siguió, dejando a los dos Pnume de pie inmóviles y rígidos como un par de insectos. El primer Pnume salió, con largas y silenciosas zancadas. Solamente quedó el Guardián. Reith se preguntó si no debería saltar a intentar dominarlo. Se contuvo. Si los Pnume compartían la fantástica fuerza de los Phung, Reith se encontraría en una terrible desventaja. Otra consideración: ¿se sometería el Pnume a la presión? Reith no estaba seguro. Sospechaba que no.

El Guardián tomó la caja de cuero y lanzó una deliberada mirada a su alrededor. Parecía estar escuchando. Avanzando con una sorprendente brusquedad, llevó la caja hasta una zona de desnuda pared. Reith observó fascinado. El Guardián adelantó su pie, tocó delicadamente tres protuberancias rocosas con sus gruesos dedos. Una sección de la pared retrocedió, revelando una cavidad donde el Guardián metió la caja. La roca volvió a su lugar; la pared adquirió nuevamente una apariencia sólida. El Guardián se marchó en pos de los otros.

3

La estancia estaba vacía. Reith salió tambaleándose del armario. Cruzó cojeando la habitación. La pared no mostraba ninguna grieta, ninguna junta. El trabajo era de una precisión microscópica.

Reith se inclinó, tocó las tres protuberancias. La roca se hundió hacia atrás y se deslizó hacia un lado. Reith tomó la caja. Tras una brevísima vacilación, abrió la caja y extrajo el portafolios. Tomó del armario una cajita llena de pequeñas botellas oscuras, que pesaban aproximadamente lo mismo que el portafolios, y la metió en la caja, devolviéndolo todo a la cavidad. Tocó nuevamente los botones; la cavidad se cerró; la pared volvía a ser roca sólida.

Reith se inmovilizó en el centro de la habitación, sujetando el portafolios, que evidentemente era un artículo de valor. Si conseguía eludir el ser detectado y capturado, si conseguía descifrar la ortografía Pnume —todo lo cual parecía intrínsecamente improbable—, tal vez consiguiera descubrir un camino a la superficie.

Tomó una capa del armario, con la que se envolvió, y un sombrero, un poco demasiado pequeño, pero que apretando y tironeando consiguió ajustar sobre su cabeza. La costumbre Pnumekin de no mezclarse los unos con los otros iba a ayudarle; nadie intentaría pasar más desapercibido que él. Ahora debía abandonar inmediatamente aquellos lugares y encontrar algún lugar discreto donde pudiera examinar el portafolios con tranquilidad. Se lo metió bajo su chaqueta y echó a andar por el corredor recubierto de blanco, apoyando suavemente un pie delante del otro tal como había visto hacer a los Pnumekin.

El corredor se extendía largo y vacío ante él, abriéndose finalmente sobre un balcón que dominaba una larga habitación de la que brotaba un zumbido y un agitar de actividad.

El suelo de la estancia estaba a unos seis metros más abajo. En las paredes

había mapas e ideogramas; en el centro, niños Pnumekin aprendían sus lecciones. Reith había desembocado en una escuela Pnumekin.

Retrocediendo a las sombras, Reith pudo mirar hacia abajo sin temor a ser detectado. Vio tres grupos de niños, de ambos sexos, veinte en cada grupo. Como sus mayores, llevaban capas negras y sombreros con copas planas. Los pequeños rostros blancos, largos y afilados, parecían casi ridículamente graves. Nadie hablaba; avanzaban mirando con fijeza al frente, lentos y solemnes, en una especie de ejercicio. Tres mujeres Pnumekin de edad indefinida cuidaban de ellos, envueltas en capas como los hombres y distinguibles de ellos solamente por su menor estatura y su expresión algo menos grave.

Los niños realizaban su ejercicio en completo silencio, roto solamente por el suave roce de sus pies. No iba a sacar nada en limpio de allí, pensó Reith. Miró en ambas direcciones, luego se encaminó hacia la izquierda. Un túnel en arco daba acceso a otro balcón, que dominaba una cámara mayor aún que la primera: un refectorio. En su parte central había alineadas mesas y bancos, pero la estancia estaba vacía excepto un par de Pnumekin que permanecían sentados muy lejos el uno del otro, inclinados ante sendos bols de algo parecido a gachas. Reith tuvo consciencia de su propia hambre.

Oyó un sonido. Un par de Pnumekin apareció en el balcón, el uno detrás del otro. El corazón de Reith empezó a latir tan fuertemente que temió que pudieran oír su sonido al aproximarse. Bajó la cabeza, encajó los hombros, siguió caminando en lo que esperó fuera el típico paso Pnumekin. Los otros dos pasaron por su lado, los ojos hacia otro lado, los pensamientos en asuntos propios.

Con algo más de seguridad en sí mismo, Reith prosiguió adelante por el corredor, que casi inmediatamente se ensanchaba hasta convertirse en un nódulo aproximadamente circular, la unión de tres corredores. Una escalera cortada en la misma roca gris se curvaba hacia abajo hasta el nivel inferior.

Los corredores estaban desiertos y en penumbra; Reith los consideró poco prometedores. Dudó, sintiendo cansancio y futilidad. Los mapas, decidió, no iban a serle de gran ayuda; necesitaba el auxilio, voluntario o no, de un Pnumekin. También se sentía muy hambriento. Se dirigió indeciso a la escalera y, tras unos instantes de duda, descendió, lamentando cada nuevo paso que le llevaba un poco más lejos de la superficie. Desembocó en una pequeña antesala junto al

refectorio. Un portal cercano daba a lo que parecía ser una cocina. Reith miró cautelosamente a su interior. Un cierto número de Pnumekin trabajaban ante diversos mostradores, presumiblemente preparando la comida para los niños de la sala de ejercicios.

Reith retrocedió a regañadientes y se dirigió hacia un pasadizo lateral. Estaba casi oscuro y silencioso, iluminado solamente por unos pocos gránulos de luz en el alto techo. A unos treinta metros el pasadizo giraba a un lado y terminaba bruscamente al borde de un pozo. De abajo llegaba el sonido de agua corriendo: seguramente se trataba de un lugar donde arrojar los desechos y la basura, reflexionó Reith. Se detuvo, preguntándose dónde ir y qué hacer, y regresó a la antesala. Allí descubrió una pequeña cámara de almacenamiento donde había apilados sacos, bolsas y cajas. Comida, pensó Reith. Dudó; la cámara debía ser utilizada frecuentemente por los cocineros. Los niños aparecieron procedentes de la sala de ejercicios, caminando en fila india, los ojos fijos en el suelo. Reith retrocedió a la cámara de almacenamiento: los niños descubrirían que no era uno de ellos con mayor facilidad que los adultos. Se acurrucó al fondo de la cámara, tras un montón de cajas apiladas: sin duda el más seguro de los escondites, aunque precario pese a todo; si alguien entraba en la cámara, tenía bastantes posibilidades de pasar desapercibido. Reith se relajó un poco. Extrajo el portafolios y dobló hacia atrás la flexible tapa de cuero azul. Las páginas eran de un hermoso terciopelo suave; la cartografía estaba impresa con el cuidado más meticuloso en negro, rojo, marrón, verde y azul pálido. Pero los esquemas y líneas no proporcionaban ninguna información; ésta estaba escrita en caracteres indescifrables. Tristemente, Reith cerró el portafolios y volvió a metérselo en la chaqueta.

Los niños tomaron una serie de bols de un mostrador en la parte frontal de la cocina y los llevaron al refectorio.

Reith atisbó por una rendija entre las cajas, más consciente que nunca de su hambre y de su sed. Investigó el contenido de un saco, para descubrir hierba del peregrino seca, un producto correoso altamente nutritivo pero no excesivamente apetitoso. Las cajas a su lado contenían tubos de una pasta negra de aspecto grasiento, rancia y de intenso sabor: aparentemente un condimento. Reith volvió su atención al mostrador donde era servida la comida. El último de los niños había llevado ya su bol al refectorio. La zona estaba vacía, pero en el mostrador

quedaban todavía media docena de bols y jarras. Reith actuó sin pensarlo conscientemente. Salió de la cámara de almacenaje con los hombros hundidos, se dirigió al mostrador, tomó un bol y una jarra, y retrocedió apresuradamente a su escondite. El bol contenía gachas de hierba del peregrino cocidas con unos granos parecidos a pasas, tiras de pálida carne y dos tallos de una verdura semejante al apio. La jarra contenía medio litro de cerveza ligeramente efervescente, con un agradable sabor astringente. Al frasco iba unido un saquito con seis pequeños discos, una especie de galletitas que Reith probó pero encontró incomibles. Dio cuenta de las gachas y bebió la cerveza, y se felicitó por su decidida acción.

Seis niños mayores que los anteriores aparecieron en la zona de servicio: esbeltos, erguidos, con aire de suficiencia. Mirando entre las cajas, Reith decidió que todos ellos eran mujeres. Cinco pasaron por el mostrador, tomando bols y jarras. La última en llegar, al no encontrar nada que comer, se quedó allá desconcertada. Reith observó con la culpable conciencia de que había robado y devorado su cena. Las primeras cinco se dirigieron al refectorio, dejando a la última esperando en el mostrador, sin saber que hacer.

Transcurrieron cinco minutos; la muchacha no dijo nada, de pie allí con los ojos fijos en el suelo. Finalmente, unas manos invisibles trajeron otro bol y otra jarra y los depositaron en el mostrador. La muchacha Pnumekin tomó la comida y se dirigió lentamente al refectorio.

Reith empezó a intranquilizarse. Decidió volver a subir por las escaleras y seleccionar uno de los pasadizos con la esperanza de encontrarse con algún Pnumekin solitario y conocedor. Se puso en pie, pero en aquel momento los niños empezaron a abandonar el refectorio, y Reith se echó hacia atrás. Uno a uno, sobre silenciosos pies, volvieron a la sala de ejercicios. Reith miró una vez más, y de nuevo retrocedió cuando las cinco muchachas salieron también del refectorio. Eran como maniqués salidos de una fábrica: delgadas y erguidas, con pieles tan pálidas y translúcidas como papel, arqueadas cejas negras como el carbón y rasgos regulares aunque muy angulosos. Llevaban las habituales capas negras y sombreros negros, que acentuaban la cualidad rara y extraterrena de sus cuerpos. Hubieran podido ser muy bien cinco versiones de la misma persona, aunque Reith, en el mismo momento que la idea cruzó su mente, supo que cada una de ellas sabía distinguirse fácilmente de las demás, por sutiles que fueran sus

diferencias; cada una tenía la sensación de que su existencia personal era el movimiento central del cosmos.

La zona de servicio estaba de nuevo desierta. Reith avanzó y cruzó a largas zancadas hasta la escalera. Justo a tiempo: uno de los cocineros salió de la cocina en dirección a la cámara de almacenamiento. Si Reith se hubiera retrasado otro momento, hubiera sido descubierto. Con el corazón latiéndole aceleradamente, empezó a subir las escaleras... Se detuvo en seco y retuvo el aliento. De arriba llegaba un débil sonido: el pad-pad-pad de pasos. Reith se inmobilizó. El sonido se hizo más fuerte. Bajando las escaleras aparecieron los pies moteados de rojo y negro de un Pnume, luego el revolotear de una capa negra. Reith retrocedió apresuradamente, y se detuvo indeciso al pie de las escaleras. ¿Adónde ir? Miró frenético a su alrededor. En la cámara de almacenamiento, el cocinero estaba sacando hierba del peregrino de un saco. Los niños ocupaban la sala de ejercicios. Reith sólo tenía una elección. Encajó los hombros y penetró silenciosamente en el refectorio. En una de las mesas del centro había una muchacha Pnumekin, aquella cuya cena él había robado. Reith ocupó el asiento que consideró menos llamativo y se quedó allí sentado, sudando. Su disfraz era insostenible; una simple mirada directa revelaría su identidad.

Transcurrieron unos silenciosos minutos. La muchacha Pnumekin estaba dedicada a su paquete de galletitas, que parecía estar disfrutando enormemente. Finalmente se puso en pie y se dispuso a abandonar la estancia. Reith bajó la cabeza: demasiado brusco, demasiado seco... un movimiento discordante. La muchacha volvió una sorprendida mirada en su dirección, a incluso entonces las viejas costumbres fueron demasiado fuertes; miró más allá de él, sin enfocar directamente sus ojos. Pero vio, supo. Por un instante permaneció como helada, el rostro fijo a incrédulo; luego lanzó un suave grito de terror, y echó a correr saliendo de la estancia. Reith estuvo instantáneamente sobre ella, cubriendo su boca con una mano y aplastándola contra la pared.

—¡Quieta! —murmuró—. ¡No hagas ningún ruido! ¿Comprendes?

Ella lo miró en un horrorizado aturdimiento. Reith la sacudió.

—¡No hagas ningún ruido! ¿Comprendes? ¡Asiente con la cabeza!

Ella consiguió agitar la cabeza. Reith retiró la mano.

—¡Escucha! —susurró—. ¡Escucha atentamente! Soy un hombre de la

superficie. Fui secuestrado y traído aquí abajo contra mi voluntad. Conseguí escapar, y ahora quiero volver a la superficie. ¿Me oyes? —Ella no respondió—. ¿Comprendes? ¡*Responde!* —Sacudió de nuevo sus frágiles hombros.

—Sí.

—¿Sabes cómo alcanzar la superficie?

Ella apartó la mirada, fijándola en el suelo. Reith lanzó una rápida ojeada hacia la zona de servicio; si a alguno de los cocineros se le ocurría mirar al refectorio, todo estaba perdido. ¿Y el Pnume que había bajado la escalera? ¡Y el balcón! ¡Reith había olvidado el balcón! Con un enfermizo estremecimiento de terror, alzó la vista hacia las altas sombras. No había nadie observando. Pero no podía permanecer más tiempo allí, ni otro minuto. Sujetó por el brazo a la muchacha.

—Ven conmigo. ¡Ni un sonido, recuerda! ¡O tendré que hacerte daño!

Tiró de ella a lo largo de la pared hacia la entrada. La zona de servicio estaba vacía. De la cocina llegaba un sonido raspante y un entrechocar de metal. No había ninguna señal del Pnume.

—Arriba, por las escaleras —susurró Reith.

Ella emitió un sonido de protesta; Reith aplastó la mano contra su boca y la arrastró hacia la escalera.

—¡Arriba! ¡Haz lo que yo digo y no sufrirás ningún daño!

—Vete —dijo ella con una voz suave y átona.

—Eso es precisamente lo que quiero —declaró Reith con un murmullo apasionado—. ¡Pero no sé cómo!

—Yo no puedo ayudarte.

—Tendrás que hacerlo. Arriba, por la escalera. ¡Aprisa!

De pronto, ella se dio la vuelta y echó a correr escaleras arriba, tan ligera que sus pies parecían flotar. Reith fue tomado por sorpresa. Saltó tras ella, pero la muchacha ganó distancia y siguió a toda velocidad por uno de los corredores. Huía desesperadamente; Reith la perseguía con la misma desesperación, y a los quince metros la alcanzó. La arrojó contra la pared, donde la muchacha se inmovilizó jadeante. Reith miró arriba y abajo por el corredor: no se veía a nadie. Se sintió tremendamente aliviado.

—¿Quieres morir? —susurró en su oído.

—¡No!

—¿Entonces haz exactamente yo que yo te diga! —gruñó Reith. Esperó que la amenaza la convenciera; y de hecho su rostro reflejó el temor que esperaba; sus ojos se abrieron negros y enormes. Intentó hablar, y finalmente dijo:

—¿Qué es lo que quieres que haga?

—En primer lugar, abre camino hasta un lugar tranquilo, donde no pueda venir nadie.

La muchacha se volvió con hombros estremecidos y echó a andar por el corredor. Reith preguntó suspicaz:

—¿Dónde me llevas?

—Al lugar de castigo.

Un momento más tarde giró por un corredor lateral que casi inmediatamente terminaba en una cámara redonda. La muchacha se dirigió hacia un par de cabujones de pedernal; mirando por encima de su hombro como una bruja de cuento de hadas, empujó los negros bulbos. Un portal se abrió a un espacio negro; la muchacha lo cruzó, con Reith muy cerca detrás. Ella tocó un interruptor; un panel se encendió con una débil iluminación.

Estaban al borde de una plataforma que dominaba un tenebroso abismo. Una grúa de aspecto insectoide se inclinaba sobre las profundidades; de su extremo colgaba una cuerda.

Reith miró a la muchacha; ella le devolvió silenciosamente la mirada, con una especie de indiferencia entre asustada y confusa. Sujetándose a la grúa, Reith miró por encima del borde. Un frío soplo de aire azotó su rostro, y se volvió de nuevo hacia la muchacha. La Pnumekin permanecía inmóvil. Reith tuvo la sospecha de que la repentina sucesión de acontecimientos la había puesto en estado de shock. El ajustado sombrero apretaba su cabeza; se lo sacó. La muchacha se apretó contra la pared.

—¿Por qué te sacas el sombrero?

—Me hace daño en la cabeza —dijo Reith.

La muchacha miró más allá de él, hacia la oscuridad. Preguntó con suave y ahogada voz:

—¿Qué quieres que haga?

—Llévame a la superficie, tan rápido como puedas.

La muchacha no respondió. Reith se preguntó si le habría oído. Intentó mirar directamente a su rostro; ella se volvió hacia un lado. Reith le quitó el sombrero.

Un extraño rostro como de elfo le miró, con la exangüe boca crispada en un gesto de pánico. Era mayor de lo que sugería su subdesarrollada figura, aunque Reith no pudo estimar exactamente su edad. Sus rasgos eran tan regulares que escapaban a toda descripción; su pelo, una corta mata negra, se aferraba a su cuero cabelludo como un casquete de fieltro. Reith pensó que parecía anémica y neurasténica, a la vez humana y no humana, femenina y asexuada.

—¿Por qué has hecho esto? —preguntó ella en un ronco murmullo.

—Por ninguna razón en particular. Curiosidad, tal vez.

—Es íntimo —murmuró ella, y alzó sus manos hasta sus delgadas mejillas.

Reith se encogió de hombros, sin sentir el menor interés por su modestia.

—Quiero que me lleves a la superficie.

—No puedo.

—¿Por qué no?

Ninguna respuesta.

—¿Me tienes miedo? —preguntó suavemente Reith.

—No tanto como al pozo.

—El pozo está a mano, y es conveniente.

Ella le miró sobresaltada.

—¿Me arrojarías al pozo?

Reith empleó lo que esperaba que fuera una voz convincentemente amenazadora.

—Soy un fugitivo; pretendo alcanzar la superficie.

—No me atrevo a ayudarte. —Su voz era apenas audible y con un tono definitivo—. Los *zuzhma kastchai* me castigarían. —Miró a la grúa—. La oscuridad es terrible; tememos la oscuridad. A veces la cuerda es cortada y nunca más vuelve a saberse de la persona.

Reith se sintió desarmado ante aquello. La muchacha, captando una amenaza en su silencio, dijo con voz humilde:

—Aunque deseara ayudarte, ¿cómo podría hacerlo? Solamente conozco el camino al Mirador Azul, donde además no me está permitido ir, a menos —añadió como si se le ocurriera de pronto— que me declarara una Gzhindra. Tú, por supuesto, serías detenido.

El plan de Reith empezaba a desmoronarse desde su misma base.

—Entonces llévame a alguna otra salida.

—No conozco ninguna. Son secretos que no son enseñados a mi nivel.

—Ven aquí, junto a la luz —dijo Reith—. Mira esto.

Extrajo el portafolios, lo abrió y se lo presentó.

—Muéstrame dónde estamos ahora.

La muchacha miró. Emitió un sonido estrangulado y empezó a temblar.

—¿Qué es esto?

—Algo que tomé de un Pnume.

—¡Son los Mapas Maestros! Mi vida está condenada. ¡Seré arrojada al pozo!

—Por favor, no compliques algo tan simple —dijo Reith—. Mira los mapas, encuentra un camino hasta la superficie, llévame allí. Luego haz lo que quieras. Nadie sabrá nada.

La muchacha le miraba con alocados ojos irrazonables. Reith la sacudió fuertemente por los hombros.

—¿Qué te ocurre?

La voz de ella era apenas un murmullo átono.

—He visto secretos.

Reith no estaba de humor para sentir conmiseración acerca de problemas tan abstractos a irreales.

—Muy bien; has visto los mapas. El daño ha sido hecho. ¡Ahora mira de nuevo y encuentra un camino hasta la superficie!

Una extraña expresión afloró al delgado rostro. Reith se preguntó si de hecho la muchacha no se habría hundido en la locura. De todos los Pnumekin que recorrían los corredores, ¿qué amargo destino le había encaminado a una muchacha emocionalmente inestable? Ella estaba observándole fijamente, por primera vez de una forma directa a inquisitiva.

—Eres un *ghian* —dijo.

—Ciertamente, vivo en la superficie.

—¿Cómo es? ¿Es realmente tan terrible?

—¿La superficie de Tschai? Tiene sus deficiencias.

—Ahora debo convertirme en una Gzhindra.

—Es mejor que vivir aquí abajo en la oscuridad.

—Debo ir al *ghaun* —dijo la muchacha con su voz más átona.

—Cuanto antes mejor —asintió Reith—. Mira de nuevo este mapa. Muéstrame dónde estamos.

—¡No puedo mirar! —gimió la muchacha—. ¡No me atrevo a mirar!

—¡Oh, vamos! —restalló Reith—. Es sólo papel.

—¡Sólo papel! Rebosa secretos, secretos de Clase Veinte. ¡Mi mente es demasiado pequeña!

Reith sospechó una histeria incipiente, pese a que su voz seguía siendo suave y monótona.

—Para convertirte en una Gzhindra tienes que alcanzar la superficie. Para alcanzar la superficie tenemos que encontrar una salida, cuanto más secreta mejor. Aquí tenemos mapas secretos. Somos afortunados.

Ella se inmovilizó, a incluso miró con el rabillo del ojo hacia el portafolios.

—¿Cómo lo conseguiste?

—Se lo tomé a un Pnume. —Empujó el portafolios hacia ella—. ¿Puedes leer los símbolos?

—Estoy entrenada para leer. —Se inclinó con precaución sobre el portafolios, para echarse instantáneamente hacia atrás, presa del miedo y la revulsión.

Reith se forzó a la paciencia.

—¿Nunca antes habías visto un mapa?

—Poseo un nivel de Cuatro; conozco los secretos de Clase Cuatro; he visto mapas de Clase Cuatro. Esto es Clase Veinte.

—Pero puedes leer este mapa.

—Sí. —La palabra brotó con hosco disgusto—. Pero no me atrevo. Solamente un *ghian* pensaría en examinar un documento tan poderoso... —Su voz se redujo a un murmullo—. Y no digamos robarlo...

—¿Qué harán los Pnume cuando descubran que ha desaparecido?

La muchacha miró hacia el abismo.

—Oscuridad, oscuridad, oscuridad. Caeré eternamente a través de la oscuridad.

Reith empezó a impacientarse. La muchacha parecía capaz únicamente de concentrarse en las ideas que brotaban de su propia mente. Dirigió su atención al mapa.

—¿Qué significan los colores?

—Los niveles y las plataformas.

—¿Y esos símbolos?

—Puertas, portales, caminos secretos. Lugares de contacto. Estaciones de comunicación. Miradores, rampas, puestos de observación.

—Muéstrame dónde estamos ahora.

Reluctante, la muchacha enfocó los ojos.

—No en esta hoja. Vuélvela... Otra... Otra... Aquí. —Señaló, manteniendo cautelosamente su dedo a un par de centímetros del papel—. Aquí. La señal negra es el pozo. La línea rosa es la plataforma.

—Muéstrame el camino más próximo hasta la superficie.

—Tendría que ser... déjame ver.

Reith esbozó una distante y reflexiva sonrisa: una vez apartada de sus temores, que eran reales, admitió, la muchacha se volvió instantáneamente dedicada, a incluso olvidó su expuesto rostro.

—El Mirador Azul está aquí. Para llegar a él hay que ir por este lateral, luego subir esta rampa naranja pálido. Pero es una zona atestada, con controles administrativos. Serías detenido y probablemente yo también, ahora que he visto los secretos.

La cuestión de la responsabilidad y la culpabilidad llameó en la mente de Reith, pero la echó a un lado. El cataclismo se había abatido sobre su vida; como una plaga, también la había infectado a ella. Quizás ideas similares estuvieran circulando por la mente de la Pnumekin. La muchacha le lanzó de nuevo una rápida mirada de soslayo.

—¿Cómo viniste del *ghaun*?

—Los Gzhindra me metieron en un saco. Logré salir de él antes de que llegaran los Pnumekin. Confío que hayan llegado a la conclusión de que los Gzhindra bajaron un saco vacío.

—¿Con uno de los Grandes Mapas desaparecido? Ninguna persona de los Abrigos lo tocaría. Los *zuzhma kastchai*^[9] no descansarán hasta que tú y yo estemos muertos.

—Cada vez me siento más ansioso por escapar —dijo Reith.

—Yo también —hizo notar la muchacha con ingenua simplicidad—. No quiero caer por aquí.

Reith la observó por unos instantes, preguntándose si realmente no le guardaba ningún rencor como parecía; era como si hubiera caído sobre ella como una calamidad elemental... una tormenta, el golpe de un rayo, una inundación,

cosas contra las que cualquier resentimiento, discusión, argumentación, resultaban completamente inútiles. Pensó que su actitud estaba mostrando ya un cierto cambio; se inclinó para inspeccionar el mapa algo menos reluctante que antes. Señaló una Y marcada en marrón claro.

—Ésta es la salida a los Acantilados, donde se efectúan los tratos con los ghian. Nunca he ido tan lejos.

—¿Podemos subir hasta ese punto?

—Nunca. Los *zuzhma kastchai* lo protegen contra los Dirdir. Hay una vigilancia constante.

Reith señaló a otras Y en marrón claro.

—¿Ésas son otras aberturas a la superficie?

—Sí. Pero si creen que estás intentando salir, las habrán bloqueado aquí y aquí y aquí —señaló—, y todas esas aberturas estarán cortadas, y las de la sección Exa también.

—Entonces debemos ir por otro lado: a otros sectores.

El rostro de la muchacha se crispó.

—No sé nada de tales lugares.

—Mira el mapa.

Hizo lo indicado, moviendo el dedo muy cerca del amasijo de líneas coloreadas, pero sin atreverse todavía a tocar el papel en sí.

—Aquí veo un camino secreto, Calidad Dieciocho. Sale del pasadizo más allá del Paralelo Doce, y reduce el camino a la mitad. Luego podemos seguir por cualquiera de esos accesos hasta los muelles de carga.

Reith se puso en pie. Volvió a colocarse el sombrero, echándoselo sobre el rostro.

—¿Parezco un Pnumekin?

Ella le lanzó una breve y crítica inspección.

—Tu rostro es extraño. Tu piel es oscura debido al clima del *ghaun*. Toma un poco de polvo y restriégalo por lo cara.

Reith hizo como ella le indicaba; la muchacha lo observó de nuevo con mirada inexpresiva; Reith se preguntó qué estaba pasando por su mente. Se había declarado ella misma una desterrada, una Gzhindra, sin gran dolor de espíritu. ¿O estaba maquinando alguna sutil traición? Aunque «traición» tal vez no fuera una palabra justa, reflexionó Reith. No se había comprometido en

absoluto con él, no le debía ninguna lealtad... de hecho era más bien a la inversa. Así que, ¿cómo podía controlarla una vez hubieran emprendido la marcha por los distintos pasadizos? Reith la estudió especulativamente, mientras ella parecía más agitada por momentos.

—¿Por qué me miras de esta forma?

Reith le tendió el portafolios azul.

—Lleva esto bajo lo capa, donde no pueda ser visto.

La muchacha retrocedió de nuevo.

—No.

—Debes hacerlo.

—No me atrevo. Los *zuzhma kastchai*...

—Oculto los mapas bajo lo capa —dijo Reith con voz controlada—. Soy un hombre desesperado, y no me detendré ante nada para regresar a la superficie.

Ella tomó el portafolios con dedos flácidos. Volviéndose de espaldas, y mirando cautelosamente a Reith por encima del hombro, ocultó el portafolios fuera de la vista bajo su capa.

—Adelante, pues —chirrió—. Si nos cogen, así es la vida. Nunca pensé ni en sueños en convertirme en una Gzhindra.

Abrió el portal y miró fuera, a la cámara redonda.

—El camino está despejado. Recuerda: camina suavemente, no lo inclines hacia delante. Debemos atravesar el Cruce de Fer, y habrá personas dedicadas a sus asuntos. Los *zuzhma kastchai* están por todas partes; si encontramos a uno de ellos, detente, ocúltate en las sombras o ponte de cara contra la pared; es la forma respetuosa de comportarse. No camines rápido; no agites bruscamente los brazos.

Salieron a la habitación redonda y echaron a andar por el pasadizo. Reith seguía a la muchacha a cinco o seis pasos de distancia, intentando simular el paso característico de los Pnumekin. Había obligado a la muchacha a llevar los mapas; pero incluso así, estaba a su merced. Ella podía echar a correr gritando al primer Pnumekin que viera, a implorar merced de los Pnume... La situación era impredecible.

Camaron durante casi un kilómetro, subiendo una rampa, bajando otra y cruzando un acceso principal. A intervalos de ocho metros se abrían estrechas aberturas en la roca; junto a cada una de ellas había un pedestal aflautado con

una superficie superior plana y pulida, cuya función Reith no pudo calcular. El pasadizo se ensanchó, y entraron en el Cruce de Fer, una amplia sala hexagonal con una docena de columnas de mármol pulido sosteniendo el techo. A lo largo de toda su periferia, en pequeños cubículos, había sentados Pnumekin escribiendo en grandes libros, o manteniendo ocasionalmente vagos y aparentemente inconclusivos coloquios con otros Pnumekin que habían acudido a verles.

La muchacha se dirigió hacia un lado y se detuvo.

Reith se detuvo también.

Ella le lanzó una mirada, luego miró dubitativa hacia un Pnumekin en el centro de la estancia: un hombre alto y desmañado con una postura poco habitualmente alerta. Reith se ocultó en las sombras de una columna y observó a la muchacha. Su rostro era completamente inexpresivo, pero Reith sabía que estaba pasando revista a las circunstancias que habían alterado completamente su pálida existencia, y su vida dependía del equilibrio de sus temores: el abismo sin fondo contra los ventosos cielos amarronados de la superficie.

Avanzó lentamente hacia Reith y se le unió a la sombra de la columna. Por el momento al menos, había hecho su elección.

—El hombre alto de allá: es un Monitor de Escucha^[10]. ¿Observas la forma en que lo observa todo? Nada se le escapa.

Durante un tiempo Reith permaneció observando al Monitor de Escucha, sintiéndose cada vez menos inclinado a cruzar la estancia. Murmuró a la muchacha:

—¿Conoces otro camino a los muelles de carga?

Ella meditó sobre el asunto. Una vez decidido huir, su personalidad parecía haberse vuelto más centrada, como si el peligro la hubiera arrastrado fuera de la ensoñadora inversión de su anterior existencia.

—Creo —dijo, dudosa— que hay otra ruta que pasa por las salas de trabajo; pero es un camino largo, y hay otros Monitores de Escucha por ahí.

—Hummm —Reith se volvió para observar al Monitor de Escucha del Cruce de Fer.

—Observa que se vuelve para mirar a uno y otro lado —dijo finalmente—. Cuando esté de espaldas a nosotros, avanzaré hacia la siguiente columna, y tú ven tras de mí.

Un momento más tarde, el Monitor se dio la vuelta. Reith salió de su escondite y recorrió a toda prisa la distancia que lo separaba de la siguiente columna de mármol. La muchacha avanzó lentamente tras él, aún algo indecisa, o al menos esto le pareció a Reith.

Reith no podía asomarse de la columna para mirar sin correr el riesgo de atraer la atención del Monitor.

—Avísame cuando mire en otra dirección —murmuró a la muchacha.

—Ahora.

Reith alcanzó la siguiente columna y, utilizando una hilera de lentos Pnumekin como pantalla, siguió hasta la próxima. Ahora no quedaba más que una zona descubierta. El Monitor se volvió bruscamente en redondo, y Reith se acurrucó tras la columna: un juego mortal al escondite. Un Pnume entró en la cámara desde un corredor lateral, avanzando lentamente sobre sus piernas de extrañas articulaciones.

—El Crítico Silencioso —susurró la muchacha, conteniendo el aliento—. Cuidado... —Se alejó con la cabeza baja, como abstraída en sus pensamientos. El Pnume se detuvo, a menos de quince metros de Reith, que se volvió de espaldas. Sólo quedaban unos pocos pasos hacia el norte para alcanzar el pasadizo. Reith encajó los omoplatos. No podía soportar el seguir oculto tras la columna. Con la sensación de que todos los ojos de la cámara estaban clavados en él, cruzó la zona descubierta. A cada paso esperaba oír un grito ultrajado, una alarma. El silencio se hizo opresivo; sólo a costa de un gran esfuerzo consiguió controlar el irresistible impulso de mirar por encima del hombro. Alcanzó la boca del pasadizo y volvió una cautelosa mirada por encima del hombro... para encontrarse con los ojos del Pnume fijos en él. Con el corazón latiéndole alocadamente, Reith se volvió con lentitud y siguió andando. La muchacha había seguido su camino por delante de él. La llamó con voz suave:

—Corre. Encuentra el corredor de Clase Dieciocho.

Ella volvió hacia él una mirada sorprendida.

—El Crítico Silencioso está aquí mismo. No puedo correr; si lo ve sospechará una conducta no decorosa.

—No importa el decoro —dijo Reith—. Encuentra el acceso tan rápido como lo sea posible.

Ella apresuró el paso, con Reith a sus talones. Tras unos cincuenta metros

arriesgó una mirada hacia atrás. Nadie a la vista.

El corredor se bifurcaba; la muchacha se detuvo en seco.

—Creo que debemos ir a la izquierda, pero no estoy segura.

—Mira el mapa.

Con enorme relucencia, ella se volvió de espaldas y sacó el portafolios de debajo de su capa. No consiguió manejarlo, y se lo entregó a Reith como si le quemara en las manos. Él volvió las páginas hasta que ella exclamó:

—Alto.

Mientras estudiaba las líneas de color, Reith mantuvo la mirada fija a sus espaldas. Muy atrás, donde el pasadizo desembocaba en el Cruce de Fer, una sombra oscura apareció en medio de la abertura. Reith, sintiendo vibrar cada nervio, urgió a la muchacha a que se apresurase.

—A la izquierda, luego en la Señal Dos-uno-dos, una baldosa azul. Estilo Veinticuatro... debo consultar la inscripción. Aquí está: cuatro puntos de presión. Tres-uno-cuatro-dos.

—Apresúrate —dijo Reith entre dientes apretados.

Ella volvió una sorprendida mirada hacia el fondo del corredor.

—*¡Zuzhma kastchai!*

Reith miró también hacia atrás, intentando simular la actitud Pnumekin. El Pnume avanzaba lentamente, pero sin ninguna finalidad aparente, o eso le pareció a Reith. Echó a andar para alcanzar a la muchacha. Mientras caminaba, ella iba contando las marcas de los números en la base de la pared:

—Setenta y cinco... ochenta... ochenta y cinco... —Reith miró hacia atrás. Ahora había dos formas oscuras en el corredor; un segundo Pnume había aparecido de algún lugar—. Ciento noventa y cinco... doscientos... doscientos cinco...

La baldosa azul, recubierta por un antiguo barniz rojo púrpura, estaba tan sólo a treinta centímetros del suelo. La muchacha encontró los puntos de presión y los tocó; apareció la silueta de una puerta; la puerta se abrió.

La muchacha se puso a temblar.

—Es Calidad Dieciocho. No debería entrar.

—El Crítico Silencioso nos está siguiendo —dijo Reith.

Ella jadeó y se metió en el pasadizo. Era estrecho y poco iluminado y permeado por un olor ligeramente rancio que Reith había empezado a asociar

con los Pnume.

La puerta se cerró deslizándose a sus espaldas. La muchacha alzó un pequeño pestillo y aplicó el ojo a la lente de una mirilla.

—El Crítico Silencioso se acerca. Sospecha una conducta poco decorosa y desea aplicar un castigo... ¡No! ¡Son dos! ¡Ha llamado a un Guardián! —Se puso rígida, con el ojo apretado contra la mirilla. Reith aguardó sobre ascuas.

—¿Qué están haciendo?

—Miran por todo el corredor. Se preguntan por qué no estamos a la vista.

—Sigamos —dijo Reith—. No podemos quedarnos aquí aguardando.

—El Guardián sabrá de este pasadizo... Si entran...

—Eso no importa. —Reith echó a andar por el corredor, y la muchacha le siguió. Formaban una extraña pareja, pensó Reith, avanzando a largas zancadas en medio de la oscuridad, con sus flotantes capas negras y sus sombreros de copa corta. La muchacha se cansó pronto, y disminuyó aun más su velocidad mirando constantemente por encima del hombro. Lanzó un gemido de resignación y se detuvo.

—Han entrado en el pasadizo.

Reith miró hacia atrás. La puerta se había abierto de par en par. En su abertura se siluetearon los dos Pnume.

Por un instante permanecieron rígidos, como extraños muñecos negros, luego se pusieron en movimiento como en una sacudida.

—Nos han visto —dijo la muchacha, y hundió la cabeza—. Eso significa el pozo... Bien, vayamos a su encuentro con toda humildad.

—Quédate contra la pared —dijo Reith—. No lo muevas. Tienen que venir a nosotros. Sólo son dos.

—No podrás nada contra ellos.

Reith no hizo ningún comentario. Tomó una roca del tamaño de un puño que había caído del techo y aguardó.

—No puedes hacer nada —gimió la muchacha—. Utiliza la humildad, la conducta plácida...

Los Pnume llegaron rápidamente, con el extraño paso de sus piernas articuladas al revés, agitando sus blancas submandíbulas. Se detuvieron a tres metros de distancia, para contemplar a las dos figuras que permanecían inmóviles junto a la pared. Durante medio minuto nadie del grupo se movió o

emitió algún sonido. El Crítico Silencioso alzó lentamente su delgado brazo para señalar con dos huesudos dedos.

—Volved.

Reith no hizo ningún movimiento. La muchacha permanecía inmóvil, con los ojos velados y la boca flácidamente abierta.

—Volved —dijo nuevamente el Pnume, con una voz ronca y aflautada.

La muchacha empezó a avanzar torpemente por el pasadizo; Reith no hizo ningún movimiento.

Los Pnume lo contemplaron asombrados. Intercambiaron un susurro sibilante, luego el Crítico Silencioso dijo imperioso:

—Ven.

Con un murmullo casi inaudible, el Guardián dijo:

—Tú eres la entrega que no llegó a su destino.

El Crítico Silencioso avanzó sobre extrañamente articulados pies y tendió el brazo. Reith lanzó la piedra con todas sus fuerzas; golpeó de lleno el rostro blanco óseo de la criatura. Se oyó un crujido, y el Pnume retrocedió tambaleándose contra la pared, donde se quedó agitándose y alzando y bajando una pierna de la más excéntrica de las maneras. El Guardián lanzó un jadeante sonido gutural y saltó hacia delante.

Reith retrocedió, se arrancó la capa y, en un alocado floreo, la arrojó sobre la cabeza del Pnume. Por un momento la criatura pareció no darse cuenta y siguió adelante, los brazos extendidos; luego empezó a bailotear y a patear. Reith avanzó cautelosamente a su alrededor, buscando una ventaja momentánea, y los dos, con sus silenciosos giros, efectuaron un peculiar y grotesco ballet. Mientras el Crítico Silencioso observaba indiferente, Reith aferró el brazo del Guardián; parecía como una cañería de hierro. El otro brazo se agitó; dos duros dedos rasgaron el rostro de Reith. Reith no sintió nada. Hizo palanca, lanzó al Guardián contra la pared. Rebotó, y avanzó rápidamente sobre Reith. Éste golpeó tentativamente el largo rostro pálido; era frío y duro. La fuerza de la criatura era inhumana; debía eludir su presa, que podía ponerle en dificultades. Si golpeaba a la criatura con sus puños desnudos lo único que conseguiría sería romperse las manos.

Paso a paso, el Guardián avanzó, doblando las piernas a su extraña manera. Reith se dejó caer al suelo, pateó las piernas de la criatura para hacerle perder el

equilibrio; cayó. Reith saltó de nuevo en pie para eludir el esperado ataque del Crítico Silencioso, pero éste permanecía gravemente reclinado contra la pared, observando la lucha con la imparcialidad de un espectador. Reith se sintió desconcertado y momentáneamente distraído por su actitud; como resultado de ello, el Guardián alcanzó su tobillo con los dedos de uno de sus pies y, tendiéndose sorprendentemente, lanzó el otro pie contra el cuello de Reith. Reith pateó a la criatura en la ingle; fue como patear la horcadura de un árbol; sintió un terrible dolor en el pie. Los dedos aferraron su cuello; Reith agarró la pierna, retorció, aplicó palanca. El Pnume se vio obligado a girar su cuerpo boca abajo. Reith saltó sobre su espalda. Agarró su cabeza, dio un terrible y violento tirón hacia atrás. Un hueso o una membrana rígida cedió elásticamente, luego restalló. El Guardián se agitó hacia uno y otro lado en terribles palpitaciones. Consiguió ponerse por casualidad en pie y, con la cabeza colgando grotescamente hacia atrás, se alejó dando saltos por el túnel. Golpeó al Crítico Silencioso, que se derrumbó blandamente al suelo. ¿Muerto? Reith desorbitó los ojos. Muerto.

Reith se reclinó contra la pared, jadeante, falto de aliento. Allá donde el Pnume le había alcanzado había moraduras. La sangre resbalaba por su mejilla; tenía una luxación en el codo; le dolía terriblemente el pie... pero los dos Pnume estaban muertos. A una cierta distancia, la muchacha permanecía acurrucada en un trance inducido por el shock. Reith avanzó tambaleante hacia ella, apoyó una mano en su hombro.

—Estoy vivo. Tú estás viva.

—¡Tu rostro sangra!

Reith se secó el rostro con el borde de su capa. Se inclinó sobre los cadáveres. Frunciendo los labios, registró los cuerpos, pero no encontró nada de interés para él.

—Supongo que será mejor que sigamos —dijo.

La muchacha se volvió y echó a andar por el túnel. Reith la siguió. Los cuerpos de los Pnume quedaron tendidos en la semioscuridad.

Los pasos de la muchacha empezaron a hacerse más lentos.

—¿Estás cansada? —preguntó Reith.

Su solicitud la desconcertó; le miró insegura.

—No.

—Bueno, yo sí. Descansemos un poco. —Se dejó caer al suelo, gruñendo

quejumbroso. Tras una momentánea vacilación, ella se acomodó también al otro lado del pasadizo. Reith la estudió con perplejidad. La muchacha parecía haber apartado por completo de su mente la lucha con los Pnume, o eso parecía al menos. Su sombrío rostro estaba muy tranquilo. Sorprendente, pensó Reith. Su vida se había visto destrozada; su futuro se presentaba como una sucesión de terribles interrogantes; y sin embargo Allí estaba sentada, su rostro tan inexpresivo como el de una marioneta, sin parecer preocuparse por nada.

—¿Por qué me miras así? —preguntó de pronto ella, débilmente.

—Estaba pensando —dijo Reith— que, teniendo en cuenta las circunstancias, pareces sorprendentemente tranquila.

Ella no respondió de inmediato. Hubo un pesado silencio en el pasadizo casi a oscuras. Luego la muchacha dijo:

—Floto siguiendo la corriente de la vida; ¿cómo puedo cuestionar lo que me empuja? Sería temerario pensar en preferencias; después de todo, la existencia es un privilegio que es concedido a muy pocos.

Reith se reclinó contra la pared.

—¿A muy pocos? ¿Y cómo es eso?

La muchacha pareció intranquila; sus dedos se retorcieron.

—No sé cómo son las cosas en el *ghaun*; quizá vosotros lo hagáis todo de distinto modo. En los Abrigos^[11] las mujeres-madres engendran doce veces, y tan sólo la mitad, a veces menos, sobreviven... —Hizo una pausa. Luego, con voz de didáctica reflexión, prosiguió—: He oído que todas las mujeres del *ghaun* son mujeres-madres. ¿Es eso cierto? No puedo creerlo. Si cada una de ellas da a luz doce veces, aunque seis de sus descendientes vayan al pozo, el *ghaun* debería hervir de carne viva. Parece irrazonable. —Como si la idea se le hubiera ocurrido de repente, añadió—: Me alegro de que yo nunca seré una mujer-madre.

Reith se sintió de nuevo desconcertado.

—¿Cómo puedes estar segura? Todavía eres joven.

El rostro de la muchacha se crispó en lo que podía ser azoramiento.

—¿Acaso no puedes verlo? ¿Tengo el aspecto de una mujer-madre?

—Desconozco cuál es el aspecto de una mujer-madre.

—Tienen el pecho y las caderas hinchados. ¿No son iguales las madres *ghian*? Algunos dicen que los Pnume deciden quiénes serán mujeres-madres y

las llevan directamente a las guarderías. Allí yacen en la oscuridad y dan y dan a luz.

—¿Solas?

—Ellas y las otras madres.

—¿Y los padres?

—No se necesitan padres. En los Abrigos todo es seguro; no se precisa protección.

Reith empezó a barruntar una antigua sospecha.

—En la superficie —dijo— las cosas pasan de una forma bastante distinta.

Ella se inclinó hacia delante, y su rostro mostró una animación mayor de la que Reith había visto hasta entonces.

—Siempre me he preguntado acerca de la vida en el *ghaun*. ¿Quién elige a las mujeres-madres? ¿Dónde dan a luz?

Reith eludió la cuestión.

—Es una situación más bien complicada. Supongo que a su debido tiempo aprenderás algo sobre ello, si vives lo bastante. Incidentalmente, soy Adam Reith. ¿Cuál es lo nombre?

—¿«Nombre»^[12]? Soy una hembra.

—Sí, pero ¿cuál es tu nombre personal?

La muchacha se lo pensó.

—En los registros, las personas son listadas según el grupo, área y zona. Mi grupo es Zith, del Área de Athan, en la Zona de Paga; mi número de registro es el 210.

—Zith Athan Pagaz, 210. Zap 210. No es mucho como nombre. De todos modos, lo va.

La muchacha permaneció impasible ante la ironía de Reith.

—Cuéntame cómo viven los Gzhindra.

—Los vi al acecho en las tierras yermas junto a mi almacén. Inyectaron gas narcótico en la habitación donde dormía. Desperté en un saco. Me bajaron por un pozo. Eso es todo lo que sé de los Gzhindra. Supongo que hay formas mejores de vivir.

Zap 210, como Reith pensaba ahora en ella, mostró su desaprobación.

—Son personas después de todo, y no cosas salvajes.

Reith no tenía ningún comentario que hacer. La inocencia de la muchacha

era tan enorme que cualquier información no haría más que ocasionarle shock y confusión.

—Encontrarás muchos tipos de gente en la superficie.

—Es muy extraño —dijo la muchacha con una voz vaga y suave—. De pronto, todo ha cambiado. —Allí sentada, miró fijamente a la oscuridad—. Los demás van a preguntarse dónde he ido. Alguien tendrá que hacer mi trabajo.

—¿Cuál era tu trabajo?

—Instruía a los niños en decoro.

—¿Y en tu tiempo libre?

—Hacía crecer cristales en la nueva Cordillera Cuatro Oriental.

—¿Hablabas con tus amigos?

—A veces, en el dormitorio.

—¿Tenías amigos entre los hombres?

Las negras cejas se alzaron en desagrado bajo la sombra de la ancha ala del sombrero.

—No es decoroso hablar a los hombres.

—¿Estar sentada aquí conmigo no es decoroso?

Ella no dijo nada. Probablemente la idea no se le había ocurrido todavía, pensó Reith; ahora iba a considerarse una mujer caída en desgracia.

—En la superficie —dijo rápidamente— la vida es muy distinta, y comprobarás que de hecho a veces resulta muy poco decorosa. Suponiendo que sobrevivamos para alcanzar la superficie.

Extrajo el portafolios azul. Como por reflejo, Zap 210 se echó hacia atrás. Reith no le prestó atención. Entrecerrando los ojos a la débil luz, estudió la maraña de líneas coloreadas. Apoyó tentativamente un dedo sobre un lugar.

—Tengo la impresión de que ahora estamos aquí.

No hubo respuesta por parte de Zap 210. Reith, dolorido, nervioso y exhausto, empezó a reprenderla por su desinterés, luego contuvo su lengua. Ella no estaba allí por voluntad propia, se recordó; no merecía ni censura ni resentimiento; por sus acciones, él se había hecho responsable de ella. Reith lanzó un gruñido de irritación. Inspiró profundamente y dijo, con su voz más educada:

—Si recuerdo correctamente, este pasadizo conduce por aquí —señaló—, y va a desembocar en esta avenida rosa. ¿Estoy en lo cierto?

Zap 210 miró el mapa de reajo.

—Sí. Éste es un camino muy secreto. Observa que conecta Athan con Zaltra; de otro modo uno tiene que dar una vuelta, por el Cruce de Fei'erj. —Se acercó reluciente, y acercó su dedo a un par de centímetros del terciopelo—. Esta señal gris es donde queremos ir: el muelle de carga, y el final de la arteria de suministros. Por Fei'erj sería imposible, puesto que el camino atraviesa los dormitorios y las zonas metalúrgicas.

Reith contempló pensativo los pequeños círculos rojos que marcaban las salidas.

—Parecen tan cercanas, tan fáciles de alcanzar.

—Por supuesto, estarán vigiladas.

—¿Qué es esta larga línea negra?

—Es el canal de carga, y es la mejor ruta para alejarse de la Zona de Pagaz.

—¿Y este punto brillante verde?

Miró, e inspiró rápidamente.

—Es el camino a Posteridad: ¡un secreto de Clase Veinte! —Volvió a sentarse y sujetó su barbilla contra sus rodillas. Reith volvió a los mapas. Captó la mirada de la muchacha y alzó la vista, para descubrirla estudiándolo intensamente. Ella se humedeció sus incoloros labios—. ¿Por qué eres tan importante? —preguntó bruscamente.

—La verdad es que lo desconozco por completo. —Lo cual no era enteramente cierto.

—Te quieren para Posteridad. ¿Eres de alguna extraña raza?

—En un cierto sentido —dijo Reith. Se puso penosamente en pie—. ¿Estás lista? Será mejor que sigamos.

Ella se puso en pie sin más comentario, y siguieron adelante por el penumbroso corredor. Caminaron más de un kilómetro y llegaron a una pared blanca con una puerta negra de hierro en el centro. Zap 210 aplicó el ojo a la mirilla.

—Está pasando un carro... hay personas cerca. —Volvió la vista a Reith—. Mantén la cabeza baja —dijo con voz crítica—. Baja el ala del sombrero. Camina tranquilo, con los pies apuntando directamente al frente. —Volvió a la mirilla. Su mano avanzó hacia la manija de la puerta. Apretó, y la puerta se abrió—. Aprisa, antes de que nos vean.

Parpadeando, furtivos, entraron en un amplio corredor en arco. Las paredes de pegmatita estaban incrustadas con enormes turmalinas que, excitadas a la fluorescencia por medios desconocidos, resplandecían azules y rosas.

Zap 210 echó a andar por el corredor; Reith la siguió a una discreta distancia. Cincuenta metros más adelante, un carro de formas bajas cargado de sacos avanzaba sobre gruesas ruedas negras. Desde algún lugar tras ellos les llegó el sonido de martillos golpeando el metal y un ruido como de roce, cuya fuente Reith nunca llegó a saber.

Durante diez minutos avanzaron por el corredor. En cuatro ocasiones se cruzaron con Pnumekin, que volvieron hacia otro lado los rostros ensombrecidos por sus sombreros, mientras sus pensamientos exploraban áreas más allá de la imaginación de Reith.

La pegmatita pulida cambió bruscamente a negra hornablenda, estriada de cuarzo blanco que parecía resplandecer dando la impresión de venas sobre la negra matriz, el producto final de ignorados siglos de trabajo. Muy lejos, allá delante, el pasadizo se reducía a un diminuto semióvalo negro, que volvía luego a ampliarse en grados insensibles. Más allá estaba la negrura absoluta.

La abertura se expandió y les rodeó; llegaron a una plataforma que dominaba un vacío tan negro y enorme que hacía pensar en el espacio. A cincuenta metros a la derecha una barcaza, amarrada al muelle, parecía flotar en medio del aire; Reith comprendió entonces que el vacío negro era la superficie de un lago subterráneo.

Media docena de Pnumekin trabajaban calmadamente en el muelle, cargando la barcaza con balas.

Zap 210 se deslizó hacia una bolsa de sombra a un lado. Reith se le unió, demasiado cerca para el gusto de ella; se apartó unos reluctantes centímetros.

—¿Y ahora qué? —preguntó Reith.

—Sígueme a bordo de la barcaza. No digas nada a nadie.

—¿Nadie pondrá objeciones? ¿No van a echarnos?

La muchacha le lanzó una inexpresiva mirada.

—Hay personas que viajan en las barcasas. Así es como conocen los túneles lejanos.

—Ah —dijo Reith—. El ansia Pnumekin de horizontes lejanos: ver otros túneles.

La muchacha le lanzó otra inexpresiva mirada.

—¿Has viajado alguna vez antes en una barcaza?

—No.

—¿Cómo sabes dónde va ésta?

—Va al norte, a las Áreas; no puede ir a ningún otro sitio. —Atisbó en la oscuridad—. Sígueme, y camina con decoro.

Echó a andar a lo largo del muelle, los ojos bajos, avanzando como en sueños. Reith aguardó un instante, luego fue tras ella.

La muchacha se detuvo al lado de la barcaza, miró con ojos vacuos hacia el negro vacío; luego, como maquinalmente, cruzó hacia la embarcación. Trepó por la borda y se mezcló con las sombras de las balas.

Reith la imitó. Los Pnumekin en el muelle, inmersos en sus pensamientos privados, no le prestaron atención. Reith subió a la barcaza y entonces ya no pudo controlar la aceleración de sus pasos mientras se sumergía entre la protectora carga.

Zap 210, tensa como un cable, observó a los trabajadores del muelle. Fue relajándose gradualmente.

—Están de mal humor; de otro modo se hubieran dado cuenta. Los *ghian*, ¿siempre saltan y corren cuando van de un lado para otro?

—No me sorprendería —dijo Reith—. Pero no ha pasado nada. La próxima vez... —Calló en seco. En el extremo más alejado del muelle había una forma oscura. Se agitó, avanzó lentamente hacia la barcaza, y entró en la zona iluminada—. Un Pnume —susurró Reith. Zap 210 guardó silencio.

La criatura avanzó por entre los trabajadores del muelle, que ni siquiera volvieron la vista hacia él. Cruzó lentamente el muelle y se detuvo cerca de la barcaza.

—Nos vio —susurró la muchacha.

Reith aguardó con el corazón bombeando, las heridas doliéndole, los brazos y las piernas flácidos y torpes. No se sentía capaz de sobrevivir a otra lucha.

—¿Sabes nadar? —susurró con voz ronca.

Un jadeo de horror y una mirada hacia el negro vacío.

—¡No!

Reith miró a su alrededor en busca de un arma: un palo, un garfio, una cuerda; no encontró nada.

El Pnume pasó más allá de su radio de visión. Un momento más tarde notaron temblar la barcaza bajo su peso.

—Quítate lo capa —dijo Reith. Se quitó también la suya y, envolviendo con ella el portafolios, lo metió todo en una rendija entre la carga. Zap 210 siguió inmóvil.

—¡Quítate lo capa!

Ella empezó a lloriquear. Reith aplastó la mano contra su boca.

—¡Rápido! —Tiró del lazo de su cuello y, al tocar su barbilla, notó que temblaba. Le arrancó la capa, la puso junto a la suya. La muchacha permanecía casi de rodillas, medio encogida sobre sí misma. Reith, pese a la urgencia del momento, tuvo que resistir un insano deseo de echarse a reír ante la frágil figura adolescente bajo el sombrero negro—. Escucha —dijo roncamente—. Sólo puedo decírtelo una vez. Voy a saltar por la borda. Debes seguirme inmediatamente. Pasa tus brazos en torno a mis hombros. Mantén la cabeza fuera del agua. Sobre todo, no chapotees ni agites la superficie. Estarás segura.

Sin esperar a su confirmación, se deslizó lentamente por el costado de la barcaza. La helada agua ascendió por su cuerpo como un anillo de fuego helado. Zap 210 vaciló solamente un instante, luego pasó también por encima de la borda, seguramente tan sólo porque temía más a los Pnume que al húmedo vacío. Jadeó cuando sus piernas entraron en contacto con el agua.

—¡Silencio! —susurró Reith. Las manos de la muchacha se apoyaron en sus hombros; descendió lentamente en el agua, y el pánico engarfió sus manos en torno al cuello del hombre—. ¡Cuidado! —susurró Reith—. Mantén el rostro hacia abajo. —Se deslizó hasta pegarse al casco y se agarró a un puntal. A menos que alguien o algo se asomara por la borda, eran virtualmente invisibles.

Pasó medio minuto. Las piernas de Reith empezaron a entumecerse. Zap 210 permanecía agarrada a su espalda, la barbilla apoyada casi contra su oreja; podía oír el castañeteo de sus dientes. Su delgado cuerpo se apretaba contra el de Reith, atrapando cálidas bolsas de agua que se alejaban pulsando cuando uno u otro se movían. En una ocasión, cuando era un muchacho, Reith había rescatado a un gato que se ahogaba; como Zap 210, el animal se había aferrado a él con una urgencia desesperada, despertando en Reith un peculiarmente intenso instinto de protección. Sus cuerpos, asustados y empapados, proyectaban el mismo elemental anhelo de vida... Silencio, oscuridad, frío. La pareja en el agua

escuchó... A lo largo de la barcaza se oyó un suave sonido: el cliqueteo de unos pies con dedos córneos. Se detuvo, se reanudó cautelosamente, luego volvió a detenerse, directamente sobre sus cabezas. Alzando la vista, Reith vio los dedos de unos pies, parecidos a garras, aferrados al borde superior de la borda. Tomó una de las manos de Zap 210, la guió hasta el puntal, luego la otra. Una vez libre, se volvió para situarse, en el agua, de espaldas a la barcaza.

Aceitosas ondulaciones se alejaron de él; lentes concéntricas de luz color membrillo se formaron y desaparecieron.

Los dedos sobre la cabeza de Reith cliquetearon en la borda. Estaban cambiando de posición. Reith, esbozando una siniestra sonrisa que exhibió todos sus dientes, levantó bruscamente su brazo derecho. Cogió un delgado y duro tobillo, tiró. El Pnume lanzó un graznido de sorprendida consternación. Se tambaleó hacia delante y por un momento pareció inmovilizarse en un ángulo increíble, casi horizontal, sostenido solamente por la presa de los dedos de sus pies. Luego cayó al agua.

Zap 210 se aferró a Reith.

—No dejes que te toque; te despedazará.

—¿Puede nadar?

—No —dijo ella entre castañeteantes dientes—. Es pesado; se hundirá.

—Trep a mis hombros —dijo Reith—, agárrate a la borda, sube a la barcaza.

Ella se agitó torpemente a sus espaldas. Sus pies empujaron sobre sus hombros; se puso en pie sobre ellos, luego trepó penosamente a la barcaza. Reith se izó laboriosamente tras ella y se tendió en cubierta, completamente agotado.

Finalmente se puso en pie para mirar hacia el muelle. Los Pnumekin seguían trabajando como antes.

Reith volvió a sumergirse en las sombras. Zap 210 no se había movido. Sus ropas se pegaban a su subdesarrollado cuerpo. No dejaba de ser graciosa, reflexionó Reith.

Ella se dio cuenta de su atención y se pegó de espaldas a la carga.

—Quítate la ropa mojada y ponte la capa —sugirió Reith—. Estarás más caliente.

Ella lo miró con aire miserable. Reith se quitó sus propias ropas empapadas. Con un horror casi tan intenso como el que había mostrado hacia el Pnume, ella

se dio precipitadamente la vuelta. Reith halló las energías necesarias para esbozar una triste sonrisa. Vuelta de espaldas, ella se echó la capa sobre los hombros y, de alguna manera, consiguió despojarse del resto de sus ropas.

La barcaza vibró, se bamboleó. Reith miró más allá de la carga y vio que el muelle estaba alejándose. Se convirtió en un oasis de luz en medio de una profunda oscuridad. Muy lejos, allá delante, divisó un difuso resplandor azulado hacia el que se dirigía silenciosa la barcaza.

Estaban en camino. Tras ellos quedaba la Zona de Pagaz y el camino a Posteridad. Delante se abría la oscuridad y las Áreas Septentrionales.

4

La barcaza llevaba una tripulación de dos hombres, que se mantenían en la contrarroda a proa. Allí había como un pequeño camarote, mezcla de comedor y cocina, un islote de débil luz amarilla. Al parecer había al menos otros dos pasajeros a bordo, quizá incluso tres o cuatro, que eran más discretos aún que la tripulación y se dejaban ver solamente en la contrarroda. La comida parecía estar a disposición de todos. Zap 210 no permitió a Reith que fuera a proa a por ella. En un momento en que la cocina no era utilizada, Zap 210 fue hasta allí y se agenció comida para ambos: tortas de hierba del peregrino, unas cosas con forma de ciruela que podían ser tanto frutas como insectos parecidos a sanguijuelas, barritas de pasta de carne, galletitas dulces y saladas de una sustancia delicadamente crujiente que Zap 210 consideró una delicia, pero que dejaron en la boca de Reith un regusto desagradable.

Pasó el tiempo; cuánto era algo que Reith se sentía incapaz de calcular. El lago se convirtió en un río, que a su vez se convirtió en un canal subterráneo de veinte o veinticinco metros de ancho. La barcaza avanzaba sin producir el menor sonido, propulsada, imaginó Reith, por campos eléctricos que envolvían la quilla. Delante de ellos brillaba una débil lucecita azul que servía como indicación para el sensor de rumbo de la barcaza; cuando rebasaban una de esas luces azules, otra parecida brillaba siempre más adelante. A largos intervalos, la barcaza pasaba junto a solitarios muelles, tras los que se abrían incógnitos pasadizos que conducían a lugares desconocidos.

Reith comió y durmió; perdió la cuenta de cuántas veces. Su cosmos era la barcaza, la oscuridad, la invisible agua, la presencia de Zap 210. Sin nada ante él excepto tiempo y aburrimiento, Reith se dedicó a la tarea de explorar la personalidad de la muchacha. Zap 210, por su parte, trataba a Reith con suspicacia, como si rechazara incluso la intimidad de la conversación: una

puñalada y una escrupulosa reserva peculiares en una persona que, por todo lo que sabía, no poseía ni siquiera un conocimiento distorsionado de los procesos sexuales normales. La obra del instinto primordial, meditó Reith. Pero, en conciencia, ¿cómo podía dejarla a sus propios medios en la superficie en una condición tal de inocencia? Por otra parte, la perspectiva de explicarle la biología humana a Zap 210 no era nada cómoda.

La propia Zap 210 no parecía sentirse hastiada en ningún momento del paso del tiempo; dormía o permanecía sentada en la oscuridad como si contemplara el paso de maravillosos panoramas de gran fascinación. Vejado por su autosuficiencia, Reith se le unía ocasionalmente, fingiendo no prestar atención a su ligero movimiento de retroceso. La conversación con Zap 210 no era nunca gratificante. Tenía una serie de inalterables prejuicios acerca de la superficie: temía al cielo, al viento, al espacio del horizonte, a la pálida luz cobriza del sol. Sus anticipaciones eran melancólicas: preveía la muerte bajo la maza de algún aullante bárbaro. Reith intentaba modificar esas visiones, pero no encontraba más que desconfianza.

—¿Crees que ignoramos lo que es la superficie? —preguntó ella con una tranquila ironía—. Los *zuzhma kastchai* saben más que nadie; lo saben todo. El conocimiento es su existencia. Ellos son la vida cerebral de Tschai; Tschai es el cuerpo y los huesos, y los *zuzhma kastchai* son el cerebro.

—Y los Pnumekin: ¿dónde encajan en el cuadro?

—¿Las «personas»? Hace mucho tiempo, los *zuzhma kastchai* brindaron refugio a algunos hombres de la superficie, con algunas hembras y algunas mujeres-madres. Las «personas» probaron su diligencia puliendo piedras y perfeccionando cristales. Los *zuzhma kastchai* proporcionaron la paz, y así ha sido a lo largo de las eras.

—¿Y de dónde vinieron originalmente los hombres, sabes eso?

Zap 210 demostró no estar interesada.

—De los *ghian*, ¿de dónde sí no?

—¿No lo han enseñado acerca del sol y las estrellas y los demás mundos del espacio?

—Enseñan lo que nosotros más deseamos saber, que es el decoro y la buena conducta. —Suspiró ligeramente—. Todo esto ha quedado tras de mí, ha desaparecido; ¡cómo se maravillarán los demás ahora respecto a mí!

Por todo lo que Reith podía comprender, la principal emoción que embargaba a Zap 210 parecía ser su indecorosa conducta.

La barcaza seguía su camino. Los resplandores azules aparecían al frente, se acercaban a ellos y pasaban, y nuevos resplandores brillaban en la distancia. Reith empezó a sentirse intranquilo y agitado. La oscuridad era casi completa, disipada solamente por la vaga luz de la proa. La voz femenina de Zap 210, también no más que una silueta nebulosa, empezó a actuar sobre su imaginación; algunas de sus características adoptaron la semblanza de provocaciones eróticas. Solamente gracias a un consciente esfuerzo racional consiguió mantener su impersonalidad. ¿Cómo, se preguntó a sí mismo, podía provocar o incitar a aquella chiquilla, cuando era totalmente inconsciente de las relaciones hombre-mujer? Cualquier incitación de su subconsciente debía parecerle una peculiar perversión, la forma más exagerada de «conducta indecorosa». Recordó su vitalidad cuando se había aferrado a él en el agua; pensó en el aspecto de su empapado cuerpo; empezó a preguntarse si sus instintos no estarían más despiertos que su razón. Zap 210, si sentía algo más que melancolía y negros presentimientos, no lo evidenciaba, excepto por una cierta mejor disposición a hablar. Habló durante horas, en tono bajo y monocorde, de todo lo que sabía. Había vivido una vida notablemente monótona, pensó Reith, sin experimentar jamás la alegría, la excitación, la frivolidad. Se preguntó cuáles serían sus sueños a imaginaciones, pero de eso ella no dijo nada. Reconoció diferencias en las personalidades de sus compañeros: sutiles variaciones del decoro y la discreción que según ella tenían la misma importancia que los más vehementes rasgos de la personalidad en la superficie. Era consciente de las diferencias biológicas entre macho y hembra, pero al parecer nunca se había preguntado sobre su justificación. Todo muy extraño, meditó Reith. Los Abrigos parecían ser una incubadora para todo tipo de neurosis. Reith no se atrevió a hacer preguntas; cada vez que la conversación rozaba esos temas, ella se volvía instantáneamente taciturna. ¿Acaso los Pnume habían extirpado los impulsos sexuales de los Pnumekin? ¿Administraban depresivos, medicamentos, hormonas, para eliminar la trastornante tendencia a reproducirse en exceso? Reith hizo algunas cautelosas indagaciones, a las que Zap 210 dio unas respuestas tan irrelevantes e

incongruentes que Reith tuvo el convencimiento de que no sabía de qué estaba hablando. De tanto en tanto, admitió Zap 210, algunas personas hallaban los Abrigos demasiado tranquilos; entonces eran enviadas a la superficie, al resplandor, los vientos, las noches vacías con todo el universo expuesto sobre sus cabezas, y no se les permitía regresar nunca abajo.

—Me pregunto por qué ya no siento miedo —dijo—. ¿Es posible que siempre haya tenido tendencias Gzhindra? He oído decir que tanto espacio crea una distracción; no desearía verme afectada por ello.

—Todavía no estamos en la superficie —dijo Reith, a lo que Zap 210 se alzó débilmente de hombros, como si el asunto no fuera de gran importancia.

Respecto a los mecanismos reproductores de los Pnume, no sabía demasiado; no estaba segura de si los Pnume consideraban o no el asunto como un secreto, aunque sospechaba que sí. En cuanto al número relativo de Pnume y Pnumekin, tampoco estaba segura.

—Probablemente haya más *zuzhma kastchai*. Pero a muchos de ellos no se les ve nunca; se mantienen confinados en los Lugares Profundos, donde se guardan las cosas preciosas.

—¿Qué cosas preciosas?

Zap 210 fue nuevamente vaga.

—La historia de Tschai se remonta hacia atrás mucho más allá del pensamiento; sus registros alcanzan también hasta tan lejos. Los *zuzhma kastchai* son meticulosos; conocen todo lo que ha ocurrido. Consideran a Tschai como un gran conservatorio, donde cada cosa, cada árbol, cada roca, es un apreciado testimonio. Ahora hay gente de otros planetas en el *ghian*: de tres tipos distintos, que han venido a dejar sus artefactos.

—¿Tres?

—Los Dirdir, los Chasch, los Wannek.

—¿Y qué hay de los hombres?

—¿Los «hombres»? —Su voz adoptó aquí un tono de duda—. No sé. Quizá los hombres también sean de otros planetas. De ser así, son cuatro los pueblos que habitan ahora la superficie de Tschai. Pero esto ocurrió ya antes; muchas veces ha descendido gente extraña a la superficie del viejo Tschai. Los *zuzhma kastchai* no les dan nunca la bienvenida ni les rechazan; simplemente observan, vigilan. Amplían sus colecciones; llenan los museos de Posteridad; compilan sus

archivos.

Reith empezó a ver a los Pnume bajo una nueva luz.

Al parecer consideraban la superficie de Tschai como un enorme escenario, en el cual se representaban maravillosos dramas que duraban milenios: las guerras de los Viejos Chasch con los Chasch Azules; la invasión Dirdir, seguida por la contrainvasión Wannek; las distintas campañas, batallas, escaramuzas y exterminios; la edificación de ciudades, su desmoronamiento en ruinas, el ir y venir de gente... todo aquello explicaba la aquiescencia de los Pnume a la presencia de razas alienígenas: desde el punto de vista de los Pnume, embellecían la historia de Tschai. En cuanto a la propia Zap 210, Reith le preguntó si tenía la misma opinión sobre Tschai. La muchacha respondió con uno de sus pequeños gestos apáticos; no, para ella no significaba nada; le importaba poco, de una u otra forma. Reith tuvo una repentina intuición de los procesos de su psique. La vida para Zap 210 era una experiencia en cierto modo insípida que había que tolerar. El miedo estaba reservado a lo no familiar; la alegría estaba más allá de toda conjetura. Vio su propia personalidad como debía aparecerse a ella: brusca, brutal, artera, dura a impredecible, en la que había que temer siempre los peores excesos de conducta no decorosa... Una criatura triste, pensó Reith, inofensiva a incolora. Sin embargo, recordando la sensación de su cuerpo aferrado a su cuello, dudó. Las aguas seguían avanzando profundas. En la oscuridad, sin nada en que ocupar su mente, las imaginaciones acudieron a estimularle y a despertar su fervor, a lo que Zap 210, como si captara de alguna manera aquellos trastornos, se retiraba intranquila a las sombras, dejando a Reith hoscamente divertido ante la situación. ¿Qué debía estar pasando por su mente?

Reith inventó un nuevo juego. Intentó distraerla. Inventó grotescos incidentes, situaciones extravagantes, pero Zap 210 era la princesa de cuento de hadas que no sabía reír. Su único placer, por lo que Reith pudo detectar, eran las galletitas agridulces que servían como realce a la por otro lado insípida comida; desgraciadamente, las reservas de estas exquisiteces se agotaron rápidamente, un día o dos después de que subieran a la barcaza. Zap 210 acusó su falta.

—¡Siempre hay *diko* en nuestra dieta... siempre! ¡Alguien ha cometido un estúpido error!

Reith nunca la había visto tan categórica. Se volvió apática, luego nerviosa, y se negó a comer absolutamente nada. Luego se puso nerviosa a irritable, y Reith

se preguntó si el *diko* no contendría alguna droga que creara hábito para despertar un anhelo tan pronunciado.

Durante un período de tiempo que pudo muy bien ser de tres o cuatro días ella no habló absolutamente nada, y se mantuvo tan lejos de Reith como le fue posible, como si hiciera a Reith responsable de sus privaciones, lo cual era realmente el caso, reflexionó Reith. Si él no hubiera irrumpido bruscamente en su fría y gris existencia, hubiera seguido llevando su rutina habitual, mordisqueando *diko* cada vez que le apeteciera. Luego, de pronto, su apatía se esfumó; se volvió casi charlatana; pareció desear consuelo y seguridad, o atención, o... ¿era posible?... afecto. Al menos así le pareció a Reith, que halló la situación tan absurda como cualquier otra de las que había conocido antes.

La barcaza seguía avanzando por la oscuridad, de luz azul a luz azul a luz azul. Cruzaron una cadena de lagos subterráneos, atravesaron silenciosas cavernas consteladas de estalactitas, luego durante largo tiempo —quizá tres días— a lo largo de un camino exactamente recto, con las luces azules espaciadas a intervalos de quince kilómetros. Este camino volvió a dar paso a un conjunto de cavernas, donde vieron de nuevo una serie de solitarios muelles: islas de débil luz amarilla. Luego la barcaza enfiló nuevamente un canal rectilíneo. El viaje se estaba acercando a su fin... la sensación estaba en el aire. La tripulación se movía de una forma algo más decidida, y los pasajeros de la parte de estribor se dirigieron a proa. Zap 210, al regresar de la cocina con comida, anunció con un doloroso murmullo:

—Ya casi hemos llegado a Basan-Gahai.

—¿Y dónde está eso?

—En la parte más alejada del Área. Hemos hecho un largo camino. —Tras unos instantes, añadió con voz suave—: Ha sido un tiempo de paz.

Reith pensó que parecía haber nostalgia en su voz.

—¿Está este lugar cerca de la superficie?

—Es un centro comercial para artículos de las islas de Stang y Hedaijha.

Reith pareció sorprendido.

—Estamos muy al norte.

—Sí. Pero los *zuzhma kastchai* pueden estar esperándonos.

Reith miró ansiosamente hacia delante, a la lejana luz azul de guía.

—¿Por qué deberían estar haciéndolo?

—No lo sé. Quizá no lo hagan.

Luces azules, una tras otra: Reith las vio pasar con creciente tensión. Se sintió cansado, y durmió; cuando despertó, Zap 210 señaló hacia delante.

—Basan-Gahai.

Reith se puso en pie. Ante ellos el resplandor era más fuerte; el agua mostraba un lejano reflejo luminoso. El túnel se ensanchaba con una espectacular majestuosidad; la barcaza seguía avanzando, firme como el destino. Las formas envueltas en capas de la proa se destacaban como negras siluetas contra el gran espacio dorado. Reith sintió alivio y una misteriosa exaltación. El viaje que había empezado en medio del frío y la desesperanza tocaba a su fin. Los lados del túnel, grandes contrafuertes de roca desbastada, empezaban a ser visibles, iluminados a un lado, en negras sombras al otro. La luz dorada parecía neblinosa. Más allá, a través de las quietas aguas, una serie de promontorios blancos se erguían hasta grandes alturas. Zap 210 avanzó lentamente hacia proa, contemplando las luces con arrobada expresión. Reith ya casi había olvidado su apariencia. El delgado rostro, la palidez, los frágiles huesos de la mandíbula y la frente, la recta línea de la nariz y la pálida boca eran tal como las recordaba; además, vio ahora una expresión a la que no supo darle nombre: tristeza, melancolía, preocupación. Ella notó su mirada y se volvió hacia él. Reith se preguntó lo que vio.

El túnel fue ampliándose progresivamente. Ante ellos se abrió un lago, largo y serpenteante. La barcaza avanzó entre visiones de sorprendente belleza. Pequeñas islas quebraban la negra superficie; grandes columnas enguinaldadas de blanco y gris se alzaban hasta el abovedado techo, muy alto sobre sus cabezas. A un kilómetro más adelante, bajo un enorme saliente, apareció un muelle. De una abertura no visible brotaba un rayo de luz dorada, iluminando sesgadamente la caverna.

Reith apenas pudo hablar por la emoción.

—¡Luz solar! —logró exclamar finalmente, con voz ronca.

La barcaza avanzó hacia el muelle. Reith escrutó las paredes de la caverna, intentando descubrir un camino hacia la abertura. Zap 210 dijo suavemente:

—Vas a llamar la atención.

Reith retrocedió de nuevo hasta situarse junto a las balas, y estudió de nuevo el lado de la caverna. Señaló.

—Hay un sendero que conduce hasta la abertura.

—Por supuesto.

Reith siguió con la mirada el camino a lo largo de la pared. Parecía terminar en el muelle, ahora a menos de medio kilómetro de distancia. Observó varias formas envueltas en negras capas: Pnume o Pnumekin, no podía estar seguro. Aguardaban de pie en lo que consideró siniestras actitudes; empezó a sentirse muy intranquilo.

Se dirigió a popa de la barcaza y miró a derecha e izquierda. Se volvió hacia Zap 210.

—Dentro de un par de minutos pasaremos cerca de esa isleta. Quizá será mejor que abandonemos aquí la barcaza. No tengo intención de desembarcar en ese muelle.

Zap 210 se encogió de hombros, fatalista. Fueron a la parte de estribor de la barcaza. La isla, un retorcido muñón de piedra caliza, apareció junto a ellos. Reith dijo:

—Déjate deslizar hasta el agua. No patees ni lo muevas: yo lo mantendré a flote.

Ella le lanzó una inexpresable mirada a hizo lo que le ordenaba. Sujetando el portafolios de cuero azul en alto con una mano, Reith se deslizó al agua al lado de ella. La barcaza se alejó, hacia quien fuera o lo que fuera que esperaba en el muelle.

—Apoya tus manos en mis hombros —dijo Reith—. Mantén el rostro a ras de la superficie del agua.

El suelo no tardó en elevarse bajo sus pies; treparon a la isla. La barcaza había alcanzado ya casi el muelle. Las negras formas se adelantaron. Reith las identificó por su forma de andar como Pnume.

Vadearon desde la isla hasta la orilla, manteniéndose en las zonas de sombra, donde eran invisibles para aquellos que estaban en el muelle, o al menos eso confiaba Reith. A unos treinta metros más arriba se hallaba el sendero que conducía a la abertura. Reith hizo un cauteloso reconocimiento, y empezaron a trepar, arrastrándose sobre detritus, aferrándose a salientes de ágata, apoyándose en rebordes y estribos. Un melancólico ulular resonó sobre las aguas. Zap 210 se puso rígida.

—¿Qué significa eso? —preguntó Reith con voz ronca.

—Debe ser un aviso, o una llamada... no se parece a nada que haya oído nunca en Pagaz.

Siguieron trepando, con las empapadas capas colgando pesadas de sus cuerpos, y finalmente se izaron al sendero. Reith miró a ambos lados; no se veía ninguna criatura viviente. La abertura al mundo exterior estaba solamente a cincuenta metros de distancia. De nuevo sonó el ulular, arrastrando consigo un lamento de urgencia.

Jadeando, tropezando, echaron a correr por el sendero. La abertura se ofrecía ante ellos; vieron el cielo gris dorado de Tschai, donde flotaba un grupo de negras y tumultuosas nubes. Reith lanzó una última mirada sendero abajo. Con la luz del exterior reflejándose en su rostro, con las lágrimas enturbiando su visión, solamente pudo distinguir sombras e imprecisas masas rocosas. El mundo subterráneo era de nuevo un reino remoto y desconocido. Tomó la mano de Zap 210, tiró de ella hacia el exterior. Avanzó lentamente y miró a la superficie del planeta. Estaban a la mitad de la ladera de una rocosa colina que dominaba un amplio valle. En la distancia se veía una tranquila extensión gris: el mar.

Reith lanzó por encima del hombro una última mirada a la abertura, y echó a andar colina abajo. Zap 210, con una dubitativa ojeada al sol, le siguió. Reith se detuvo. Se sacó el odiado sombrero y lo lanzó como si fuera un bumerán por encima de las rocas. Luego tomó el sombrero de Zap 210 a hizo lo mismo, pese a su sorprendida protesta.

5

Para Reith, el descenso hasta el amplio valle bajo la luz marrón dorada de la tarde fue eufórico. Sentía la cabeza ligera; su torpor había desaparecido; se sentía fuerte y ágil y lleno de esperanza; incluso sentía un nuevo y tolerante afecto hacia Zap 210. Una extraña criatura, pensó, observándola subrepticamente, pálida como un fantasma. Se sentía claramente incómoda en aquella repentina amplitud de espacio. Su mirada recorría desde el cielo, resbalando por las laderas de las colinas de ambos lados, hasta el horizonte de lo que Reith había decidido que tenía que ser el Primer Mar.

Alcanzaron el fondo del valle. Un lento riachuelo serpenteaba entre orillas de cañas rojo oscuro. Cerca de él crecía hierba del peregrino, cuyas vainas constituían el alimento básico indispensable en Tschai. Zap 210 contempló las vainas gris verdosas con un cierto escepticismo, incapaz de reconocer las secas obleas que eran importadas a los Abrigos. Comió con un fatalista desinterés.

Reith la vio mirar hacia atrás, hacia el camino por el que habían venido, con lo que le pareció una cierta añoranza.

—¿Echas a faltar los Abrigos? —preguntó.

Zap 210 se pensó su respuesta.

—Tengo miedo —dijo finalmente—. Podemos ver en todas direcciones. Quizá los *zuzhma kastchai* nos estén observando desde el acceso. Pueden enviar tras nuestro rastro a las jaurías nocturnas.

Reith alzó la vista hacia la abertura: una sombra, casi invisible desde el lugar donde estaban sentados. No pudo detectar ningún indicio de escrutinio; parecían estar completamente solos en el abierto valle. Pero no podía estar seguro. Podía haber ojos espiándoles desde la abertura, invisibles tras las capas negras. Miró de nuevo a Zap 210. Era casi seguro que se negaría a despojarse de sus ropas... Reith se puso en pie.

—Se está haciendo tarde; quizá podamos encontrar un poblado junto a la orilla.

A tres kilómetros río abajo éste se ensanchaba, convirtiéndose en un pantano. En la orilla opuesta crecía un denso bosque de enormes dyans, con los troncos del linde ligeramente inclinados hacia fuera. Reith había visto un bosque parecido antes; era, sospechaba, un bosquecillo sagrado de los Khor, un pueblo truculento que vivía en la orilla sur del Primer Mar.

La presencia del bosquecillo sagrado, si realmente lo era, hizo detenerse a Reith. Un encuentro con los Khor daría inmediatamente razones a Zap 210 para confirmar sus temores relativos al *ghaun* y las desagradables costumbres de sus moradores.

Por el momento no había Khor a la vista. Siguieron la orilla del pantano y llegaron a un montículo que dominaba un centenar de metros de lodosa llanura, con el tranquilo Primer Mar más allá. Muy lejos a derecha a izquierda se divisaban desmoronantes promontorios grises, casi perdidos en la calina del atardecer. En algún lugar al sudoeste, quizá no demasiado lejos, debían estar los Carabas, donde los hombres buscaban sequins y los Dirdir cazaban.

Reith miró a uno y otro lado de la costa, intentando orientarse por puro instinto. Zap 210 miraba hoscamente al mar, preguntándose lo que le depararía el futuro. A un kilómetro o así siguiendo la línea de la costa, hacia el sudeste, Reith divisó la irregular protuberancia de un malecón que se extendía como un dedo por entre la lodosa llanura y penetraba en el mar; a su extremo había amarrados media docena de botes. Un promontorio aislado del terreno ocultaba el poblado que debía haber al otro lado, junto al malecón.

Los Khor, aunque no automáticamente hostiles, vivían en medio de una complicada etiqueta, cuyas transgresiones no eran toleradas. La ignorancia de un extraño no recibía ninguna simpatía; las reglas eran explícitas. En consecuencia, una visita a los Khor podía revelarse incierta.

—No me atrevo a arriesgarme a acudir a los Khor —dijo Reith. Se volvió para mirar a lo largo de las desoladas colinas—. Sivi she se halla a mucha distancia al sur. Tendremos que encaminarnos al cabo Braise. Si conseguimos llegar Allí podremos tomar pasaje en algún barco con destino a la costa oeste, aunque por ahora no sé qué vamos a poder utilizar como moneda.

Zap 210 lo miró con sorpresa, la boca muy abierta.

—¿Quieres que yo vaya contigo?

De modo que ésta era la explicación de sus melancólicas inspecciones del entorno, pensó Reith.

—¿Acaso tienes otros planes? —preguntó.

Ella frunció hoscamente los labios.

—Pensé que desearías proseguir el camino solo.

—¿Y abandonarte a tus propios medios? No ibas a desenvolverte muy bien.

Ella le miró con una sardónica especulación, preguntándose por la razón de sus preocupaciones.

—Hay una gran cantidad de «conducta no decorosa» aquí en la superficie —dijo Reith—. No creo que lo guste.

—Oh.

—Tendremos que ser prudentes. Esas capas... será mejor que nos las quitemos.

Zap 210 lo miró asombrada.

—¿Y seguir sin ropas?

—No, sólo sin las capas. Atraen la atención y la hostilidad. No queremos ser tomados por Gzhindra.

—¡Pero eso es lo que somos!

—En Sivishe puedes decidir lo que quieras al respecto. Si llegamos hasta allí, por supuesto. No va a ayudarnos en nada el pretender ser Gzhindra. —Se quitó la capa. Con el rostro furiosamente vuelto a un lado, ella hizo lo mismo, y se quedó allí de pie, enfundada en sus ropas grises.

Reith enrolló las capas formando un hatillo.

—Puede que haga frío por las noches; las llevaremos con nosotros.

Tomó el portafolios azul, que ahora representaba un exceso de equipaje. Dudó unos instantes, y finalmente lo deslizó entre la tela y el forro de su chaqueta.

Echaron a andar hacia el noroeste a lo largo de la orilla. Tras ellos, el bosquecillo Khor se convirtió en una mancha oscura; el lejano promontorio fue haciéndose mayor y más oscuro. Carina 4269 fue descendiendo en el cielo, y su luz adquirió una intensidad propia de última hora de la tarde. Hacia el norte, sin embargo, un banco de nubes negro-púrpuras amenazaba con la inminencia de una de las repentinas tormentas de Tschai. Las nubes avanzaban

inexorablemente hacia el sur, ahogando y medio ocultando los espasmos de las descargas eléctricas. El cielo bajo ellas resplandecía con el lustre negro del grafito. Allá delante, cerca del promontorio rocoso, apareció otro bosquecillo de dyans. ¿De nuevo un bosquecillo sagrado? Reith miró a su alrededor, pero no vio ningún poblado Khor.

El bosquecillo se alzaba ominoso ante ellos, con los árboles de su linde tendiendo hacia fuera y sus frondas colgando como una gran sombrilla. Evidentemente el promontorio ocultaba un poblado, pero por el momento ellos eran las únicas criaturas animadas bajo el cielo medio negro, medio marrón dorado.

Reith no compartió ninguno de sus temores con Zap 210, bastante ocupada con los suyos propios. La exposición a la luz solar había enrojecido su cutis. Enfundada en sus ligeras y casi translúcidas ropas grises, con el negro pelo empezando a rizarse en su frente y junto a sus orejas, parecía una persona distinta a la pálida criatura asustada que Reith había encontrado en el refectorio de Pagaz... ¿Era un engaño de su imaginación, o el cuerpo de la muchacha parecía haberse desarrollado en algunos lugares muy determinados? Ella observó su examen y le devolvió una mirada entre avergonzada y desafiante.

—¿Por qué me miras así?

—Por ninguna razón en particular. Excepto que pareces distinta ahora a como te conocí la primera vez. Distinta y mejor.

—No sé lo que quieres dar a entender —restalló ella—. Estás diciendo tonterías.

—Supongo que sí... Uno de estos días, no ahora precisamente, te explicaré cómo es la vida en la superficie. Las costumbres son más complicadas... más íntimas, incluso menos «decorosas»... que en los Abrigos.

—Hummm —zumbó Zap 210—. ¿Por qué nos dirigimos al bosque? ¿No es otro lugar secreto?

—No lo sé. —Reith señaló hacia las nubes—. ¿Ves eso que cuelga ahí debajo? Es lluvia. Bajo los árboles tal vez podamos mantenernos secos. Además, pronto será de noche, y aparecerán las jaurías nocturnas. No tenemos armas. Si trepamos a un árbol, estaremos seguros.

Zap 210 no hizo más comentarios; se acercaron al bosquecillo.

Los dyans se alzaban altos sobre sus cabezas. Se detuvieron en la primera

hilera para escuchar, pero no oyeron más que el respirar del viento procedente de la cercana tormenta.

Entraron paso a paso en el bosque. La luz del sol que brillaba por entre las nubes proyectaba un centenar de lanzas de luminosidad oro oscuro; Reith y Zap 210 caminaron entre zonas de luz y sombra. Las ramas más cercanas estaban a una treintena de metros sobre ellos; era imposible trepar a los árboles; el bosque ofrecía una precaria seguridad contra las jaurías nocturnas, no mucho mayor que el terreno abierto... Zap 210 se detuvo en seco y pareció escuchar. Reith no pudo oír nada.

—¿Has escuchado algo?

—Nada. —Pero la muchacha siguió atenta, mirando en todas direcciones. Reith empezó a ponerse nervioso, preguntándose qué era lo que sentía Zap 210 que él no podía percibir.

Siguieron avanzando, cautelosos como gatos, manteniéndose ahora en las sombras. Ante ellos se abrió un claro libre de árboles, protegido por un techo continuo de follaje. Contemplaron una zona circular que contenía cuatro chozas, una plataforma baja central. La corteza de los árboles que las rodeaban había sido tallada con formas de hombres y mujeres, una pareja en cada árbol. Los hombres eran representados con largas y recias mandíbulas, frentes estrechas, mejillas y ojos abultados; las mujeres exhibían largas narices y labios hendididos en amplias sonrisas. Ninguno de ellos se parecía a los típicos hombres y mujeres Khor, que, según recordaba Reith, eran casi exactos entre sí en estatura, fisonomía y atuendos. Las actitudes, convencionales y rígidas, expresaban el acto de la copulación. Reith miró de reojo a Zap 210, que parecía completamente desconcertada. Decidió que la muchacha había interpretado las explícitas actitudes como representaciones de algún extraño deporte, o simple «conducta no decorosa».

Las nubes ahogaron el sol. El claro se sumió en la penumbra; unas gotas de lluvia alcanzaron sus rostros. Reith estudió las chozas. Estaban construidas según el estilo habitual de los Khor, ladrillos marrón mate con negros techos cónicos de hierro. Había cuatro, formando, un cuadrado en medio del claro. Parecían estar vacías... Reith se preguntó qué contendrían.

—Espera aquí —susurró a Zap 210, y corrió agazapado hacia la choza más próxima. Escuchó: ningún sonido. Probó la puerta, que cedió fácilmente. El

interior exhaló un olor intenso, casi un hedor, de piel mal curtida, resina, musgo. En un perchero había varias docenas de máscaras de madera tallada, idénticas a los rostros masculinos esculpidos en los árboles. Dos bancos ocupaban el centro de la estancia; no se veían ni armas, ni ropas, ni artículos de valor. Reith regresó junto a Zap 210 para encontrarla examinando atentamente los tallados troncos, las cejas alzadas en evidente desagrado.

Un relámpago carmesí invadió el cielo, seguido casi inmediatamente por el resonar del trueno; la lluvia empezó a caer a torrentes. Reith condujo corriendo a la muchacha hasta la choza. Entraron y se detuvieron, con la lluvia golpeteando sobre el techo de hierro.

—Los Khor son una gente impredecible —dijo Reith—, pero no puedo imaginarlos visitando su bosquecillo en una noche como ésta.

—¿Por qué tendrían que venir, aunque fuera en cualquier otro momento? —murmuró Zap 210, malhumorada—. Aquí no hay nada excepto esos grotescos danzarines. ¿Acaso ése es el aspecto de los Khor?

Reith comprendió que la muchacha se refería a las figuras talladas en los troncos.

—En absoluto —dijo—. Soy una gente de piel amarilla, muy precisa y formal. Los hombres y las mujeres se parecen mucho entre sí, tanto en apariencia como en disposición. —Intentó recordar lo que le había dicho Anacho: «Una gente sorprendentemente secreta, con costumbres secretas, distintas de día que de noche, o al menos eso es lo que se dice. Cada individuo posee dos almas que vienen y van con el amanecer y el anochecer; el cuerpo contiene dos personas distintas». Más tarde, Anacho había advertido: ¡Los Khor son tan sensibles como las serpientes de especia! No habléis con ellos; no les prestéis atención excepto en caso de necesidad, en cuyo caso debéis utilizar el menor número posible de palabras. Consideran la locuacidad como un crimen contra la naturaleza... Nunca demostréis la presencia de una mujer, no miréis a sus niños: sospecharán que les estáis lanzando una maldición. ¡Y por encima de todo ignorad sus bosquecillos sagrados! Su arma es el dardo de hierro, que lanzan con extrema precisión. Son una gente peligrosa...

Reith repitió las advertencias del mejor modo que pudo recordarlas; Zap 210 fue a sentarse en uno de los bancos.

—Échate —dijo Reith—. Intenta dormir.

—¿Con el ruido de la tormenta, y con este horrible hedor por todas partes? —protestó Zap 210—. ¿Son así todas las casas del *ghaun*?

—No todas —murmuró Reith. Fue a mirar por la puerta. Las alteraciones causadas por los relámpagos y el ocaso sobre los árboles causaban la ilusión de una frenética orgía erótica. Zap 210 no tardaría en hacer preguntas que Reith no sentía ningún deseo de responder... Sobre el techo repiqueteó una repentina granizada y luego, bruscamente, la tormenta hubo pasado, y no pudo oírse nada excepto el viento suspirando entre las hojas de los dyans.

Reith regresó al centro de la choza. Dijo, con una voz que sonó falsa incluso a sus propios oídos:

—Ahora puedes descansar; al menos ya no hay ruido.

Ella emitió un sonido apagado que Reith fue incapaz de interpretar, y se dirigió hacia la puerta. Volvió la vista hacia Reith.

—Alguien se acerca.

Reith se apresuró a su lado y miró fuera. Al otro lado del claro se erguía una figura vestida con atuendos Khor: Reith no pudo determinar si era hombre o mujer. Se metió en la choza directamente opuesta a la que estaban ellos.

—Será mejor que nos vayamos mientras tenemos la oportunidad —dijo Reith a Zap 210.

Ella le hizo retroceder.

—¡No, no! Ahí viene otro.

El segundo Khor entró en el claro y alzó la vista al cielo. El primero salió de la choza llevando una antorcha encendida al extremo de una pértiga, y el segundo corrió rápidamente hacia la choza en la que se hallaban Reith y Zap 210. El primero pareció ignorarle. Apenas entró el Khor, Reith, ignorando todas las reglas de la galantería, le golpeó fuertemente; en un caso así hombre y mujer eran lo mismo. El Khor se derrumbó inerte. Reith se inclinó sobre él: era un hombre. Le arrancó la capa, ató sus manos y sus pies con los cordones de sus sandalias, y lo amordazó con la manga de su chaquetilla negra. Con la ayuda de Zap 210 arrastró al hombre hasta detrás del perchero con las máscaras. Allí Reith registró rápidamente el inerte cuerpo, encontrando un par de dardos de hierro, una daga y una bolsa de piel blanda conteniendo sequins, que Reith se apropió, no sin un cierto sentimiento de culpabilidad.

Zap 210 permanecía de pie junto a la puerta, contemplando fascinada el

exterior. El primero en llegar había sido una mujer. Llevando una máscara femenina y un atuendo blanco, permanecía de pie junto a la antorcha que había clavado en uno de los soportes cercanos a la plataforma central. Si se sentía perpleja por la desaparición del hombre que había entrado en la choza, no lo aparentaba.

Reith miró también al exterior.

—Bien; mientras solamente sea una mujer...

—¡No! Vienen más.

Tres personas aparecieron separadamente en el claro, dirigiéndose a las otras tres chozas. Una de ellas, revestida con una máscara femenina y una túnica blanca, emergió con otra antorcha, que colocó en un soporte, y se inmobilizó como la primera. Las otras dos salieron un poco después, llevando máscaras masculinas y túnicas blancas como las de las mujeres. Se dirigieron a la plataforma central y se situaron cerca de las mujeres, que no hicieron ningún movimiento.

Reith empezó a comprender algo de la finalidad del bosquecillo sagrado. Zap 210 seguía mirando, fascinada.

Reith se puso nervioso. Si los acontecimientos proseguían tal como sospechaba, iba a sentirse impresionada y horrorizada.

Aparecieron otras tres personas. Una de ellas se dirigió a la choza donde estaban Reith y Zap 210; Reith intentó hacer con él lo mismo que había hecho con el otro; pero esta vez el golpe no fue lo suficientemente rápido y el hombre cayó con un gruñido de sorpresa. Reith estuvo inmediatamente sobre él y sofocó sus posibles gritos hasta que se desvaneció. Utilizando como antes los cordones de sus zapatos y su capa, lo ató y amordazó, y le despojó también de su bolsa.

—Lamento convertirme en un ladrón —dijo Reith—, pero mi necesidad es mucho más grande que la tuya.

Zap 210, de pie junto a la puerta, lanzó un sorprendido jadeo. Reith acudió a mirar. Las mujeres —ahora eran tres— se habían despojado de sus ropas y ahora estaban desnudas. Empezaron a cantar, un canto sin palabras, dulce, suave, insistente. Los tres hombres con sus máscaras masculinas empezaron a girar lentamente en torno a la plataforma.

Zap 210 murmuró, casi sin aliento:

—¿Qué están haciendo? ¿Por qué exhiben sus cuerpos? ¡Nunca había visto

nada parecido!

—Es sólo su religión —dijo Reith nerviosamente—. No mires. Ve a acostarte. Duerme. Tienes que estar agotada.

Ella le lanzó una franca mirada de sorpresa y desconfianza.

—No has respondido a mi pregunta. Me siento muy embarazada. Nunca antes había visto a una persona desnuda. ¿Son toda la gente del *ghaun* así... tan poco decorosa? Y el canto: estremece oírlo. ¿Qué pretenden hacer?

Reith intentó mantener su pose.

—¿No sería mejor que durmieras? Esos ritos no harán otra cosa más que aburrirte.

—¡No me aburren! ¡Estoy sorprendida de que la gente pueda ser tan osada! ¡Y mira! ¡Los hombres!

Reith inspiró profundamente y llegó a una decisión desesperada.

—Ven aquí. —Le tendió una máscara femenina—. Ponte esto.

Ella retrocedió, entre asombrada y asustada.

—¿Para qué?

Reith tomó una máscara masculina y la ajustó sobre su propio rostro.

—Nos vamos —dijo.

—Pero... —La muchacha se volvió fascinada hacia la plataforma.

Reith le hizo dar media vuelta, le puso uno de los sombreros Khor en la cabeza, se encasquetó otro, examinó el efecto.

—Van a vernos —dijo Zap 210—. Nos perseguirán y nos matarán.

—Quizás —admitió Reith—. De todos modos, será mejor que nos vayamos. —Miró a su alrededor, escrutando el claro—. Ve tú primero. Camina hacia la parte de atrás de la choza. Yo iré tras de ti.

Zap 210 salió de la choza. Las mujeres en la plataforma cantaban con una urgencia casi insoportable; los hombres estaban ahora también desnudos.

Reith se reunió con Zap 210 en la parte de atrás de la choza. ¿Habían sido observados? El canto proseguía, ascendiendo y descendiendo.

—Camina hacia la salida del bosque. No mires atrás.

—Esto es ridículo —murmuró Zap 210—. ¿Por qué no debo mirar atrás? —Pero avanzó hacia los árboles, con Reith a cinco metros a sus espaldas. De la choza les llegó un salvaje grito de furia. El canto se interrumpió en seco. Hubo un sorprendido silencio.

—¡Corre! —dijo Reith. Huyeron a través del bosquecillo sagrado, arrojando a un lado sombreros y máscaras. Tras ellos se oyeron llamadas de apasionada furia, pero, quizá frenados por su desnudez, los Khor no se lanzaron en su persecución^[13].

Reith y Zap 210 llegaron al lindero del bosque. Se detuvieron para recuperar el aliento. A medio camino en su ascensión en el cielo, la luna azul brillaba por entre unas pocas nubes deshilachadas; el resto del cielo estaba despejado.

Zap 210 alzó la vista.

—¿Qué son esas pequeñas luces?

—Las estrellas —dijo Reith—. Soles muy lejanos. La mayor parte de ellos controlan una familia de planetas. Los hombres vinieron de un mundo llamado Tierra: tus antepasados, los míos, incluso los antepasados de los Khor. La tierra es el mundo de los hombres.

—¿Cómo sabes todo esto? —preguntó Zap 210.

—Algún día te lo contaré. Pero no esta noche.

Echaron a andar bajo el estrellado cielo, y algo en las circunstancias que les rodeaban situó a Reith en un extraño marco mental. Era como si fuera de nuevo joven y estuviera caminando sin rumbo fijo por una pradera de la Tierra iluminada por la luz de las estrellas con una esbelta muchacha de la que se había enamorado. Tan intenso se hizo el sueño, o la alucinación, o lo que fuera que se había apoderado de él, que tendió la mano y cogió la de Zap 210, que le seguía penosamente. Ella le lanzó una extraña mirada desaprobadora, pero no protestó: aquél era otro aspecto incomprensible del sorprendente *ghaun*.

Siguieron así durante un rato. Luego, gradualmente, Reith fue recuperando sus sentidos. Estaba caminando por la superficie de Tschai; su compañera... Dejó el pensamiento incompleto por una variada serie de razones. Como si hubiera captado el cambio de su estado de ánimo, Zap 210 retiró irritadamente su mano; quizá por un cierto espacio de tiempo ella también hubiera estado soñando.

Siguieron caminando en silencio. Finalmente, con la luna azul colgando directamente sobre sus cabezas, alcanzaron el promontorio de piedra caliza, y encontraron una protectora oquedad en su base. Envolviéndose en sus capas, se acurrucaron contra un montón de arena... Reith no pudo dormir. Permaneció tendido, mirando al cielo y escuchando el sonido de la respiración de la

muchacha. Como él, permanecía despierta. ¿Por qué se había sentido tan urgentemente impulsado a abandonar el bosquecillo Khor, a riesgo de ser perseguidos y muertos? ¿Para proteger la inocencia de la muchacha? Ridículo. Intentó escrutar su rostro, una mancha pálida a la luz de la luna, vuelto hacia él.

—No puedo dormir —dijo ella con voz suave—. Estoy demasiado cansada. La superficie me asusta.

—A veces también me asusta a mí —dijo Reith—. ¿Preferirías volver a los Abrigos?

Como siempre, ella dio una respuesta tangencial.

—No puedo comprender lo que veo; no puedo comprenderme a mí misma... Nunca había oído un canto como ése.

—Cantan canciones que no cambian nunca —dijo Reith—. Canciones que tal vez procedan incluso de la vieja Tierra.

—¿Se exhibieron sin ropas! ¿Es así como actúa la gente de la superficie?

—No todos —dijo Reith.

—Entonces, ¿por qué actuaban de esa forma?

Más pronto o más tarde, pensó Reith, la muchacha iba a tener que aprender los procesos de la biología humana. Pero no esta noche. ¡No esta noche!

—La desnudez no significa mucho —murmuró—. Todos tenemos un cuerpo muy parecido al de los demás.

—¿Pero por qué querrían exhibirse así? En los Abrigos siempre permanecemos cubiertos, a intentamos evitar la «conducta indecorosa».

—¿Qué es exactamente la «conducta indecorosa»?

—La intimidad vulgar. La gente que toca a otra gente y juega con ella. Todo eso es completamente ridículo.

Reith eligió sus palabras con cuidado.

—Tal vez ésta sea la conducta humana normal... como tener hambre o algo parecido. ¿Tú nunca has sido «indecorosa»?

—¡Por supuesto que no!

—¿Ni siquiera has pensado en ello?

—Una no puede evitar el pensar.

—¿Nunca ha habido ningún joven con quien hayas deseado especialmente ser amiga?

—¡Nunca! —Zap 210 estaba escandalizada.

—Bueno, ahora estás en la superficie, y puede que las cosas sean un poco distintas. Será mejor que duermas. Mañana tendremos a todo un poblado de Khor persiguiéndonos.

Reith se quedó finalmente dormido. Despertó una vez para descubrir que la luna azul había desaparecido y que el cielo estaba completamente oscuro excepto la luz de las constelaciones. Desde muy lejos le llegó el triste ulular de las jaurías nocturnas. Cuando volvió a arrebujarse en su capa Zap 210 dijo en un susurro soñoliento:

—El cielo me asusta.

Reith se acercó más a ella, involuntariamente, o así le pareció, tendió la mano para acariciar su cabeza, su ahora suave y denso pelo. Ella suspiró y se relajó, despertando en Reith un embarazoso sentimiento de protección.

Transcurrió la noche. Un resplandor rojizo apareció por el este, pasando al lila y destiñendo hacia un amanecer color miel. Mientras Zap 210 seguía acurrucada en su capa, Reith investigó las bolsas que había tomado de los Khor. Se sintió complacido al descubrir sequins por valor de noventa y cinco: más de lo que había esperado. Desechó los dardos, una especie de afiladas agujas de hierro de veinte centímetros de largo con una cola de piel; se metió la daga en el cinturón.

Ascendieron el promontorio, y no tardaron en llegar a su cresta. Carina 4269, cada vez más alto a sus espaldas, lanzó su resplandor por toda la orilla, revelando otra extensión de playa y lodosas llanuras, con a lo lejos otro promontorio muy semejante al que tenían bajo sus pies. El poblado Khor ocupaba la ladera de una colina a algo más de un kilómetro a su izquierda. Casi a sus pies, un malecón zigzagueaba por la lodosa llanura y penetraba en el mar: una precaria construcción de pilones, cuerdas y planchas, vibrando a la corriente que torbellineaba en torno a la base del promontorio. Había media docena de botes amarrados a los pilones: embarcaciones de doble proa, altas en ambos extremos como esquifes provistos de mástiles. Reith miró hacia el poblado. Unas cuantas volutas de humo se elevaban hacia el cielo desde los negros techos de hierro; aparte esto no se veía ninguna otra actividad. Reith volvió su inspección a los botes.

—Es más fácil navegar que caminar —dijo a Zap 210—. Y parece que hay un buen viento junto a la costa.

—¿Adentrarnos en esa enorme y vacía desolación? —dijo Zap 210, consternada.

—Cuanto más vacía mejor —dijo Reith—. El mar no me preocupa; es la gente que navega por él... Lo cual puede decirse también de tierra firme, por supuesto. —Empezó a descender la ladera; Zap 210 le siguió. Alcanzaron el extremo del malecón y echaron a andar por la irregular tablazón. De algún lugar cercano les llegó un aullido de furia. Vieron a un muchacho casi adolescente echar a correr hacia el poblado.

Reith echó a correr también.

—¡Apresúrate, rápido! No tenemos mucho tiempo.

Zap 210 le siguió, jadeante. Ambos alcanzaron el otro extremo del malecón.

—¡No vamos a poder escapar! Nos seguirán con los botes.

—No —dijo Reith—. Creo que no. —Miró los botes, uno tras otro, y eligió el que parecía más sólido. Frente al poblado aparecieron excitadas formas negras que se reunieron en un grupo; una docena de ellas echaron a correr hacia el malecón, seguidas por otras.

—Salta al bote —dijo Reith—. ¡Despliega la vela!

—Es demasiado tarde —exclamó Zap 210—. Nunca escaparemos.

—No es demasiado tarde. ¡Despliega la vela!

—No sé cómo se hace.

—Tira de la cuerda que sube por el lado del mástil.

Zap 210 saltó al interior del bote y probó de seguir las instrucciones de Reith. Mientras tanto, Reith corrió a lo largo del malecón soltando las amarras de los demás botes. Siguiendo el impulso de la corriente, empujados por la brisa hacia mar abierto, se alejaron lentamente del muelle.

Reith volvió junto a donde Zap 210 forcejeaba desesperadamente con la driza. Tiraba con todas sus fuerzas, pero lo único que había conseguido era enredar la verga mayor bajo el estay del trinquete. Reith lanzó una última mirada a los habitantes del poblado que acudían gritando, luego saltó al bote y soltó amarras.

No había tiempo de desenredar la verga; Reith tomó los remos, los fijó en las chumaceras y empezó a remar. Los aullantes Khor llegaban ya por el vacilante malecón. Se detuvieron y lanzaron sus dardos; la nube de hierro partió en enjambre, golpeando el agua a unos inquietantes tres o cuatro metros de la popa

del bote. Reith manejó los remos con redoblada energía, luego empezó a largar la vela. Liberó la verga, la vela se desplegó con un chasquido y se hinchó al viento; el bote cabeceó y surcó el agua. Los Khor permanecieron silenciosos en el malecón, observando alejarse sus botes.

Reith puso rumbo directamente a mar abierto. Zap 210 permanecía acurrucada en el centro del bote. Finalmente hizo una débil protesta:

—¿Es juicioso alejarse tanto de tierra?

—Muy juicioso. De otro modo los Khor podrían seguirnos por la orilla y matarnos cuando desembarcáramos.

—Nunca había visto una extensión tan grande. Es enorme... asusta.

—Por otra parte, nuestra condición es mejor que la de ayer a esta misma hora. ¿Tienes hambre?

—Sí.

—Mira lo que hay en ese cofre de ahí. Puede que tengamos suerte.

Zap 210 fue a proa y abrió el cofre indicado por Reith, donde, entre trozos de cuerda y herramientas, velas de repuesto y una linterna, encontró una cantimplora con agua y una bolsa de galletas de hierba del peregrino seca. Con la orilla convertida en una mancha imprecisa, Reith hizo girar el bote hacia el noroeste, encarando al viento la rudimentaria vela.

Durante todo el día sopló viento favorable. Reith mantuvo el rumbo hasta alejarse unos quince kilómetros de la orilla, mucho más allá del alcance de la visión de los Khor. Aparecieron algunos promontorios en la neblinosa distancia, luego se empequeñecieron y desaparecieron.

A medida que transcurría la tarde el viento se incrementó, alzando festones de espuma en las olas del oscuro mar. Las cuerdas crujían, las velas estaban hinchadas, la embarcación cabalgaba subiendo y bajando sobre las olas, la espuma burbujeaba en la estela, y Reith se alegraba de cada kilómetro que dejaban tan rápidamente atrás.

Carina 4269 se hundió tras las colinas de tierra firme; el viento murió, y el bote perdió velocidad. Llegó la oscuridad; Zap 210 se acurrucó temerosa en el asiento central, oprimida por la enorme extensión del cielo. Reith perdió la paciencia con sus temores. Bajó la verga a media altura del mástil, fijó el timón, se acomodó de la mejor manera posible y durmió.

Una fría brisa matutina le despertó. Tambaleándose en la semioscuridad que

precede al alba, consiguió izar la vela; luego fue a popa, donde manejó medio dormido el timón hasta que salió el sol.

Hacia el mediodía descubrió un dedo de tierra que se adentraba en el mar; llevó el bote hasta la orilla en una deprimente playa gris y salió a explorar. Encontró un riachuelo, unas matas con unas bayas de color púrpura, y la sempiterna hierba del peregrino. En el riachuelo observó un cierto número de criaturas parecidas a crustáceos, pero no se decidió a cogerlas.

A media tarde salieron de nuevo al mar, y Reith utilizó los remos para empujar el bote fuera de la playa. Rodearon el cabo, para encontrar una orilla de un aspecto completamente distinto. Las playas grises y las lodosas llanuras se convirtieron en una estrecha franja de guijarros, tras la cual se alzaban desnudas colinas rojas, y Reith, situándose a favor del viento, se dirigió nuevamente hacia mar abierto.

Una hora antes del anochecer apareció en el horizonte al nordeste un barco largo y bajo, con un siniestro parecido a los galeones piratas del Draschade. Esperando mantenerlos alejados, Reith varió el rumbo hacia el sur. El barco alteró también el rumbo, sin que Reith pudiera estar seguro o no de que se trataba de una coincidencia. Encaminó directamente el bote hacia la orilla, ahora a unos quince kilómetros de distancia; el barco pareció alterar también el rumbo. Sintiendo una opresión en el pecho, Reith comprendió que iban a ser alcanzados. Zap 210 observaba con los hombros hundidos; Reith se preguntó qué haría si el barco les alcanzaba realmente. Ella no sabía qué esperar: y ahora no era precisamente el momento de explicárselo. Reith decidió que la mataría en el caso de que la captura se hiciese inevitable. Luego cambió de opinión: saltarían por la borda y se ahogarían juntos... Poco práctico también: mientras hay vida hay esperanza.

El sol se hundió tras el horizonte; el viento, como la tarde anterior, disminuyó. El anochecer trajo una calma chicha, con la dos embarcaciones agitándose impotentes en las olas.

Reith tomó los remos. Mientras el ocaso se asentaba sobre el océano, se alejó del inmóvil barco pirata en dirección a la orilla. Remó durante toda la noche. Salió la luna rosa, seguida por la luna azul, proyectando trémulas estrías de luz sobre el agua.

Ante ellos, una de las estrías moría en una masa completamente negra: la

orilla. Reith dejó de remar. Muy a lo lejos, al oeste, vio una trémula luz; en dirección al mar todo estaba oscuro. Echó el ancla y arrió la vela. Comieron bayas y hierba del peregrino, luego se tendieron para dormir sobre las velas en el fondo del bote.

Por la mañana sopló una brisa del este. El bote permanecía anclado a un centenar de metros de la orilla, a una profundidad de escasamente un metro. El galeón pirata, si lo era, no se veía por ninguna parte. Reith levó el ancla e izó la vela; el bote inició una vez más, bamboleándose, su navegación.

Cauteloso tras los acontecimientos de la tarde anterior, Reith navegó a tan sólo medio kilómetro de la orilla hasta que cesó el viento, a media tarde. Al norte, un banco de nubes presagiaba tormenta; tomando los remos, Reith empujó el bote hasta una laguna en la boca de un lento río. A un lado de la laguna flotaba una balsa de cañas secas, sobre la que dos muchachos, sentados, estaban pescando. Tras una agitación inicial, contemplaron la aproximación del bote con una actitud de indiferencia.

Reith paró de remar para estudiar la situación. La despreocupación de los muchachos no parecía natural. En Tschai los acontecimientos desacostumbrados casi siempre presagiaban peligro. Reith remó cautelosamente hasta alcanzar una distancia de conversación. A unos treinta metros más allá, en la orilla, había sentados tres hombres, también pescando. Parecían Grises: una gente de corta estatura, robusta, con rostros de rasgos firmes, escaso pelo castaño y piel grisácea. Al menos, pensó Reith, no eran Khor, y en consecuencia no automáticamente hostiles.

Reith dejó derivar el bote. Preguntó:

—¿Hay alguna ciudad cerca?

Uno de los muchachos señaló con el dedo al otro lado de las cañas, hacia un bosquecillo de ouingas púrpuras.

—AL otro lado.

—¿Qué ciudad es?

—Zsafathra.

—¿Hay allí alguna posada a hostería donde podamos encontrar acomodo?

—Pregunta a los hombres de la orilla.

Reith empujó el bote hacia allá. Uno de los hombres exclamó irritado:

—¡Cuidado con los remolinos! ¡Vas a asustar a todos los gobbluchs de la laguna!

—Lo siento —dijo Reith—. ¿Es posible encontrar alojamiento en vuestra ciudad?

Los hombres lo contemplaron con una curiosidad impersonal.

—¿Qué hacéis aquí en esta costa?

—Somos viajeros del sur de Kislovan que volvemos a casa.

—Habéis viajado una notable distancia en una embarcación tan pequeña —observó uno de los hombres, con voz ligeramente escéptica.

—Una embarcación que se parece notablemente a las de los Khor —añadió otro.

—Reconozco que se parece a los botes Khor —admitió Reith—. Pero dejando eso aparte, ¿qué hay del alojamiento?

—La gente con sequins puede obtener cualquier cosa.

—Podemos pagar un precio razonable.

El más viejo de los hombres de la orilla se puso en pie.

—Lo menos que podemos decir de nosotros mismos es que somos gente razonable —afirmó. Hizo una seña a Reith para que se acercara. Cuando el bote apuntó hacia el cañizal, saltó a bordo—. ¿Así que decís ser Khor?

—Exactamente lo contrario. Decimos que no somos Khor.

—¿Entonces, el bote?

Reith hizo un gesto ambiguo.

—No es tan bueno como algunos, pero mejor que otros; nos ha traído hasta aquí.

Una fría sonrisa cruzó el rostro del hombre.

—Sigue más allá del siguiente canal. Luego gira a la derecha.

Durante media hora Reith remó por entre un laberinto de canales, con los ouingas siempre tras islas de negras cañas. Reith comprendió finalmente que el zsafathrano se estaba burlando de él o quería confundirle.

—Estoy cansado —dijo—. Rema tú a partir de ahora.

—No, no —declaró el viejo—. Ya estamos, simplemente dobla a la izquierda en el próximo canal, y hacia los ouingas.

—Extraño —dijo Reith—. Hemos cruzado ese canal arriba y abajo al menos

una docena de veces.

—Todos estos canales se parecen. Ya hemos llegado.

El bote flotó en un plácido estanque, rodeado de casitas con techo de cañas, montadas sobre pilotes bajo los ouingas. Al final del estanque se alzaba una estructura mayor y más elaborada. Los pilotes eran de madera púrpura de ouinga; el techo estaba entretramado con un complicado dibujo negro, marrón y gris.

—Nuestra casa comunal —explicó el zsafathrano—. No estamos tan aislados como usted podría pensar. Los Thang vienen con sus troupes y carromatos, y los buhoneros Bihasu, y los dignatarios errantes como vosotros. Los albergamos a todos en nuestra casa comunal.

—¿Thang? ¿Entonces debemos estar cerca del cabo Braise!

—¿Consideras cerca quinientos kilómetros? Los Thang son tan ubicuos como las moscas de la arena; aparecen por todas partes, casi siempre precisamente cuando no son deseados. No demasiado lejos de aquí está la gran ciudad Thang de Urmank... Tanto tú como lo mujer sois de una raza desconocida para mí. Si el concepto no fuera en sí mismo absurdo... Pero no, postular estupideces es perder mi dignidad; no aventuraré nada.

—Somos de un remoto lugar —dijo Reith—. Nunca has oído hablar de él.

El viejo hizo un signo de indiferencia.

—Como queráis; siempre que observéis las ceremonias y paguéis lo que corresponde.

—Dos preguntas —dijo Reith—. ¿Qué son las «ceremonias», y cuánto esperáis que paguemos diariamente?

—Las ceremonias son simples —dijo el zsafathrano—. Un intercambio de banalidades, por así decir. En cuanto al pago, serán unos cuatro o cinco sequins al día. Id al muelle si queréis; luego nos llevaremos vuestro bote, para evitar las especulaciones si algún Thang o un Bihasu pasa por allí cerca.

Reith decidió no poner ninguna objeción. Condujo el bote hasta el muelle, una construcción de juncos y cañas fijados a pilotes de madera de ouinga. El zsafathrano saltó del bote y ayudó galantemente a Zap 210 a subir al muelle, inspeccionándola de cerca mientras lo hacía.

Reith saltó al muelle con la amarra en la mano; el zsafathrano la tomó y se la pasó a un muchacho, junto con algunas instrucciones murmuradas. Condujo a

Reith y a Zap 210 por el pabellón de juncos hasta la casa comunal.

—Bien, consideraos como en vuestra casa. El cubículo de allí está a vuestro servicio. A su debido tiempo os traerán comida y vino.

—Querriamos bañarnos —dijo Reith—, y apreciaríamos un cambio de ropas, si hay disponibles.

—Los baños están más allá. Podéis adquirir nuevas ropas estilo zsafathrano a su precio correspondiente.

—¿Y cuál es ese precio?

—Las ropas normales de aulaga gris para los cortadores de juncos y campesinos valen diez sequins el conjunto. Puesto que vuestras ropas actuales pueden calificarse casi como andrajos, os recomiendo el gasto.

—¿La ropa interior va incluida en el precio?

—Se proporciona con un sobrepeso de dos sequins, y si deseáis sandalias nuevas, os costarán cinco sequins adicionales el par.

—Muy bien —dijo Reith—. Tráelo todo. Mientras tengamos sequins, viviremos en primera clase.

6

Vestida con una simple blusa gris y pantalones zsafathranos, Zap 210 parecía algo menos peculiar y llamativa. Su pelo negro había empezado a rizarse; la exposición al viento y al sol había oscurecido su piel; solamente sus rasgos perfectamente regulares y su aire de meditabunda concentración la mantenían ahora aparte. Reith dudaba, sin embargo, de si un extraño observaría en su conducta algo más que una timidez más grande de lo común.

Pero Cauch, el viejo zsafathrano, lo había observado. Tomando a Reith aparte, murmuró con voz confidencial:

—Tu mujer: ¿acaso se encuentra enferma? Si necesitas hierbas, baños de sudor u homeopatía, están disponibles a un precio razonable.

—Todo en Zsafathran es negocio —dijo Reith—. Antes de que nos vayamos es probable que debamos más sequins de los que nunca podamos ganar. En este caso, ¿cuál será vuestra actitud?

—De triste resignación, nada más. Nos tenemos por una raza maldita por el destino, condenada a una sucesión de decepciones. Pero confío en que no sea éste vuestro caso.

—No a menos que disfrutemos de vuestra hospitalidad más tiempo del que habíamos previsto.

—Sin duda controlaréis cuidadosamente vuestros recursos. Pero de nuevo, ¿qué hay del estado de la mujer? —Sometió a Zap 210 a un escrutinio crítico—. He tenido alguna experiencia en esos asuntos; detecto en ella apatía, un cierto desinterés hacia las cosas que la rodean. Por lo demás, me siento desconcertado.

—Es una persona insondable —admitió Reith.

—La descripción, si me permites decirlo, puede aplicarse a los dos —dijo Cauch. Volvió su mirada de búho hacia Reith—. Bien, la morbidez de la mujer es asunto tuyo, por supuesto... Os ha sido servida una pequeña colación en el

pabellón, a la que podéis acudir ahora mismo.

—A un pequeño precio, supongo.

—¿Cómo podría ser de otro modo? En este mundo riguroso solamente el aire que respiramos es gratuito. ¿Sois del tipo que prefiere tener hambre a desprenderse de unas cuantas monedas? Creo que no. Venid. —Y Cauch los condujo hasta el pabellón, acomodándoles en sillas de junco ante una mesa de mimbre, tras lo cual dio instrucciones a las muchachas encargadas de servir la comida.

Té frío, tortas de especias, tallos de una planta carnosa de color rojo que crujían al morderlos, fueron dispuestos ante ellos como primer plato. La comida era sabrosa, las sillas confortables; tras las vicisitudes de las últimas semanas la situación parecía irreal, y Reith fue incapaz de sustraerse a la costumbre de lanzar desconfiadas miradas a derecha a izquierda. Se relajó gradualmente. El pabellón parecía un idilio de paz. Las etéreas frondas púrpuras de los ouinga colgaban casi a ras de suelo, exhalando un perfume aromático. Carina 4269 reflejaba destellos de luz dorado oscuros en el agua. De algún lugar más allá de la casa comunal llegaba una música líquida de gongs. Zap 210 miró al otro lado de la laguna como sumida en una ensoñación, mordisqueando la comida como si le faltara sabor. Al darse cuenta de la atención de Reith, se envaró en su silla.

—¿Te sirvo un poco más de té? —preguntó Reith.

—Sí, por favor.

Reith tomó la jarra de cristal.

—No parece tener demasiada hambre —observó.

—Supongo que no. Me pregunto si tendrán algo de *diko*.

—Estoy seguro de que no tienen *diko* —dijo Reith.

Zap 210 hizo chasquear irritadamente los dedos.

—¿Te gusta este lugar? —preguntó Reith.

—Es mejor que la enormidad del mar.

Por un tiempo Reith sorbió en silencio su té. La mesa fue limpiada, y fueron depositados nuevos platos ante ellos: croquetas en jalea dulce; bastoncitos de tuétano asado; taquitos de pescado. Como antes, Zap 210 no mostró un gran apetito. Reith dijo educadamente:

—Ahora has visto ya algo de la superficie. ¿Es distinto de lo que esperabas?

Zap 210 reflexionó.

—Nunca pensé ver tantas mujeres-madres —murmuró, como si hablara consigo misma.

—¿«Mujeres-madres»? ¿Quieres decir mujeres con niños?

Ella enrojeció.

—Quiero decir mujeres con pechos y caderas prominentes. ¡Hay tantas! Algunas de ellas parecen muy jóvenes: en realidad muchachas.

—Es normal —dijo Reith—. Cuando las chicas llegan a la pubertad, se les desarrollan los pechos y las caderas.

—No soy ninguna niña —declaró Zap 210 con una voz desacostumbradamente altanera—. Y yo... —su voz murió.

Reith se sirvió otro vaso de té y se reclinó en su silla.

—Creo que es el momento de que lo explique algunas cosas —dijo—. Supongo que hubiera debido hacerlo antes. Todas las mujeres son «mujeres-madres».

Zap 210 le miró con incredulidad.

—¡No es así, en absoluto!

—Sí, es así —dijo Reith—. Los Pnume os dan drogas para manteneros inmaduras: el *diko*, imagino. Ahora no estás drogada y estás volviendo a la normalidad... más o menos. ¿No has notado ningún cambio en ti misma?

Zap 210 se hundió en su silla, abrumada por el hecho de que él se hubiera dado cuenta de su embarazoso secreto.

—No se habla de tales cosas —murmuró con un hilo de voz.

—Siempre que sepas lo que está ocurriendo.

Zap 210 permaneció sentada mirando al agua. Preguntó, con voz desconfiada:

—¿Has notado cambios en mí?

—Bueno, sí. En primer lugar, ya no pareces el fantasma de un niño enfermo.

—No deseo ser un animal gordo, revolcándose en la oscuridad —susurró Zap 210—. ¿Debo ser una madre?

—Todas las madres son mujeres —explicó Reith—, pero no todas las mujeres son madres. No todas las madres se convierten en animales gordos.

—¡Extraño, extraño! ¿Por qué hay mujeres madres y mujeres no madres? ¿Es causa de un mal destino?

—Los hombres están implicados en el proceso —dijo Reith—. Mira allá, en

la terraza de aquella casita: dos niños, una mujer, un hombre. La mujer es una madre. Es joven y parece saludable. El hombre es el padre. Sin padres, no hay niños.

Antes de que Reith pudiera proseguir con su explicación, el viejo Cauch regresó a la mesa y se sentó a su lado.

—¿Todo a vuestra satisfacción?

—Estupendo —dijo Reith—. Lamentaremos el momento de abandonar vuestra ciudad.

Cauch asintió con complacencia.

—En algunos pobres aspectos somos gente afortunada, no tan rigurosa como los Khor, ni tan obsesivamente flexible como los Thang del oeste. ¿Y vosotros? Admito mi curiosidad respecto a vuestra procedencia y vuestro destino, porque os considero como gente poco habitual.

Reith rumió unos instantes, luego dijo:

No me importa satisfacer lo curiosidad, si estás dispuesto a pagar mi muy razonable precio por ella. De hecho, puedo ofrecerte varios grados de ilustración. Por un centenar de sequins lo garantizo sorpresa y maravilla.

Cauch se echó hacia atrás, alzando las manos en señal de protesta.

—¡No me digas nada sobre lo que hayas depositado algún valor material! Pero si por alguna casualidad deseas sostener alguna pequeña charla con alguien, sin ningún cargo, por supuesto, ya sabes que encontrarás en mi a un atento oyente.

Reith se echó a reír.

—La trivialidad es un lujo que no puedo permitirme. Mañana partiremos de Zsafathra. Nuestros pocos sequins tienen que llevarnos hasta Sivishe... aunque ignoro la forma.

—Sobre este aspecto no puedo aconsejarte —dijo Cauch—, ni siquiera a cambio de un precio. Mi experiencia se extiende solamente hasta Urmank. Allí tendrás que comportarte cautelosamente. Los Thang tomarán todos tus sequins sin siquiera pestañear. ¡Inútil mostrarse furioso o herido! Éste es el temperamento Thang. Prefieren engañar antes que trabajar; los zsafathranos se mantienen muy en guardia cuando visitan Urmank, como podrás ver si lo decides a ir al bazar de Urmank en nuestra compañía.

—Hummm —Reith se frotó la barbilla—. ¿Qué ocurrirá con nuestro bote, en

ese caso?

Cauch se encogió de hombros, un poco demasiado casualmente, o así se lo pareció a Reith.

—¿Qué es un bote? Un cascarón flotante de madera.

—Habíamos planeado vender este valioso bote en Urmank —dijo Reith—. De todos modos, para ahorrarme el esfuerzo de más navegación, estaría dispuesto a dejarlo aquí por algo menos de su valor real.

Cauch, con una suave risa, agitó la cabeza.

—No tengo ninguna necesidad de una embarcación tan tosca y en tan malas condiciones. El aparejo está gastado, las velas no son en absoluto las mejores que pueden encontrarse; los repuestos de velas, cuerdas y herramientas que hay en el cofre de proa son más bien pobres y están muy usados.

Tras hora y media de ofertas y contraofertas, Reith vendió el bote por cuarenta y dos sequins, además de todo el gasto de su estancia en Zsafathra y el transporte hasta Urmank por la mañana del día siguiente. Mientras negociaban, consumieron apreciables cantidades de té a la pimienta, algo embriagador. El humor de Reith se hizo más alegre y locuaz. El presente no parecía excesivamente malo. ¿El futuro? Habría que ver cómo se presentaba y enfrentarlo en sus propios términos. La luz de última hora de la tarde se filtraba entre los enormes ouingas, inundando el aire con un polvoriento color violeta, y la laguna espejeaba el cielo.

Cauch se marchó a sus asuntos; Reith se reclinó en su silla. Estudió a Zap 210, que también se había embriagado un tanto con una considerable cantidad de té a la pimienta. Alguna alteración de su humor hizo que no la viera como una Pnumekin, sino como una mujer joven sentada tranquilamente en la penumbra. Su atención estaba fija en algo al otro lado del pabellón; lo que veía la había sorprendido, y se volvió hacia Reith, maravillada. Reith observó lo grandes y oscuros que eran sus ojos. Habló con un susurro impresionado:

—¿Has visto... eso?

—¿Qué?

—Un hombre y una mujer jóvenes... Permanecían de pie juntos, ¡y acercaban mucho sus rostros!

—¡No me digas!

—¡Sí!

—No puedo creerlo. ¿Qué es lo que hacían exactamente?

—Bueno... no puedo describirlo.

—¿Era algo así? —Reith apoyó sus manos en los hombros de ella, miró a lo más profundo de sus sobresaltados ojos.

—No... no exactamente. Estaban más juntos.

—¿Así? —Reith la rodeó con sus brazos. Recordó la fría agua del lago de Pagaz, la desesperada vitalidad animal del cuerpo de la muchacha mientras se aferraba a él—. ¿Era algo parecido a esto?

Ella se echó hacia atrás.

—Sí... Déjame ir; alguien puede pensar que no estamos comportándonos decorosamente.

—¿Estaban haciendo esto? —Reith la besó. Ella lo miró entre la sorpresa y la alarma, y se llevó una mano a la boca.

—No... ¿Por qué has hecho eso?

—¿Te importa?

—Bueno, no. Creo que no. Pero por favor no lo hagas de nuevo; me hace sentir muy extraña.

—Eso son los efectos de la desaparición del *diko* —indicó Reith. Se echó hacia atrás en su silla, notando que la cabeza le daba vueltas. Ella le miró insegura.

—No puedo comprender por qué has hecho esto.

Reith inspiró profundamente.

—Es natural que los hombres y las mujeres se sientan atraídos mutuamente. Es llamado instinto reproductor, y a veces da como resultado niños.

Zap 210 pareció alarmada.

—¿Voy a convertirme en una mujer-madre a causa de esto?

Reith se echó a reír.

—No. Primero tendríamos que llegar a... algo más íntimo.

—¿Estás seguro?

Reith tuvo la impresión de que ella se inclinaba hacia él.

—Estoy seguro —dijo. La besó de nuevo, y esta vez, tras un primer movimiento nervioso, ella no ofreció resistencia... luego jadeó.

—No te muevas. No repararán en nosotros si permanecemos sentados así; se sentirán avergonzados de mirar.

Reith se inmovilizó, helado, con su rostro muy cerca del de ella.

—¿Quiénes no repararán en nosotros? —murmuró.

—Mira... ahora.

Reith miró por encima del hombro. Al otro lado del pabellón había dos figuras oscuras con capas negras y sombreros negros de ancha ala.

—Gzhindra —susurró la muchacha.

Cauch entró en el pabellón y acudió a hablar con los Gzhindra. Tras unos momentos los condujo fuera.

El crepúsculo se convirtió en noche. Las muchachas encargadas del servicio estaban colgando por todo el pabellón lámparas que arrojaban una luz amarilla y verde, y poco después trajeron bandejas y recipientes que depositaron en la mesa del buffet. Reith y Zap 210 permanecieron sentados en las sombras, con aire melancólico.

Cauch regresó al pabellón y se acercó a ellos.

—Mañana al amanecer partiremos hacia Urmank; llegaremos allá al mediodía. ¿Conocéis la reputación de los Thang?

—En cierta medida.

—Es una reputación merecida —dijo Cauch—. Prefieren engañar a ser fieles; su dinero preferido es el dinero robado. Así que estad en guardia.

—¿Quiénes eran los dos hombres de negro con quienes hablabas hace media hora? —preguntó Reith casualmente.

Cauch asintió con la cabeza, como si hubiera estado esperando la pregunta.

—Eran Gzhindra, a Hombres de las Profundidades, como los llamamos, que a veces actúan como agentes de los Pnume. Esta noche el asunto que les traía era distinto. Habían recibido de los Khor el encargo de localizar a un hombre y a una mujer que profanaron uno de sus lugares sagrados y robaron un bote cerca de la ciudad de Fauzh. La descripción, por una peculiar coincidencia, encajaba con la vuestra, aunque algunas discrepancias me permitieron afirmar con seguridad que tales personas no habían sido vistas en Zsafathra. De todos modos, puede que hablen del asunto con otras personas que no os conozcan tan bien como yo. Para evitar cualquier posible confusión de identidad, os sugiero que alteréis vuestra apariencia tan espectacularmente como os sea posible.

—Eso es más fácil de decir que de hacer —murmuró Reith.

—En absoluto. —Cauch se metió los dedos en la boca y lanzó un penetrante

silbido. Sin sorpresa ni apresuramiento, una de las muchachas del servicio se acercó: una joven agradable, ancha de caderas, hombros, pómulos y boca, con un indescriptible pelo castaño peinado en una alocada serie de coquetas coronas.

—¿Deseáis alguna cosa?

—Trae un par de turbantes —dijo Cauch—. Naranja y blanco, con ajorcas negras.

La muchacha trajo lo pedido. Dirigiéndose a Zap 210, enrolló la tela naranja y blanca en torno al negro casquete de su pelo, lo ató de tal modo que los colgantes extremos quedaran detrás de su oreja izquierda, luego fijó las ajorcas negras de modo que colgaran un poco por delante de la oreja derecha. Reith se maravilló de la transformación. Zap 210 parecía ahora atrevida y maliciosa, una jovencita disfrazada de pirata.

Reith fue el siguiente en ser dotado de turbante; Zap 210 pareció encontrar divertida la transformación; abrió la boca y se echó a reír: la primera vez que Reith tenía ocasión de oírla hacerlo.

Cauch los contempló apreciativamente.

—Una notable diferencia. Os habéis convertido en un par de Hedaijhan. Mañana os proporcionaré chales. Ni vuestras madres os reconocerán.

—¿Cuánto vas a cobrarnos por este servicio? —preguntó Reith—. Una suma razonable, confío.

—Ocho sequins en total, lo cual incluye los artículos en sí, su adaptación, y el entrenamiento en las posturas típicas de los Hedaijhan. Esencialmente, debéis caminar con un paso oscilante, moviendo vuestros brazos... así. —Cauch hizo una demostración de un paso ligeramente bamboleante—. Con las manos... así. Veamos, señorita, tú primero. Recuerda, tienes que doblar un poco las rodillas. Avanza, contonéate...

Zap 210 siguió las instrucciones con gran atención, mirando a Reith para ver si se reía.

Las prácticas prosiguieron hasta bien entrada la noche, mientras la luna rosa cruzaba el cielo por entre los ouingas y la luna azul se asomaba por el este. Finalmente, Cauch dijo satisfecho:

—Podréis engañar casi a cualquiera. Así que a dormir. Mañana viajaremos a Urmank.

El cubículo dormitorio estaba en penumbra, solamente con la luz que entraba procedente de las lámparas del pabellón por los intersticios de la pared y las luces rosa y azul de las lunas procedentes de distintas direcciones, que formaban en conjunto una mezcla multicolor en el suelo.

Zap 210 se dirigió a la pared y miró por entre las rendijas hacia la avenida que discurría entre los ouingas. Estuvo mirando fuera durante varios minutos. Reith acudió a su lado.

—¿Ves algo?

—Nada. No se dejan ver tan fácilmente. —Se volvió y, con una mirada inescrutable hacia Reith, fue a sentarse en uno de los camastros de mimbre. Finalmente dijo—: Eres un hombre muy extraño.

Reith no encontró ninguna respuesta.

—Hay tantas cosas que no me has dicho. A veces tengo la impresión de que no sé nada en absoluto.

—¿Qué es lo que quieres saber?

—Cómo actúa la gente de la superficie, cómo siente... por qué hacen las cosas que hacen...

Reith se dirigió hacia donde estaba sentada ella y se detuvo mirándola desde arriba.

—¿Quieres saber todas estas cosas esta noche?

Ella siguió sentada, contemplándose las manos.

—No. Tengo miedo... No ahora.

Reith adelantó un brazo y acarició su cabeza. Sintió de pronto una irresistible tentación de sentarse a su lado y contarle toda la historia de su notable pasado... Deseó sentir sus ojos clavados en él, ver su pálido rostro atento y maravillado... De hecho, pensó Reith, había empezado a encontrar aquella extraña muchacha, con todos sus secretos pensamientos, estimulante.

Se dio la vuelta. Mientras cruzaba la estancia hasta su propio camastro, pudo sentir los ojos de ella clavados en su espalda.

7

La luz matutina penetraba en el cubículo por los intersticios de la pared de juncos. Reith y Zap 210 se dirigieron al pabellón, donde encontraron a Cauch desayunando tortas de hierba del peregrino y una especie de guiso caliente que olía a marisco. Inspeccionó a la pareja con ojos entrecerrados, prestando particular atención a los turbantes y a su forma de andar.

—No está mal. Pero tendéis a olvidar. Más oscilación, jovencita, más movimiento de los hombros. ¡Recordad que cuando abandonéis el pabellón sois Hedaijhan! En caso de que hayáis despertado sospechas, en caso de que alguien esté aguardando y observe.

Tras el desayuno, los tres se dirigieron a la avenida que conducía al norte bajo los ouingas, Reith y Zap 210 tan completamente Hedaijhan como se lo permitían sus turbantes, sus chales y su forma de andar, y por ella a un par de carromatos tirados por un tipo de animales que Reith no había visto nunca antes: unas bestias de piel gris que se erguían elegantes y firmes sobre sus ocho largas patas.

Cauch trepó al primero de los carros; Reith y Zap 210 se le unieron. Los vehículos abandonaron Zsafathra.

El camino se alejaba del poblado a través de un húmedo terreno de cañas, plantas acuáticas, aislados tocones negros que extendían largos zarcillos verde limo.

Cauch prestaba una gran atención al cielo, en lo que era imitado por los zsafathranos del otro carromato. Finalmente, Reith no pudo resistir la pregunta:

—¿Qué estáis observando?

—Ocasionalmente —dijo Cauch— somos importunados por una tribu de pájaros predadores de las colinas de allá delante. De hecho, ahí puedes ver a uno de sus centinelas —señaló hacia un punto negro que cruzaba el cielo meridional;

parecía del tamaño de un milano grande. Con voz resignada, Cauch prosiguió—: Dentro de un momento nos atacarán.

—No parecéis muy alarmados —observó Reith.

—Hemos aprendido cómo tratarlos. —Cauch se volvió a hizo una seña al carromato de atrás, luego aceleró la marcha del suyo, para abrir una separación de un centenar de metros entre ambos. De los cielos meridionales les llegó una bandada de cincuenta o sesenta criaturas de batientes alas. Cuando se acercaron, Reith vio que cada una de ellas cargaba con dos piedras de la mitad del tamaño de su cabeza. Miró intranquilo a Cauch.

—¿Qué hacen con las piedras?

—Las dejan caer, con una notable puntería. Supón que lo hallas en medio del camino, y que treinta de esas criatura vuelan sobre ti a su altura habitual de ciento cincuenta a doscientos metros. Treinta piedras lo alcanzarán y lo aplastarán contra el suelo.

—Evidentemente, habéis aprendido cómo alejarlas asustándolas.

—No, pero algo parecido.

—¿Impedir su puntería?

—Al contrario. Somos por esencia un pueblo pasivo, e intentamos enfrentarnos a nuestros enemigos de modo que se desconcierten o se derroten ellos mismos. ¿Te has preguntado alguna vez por qué los Khor no nos atacan?

—Realmente, alguna vez se me ha ocurrido pensarlo.

—Cuando los Khor atacan, y no lo han hecho en seiscientos años, los eludimos y de una u otra forma penetramos en sus bosquecillos sagrados. Allá realizamos actos de profanación, del tipo más simple, natural y ordinario. A partir de entonces ya no pueden utilizar el bosquecillo para la procreación, y tienen que emigrar o perecer. Admito que nuestras armas son poco delicadas, pero tipifican nuestra filosofía de la guerra.

—¿Y estos pájaros? —Reith observó dubitativo la aproximación de la bandada—. Seguro que estos métodos que acabas de decirme son inefectivos.

—Si, supongo que si —admitió Cauch—, aunque de hecho no los hemos probado nunca. En este caso no hacemos absolutamente nada.

Los pájaros planearon sobre ellos; Cauch animó al animal de tiro a galopar en zigzag. Uno a uno, los pájaros dejaron caer sus piedras, que golpearon el camino junto al carro.

—Como comprenderás, los pájaros solamente pueden calcular la posición de un blanco estacionario; en este caso, su precisión se vuelve contra ellos.

Todas las piedras fueron arrojadas; con enormes graznidos de frustración, los pájaros regresaron a las montañas.

—Lo más probable es que regresen con otro cargamento de piedras —dijo Cauch—. ¿No observas que este camino se halla elevado su buen metro largo por encima de los pantanos de alrededor? Es obra suya, a lo largo de muchos siglos. Solamente son peligrosos si permaneces quieto.

Los carromatos avanzaron por un bosque de color marrón cerúleo poblado de pequeñas criaturas peludas, medio arañas, medio monos, que saltaban de rama en rama lanzando grititos y arrojando pequeñas ramas a los viajeros. Luego el camino avanzó durante una treintena de kilómetros por una llanura sembrada de peñascos de piedra volcánica color miel, hacia un par de altos conos volcánicos, cada uno de los cuales estaba rematado por un antiguo castillo maltratado por el tiempo, cuartel general en épocas pasadas de cultos herméticos pero ahora, según Cauch, morada de devoradores de almas.

—De día no se ven nunca, pero por la noche bajan para merodear las afueras de Urmank. A veces los Thang los atrapan con trampas para utilizarlos en el carnaval.

El camino cruzó entre los picos, y Urmank apareció a la vista: un desordenado amasijo de altas y estrechas casas de madera negra, tejas marrones y piedra. Un muelle bordeaba la orilla del agua, junto al que flotaban plácidamente media docena de barcos amarrados. Tras el muelle estaba el mercado y el bazar, al que un revolotear de banderolas naranjas y verdes daban un aire festivo. Una larga pared de ladrillos medio desmoronada limitaba el bazar; un agrupamiento de chozas de barro al otro lado parecía señalar la casta de los parias.

—¡He aquí Urmank! —dijo Cauch—. La ciudad de los Thang. No molestan a aquellos que vienen y van, siempre que puedan arrebatárles los pocos sequins que lleven consigo.

—En mi caso van a sentirse decepcionados —dijo Reith—. Espero ganar sequins, de una a otra manera.

Cauch le lanzó una maravillada mirada de soslayo.

—¿Pretendes ganarles sequins a los Thang? Si controlas un poder tan

milagroso como ése compártelo conmigo. Los Thang nos han engañado con tanta regularidad que ahora consideran el proceso como su derecho innato. ¡Oh, te lo advierto, en Urmank tienes que ser precavido!

—Si sois engañados, ¿por qué seguís tratando con ellos?

—Parece un absurdo —admitió Cauch—. Después de todo, podríamos construir un barco y navegar hasta Hedaijha, las Erges Verdes, Coad... Pero somos un pueblo pervertido; nos atrae venir a Urmank, donde los Thang proporcionan diversiones. Mira allá: ¿ves aquella zona envuelta con lonas marrones y naranjas? Es el lugar de la lucha con zancos. Más allá están los juegos de azar, donde el visitante pierde invariablemente más de lo que gana.

Urmank es un desafío para Zsafathra; siempre confiamos en ganarles a los Thang.

—Puede que nuestros esfuerzos conjuntos consigan algo —dijo Reith—. Al menos puedo aportar un nuevo enfoque.

Cauch se alzó indiferente de hombros.

—Los zsafathranos han intentado ganar a los Thang desde más allá de nuestra memoria. Tratan con nosotros utilizando una fórmula: primero nos incitan con la perspectiva de una rápida ganancia; luego, cuando hemos puesto los sequins sobre la mesa, la perspectiva retrocede... Bien, primero tomaremos algo. La Hostería del Marinero Afortunado ha demostrado ser satisfactoria en el pasado. Como asociado mío, estás a salvo de ataques físicos, secuestro y esclavitud. Pero cuida el dinero; los Thang no llegan a garantizar su seguridad de ninguna de las maneras.

El salón principal de la Hostería del Marinero Afortunado estaba amueblada en un estilo que Reith no había visto antes en Tschai. Sillas angulares hechas de palos de madera estaban alineadas contra las paredes de ladrillos encalados en blanco. En una serie de reservados, unas especies de peceras de cristal exhibían el movimiento de iridiscentes gusanos marinos. El encargado llevaba un caftán abotonado al frente, un casquete negro en la cabeza, zapatillas negras y proteggedos también negros. Su rostro era blando, sus modales suaves; ofreció a Reith para su inspección un par de cubículos adyacentes amueblados con una cama, una mesilla de noche y una lámpara, que alquilaba, incluida la ropa de

cama limpia y unguento para los pies, por la suma total de tres sequins. Reith encontró la cantidad razonable, y así se lo dijo a Cauch.

—Si —dijo Cauch—. Tres sequins no es una cantidad grande, pero te recomiendo que no utilices el unguento para los pies. Es algo nuevo, y como tal despierta sospechas. Puede manchar la madera, en cuyo caso lo cobrarán un extra por su limpieza. O puede contener un producto urticante, cuyo antídoto balsámico lo vendan a cinco sequins el gramo.

Cauch no se molestó en hablar de modo que el encargado no le oyera; éste se limitó a echarse a reír, sin ofenderse.

—Viejo zsafathrano, por una vez eres escéptico en demasía. Recientemente nos hemos visto obligados a aceptar un gran stock de tónicos y unguentos como pago de una deuda, y simplemente hemos puesto esas sustancias a la disposición de nuestros huéspedes. ¿Necesitas un diurético o un vermífugo? Podemos proporcionártelos a un precio puramente nominal.

—Por el momento nada —dijo Cauch.

—¿Y tus amigos Hedaijhan? Cualquier momento es bueno para un laxante, que ofrecemos a diez sequins el lote de dos. ¿No? Bien, entonces, para vuestra cena, permitidme recomendaros las Especialidades Seleccionadas de Tierra y Mar, a unos pocos metros a la derecha, siguiendo el muelle.

—Cené allí en una ocasión —dijo Cauch—. La comida que me pusieron delante hubiera quitado el apetito a un devorador de cadáveres de los Altos Castillos. Compraremos pan y fruta en el mercado.

—¡En ese caso, visitad el puesto de mi sobrino, en la parte opuesta al depilatorio!

—Inspeccionaremos lo que tiene. —Cauch abrió camino hacia el muelle—. El Marinero Afortunado es un establecimiento comparativamente honesto, pero, como podéis ver, uno ha de estar siempre alerta. En mi última visita, había un grupo de músicos tocando en el salón principal. Me detuve unos momentos a escucharlos, y luego, en mi cuenta, me encontré con un recargo de cuatro sequins. Y en cuanto a la oferta del laxante a muy bajo precio o ninguno... —Cauch se echó a reír—. En una anterior visita a Urmank le hicieron una oferta similar a mi abuelo, que la aceptó... para descubrir que la puerta de los servicios estaba cerrada con llave, y que para usarlos había que pagar cada vez una sobretasa. La medicación, a la larga, le costó un buen pico. En los tratos con los

Thang es bueno examinar todos los aspectos de la situación.

Los tres caminaron a lo largo del muelle. Reith examinó los barcos con interés. Todos eran pequeñas embarcaciones rechonchas, con altas proas y popas, propulsadas por velas cuando el viento era favorable y por bombas eléctricas a chorro en caso necesario. Frente a cada uno de ellos un cartel anunciaba el nombre del barco, el puerto de destino y la fecha de partida.

Cauch dio unos golpecitos a Reith en el brazo.

—Puede que sea imprudente demostrar un interés tan grande por los barcos.

—¿Por qué?

—En Urmank siempre es sabio disimular.

Reith miró a ambos lados del muelle.

—No parece haber nadie siguiéndonos. Y si lo hay, dará por sentado que estoy disimulando y que lo que realmente planeo es ir tierra adentro.

Cauch suspiró.

—En Urmank la vida tiene muchas sorpresas para los descuidados.

Reith se detuvo junto a una de las embarcaciones.

—*Nhiahahar*. Destino: Ching, las Islas Oscuras, la costa sur del Schanizade, Kazain. Un momento. —Reith subió por la plancha y se acercó a un hombre delgado y sombrío con un delantal de cuero—. ¿Dónde está el capitán, por favor?

—Soy yo.

—Respecto al viaje a Kazain: ¿cuánto pides por llevar a dos personas?

—Para una cabina de clase A pido cuatro sequins por persona y día, lo cual incluye la comida. El viaje a Kazain toma generalmente treinta y dos días; en consecuencia, el pasaje total para dos personas es, veamos, doscientos sesenta sequins.

Reith expresó su sorpresa ante la magnitud de la cantidad, pero el capitán mantuvo una actitud indiferente.

Reith regresó al muelle.

—Necesito un poco más de doscientos cincuenta sequins.

—No es una suma imposible —dijo Cauch—. Un trabajador diligente puede ganar cuatro o incluso seis sequins al día. Siempre se solicitan descargadores en los muelles.

—¿Qué hay de las salas de juego?

—El distrito está más allá, al lado del bazar. No es necesario decir que es muy poco probable que puedas ganarles a los tahúres Thang en su propio terreno.

Caminaron hasta una plaza pavimentada con grandes losas cuadradas de piedra color rosa salmón.

—Hace mil años, el tirano Przelius construyó una gran rotonda aquí. Sólo queda el suelo. Aquí están los tenderetes de comida. Allí las ropas y sandalias. Más allá los ungüentos y extractos... —A medida que hablaba, Cauch iba señalando hacia distintos lados de la plaza, donde los tenderetes ofrecían una gran variedad de artículos: comida, ropa, piel; una mezcla de especias de color terroso; utensilios de cobre y hojalata, planchas, barras y varillas de hierro negro; cristal y lámparas; pergaminos sagrados y fetiches. Más allá del suelo de la rotonda y las más o menos ordenadas hileras de tenderetes estaban las diversiones: tiendas naranjas con alfombras ante la entrada donde bailaban muchachas a la música de flautas nasales y percusión. Algunas llevaban vestidos de gasa; otras bailaban desnudas hasta la cintura; unas pocas, que hacía menos de un año o dos que habían abandonado la infancia, no llevaban más que sandalias. Zap 210 observó a estas últimas y sus posturas con asombro; luego, con un encogimiento de hombros, se dio la vuelta.

Un canto apagado atrajo la atención de Reith. Una pared de lona cerraba un pequeño estadio, del que brotó de pronto un coro de gritos y gruñidos.

—Son las confrontaciones sobre zancos —explicó Cauch—. Parece que uno de los campeones ha sido derribado, y muchos jugadores han perdido sus apuestas.

Mientras pasaban por delante del estadio Reith captó fugazmente a cuatro hombres sobre zancos de tres metros observándose con desconfianza entre sí. Uno de ellos lanzó una patada hacia delante con su zanco; otro golpeó con una maza acolchada; un tercero fue pillado desprevenido y se ladeó peligrosamente, manteniendo el equilibrio por puro milagro, mientras los otros se arracimaban a su alrededor como grotescas aves carroñeras.

—Los luchadores sobre zancos son en su mayoría cortadores de mica de la Montaña Negra —dijo Cauch—. El visitante que apuesta aquí es como si echara su dinero por un agujero. —Cauch agitó tristemente la cabeza—. Sin embargo, siempre tenemos esperanzas. El suegro de mi hermano ganó cuarenta y dos

sequins en las carreras de anguilas, hace unos años. Aunque tengo que admitir que durante los dos días anteriores quemó incienso a imploró la intervención divina.

Vayamos a ver una de esas carrera de anguilas —dijo Reith—. Si la intervención divina puede proporcionar unas ganancias de cuarenta y dos sequins, nuestra inteligencia debería proporcionarnos al menos otro tanto, o quizá más.

—Entonces por aquí, pasada la casa de los chiquillos.

Reith iba a preguntar qué era la casa de los chiquillos, cuando una sonriente niña pasó corriendo por su lado y le pegó una patada en la espinilla, tras lo cual, retrocediendo, le hizo una mueca burlona y corrió al interior de una caseta, precisamente la casa de los chiquillos. Reith contempló asombrado su desaparición.

—¿Por qué ha hecho eso?

—Ven —dijo Cauch—. Te lo mostraré.

Lo condujo hasta la casa de los chiquillos. En una especie de escenario a diez metros de distancia estaba la niña, de pie. Lanzó un horrible chillido apenas verle. Tras un mostrador había un Thang de mediana edad con un sedoso bigote castaño.

—Qué impertinencia, ¿verdad? Tome, dele una buena lección. Esas bolas de fango valen diez céntimos la pieza. Los paquetitos de estiércol cuestan seis un sequin, y las bolsitas de pica-pica cinco un sequin.

—¡Ya-ya-ya! —se burló la niña—. ¿Quién se preocupa? ¡No es capaz de acertarme ni con una bola de metro a esa distancia!

—Anímese, señor, dele lo que se merece. ¿Qué prefiere? ¿Las bolas de fango? Los paquetitos de estiércol dejan un olor horrible: los odia. ¡Y las bolsas de pica-pica! Se acordará todo el resto del día del momento en que le dio la patada.

—Suba usted ahí arriba —dijo Reith—. Haga usted de blanco.

—Entonces el precio es doble, señor.

Reith se marchó de la casa de los chiquillos entre las decepcionadas burlas de la niña y el encargado.

—Has hecho bien conteniéndote —dijo Cauch—. Aquí no pueden ganarse sequins.

—Uno no puede vivir sólo de pan... pero no importa. Muéstrame las carreras de anguilas.

—Están a sólo unos pasos más allá.

Caminaron hacia la vieja y desmoronante pared que separaba el bazar de la Ciudad Vieja de Urmank. En el borde mismo de la zona al aire libre, casi a la sombra de la pared, había un mostrador en forma de U rodeado por una cuarentena de hombres y mujeres, muchos de ellos con ropas extrañas. A poca distancia más allá del extremo abierto de la U había un depósito de madera montado sobre una plataforma de cemento. El depósito, de dos metros de diámetro por medio de alto, estaba equipado con una tapa abisagrada y desaguaba en una zanja cubierta que avanzaba entre los brazos de la U, vaciándose en un estanque de cristal al otro lado. La atención de los jugadores estaba centrada en el estanque de cristal; mientras Reith miraba, una anguila verdosa salió disparada del desagüe y llegó al estanque, seguida tras un momento por otras anguilas de distintos colores.

—¡La verde gana de nuevo! —exclamó el cuidador de las anguilas con voz angustiada—. ¡Afortunada, afortunada, afortunada verde! ¡Las manos tras la pantalla, por favor, hasta que pague a los ganadores! ¡Voy a arruinarme! Veinte sequins para este caballero Jadarak, que arriesgó unos simples dos sequins. Diez sequins para esta dama de la costa de Azote con el sombrero verde, que apostó un sequin al color de su sombrero. ¿Qué? ¿Nadie más? ¿Esto es todo? No me he arruinado tanto como había temido al principio. —El operador recogió los sequins apostados a los otros colores—. Va a empezar una nueva carrera; hagan sus apuestas. Los sequins deben ser colocados muy claramente en el color elegido, por favor, para evitar malentendidos. No hay límite: apuesten todo lo que quieran, hasta un tope de mil sequins, por supuesto, ya que mi capital y reservas alcanzan solamente los diez mil sequins. Cinco veces ya me he visto en la bancarrota; pero siempre he conseguido volver a remontarme para seguir sirviendo a la gente jugadora de Urmank; ¿no es eso una auténtica dedicación? —Mientras hablaba, recogió las anguilas metiéndolas en un cubo y las llevó hasta el depósito. Tiró de una cuerda que, pasando por una polea, levantaba la tapa del depósito. Reith se acercó y miró el agua que contenía. El cuidador de las anguilas no puso ninguna objeción.

—Mire todo lo que quiera, amigo; el único misterio que hay aquí son las

propias anguilas. ¡Si pudiera leer sus secretos hoy sería un hombre rico!

Dentro del depósito Reith vio un deflector que definía un canal en espiral que se originaba en el centro del depósito y giraba hasta el desagüe, con una puerta que el cuidador de la anguilas cerró de un golpe. El cuidador colocó las anguilas en la parte central del depósito y cerró la tapa.

—¡Este hombre ha sido testigo! —exclamó—. Las anguilas se mueven al azar, tan libres como cuando recorrían las profundidades de sus corrientes nativas. Giran, corren, buscan un rayo de luz. Alzo la puerta, y salen disparadas. ¿Cuál ganará la carrera hasta el estanque? ¡Ah!, ¿quién sabe? La última vencedora fue la Verde; ¿vencerá la Verde de nuevo? ¡Hagan sus apuestas, depositen ya todas sus apuestas! ¡Ajá! ¡Un gran personaje apuesta aquí generosamente por la Gris y la Malva, diez sequins a cada una!, ¿qué es eso? ¡Un sequin púrpura a la Púrpura! ¡Miren, todos! ¡Una mujer noble de las tierras interiores de Bashai apuesta un valor de cien a la Púrpura! ¿Ganará mil? Sólo las anguilas lo saben.

—Yo también lo sé —murmuró Cauch a Reith—. No ganará. La anguila Púrpura remoloneará durante todo el camino. Predigo vencedora la Blanca o la Azul Pálido.

—¿Por qué lo dices?

—Nadie ha apostado a la Azul Pálido. Y en la Blanca hay solamente tres sequins.

—Cierto, pero ¿cómo lo saben las anguilas?

—Ahí, como diría el cuidador, reside el misterio.

—¿Puedes comprender cómo controla el operador a las anguilas en su beneficio? —preguntó Reith a Zap 210.

—No comprendo nada.

—Habrás que pensar un poco en ello —dijo Reith—. Observemos otra carrera. En interés de la investigación, apostaré un sequin a la Azul Pálido.

—¿Hechas todas las apuestas? —exclamó el cuidador de las anguilas—. ¡Por favor, sed meticulosos! Los sequins que señalen dos colores distintos serán considerados como pertenecientes al color perdedor. ¿No más apuestas? Muy bien entonces, por favor mantengan sus manos detrás de la pantalla. ¡No más apuestas, por favor! ¡Va a empezar la carrera!

Se dirigió al depósito, tiró de una palanca que presumiblemente alzaba la

puerta de la parte frontal de la separación.

—¡La carrera está en marcha! Las anguilas anhelan la luz; ¡se retuercen alegremente! ¡Ya bajan por el desagüe! ¿Cuál va a ganar esta vez?

Los jugadores estiraron sus cuellos para mirar; la anguila Blanca apareció culebreando en el estanque.

—Oh —gruñó el operador—. ¿Cómo puedo hacer negocio con esas anguilas tan poco cooperativas? Veinte sequins para este ya rico Gris. ¿Es usted marinero, señor? Y diez a este joven y noble comprador de esclavos del cabo Braise. Pago, pago, ¿y dónde está mi beneficio? —Pasó junto a ellos, recogiendo el sequin de Reith en su bandeja—. ¡Bien, todo el mundo preparado para la siguiente carrera!

Reith agitó la cabeza y se volvió a Cauch.

—Desconcertante, realmente desconcertante. Será mejor que nos marchemos.

Pasearon por el bazar hasta que Carina 4269 se hundió tras el horizonte. Contemplaron la rueda de la fortuna; estudiaron un juego donde los participantes compraban un saquito lleno de piezas de forma irregular a intentaban hacerlas encajar formando un tablero único; observaron otra media docena de juegos distintos, más o menos normales. Llegó el anochecer; los tres se dirigieron a un pequeño restaurante cerca de la Hostería del Marinero Afortunado, donde cenaron pescado con salsa roja, pan de hierba del peregrino, una ensalada de algas y una gran jarra de vino.

—En un sólo aspecto de la existencia puede confiarse en los Thang —dijo Cauch—: en su cocina. En esto son leales. La razón de esta particularidad se me escapa.

—Viene a demostrar —dijo Reith— que no se puede juzgar a un hombre por su mesa.

—Entonces, ¿cómo puede alguien juzgar a sus semejantes? —preguntó Cauch cautelosamente—. Por ejemplo, ¿en qué basas siempre tus cálculos?

—Solo una cosa puedo decir con certeza —respondió Reith—. Las primeras impresiones son siempre erróneas.

Cauch, echándose hacia atrás en su silla, inspeccionó a Reith bajo fruncidas cejas.

—Cierto, completamente cierto. Por ejemplo, es probable que tú no seas el frío desesperado que pareces a primera vista.

—He sido juzgado de otras maneras peores —dijo Reith—. Uno de mis amigos afirma que parezco un hombre de otro mundo.

—Es extraño que digas eso —observó Cauch—. Un extraño rumor ha llegado recientemente a Zsafathra, afirmando que todos los hombres son originarios de un lejano planeta, un poco como afirman los Redentores de los Yao, y no de la unión del pájaro sagrado xyxyl y el demonio del mar Rhadamth. Además, se dice que hay alguien de este lejano planeta vagando actualmente por el viejo Tschai, realizando los más notables actos: desafiando a los Dirdir, derrotando a los Chasch, persuadiendo a los Wannek. Hay una nueva corriente de pensamiento en Tschai: la convicción de que algo está cambiando. ¿Qué piensas tú de todo esto?

—Supongo que el rumor no es inherentemente absurdo —dijo Reith.

—Un planeta de hombres —dijo Zap 210 con voz muy baja—. ¿Sería algo todavía más extraño y salvaje que Tschai!

—Lo cual, naturalmente, es problemático —observó Cauch con voz de análisis didáctico—, y sin duda irrelevante en nuestro caso actual. Los secretos de la personalidad son engañosos. Por ejemplo, considerémonos nosotros tres. Un honesto zsafathrano y dos reservados vagabundos arrastrados como hojas secas por los vientos del destino. ¿Qué impulsa estos desesperados viajes? ¿Qué se puede ganar en ello? Yo mismo, en toda mi vida, nunca he ido más lejos que el cabo Braise; sin embargo no me siento peor por ello, quizá tan sólo un poco más triste. Os miro a vosotros y me hago preguntas. La muchacha está asustada; el hombre es duro: una finalidad más allá de la comprensión de ella lo impulsa; está llevándola a un lugar donde ella teme ir. Sin embargo, ¿volvería allá de donde viene si pudiera? —Cauch miró al rostro de Zap 210; ella desvió la mirada.

Reith consiguió esbozar una dolorida sonrisa.

—Sin dinero, no iremos a ninguna parte.

—Bah —dijo Cauch desdeñosamente—. Si todo lo que os falta es dinero, tengo el remedio. Una vez a la semana, cada ivensdia, se celebran combates en Urmank. De hecho, Otwile, el campeón, está sentado a una mesa aquí a nuestro lado. —Hizo una seña hacia un hombre totalmente calvo, de más de dos metros de altura, hombros y muslos masivos, cadera estrecha. Estaba sentado a solas bebiendo vino, mirando ociosamente hacia el paseo—. Otwile es un gran

luchador —dijo Cauch—. Una vez se enfrentó a un Chasch Verde y aguantó el tipo; al menos, escapó con vida.

—¿Cuál es el premio? —inquirió Reith.

—El hombre que se mantenga cinco minutos dentro del círculo gana cien sequins; se le pagan otros veinte sequins extra por cada hueso roto. A veces Otwife hace que uno gane cien sequins extra en menos de un minuto.

—¿Y si el contrincante vence a Otwife?

Cauch frunció los labios.

—No hay premio para ello; el hecho se considera imposible. ¿Por qué lo preguntas? ¿Tienes intención de aceptar el desafío?

—No yo —dijo Reith—. Necesito trescientos sequins. Suponiendo que permaneciera cinco minutos en el ring para ganar cien sequins... necesitaría diez huesos rotos para conseguir otros doscientos.

Cauch pareció decepcionado.

—¿Tienes algún plan alternativo?

—No dejo de pensar en las carreras de anguilas. ¿Cómo puede el operador controlar a once anguilas desde una distancia de tres metros mientras avanzan por una zanja cubierta? Parece extraordinario.

—De hecho, lo es —admitió Cauch—. Durante años la gente de Zsafathra ha estado apostando sus sequins con la suposición de que este control es imposible.

—¿Acaso las anguilas pueden alterar su color de acuerdo con las circunstancias? No, imposible. ¿Tal vez el operador estimula telepáticamente a las anguilas? Lo considero improbable.

—Yo no tengo ninguna teoría mejor —dijo Cauch.

Reith revisó mentalmente la actuación del cuidador de las anguilas.

—Alza la tapa del depósito; el interior está abierto y visible; el agua no tiene más de treinta centímetros de profundidad. Las anguilas son depositadas en el centro del depósito y la tapa es vuelta a cerrar: todo esto antes de que se hagan las apuestas. Sin embargo, el cuidador parece controlar el movimiento de las anguilas.

Cauch lanzó una risita sardónica.

—¿Sigues pensando todavía que puedes sacar algún beneficio de las carreras de anguilas?

Reith se puso en pie.

—Me gustaría examinar el sitio por segunda vez.

—¿Ahora? Las carreras ya han terminado por hoy.

—De todos modos, me gustaría examinarlo; solo es un paseo de cinco minutos.

—Como quieras.

La zona circundante al lugar donde se celebraban las carreras de anguilas estaba desierta y débilmente iluminada por las distantes lámparas del bazar. Tras la animación de las horas diurnas, el mostrador, el depósito y el desagüe parecían peculiarmente silenciosos.

Reith señaló la pared que limitaba el recinto.

—¿Qué hay al otro lado?

—La Ciudad Vieja y, más allá, los mausoleos, donde los Thang llevan a sus muertos... no es un lugar para visitarlo de noche.

Reith examinó el desagüe y el depósito, cuya tapa estaba cerrada por la noche con un candado. Se volvió hacia Cauch.

—¿A qué hora empiezan las carreras?

—Exactamente al mediodía.

—Mañana por la mañana me gustaría echar otro vistazo.

—¿Por qué no? —murmuró Cauch. Miró a Reith de soslayo—. ¿Tienes alguna teoría?

—Una sospecha. Si... —Miró a su alrededor cuando Zap 210 sujetó su brazo.

—Allí —señaló la muchacha.

Al otro lado del recinto caminaban dos figuras envueltas en negras capas y tocadas con sombreros negros de ancha ala.

—Gzhindra —dijo Zap 210.

—Volvamos a la hostería —dijo Cauch nerviosamente—. No es prudente caminar por lugares oscuros en Urmank.

En la hostería, Cauch se retiró a su habitación. Reith llevó a Zap 210 a su cubículo. Ella se mostró reluctante a entrar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Reith.

—Tengo miedo.

—¿De qué?

—Los Gzhindra están siguiéndonos.

—Eso no es necesariamente cierto. Ésos podían haber sido dos Gzhindra cualesquiera.

—Pero quizá no lo fueran.

—En cualquier caso, no pueden entrar a la habitación.

La muchacha seguía dudando.

—Estoy en la puerta de al lado —dijo Reith—. Si alguien lo molesta... grita.

—¿Y si alguien te mata primero?

No puedo prever hasta tan lejos —dijo Reith—. Si estoy muerto por la mañana, no pagues la cuenta.

Ella quería algo más de tranquilidad. Reith palmeó los suaves rizos negros.

—Buenas noches.

Cerró la puerta, y aguardó hasta oír el sonido del cerrojo. Luego fue a su propio cubículo y, pese a las seguridades dadas por Cauch, examinó atentamente el suelo, las paredes y el techo. Finalmente, sintiéndose seguro, redujo la intensidad de la luz hasta una suave penumbra y se tendió en la cama.

8

La noche pasó sin incidentes. Por la mañana, Reith y Zap 210 desayunaron a solas en el café del muelle. El cielo estaba despejado de nubes; la humosa luz del sol creaba nítidas sombras negras detrás de las altas casas y espejeaba en el agua del puerto. Zap 210 parecía menos pesimista de lo habitual, y observaba a los descargadores, buhoneros, marinos y extraños con interés.

—¿Qué piensas ahora de los *ghian*? —preguntó Reith.

Zap 210 se puso inmediatamente seria.

—La gente actúa de una forma distinta a la que esperaba. No corren arriba y abajo; no parecen enloquecidos por el resplandor del sol. Por supuesto —dudó ligeramente— se ve gran cantidad de conducta no decorosa, pero a nadie parece importarle. Me maravillan las ropas de las muchachas; son tan atrevidas, como si desearan llamar la atención. Pero nadie objeta nada a eso tampoco.

—Antes al contrario —dijo Reith con una suave sonrisa.

—Yo nunca podría actuar así —dijo severamente Zap 210—. Esa muchacha que viene hacia nosotros: ¡mira como camina! ¿Por qué actúa de esa forma?

—Es su forma natural de actuar. Además, desea que los hombres se den cuenta de su presencia. Todo eso son instintos que el *diko* suprimió en ti.

Zap 210 protestó con un desacostumbrado fervor:

—Ahora no consumo *diko*; ¡pero no siento tales instintos!

Reith miró sonriente al otro lado del paseo. La muchacha que había llamado la atención de Zap 210 retuvo el paso, deslizó una mano por la cinta naranja que ceñía su talle, sonrió a Reith, miró con curiosidad a Zap 210 y siguió su camino.

Zap 210 miró de reojo a Reith. Éste fue a decir algo, luego se contuvo. Un momento más tarde, la muchacha estalló:

—No comprendo nada de los *ghian*. No te comprendo a ti. Acabas de sonreírle a esa odiosa chica. Nunca hubieras debido... —Se interrumpió en seco,

luego prosiguió en voz baja—: Supongo que le echarás la culpa de tu conducta a tu «instinto».

Reith empezó a sentirse impaciente.

—Ha llegado el momento de explicarte las cosas de la vida —dijo—. Los instintos forman parte de nuestro equipaje biológico, y no pueden evitarse. Los hombres y las mujeres son distintos. —Empezó a explicar el proceso de la reproducción. Zap 210 permanecía sentada rígida, mirando al agua—. Así —terminó—, es completamente natural que la gente se dedique a ese tipo de conducta.

Zap 210 no dijo nada. Sus manos, observó Reith, estaban crispadas, y sus nudillos blancos.

—Los Khor en el bosquecillo sagrado... —dijo ella en voz muy baja—, ¿es eso lo que estaban haciendo?

—Supongo que sí.

—Y tú me apartaste de allí para que no pudiera verlo.

—Bueno, sí. Pensé que lo sentirías confusa si lo presenciabas.

Zap 210 guardó unos instantes de silencio.

—Pudieron matarnos.

Reith se encogió de hombros.

—Supongo que cabía la posibilidad.

—Y esas muchachitas aquí en Urmank que bailaban sin ropas... ¿deseaban hacer eso?

—Si alguien les daba dinero.

—¿Y todo el mundo en la superficie siente del mismo modo?

—Me atrevería a decir que la mayoría.

—¿Tú también?

—Por supuesto. Bueno... algunas veces, al menos. No siempre.

—Entonces, ¿por qué...? —se detuvo—. ¿Por qué...? —No pudo terminar. Reith adelantó un brazo y palmeó su mano, ella la retiró rápidamente—. ¡No me toques!

—Lo siento... Pero no debes enfadarte.

—Tú me trajiste a este horrible lugar; me privaste de la vida; pretendiste ser amable... ¡pero durante todo el tiempo estabas planeando... eso!

—¡Oh, no! —exclamó Reith—. ¡Nada de ello! ¡Estás completamente

equivocada!

Zap 210 le miró con las cejas fríamente alzadas.

—Entonces, ¿me consideras repulsiva? De hecho...

—De hecho, ¿qué?

La llegada de Cauch junto a la mesa proporcionó a Reith una bienvenida interrumpción.

—¿Habéis pasado una buena noche?

—Sí —dijo Reith.

Zap 210 se levantó y se alejó. Cauch hizo una mueca.

—¿La he ofendido en algo?

—Está furiosa conmigo —dijo Reith—. Aunque la verdad es que no sé por qué.

—¿Acaso no es siempre así? Pero pronto, por razones igualmente desconocidas, vuelven a estar contentas. Mientras tanto, tengo interés en escuchar tus ideas respecto a las carreras de anguilas.

Reith miró dubitativo hacia Zap 210, que había vuelto a la Hostería del Marinero Afortunado.

—¿Es prudente dejarla sola?

—No temas nada —dijo Cauch—. En la hostería saben que tú y ella estáis bajo mi protección.

—Bien, entonces vayamos a las carreras de anguilas.

—¿Ya sabes que aún no funcionan? Las carreras no comienzan hasta el mediodía.

—Mucho mejor.

Zap 210 no se había sentido nunca tan furiosa. Medio caminó, medio corrió hasta la hostería, cruzó la sala principal, y se dirigió al cubículo donde había pasado la noche. Entró, echó furiosamente el cerrojo, y fue a sentarse en la cama. Durante diez minutos dejó que sus pensamientos brotasen sin control. Luego empezó a llorar en silencio, lágrimas de frustración y desilusión que resbalaron copiosamente por sus mejillas. Pensó en los Abrigos: los silenciosos corredores con las figuras ataviadas de negro pasando discretamente por su lado. En los Abrigos nadie provocaría su rabia o su excitación o ninguna de las otras

emociones extrañas que de tanto en tanto teñían ahora su cerebro. Tomaría de nuevo su *diko*... Frunció el ceño, intentando recordar el sabor de las pequeñas y crujientes galletitas. Se puso en pie movida por un repentino impulso, se examinó en el espejo que colgaba en la pared lateral. La tarde anterior se había mirado sin demasiado interés: el rostro que le devolvió la mirada parecía simplemente un rostro: ojos, nariz, boca, barbilla. Pero ahora se estudió intensamente. Palpó el negro cabello que se rizaba en su frente, lo peinó con sus dedos, estudió el efecto. El rostro que le devolvió ahora la mirada era el de una desconocida. Pensó en la muchacha que había mirado a Reith con tanta insolencia. Llevaba un vestido azul que se ceñía a su cuerpo, muy distinto de la informe túnica gris que ella llevaba ahora. Se la quitó, se contempló de nuevo al espejo en su ropa interior blanca. Se volvió, se estudió desde todos los ángulos. Una extraña. Si Reith la viera ahora... ¿qué opinaría? La idea de Reith la puso de nuevo furiosa. La consideraba una niña, o algo más innoble aún: no tenía ninguna palabra para el concepto. Se palpó con las manos y, mirándose al espejo, se maravilló de los cambios que se habían producido en ella... Su plan original de volver a los Abrigos perdió fuerza. Los *zuzhma kastchai* la arrojarían a las tinieblas. Si por casualidad se le permitía conservar la vida, le darían nuevamente *diko*. Sus labios se crisparon. No más *diko*.

Bien, entonces, ¿qué pasaba con Adam Reith, que la consideraba tan repulsiva que...? Su mente se negó a completar sus pensamientos. ¿Qué iba a ser de ella? Se estudió en el espejo y sintió lástima por la muchacha de pelo negro y delgadas mejillas y ojos tristes que la miró desde el otro lado. Si se alejaba de Adam Reith, ¿cómo iba a sobrevivir?... Volvió a ponerse la túnica gris, pero decidió no enrollarse de nuevo la cinta de tela naranja en la cabeza. En vez de ello, se la ató a la cintura, como había visto que hacían otras muchachas de Urmank. Se examinó de nuevo en el espejo, y casi le gustó el efecto. ¿Qué pensaría Adam Reith?

Abrió la puerta, miró a ambos lados del pasillo, y se aventuró. El salón principal estaba vacío excepto un par de viejas que fregaban el suelo de piedra con un cepillo y que alzaron la vista para mirarla burlonamente. Zap 210 apresuró el paso y salió a la calle. Allí dudó. Nunca había estado sola antes, y la sensación era aterradora, aunque excitante. Cruzó hasta el muelle, observó a los cargadores descargando un barco. El vocabulario de Zap 210 no contenía el

equivalente ni de «exótico» ni de «pintoresco»; sin embargo, se sintió atraída por el aspecto de la embarcación que oscilaba suavemente sobre el agua. Lanzó un profundo suspiro. Fenómeno o no, repulsiva o no, jamás antes se había sentido tan viva. El *ghaun* era un lugar salvaje y cruel, allí los *zuzhma kastchai* no habían mentido, pero después de vivir en su dorada luz, ¿cómo podía nadie elegir el regresar a los Abrigos?

Caminó a lo largo del muelle hasta el café, donde buscó tímidamente a Reith. No había pensado todavía lo que iba a decirle; quizá simplemente se sentara con una mirada altanera para hacerle saber lo que pensaba de sus opiniones... Reith no estaba por ninguna parte. Un terrible y repentino miedo la sobrecogió. ¿Había aprovechado la oportunidad para escapar, para librarse de ella? Se sintió abrumada por el impulso de gritar: «¡Adam Reith! ¡Adam Reith!». No podía creer que su tranquilizadora silueta, tan tranquila y parca en movimientos, no apareciera por ningún lado... Se volvió para marcharse, y chocó de lleno con un alto y fornido hombre que avanzaba, un gigante con pantalones bombachos de piel marrón, una camisa blanca suelta y una chaqueta de brocado marrón. Un pequeño gorro sin visera colgaba de un lado de su calva cabeza; lanzó un suave gruñido cuando chocaron, y apartó a la muchacha apoyando sus dos manos sobre los hombros de ella.

—¿Dónde vas con tanta prisa?

—A ningún lado —dijo Zap 210, vacilante—. Estaba buscando a alguien.

—Pues me has encontrado, lo cual no es lo peor que puede ocurrirte. Ven conmigo, aún no he tomado mi vino de la mañana. Después discutiremos nuestros asuntos.

Zap 210 se sintió paralizada por la indecisión. Intentó escabullirse tentativamente de las manos del hombre, que se limitó a apretar su presa. Zap 210 hizo una mueca.

—Ven —dijo el hombre. La arrastró consigo a un reservado cercano.

El hombre hizo una seña; inmediatamente alguien trajo una jarra de vino blanco y una bandeja de pescadito frito.

—Come —dijo el hombre a Zap 210—. Bebe. No pongo límite a nadie, ni en generosidad ni en puñetazos. —Le sirvió un generoso vaso de vino—. Ahora, antes de que sigamos, ¿cuál es tu precio? Algunas de vosotras, sabiendo que soy Otville, han intentado nada menos que engañarme... lo cual les ha salido

bastante mal, debo decirlo. Así que, ¿cuál es tu precio?

—¿Precio de qué? —murmuró Zap 210.

Los ojos de Otwile se abrieron en auténtica sorpresa.

—Eres una de las extrañas. ¿Cuál es tu raza? Eres demasiado pálida para ser una Thang, y demasiado esbelta para ser una Gris.

Zap 210 bajó los ojos. Probó el vino, luego buscó desesperadamente a Reith por encima del hombro.

—¡Oh, pero si eres tímida! —declaró Otwile—. ¡Y también de modales delicados!

Empezó a comer. Zap 210 intentó marcharse.

—¡Siéntate! —restalló Otwile. La muchacha volvió rápidamente a su asiento—. ¡Bebe! —Sorbió su vino, que era más fuerte que cualquier otro que hubiera bebido hasta entonces.

—Eso está mejor —dijo Otwile—. Ahora nos comprendemos el uno al otro.

—No —dijo Zap 210 con su suave voz—. ¡No nos comprendemos! ¡No quiero estar aquí! ¿Qué es lo que quieres de mi?

Otwile volvió a mirarla, incrédulo.

—¿No lo sabes?

—¡Por supuesto que no! A menos... ¿acaso pretendes eso?

Otwile sonrió.

—Pretendo exactamente eso, y más.

—Pero... ¡yo no sé nada sobre esas cosas! Ni quiero aprender.

Otwile apartó a un lado el pescado. Dijo, incrédulo:

—Una virgen llevando la cinta. ¿Es así como te representas a ti misma?

—No sé lo que quiere decir esto... Tengo que irme, debo encontrar a Adam Reith.

—Me has encontrado a mi, lo cual es mejor. Bebe vino, relájate. Hoy será un día especial que recordarás hasta el final de tu vida. —Otwile volvió a llenar los vasos—. De hecho, me uniré a ti para relajarme también. ¡A decir verdad, empiezo a sentirme un poco excitado!

Reith y Cauch cruzaron el bazar, donde los vendedores de pescado y otros productos llamaban la atención de los transeúntes hacia su mercancía mediante

un modo muy particular de ulular.

—¿Están cantando? —preguntó Reith.

—No —dijo Cauch—. No es más que una forma de llamar la atención. Los Thang no tienen oído para la música. Pero los gritos de venta de los comerciantes de pescado son inventivos y emocionales: ¡escucha, y oírás como intentan superarse entre sí!

Reith admitió que algunos de los anuncios eran notablemente intrincados.

—A su debido tiempo los antropólogos sociales registrarán y codificarán esas llamadas. Pero por el momento estoy más interesado en las carreras de anguilas.

—Por supuesto —dijo Cauch—. Aunque, como observarás, todavía no han empezado.

Cruzaron el recinto y se detuvieron contemplando el vacío mostrador, el depósito y el desagüe. Mirando al otro lado de la pared, Reith observó las frondas de una vieja psilla.

—Quiero mirar al otro lado de la pared —dijo.

—Entonces hazlo —dijo Cauch—; siento toda mi simpatía hacia tu curiosidad. Pero ¿no estábamos dirigiendo todas nuestras energías a las carreras de anguilas?

—Lo estamos haciendo —dijo Reith—. Veo un paso en la pared, al otro lado de ese vendedor de amuletos. ¿Te importa acompañarme?

—En absoluto —dijo Cauch—. Siempre estoy dispuesto a aprender.

Caminaron a lo largo de la vieja pared, que en un remoto pasado había sido revestida con baldosas marrones y blancas, la mayor parte de las cuales habían caído, revelando trozos de ladrillos marrón oscuro. Cruzando la abertura, entraron en la Ciudad Vieja de Urmank: un distrito de chozas construidas con tejas rotas, ladrillos, fragmentos de piedra y los más variados trozos de madera. Algunas eran ruinas abandonadas, otras se hallaban en pleno proceso de construcción: un ciclo constante de degeneración y regeneración, en el que cada cascote, cada varilla, cada trozo de piedra, había sido usado un centenar de veces a lo largo de dos veces esas generaciones. Los Thang de baja casta, y una variedad de Grises de grandes cabezas, les miraron furtivamente desde los umbrales mientras Reith y Cauch pasaban junto a ellos; el hedor podía casi cortarse con un cuchillo.

Más allá de las chozas había una zona de cascotes, charcos de barro, unos cuantos matorrales quebradizos de color rojo brillante. Reith localizó el psilla del que había tomado nota: se erguía cerca de la pared, recubriendo con su sombra un cobertizo, una construcción de ladrillos muy bien hecha. La puerta era de madera sólida reforzada con hierro, asegurada con una fuerte cerradura también de hierro. El cobertizo estaba apoyado contra el muro.

Reith miró a su alrededor, desierto excepto un grupo de niños desnudos jugando en un riachuelo de barro amarillo. Se acercó al cobertizo. La cerradura, la aldaba, las bisagras, eran grandes y sólidas. No había ninguna ventana ni abertura aparte la puerta. Reith retrocedió.

—Ya hemos visto todo lo que necesitábamos ver.

—¿De veras? —Cauch inspeccionó dubitativo el cobertizo, la pared, el psilla—. No veo nada significativo. ¿Estás refiriéndote todavía a las carreras de anguilas?

—Por supuesto. —Regresaron por el deprimente conjunto de chozas—. Probablemente podríamos arreglarlo nosotros solos, pero la ayuda de un par de hombres de confianza será conveniente.

Cauch lo miró con sorpresa a incredulidad.

—¿Esperas seriamente conseguir dinero con las carreras de anguilas?

—Si el cuidador paga todas las apuestas vencedoras, sí.

—No temas por eso —dijo Cauch—. Pagaré, suponiendo que haya vencedores. Y respecto a esta suposición, ¿cómo piensas repartir?

—La mitad para mi, la mitad para ti y los dos hombres.

Cauch frunció los labios.

—Noto algo parecido a una desigualdad. Tratándose de un proyecto mutuo, un hombre no debería conseguir tres veces el beneficio de los otros.

—Creo que tiene derecho a hacerlo —dijo Reith cuando de otro modo los otros tres no van a ganar nada en absoluto.

—Eso está bien dicho —admitió Cauch—. Lo haremos como propones.

Regresaron al café. Reith buscó a Zap 210, que no se veía por ninguna parte.

—Debo ir a buscar a mi compañera —le dijo a Cauch—. Sin duda está esperando en la hostería.

Cauch hizo un gesto afable; Reith se dirigió a la hostería, pero no encontró a Zap 210 por ninguna parte. Preguntó al empleado, y así supo que había entrado y

vuelto a salir, sin dar ningún indicio de su destino.

Reith salió de nuevo y miró arriba y abajo por el muelle. A la derecha, un grupo de descargadores con faldellines rojos desteñidos y hombreras de piel descargaban un barco; a la izquierda estaba el ajetreo del bazar.

Nunca hubiera debido dejarla sola, se dijo a si mismo, especialmente con su humor de aquella mañana. Había dado por sentada su estabilidad, sin preocuparse en adivinar su estado mental. Reith se maldijo a si mismo por su rudeza y su egoísmo. La muchacha había estado sometida a las más intensas y espectaculares tensiones emocionales: todos los procesos fundamentales de la vida a la vez. Reith volvió al café. Cauch lo miró con tranquila benevolencia.

—Pareces preocupado.

—La muchacha que me acompañaba... no puedo encontrarla.

—Bah —dijo Cauch—. Todas son iguales. Debe haber ido al bazar, a comprarse alguna chuchería.

—No. No tiene dinero. Carece por completo de experiencia; no iría a ninguna parte... excepto... —Reith se volvió para mirar hacia las colinas, el paso que había entre los dos castillos de los devoradores de cadáveres. ¿Habría dicho en serio lo de volver a los Abrigos? Y una nueva idea convirtió sus huesos en hielo. Los Gzhindra. Llamó al camarero Thang.

—Esta mañana he desayunado con una joven. ¿La recuerdas?

—Sí, por supuesto; llevaba un turbante naranja, como una Hedaijhan, al menos en esa ocasión.

—¿Volviste a verla?

—Así es. Se sentó en otra mesa, llevando la cinta de sollicitación y emparejamiento, con Otwile el campeón. Bebieron vino durante un rato, y luego se fueron.

—¿Ella se marchó por su propia voluntad? —preguntó Reith, maravillado.

El camarero se alzó indiferente de hombros, de una forma veladamente insolente.

—Llevaba la cinta, no gritó, se apoyaba en el brazo de él, quizá para sostenerse, porque creo que estaba un tanto ebria.

—¿Adónde fueron?

Se alzó nuevamente de hombros.

—Los aposentos de Otwile no están muy lejos; supongo que allí.

—Muéstrame el camino.

—No, no. —El camarero agitó la cabeza—. Estoy de servicio. Además, no me gustaría despertar la irritación de Otwife.

Reith saltó sobre él; el camarero retrocedió tambaleándose, presa del pánico.

—¡Rápido! —silbó Reith.

—Por aquí pues, pero aprisa; se supone que no puedo abandonar el café.

Corrieron cruzando las húmedas callejuelas secundarias de Urmank, entrando y saliendo de la cobriza luz de Carina 4269, que les llegaba ocasionalmente en forma sesgada por entre los retorcidos gabletes de las altas casas. El camarero se detuvo, señaló un camino que conducía a un jardín de follaje verde y púrpura.

—Al final están los aposentos de Otwife. —Echo a correr por el camino por donde había venido. Reith siguió adelante, atravesando el jardín. Al fondo había una casita de madera labrada y paneles de fibra translúcida. Mientras se acercaba, Reith oyó un repentino grito inarticulado de ultraje procedente del interior. Luego:

—¡Impura! —Hubo el sonido de un golpe y un gemido. Reith sintió que sus rodillas temblaban. Echo a correr a toda la velocidad que le permitían sus piernas, abrió de un portazo. Zap 210 yacía agazapada en el suelo, en medio de la estancia, desnuda y con los ojos vidriosos; sobre ella estaba Otwife, de pie, dominándola con su enorme estatura. Zap 210 miró a Reith; éste vio la inconfundible señal roja en su mejilla.

—¿Quién eres tú para entrometerte así en mi casa? —exclamó Otwife con ultrajada voz ronca.

Reith lo ignoró. Tomó la ropa interior de Zap 210, un rasgado montón de telas. Se volvió para mirar a Otwife. Cauch dijo desde el umbral:

—Vámonos, Adam Reith; coge a la chica. No te busques problemas.

Reith no prestó atención. Avanzó lentamente hacia Otwife, que aguardaba, sonriendo fríamente, las manos en las caderas. Se detuvo a menos de un metro. Otwife, quince centímetros más alto, le sonrió desde arriba.

Zap 210 dijo con voz ronca:

—No fue culpa suya. Yo llevaba una cinta naranja... No sabía...

Reith se volvió lentamente. Encontró la túnica gris de Zap 210, se la puso sobre su esbelto y tembloroso cuerpo. Vio lo que había ultrajado a Otwife;

apenas pudo contener una enorme exclamación para expresar su pesar y un hosco regocijo. Rodeó con sus brazos a Zap 210 y la condujo hacia la salida.

Otwile no se sentía satisfecho. Había esperado un choque, un movimiento, incluso una palabra, que sirviera de disparador para sus músculos. ¿Iba a negársele incluso el placer de golpear al hombre que había invadido sus aposentos? La burbuja de su rabia estalló. Saltó hacia la puerta y lanzó su pierna hacia adelante y hacia arriba en una terrible patada.

Reith se alegró de ver finalmente a Otwile activo. Se volvió, agarró a Otwile por el tobillo, tiró, arrastró al campeón, saltando y cojeando, afuera al jardín, y lo arrojó de bruces contra un grupo de bambúes escarlatas. Otwile saltó casi inmediatamente en pie, como un leopardo. Se detuvo, de pie con los brazos extendidos, con una horrible mueca en el rostro, abriendo y cerrando las manos. Reith le lanzó un puñetazo al rostro. Otwile pareció no acusarlo. Se lanzó contra Reith, que retrocedió, golpeando con el canto de la mano las masivas muñecas. Otwile siguió avanzando, acorralando a Reith contra una pared lateral. Reith hizo una finta, lanzó un izquierdazo, y se peló los nudillos contra el rostro de Otwile. Otwile dio un pequeño salto hacia delante con los pies planos, luego otro, luego emitió un horrible grito raspante y lanzó su enorme brazo en un terrible bofetón. Reith se agachó, golpeó a Otwile en pleno vientre, y cuando Otwile lanzó su rodilla contra su entrepierna agarró la pierna doblada, tiró hacia arriba y envió a Otwile de espaldas con un resonar parecido al de la caída de un árbol. Por un momento Otwile permaneció tendido en el suelo, desconcertado, luego se alzó lentamente a una posición sentada. Con una sola y breve mirada hacia atrás, Reith condujo a Zap 210 fuera del jardín. Cauch hizo una educada inclinación de cabeza hacia Otwile y les siguió.

Reith llevó a Zap 210 a la hostería. La muchacha se sentó en la cama de su cubículo, aferrando la túnica gris contra sí, flácida y miserable. Reith se sentó a su lado.

—¿Qué ocurrió?

Las lágrimas resbalaron incontenibles por las mejillas de la muchacha; se llevó las manos al rostro. Reith acarició su cabeza. Finalmente, ella secó sus ojos.

—No sé lo que hice mal... a menos que fuera la cinta escarlata del turbante. Me hizo beber vino hasta que me sentí mareada. Me llevó por calles desconocidas... me sentía muy extraña. Apenas podía caminar. En la casa, no quise quitarme la ropa y él se puso furioso. Luego me vio y se puso más furioso aún. Dijo que yo era impura... No sé qué hacer. Estoy enferma, me estoy muriendo.

—No, no estás ni enferma ni muriéndote —dijo Reith—. Tu cuerpo ha empezado a funcionar normalmente. No hay nada en absoluto que vaya mal en ti.

—¿No soy impura?

—Por supuesto que no. —Reith se puso en pie—. Te enviaré a una doncella para que cuide de ti. Luego simplemente quédate acostada y duerme hasta que yo vuelva... espero que con el dinero suficiente para poder subir a un barco.

Zap 210 asintió en silencio; Reith salió del cubículo.

En el café, encontró a Cauch con dos jóvenes zsafathranos que habían venido a Urmank en el segundo carromato.

—Éste es Schazar; éste es Widisch —dijo Cauch—. Los dos son muy competentes; no tengo la menor duda de que cumplirán con cualquier cometido razonable.

—En este caso —dijo Reith—, vayamos a nuestros asuntos. No podemos perder mucho tiempo, o al menos eso calculo.

Los cuatro echaron a andar muelle abajo. Reith explicó sus teorías:

—...que ahora vamos a poner a prueba. Recordadlo, puede que esté equivocado, en cuyo caso el proyecto fracasará.

—No —dijo Cauch—. Has empleado un extraordinario proceso mental para deducir lo que ahora veo como una verdad cristalina.

—El proceso es llamado lógica —dijo Reith—. No siempre puede confiarse en él. Pero ya veremos.

Llegaron al lugar donde se celebraban las carreras de anguilas, ya había gente aposentada en los bancos, preparada para las apuestas del día. Reith apresuró el paso: cruzaron la abertura, pasaron junto a los deprimentes límites de la Ciudad Vieja de Urmank, y se dirigieron al cobertizo bajo el psilla. Se

detuvieron a cincuenta metros de él y se pusieron a cubierto en una choza en ruinas al borde del páramo.

Pasaron diez minutos. Reith empezó a ponerse nervioso.

—No puedo creer que hayamos llegado demasiado tarde.

El joven Schazar señaló hacia el páramo, en dirección al extremo más alejado de la pared.

—Dos hombres.

Los dos hombres se acercaron a largos pasos. Uno de ellos llevaba las flotantes ropas blancas y el cuadrado sombrero blanco de un Sabio de las Islas Erze.

—El cuidador de las anguilas —murmuró Cauch. El otro, más joven, llevaba un casquete rosa y una ligera capa rosa. Los dos avanzaron casual y confiadamente junto a la pared y se separaron cerca del cobertizo. El cuidador siguió hacia la abertura.

Widisch dijo:

—Sería mucho más fácil abordar al viejo charlatán y despojarle de su bolsa; el efecto, después de todo, sería el mismo.

—Desgraciadamente —dijo Cauch—, no lleva sequins sobre su persona, y se preocupa mucho de que este hecho sea conocido por todo el mundo. Sus fondos son llevados cada día hasta las carreras de anguilas por cuatro esclavos armados, bajo la supervisión de su esposa favorita.

El joven de rosa se dirigió al cobertizo. Metió una llave en la cerradura, la hizo girar tres veces, abrió la recia puerta y entró en el cobertizo. Se volvió con sorpresa para descubrir a Reith y Schazar, que habían entrado en el cobertizo inmediatamente tras él. Intentó protestar.

—¿Qué significa todo esto?

—Te lo diré solamente una vez —indicó Reith—. Queremos tu completa colaboración; de otro modo te colgaremos de los dedos de los pies de este psilla que está ahí al lado. ¿Has comprendido?

—He comprendido perfectamente —dijo el joven con un estremecimiento.

—Describe la rutina.

El joven dudó. Reith hizo una seña con la cabeza a Schazar, que extrajo un rollo de resistente cuerda. El joven dijo con rapidez:

—La rutina es muy simple. Me desnudo y me meto en el tanque. —Señaló

un depósito cilíndrico de un poco más de un metro de diámetro al fondo del cobertizo—. Un tubo comunica con el depósito de fuera; el nivel del tanque y el del depósito son el mismo. Nado por el tubo hasta el depósito y salgo a un espacio libre que hay a un lado de la disposición interior. Tan pronto como la tapa es bajada, abro la partición. Tomo la anguila indicada y la sitúo al borde del desagüe.

—¿Y cómo te es especificado el color?

—Por los golpes del cuidador en la tapa.

Reith se volvió a Cauch.

—Schazar y yo nos encargaremos de controlar las cosas aquí. Te sugiero que tú y Widisch vayáis a ocupar vuestros lugares en la mesa. —Se dirigió al joven de rosa—: ¿Hay espacio suficiente para dos en el depósito?

—Sí —dijo el joven a regañadientes. Aunque muy justo. Pero dime: si coopero contigo, ¿cómo me protegeré del cuidador de las anguilas?

—Sé franco con él —dijo Reith—. Indícale que valoras más tu vida que sus sequins.

—Dirá que, en lo que a él respecta, ve el asunto precisamente a la inversa.

—Lástima —dijo Reith—. El azar es tu negocio. ¿Cuándo hay que estar en posición?

—Dentro de un minuto o así.

Reith se quitó sus ropas.

—Si por alguna ineptitud somos detectados... puedes estar seguro de que las consecuencias serán tan definitivas para ti como para mí.

El aprendiz se limitó a gruñir. Se despojó de sus ropas rosas.

—Sígueme. —Se metió en el tanque—. El camino es oscuro pero recto.

Reith se le unió en el tanque. El joven inspiró profundamente y se sumergió; Reith hizo lo mismo. En el fondo localizó un tubo horizontal de casi un metro de diámetro; se metió dentro, sin dejar demasiada distancia entre él y el aprendiz.

Salieron a la superficie al otro lado en un espacio de metro veinte de largo, medio metro de alto y treinta centímetros de ancho. La luz penetraba a través de unos orificios hábilmente practicados, que permitían también la visión del mostrador de las apuestas; así, Reith pudo ver que Cauch y Widisch habían ocupado sus lugares a lo largo de la U.

Desde muy cerca les llegó la voz del cuidador:

—Bienvenidos todos a otro día de excitantes carreras. ¿Quién ganará? ¿Quién perderá? Nadie lo sabe. Puede que sea yo, puede que sean ustedes. Pero todos disfrutaremos del placer de las carreras. Para aquellos que son nuevos a nuestro pequeño juego, señalaré que el tablero que tienen ante ustedes está señalado con once colores. Pueden apostar cualquier cantidad a cualquiera de los colores. Si el color que han elegido gana, recibirán diez veces el monto de su apuesta. Observen esas anguilas y sus colores: blanco, gris, tostado, azul claro, marrón, rojo oscuro, bermellón, azul, verde, violeta, negro. ¿Hay alguna pregunta?

—Sí —dijo Cauch—. ¿Hay algún límite a las apuestas?

—La caja que acaba de serme entregada contiene diez mil sequins. Éste es mi límite: no pago más. Por favor, hagan sus apuestas.

El cuidador examinó con ojo experto el mostrador. Alzó la tapa, metió las anguilas en el centro del depósito.

—No más apuestas, por favor. —En la tapa sonó: tap-tap tap-tap.

—Dos-dos —susurró el aprendiz—. Eso significa verde. —Empujó a un lado un panel, metió la mano en el depósito, agarró la anguila verde y la metió en la boca del desagüe. Luego retrocedió y cerró el panel.

—¡El verde gana! —se oyó la voz del cuidador—. Así que... ¡pago! Veinte sequins para este robusto marinero... Hagan sus apuestas, por favor.

Tap tap-tap-tap, sonó en la tapa.

—Bermellón —susurró el aprendiz. Actuó como antes.

—¡El bermellón gana! —exclamó el cuidador.

Reith acercó su ojo a la rendija. En cada una de las dos ocasiones Cauch y Widisch habían arriesgado un par de sequins. En la tercera apuesta, cada uno situó treinta sequins al blanco.

—Las apuestas quedan cerradas —dijo la voz del cuidador. La tapa se cerró. Tap tap, les llegó el sonido.

—Marrón —susurró el aprendiz.

—Blanco —dijo Reith—. El blanco gana.

El aprendiz murmuró algo ansiosamente. Puso la anguila blanca en el desagüe.

—Otra competición entre esas escurridizas criaturitas —dijo la complaciente voz del cuidador—. En esta ocasión el color vencedor es el marrón... ¿Marrón?

Blanco. ¡Sí, blanco, eso es! ¡Ja! En mi vejez, empiezo a confundir los colores. ¡Ésas son las tribulaciones de un pobre viejo! ¡Y aquí tenemos a un par de apuestos ganadores! Trescientos sequins para usted, trescientos sequins para usted... Tomen sus ganancias, caballeros. ¿Qué, quieren apostar de nuevo todo lo ganado? ¿Los dos?

—Sí, la suerte parece estar hoy con nosotros.

—¿Los dos al rojo oscuro?

—Sí: ¡mire el vuelo de los pájaros-sangre allá a lo lejos! Eso es un portento.

El cuidador miró al cielo y sonrió.

—¿Quién puede adivinar los designios de la naturaleza? Ruego porque no estén en lo cierto. Bien, ¿hechas todas las apuestas? Entonces, adentro con las anguilas, abajo con la tapa, y dejemos que la anguila más decidida salga la primera. —Su mano descansó unos instantes sobre la tapa; su uña golpeó la superficie una sola vez—. Se retuercen, buscan, la luz las atrae; pronto tendremos a una ganadora. Aquí viene... ¿es azul? —Lanzó un gruñido involuntario—. Rojo oscuro. —Miró a los rostros de los zsafathranos—. Sorprendentemente, vuestros presagios fueron correctos.

—Sí —dijo Cauch—. ¿No te lo dijimos? Páganos nuestro premio.

Lentamente, el cuidador de las anguilas contó tres mil sequins para cada uno.

—Sorprendente. —Miró pensativo hacia el depósito—. ¿Observáis más portentos?

—Nada significativo —dijo Cauch—. Pero apostaré de todos modos. Cien sequins al negro.

—Yo apostaré lo mismo —declaró Widisch.

El cuidador dudó. Se restregó la barbilla, miró hacia el depósito.

—Extraordinario. —Puso las anguilas en el depósito—. ¿Hechas todas las apuestas? —Su mano descansó unos momentos sobre la tapa; como en un impulso nervioso, tabaleó con las uñas, dos secos golpes—. Muy bien; abriré la puerta. —Tiró de la palanca y se dirigió en tres zancadas al extremo del canal—. Y aquí llega... ¿qué color? ¡Negro!

—¡Excelente! —exclamó Cauch—. ¡Por fin ganamos algo después de años de dejar nuestro dinero en esas perversas anguilas! ¡Páganos nuestro premio, por favor!

—Naturalmente —croó el cuidador—. Pero ya no puedo seguir con las

apuestas. Me duelen las articulaciones. La carrera de anguilas ha terminado por hoy.

Reith y el aprendiz regresaron inmediatamente al cobertizo. El aprendiz se envolvió en la capa rosa y en su sombrero y huyó como perseguido por el diablo.

Reith y Schazar regresaron por la Ciudad Vieja a la abertura, donde tropezaron con el cuidador de las anguilas, que pasó por su lado a largas zancadas con un gran revuelo de su capa blanca. Su rostro normalmente tranquilo estaba moteado de rojo; llevaba un bastón en la mano, con el que trazaba cortos y ominosos molinetes.

Cauch y Widisch les aguardaban en el muelle. Cauch tendió a Reith una bolsa agradablemente abultada.

—Tu parte de las ganancias: cuatro mil sequins. El día ha sido edificante.

—Nos las hemos arreglado bien —dijo Reith—. Nuestra asociación ha sido mutuamente provechosa, lo cual es una cosa rara en Tschai.

—Por nuestra parte vamos a regresar inmediatamente a Zsafathra —dijo Cauch—. ¿Qué vas a hacer tú?

—Asuntos urgentes me impulsan a seguir adelante. Como vosotros, mi compañera y yo partiremos tan pronto como sea posible.

—En este caso, adiós. —Los tres zsafathranos siguieron su camino. Reith se dirigió al bazar, donde hizo una serie de compras. De regreso al hotel, fue al cubículo de Zap 210 y llamó a la puerta, sintiendo que su corazón latía fuertemente con la anticipación.

—¿Quién es? —dijo una suave voz al otro lado.

—Yo, Adam Reith.

—Un momento. —La puerta se abrió. Zap 210 estaba de pie ante él, el rostro enrojecido y soñoliento. Llevaba la túnica gris que acababa de echarse por encima.

Reith dejó sus paquetes sobre la cama.

—Esto... y esto... y esto... y esto... es para ti.

—¿Para mi? ¿Qué es?

—Míralo y lo verás.

Con una desconfiada mirada de soslayo a Reith, la muchacha abrió los paquetes, luego se quedó contemplando durante largo rato su contenido.

—¿No te gustan? —preguntó Reith, inseguro.

Ella volvió hacia él una dolida mirada.

—¿Es así como me quieres... como las demás?

Reith la miró desconcertado. Aquélla no era la reacción que esperaba. Dijo cuidadosamente:

—Vamos a viajar. Lo mejor es que lo hagamos de la forma menos llamativa posible. ¿Recuerdas los Gzhindra? Debemos vestir como la gente con la que viajemos.

—Entiendo.

—¿Qué es lo que más te gusta?

Zap 210 alzó la túnica verde oscuro, volvió a dejarla, tomó el vestido naranja sangre y los pantalones blancos, luego un traje más bien llamativo rematado por una chaquetilla negra y una capa corta también negra.

—No creo que me guste ninguno de ellos.

—Pruébate uno.

—¿Ahora?

—¡Naturalmente!

Zap 210 volvió a tomar primero uno de los vestidos, luego otro. Miró a Reith; sonrió.

—Muy bien, de acuerdo.

En su propio cubículo, Reith se cambió a ropas nuevas que había comprado para él: unos pantalones grises, una chaqueta azul oscuro. Decidió tirar lo que llevaba ahora. Cuando lo echaba a un lado, vio el bulto del portafolios. Tras unos instantes de vacilación, lo trasladó a un bolsillo interior de su nueva chaqueta. Unos documentos como aquéllos, si no por otra razón, serian valiosos como curiosidad. Bajó al salón principal. Finalmente apareció Zap 210. Llevaba el vestido verde oscuro.

—¿Por qué me miras así? —preguntó.

Reith no podía decirle la verdad, que estaba recordando la primera vez que la había visto: una niña expósita neurasténica envuelta en una capa negra, pálida y de frágiles huesos. Retenía todavía algo de su mirada soñadora, pero su palidez se había convertido en un suave marfil oscurecido por el sol; su rizado pelo negro caía seductoramente sobre su frente y orejas.

—Estaba pensando —dijo Reith— que el traje te sienta de maravilla.

Ella hizo una débil mueca; una curva de los labios que era lo más parecido a

una sonrisa.

Salieron al muelle y se dirigieron al barco *Nhiahar*. Encontraron al taciturno capitán en el salón, trabajando en sus cuentas.

—¿Un pasaje hasta Kazain? Solamente queda la gran cabina a setecientos sequins, o puedo proporcionar dos literas en el dormitorio general, a doscientos.

9

Una calma chicha se extendía sobre el Segundo Mar. El *Nhiahar* salió de la calita, empujado por su motor auxiliar; Urmank fue desapareciendo progresivamente en la oscura distancia.

El *Nhiahar* avanzaba en silencio excepto el gorgotear del agua ante la proa. Los únicos otros pasajeros eran un par de viejas mujeres de rostro cerúleo ataviadas de gasa gris que aparecieron brevemente en cubierta, luego se arrastraron de vuelta a su pequeña y oscura cabina.

Reith se sintió satisfecho con la cabina grande. Ocupaba toda la anchura del barco, con tres grandes ventanales mirando al mar de popa. En sendas alcobas a babor y estribor había mullidas camas, más suaves de lo que Reith hubiera conocido nunca en Tschai, aunque olían ligeramente a moho. En el centro estaba fijada una pesada mesa de madera negra tallada, con un par de sillas igualmente pesadas a cada lado. Zap 210 examinó reluctante la cabina. Hoy llevaba los pantalones blancos con la blusa naranja; parecía agitada y tensa, y se movía de un lado para otro con nerviosa brusquedad, retorciéndose los dedos.

Reith la observó disimuladamente, intentando calcular la naturaleza exacta de su talante. Ella se negó a mirarle o a cruzar sus miradas. Finalmente, él preguntó:

—¿Te gusta el barco?

Ella se encogió de hombros en un gesto taciturno.

—Nunca antes había visto nada parecido. —Fue a la puerta, desde donde le dirigió una melancólica sonrisa, casi una mueca, y salió a cubierta.

Reith alzó la vista al techo, se encogió de hombros, y tras una mirada final en torno a la cabina la siguió.

Ella había subido al castillo de popa y se había reclinado en la barandilla, mirando en la dirección por donde habían venido. Reith se sentó en un banco

cercano y fingió estar gozando de la cobriza luz solar mientras pensaba desconcertado en el comportamiento de la muchacha. Era mujer y por ello inherentemente irracional... pero su conducta parecía exceder este hecho elemental. Algunas de sus actitudes se habían formado en los Abrigos, pero éstas parecían estar desvaneciéndose; al alcanzar la superficie había abandonado la vieja vida y desechado sus puntos de vista, del mismo modo que un insecto se desprende de su capullo. En el proceso, rumió Reith, había desechado su vieja personalidad, pero aún no había descubierto una nueva... El pensamiento hizo que Reith se estremeciera. Parte del encanto o fascinación, o lo que fuera, de la muchacha residía en su inocencia, su transparencia... ¿transparencia? Reith lanzó un gruñido de escepticismo. No enteramente. Fue a reunirse con ella.

—¿En qué estás pensando tan profundamente?

Ella le lanzó una fría mirada de reojo.

—Estaba pensando en mí miseria y en el amplio *ghaun*. Recuerdo mi época en la oscuridad. Ahora sé que bajo el mundo aún no había nacido. Todos esos años, mientras iba quietamente de un lado para otro ahí abajo, la gente de la superficie vivía en medio del color y el cambio y el aire.

—¡Así que es por eso por lo que has estado actuando tan extrañamente!

—¡No! —exclamó ella con una repentina pasión—. ¡No es eso! ¡La razón eres tú y tu secreto! No me dices nada. No sé dónde vamos, o lo que piensas hacer conmigo.

Reith frunció el ceño al negro hervor del agua de la estela.

—Ni yo mismo estoy seguro de nada de ello.

—¡Pero tienes que saber algo!

—Sí... Cuando llegue a Sivishe quiero volver a mi hogar, que es un lugar remoto, muy, muy lejos de Tschai.

—¿Y qué será de mí?

¿Y qué será de Zap 210?, se preguntó Reith. Una pregunta que había evitado hacerse a sí mismo.

—No estoy seguro de que desees venir conmigo —respondió sin convicción.

Las lágrimas brillaron en los ojos de la muchacha.

—¿A qué otro lugar puedo ir? ¿Debo convertirme en una esclava del trabajo? ¿O en una Gzhindra? ¿O llevar una cinta naranja por todo Urmank? ¿O debo morir? —Se apartó de él y se alejó hacia proa, pasando junto a un grupo de

hombres de rostro negruzco que la contemplaron con el rabllo de sus pálidos ojos.

Reith volvió al banco... Transcurrió la tarde. Las negras nubes del norte generaron un frío viento. Las velas fueron izadas, y el barco avanzó a una buena velocidad. Zap 210 volvió finalmente a popa con una extraña expresión en su rostro. Lanzó a Reith una mirada de triste acusación y bajó a la cabina.

Reith la siguió, y la encontró tendida en una de las camas:

—¿No lo sientes bien?

—No.

—Sal fuera. Aquí te sentirás peor.

Ella volvió tambaleándose a cubierta.

—Mantén los ojos en el horizonte —dijo Reith—. Cuando el barco se mueva, mantén la cabeza nivelada con él. Hazlo durante un rato y lo sentirás mejor.

Zap 210 permaneció de pie apoyada en la barandilla. Las nubes se arracimaron sobre sus cabezas y el viento murió; el *Nhiahar* permaneció balanceándose con colgantes velas... Del cielo brotó un relámpago púrpura que golpeó sesgadamente el mar una, dos, tres veces. Todo ello en un abrir y cerrar de ojos. Zap 210 lanzó un gritito y retrocedió, aterrada. Reith la sujetó y la mantuvo contra si mientras retumbaba el trueno. Ella se agitó inquieta; Reith besó su frente, su rostro, su boca.

El sol se ocultó en un despliegue de oro y cobre y negro; con el anochecer llegó la lluvia. Reith y Zap 210 se retiraron a su cabina, donde el camarero les sirvió la cena: carne picada, marisco, galletas. Comieron, mirando a través de los grandes ventanales el mar y la lluvia y los relámpagos, y luego, con los relámpagos centelleando en la oscuridad, hicieron el amor.

A medianoche las nubes se aclararon; las estrellas brillaron en el cielo.

—¡Mira ahí arriba! —dijo Reith—. Entre esas estrellas hay otros mundos del hombre. Uno de ellos se llama la Tierra. —Hizo una pausa. Zap 210 permaneció tendida, escuchando, pero Reith, por alguna razón, no pudo decir más, y finalmente se quedó dormida.

El *Nhiahar*, empujado por vientos favorables, avanzaba por el Segundo Mar,

hendiendo las grandes crestas blancas de espuma. El cabo Braise apareció al frente; el barco amarró en la antigua ciudad de piedra Stheine para cargar agua, luego enfiló hacia el Schanizade.

A treinta kilómetros costa abajo una lengua de tierra formaba una especie de hoz hacia el oeste. Un bosque de árboles azul oscuro alineados junto a la orilla rodeaba una ciudad de planos domos, curvados vértices, amplias columnas. Reith creyó reconocer la arquitectura, a hizo una pregunta al capitán.

—¿Se trata de una ciudad Chasch?

—Es Songh, el más meridional de los asentamientos de los Chasch Azules. He llevado cargas a Songh, pero es un negocio arriesgado. Tienes que conocer los juegos de los Chasch: las bromas de una raza agonizante. He visto ruinas en las estepas de Kotan: un centenar de lugares donde los Viejos Chasch o los Chasch Azules vivieron en su tiempo. ¿Y qué queda ahora de ellos? Sólo los Phung.

La ciudad retrocedió en la distancia y desapareció de la vista mientras la nave seguía hacia el sur bordeando la península. Poco después, un grito de uno de los miembros de la tripulación hizo salir a todo el mundo a cubierta. En el cielo había un par de naves aéreas. Una era una resplandeciente amalgama de metal blanco y azul, modelado en una serie de espléndidas curvas. Una balaustrada contenía la cubierta, sobre la que había una docena de criaturas con brillantes cascos. El otro aparato era austero y sombrío: una nave siniestra, fea, gris, construida con una exclusiva funcionalidad. Era ligeramente más pequeña que la nave de los Chasch Azules y algo más ágil; en la burbuja dorsal se hallaba apiñada la tripulación Dirdir, enfrascada en la tarea de destruir la nave Chasch. Los dos aparatos trazaban círculos el uno en torno al otro, ahora altos, ahora bajos, zumbando como insectos venenosos. De tanto en tanto, cuando lo permitían las circunstancias, las naves intercambiaban andanadas de fuego de los lanzaarena, sin efectos apreciables. Las resplandecientes formas giraban y giraban, trazando torbellinos y barrenas que los conducían hasta apenas unos metros por encima de la superficie del agua.

Toda la tripulación del *Nhihaar* subió a cubierta para contemplar la batalla, incluso las dos mujeres viejas que no se habían dejado ver hasta entonces. Mientras observaban el cielo, la capucha de una de ellas resbaló hacia atrás sobre su cabeza, revelando un rostro puntiagudo y pálido. Zap 210, de pie al lado de

Reith, lanzó un suave jadeo y volvió rápidamente la mirada.

La nave de los Chasch Azules se deslizó de pronto en picado, y sus cañones delanteros lanzaron una andanada contra la parte baja del aparato Dirdir, que dio una vuelta de campana y cayó en barrena hacia el mar, donde golpeó la superficie del agua en un silencioso chapoteo. La nave de los Chasch Azules trazó un amplio círculo sobre su derrotada presa, asegurándose de su hundimiento, luego partió a toda velocidad hacia Songh.

Las mujeres viejas habían desaparecido de nuevo abajo. Zap 210 dijo con un tembloroso susurro:

—¿Lo viste?

—Sí. Lo vi.

—Son Gzhindra.

—¿Estás segura?

—Sí, estoy segura.

—Supongo que los Gzhindra viajan como el resto de la gente —dijo Reith, de una forma algo hueca—. Al menos hasta ahora, no han hecho nada por molestarnos.

—¡Pero están aquí, a bordo del barco! ¡Nunca hacen nada sin un propósito!

Reith emitió un gruñido escéptico.

—Quizá sí... ¿pero qué podemos hacer al respecto?

—¡Podemos matarlas!

Zap 210, pese a todos los condicionamientos estrictos de su educación, era una criatura de Tschai, pensó Reith. Dijo:

—Las mantendremos estrechamente vigiladas. Ahora que sabemos lo que son, y ellas no saben que lo sabemos, la ventaja es nuestra.

Esta vez fue el turno de Zap 210 de emitir un gruñido escéptico. Reith, sin embargo, se negó a acechar a las mujeres en la oscuridad y estrangularlas.

El viaje prosiguió hacia el sudoeste, en dirección a las islas Saschan. Los días transcurrieron sin otro acontecimiento más digno de mención que los cambios en el cielo. Cada mañana Carina 4269 cruzaba el horizonte trayendo consigo un amanecer bronce opaco y rosa oscuro. Al mediodía se formaban nieblas altas, filtrando la luz solar y derramando un resplandor como de seda antigua sobre el agua. Las tardes eran largas; los anocheceres melancólicos: guerras alegóricas entre oscuros héroes y los señores de la luz. Después de

anochecer aparecían las lunas: a veces la rosa Az, a veces la azul Braz, y a veces el *Nhiahar* avanzaba solitario bajo las estrellas.

Para Reith esos días y sus noches hubieran sido los más agradables que había conocido en Tschai de no ser por la preocupación que lo atormentaba: ¿qué estaba ocurriendo en Sivishe? ¿Encontraría la nave espacial intacta o destruida? ¿Qué habría sido del artero Aila Woudiver; qué habría ocurrido con los Dirdir en su horrible ciudad al otro lado del agua? ¿Y qué significaban las dos mujeres viejas, que podían ser Gzhindra? Nunca aparecían excepto en lo más profundo de la noche, para pasear por cubierta. Una noche oscura Reith las observó, sintiendo que se le erizaba el pelo de la nuca. Podían ser Gzhindra o podían no serlo, pero a falta de información, Reith se veía obligado a suponer lo peor... y las implicaciones eran causa de los más tenebrosos presagios.

Una pálida y lúgubre mañana las islas Saschan aparecieron allá delante en medio del mar: tres antiguos conos volcánicos rodeados por plataformas de detritus donde crecían bosquecillos de psillas, kianthus, nueces de aceite, lethipodos. En cada isla había una ciudad trepando por la ladera del cono central, chozas pegadas las unas a las otras como las celdillas de un nido de avispas. Las negras aberturas miraban hacia el mar; volutas de humo ascendían al cielo.

El *Nhiahar* entró en la bahía y, virando para evitar un transbordador, se acercó a la isla sur. En el muelle aguardaban estibadores saschaneses de torcidas piernas vestidos con pantalones negros y enfundados en botas de retorcida puntera que les llegaban hasta los tobillos. Tomaron las cuerdas; el *Nhiahar* fue amarrado al muelle. Tan pronto como fue colocada la plancha, los estibadores subieron en enjambre al bordo. Se abrieron las escotillas; las balas de pieles, los sacos de hierba del peregrino, las embaladas herramientas, fueron descargadas al muelle.

Reith y Zap 210 bajaron a tierra. El capitán les llamó desde cubierta:

—El barco parte exactamente al mediodía, estén ustedes a bordo o no.

La pareja caminó por la explanada, con la innatural incrustación de chozas acumulándose sobre ellos. Zap 210 miró por encima del hombro.

—Están siguiéndonos.

—¿Las Gzhindra?

—Sí.

Reith lanzó un gruñido de disgusto.

—Entonces es definitivo. Tienen órdenes de no perdernos de vista.

—Pues es lo mismo que si estuviéramos muertos. —Zap 210 dijo aquello con una voz carente de emoción—. En Kazain informarán a los Pnume, y entonces nada podrá salvarnos; seremos arrastrados de vuelta a la oscuridad.

Reith no pudo pensar en nada que decir. Llegaron a un pequeño puerto protegido del mar por un par de espigones, que se estrechaban hasta convertirse en la rampa de acceso de un transbordador. Reith y Zap 210 se detuvieron para observar la llegada del transbordador de las islas exteriores: una ancha embarcación de fondo plano con cabinas de control a ambos extremos y que transportaba a un par de centenares de saschaneses de todas edades y condiciones. Aplicó el morro contra la rampa; los pasajeros desembarcaron. Más o menos la misma cantidad de gente pagó su pasaje a un hombre sentado ante una cabina y subió a bordo; el transbordador partió inmediatamente. Reith lo contempló cruzar el agua, luego condujo a Zap 210 a una zona de espera con bancos y mesas junto a la rampa. Reith pidió al camarero vino dulce y pastas, luego fue a conferenciar con el gordo expendedor de billetes. Zap 210 miró nerviosamente a uno y otro lado. En las sombras de un tramo de escaleras creyó ver dos figuras envueltas en gris. Se preguntan qué estamos haciendo, se dijo a si misma.

Reith volvió.

—El próximo transbordador parte dentro de poco más de una hora... unos cuantos minutos antes del mediodía. Ya he pagado nuestros billetes.

Zap 210 lo miró desconcertada.

—¿Pero debemos subir a bordo del *Nhiahar* a mediodía!

—Cierto. ¿Están cerca las Gzhindra?

—Acaban de sentarse en la mesa más apartada.

Reith emitió una hosca risita.

—Vamos a darles algo en qué pensar.

—¿Qué es lo que deben pensar? ¿Que puede que tomemos el transbordador?

—Algo así.

—¿Pero por qué deberían pensar eso? ¡Parece tan extraño!

—En absoluto. Es probable que haya un barco en alguna de las otras islas

que pueda llevarnos a algún lugar más allá de su alcance.

—¿Existe ese barco?

—No que yo sepa.

—¡Pero si tomamos el transbordador las Gzhindra nos seguirán, y el *Nhiahar* partirá sin ninguno de nosotros!

—Eso espero. El capitán no sentirá ningún remordimiento en absoluto.

Pasaron los minutos. Zap 210 empezó a ponerse nerviosa.

—Ya casi es mediodía. —Estudió a Reith, preguntándose qué era lo que pasaba por su mente. Ningún otro hombre de Tschai, al menos ninguno que ella hubiera conocido, se le parecía; era de un tipo completamente distinto.

—Ahí viene el transbordador —dijo Reith—. Bajemos a la rampa. Quiero que seamos los primeros de la fila.

Zap 210 se puso en pie. ¡Nunca comprendería a Reith! Le siguió fuera de la zona de espera. Otros viajeros se les unieron, empujando y codeando y murmurando. Reith preguntó:

—¿Y las Gzhindra?

Zap 210 miró por encima del hombro.

—Están de pie en la parte de atrás de los que esperan.

El transbordador entró en la rampa; se abrieron las barreras, y los pasajeros empezaron a bajar.

Reith acercó su boca al oído de Zap 210.

—Camina hacia la cabina del expendedor de los billetes. Cuando llegues a ella, agáchate dentro.

—Oh.

La puerta se abrió. Reith y Zap 210 avanzaron, entre caminando y corriendo, desviándose hacia un lado. Al llegar a la cabina de los billetes, Reith agachó la cabeza y se deslizó dentro; Zap 210 le siguió. Los pasajeros que embarcaban empujaron hacia delante, tendieron sus billetes al controlador y entraron en el transbordador. Casi al final del grupo iban las Gzhindra, intentando mirar por entre las cabezas que tenían delante. Avanzaron con el resto de la gente, subieron al transbordador.

La barrera se cerró; el transbordador partió. Reith y Zap 210 salieron de la cabina.

—Ya casi es mediodía —dijo Reith—. Es hora de volver a bordo del

Nhihar.

10

Hacia el sudeste, camino de Kislovan, fuertes vientos empujaron al *Nhiahar*. El mar era casi negro. Las olas que agitaban el barco salpicaban surtidores de blanca espuma en su proa.

Una ventosa mañana Zap 210 se reunió con Reith allá donde se hallaba éste, en la proa. Por un momento ambos miraron al frente, más allá de las agitadas aguas, hacia el lugar donde Carina 4269 arrojaba prismas y agujas de dorada luz.

—¿Qué hay ahí delante? —preguntó Zap 210.

Reith agitó la cabeza.

—No lo sé. Me gustaría saberlo.

—Pero estás preocupado. ¿Tienes miedo?

—Tengo miedo de un hombre llamado Aila Woudiver. No sé si está vivo o muerto.

—¿Quién es Aila Woudiver, para que le temas tanto?

—Es un hombre de Sivishe, un hombre al que hay que temer... Creo que debe estar muerto. Fui secuestrado en medio de una pesadilla. En la pesadilla, vi la cabeza de Aila Woudiver hendida por la mitad.

—Entonces, ¿por qué te preocupas?

Más pronto o más tarde, pensó Reith, tendría que contárselo todo. Quizá ahora fuera el momento.

—¿Recuerdas la noche que te hablé de otros mundos entre las estrellas?

—La recuerdo.

—Uno de esos mundos es la Tierra. En Sivishe construí una espacionave, con la ayuda de Aila Woudiver. Quiero ir a la Tierra.

Zap 210 contempló fijamente el agua que espumeaba frente a ella.

—¿Por qué quieres ir a la Tierra?

—Nací allí. Es mi hogar.

—Oh. —Su voz carecía de expresión. Tras un reflexivo silencio de quince segundos, le dirigió una mirada de soslayo.

—Te preguntas si estoy loco —dijo Reith con un amago de tristeza.

—Me lo he preguntado muchas veces. Muchas, muchas veces.

Aunque había sido Reith quien había hecho la pregunta, fue tomado por sorpresa.

—¿Realmente?

Ella esbozó lo que era el triste remedo de una sonrisa.

—Piensa en lo que has hecho. En los Refugios. En el bosquecillo de los Khor. Cuando cambiaste las anguilas en Urmank.

—Acciones desesperadas, acciones de un terrestre frenético.

Zap 210 siguió mirando al ventoso océano.

—Si eres un terrestre, ¿qué haces aquí en Tschai?

—Mi espacionave se estrelló en las estepas de Kotan. He construido otra en Sivilshe.

—Hummm... ¿Es realmente la Tierra un paraíso?

—La gente de la Tierra no sabe nada de Tschai. Es importante que sepan.

—¿Por qué?

—Por una docena de razones. La más importante, que los Dirdir efectuaron ya incursiones sobre la Tierra; pueden decidir volver.

Ella le lanzó una vez más su rápida mirada de soslayo.

—¿Tienes amigos en la Tierra?

—Por supuesto.

—¿Vivías allí en una casa?

—En cierto modo.

—¿Con una mujer? ¿Y tus hijos?

—Sin mujer ni hijos. He sido un espacionauta toda mi vida.

—Y cuando regreses... ¿qué harás?

—En estos momentos no pienso en nada más allá de Sivilshe.

—¿Vas a llevarme contigo?

Reith la rodeó con su brazo.

—Sí. Te llevaré conmigo.

Ella lanzó un pequeño suspiro de alivio. Señaló hacia delante.

—Más allá de donde brilla la luz... hay una isla.

La isla, una gran roca de desnudo basalto negro, era la primera de una miríada que salpicaba la superficie del mar. La zona era el hogar de una extraña raza de animales como los que Reith nunca había visto antes. Cuatro oscilantes alas sostenían un conjunto de tentáculos rosados y un tubo central que terminaba en un ojo bulboso. Las criaturas derivaban hacia arriba y hacia abajo, sumergiéndose de pronto para atrapar a algún pequeño y agitante animal marino. Unas cuantas de ellas derivaron hacia el *Nhiahar*; los tripulantes retrocedieron amedrentados y se refugiaron en el castillo de proa.

El capitán, que había subido a la proa, se burló despectivo de ellos.

—Los consideran las entrañas y los ojos de los marineros ahogados. Navegamos por el Canal de los Muertos; esas rocas con los Dientes del Osario.

—¿Cómo navegáis de noche?

—No lo sé —dijo el capitán—, porque nunca lo he intentado. Ya es bastante arriesgado durante el día. Alrededor de cada una de esas rocas hay como un centenar de cráneos y blancos huesos amontonados. ¿Observas la tierra ahí delante, a lo lejos? ¡Es Kislovan! Mañana estaremos amarrados en Kazain.

A medida que se acercaba el atardecer, largos jirones de nubes cruzaron el cielo, y el viento empezó a gemir. El capitán llevó el *Nhiahar* al amparo de una de las más grandes rocas negras, acercándose más, y más, y más, hasta que la proa casi rozó la húmeda piedra negra. Entonces fue echada el ancla, y el *Nhiahar* quedó inmovilizado en una relativa seguridad mientras el viento se convertía en una chillante galerna. Grandes olas se estrellaban contra los negros peñascos; la espuma se alzaba alta y caía lentamente, como en movimiento retardado. El mar parecía hervir; el *Nhiahar* se bamboleaba, tirando del cable del ancla, luego flotando libre, como si hubiera conseguido romperlo.

Con la llegada de la oscuridad el viento murió. Durante un largo período de tiempo la borrasca agitó el mar, pero el amanecer mostró los Dientes del Osario alzándose como monumentos arcaicos sobre un mar de cristal marrón. Más allá se alzaba la masa del continente.

Avanzando por entre los Dientes del Osario con ayuda del motor auxiliar, el *Nhiahar* enfiló al mediodía una larga y estrecha bahía, y a finales de la tarde atracaba en el puerto de Kazain.

En el muelle, dos Hombres-Dirdir se detuvieron para observar al *Nhiahar*. Su casta era alta, quizá Inmaculados; eran jóvenes y vanos; llevaban sus falsas

refulgencias caídas hacia un lado, resplandeciendo intensamente. Reith sintió que el corazón se le subía a la garganta por miedo de que hubieran sido enviados a tomarle en custodia. No había hecho planes para una contingencia así; sudó hasta que la pareja se alejó en dirección al asentamiento Dirdir en el extremo de la bahía.

No hubo formalidades en el muelle; Reith y Zap 210 llevaron sus pertenencias a tierra y, sin ninguna interferencia, fueron hasta la terminal del servicio público. Un vehículo de ocho ruedas estaba a punto de partir hacia el cuello de Kislovan; Reith reservó la acomodación más lujosa posible: un cubículo con dos hamacas en la parte de atrás, con acceso a la plataforma posterior.

Una hora más tarde el vehículo abandonaba Kazain. Durante un tiempo la carretera trepó hacia las tierras altas costeras, ofreciendo una espléndida vista sobre el Canal de los Muertos y los Dientes del Osario. A los ocho kilómetros hacia el norte la carretera giraba hacia el interior. Durante el resto del día el vehículo traqueteó al lado de campos de habas trepadoras, bosques de blancos manzanos-fantasma, algún ocasional pueblecito.

A última hora de la tarde el vehículo se detuvo en un aislado albergue, donde los cuarenta y tres pasajeros cenaron. Casi la mitad de ellos parecían Grises; el resto eran gente que Reith no pudo identificar. Un par de ellos podían ser hombres de las estepas de Kotan; algunos eran concebiblemente saschaneses. Dos mujeres de amarilla piel con atuendos de escamas negras eran casi con toda seguridad gente de las marismas de la orilla norte del Segundo Mar. Los distintos grupos procuraron tener el menor contacto entre ellos, cenando y volviendo inmediatamente a bordo del transporte. Reith sabía que la indiferencia era fingida; cada uno había calibrado la exacta calidad de todos los demás con una precisión más allá de todo lo que Reith pudiera suponer.

A muy primera hora de la mañana el vehículo reanudó la marcha, y el amanecer los sorprendió ascendiendo por el borde de la meseta central. Carina 4269 se alzó para iluminar una enorme sabana salpicada de matorrales de alumes, árboles-horca, enormes setas y extensiones de hierba espinosa.

Así transcurrió el día, y cuatro más: un viaje del que Reith apenas se dio cuenta, sumido en su creciente tensión. En los Abrigos, en el gran canal subterráneo, a lo largo de las orillas del Segundo Mar, en Urmank, incluso a

bordo del *Nhiahar*, había estado tranquilo con la paciencia de la desesperación. Las apuestas eran de nuevo altas. Esperaba, temía, deseaba que el vehículo fuera más rápido, se encogía ante el pensamiento de lo que podía encontrar en el almacén junto a las llanuras de sal de Sivishe. Zap 210, reaccionando a la tensión de Reith, o quizá abrumada por sus propias tensiones, se retiró en sí misma, dedicando poco interés al paisaje que pasaba por su lado.

Cruzando la meseta central, descendiendo por entre masas desmoronadas de erosionado granito, atravesando un paisaje lleno de granjas de hoscas Grises... el transporte prosiguió su camino. Empezaron a aparecer signos de la presencia de los Dirdir: un otero gris erizado con torres púrpuras y escarlatas, dominando un estrecho valle, amurallado por empinados precipicios, que servía a los Dirdir como terreno de caza. Al sexto día una cordillera montañosa se alzó ante ellos: la parte de atrás de los acantilados que dominaban Hei y Sivishe. El viaje estaba tocando a su fin. El vehículo se bamboleó durante toda la noche a lo largo de una polvorienta carretera a la luz de las lunas rosa y azul.

Las lunas se pusieron; el cielo oriental adquirió el color de la sangre seca. El amanecer llegó como una explosión de escarlatas oscuros, naranjas cobrizos, sepias, en el cielo. Frente a ellos apareció el golfo de Ajzan y el hacinamiento de Sivishe. Dos horas más tarde el transporte público penetraba en la terminal de Sivishe, junto al puente.

11

Reith y Zap 210 cruzaron el puente entre la habitual multitud de Grises yendo y viniendo de sus trabajos en las factorías de Hei.

Sivishe era dolorosamente familiar: el entorno de tanta pasión y dolor hizo latir con fuerza el corazón de Reith. Si, por una fantástica suerte, regresaba a la Tierra, ¿podría olvidar alguna vez los acontecimientos de los que había sido protagonista en Sivishe?

—Ven —murmuró—. Por aquí, a la plataforma de transporte.

La plataforma crujía y gruñía; los barrios miserables de Sivishe quedaron atrás; alcanzaron la parada más meridional, tras la que la plataforma giró hacia el este, hacia la orilla de Ajzan. Allá delante se extendían las llanuras de sal, con una carretera serpenteando hasta el depósito de materiales de construcción de Aila Woudiver.

Todo parecía como siempre: montones de grava, arena, escoria. A un lado se alzaba la excéntrica oficina de Woudiver, más allá del almacén. No había ninguna actividad; ninguna silueta moviéndose, ningún carromato. Las grandes puertas del almacén estaban cerradas; las paredes parecían más torcidas que nunca. Reith aceleró el paso; avanzó a largas zancadas por el camino, con Zap 210 caminando tras él, luego corriendo, luego caminando de nuevo.

Reith alcanzó el lugar. Miró a su alrededor. Desolación. Ni un sonido, ni un movimiento. Silencio. El almacén parecía a punto de desmoronarse, como si hubiera resultado dañado por una explosión. Reith se dirigió a la entrada lateral, miró dentro. El lugar estaba vacío. La nave había desaparecido. El techo estaba como arrancado y colgaba en jirones. El taller y las estanterías de las piezas estaban hechos añicos.

Reith se volvió. Miró durante largo rato a las llanuras de sal. ¿Y ahora qué?

No tenía ninguna idea. Su mente estaba vacía. Se alejó lentamente del

almacén, retrocediendo de espaldas, mirándolo. Sobre la entrada principal alguien había garabateado: ONMALE. Aquél era el nombre del jefe-emblema llevado por Traz cuando Reith lo había conocido por primera vez en las estepas de Kotan. La palabra horadó como una barrena la embotada consciencia de Reith. ¿Dónde estaban Traz y Anacho?

Fue a la oficina y miró dentro. Allá, mientras dormía, había sido anestesiado por un gas; los Gzhindra lo habían metido en un saco y se lo habían llevado. Ahora había otra persona tendida en el camastro... un viejo, dormido. Reith golpeó la pared con los nudillos. El viejo despertó, abrió primero un reumático ojo, luego el otro. Echándose su capa gris sobre los hombros, se puso trabajosamente en pie.

—¿Quién hay ahí? —exclamó.

Reith echó a un lado la cautela que en circunstancias normales hubiera debido usar.

—¿Dónde están los hombres que trabajaban aquí?

La puerta se abrió de par en par; el hombre salió, miró a Reith de pies a cabeza.

—Algunos se fueron por un lado, otros se fueron por otro. Uno se fue... allá.

—Señaló con un retorcido dedo hacia la Caja de Cristal.

—¿Quién fue ése?

De nuevo el cauteloso escrutinio.

—¿Dónde estabas tú, que no te has enterado de las noticias que corrieron por todo Sivishe?

—Soy un viajero —dijo Reith, intentando mantener su voz calmada—. ¿Qué ocurrió aquí?

—Te pareces a un hombre llamado Adam Reith —dijo el cuidador del lugar—. Al menos ésa era su descripción. Pero Adam Reith podría darme el nombre de un Lokhar y el nombre de un Thang, que solamente él conocería.

—Zarfo Detwiler es un Lokhar; conocí en una ocasión a Issam el Thang.

El cuidador miró furtivamente a su alrededor. Sus ojos se posaron suspicaces en Zap 210.

—¿Y ésta quién es?

—Una amiga. Me conoce como Adam Reith; puede confiarse en ella.

—Tengo instrucciones de no confiar en nadie, sólo en Adam Reith.

—Yo soy Adam Reith. Dime lo que tengas que decirme.

—Ven aquí. Te haré una última pregunta. —Llevó a Reith hacia un lado y susurró en su oído—: En Coad, Adam Reith conoció a un noble Yao.

—Su nombre era Dordolio. Ahora, ¿cuál es lo mensaje?

—No tengo ningún mensaje.

La impaciencia de Reith abrumó casi su contención.

—Entonces, ¿por qué haces estas preguntas?

—Porque Adam Reith tiene un amigo que desea verle. Tengo que llevar a Adam Reith en presencia de ese amigo, a mi discreción.

—¿Quién es ese amigo?

El viejo agitó su dedo.

—¡Calma! Yo nunca respondo a las preguntas. Obedezco instrucciones nada más, y así me gano lo que me pagan.

—Bien, entonces, ¿cuáles son tus instrucciones?

—Tengo que conducir a Adam Reith a un cierto lugar. Luego mi misión habrá terminado.

—Muy bien. Vamos.

—Cuando estés listo.

—Ahora.

—Entonces ven. —El viejo echó a andar por el camino, con Reith y Zap 210 detrás.

El viejo se detuvo.

—Ella no. Sólo tú.

—Ella viene conmigo.

—Entonces no podemos ir, y yo no sé nada.

Reith discutió, amenazó y halagó, sin ningún resultado.

—¿Está muy lejos ese lugar? —preguntó al fin.

—No muy lejos.

—¿Un kilómetro? ¿Dos kilómetros?

—No muy lejos. Podemos estar de vuelta en poco tiempo. ¿Por qué dudas? La mujer no echará a correr. Si lo hace, búscate otra. Ése era mi estilo cuando era un joven como tú.

Reith estudió el paisaje: la carretera, las dispersas chozas al borde de las llanuras de sal, las mismas llanuras de sal. No era visible ningún ser vivo: una

tranquilidad negativa, en el mejor de los casos. Reith miró a Zap 210. Ella le devolvió la mirada con una incierta sonrisa. Una parte independiente del cerebro de Reith observó que allí, por primera vez, Zap 210 había sonreído... una trémula sonrisa de incomprensión, pero pese a todo una auténtica sonrisa. Reith dijo con voz hosca:

—Entra en la cabina; cierra la puerta por dentro. No abras a nadie. Volveré tan pronto como pueda.

Zap 210 se metió en la cabina. La puerta se cerró; el cerrojo interior sonó al encajar en su lugar. Reith dijo al viejo:

—Apresúrate. Llévame con mi amigo.

—Por aquí.

El viejo cojeó silenciosamente camino adelante, y al cabo de unos momentos giró hacia un lado por un sendero que conducía cruzando las llanuras de sal hacia el amontonamiento de chozas al extremo de Sivishe. Reith empezó a sentirse nervioso a inseguro. Preguntó:

—¿Dónde vamos?

El viejo hizo un vago gesto hacia delante.

—¿Quién es el hombre al que vamos a ver? —preguntó Reith.

—Un amigo de Adam Reith.

—¿Es acaso... Aila Woudiver?

—No me está permitido dar nombres. No puedo decirte nada.

—Apresúrate.

El viejo siguió su camino, cojeando, hacia una choza algo apartada de las demás, una antigua estructura de desmoronantes ladrillos grises. El viejo se detuvo ante la puerta, llamó, luego retrocedió unos pasos.

Alguien se agitó en el interior. Tras la única ventana hubo un atisbo de movimiento. La puerta se abrió. Ankhe at afram Anacho miró al exterior. Reith lanzó un enorme suspiro. El viejo chirrió:

—¿Es ése el hombre?

—Sí —dijo Anacho—. Es Adam Reith.

—Entonces dame mi dinero. Estoy ansioso por terminar con este trabajo.

Anacho se metió en la choza y volvió con una bolsa tintineante de sequins.

—Aquí está tu dinero. Vuelve dentro de un mes. Habrá otra bolsa aguardándote si en ese tiempo has sabido contener lo lengua.

El viejo tomó la bolsa y se fue.

—¿Dónde está Traz? —preguntó Reith—. ¿Dónde está la nave?

Anacho agitó su larga y pálida cabeza.

—No lo sé.

—¿Qué?

—Esto es lo que ocurrió. Fuiste secuestrado por los Gzhindra. Aila Woudiver fue herido, pero no murió. Tres días después de ocurrir todo los Hombres-Dirdir acudieron en busca de Aila Woudiver, y se lo llevaron a rastras a la Caja de Cristal. Se quejó, suplicó, chilló, pero se lo llevaron. Más tarde oí que había proporcionado una caza espectacular, corriendo alocadamente como un toro salvaje, bramando con toda la potencia de sus pulmones. Los Hombres-Dirdir vieron la nave cuando acudieron a llevarse a Aila Woudiver; temimos que regresaran. La nave estaba lista para volar, así que decidimos sacarla de Sivishe. Quedamos en que yo me quedaría, para esperarte. En plena noche Traz y los técnicos hicieron despegar la nave, y volaron hacia un lugar que Traz dijo que tú conocerías.

—¿Dónde?

—No lo sé. Por si era atrapado, no quería saberlo para que no pudieran obligarme a traicionarlos. Traz escribió «Onmale» en el almacén. Dijo que tú sabrías dónde ir.

—Volvamos al almacén. Deje allí a una amiga.

—¿Sabes lo que significa eso de «Onmale»? —preguntó Anacho.

—Creo que sí. Pero no estoy seguro.

Regresaron por donde Reith había venido. Reith preguntó:

—¿Podemos utilizar todavía el vehículo aéreo?

—El pago del aparcamiento y custodia está al día. No veo ninguna razón por la que debemos tener alguna dificultad.

—Entonces, la situación no es tan mala como podría haber sido... He pasado por un interesante conjunto de experiencias. —Le contó a Anacho algo de sus aventuras—. Escapé de los Abrigos. Pero en la orilla del Segundo Mar los Gzhindra empezaron a seguirnos. Quizá fueron contratados por los Khor; quizá los Pnume los enviaron tras nosotros. Vimos Gzhindra en Urmank, probablemente los mismos Gzhindra abordaron el *Nhiahar*. Por todo lo que sé, están aún en las islas Saschanesas. Al parecer, desde entonces no hemos sido

seguidos, y me gustaría abandonar Sivilshe antes de que nos localicen de nuevo.

—Estoy preparado para partir en cualquier instante —dijo Anacho—. La suerte puede abandonarnos de un momento a otro.

Giraron hacia el camino que conducía al viejo almacén de Woudiver. Reith se detuvo en seco. Era como había temido en las más profundas y oscuras capas de su subconsciente. La puerta de la oficina estaba abierta de par en par. Reith echó a correr, con Anacho a sus talones.

Zap 210 no estaba por ninguna parte en la oficina ni en el desmoronante almacén. No se la veía por ninguna parte.

Directamente delante de la oficina el suelo estaba encharcado; podían divisarse claramente las huellas de unos estrechos pies desnudos.

—Gzhindra —dijo Anacho—. O Pnumekin. Nadie más puede dejar esas huellas.

Reith miró hacia las llanuras de sal, tranquilas a la luz ambarina de la tarde. Imposible buscar, imposible echar a correr por la inhóspita extensión salina, mirando y llamando. ¿Qué podía hacer? Era impensable no hacer nada... Pero ¿y Traz, y la espacionave, y el regreso a la Tierra que ahora se revelaba realizable? La idea brotó de su mente como un madero arrojado por la resaca, luego volvió a hundirse, arrastrado de nuevo por el mar, sin dejar más que una imagen residual, apenas una sombra. Reith se sentó sobre una vieja caja. Anacho observó unos instantes, su largo y blanco rostro tenso y melancólico, como un payaso enfermo. Finalmente, con una voz un tanto hueca, dijo:

—Será mejor que nos marchemos ahora mismo.

Reith se frotó la frente.

—No puedo irme ahora. Tengo que pensar.

—¿En qué hay que pensar? Si los Gzhindra se la han llevado, olvídala.

—Me doy cuenta de eso.

—En este caso, no puedes hacer nada.

Reith miró hacia los acantilados.

—Será llevada de vuelta al mundo subterráneo. La suspenderán encima de un oscuro abismo y, al cabo de un tiempo, la dejarán caer.

Anacho alzó los hombros en un gesto resignado.

—No puedes alterar ese hecho lamentable, de modo que échalo fuera de tu mente. Traz nos aguarda con la nave espacial.

—Pero puedo hacer algo —dijo Reith—. Puedo ir tras ella.

—¿Al mundo subterráneo? ¡Es una locura! ¡Nunca regresarás!

—Regresé la primera vez.

—Por una casualidad.

Reith se puso en pie.

—Nunca vas a regresar —dijo Anacho desesperadamente—. ¿Y Traz? Te aguardará por toda una eternidad... inútilmente. No puedo decirle que lo has sacrificado todo... porque no sé dónde está.

—No tengo ninguna intención de sacrificarlo todo —dijo Reith—. Pienso volver.

—¡Por supuesto! —declaró Anacho con una risotada de enorme burla—. Esta vez los Pnume se asegurarán. Colgarás sobre el abismo negro al lado de la muchacha.

—No —dijo Reith—. No me colgarán sobre ningún abismo. Me quieren para Posteridad.

Anacho alzó desesperado los brazos.

—¡Nunca lo comprenderé, eres el más obstinado de los hombres! ¡Ve al mundo subterráneo! ¡Ignora a tus fieles amigos! ¡Haz lo que creas conveniente, aunque sea lo peor que puedas hacer! ¿Cuándo piensas ir abajo? ¿Ahora?

—Mañana —dijo Reith.

—¿Mañana? ¿Por qué ese retraso? ¿Por qué privar a los Pnume de lo compañía ni un solo instante?

—Porque esta tarde tengo que hacer algunos preparativos. Acompáñame; vamos a la ciudad.

12

Al amanecer, Reith acudió al borde de las llanuras de sal. Allí, unos meses antes, él y sus amigos habían detectado las señales de Aila Woudiver a los Gzhindra. Reith llevaba también consigo un espejo; mientras Carina 4269 se alzaba en el cielo, lanzó el reflejo de un lado a otro por las llanuras de sal.

Pasó una hora. Reith siguió haciendo destellar metódicamente el espejo, aparentemente sin ningún resultado. Luego, de la nada, o ésa fue la impresión que dieron, aparecieron dos figuras oscuras. Se detuvieron a casi un kilómetro de distancia, mirando hacia Reith. Éste hizo destellar el espejo. Se acercaron paso a paso, como fascinadas. Reith acudió a su encuentro. Se acercaron gradualmente, y al fin se detuvieron a quince metros de distancia.

Transcurrió un minuto. Los tres se estudiaron mutuamente. Los rostros de los Gzhindra quedaban ocultos bajo sus sombreros negros de ancha ala; ambos eran pálidos y en cierto modo vulpinos, con largas narices afiladas y brillantes ojos negros. Finalmente se acercaron más. Uno de ellos dijo con voz suave:

—Eres Adam Reith.

—Soy Adam Reith.

—¿Por qué nos has hecho señales?

—Ayer vinisteis a llevaros a mi compañera.

Los Gzhindra no dijeron nada.

—Es cierto, ¿no? —insistió Reith.

—Es cierto.

—¿Por qué lo hicisteis?

—Recibimos el encargo de hacerlo.

—¿Qué habéis hecho con ella?

—La entregamos en el lugar que nos fue indicado.

—¿Dónde está ese lugar?

—Allá.

—¿Habéis recibido el encargo de apoderaros también de mí?

—Sí.

—Muy bien —dijo Reith—. Id delante. Yo os seguiré.

Los Gzhindra se consultaron en susurros. Uno de ellos dijo:

—Esto no es posible. No nos gusta caminar con alguien a nuestras espaldas.

—Por una vez, podéis tolerar la sensación —dijo Reith—. Después de todo, así cumpliréis con vuestro encargo.

—Cierto, si todo va bien. Pero ¿y si decides quemarnos con un arma?

—En ese caso ya lo hubiera hecho —dijo Reith—. Por el momento lo único que me interesa es encontrar a mi compañera y traerla de vuelta a la superficie.

Los Gzhindra lo observaron con una curiosidad impersonal.

—¿Por qué no caminas delante?

—No sé dónde hay que ir.

—Nosotros te dirigiremos.

Reith habló tan secamente que su voz pareció crujir.

—Id delante. Es mucho más fácil que llevarme en un saco.

Los Gzhindra se susurraron de nuevo, agitando las comisuras de sus delgadas bocas, sin apartar sus ojos de Reith. Finalmente se dieron la vuelta y echaron a andar lentamente por las llanuras de sal.

Reith los siguió, a unos quince metros de distancia. Siguieron un sendero casi invisible, que a veces desaparecía por completo. Caminaron un kilómetro, dos kilómetros. El almacén y la oficina se empequeñecieron hasta convertirse en pequeñas manchas rectangulares; Sivishe se convirtió en un brumoso amontonamiento gris en el horizonte septentrional.

Los Gzhindra se detuvieron y se volvieron hacia Reith, que creyó detectar un fugitivo ramalazo de alegría en sus ojos.

—Acércate —dijo uno de los Gzhindra—. Debes permanecer junto a nosotros.

Reith avanzó cautelosamente. Extrajo la pistola de energía que había adquirido la tarde anterior y la mostró.

—Esto es una simple precaución. No deseo ser muerto ni drogado. Quiero llegar vivo a los Abrigos.

—¡No temas, no temas! ¡No tengas dudas a este respecto! —dijeron los

Gzhindra, casi a coro—. Retira esa arma; no sirve de nada.

Reith mantuvo la pistola en su mano mientras se acercaba a los Gzhindra.

—¡Más cerca, más cerca! —urgieron—. Sitúate dentro de la zona marcada de negro.

Reith se colocó encima de la zona indicada, que inmediatamente se hundió. Los Gzhindra permanecían inmóviles, tan cerca ahora que Reith podía ver las diminutas arrugas en la piel de sus rostros. Si se sentían alarmados por su pistola, no lo reflejaron en absoluto.

El ascensor camuflado descendió cinco metros; los Gzhindra salieron a un pasadizo de paredes de cemento. Miraron por encima de sus hombros a hicieron un gesto.

—Aprisa. —Echaron a andar en una especie de trote oscilante, sus capas revoloteando de lado a lado. Reith les siguió. El pasadizo se inclinaba hacia abajo; correr por él no representaba ningún esfuerzo apreciable. El pasadizo se niveló, luego de pronto terminó al borde del agua; más allá se abría un canal. Los Gzhindra hicieron un gesto a Reith señalándole un bote; ellos mismos ocuparon sendos asientos en él. El bote empezó a deslizarse por la superficie, guiado automáticamente por el centro mismo del canal.

Viajaron durante media hora. Reith miraba hoscamente hacia delante. Los Gzhindra permanecían sentados, rígidos y silenciosos como negras imágenes esculpidas.

El canal desembocó en una corriente de agua más amplia; el bote se desvió hacia un muelle. Reith saltó a la orilla; los Gzhindra le siguieron, y Reith ignoró su expresión de alegría con toda la dignidad que pudo reunir. Le hicieron signo de que aguardara; finalmente, un Pnumekin apareció de entre las sombras. Los Gzhindra murmuraron algunas palabras al aire, que el Pnumekin pareció ignorar, luego volvieron al bote y se alejaron, lanzando pálidas miradas hacia atrás. Reith se quedó a solas en el muelle con el Pnumekin, que finalmente dijo:

—Ven, Adam Reith. Te hemos estado esperando.

—La joven que fue traída hasta aquí abajo ayer —dijo Reith—. ¿Dónde está?

—Ven.

—¿Adónde?

—Los *zuzhma kastchai* te están aguardando.

Una sensación como de una corriente de aire frío erizó la piel en la nuca de Reith. Por su mente reptaron furtivas dudas, que intentó echar a un lado. Había tomado todas las precauciones en que había sido capaz de pensar; su efectividad quedaba por probar.

El Pnumekin le hizo un gesto.

—Ven.

Reith le siguió, reluciente. Descendieron por un corredor en zigzag revestido con paneles de pulido pedernal negro, acompañados por reflejos y sombras movientes. Reith empezó a sentirse como mareado. El corredor se abrió y desembocó en una estancia de negros espejos; Reith avanzaba ahora en un estado de desconcertado asombro. Siguió al Pnumekin hasta una columna central, donde abrieron una puerta.

—A partir de aquí debes continuar solo, hasta Posteridad.

Reith miró al otro lado de la puerta, a un pequeño cubículo revestido con una sustancia como vellocino plateado.

—¿Qué es esto?

—Entra.

—¿Dónde está la joven que fue traída aquí ayer?

—Entra por esta puerta.

—Quiero hablar con los Pnume —dijo Reith, dominado por la rabia y la aprensión—. Es importante que lo haga.

—Entra aquí. Cuando se abra de nuevo la puerta, sigue el camino hasta Posteridad.

Reith miró fijamente al Pnumekin, en un estado de furia enfermiza. El pálido rostro le devolvió la mirada con la misma indiferencia que un pez. Exigencias, amenazas, brotaron en la garganta de Reith, únicamente para asfixiarse y morir. Cualquier retraso, cualquier pérdida de tiempo, podía tener como resultado terribles consecuencias. Aquel pensamiento hizo que su estómago se constriñera. Penetró en el cubículo.

La puerta se cerró. El cubículo descendió, cayendo a una velocidad rápida pero controlada. Pasó un minuto. El cubículo se detuvo. Una nueva puerta se abrió. Reith salió a una completa y aterciopelada oscuridad. A sus pies se encendió un rastro de amarillos puntos luminosos que se perdían allá delante en la lóbreguez. Reith miró en todas direcciones. Escuchó. Nada. Ningún sonido,

ninguna presión de presencias vivas. Lastrado por una sensación de fatalidad, echó a andar siguiendo el rastro señalado en el suelo.

La línea de puntos luminosos serpenteaba hacia uno y otro lado. Reith fue siguiéndolos meticulosamente, temiendo lo que pudiera haber a ambos lados. En una ocasión creyó oír un lejano rugido sordo, como de aire brotando desde alguna enorme profundidad.

La oscuridad se hizo menor, casi imperceptiblemente, debido a un resplandor procedente de alguna fuente desconocida. De pronto, sin advertencia previa, llegó al borde de un abismo al fondo del cual se divisaba un penumbroso paisaje, un lugar de objetos débilmente silueteados por una luminosidad oro o plata. A sus pies un largo tramo de escaleras conducía hacia abajo; Reith inició el descenso, peldaño a peldaño.

Alcanzó el fondo y se detuvo en medio de un incontrolable espasmo de terror; frente a él se erguía un Pnume.

Reith reunió todos los jirones de su voluntad. Con una voz tan firme como pudo conseguir, dijo:

—Soy Adam Reith. He venido aquí en busca de la joven, mi compañera, que os llevasteis ayer. Tráela aquí inmediatamente.

De la forma que se erguía ante él brotó el ronco susurro Pnume:

—¿Eres Adam Reith?

—Sí.

—¿Dónde está la mujer?

—¿Viniste aquí desde la Tierra?

—¿Qué hay de la mujer? ¡Dímelo!

—¿Por qué viniste al viejo Tschai?

Un rugido de desesperación brotó de la garganta de Reith.

—¡Responde a mi pregunta!

La oscura forma se alejó deslizándose silenciosamente. Reith permaneció inmóvil unos instantes, indeciso entre quedarse o seguirle.

Las luminosidades oro y plata parecieron hacerse más brillantes; o quizá Reith había empezado a poner orden en las masas aparentemente sin relación. Empezó a ver siluetas y formas, esquemas como de pagodas, una hilera de columnas. Más allá aparecieron siluetas con aureolas oro y plata, sin significado todavía para su mente.

El Pnume se alejaba lentamente. La frustración de Reith alcanzó una intensidad que lo llevó casi al borde del desvanecimiento; luego experimentó una rabia que lo envió a grandes saltos tras el Pnume. Agarró el duro componente de su hombro y tiró; ante su completo asombro, el Pnume cayó como a la inversa, agitando los brazos y bajándolos para que le sirvieran de patas anteriores. Quedó con su superficie ventral hacia arriba, la cabeza agitándose extrañamente hacia abajo y hacia afuera, de tal modo que el Pnume adquirió el aspecto de un miembro de las jaurías nocturnas. Mientras Reith lo contemplaba con desconcierto y asombro, el Pnume saltó nuevamente en pie y miró a Reith con helada severidad.

Reith consiguió recuperar el uso de la palabra.

—Tengo que hablar con el responsable entre vosotros, y rápido. Lo que tengo que decir es urgente... ¡tanto para vosotros como para mí!

—Esto es Posteridad —dijo la ronca voz—. Tales palabras no tienen significado aquí.

—Pensarás de modo distinto cuando me oigas.

—Ven a ocupar tu lugar en Posteridad. Eres esperado. —La criatura echó a andar de nuevo. Lágrimas de rabia e impotencia asomaron en los ojos de Reith; una enorme maldición golpeó contra la parte de atrás de sus dientes. Si le había ocurrido algo a Zap 210, iban a pagarlo, ¡cómo iban a pagarlo!, independientemente de las consecuencias.

Caminaron por un espacio de tiempo, y al fin cruzaron una puerta encolumnada a un nuevo reino subterráneo: un lugar que Reith asoció con algún elegante jardín conmemorativo de la vieja Tierra.

A todo lo largo y ancho de la perspectiva oro y plata se agitaron unas oscuras siluetas. Reith no tuvo oportunidad de especular. Algunas de esas siluetas avanzaron; vio que eran Pnume; su extrema discreción le hizo comprender que eran del más alto status. Enfrentado a aquella veintena de sombras en las sombras de aquel hechizado rincón de Posteridad, no pudo evitar el pensar si tenía aún intactos todos sus sentidos. ¿Estaba completamente cuerdo? En aquel entorno, los procesos mentales ordinarios eran inaplicables. Debía imponer por medio de la más brutal energía su voluntad personal sobre aquel aberrante entorno de los Pnume.

Miró a su alrededor, al sombrío grupo.

—Soy Adam Reith —dijo—. Soy un terrestre. ¿Qué deseáis de mí?

—Tu presencia en Posteridad.

—Estoy aquí —dijo Reith—, pero tengo intención de marcharme de nuevo.

Vine por voluntad propia; ¿sois conscientes de ello?

—Hubieras venido en cualquier circunstancia.

—Falso. No hubiera venido. Vosotros secuestrasteis a mi amiga, una joven.

Vine a llevármela y a devolverla a la superficie.

Los Pnume, como obedeciendo a una señal, dieron simultáneamente un paso al frente: un movimiento siniestro, la acción de una pesadilla.

—¿Y cómo esperas conseguirlo? Esto es Posteridad.

Reith pensó unos instantes.

—Vosotros, los Pnume, lleváis mucho tiempo viviendo en Tschai.

—Mucho, mucho; somos el alma de Tschai. Somos el mundo en sí.

—Otras razas viven en Tschai; son gente más poderosa que vosotros.

—Ellos vienen y van: sombras coloreadas para divertirnos. Los expulsamos cuando así lo deseamos.

—¿No teméis a los Dirdir?

—No pueden alcanzarnos. No saben nada de nuestros preciosos secretos.

—¿Y si los supieran?

Las formas oscuras se acercaron, al unísono, otro lento paso.

—¿Y si los Dirdir supieran todos vuestros secretos? —dijo Reith con voz alta y dura—. ¿Si supieran de todos vuestros túneles y pasadizos y salidas?

—Una situación grotesca que nunca puede llegar a ser real.

—Pero puede ser real. Yo puedo hacerla real. —Reith extrajo de entre sus ropas un portafolios de cuero azul—. Examinad esto.

Los Pnume aceptaron circunspectos el portafolios.

—¿Es el Mapa Maestro perdido!

—Falso de nuevo —dijo Reith—. Es una copia.

Los Pnume emitieron un sonido parecido a un gemido sordo, y Reith pensó de nuevo en las jaurías nocturnas; había oído a menudo aquella suaves llamadas en las estepas de Kotan.

Los tristes y medio susurrados lamentos cesaron. Los Pnume permanecían formando un rígido semicírculo. Reith pudo captar su emoción; era casi palpable, una loca e irresponsable ferocidad que hasta entonces sólo había

asociado con los Phung.

—Tranquilos —dijo Reith—. El peligro no es inminente. Los mapas son una garantía de mi seguridad; estáis a salvo a menos que yo no regrese a la superficie. En este caso, los mapas serán entregados a los Chasch Azules y a los Dirdir.

—Intolerable. Los mapas deben ser mantenidos secretos. No hay alternativa.

—Eso es lo que esperaba que dijeseis. —Reith miró al semicírculo a su alrededor—. ¿Aceptáis mis condiciones?

—Todavía no las hemos oído.

—Quiero a la mujer que os llevasteis ayer. Si está muerta, planeo hacéroslo pagar muy caro. Me recordaréis durante largo tiempo; maldeciréis eternamente el nombre de Adam Reith.

Los Pnume guardaron silencio.

—¿Dónde está? —preguntó Reith con voz rasposa.

—Está en Posteridad, para ser cristalizada.

—¿Está viva? ¿O muerta?

—Todavía no está muerta.

—¿Dónde se encuentra?

—Al otro lado del Campo de los Monumentos, aguardando la preparación.

—Decís que aún no está muerta... ¿pero está viva y sin haber sufrido ningún daño?

—Está viva.

—Entonces sois afortunados.

Los Pnume lo contemplaron con incomprensión, y algunos componentes del grupo se encogieron de hombros de una forma casi humana.

—Traedla aquí o vayamos todos donde esté —dijo Reith—. Lo que resulte más rápido.

—Ven.

Avanzaron a través del Campo de los Monumentos: estatuas o simulacros representando gente de un centenar de razas distintas. Reith no pudo evitar el detenerse y mirar, fascinado.

—¿Quiénes o qué son todas estas criaturas?

—Episodios de la vida de Tschai, o lo que es lo mismo, de nuestras propias vidas. Aquí: los Shivvan, que vinieron a Tschai hace siete millones de años. Es

un cristal muy antiguo, uno de los más viejos: el recuerdo de una lejana época. Más allá: los Gjee, que fundaron ocho imperios y fueron expulsados por los Fesa, los cuales a su vez huyeron ante la luz de la estrella roja Hsi. Más adelante: otros que han caído en el olvido hace ya mucho tiempo.

El grupo avanzó a lo largo de las avenidas. Los monumentos eran negros, orlados con un oro y un plata luminosos: criaturas cuadrúpedas, trípedas, bípedas; con cabezas, sacos cerebrales, redes nerviosas; con ojos, franjas ópticas, sensores flexibles, prismas. Aquí se alzaba una enorme masa con un pesado cráneo; blandía una espada de tres metros. Reith identificó a la criatura como un Chasch Verde. Cerca, un Chasch Azul azotaba a un grupo de agazapados Viejos Chasch, mientras tres Hombres-Chasch miraban desde un lado con ojos brillantes. Más allá había Dirdir y Hombres-Dirdir, escoltados por dos hombres y dos mujeres de una raza que Reith no pudo reconocer. A un lado, un único Wannek, solo y austero, vigilaba a un grupo de hombres dedicados a trabajos manuales. Más allá de esos grupos, excepto un único pedestal vacío, la avenida descendía solitaria hacia la negra orilla de un lento río negro, cuya superficie era señalada por derivantes remolinos plateados. Al lado del río había una jaula de barrotes plateados; agazapada dentro de la jaula estaba Zap 210. Contempló acercarse al grupo con rostro impasible. Vio a Reith; su rostro se crispó en opuestas emociones; dolor y alegría, alivio y desencanto. Había sido despojada de sus ropas de superficie; ahora llevaba únicamente una túnica blanca.

Reith tuvo problemas en controlar su voz; pero habló con firmeza.

—¿Qué le habéis hecho?

—Ha sido tratada con el Líquido Uno. Vigoriza y tonifica, y abre el camino al Líquido Dos.

—Traedla.

Zap 210 salió de la jaula. Reith tomó su mano, acarició su cabeza.

—Tranquila. Estás a salvo. Vamos a volver a la superficie. —Aguardó unos instantes inmóvil, en silencio, mientras ella lloraba de alivio y tensión nerviosa, con la cabeza hundida en su hombro.

Los Pnume se acercaron. Uno dijo:

—Exigimos la devolución de los mapas.

Reith consiguió lanzar una estentórea risa.

—Todavía no. Tengo otras peticiones que haceros... pero en otro lugar.

Salgamos de aquí. Posteridad me oprime.

En la estancia de pulido mármol gris, Reith se enfrentó a los Ancianos Pnume.

—Soy un hombre; me siento molesto al ver a hombres de mi propia especie viviendo las vidas innaturales de los Pnumekin. No debéis criar más niños humanos, y los niños que están creciendo ahora deben ser transferidos a la superficie y mantenidos allí a vuestro cuidado hasta que sean capaces de valerse por si mismos.

—¡Pero eso significa el fin de los Pnumekin!

—Así parece. ¿Y por qué no? Vuestra raza tiene una antigüedad de siete millones de años o más. Solamente en los veinte o treinta mil años últimos habéis tenido Pnumekin a vuestro servicio. Su pérdida no representará un gran problema para vosotros.

—Si aceptamos... ¿qué hay de los mapas?

—Los destruiré todos menos algunas copias. Ninguna de ellas será entregada a vuestros enemigos.

—¡Esto es insatisfactorio! ¡Viviremos en constante temor!

—Esto no me preocupa. Necesito mantener un cierto control sobre vosotros, para garantizar que mis peticiones sean cumplidas. A su debido tiempo puede que os devuelva todos los mapas... en el momento en que lo crea oportuno.

Los Pnume murmuraron desconsolados entre sí unos instantes. Uno de ellos dijo, en un átono susurro:

—Tus peticiones serán cumplidas.

—En este caso, conducidnos de vuelta a las llanuras de sal de Sivishe.

Al atardecer, las llanuras de sal estaban tranquilas. Carina 4269 colgaba en un brumoso cielo tras los acantilados, resplandeciendo sobre las torres Dirdir. Reith y Zap 210 se acercaron al viejo almacén. La delgada silueta de Anacho apareció en la oficina. Avanzó a su encuentro.

—El vehículo aéreo está aquí. No hay nada que nos retenga en este lugar.

—Entonces apresurémonos. No puedo creer que estemos libres.

El vehículo aéreo partió de la parte de atrás del almacén y enfiló al Norte.

Anacho preguntó:

—¿Adónde vamos?

—A las estepas de Kotan, al sur de donde tú y yo nos conocimos por primera vez.

Volaron durante toda la noche, sobre el desolado centro de Kislovan, luego por encima del Primer Mar y las marismas de Kotan.

Al amanecer llegaron al borde de las estepas, mientras Reith estudiaba el paisaje a sus pies. Cruzaron un bosque; Reith señaló un claro.

—Ahí: en este lugar llegué a Tschai. El campamento Emblema estaba al este. Ahí, junto a ese bosquecillo; en aquél lugar enterramos el Onmale. Desciende ahí.

El vehículo aterrizó. Reith salió y caminó lentamente hacia el bosque. Vio un resplandor de metal. Traz avanzó a su encuentro. Se detuvo en silencio mientras Reith se acercaba.

—Sabía que vendrías.

Traz había cambiado. Se había convertido en un hombre: en algo más que un hombre. Sobre su hombro llevaba un medallón de metal, piedra y madera. Reith dijo:

—Desenterraste el emblema.

—Sí. Me llamaba constantemente. Fuera a donde fuera por la estepa oía voces, todas las voces de todos los jefes Onmale, llamándome desde la oscuridad para que fuera a buscarles. Desenterré el emblema; ahora las voces han callado.

—¿Y la nave?

—Está preparada. Cuatro de los técnicos siguen aquí. Uno se quedó en Svishe, otros dos perdieron su entusiasmo y terminaron marchándose a través de la estepa hacia Hedaijha.

—Cuanto más pronto partamos, mejor. Cuando me vea en el espacio creeré realmente que hemos escapado.

—Estamos preparados.

Anacho, Traz y Zap 210 entraron en la espacionave. Reith lanzó una última mirada al cielo. Se inclinó, acarició el suelo de Tschai, desmenuzó un grumo de tierra entre sus dedos. Luego él también entró en el poco estilizado casco. La

esclusa fue cerrada y sellada. Los generadores zumbaron. La nave se alzó hacia el cielo. El rostro de Tschai se alejó; el planeta mostró su redondez, se convirtió en una esfera gris amarronada, y finalmente desapareció.

FIN



JACK VANCE (28 de agosto de 1916 – 26 de mayo del 2009) fue un escritor norteamericano que cultivó la ciencia ficción, la fantasía e incluso la novela de misterio, usando en este último género distintos seudónimos (John Holbrook Vance [11 novelas], Ellery Queen [3 novelas] y uso en una única ocasión los siguientes: Alan Wade, Peter Held, John van See, y Jay Kavanse). Entre sus obras más destacadas se puede mencionar Los Príncipes Demonio y Alastor en el campo de la ciencia ficción, La Tierra moribunda en el de la fantasía y *The Man in the Cage* en el del misterio. Vance ganó el *World Fantasy Award for Life Achievement* (Premio Mundial de fantasía a la trayectoria vital) en 1984. *The Science Fiction and Fantasy Writers of America* le nombraron su 14º Gran Maestro en 1997 y el Salón de la Fama de la Ciencia Ficción le incluyó entre sus miembros en 2001. Entre los premios a obras individuales se incluyen: 3 Premios Hugo (en 1963 por Hombres y Dragones [*The Dragon Masters*], en 1970 por El último castillo [*The Last Castle*] y en 2010 por sus memorias *This is Me, Jack Vance!*), 1 Nebula (de nuevo por El último castillo), 1 Júpiter por Las diecisiete vírgenes y 1 Edgar (el equivalente al Nebula en la categoría de misterio) por su debut en el género con *The Man in the Cage*.

El estilo de Jack Vance se caracteriza por la riqueza y la viveza de los

mundos por él imaginados. Otras constantes en su bibliografía son los viajes y los barcos (antes de establecerse como escritor profesional fue un competente miembro de la marina mercante; junto con las familias de sus amigos Frank Herbert y Poul Anderson construyeron un yate para navegar por el delta de Sacramento) y la música (era un gran aficionado a la corneta y al ukelele y tocaba la armónica con notable habilidad). Otro aspecto destacado es que, por lo general, en sus novelas hay pocas referencias a guerras y conflictos armados (notables excepciones son *Dragones y hombres* y la serie *Lyonese*). Lo más habitual es que sus protagonistas se vean envueltos en conflictos de baja intensidad con razas alienígenas. Estos conflictos se centran en casi toda su obra de Ciencia Ficción en aspectos políticos, culturales y sociales.

Entre los autores actuales influenciados por Vance cabe destacar a Dan Simmons (cuyas serie *Las crónicas de Hyperion* contiene mucho ecos de la obra de aquél, como reconoce el propio autor en uno de los últimos libros de la serie), Matt Hughes (en varias de sus obras como *Fools Errant* o *The Spiral Labyrinth*) y George R. R. Martin (sobre todo en la serie *Canción de Fuego y Hielo*), por solo mencionar algunos ejemplos. Es que como escribió *The New York Times* Jack Vance «una de las voces más distintivas e infravaloradas de la literatura americana».

Notas

[1] Tsau'gsh: comportamiento orgulloso, finalidad única, ansia de gloria. Un concepto intraducible en su esencia. <<

[2] Phung: indígenas de Tschai parecidos a los hombres y de comportamiento errático a imprevisible. Pnume: personajes elusivos y secretos, similares a los Phung pero de menor estatura. <<

[3] Pnumekin: hombres asociados con los Pnume a lo largo de un periodo de decenas de miles de años, con la consiguiente asimilación de costumbres y procesos mentales Pnume. GZkindra: Pnumekin expulsados del mundo subterráneo, normalmente a causa de «comportamiento no decoroso»; vagabundos de la superficie, agentes de los Pnume. <<

[4] Sondascopio: binoculares fotomultiplicadores. <<

[5] Secretos: traducción aproximada de una frase indicando un cuerpo de tradiciones relativo a un status en particular. En el contexto de la sociedad Pnume, la palabra secretos contiene significados mucho más precisos. <<

[6] También una aproximación de un término intraducible: el título, en términos de Tschai, connota una erudición superlativa en combinación con un alto status y autoridad.<<

[7] *Ghaun*: una región salvaje expuesta a los vientos y al clima. En el uso especial de los Pnume: la superficie de Tschai, lo cual enfatiza las nociones de exposición, vacío opresivo, desolación. <<

[8] *Ghian*: un habitante del ghaun, es decir, un morador de la superficie. <<

[9] *Zuzhma kastchai*: contracción de una frase: el antiguo y secreto Pueblo del mundo derivado del oscuro suelo y la madre roca. <<

[10] Traducción aproximada de la contracción *gol'eszitra*, de una frase cuyo significado es «intelecto supervisor con el oído alerta a cualquier tipo de disturbio». <<

[11] Abrigos: traducción inexacta de una palabra que combina conceptos de orden milenario, tranquilidad y seguridad, junto con la complejidad de un laberinto. <<

[12] «Identificación», «Nombre» y «Tipo», en la lengua de Tschai, son la misma palabra. <<

[13] Más tarde Reith tuvo ocasión de saber más sobre los bosquecillos sagrados y las relaciones interpersonales Khor. En las ciudades y pueblos, los hombres y las mujeres llevaban ropas idénticas; la actividad sexual era considerada como una conducta innatural. Solamente en los bosquecillos sagrados, con la desnudez y las máscaras rituales para enfatizar la disparidad sexual, se producían los emparejamientos y la procreación. Hombres y mujeres, al asumir las máscaras, asumían nuevas personalidades; los niños eran considerados no como el producto de unos padres específicos, sino como la descendencia de un Hombre y una Mujer arquetípicos. <<